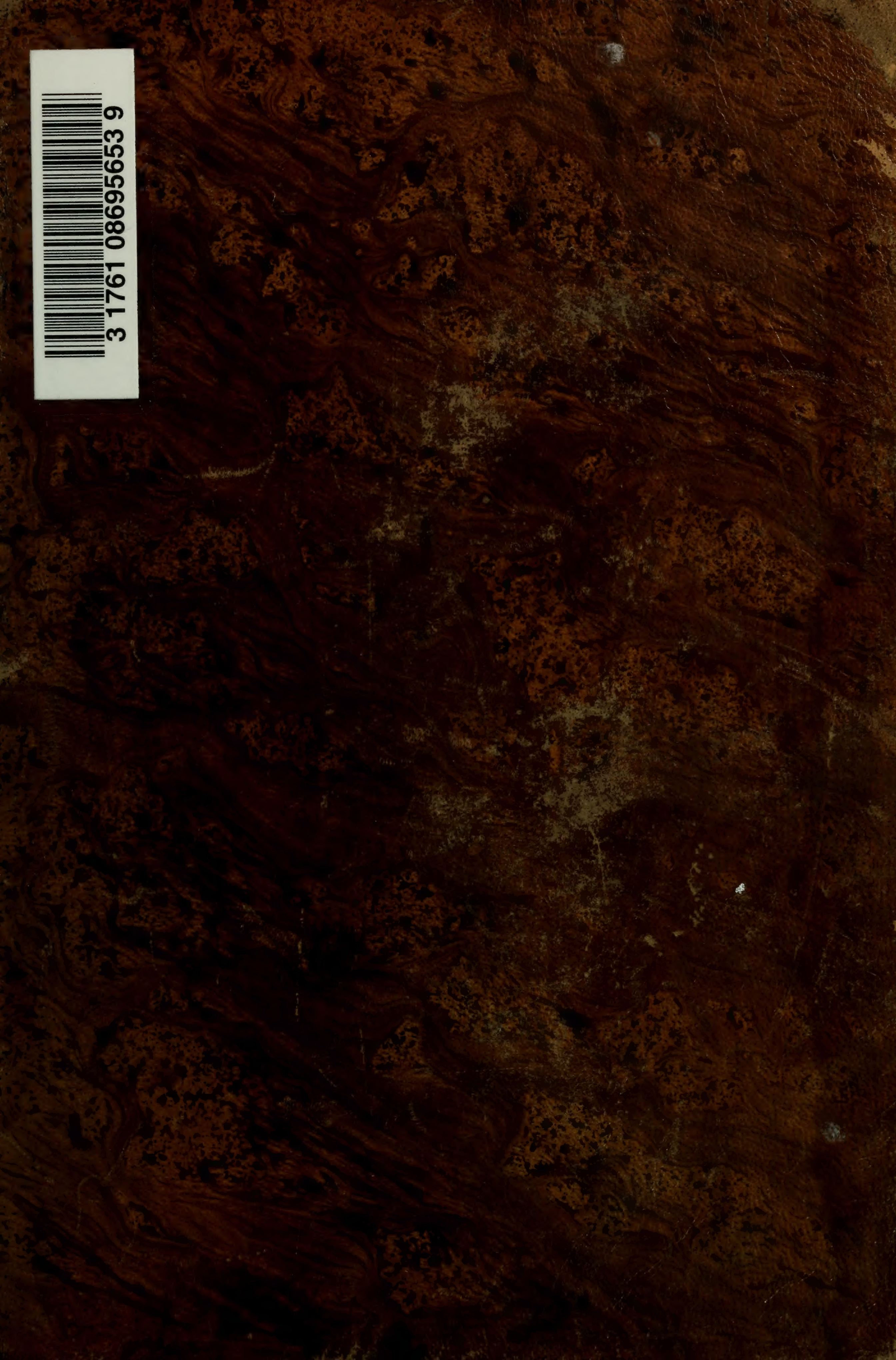
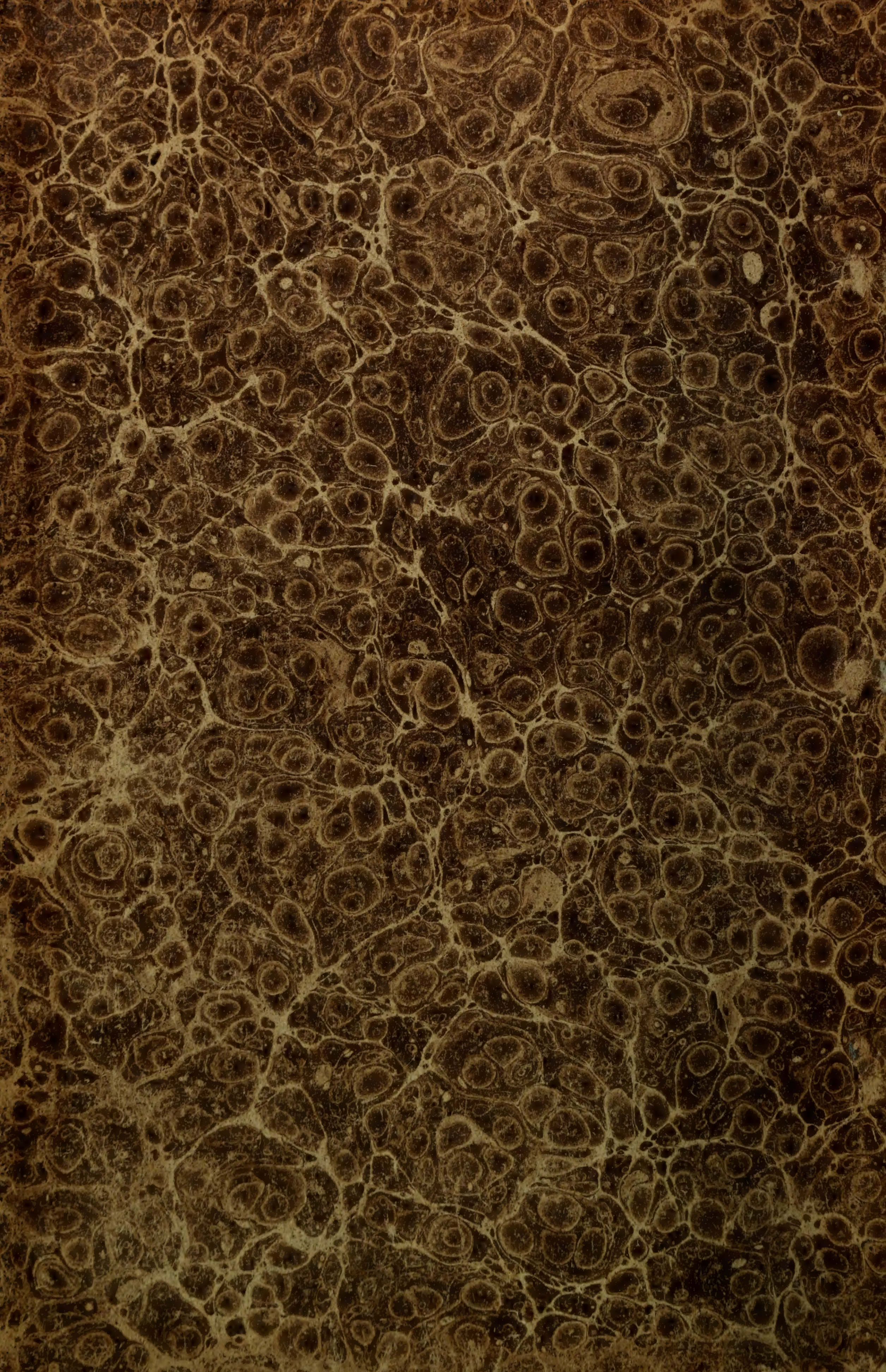
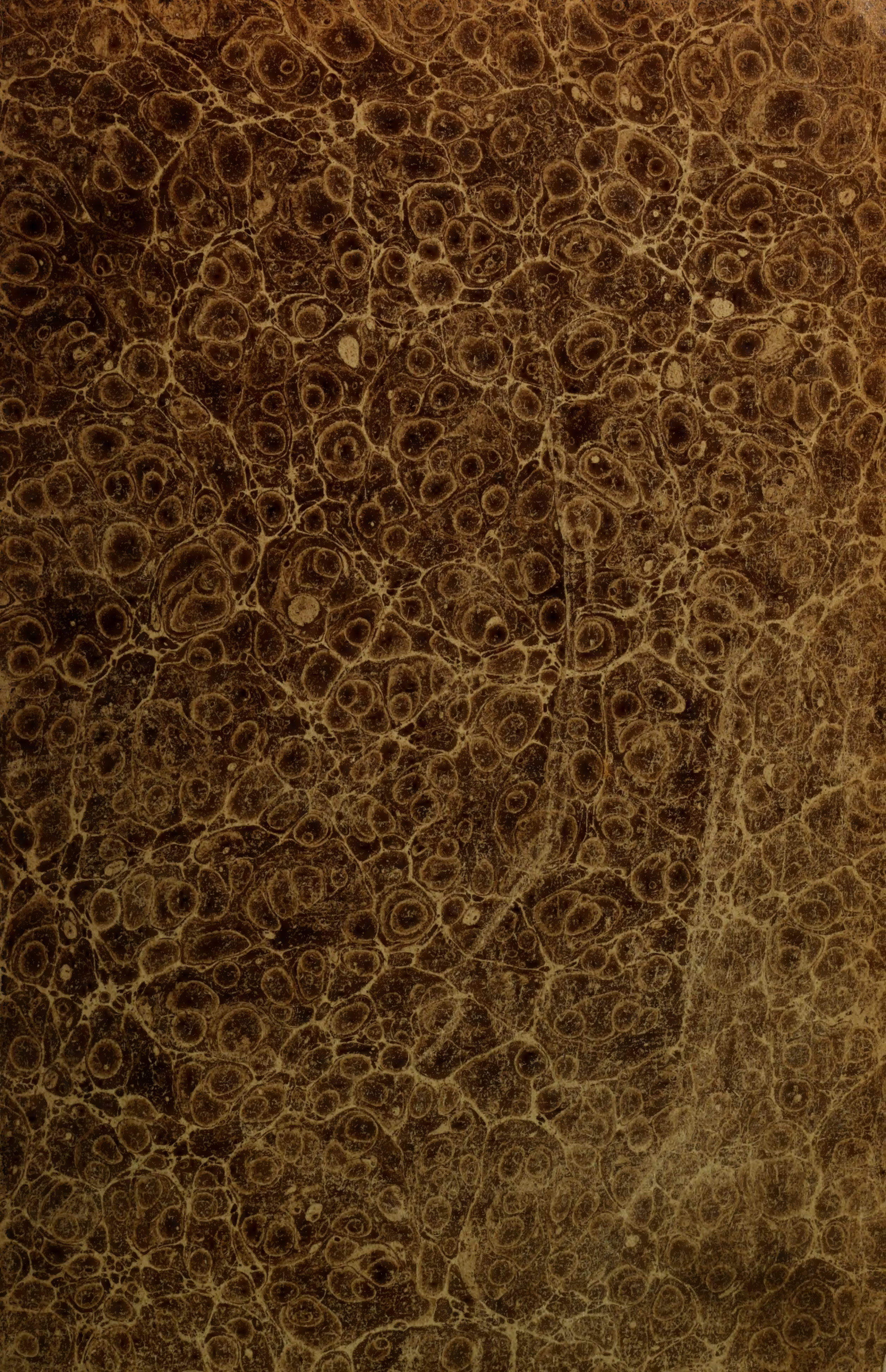






LA HIJA DEL CRIMEN

ó

LA PROMETIDA DE SATANÁS



PORTADA

HIJA DE M. RODRÍGUEZ, CASA EDITORIAL

LA HIJA DEL CRIMEN

ó

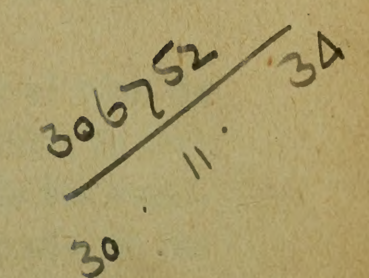
LA PROMETIDA DE SATANÁS

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON JULIÁN CASTELLANOS Y VELASCO

TOMO I



ADMINISTRACIÓN
PLAZA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

CAPITULO PRIMERO

UN IDILIO QUE TERMINA EN TRAGEDIA

Era una noche del mes de Octubre de 1608.

El cielo veíase cubierto de densos nubarrones, cuyas opacas formas conseguía romper á intervalos la luz esplendorosa de la luna.

El toque de ánimas, lento y sonoro, acababa de extinguirse, y las angostas calles de la coronada villa veíanse silenciosas y desiertas.

Es verdad que en los tiempos del señor duque de Lerma, privado del rey don Felipe III, que es cuando damos principio á este verídico relato, los habitantes de la corte se recogían muy pronto.

El duque de Lerma era tan solícito por el bien de sus administrados, que hasta llegó á prescribir la forma que habían de tener las guarniciones de los vestidos de las mujeres, y la medida, tela y tamaño de las lechuguillas de los cuellos de los hombres.

Pero, á pesar de esta paternal solicitud, ó mejor di-

cho, á causa de ella, los madrileños se recogían temprano, no queriendo encuentros nocturnos con las rondas de corchetes, que, representando la omnímoda autoridad del valido, velaban por el orden y sosiego de la capital de la monarquía.

Sólo los enamorados, los bravos y los bandidos se aventuraban de noche por las calles con el acero desnudo, dispuestos á cualquier evento y procurando siempre evitar el encuentro con los golillas.

En la noche á que nos vamos refiriendo, sin embargo de la costumbre de recogerse temprano, dos personas velaban en el jardín de la morada del alcalde mayor de casa y corte don Diego Rodríguez de Deza.

Estas dos personas eran su hija doña Esperanza, que era casi una niña, pero de una hermosura espléndida, y la dueña Berta, vieja acecinada y quintañona, codiciosa y beata, como todas las de su oficio.

—¿No distingues nada?—preguntó con cuidadoso acento la dama.

—Nada, señora,—replicó la dueña, observando por las maderas medio entornadas por una reja inmediata al postigo del jardín.

—Parece imposible. ¿No le dijiste que viniera al toque de ánimas?

—Sí, señora; pero, por lo que veo, no viene. La calleja se encuentra desierta y oscura como boca de lobo.

No distingo más que la luz del farolillo del retablo de la Virgen de la Soledad, que adorna el muro de la casa del licenciado Zapata.

—¿Entendería mal don César las señas que le diste?

—¡Pluguiese á Dios que así hubiera sucedido, doña Esperanza!

—¿Por qué?

—Porque el atrevimiento que llevamos á cabo esta noche recibiendo aquí y á estas horas á ese enamorado caballero, es una locura que puede costarnos muy cara. Si mi noble señor, vuestro respetable padre, se apercibe de nuestro desliz, no sé qué será de nosotras. ¡Se me erizan los cabellos sólo de pensarlo!

—Tienes razón, Berta. El amor que siento por don César, ofuscándome, me ha impulsado á cometer esta ligereza. Pero será la primera y la última.

—¡Dios lo quiera, señora! Ese propósito me devuelve en parte la tranquilidad, y...

—¡Calla!...—replicó la dama escuchando sobresaltada.

—¿Qué ocurre?—preguntó la dueña á media voz.

—Me parece que siento pasos en esa calleja.

—¡Cielos! ¡Es verdad! Un embozado se dirige hacia el postigo.

—Es él, reconozco sus pisadas.

No te apartes de mí, Berta. ¡Siento una emoción que me ahoga!

—Estáis temblando.

Hubo un momento de silencio, después del cual se dejó oir el ruido de dos palmadas.

—Su seña.

—¿Qué hago, señora?

—No sé...—respondió la dama indecisa.

—Abriré: el mal camino debe andarse pronto.

La dueña descorrió el cerrojo del postigo, y un caballero embozado en un rojo tabardo penetró en el jardín.

—¡Don César!—exclamó al verle la dama sin poder reprimirse.

—¡Esperanza de mi alma!—repuso el caballero.

Y presuroso se arrojó á los pies de la doncella, y tomándole una de sus blancas manos, estampó en ella un ardiente beso.

—¡Dios te salve, María! — murmuró Berta entre dientes, separándose algunos pasos de la amante pareja.

Después se ocultó detrás de una estatua, observando la escalinata que de la casa bajaba al jardín con objeto de prevenir cualquiera accidente.

Don César era un mancebo de arrogante apostura.

Contaría apenas veinticuatro años; pero en la energía de sus movimientos y en la expresión viva de su fisonomía, que animaban dos grandes ojos negros, rasgados y ardientes, adivinábanse una resolución y un valor indomables.

Así era, en efecto.

Aquel joven caballero poseía un corazón enérgico, una serenidad grande y una imaginación ardiente y soñadora.

Era una de esas naturalezas que sin contrariedades de la suerte llegaría á ser un dechado de honradez y de hidalguía; pero que si las desgracias le irritaban, podría ser lo mismo un asesino ó un bandido.

Una de esas almas enérgicas á quienes las contrariedades, en vez de abatir, exasperan, haciéndolas capaces de todo lo malo y de todo lo terrible.

Los dos jóvenes tomaron asiento en un banco rústico, entablando uno de esos idilios amorosos tan llenos de fuego, de encanto y de poesía para los interesados, como insulsos y monótonos para el que los escucha sin que el fuego de la pasión conmueva su alma.

Cuando se encontraban los dos jóvenes más embebidos en su apasionada plática, vino á sacarlos de su dulce arrobamiento el áspero crujir de dos espadas y el rumor terrible de una contienda.

—¡Dios mío, riñen en esa calleja!—exclamó la joven alzándose temblorosa de su asiento.

—No os alarméis, Esperanza.

—Temo que mi padre se despierte con ese ruido.

—Veamos lo que sucede—repuso don César dirigiéndose al postigo.

—Por ahí no. Desde esta reja podemos observar sin riesgo alguno—replicó la joven.

Don César entreabrió las maderas y miró á la calle.

Los combatientes se encontraban en el espacio alumbrado por el farol del retablo de la Virgen, y se los distinguía perfectamente.

—¡Cobardes! ¡Son dos contra uno!—exclamó enfurecido el joven caballero.—¡Oh! Corro en su ayuda.

Y poniendo mano á su espada, se dispuso á salir.

—¡Por Dios, don César, no me dejéis! ¡Tengo miedo!—exclamó la joven, asiéndose temblando al brazo del mancebo.

—¡Un caballero no puede consentir que se cometa ante sus ojos tamaña villanía!

—¡Oh! No os expongáis. ¡Por mi amor os lo pido!

En aquel momento un ¡ay! de muerte resonó en el espacio, y un cuerpo rodó sin vida sobre el empedrado de la oscura callejuela.

—¡Esos miserables le han asesinado!—exclamó fuera de sí el mancebo.

—¡Dios mío!...

—¡Ira de Dios, qué es lo que veo! Los asesinos corren hacia aquí. ¡Oh! ¡Yo les diré!...

Y el irritado caballero se disponía á salir á castigar á los malvados, cuando los sintió llegar al postigo y oyó el ruido de una llave que crujía en la cerradura.

Esperanza exhaló entonces un grito ahogado de espanto.

Una sospecha terrible cruzó por su cerebro, y asiendo á don César de un brazo con una energía impropia de su sexo, le arrastró hacia una espesura cercana diciendo:

—¡Por lo que más améis en el mundo, venid y callad!

El mancebo obedeció maquinalmente, y los dos enamorados se ocultaron.

Un momento después el postigo giraba, y dos hombres, cubiertos los rostros con antifaces y llevando aún las espadas desnudas, penetraron en el jardín.

—No creo que nos haya visto nadie, Beltrán—exclamó con la voz alterada uno de ellos.

—Nadie, don Diego. No tengáis cuidado alguno. La noche es oscura, la calleja es desierta y solitaria, y el consejero Lara está bien muerto. Le habéis partido el corazón.

—Era preciso concluir. La llegada de una ronda hubiera hecho fracasar mi propósito, y era de absoluta necesidad que ese hombre muriera esta noche.

—Pues esa necesidad está ya satisfecha.

—Sígueme, Beltrán.

Los dos encubiertos atravesaron el jardín, y repasando la escalinata que daba acceso á la casa, penetraron en su interior.

—¡Virgen de los Desamparados, mi señor y Beltrán!—exclamó Berta enmudeciendo de espanto al reconocerlos.

La vieja dueña no se había equivocado.

Aquellos dos encubiertos, que acababan de asesinar con ventaja á un hombre en medio de las sombras de la noche, eran, efectivamente, el alcalde mayor don Diego de Deza y su doméstico Beltrán, viejo escudero que gozaba de su más absoluta confianza.

Altas y poderosas razones debían sin duda haber impulsado al de Deza á cometer por su mano aquel crimen con ventaja y alevosía.

Una impresión más terrible aún que la experimentada por Berta al conocer á aquellos dos hombres, sintieron don César y su amada al escuchar, desde la espesura en que se ocultaron, las frases de los dos encubiertos.

Esperanza, al reconocer á su padre, estuvo á punto de perder el sentido.

—¡El de Deza!—murmuró de una manera indecible el enamorado joven al conocer al alcalde mayor.

—¡Mi padre!—repitió con una expresión desgarradora la doncella.

Hubo un momento de silencio, que el joven rompió diciendo:

—¡Oh! ¡Ese infame crimen no quedará impune! Esos miserables creen que las sombras de la noche encubrirán su delito; pero no saben que la Providencia me ha hecho ser testigo de su infame villanía para que la denuncie y la castigue.

—¿Qué decís, don César?—replicó Esperanza.

—Que esta misma noche arrancaré la máscara á esos culpables entregándolos al rigor de la justicia.

—¡Oh! ¡deliráis!

—¿Que deliro decís?

—Sí, don César.

—¡No os comprendo! ¿Creéis que un caballero honrado ha de consentir que quede impune tan miserable acción? Si esa muerte hubiera sido causada en buena lid, pecho contra pecho y acero contra acero, el nombre del matador no saldría nunca de mis labios. Pero han sido dos contra uno.

Le han acometido á traición y le han matado con ventaja.

Eso es indigno, cobarde y villano, y yo sería tan miserable como esos dos hombres si no pidiera su pronto y ejemplar castigo.

—¡Oh! ¡Vos no haréis eso, don César!

—¿Que no lo haré? ¿Sabéis, Esperanza, quién es el caballero asesinado? ¡Pues es el hombre que ha hecho para mí en el mundo el oficio de padre!

—¡Dios mío, qué fatalidad!

—Mi honor y mi gratitud me imponen ese deber de conciencia, y yo no esquivo nunca el cumplimiento de mis deberes.

—Tenéis razón—replicó con una inmensa amargura la angustiada joven.

Y con la voz alterada por los sollozos prosiguió diciendo:

—Sí, denunciad á la justicia los nombres de los autores de esa muerte, á quienes habéis conocido porque el exceso de mi pasión os ha permitido estar aquí y poder espiarlos.

Entregadlos, pues, á la deshonra, y así podréis gozar mañana viendo caer sobre mi frente la mancha infamante que con vuestra delación arrojáis sobre la venerable cabeza de mi padre.

—¡Esperanza!

—¡Oh! Si yo no hubiera correspondido, si yo no hubiera hecho caso de vuestros juramentos y vuestras protestas de amor, si hubiera sabido ser más celosa de mi honra, ni hubierais franqueado jamás la puerta de

este jardín, ni seríais ahora dueño de un secreto que compromete el honor y la vida de mi padre.

¡Oh! ¡Maldito mil veces el momento fatal en que accedí á vuestros ruegos y en que di entrada en mi alma á esta pasión que me devora y que causará la ruina y el deshonor de mi familia!

—¡Callad, por Dios, Esperanza, y no maldigáis nuestro amor! No reneguéis de esa pasión inmensa, santa, que es la esencia de mi vida y el ideal hermoso de mi alma.

No reneguéis de este sentimiento bendito, que yo os juro por él y por mi fe de caballero, sobre la cruz de esta espada, que el secreto que he sorprendido aquí esta noche no saldrá jamás de mis labios.

Encerrado morirá en mi pecho; y antes que revelarlo perdería cien vidas que tuviera.

La hermosa joven lanzó una exclamación de alegría al escuchar aquellas palabras, y sin poder reprimirse, repuso con apasionado acento:

—Ahora comprendo, don César, cuánto me amáis. Ahora conozco que vuestras palabras y vuestros juramentos son tan santos, tan vehementes y tan sinceros como los míos.

Bendigo el instante en que os conocí y el momento en que, por medio de una acción tan levantada, me reveláis el fondo de vuestra alma y la intensidad de vuestro amor.

—¡Oh! Vuestra abnegación me confunde, y sólo siento no acertar de qué manera he de corresponder dignamente á tanta generosidad.

—Amándome, Esperanza, con la misma fe y la misma pasión con que yo os amo.

—¡Ay! Pues entonces tened la seguridad, don César, de que os encontráis pagado con usura. Vuestro amor es el sueño de oro de mi mente, el encanto y alegría de mi vida y la esperanza más risueña de mi alma.

En aquel momento, la luna, rasgando el pardo seno de una nube, iluminó el jardín con sus plateados rayos

Nada más poético ní más encantador que el grupo que formaba aquella hermosa pareja reiterándose sus amorosos juramentos bajo las verdes enramadas de aquel delicioso verjel, á la luz refulgente de la luna, envuelto en el silencio misterioso de la noche.

El coloquio de amor terminó.

Las auras perfumadas recogieron en sus alas el blando ruido de un beso, y los dos amantes se separaron.

Esperanza se aventuró por la espesura en dirección á la escalinata que daba acceso á su casa, y don César, desnudando su acero, se dirigió al postigo, le abrió con cuidado y se lanzó por la oscura callejuela.

Había apenas avanzado algunos pasos, cuando se vió detenido por una ronda que acababa de descubrir el cadáver del de Lara, caliente aún.

—¡Alto, en nombre del rey!—gritó el alcalde que mandaba la ronda, presentando al caballero su larga vara.

—Dios guarde á su majestad—respondió don César de la manera más respetuosa.

—Entregad vuestro acero y daos preso, hidalgo—replicó el golilla.

—¡Yo preso! ¿Y por qué?

—Por haber matado á un hombre.

—¡Vive Dios que miente quien tal diga?

—La justicia no se equivoca nunca, y habladla con más respeto si no queréis arrepentiros pronto de vuestro desacato. ¡Rendid, pues, el acero y daos preso!

—¡Por matador de ese hombre, jamás!

El alcalde exclamó entonces, dirigiéndose á sus satélites:

—¡Prendedle en nombre del rey!

—¡Paso, canalla!—repuso con voz atronadora don César ante las despóticas maneras del alcalde.

Y con la celeridad del rayo y la fiereza de un tigre cerró á estocadas y mandobles con los golillas, gritando:

—¡Paso, paso á Satanás!

Los corchetes empezaron á retroceder ante el diluvio de cintarazos con que don César les abrumaba, creyendo que era efectivamente el mismo Satanás en persona con quien se las habían.

Pero, por desgracia del arrogante mancebo, en una de sus embestidas, su espada chocó con el muro y se rompió por la mitad.

—¡Maldición!—rugió don César al verse desarmado.

—¡Su acero se ha roto! ¡A él, que ahora es nuestro!—gritó de una manera ansiosa el alcalde.

Los golillas, alentados por la impunidad, cayeron como una avalancha sobre el indefenso caballero, y le sujetaron.

Momentos después, don César era conducido á una prisión, y el alcalde, orgulloso con su triunfo, blandía su vara diciendo:

—Esta vez la justicia de nuestro augusto rey y señor no ha sido burlada. Mañana sabrá Madrid que, merced á nuestro celo y á nuestro arrojo, el asesino del consejero don Fernando de Lara se encuentra preso, y dentro de pocos días el verdugo cumplirá su misión, dejando satisfechos los fueros de la ley y de la justicia.

CAPITULO II

COMPLICACIONES

Así que don César abandonó el jardín, Berta corrió presurosa á echar el cerrojo al postigo.

La dueña temblaba como una azogada.

Desde que reconoció á su señor y á Beltrán no la llegaba, como vulgarmente se dice, la camisa al cuerpo.

Se había encomendado á todos los santos de la corte celestial y había hecho promesas y votos á las imágenes más veneradas en aquella época si la sacaban con bien de aquella noche tan preñada de peligros.

Y eso que la buena dueña no había oído las palabras que entre don Diego y Beltrán se cruzaron, y por lo tanto ignoraba lo que á la muerte del de Lara se refería.

Si se hubiera apercibido del asesinato del consejero, se muere de miedo indudablemente.

Su prisa por retirarse del jardín era tal, que va-

rias veces intentó acercarse á su señora y manifestarla este deseo, pero el respeto la contuvo.

Así que, apenas vió separarse á los dos enamorados, corrió, como en el principio de este capítulo decimos, á echar el cerrojo, murmurando:

—¡Gracias á la santísima Virgen de la Almudena que ese galán nos deja en paz!

Pero estaba de Dios que aquella noche los disgustos y sobresaltos de la dueña habían de ir en aumento.

Acababa apenas de asegurar el postigo cuando llegaron hasta ella los pasos y las voces de la ronda, intimando á don César que se diese preso.

—¡Virgen santísima de la Paloma! ¡Esto sólo nos faltaba!

Si conocen que don César sale de aquí, y llega la noticia á oídos de mi señor, me manda azotar sin remedio.

Y la atribulada dueña, sin acertar á moverse, rezaba y lloraba, renegando al mismo tiempo del capricho de su señora en acceder á la cita que había tenido efecto. De aquella situación vino á sacarla el ruido de la pelea que se trabó en la calle entre don César y la ronda.

—¡Jesús, María y José!—exclamó santiguándose de una manera nerviosa; y pudiendo en ella la curiosidad más que el miedo, abrió un poco las maderas de la reja y miró á la calle.

En aquel momento el joven caballero acosaba á los corchetes, llevándoselos por delante á cintarazos.

—¡Parece un demonio desatado!

Y la dueña se hacía cruces al ver cómo un hombre solo acorralaba á aquella turba de alguaciles.

—Se abrirá paso, y de esa manera no hay peligro de que mi señor conozca los devaneos de su hija,—pensaba Berta, empezando á desechar el temor que la martirizaba.

Pero en aquel momento el acero de don César se rompió y los corchetes le prendieron.

Un grito de terrible angustia se escapó entonces de los labios de la dueña.

Pretendió huir y la fué imposible.

Sus ojos se nublaron, y, acometida por un síncope, cayó sin sentido al mismo pie de la reja en que observaba.

Su desmayo duró poco.

El fresco de la noche la devolvió la razón, y apenas pudo darse exacta cuenta de lo que la había sucedido, cuando, levantándose, se alejó del jardín lo más aprisa que la fué posible.

Su deseo era participar á doña Esperanza lo que acababa de ver.

Pero al penetrar en la casa sintió en el zaguán de la misma gran ruido de voces y de gente.

Impulsada por la curiosidad, se deslizó á oscuras por un largo corredor hasta llegar á una estrecha ventana, desde la que se descubría todo el zaguán y la ancha escalera de granito que daba acceso á la casa.

La atribulada dueña tuvo que hacer un gran es-

fuerzo para no denunciarse al ver lo que en el portal sucedía.

Un temblor nervioso se apoderó de todos sus miembros, y un sudor frío bañó su rostro.

Don César, atado fuertemente y con una mordaza en la boca, encontrábase en medio de una inmensa tropa de alguaciles con las espadas desnudas.

El alcalde que los mandaba y Beltrán encontrábanse en la meseta de la escalera, sosteniendo el siguiente diálogo:

—¿Conque decís que no se encuentra en casa el señor alcalde mayor?

—Mi noble amo ronda á estas horas, señor alcalde, —replicó Beltrán.

—Entonces hacedme la merced de encargaros de ese preso, que yo necesito practicar ciertas diligencias para esclarecer por completo el delito que ha cometido.

—¿Y cuál ha sido ese, señor alcalde?

—El de haber asesinado en esa calleja cercana al señor consejero don Fernando de Lara.

Beltrán no pudo contener un movimiento nervioso al escuchar aquellas palabras.

Pero como era un viejo experimentado y marrullero, y con una gran fuerza de voluntad y un gran dominio sobre sí mismo, disimuló su emoción, y con el acento sereno y pausado replicó:

—¿Y le habéis preso cerca del sitio del crimen?

—Casi junto al cadáver del consejero, y con las circunstancias agravantes de no haber obedecido á mi

intimación en nombre del rey, y de haber cerrado á tajos y á estocadas con nosotros, habiéndonos visto obligados á repeler la fuerza con la fuerza.

Y como si esto no fuera más que suficiente para que ese criminal dé de bruces muy pronto en las mano del verdugo, al verse preso se desató en un diluvio tal de maldiciones y blasfemias, que me vi precisado á amordazarle.

—Pues méritos ha hecho sobrados para que le huela el pescuezo á soga en un plazo muy breve.

—¡Eso sería un castigo harto suave para un hombre tan depravado!

—¿Lo creéis así?

—Así lo creo.

Y opinaríais de la misma manera que yo si le hubierais oído jurar y maldecir.

Ni el endemoniado ni el poseído más furioso llegarían á igualarle.

De tal manera me escandalizaron sus palabras, que, á no haber sido por incurrir en el desagrado del señor don Diego, en vez de conducirle aquí, le hubiera conducido á las cárceles del Santo Oficio.

Pero como el crimen ha sido cometido dentro de nuestra jurisdicción, he preferido cumplir con mi deber antes que dejar satisfechos los impulsos de mi conciencia.

—No os apenéis por eso, pues estoy seguro que así que se entere mi dueño y señor de lo que ha pasado, ese mozo maldiciente pasará á poder de los inquisidores.

—Aquel es su sitio. Allí le sujetarán á cuestión y le harán cantar de plano, y luego en el primer auto de fe que se celebre le veremos retorcerse en el quemadero. Los familiares de la santa se pintan solos para domar á esta clase de energúmenos.

—Tenéis razón.

—Conque ponedme á ese hombre á buen recaudo, que yo voy á ver si doy con su excelencia después que evacue ciertas diligencias que aun me faltan.

—Id descuidado, que encierros seguros tiene esta casa, de donde le será tan imposible evadirse á ese hombre como el tocar con una mano á la luna.

—Tened presente que es arrojado como pocos y audaz sobre toda ponderación.

—No se ha fugado jamás un preso de los calabozos de esta casa, y eso que hemos encerrado muchos y de importancia.

—En vuestras manos le entrego.

—Pues asegurad, señor alcalde, que en buenas manos queda.

Beltrán hizo encerrar al preso en el calabozo más seguro que en la casa existía, y el alcalde, recogiendo su ronda, dejó la mansión del de Deza.

—¡Cosa más rara!—pensaba Beltrán.

¿Dónde demonios estaría este hombre, que no dimos con él al repasar la callejuela?

Lo que menos se podía imaginar el hombre de la confianza del de Deza era lo que había sucedido.

Berta se retiró de la ventana, y, ahogada por la emoción y sobrecogida de espanto, penetró en la estancia de su señora.

Esperanza, que no se había apercibido ni de lo que sucediera á don César en la calleja inmediata al jardín, ni de su encierro en los calabozos del piso bajo de su casa, encontrábase satisfecha y tranquila.

Su corazón enamorado sentía agigantarse el cariño que al joven caballero profesaba en vista de la generosidad de sus sentimientos y de la nobleza de sus acciones.

La hermosa doncella, al ver penetrar á Berta pálida como un espectro y con el paso vacilante, como si fuera á desplomarse, exclamó:

—¿Qué es eso, Berta?

¿Qué os ocurre?

—¡Una gran desgracia!—replicó la dueña sin poder casi formular las palabras.

—¿Una gran desgracia, dices?

—¡Sí, señora!

—Pero ¿á quién?...

—¡A todos!

—¿Cómo á todos?

—¡Don César!

—¡Qué! ¡Habla por Dios!—exclamó con explosión la joven, sobresaltada al oir el nombre de su amado.

—¡Oh! ¡no puedo!...

¡La emoción, el miedo me embargan!—replicó Berta, acometida de un terrible ataque nervioso que la impedía hablar.

—¡Sentaos y recobrad la serenidad!—repuso Esperanza.

Y dirigiéndose á un pequeño armario con incrustaciones de bronce y nácar, tomó un frasquito de sales y, destapándole, le aplicó á la nariz de la dueña, diciéndola:

—¡Aspirad, aspirad con fuerza, que esto os aliviará mucho!

Berta aspiró repetidas veces, y se sintió mejor.

El llanto corría en abundancia de sus ojos.

Dos profundos y prolongados suspiros salieron de su pecho, haciéndola recobrar en parte la calma.

—¡Ahora, hablad por Dios, que la impaciencia me consume!

¿Le ha sucedido algo malo á don César?

—¡Mucho!

—¿Mucho, decís?—exclamó Esperanza palideciendo.

La dueña refirió entonces á su señora cuanto había visto y oído desde que el joven caballero abandonó el jardín hasta que fué encerrado por Beltrán.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! qué fatalidad,—dijo la noble joven con la mayor desesperación; después repuso:

—¿Y decís que le acusan de haber asesinado al consejero Lara?

—Sí, señora.

Y según las palabras del alcalde que mandaba la ronda que le ha preso, su vida corre un riesgo inminente.

—¡Yo le salvaré, aunque necesitase para ello pres-

cindir de todos los respetos y de todas las conveniencias.

Ahora mismo veré á mi padre, y estoy segura de que mis razones le convencerán de la injusticia con que se obra contra don César.

Y la enamorada joven salió de su estancia, encaminándose á las habitaciones de su padre.

En la pieza inmediata al despacho del alcalde mayor encontrabáse Beltrán medio dormido, arrellanado en un ancho sillón de roble, de alto respaldo y de asiento de cuero.

Al ruido que hizo doña Esperanza, el viejo escudero despertó, y al ver á la joven, alzóse de su asiento con la mayor presteza y la saludó con el mayor respeto.

La hija de Deza, sin fijar siquiera sus ojos en aquel hombre, se dirigió á la mampara de damasco rojo que cerraba la puerta del despacho de su padre.

El anciano servidor se apresuró entonces á decirla:

—El señor no se encuentra á estas horas en casa.

—¿Que no está aquí mi señor padre?

—No está, señora.

—¿Pues cuándo ha salido?

—Hace más de hora y media.

—¿De modo que no ha visto á ese caballero que ha traído preso una ronda?

—No le ha visto.

—¿A qué hora volverá?

—Lo ignoro, señora.

Esperanza, contrariada, reflexionó un momento,

después del cual volvió sobre sus pasos, diciendo al criado:

—En cuanto llegue mi señor padre, pasadme aviso.

—Lo haré así, señora.

Doña Esperanza tornó á sus habitaciones, y sin poder reprimir la aflicción que le ahogaba, se arrojó llorando en los brazos de su dueña.

Beltrán entre tanto paseaba por el antedespacho del de Deza, diciendo para sí:

—Algo de extraordinario nos ocurre á todos esta noche.

Matamos al de Lara, y don Diego me hace quedar aquí y sale en litera contra su costumbre.

Ese joven es preso por la ronda, y, aunque le acusan como autor de la muerte del consejero, en vez de disculparse, acuchilla, y cuando le vencen, en vez de pretender probar su inocencia, jura y amenaza.

Doña Esperanza vela y quiere ver á su padre, en vez de estar recogida y durmiendo.

¡Nada! Es indudable que, sin que yo dé con el motivo, aquí existe una causa que nos tiene inquietos y sobresaltados á todos.

¡Dios quiera que la muerte de ese consejero no traiga sobre esta casa alguna complicación que nos pierda para siempre.

CAPITULO III

LA POLÍTICA NO TIENE ENTRAÑAS

Dejemos á don César encerrado en su oscura prisión como autor de un odioso crimen que no había cometido, y á la hermosa doña Esperanza muriéndose de pena por la desgracia acaecida al hombre á quien con toda su alma idolatraba, y digamos á nuestros lectores las condiciones y la posición que ocupaba en la corte el señor don Diego Rodríguez de Deza.

El rey de España era de derecho don Felipe III, pero de hecho su privado y ministro don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma.

Jamás se había visto en España á un favorito llegar tan repentinamente á la cumbre del poder, ni jamás se vió tampoco al lado de rey alguno un primer ministro que tuviera la autoridad y la influencia que tuvo el de Lerma durante los años de su privanza.

El carácter apático del rey y su flojedad, que con-

trastaban de un modo notable con la laboriosidad infatigable de su padre Felipe II, fueron las causas principales del omnímodo poder del duque.

No parecía más sino que el monarca se había propuesto renunciar en su favorito todos los derechos y atributos de su majestad.

Con tan amplias facultades, y con la prodigalidad con que aquel hombre recompensaba á sus deudos y amigos, contó bien pronto á su alrededor con una falange de servidores que secundaban sus menores indicaciones con tanto celo y con tanto afán como si emanasen del mismo rey.

Don Diego Rodríguez de Deza era uno de sus más leales y decididos partidarios.

El de Lerma tenía en él una confianza omnímoda, abrigando la seguridad de que cualquier orden que le comunicara, por terrible y absurda que fuera, sería ejecutada por don Diego con la más escrupulosa exactitud.

Por esta circunstancia, apenas empuñó aquel hombre las riendas del gobierno, confirió al de Deza el encargo de alcalde mayor de la corte, con jurisdicción, no sólo dentro del recinto murado, sino en todo el término de la provincia.

Los servicios que en tan importante puesto llevó á cabo don Diego probaron al favorito que su elección no había podido ser más acertada.

Dados, pues, estos antecedentes, veamos ahora lo que hizo el de Deza apenas llegó á su casa en compañía de Beltrán, después de arrancar la vida al consejero Lara.

Don Diego cambio de traje, y haciendo que dispusieran su litera, se encerró en ella, y acompañado por seis criados de su casa, se hizo trasladar á la suntuosa morada del favorito.

Ver al de Lerma era tanto ó más difícil que ver al rey.

Pero estas dificultades no existían para don Diego, ante quien se abrían todas las puertas y se inclinaban todas las frentes en casa del duque siempre que se presentaba, que era con mucha frecuencia todos los días.

El primer ministro trabajaba en su despacho con su secretario don Rodrigo Calderón cuando el de Deza se anunció.

El favorito suspendió su trabajo, y alzándose de su asiento, hizo pasar á don Diego á una estancia inmediata.

El de Lerma era precavido y astuto.

—¿Qué hay, don Diego?—preguntó fijando una mirada insistente en el rostro del de Deza.

—Don Fernando de Lara ha dejado de existir,—replicó don Diego con frase concisa.

Una ráfaga de satisfacción animó el semblante del ministro.

—Y ¿cuándo ha muerto?

—Hace una hora.

—¿En dónde?

—En la embocadura de una calleja oscura y solitaria.

—¿Y de qué manera?

—Espada en mano y defendiendo su vida con tesón y entereza.

—¿Y es persona de confianza quien ha llevado á cabo ese empeño?

—Para mí de la más absoluta; y creo, aunque peque de inmodesto, que lo será también para su excelencia.

—Pues ¿quién ha sido, don Diego?

—Yo, señor.

—¡Vos!—replicó el favorito asombrado.

—Yo mismo, señor. Hay misiones que no deben confiarse á nadie.

—Sois el más leal y más decidido servidor del rey y mi más apreciado amigo.

—Gracias, señor, por la merced que me hacéis, juzgándome con tanta benevolencia.

—No es benevolencia, es justicia.

—Cuanto tengo y cuanto valgo está siempre á la disposición de mi rey y señor. Mi más alta honra es servirle en todo cuanto me ordene.

—Lo sé, don Diego, y su majestad lo sabe también, y por eso os tiene en tan alta estimación como yo os tengo. El servicio que habéis prestado esta noche es de una importancia grande. Yo sabré recompensarle como se merece.

Dos golpecitos dados con la mayor discreción en la puerta de la estancia cortaron el diálogo.

El duque preguntó entonces:

—¿Qué ocurre, Calderón?

—El señor don Lope de Lara espera que su exce-

lencia se digne recibirle. Dice que le impulsa á molestar á su excelencia una gran desgracia.

Lo mismo el duque que el de Deza sintieron una impresión desagradable al anuncio de aquella visita.

Don Lope de Lara era el hermano menor del consejero asesinado aquella noche.

Su carácter altivo y rencoroso y su valimiento en la corte, unido á sus relaciones de familia, que eran muchas y poderosas, hacían de él un enemigo temible.

El ministro y el de Deza cambiaron una mirada y se comprendieron.

—Haced pasar á don Lope, Calderón,—respondió al fin con pausado acento el duque.

Un momento después, el de Lara encontrábase delante de nuestros dos personajes.

—Señor, vengo á dar á vuecencia cuenta de un crimen infame que acaba de cometerse en la persona de un individuo de mi familia, y á pedir el pronto y severo castigo del culpable.

—¿Y qué crimen es ese, don Lope?

—Mi hermano don Fernando ha sido villanamente asesinado esta noche.

—¡Asesinado don Fernando!—exclamó el favorito fingiendo la mayor extrañeza.

—Asesinado, señor.

El de Lerma fingió entonces indignarse de una manera terrible, y dirigiéndose al de Deza, le dijo:

—Señor alcalde mayor, es necesario que la muerte de ese noble y leal caballero sea cumplidamente castigada. Desplegad un celo incansable hasta dar con sus

asesinos, y que sea su castigo tan rápido y terrible como villana ha sido la acción que cometieron.

Removed el mundo si es necesario hasta dar con los culpables.

Es necesario que ese infame crimen sea ejemplarmente castigado.

—Ahora mismo, señor, empezaré sin levantar mano á buscar á sus matadores,—repuso el de Deza mostrando gran interés.

—No os molestéis, don Diego; yo conozco ya al asesino de mi hermano,—repuso don Lope.

Lo que pasó por Deza al oir estas palabras no puede describirse.

Sintió frío en el corazón y estuvo á punto de venderse.

Pero el de Lerma, conociendo lo que por el alma de don Diego pasaba, acudió en su ayuda diciendo:

—¿Y se le ha preso ya?

—Sí, señor. En el acto casi de cometer su infame crimen.

Y don Lope puso en conocimiento de sus interlocutores la prisión de don César con todos los detalles.

Durante aquel relato, el de Deza recobró por completo su serenidad, y cuando don Lope terminó, repuso:

—Estando preso el culpable, el proceso se sustanciará con la mayor celeridad posible.

—Y su castigo no se hará esperar, don Lope, yo os lo aseguro,—replicó el de Lerma.

—Gracias, señor, no esperaba menos de la rectitud

y el amor á la justicia de que siempre ha dado su excelencia repetidas pruebas.

—Id descuidado.

Don Lope se inclinó y salió de la estancia.

Apenas hubo desaparecido, el duque dijo al de Deza:

—La Providencia no ha podido enviarnos más oportunamente á ese hombre que ha sido preso. Haced, don Diego, de manera que recaiga sobre él la culpa de ese asesinato, y arrojemos á ese aventurero en manos del verdugo.

De esa manera, la familia del muerto se creerá vengada, los fueros de la justicia quedarán á salvo, la vindicta pública será satisfecha, el verdadero motivo de la muerte del de Lara quedará sumido en el más profundo misterio, y vos, don Diego, no volveréis á sufrir la impresión de terror que os sobrecogió al escuchar las palabras de don Lope.

—Tuve verdadero miedo, señor.

—Lo conocí.

—Pero no miedo por mi persona, sino porque se sospechase siquiera el verdadero móvil que armó mi brazo.

—Pues todas esas dificultades pueden quedar para siempre resueltas de la manera que os indico.

—Quedarán, señor. Ese hombre será condenado, y su muerte cerrará para siempre de un modo terminante el sangriento episodio de esta noche.

—¿Tiene su excelencia que comunicarme alguna nueva orden?

—Ninguna, don Diego. Retiraos á descansar, y recibid, en nombre del rey, las gracias por vuestro leal comportamiento.

—Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana, don Diego.

El de Deza se separó del favorito.

Este, al verle partir, dijo para sí:

—Si contáramos con unas cuantas docenas de servidores tan enérgicos y tan leales como éste, nuestro poder sería eterno. Pero por desgracia los hombres de este temple son harto escasos.

Don Fernando de Lara ha muerto: un traidor y un intrigante menos

El de Lerma volvió á su despacho y se sentó á proseguir su trabajo con la mayor tranquilidad.

El de Deza, entretanto, recobrando su litera, se dirigía á su casa diciendo:

—He cumplido con mi deber. El rey me ordenó matar al de Lara y he obedecido. Si esa muerte es injusta, Dios pedirá cuentas á la cabeza que la ordenó, no al brazo que la llevó á cabo. El acero no mata si la voluntad no le impulsa.

CAPITULO IV

EL PADRE Y LA HIJA

Empezaba á amanecer cuando don Diego de Deza tornó á su casa.

Beltrán, que le esperaba impaciente, bajó á recibirle al zaguán, y al empezar á referirle lo que durante su ausencia había sucedido, don Diego le interrumpió diciendo:

—Sé todo lo referente á la prisión de ese hombre. Ahora lo que necesito conocer son sus condiciones, su familia y su posición.

—El preso es un joven arrogante, de un valor á toda prueba y de una serenidad grande.

Es alférez de los tercios de Italia y ha peleado allí durante algún tiempo.

Respecto á su nombre y á su familia, guarda la más profunda reserva.

—¿Has hablado con él?

—Bajé á verle á su encierro con el fin de enterarme detenidamente de la manera como fué preso y del objeto que le condujo á la callejuela donde le sorprendió la rcnda.

—¿Y qué te ha dicho sobre esos particulares?

—Nada, señor. Guarda el silencio más obstinado.

—Bien; ya le haremos hablar. Ahora ven á desnudarme, que el sueño y la fatiga me rinden.

Necesito descansar algunas horas.

—¡Ah, señor! se me olvidaba deciros que vuestra noble hija desea veros.

—¡Cómo! ¿á estas horas?

—Me ordenó con mucha energía que la avisase así que volvieseis.

—¿Pues acaso no estaba recogida doña Esperanza cuando yo partí?

—No lo estaba, señor.

—¡Es extraño! ¡Esta noche es excepcional todo lo que aquí sucede!

El de Deza reflexionó un momento, después del cual dijo:

—Veamos qué quiere doña Esperanza.

Y saliendo de la habitación, se dirigió á las que ocupaba la joven, á quien no daba casi nunca el dictado de hija.

La contristada doncella había pasado toda la noche rezando y pidiendo por la libertad del hombre á quien amaba.

Cuando el de Deza penetró en la estancia, Espe-

ranza, arrodillada ante la imagen del Redentor del mundo, lloraba con el más amargo desconsuelo, rezando con el mayor fervor.

Al ruido que hizo el caballero, la joven volvió la cabeza, y, viéndole, alzóse del sitio donde se encontraba y cayó de hinojos ante el recién llegado exclamando:

—¡Padre mío!

—¿Qué te aflige, Esperanza? ¿Qué causa puede motivar el desconsuelo que en tu rostro se ve, ese llanto que brota á raudales de tus ojos?

—¡Una gran desdicha, señor, una gran desdicha!

—¿Una gran desdicha?

—Sí, señor.

—¡No te comprendo, Esperanza! ¡No acierto á adivinar qué pueda suceder que sea una desdicha para una hija á quien me afano en cercar de cuantos placeres, fausto y comodidades pueda tener una reina!

—Pues oidme, padre mío, y conoceréis la causa de mis pesares.

—Habla.

—Esta noche ha sido preso un joven caballero en la calleja inmediata al jardín.

—¡Ah!—exclamó el de Deza sorprendido por las palabras de su hija, quien, sin contenerse, prosiguió diciendo:

—Se le ha preso acusándole de un crimen horrible...

—Pero ¿qué te importa á ti de todo eso?—replicó el de Deza con impetuosidad.—¿Quién es ese hombre para que así te intereses por su suerte, y quién te ha puesto al tanto de la nueva de su prisión y del delito

que se le atribuye? ¿Quién ha osado traer hasta aquí semejantes nuevas?

—Nadie, señor.

—¿Cómo que nadie? ¡Oh! yo lo averiguaré bien pronto, y ¡ay del que, abusando de tu inexperiencia, ha creído sin duda que tus ruegos lograrían apartarme de la senda del deber y de la justicia!

—¡Padre!

—¡Calla! y si quieres conservar mi cariño, que no vuelva nunca á salir de tus labios ni la más pequeña frase respecto de ese asunto.

—¡Pero si no me ha impulsado nadie á dar este paso! ¡Si es mi corazón y mi conciencia quien me inspiran!

—¿Tu corazón y tu conciencia?

—Sí, padre y señor. Perdonad mi atrevimiento; perdonad mi culpa, si culpa es no haber podido reprimir los impulsos irresistibles de mi alma.

—¡Cielos!—exclamó don Diego empezando á comprender.—Pero ¿qué es lo que quieres decir?

—Señor, que amo á don César,—repuso llorando con la mayor amargura la atribulada joven.

—¡Desdichada!—exclamó don Diego fuera de sí al escuchar aquella revelación.—¿Y por eso me pides por él?

—Por eso.

—¡Oh! ¡pues no esperes nada de mí! Si la justicia no tuviera suficientes razones para condenarle por su crimen, yo le castigaría por haber osado poner los ojos en la heredera de mi nombre.

—¡Padre!...

—¡Silencio, hija desnaturalizada! ¿Es fijándote en un aventurero como quieres hacer respetable lo noble de tu sangre y lo ilustre de tu origen?

¡Oh! esa afición bastarda, ese sentimiento indigno de un pecho levantado, es una locura y una deshonra.

¡Pero yo sabré arrancar de raíz esa pasión criminal y menguada!

Ese miserable pensaría hacer su negocio trastornando tu cabeza, sin comprender que yo preferiría cien veces verte muerta antes que enlazada con quien no fuera tu igual en sangre y en linaje.

¡Oh! ¡pero harto caro va á pagar su atrevimiento!

¡La mano del verdugo!...

—¡Oh! ¡compasión para él, señor!

—¡Nunca!

—¡Por lo que más améis en el mundo os lo suplico!

—Pero ¿estás demente, hija desdichada? ¿No ves que osas pedirme un imposible? ¡Ese hombre es un miserable, un asesino!

Al oir esta acusación, Esperanza se alzó del suelo, y resuelta á jugar el todo por el todo en favor del hombre á quien amaba, repuso con firmeza:

—¡Padre, vos mejor que nadie sabéis que don César no merece esa calificación!

Un volcán que hubiera abierto repentinamente su cráter á los pies del de Deza no le hubiera causado un efecto más terrible que el que le causaron aquellas frases.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

— ¡ Habla, hija infame, ó por Dios vivo que te mató !

Un grito ronco brotó de sus labios; una oleada de ira inundó su pecho; una idea de muerte cruzó por su mente, y una llamarada de cólera brilló en sus ojos con tal intensidad, qne la atribulada doncella retrocedió espantada.

El de Deza, ciego y loco de desesperación, desnudó la aguda daga que pendía de su cintura, y con la voz balbuciente por la ira exclamó:

—¡Hija miserable, habla! ¡Confiesa al punto hasta el pensamiento más recóndito que escondas en tu pecho acerca de ese hombre!...

—¡Piedad! ¡piedad!—replicó Esperanza aterrada, cayendo de rodillas.

Su padre, en el paroxismo de la cólera, la asió de un brazo, y levantando la daga dispuesto á herir, repitió:

—¡Habla, hija infame, ó por Dios vivo que te mato!

—Hablaré, padre. Confesaré todo cuanto deseáis.

—¿Por qué afirmas que ese miserable no merece el calificativo de asesino?

—Porque él, lo mismo que yo, vió caer al consejero Lara.

—¡Maldición!—exclamó el de Deza, desesperado, furioso.

—Don César hablaba conmigo cuanto penetrasteis en el jardín acompañado por Beltrán.

—¿Y nos conoció ese hombre?

—Sí.

—¡Oh!...

—Pero me juró sobre la cruz de su espada que ja-

más revelaría aquel suceso, y antes moriría cien veces que faltar á su juramento.

—Si tú no hubieras dado oídos á ese miserable; si hubieras sido tan celosa de tu recato y de la honra de tu familia como tu nacimiento te obligaba á serlo; si no hubieras dado al olvido lo que debías tener siempre presente, ni hubieras abrigado en tu pecho esa pasión bastarda y vergonzosa, ni ese miserable aventurero sería ahora dueño de mi secreto.

—¡Pero si no lo revelará!

—¡Oh! ¡de eso yo me cuidaré!—replicó con una sonrisa infernal don Diego.—¡Está bajo mi mano, y yo le haré enmudecer para siempre!

—¡Dios mío! ¡Padre, tened piedad! ¡Piedad de ese inocente!—exclamó la joven, anegada en llanto y asiéndose á las rodillas de su padre.

—¡Piedad! ¿Y la has tenido tú acaso poniendo mi honra á merced de ese desconocido?

Hay arcanos que el que los pretende sondear delira.

Hay secretos que cuestan la cabeza al atrevido que los sorprende.

—¡Pero, padre, si él ha jurado solemnemente guardar silencio!

—¡Nadie guarda un arcano mejor que una tumba! —replicó con una calma glacial aquel hombre.

Y rechazando violentamente á su hija, salió de la estancia.

La suerte de don César estaba decidida.

Su muerte era una cosa resuelta de una manera absoluta en el ánimo del alcalde mayor.

Esperanza, al ver desaparecer á su padre, se alzó del suelo, exclamando:

—¡Oh! ¡Imposible, imposible que yo consienta que el dueño de mi amor muera por mi causa!

¡El, tan noble, tan bueno, tan honrado!

¡Oh! no, no morirá, aunque tenga yo que hacer para impedirlo la mayor de las atrocidades.

¿Qué delito ha cometido él para merecer la muerte? Ninguno.

¡Quererme con toda su alma y cifrar en mi amor su ventura y su dicha!

Si hay en esto algún delito, no es suyo, es mío en todo caso.

Yo le he correspondido, yo he alentado su pasión, y yo también, por mi desgracia, le he exigido ese juramento que sella sus labios y que le lleva ahora á la muerte. ¡Pero yo no puedo consentir que muera!

¿Por no manchar los timbres de mi casa, por conservar incólume el lustre de mi apellido y la honra de mi padre, he de ver morir á un inocente á manos del verdugo, cubierto de oprobio y de infamia?

Mi conciencia se subleva ante tan inicua manera de proceder, y á la nobleza de mi corazón repugna tan cruel egoísmo.

¡No! la verdad y la justicia antes que todo.

Si la vida de don César peligra, yo revelaré ante la faz del mundo, suceda lo que suceda, el nombre del matador de don Fernando de Lara.

¡Pero yo estoy loca, Dios mío! Si el matador de ese hombre ha sido mi padre, ¿cómo voy, hija cruel y des-

naturalizada, á arrojar sobre su venerable frente la mancha de ese crimen? ¿Cómo voy con mi acusación á ser la causa de su desdicha y de su deshonra?

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Mi mente se ofusca en medio de un torbellino de encontradas ideas, y mi corazón, desgarrado por la amargura, parece que quiere romper la cárcel estrecha de mi pecho.

No sé qué hacer ni cómo conducirme en este difícil y angustioso trance.

Si callo, la vida y la hora del dueño de mi alma están en peligro; si hablo, perjudico á mi padre y le deshonro.

¿Qué hacer?

¿Qué partido tomar?

No lo sé, no lo sé, Dios mío.

La conciencia me grita que debo salvar á don César, que es inocente; pero mi cariño filial, sobreponiéndose á la voz de mi deber y á los impulsos de mi rectitud, me ordenan salvar á mi padre.

En esta terrible y encontrada lucha, mi espíritu se agita y un torcedor impío me taladra.

¡Dios mío, Díos mío, inspírame en tan apurado trance! ¡Manda á mi alma angustiada un rayo de tu divina luz, que disipe las tinieblas en que se encuentra envuelta y que me indique el verdadero camino que debo seguir, ó corta mi existencia, poniendo de este modo un término seguro á mis dolores!

Imposible es que nadie se haya encontrado jamás en un trance tan terrible como este en que me veo.

¡Oh! mi razón se oscurece y siento en mi corazón el frío helado de la muerte.

La noble joven dejóse caer anonadada en un sillón, vertiendo raudales de amarguísimo llanto.

Su situación no podía ser efectivamente más difícil ni más triste.

CAPITULO V

ENTRE EL AMOR Y EL DEBER

Esperanza, la desdichada amante de don César, seguía entregada á su dolor, cuando Berta penetró en la estancia diciendo:

—Señora, una dama, rigurosamente enlutada, desea hablaros con urgencia.

—¿Y no te ha dicho ni su condición ni su nombre?

—No, señora. Pero que su condición es noble lo revelan á primera vista su porte y sus maneras. Parece abrumada por una gran desgracia.

—Entonces hazla pasar sin demora. Los seres desgraciados me inspiran una inmensa simpatía desde que el dolor y los pesares anidan en mi alma.

Berta salió, y un momento después una dama de distinguido porte, cubierta de los pies á la cabeza con un negro y tupido velo, apareció en la puerta de la estancia.

—Pasad, señora, y hacedme la merced de sentaros, —exclamó doña Esperanza recibiendo á la recién venida con el mayor cariño.

—¡Gracias, señora!

La enlutada se sentó, y después de un momento de silencio repuso:

—¿Es á la hija de don Diego de Deza á quien tengo la honra de hablar?

—La hija de don Diego de Deza soy, señora.

—Pues bien, perdonadme si con el alma llena de angustia y ansiedad llego á vuestro lado á turbar vuestro sosiego y á amargar vuestras alegrías.

—¡Mis alegrías, señora, murieron para siempre!—replicó, suspirando con profunda pena la contristada joven.

La dama enlutada, cuyas facciones se distinguían apenas á través del espeso velo que llevaba, fijó sus ojos en el rostro entristecido de Esperanza y exhaló á á su vez un suspiro doloroso.

Conoció que la joven también sufría, y que era, como ella, desgraciada.

—Os creía feliz, y el temor de turbar vuestra tranquilidad me coartaba. Pero veo que padecéis, y como los desgraciados simpatizan apenas se encuentran, me siento ahora con más valor para confiaros mis dolores. Son éstos tan fieros y tan intensos, que parece imposible que pueda resistirlos sin estallar mi corazón acongojado.

Anoche ha sido muerto á traición mi noble esposo en una calleja cercana al jardín de vuestra casa.

—¡Ah!—exclamó Esperanza sorprendida.—¿Sois la esposa del señor don Fernando de Lara, que Dios tenga en su gloria?

—¡Soy su desdichada viuda! A consecuencia de ese infame crimen ha sido preso un joven caballero, á quien, tanto mi esposo como yo, distinguíamos y apreciábamos, y con quien os unen, si no me han engañado, lazos de cariño.

—No os han engañado, señora. Don César es el único y exclusivo amor de mi alma.

—La resistencia que hizo á la ronda que consiguió prenderle, y el haber sido hallado en la solitaria calleja y junto al cadáver, tibio aún, de mi desventurado esposo, hacen recaer sobre él las sospechas que le presentan como autor de ese odioso crimen.

—Es verdad.

—Pero yo estoy plenamente convencida de que don César es inocente.

—¡Ah!

—Sí; tengo la certeza, la seguridad de que ese pobre joven, no sólo no hubiera atentado nunca á la vida de mi esposo, sino que hubiera dado gustoso la suya por poder salvarle.

Conozco bien la nobleza de sus sentimientos y la grandeza de su alma.

Sé el respeto y la gratitud que hacia nosotros siente, y por eso juraría, sin vacilación alguna, que él no ha sido el matador de don Fernando. Pero todas las apariencias le condenan, y como la justicia juzga casi siempre mirando más á la superficie que al fondo de

los hechos, temo que la vida de don César se encuentre en verdadero peligro.

—¡No os engañáis, señora! La vida de don César se encuentra seriamente amenazada.

—Pues bien; yo, que más que nadie deseo que sea castigado con todo el rigor de la ley el infame asesino de mi noble esposo; yo, que tengo la convicción profunda de que don César es inocente, no vengo aquí con más objeto que el de ponerme de acuerdo con vos para salvar á ese joven, y para que me ayudéis á descubrir y esclarecer los sucesos, de tal manera, que la verdad resplandezca y que sirva de faro á la justicia.

—¡Oh! Contad conmigo para todo, señora. Ver libre y salvo á don César es el más ardiente deseo de mi alma. Por lograr esa dicha serían para mí bien poca cosa los sacrificios más inmensos.

—¡Gracias, noble y generosa joven! No esperaba yo menos de la hidalguía y la nobleza de vuestro corazón.

Nuestros deseos se verán cumplidos como sepamos conducir este asunto con habilidad y defenderle con fe y energía.

Oidme un momento.

—Hablad, señora.

—Al acudir anoche don César á vuestra cita, fué acompañándole su criado Roberto hasta la embocadura de la calleja donde se cometió el crimen.

Reclinado en el dintel de una puerta y protegido por la oscuridad, quedó el fiel escudero esperando la vuelta de su amo.

Desde allí vió que dos hombres con los rostros cubiertos por oscuros antifaces cerraron el paso á mi esposo, le acometieron y lo mataron.

—¡Dios mío!—exclamó Esperanza estremeciéndose.

—Uno de los dos asesinos, al ver caer á don Fernando, desnudó su daga y se arrojó sobre él con intento sin duda de rematarle. Pero debió considerarle bien muerto cuando se alzó sin herirle, diciendo á su cómplice:

—El golpe ha sido certero.

Entonces aquellos dos hombres huyeron envueltos en la sombra, llegaron á la puerta de vuestro jardín y, abriéndola, se perdieron en su interior.

La enlutada hizo una pausa para tomar aliento.

Esperanza, aterrada ante las palabras de la dama, sentíase morir de angustia.

La viuda de don Fernando prosiguió diciendo:

—Dentro del jardín os encontrabais, señora, en amoroso coloquio con don César. Aquellos hombres penetraron allí, é indudablemente tuvisteis que verlos.

Esperanza exhaló un ahogado grito de espanto, y una palidez mortal cubrió su semblante.

La dama enlutada, con un acento firme y seguro, prosiguió diciendo:

—Aquellos dos hombres os eran conocidos. Decidme, pues, quiénes eran.

—¡No vi á nadie, señora; no vi á nadie!—replicó con voz temblorosa la joven, trastornada por el efecto terrible que en su ánimo producían las palabras de la enlutada viuda.

—¿Que no visteis á nadie, decís?

—No vi á nadie—repuso Esperanza con voz angustiosa.

—No decís verdad. Vuestra turbación os vende, y el temor embarga vuestra voz.

¡Los nombres, señora, los nombres de los infames asesinos de mi esposo! Pronunciadlos, que necesito saberlo para que la verdad resplandezca, y la justicia, engañada, no castigue á un inocente.

Esperanza, aturdida por aquella nueva complicación, encontrábase pálida como un cadáver y muda como una estatua.

—¡Oh! Hablad, señora. ¿No veis qne me estáis asesinando con vuestro silencio?

La sombra de mi marido está pidiendo justicia, y es necesario que la obtenga.

¿Queréis acaso que quede impune tan horroroso crimen?

¡Tened piedad de mis dolores!

¡Apiadaos de mis lágrimas y decidme el nombre del matador de mi marido, á quien indudablemente conocéis. Nombradle, señora. De rodillas os lo pido por lo que más queráis en el mundo!

Por el amor de don César.

Por la honra y la salud de vuestro padre.

Y la noble viuda, anegada en llanto y transida de dolor, cayó de hinojos ante la hija de Deza, con las manos cruzadas en ademán suplicante.

El tormento que sufría Esperanza no puede describirse.

Su posición no podía ser ni más dolorosa, ni más comprometida, ni más difícil.

Así que, sin saber lo que se decía, repuso maquinalmente:

—No vi á nadie, señora; no vi á nadie.

—¡Oh! ¡basta!—exclamó la noble viuda alzándose del suelo de una manera violenta.—Tenéis el corazón de roca.

Nunca pude imaginarme que bajo una faz tan angélica y candorosa se ocultase tanta doblez y tanta perfidia.

—¡Señora!...

—¡Oh! ¡callad! ¿Y sois vos la que hace un momento aseguraba que quería á don César con toda su alma?

—Sí, le amo...

—¡No! ¡ni le amáis, ni habéis sabido nunca lo que es amar!

—¡Oh! ¡si le quiero más que á mi vida!

—Lo disimuláis perfectamente, señora—replicó con un sarcasmo terrible la enlutada.

—No lo dudéis. Le amo más que á mi existencia, más que á mi felicidad. Pero dejadme por Dios...

—Nombrad al asesino de mi esposo y me alejaré al punto.

—¡Si no vi á nadie!

La enlutada fijó entonces su vista en la imagen del Redentor del mundo, que se encontraba en la estancia, y una idea cruzó por su mente.

Resuelta á ponerla en práctica en el momento, preguntó á la joven con el acento más reposado que pudo:

—¿Decís que no visteis á nadie?

—Á nadie.

—Pues bien, un medio existe que puede convencerme de la verdad de vuestras afirmaciones.

—¿Dudáis acaso?

—Sí.

—Me ofendéis.

—Vuestra turbación me autoriza para ello.

—Sin embargo, aunque debiera resentirme vuestra desconfianza, dispuesta estoy para tranquilizaros á acceder á lo que deseáis.

—Entonces, venid.

Y tomando por una mano á Esperanza, la llevó delante de la imagen del Crucificado, diciendo:

—¿Afirmáis que no conocisteis á los dos encubiertos que entraron anoche en vuestro jardín?

—Lo afirmo.

—Juradme entonces sobre este Cristo bendito que cuanto decís es la más cumplida verdad.

Esperanza, obligada por las circunstancias, extendió su brazo derecho hacia la sagrada imagen. Pero su conciencia se sublevó ante la acción indigna que iba á cometer, y sin poder reprimirse, retrocedió espantada, exclamando:

—¡Un falso juramento! ¡Jamás, jamás!

—¡Desgraciada! ¡Miserable!—prorrumpió la de Lara asiendo de una manera nerviosa el brazo de la joven.

—¡Compasión, señora!—repuso Esperanza cayendo de rodillas á los pies de su interlocutora, que con una exaltación terrible la decía:

—¿Y vais á dejar que el hacha del verdugo siegue la cabeza de un inocente, por seguir guardando ese criminal silencio?

—¡Oh!... ¡callad, señora, callad!—replicaba la pobre joven retorciéndose de desesperación.

—¿Y presenciaréis con calma el sacrificio del hombre á quién osáis decir que queréis, cuando con una sola palabra podéis salvarle?

—Y le salvaré, suceda lo que quiera—repuso con explosión Esperanza.

—Pero...

—No me preguntéis nada. Respetad mi silencio, y si dudáis de mis propósitos, venid y veréis de lo que soy capaz.

Y la joven, alzándose, se acercó al crucifijo, y poniendo sobre él su mano derecha, exclamó con una exaltación que crecía por momentos.

—Juro por esta santa imagen, y por las lágrimas y los dolores de su Madre sacratísima, que antes que consentir que don César muera inocente, revelaré á la faz del mundo el nombre del matador de don Fernando de Lara.

La dama enlutada exhaló una exclamación de entusiasmo, y abriendo los brazos recibió en ellos á Esperanza, que rendida del esfuerzo que acababa de hacer, se hubiera desplomado si no la hubiera su interlocutora sostenido.

—Gracias, gracias, generosa joven—exclamaba la de Lara, cubriendo de lágrimas y besos á la acongojada hija de Deza, que, oprimiéndose con las dos manos

el pecho, pretendía sujetar los latidos de su corazón, que amenazaba romperse.

—¿Estáis satisfecha, señora?—preguntó después de un largo rato de silencio la desdichada joven.

—Sí.

—¿Veis cómo no mentía al aseguraros que amo á don César con toda mi alma?

CAPITULO VI

DUDAS Y TEMORES

En la época en que desarrollamos la acción de la presente obra, la corte de España era un semillero de envidias y rivalidades; intrigas tan bajas y asquerosas como las que nunca se habían visto antes, ni se han vuelto á ver despues en el alcázar de ningún monarca del mundo.

El duque de Lerma, favorito y ministro universal de Felipe III, había presentado en palacio á su hijo primogénito don Cristóbal, marqués de Cea, y después duque de Uceda, con el fin de irle elevando, y de que fuera en su día su sucesor en el alto puesto que ocupaba. Pero aquel hijo, ingrato é impacient , empezó á conspirar en contra de su padre, resuelto á arrancarle en vida la influencia y la confianza con que le distinguía el soberano.

No hubo medio, por indigno y reprobado que tuera,

que no pusiese en juego aquel hombre para desacreditar ante la corte y la opinión al anciano autor de sus días.

Los dos hermanos don Fernando y don Lope de Lara pertenecían al bando del hijo ambicioso, siendo especialmente don Fernando uno de los más activos propagandistas de aquella parcialidad.

El viejo duque, que sentía que su propio hijo le minaba el terreno, defendía su puesto con entereza, resuelto á no ceder en la lucha hasta vencer ó sucumbir.

El bando enemigo acrecía por instantes.

Cada paso que el de Lerma daba en el poder suscitaba una protesta; y despechado é irritado por aquella oposición sistemática, se decidió, por fin, á devolver á sus contrarios golpe por golpe hasta aniquilarlos, sin reparar en los medios por violentos y abusivos que fueran.

—Ellos creen legales toda clase de armas para combatirme; pues yo emplearé, para deshacerme de ellos, toda clase de armas también.

Y como disponía de tanta ó mayor autoridad que el rey, dió una noche á Deza la siguiente lacónica orden:

—Don Diego, conviene al mejor servicio del rey que el consejero don Fernando de Lara deje de existir lo antes posible.

—Morirá, señor—replicó lacónicamente el de Deza.

—Conviene también que su muerte aparezca como efecto de la casualidad, y que quede envuelta en el más profundo secreto.

—Perded cuidado, señor, que así sucederá.

Este fué, pues, el origen de la desgracia que aconteció al consejero, y por esta razón el de Deza cumplió por sí mismo el encargo recibido.

La sospecha de que la mano oculta del favorito había tenido parte en aquel crimen se alzó en el ánimo de sus contrarios apenas tuvieron noticia del suceso.

El inquisidor general don Juan de Acebedo fué el primero que enunció esta sospecha, y sus amigos se propusieron explotarla y ver si podían hacerse con alguna prueba que comprometiese de una manera formal al de Lerma.

—Si conseguimos que el preso venga á poder del Santo Oficio, yo os prometo, señores, que tendremos de sobra las pruebas que necesitamos—decía Acebedo á sus amigos.—Trabajemos para conseguir que lo entreguen á mi jurisdicción, y yo os aseguro que en el tormento le arrancaremos cuantas confesiones queramos. Saquémosle del poder del de Deza, y nuestro triunfo es seguro.

Animados por este deseo, desplegaron cuanta actividad y cuanta influencia tenían para conseguir sus propósitos.

Pero el de Lerma se mostró inflexible, nombró una comisión presidida por el de Deza para que tramitara el proceso y condenase al reo, si el delito resultaba probado.

Pero como el favorito no sólo no tenía deseos de que don César se salvase, sino que, por el contrario, ha

bía decidido, como sabemos, perder al desdichado joven, nombró entre los individuos del tribunal al hermano del consejero asesinado, don Lope de Lara.

De esta manera pensó acallar los resentimientos y las hablillas que levantaban en su contra los partidarios de que fuese entregado don César al brazo de hierro de los inquisidores.

Mientras se cruzaban estas intrigas bajo los dorados artesonados de los palacios, el noble don César desesperábase entre las húmedas y agrietadas paredes de su triste prisión.

Desde la noche en que fué encarcelado no había visto á más personas que á Beltrán y á un hombre de aspecto feroz y rudo, que desempeñaba el cargo de calabocero, y de cuyas manos recibía el joven la escasa ración de pan y agua que se le suministraba.

Sin la menor noticia de cuanto sucedía fuera del estrecho recinto de su encierro, desesperábase el desdichado maldiciendo los rigores de su estrella y la injusticia de los hombres.

Sin la impotencia á que le redujeron sus guardadores, esposando sus manos y sujetando sus pies á una gruesa cadena enclavada en el muro, su carácter enérgico y decidido le hubiera arrojado á cualquier acto de audacia con el fin de procurarse la fuga.

Pero se veía hasta casi imposibilitado de moverse.

Las advertencias que hizo á Beltrán el alcalde que mandaba la ronda á quién acuchilló, habían sido toma-

das tan en cuenta, que no omitieron precaución alguna para tener la seguridad de que pudiera evadirse.

La misma impotencia á que el rigor de sus verdugos le redujo aumentaba su ira y su desesperación.

Más de una vez llegó ésta á tal extremo, que la idea del suicidio cruzó por su mente calenturienta.

El pensamiento de destrozarse el cráneo contra el muro hirvió en aquel cerebro, lleno de tinieblas y de sombras.

Pero cada vez que aquella idea de perdición acudía á su mente, un rayo de luz purísima rasgaba las negras sombras de la noche de sus penas, derramando dulce consuelo en su pecho atribulado, y alumbrando con la luz risueña de la esperanza el mundo de amarguras en que se veía sumido.

Aquella luz purísima era el recuerdo ardiente de su bien amado, de aquella mujer á quien á cada momento quería con más vehemencia y con más arrebatadora pasión.

La hija de Deza era para el alma atribulada del prisionero lo que el fresco manantial del oasis al árabe sediento y rendido de fatiga en medio de los abrasados arenales del Sáhara.

Aquel recuerdo ahuyentaba del cerebro de don César toda idea de muerte, haciéndole desear con ahinco verdadero la libertad y la vida.

Una mañana, en el pasillo donde daba la puerta de su encierro, sintió gran ruido de pasos y el rumor y voces de muchas personas.

Momentos después los cerrojos crujieron, las llaves rechinaron y la puerta de la prisión fué abierta de par en par.

Un grupo de alguaciles con las espadas desnudas invadía el pasillo.

Beltrán y dos hombres de formas hercúleas y de rostros repugnantes penetraron en la estancia.

—Vais á ser conducido ante vuestros jueces—profirió el viejo servidor de Deza, dirigiéndose al joven prisionero.

—Ya lo deseaba. ¡Gracias á Dios ó al diablo que se acuerdan de mí!—repuso el joven.

—Quizás antes de poco os pese ese deseo.

—A mí no me pesan nunca las cosas que digo ni las que hago.

—¡Sois altivo!

—Puedo serlo, porque soy honrado.

Beltrán fijó en el joven sus ojos de un modo avieso, y sus labios se contrajeron con una sonrisa burlona.

—¿Os reís?

—Soy viejo, y como tal, incrédulo y desconfiado.

—Pues poned la mano sobre vuestro corazón, si es que con la edad no se os ha empedernido, y preguntad á vuestra conciencia si desde la noche que me encerrasteis en este calabozo podéis consideraros más honrado y más inocente que yo.

Y don César pronunció estas frases de tal manera, que Beltrán, á pesar de su doblez y de su serenidad, palideció mortalmente.

El prisionero, al ver el efecto que en aquel hombre hicieron sus palabras, sonrió á su vez, añadiendo:

—Ahora llevadme donde queráis; pero obrad con tiento si no queréis que, agotándose mi paciencia, se torne en juez el acusado.

Estas últimas frases, pronunciadas por don César de manera que no fuesen oídas más que por Beltrán, acabaron de llenarle de temor y de recelo.

—¡Si este hombre sabe, como parece, lo que ocurrió, y habla y descubre la verdad ante los jueces, mi señor y yo estamos perdidos! Es necesario prevenir á don Diego de lo que ocurre antes que el juicio empiece—pensó Beltrán.

Y ordenando á los dos carceleros que le acompañaban que desatasen al joven y le condujesen ante el tribunal, salió apresuradamente del calabozo.

Un momento después decía á su amo:

—Señor, el preso me ha prevenido que si se le impacienta ó se le martiriza, dirá ante sus jueces los nombres de los matadores de don Fernando de Lara, y el cómo y de qué manera se llevó á cabo aquella muerte.

—¿Eso ha dicho?—repuso el de Deza frunciendo el ceño.

—Eso ha dicho; y dada la energía y la entereza de su carácter, le creo muy capaz de cumplir su palabra.

—Con razón sobrada dudaba yo que cumpliera el juramento que hizo de guardar silencio.

—Hay que tener en cuenta, señor, la situación excepcional en que se encuentra. El instinto de conser-

vación es innato en todos los seres, y si se ve martirizado y juzgado por quien llevó á cabo el hecho que á él se le imputa, no es extraño que la ira, anegando su alma, le incline, para defenderse ó vengarse, á volver daño por daño y golpe por golpe.

—¡La fatalidad parece que preside este asunto!—replicó don Diego, quedándose profundamente pensativo.—Si don Lope de Lara no formase parte del tribunal, no correríamos riesgo alguno. Pero si delante de ese hombre, el preso, impulsado por el despecho ó la venganza, me arroja al rostro la muerte de don Fernando, las consecuencias serán terribles.

Los partidarios del de Uceda tendrían entonces un arma poderosa que esgrimir contra el de Lerma, y éste, que quiere que la muerte del de Lara quede envuelta en el misterio más profundo, llegaría á dudar tal vez de mi lealtad y de mi reserva.

Cuando se ha visto uno, como el duque, traicionado hasta por su propio hijo, no se puede tener confianza absoluta en nadie.

¿Qué hacer en este trance para conjurar el peligro que se cierne sobre nuestras cabezas?

Así reflexionaba el de Deza, sin encontrar en su mente la solución que buscaba.

Instantes después una idea terrible se alzó en su cerebro.

Era cruel, era indigna, pero resolvía de plano el conflicto.

Aquella idea no era otra que la de arrancar la vida al preso antes del momento señalado para com-

parecer ante sus jueces, procurando dar á su muerte las apariencias de un suicidio.

En el momento que don Diego se disponía á indicar á Beltrán lo que había decidido, la puerta de la estancia se abrió y uno de los servidores de la casa apareció en el umbral.

—¿Qué ocurre, Garcés?—preguntó el de Deza.

—Los señores que forman el tribunal se encuentran reunidos y esperan á su señoría.

Don Diego frunció profundamente el entrecejo.

Aquello le contrariaba, deshaciendo sus planes.

Sin embargo, no queriendo desistir de sus propósitos, se dirigió á Beltrán preguntándole:

—¿Y el preso?

—Dispuesto á comparecer, pues cuando salí de su encierro para ver á su señoría, le dejé ya en poder de los alguaciles encargados de su custodia durante el juicio.

—¡Era ya tarde para llevar á cabo mis propósitos! Nada, siempre en este asunto la mano de la fatalidad—pensó el de Deza.

Y saliendo de la estancia ceñudo y sombrío, se dirigió á la sala donde se encontraban los jueces que habían de decidir de la suerte de don César.

CAPITULO VII

DE CÓMO UN JUEZ SIENTE MIEDO DELANTE DE UN REO

En una extensa habitación interior del piso bajo de la casa de don Diego encontrábase establecido el tribunal ante el que había de comparecer el infortunado amante de Esperanza.

El asunto se encontraba prejuzgado con anticipación, y en el ánimo de los jueces existía por unanimidad el propósito de sentenciar á muerte al reo.

Pero don Lope de Lara, influído por sus amigos políticos, deseaba más todavía. Abrigaba el propósito de que durante el juicio se sujetase á don César al tormento con el fin de obligarle á confesar los móviles que le impulsaron á cometer el crimen y las personas que le alentaron en su empresa.

Hacer declarar á los reos, empleando para ello las más horribles torturas, era un procedimiento corriente en aquella época.

Así que, á la par que á los jueces, veíase en el salón al verdugo de la corte Pedro Soria, y á dos robustos jayanes que le servían de ayudantes y que disponían el potro donde iba á ser atormentado don César.

Constituído el tribunal bajo la presidencia de don Diego, éste, dirigiéndose á los alguaciles que guardaban la puerta de entrada, exclamó:

—Haced comparecer al reo.

Momentos después don César, con las manos esposadas á la espalda, penetró en la estancia con sereno continente, sin arrogancia y sin humillación.

La mayoría de los jueces, que esperaba ver en el reo á un criminal vulgar, encontróse sorprendida ante la apuesta y aristocrática presencia del joven caballero.

Más de un ánimo vaciló en el propósito que de condenarle tenía resuelto, y en más de un corazón empezó á levantarse el convencimiento de que era imposible que fuese un infame asesino quien había recibido de la naturaleza tan brillantes prendas personales.

La simpatía es un sentimiento que no puede describirse. Brota espontáneo como el amor, y ejerce una influencia poderosa en nuestros actos y en nuestras determinaciones.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó al joven el de Deza, dando principio al interrogatorio.

—Don César—replicó el procesado con firme y sonoro acento.

—¿Cuál es vuestro apellido?

—Satanás.

Los jueces se miraron con extrañeza, y don Diego, creyendo que el reo intentaba burlarse, exclamó con acento irritado:

—¿Intentáis acaso burlaros de vuestros jueces?

—¿Por qué, señor? Me preguntáis mi apellido y os le digo. Ahora, si me lo permitís, os explicaré por qué llevo ese sobrenombre extraño, que considero como una honra por la causa á que se refiere y por la elevada persona á quien se le debo.

—Hablad.

—Yo no he conocido á mis padres. Las personas que cuidaron de mi infancia me llamaron siempre César á secas.

Cuando fuí hombre, ingresé con el grado de alférez en uno de los tercios de nuestra invicta infantería que guerreaba en Italia.

En una ocasión, seiscientos soldados españoles guarnecíamos una pequeña plaza fortificada, cuya conservación importaba mucho al general en jefe de nuestro ejército, por el punto estratégico en que se encontraba enclavada.

El enemigo, con una fuerza de seis mil infantes, diez cañones y ochocientos caballos, vino sobre la plaza de improviso y la puso estrecho y apretado cerco.

La lucha comenzó de una manera terrible.

Los sitiadores tenían un empeño grande en apoderarse de la plaza antes que los ejércitos españoles se apercibieran de su intento y corrieran en nuestro socorro.

Nosotros, por el contrario, nos decidimos desde el

primer momento á resistir hasta el último trance, en la seguridad de ser ayudados.

La fortuna nos ayudó en los primeros momentos, sin duda para castigar la imprudente arrogancia del sitiador, que, sin haber abierto brecha en nuestros muros, condujo á sus soldados al asalto.

Cuatro veces llegaron á poner las escalas y otras tantas se vieron obligados á retirarse rotos y deshechos, dejando el foso y las obras avanzadas llenas de cadáveres

La metralla de nuestros cañones y las balas de nuestros mosquetes hicieron en sus huestes una terrible carnecería.

El enemigo quedó duramente escarmentado.

Aquel descalabro hizo conocer al general enemigo que no debía olvidar para vencernos ninguna de las operaciones que para semejantes jornadas aconseja el arte de la guerra.

Durante la noche emplazó sus cañones y embosçó varios tercios de arcabuceros en los puntos que pudo cercanos á las murallas, y apenas rayó el día rompió un fuego nutrido y terrible contra la plaza.

Nosotros contestamos lo más enérgicamente que pudimos á su agresión; pero como el número de nuestros soldados era escaso y nuestro repuesto de municiones no era grande, la prudencia nos aconsejaba no malgastar ni la pólvora ni el balerío hasta el momento en que volviese el enemigo á correr al asalto.

Esto no tardó en suceder.

A los dos días de fuego, la brecha quedó practica-

ble, y los italianos nos acometieron con una energía indescriptible.

En la brecha con especialidad la lucha fué terrible y sangrienta.

Los combatientes de uno y otro bando caían bajo la acción del hierro y del plomo, como caen los espigas bajo el filo de la hoz del segador.

Envueltos en el humo de la pólvora de los disparos y entre las llamas de la pez y las maderas con que procurábamos tapar la brecha, las espadas brillaban, los arneses crujían, los mosquetes tronaban, y ese ruido temible y atronador de los combates, mezcla de ayes, de maldiciones, de vivas y de mueras, elevábase excitando los ánimos y asordando el espacio con sus ecos gigantescos.

La sangre corría á torrentes, y, sin embargo, nadie cejaba, nadie cedía en su empeño de morir ó vencer.

¿Qué tesón tan obstinado por avanzar!

¡Qué coraje tan porfiado en resistir!

La victoria voló indecisa durante tres horas, sin saber sobre qué banderas posarse; pero la suerte premió nuestra entereza, y al fin de tan obstinado pelear fué nuestro el lauro de la jornada.

El enemigo, convencido de que no podía dominarnos, emprendió la retirada recogiéndose á su campo.

—¡Victoria por el rey de España don Felipe III!—gritamos entonces desde lo alto del muro, proclamando nuestro triunfo; y aquel grito entusiasta y gigante asordó el espacio, llenando de espanto y de rabia al ejército vencido.

Durante aquel día de pruebas, yo defendí el punto más débil de la brecha con cuarenta hombres escogidos del tercio en que servía.

Treinta de aquellos valientes pagaron con sus vidas el sangriento laurel de la victoria que recogimos en aquella gloriosa jornada.

El general enemigo, al ordenar que sus tropas se retirasen, lleno de despecho y de vergüenza, exclamó:

—¡Satanás es indudablemente quien defiende esa brecha!

Los soldados repitieron estas expresiones de su jefe, y al saberlo mis compañeros de armas, empezaron á designarme de esa manera.

Este es el origen de ese sobrenombre que he llevado durante todo el tiempo que he permanecido en campaña, y que llevo con orgullo, por haberle alcanzado vertiendo mi sangre en defensa de la gloria y el honor de mi querida patria.

Mis padres me arrojaron al mundo privándome de su apellido, y yo me he ganado ése con la punta de mi acero.

Don César guardó silencio, y el de Deza, después de un momento de pausa, volvió á preguntarle:

—¿Y qué tiempo hace que estáis en la corte?

—Medio año escaso.

—¿Conocíais al consejero de Castilla don Fernando de Lara?

—Le conocía y le respetaba tanto como hubiera respetado á mi padre si le hubiera conocido—repuso el joven con voz conmovida.

Don Lope sintió que una oleada de indignación inundaba su pecho, y tuvo que hacer nn esfuerzo supremo para contenerse.

Tenía la convicción profunda de que don César era el asesino de su hermano, y en las palabras del joven no vió más que un sarcasmo y una miserable impostura.

Pero el de Deza le tranquilizó con un ademán, y continuó el interrogatorio.

—¿Y cuándo habéis visto la última vez al señor don Fernando de Lara?

—El mismo día en cuya noche fué cobardemente asesinado.

La entonación que dió el joven á estas palabras hizo estremecer al de Deza.

Pero conociendo que el momento de prueba era llegado, y que sólo con serenidad y sangre fría podría salvarse, se decidió á aparecer sereno, encubriendo, con la máscara del más perfecto disimulo, las sensaciones de su alma.

Firme en esta resolución, dió á su rostro un aspecto de gravedad y de entereza terribles, y prosiguió diciendo.

—¿Y dónde visteis á don Fernando ese día que decís?

—En su casa, como tenía de costumbre.

—¿Y no le visteis también la noche del criminal suceso?

—Vi su cadáver, ante el cual me condujo la ronda que me prendió.

—¿Y con qué objeto os llevó la justicia delante del cadáver del consejero?

—Para que le reconociera.

—¿Y le reconocisteis?

—¿Pues no le había de reconocer? ¿Podía yo acaso negar que conocía al noble don Fernando?

—¿Y no sabéis en qué concepto os llevaron á reconocer aquel cadáver?

—No lo sé.

—Pues en el concepto de matador.

Al oir aquella acusación, un relámpago terrible de ira brilló en los ojos de don César, relámpago que, á pesar de todos sus propósitos, hizo sentir frío al de Deza hasta en la medula de sus huesos; pero el recuerdo de Esperanza acudió entonces á la mente del mancebo, y la expresión de su semblante pasó de la ira á la amargura. Una sonrisa de desdén alteró sus labios, y con reposado acento repuso:

—¡No me conoce quien me ha juzgado capaz de cometer tal villanía!

—Todas las apariencias os condenan.

—Las apariencias engañan casi siempre.

—La justicia os trató de detener en la misma calle donde el crimen acababa de ser cometido, y en vez de obedecer sus intimaciones, acometisteis y acuchillasteis á sus ministros.

—Les acometí por imprudentes y por calumniadores.

—Hablad con más respeto de la justicia de su majestad.

—Nadie sabe respetar al rey con más fe ni mayor

entusiasmo que el que ha vertido en los campos de batalla su sangre en su servicio. Pero de esto á consentir que quieran obligarle á uno á entregar su acero, que ha sabido conservarle empuñado á despecho de los enemigos de España, y que sufra además que le acusen de un crimen que no ha cometido, hay una diferencia muy grande.

Si el alcalde que quiso detenerme, y que por la fatalidad de rompérseme la espada me prendió al fin, me hubiese tratado como debe tratarse á un caballero, yo no le hubiera desobedecido; pero me trató mal y no pude contenerme.

—¿Luego confesáis que desobedecisteis á la justicia?

—Confieso que no quise dejarme prender por un delito que se me suponía, y que desnudé mi espada para evitar ser atropellado.

—¿Y qué hacíais en la calleja donde la justicia os halló?

—Cruzaba por ella casualmente.

—¿Quién os acompañaba?

—Nadie.

—¿Y no visteis en aquella calle á don Fernando de Lara?

—Yo creo haber dicho que le vi muerto.

—¿Y no oisteis el ruido de la riña en que debió morir?

—No.

—¡Es extraño!

—¡Pasan tantas cosas extrañas en la vida! ¡Ya veis

si puede haber nada más raro que lo que sucede aquí en este momento!

Se me tiene por espacio de algunos días sumido en un oscuro calabozo, encadenado como una fiera, y se me obliga á presentarme ante vosotros, acusándome de la muerte de un hombre por quien hubiera dado y daría hoy mismo contento la vida. Le debía mucho para no quererle.

Y mientras se hace sufrir toda esta clase de tormentos á una persona inocente, los miserables asesinos de don Fernado de Lara sonríen satisfechos al ver que pagará la culpa de su crimen quien ni pudo siquiera ni soñarle. Pero que tenga en cuenta que si la justicia humana puede engañarse, cegada por las apariencias ó por móviles peores, la justicia divina no se equivoca nunca.

En todo delito queda siempre un cabo suelto, y más pronto ó más tarde ese cabo guía al descubrimiento de la verdad, por más que el poderío y la influencia quieran ocultarla, y la pasión, el odio ó la doblez pretendan oscurecerla. Alguna huella habrá dejado ese crimen, estoy seguro. Alguna persona ó alguna parcialidad tendrían interés en que el noble don Fernando de Lara dejase de existir.

Además, es preciso desconocer por completo el manejo de las armas, y no saber tampoco los grados de valor personal y de destreza que adornaban á don Fernando, para afirmar como se afirma que un hombre solo le ha arrancado la vida.

El de Deza palideció al escuchar estas palabras, y

en su alma se alzó el temor de que don César iba á comprometerle con sus revelaciones.

—¿Creéis acaso que no fué un hombre solo el que mató á mi hermano?—preguntó don Lope de Lara sin poder reprimirse.

—No sólo lo creo, sino que lo afirmo.

—¿Y en qué fundáis vuestro aserto?

—En la experiencia que tengo de las cosas de la guerra. He visto muchos muertos y muchos heridos á consecuencia de golpes de espada, y no he visto ninguno que, lidiando cuerpo á cuerpo y sabiendo manejar un acero, caiga con el corazón partido recibiendo de lleno una estocada en el costado izquierdo.

Para que eso suceda, es preciso que á ese hombre le acometan por lo menos dos, y que mientras uno le acose obligándole á defenderse, el otro le aseste á mansalva el golpe mortal.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, que confirmarán de seguro cuantos entiendan algo de achaques de armas, que la justicia indague é inquiera, y la verdad se esclarecerá y la ley no descargará sus rigores sino sobre los verdaderos delincuentes.

—¿De manera que negáis de una manera absoluta haber cometido esa muerte?

—¡No sólo lo niego, sino que juro por el cielo bendito que estoy inocente de semejante infamia!

—El tribunal no puede darse por satisfecho con ese juramento—replicó con acento pausado y severo el de Deza.—Las declaraciones del alcalde que mandaba la ronda que os prendió y la de todos los alguaciles que

la componían, os acusan como autor de ese delito, y el tribunal necesita que probéis lo contrario de una manera convincente y legal.

—¿Con testigos que declaren mi inocencia?

—¡Es claro!

—¿Y de dónde queréis que saque yo esos testigos? Yo cruzaba solo por la calle donde fuí preso; de manera que me exigís un imposible.

—¿Os obstináis, pues, en no confesar vuestra culpa?

—Os he dicho cuanto sé y os he asegurado mi inocencia de la manera más solemne que puede hacerlo un caballero cristiano.

—Eso no es bastante en juicio.

—Pues no está en mi mano poder hacer más.

—Medid bien vuestras palabras y pensad detenidamente vuestras respuestas. Tened presente que el tribunal tiene medios para obligaros á decir la verdad si os obstináis en ocultarla.

Y don Diego indicó al joven el potro y los cordeles preparados para atormentarle.

Don César arrojó una mirada de desprecio sobre aquellos instrumentos de muerte, y con pausada y enérgica voz repuso:

—He visto tantas veces el rostro á la muerte en medio del tráfago de los combates, que ni me espanta ni me atemoriza su fea catadura.

He dicho con verdad y franqueza cuanto sabía, y si, abusando de vuestro poder, martirizáis mi cuerpo, vuestra será la responsabilidad de lo que suceda.

Pronunció el joven estas palabras acentuándolas

de tal modo, que produjeron en el ánimo de Deza un efecto terrible.

Tenía la experiencia de que muchos reos, no pudiendo sufrir los horribles dolores que el tormento les ocasionaba, se declaraban culpables de todo cuanto sus jueces querían, y temió que el joven, al verse martirizado, olvidando su juramento, confesara lo que hasta entonces, cumpliendo fielmente su palabra, había reservado.

Pero don Lope de Lara, resuelto á llegar hasta el fin, insistía en que se apelase al tormento para hacer confesar al reo; y como la mayoría de los que componían el tribunal opinasen de idéntica manera, don Diego vióse obligado á acceder á sus deseos.

Sin embargo, hizo un último esfuerzo para arrancar á don César una confesión terminante del delito que se le suponía.

—No os molestéis, señor—repeso el joven.—Un hombre honrado puede llevar su abnegación hasta no denunciar á los autores de un delito si los conoce y una causa poderosa le obliga á guardar reserva; pero no puede de ninguna manera confesarse culpable de un crimen tan villano y cobarde como lo es un asesinato, no habiéndolo cometido.

—¡Pues en el potro confesaréis!—replicó con enronquecido acento don Lope, á quien tenía fuera de sí la actitud noble y digna del joven; que él, en su obcecación, traducía por procacidad y cinismo.

—Os ciegan, por lo que veo, la pasión y la ira, señor don Lope de Lara.

—El escarnio que estáis haciendo de la justicia es lo que llena mi alma de justa indignación. Sin vuestro descarado cinismo, yo no me exaltaría.

—Y el abuso que habéis cometido aceptando el cargo de miembro de este tribunal, siendo de esa manera en este asunto juez y parte, llena mi pecho de una indignación más santa que puede ser la vuestra, y me mueve á recusaros como persona interesada en mi perdición, é incapaz, por lo tanto, de obrar con la serenidad y el acierto con que deben proceder siempre los representantes de la ley y de la justicia.

En nombre, pues, de mi derecho, os recuso y protesto solemnemente de vuestra intervención en un asunto en el cual estáis directamente interesado.

Don Lope sintió anegarse su pecho en una oleada de cólera, al paso que don Diego de Deza vió en la protesta del joven el medio de poner término al conflicto que temía si se llegaba hasta el extremo de atormentarle.

Así que, sin dar tiempo á don Lope para replicar, se dirigió á los alguaciles diciendo:

—Conducid nuevamente al preso á su encierro, y despejad todos esta estancia, que el tribunal necesita deliberar.

La manifestación de protesta hecha por el reo no puede menos de tomarse en cuenta, si hemos de proceder con arreglo á justicia.

Don César, los alguaciles y los encargados de aplicar el tormento salieron, y el tribunal se constituyó en sesión secreta.

Don Diego conjuraba, obrando de este modo, el peligro que veía cernerse sobre su cabeza.

No en balde tenía Deza fama de hábil y de astuto.

En cuanto á don Lope, su despecho fué tan grande, que durante algunos momentos no le permitió ni protestar de aquella disposición.

CAPITULO VIII

DE CÓMO EL PELIGRO QUE AMENAZABA Á DON CÉSAR ESTABA SOLAMENTE APLAZADO

Media hora después de haberse constituído en sesión secreta el tribunal que entendía en el proceso de don César, los jueces se separaban, habiendo acordado reunirse al siguiente día para terminar en definitiva el procedimiento y dictar sentencia.

Deza había conseguido ganar el tiempo que necesitaba, y, por lo tanto, encontrábase satisfecho; en cambio el iracundo y vengativo don Lope de Lara abandonaba el tribunal desesperado.

Sus sospechas de que su hermano había sido víctima de alguna oscura trama dispuesta por los partidarios del de Lerma se arraigaba más y más en su corazón.

—¡Ese miserable aventurero ha sido el brazo; me atrevería á jurarlo á pesar de todas sus protestas; pero

es necesario que yo averigüe quién ha sido la cabeza que ha pensado en ese crimen!

Si Deza hubiera cumplido con su deber, como debía, y se hubiera sujetado al reo al tormento del agua y de los cordeles, á esta hora sabríamos lo que con tanto afán deseamos.

Pero ¿quién me asegura á mí que don Diego no ha querido extremar los recursos temiendo que el reo hiciese en el tormento declaraciones que pudieran comprometer al orgulloso primer ministro? El de Deza es una de sus mas íntimas hechuras. Por experiencia sabe demasiado que hay muy pocas personas que prefieran morir sufriendo los horribles dolores que el tormento arranca, á confesar cuanto saben y hasta lo que no saben también.

El corazón de Don Diego es demasiado duro para que la compasión haya sido el móvil de su conducta; de manera que estoy en la seguridad de que el temor á un compromiso ha sido sólo lo que le ha impulsado á obrar de la manera que lo ha hecho.

Su empeño es que ese hombre muera sin que haga revelaciones, y ese empeño es lo que debemos contrarrestar á toda costa.

Es preciso é indispensable que ese aventurero pase por el tormento antes de que le arrojemos en definitiva en manos del verdugo.

Y pensando de esta manera, el de Lara se dirigió al suntuoso palacio que el duque de Uceda habitaba en la calle de Fuencarral.

Casi al mismo tiempo que el de Lara dejaba tam-

bién un hombre cuidadosamente embozado la casa del de Deza. Era el verdugo ó ministro de la justicia Pedro de Soria, que, descontento por no haber ejercido sus funciones durante el acto del juicio, se dirigía hacia su casa.

Aquel hombre parecía que gozaba en el desempeño de su terrible cargo.

Su mirada era torva y su semblante moreno y ceñudo.

Su cabellera negra y encrespada.

Su barba larga, descuidada y espesa como un matorral salvaje.

Su estatura gigantesca, y sus miembros hercúleos y fornidos.

La gente sentía al verle el efecto que produce la vista de una hiena.

Por eso los transeuntes se apartaban de su lado, cediéndole el paso y evitando su encuentro.

Pedro de Soria, que conocía y notaba la repugnancia de que era objeto, envolvíase en su capa procurando taparse el rostro de la mejor manera posible, precaución que no le daba resultado alguno, porque su estatura y sus movimientos le denunciaban desde una distancia grande.

Dirigíase á casa, como llevamos dicho, disgustado, al mismo tiempo que meditabundo.

—¡En mi vida he visto un caso tan raro como el de hoy! ¡Un criminal que ante la presencia de sus jueces y la vista del tormento razona sin demostrar el más

pequeño síntoma de temor, y un tribunal á quien las palabras de un reo ha habido momentos en que parecía que le anonadaban!

He visto y puesto mano sobre hombres empedernidos en el crimen y serenos ante sus jueces, pero jamás he conocido á ninguno como este.

¡Si hubo momentos en que me llegué á figurar que el reo era el acusador y sus jueces los acusados!

Si uno no tuviera ya el corazón tan endurecido, y si la experiencia y los desengaños no le hicieran desconfiar de todo, creería que las palabras de ese joven eran verdades absolutas.

El aplomo con que razonaba y la energía con que rebatía los cargos formulados en su contra, unidos á su arrogante figura y al valor que demostraba, han llegado casi á interesarme. ¡Interesarme á mí, que odio á muerte á la inmensa mayoría del género humano y que siento un verdadero placer en ver crujir y ver desgarrarse bajo la acción de mis cordeles los huesos y la carne de las víctimas que caen bajo mi mano!

Pero este interés no ha sido bastante ni con mucho para contrarrestar el disgusto que he recibido al conocer la orden de aplazar hasta mañana la prueba del tormento.

Yo deseaba ver si la serenidad y la entereza de ese hombre eran verdaderas ó fingidas.

Me halagaba la idea de conocer hasta por grados adónde llegaba el valor de ese hombre.

Y el verdugo, haciendo esta serie de razonamien-

tos, llegó á la ancha y desvencijada puerta de un caserón destartalado y sombrío, que se alzaba en el fondo de una sucia y estrecha calleja á espaldas de la iglesia de San Andrés.

El verdugo empujó la puerta, y, sin cuidarse de volverla á cerrar, penetró en el interior.

Repasó un largo zaguán empedrado, á cuyo fondo había una puerta que daba á un jardín inculto, y á cuya derecha abríase una escalera que facilitaba el acceso al piso principal, único de que constaba la casa.

Era la caída de la tarde, y lo mismo el zaguán que la escalera se encontraban envueltos en la sombra.

Al sentirse los pasos de Pedro de Soria en los primeros escalones, apareció en lo alto de la meseta un hombre con un candil encendido en la mano.

Aquel hombre era el único criado que tenía en su casa el verdugo, y al que no permitía nunca que interviniera en los asuntos de su odioso oficio.

Cuando llegó Pedro Soria á la meseta, dijo á su sirviente:

—¿Ha venido alguien?

—El señor Roberto.

—¿Hace mucho?

—Un momento nada más.

—¿Estará en mi habitación?

—Allí le he dejado leyendo, cuando al sentiros venir me he salido á alumbraros.

—Bueno.

Haz que preparen la cena, y avisa á mi hija mi llegada.

—Al momento, señor.

El joven criado acompañó á su amo hasta la puerta de su estancia y partió á cumplimentar sus órdenes.

—¡Salud, Roberto! —exclamó el verdugo saludando á la persona que le esperaba.

Y despojándose de la capa, la arrojó sobre una silla y se dejó caer en otra con síntomas de cansancio.

—¿Vienes rendido, por lo que veo?

—No, vengo preocupado.

—¿Preocupado?

—Sí.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Una cosa que hasta hoy no había visto, y que no puedo explicarme satisfactoriamente por más que lc intento.

—¿Y puede saberse ese caso extraño?

—Tú puedes saber todo lo que á mí me pase, porque eres una persona en quien tengo tanta confianza como en mí mismo.

—¡Gracias por el concepto que te merezco, y al cual sabes bien que respondo en la misma forma y de la misma manera!

—Los lazos de amistad y de cariño que se forman al calor de la fortuna, son endebles y efímeros; pero los que son forjados por los rigores de la desgracia son eternos.

El infortunio formó los nuestros, y estoy seguro de que sólo con la muerte podrán romperse.

—Esa creencia es la mía.

—Ahora, óyeme y sabrás la causa de mi extrañeza. He visto hoy lo que no había visto nunca; esto es, á un reo que parecía un juez y á unos jueces que parecían reos.

Soria refirió entonces á su interlocutor todos los pormenores de lo ocurrido en casa de Deza.

—¿Y oíste el nombre del preso?—exclamó con ansiedad Roberto.

—Sí; pero ¿cuál es la causa de tu sobresalto?

—¿Se llama don César?

—Sí.

—¿Y le han sujetado á la prueba del tormento?—replicó con pricipitación y palideciendo aquel hombre.

—Milagrosamente, no.

—¡Oh! ¡gracias, Dios mío!

—Pero ¿sabes tú acaso quién es aquel joven?

—¿No lo he de saber, si como el pan de su mesa y estoy á su lado desde que era casi un niño?

—¿Es tu amo tal vez?

—Sí, mi amo, el hijo de la desventurada sultana Zaida, y, por lo tanto, morisco como nosotros y hermano nuestro.

—¡Oh! ¡Ahora comprendo el sentimiento de simpatía que se alzó por él en mi corazón! ¡Oh! Bendigo la inagotable misericordia del Profeta, que no ha permitido que un buen creyente como yo martirice á su hermano y derrame su sangre.

Aquellos dos hombres eran efectivamente moriscos.

La historia de sus vicisitudes databa de la persecución que se hizo á su raza en el anterior reinado, y de la que pondremos al corriente á nuestros lectores cuando lo reclamen los sucesos que irán desarrollándose en el curso de esta obra.

Hecha esta aclaración, reanudemos el diálogo que hemos interrumpido.

—Yo también doy gracias al Profeta por haber apartado de la cabeza de mi dueño el peligro que le amenazaba.

—Ten en cuenta, Roberto, que ese peligro está sólo aplazado por veinticuatro horas.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Mañana volverá á reunirse el tribunal, y don César sufrirá el tormento.

—¡Pero si eso no puede ser! ¡Si don César es inocente!

Y Roberto refirió á Pedro Soria cómo fué acometido y muerto el consejero Lara, mientras don César hablaba con Esperanza dentro del jardín.

—Ahora lo comprendo todo. Tal vez entre sus jueces se encontrase el verdadero culpable, y eso prestaba á tu señor el aliento y la serenidad con que discurría.

—Es él sereno y animoso hasta donde no puedes tú tener idea.

—Me parece un joven leoncillo.

—En medio de los combates no es el león, es el simoún que arrolla y desbarata cuantos obstáculos encuentra á su paso. Si la noche que le prendieron su

acero no se rompe, no se encontraría de seguro en la sombría prisión en que se encuentra.

—Pues ya sabes la suerte que le espera así que el tribunal vuelva á reunirse.

—¿Y no podríamos hacer nada en su favor?

—No doy con el medio. El encierro en que se encuentra es muy seguro, y la casa de don Diego de Deza es un verdadero nido de alguaciles.

Luego el carácter enérgico y severo del alcalde mayor y la influencia de que goza en la corte le hacen ser de todos temido y respetado.

—Sin embargo de eso, yo estoy resuelto á arriesgar hasta la vida, si es preciso, por la salvación de don César.

—Y yo á ayudarte con todas mis fuerzas en ese generoso propósito.

—Gracias; ya sé que tú estás siempre dispuesto á toda clase de esfuerzos en favor de tus hermanos.

Parto á ver qué elementos reuno para acometer esa empresa, y antes de que la noche termine volveré á participarte el resultado de mis trabajos.

—Si hace falta oro en mis arcas le tengo en abundancia; si hacen falta brazos, cuenta también, Roberto, con el mío.

La desgracia abruma con su mano de hierro á nuestra valiente y generosa raza, y es preciso unirnos y ayudarnos mutuameute para poder contrarrestar sus golpes.

Roberto dejó la silla en que estaba sentado, y estrechando la mano de su amigo, salió de la estancia.

Momentos después se aventuraba por la oscura calleja, diciendo para sí:

—Lo primero es noticiar á la señora lo que sucede y oir sus consejos.

En seguida se subió el embozo hasta los ojos y tomó la dirección de la casa de la viuda del consejero asesinado.

CAPITULO IX

LA HIJA DEL VERDUGO

Resonaban aún en la escalera los pasos de Roberto que se alejaba, cuando apareció en la puerta de la estancia en que se encontraba Pedro Soria la esbelta y airosa figura de una joven.

Contaría apenas diez y ocho años, y era uno de esos tipos acabados y perfectos de la raza pura de los moros andaluces.

Su cabello era negro y lustroso como la pluma del cuervo.

Sus grandes ojos ardientes y rasgados, su nariz aguileña, su frente tersa y pura, su rostro oval, sus cejas negrísimas y graciosamente arqueadas, sus labios rojos como el terebinto de Judea, sus hombros redondos, su seno turgente, y su cintura esbelta y flexible como el tallo de una rosa ó el airoso tronco de la palmera.

Nada más encantador que aquella criatura, trasunto fiel de las mágicas huríes prometidas á los buenos creyentes en el poético paraíso del profeta.

Hasta el nombre de aquella hermosa niña era poético.

Llamábase Zora, que en lenguaje árabe significa flor.

Pero además de este nombre moro con que su padre la denominaba en las íntimas relaciones del hogar, la hermosa joven llevaba también el nombre cristiano de María, tomado en el acto del bautismo que, desde el decreto de Felipe II, se obligaba á recibir á todos los individuos de la raza morisca, so pena de incurrir en las censuras más severas y de ser víctimas de los castigos más crueles.

Pedro Soria, que quería á su hija con verdadero delirio, cifrando en ella todo su afán y toda la ventura de su vida, la bautizó para ponerla á cubierto de los peligros mencionados; pero con motivo de un incidente que durante una época azarosa ocurrió á la niña á los pocos meses de nacer, adulteró su nombre de pila llamándola Mari-Salto.

—Bien venido seas, padre querido —exclamó la joven arrojándose con la alegría y el aturdimiento de una niña en los brazos que, apenas la vió, había abierto para recibirla Pedro Soria.

—¡Bien hallada seas, consuelo de mi vida, fanal hermoso de mi esperanza!—replicó aquel hombre, be-

sando con el más inmenso cariño las frescas y rosadas mejillas de la joven.

El rostro fiero de Pedro Soria, que infundía espanto en el corazón de cuantos tropezaban con él en la calle, encontrábase en aquel momento tan transformado, que cualquiera que le hubiera visto le hubiera desconocido.

El cariño paternal le dulcificaba de manera que hasta le hacía aparecer noble y simpático.

—¿Qué has hecho hoy, mi querida Zora; te has aburrido?

—No; me he pasado el día cuidando de mis pájaros y mis flores, y leyendo y cantando.

¡Oh! El romance que me enseñaste el otro día me deleita y me encanta.

Le he repetido acompañándole con las dulces melodías de mi guzla lo menos tantas veces como siglos dominaron en esta hermosa tierra de España nuestros gloriosos y altivos antepasados.

¡Qué hermosa debe ser la Alhambra, y qué risueña y poética la vega granadina, si son como las pintó el poeta en los armoniosos versos de esa canción!

—Pues son aún mucho más hermosas que la pintura que hacen de ellas los versos de ese romance—replicó el morisco exhalando un triste y prolongado suspiro.

—¿Te apena su recuerdo, padre mío?

—Me duele su pérdida, hija del alma. Me apena el recuerdo de la pasada grandeza é inmenso poderío que gozó en aquella tierra bendita nuestra altiva raza, por-

que la comparo con la desdicha y el vencimiento á que nos han reducido las discordias y los vicios de nuestros mismos jefes.

¡Parece imposible que las razas más viriles y los pueblos más sobrios, entusiastas y esforzados degeneren hasta el punto á que degeneró el nuestro!

Pero como no se mueva ni la más pequeña hoja sin la voluntad del Profeta, él, en su inmensa sabiduría, sabrá por qué ha permitido que las cosas pasen como han pasado.

La decadencia de nuestra raza estaba decretada y escrita, y lo que está escrito, se cumple.

Quizás el Profeta ha consentido nuestra humillación y vencimiento en castigo justo de nuestros vicios y de nuestras faltas.

Pero yo, que creo al escogido del Señor tan justo y tan severo como misericordioso, espero confiado que cuando crea que ha pagado su pueblo las culpas cometidas, volverá á mirarnos con cariño y nos alentará y ayudará en contra de nuestros mortales adversarios.

Entonces nuestras angustias tendrán su término, nuestros sufrimientos su fin, y nuestra constancia y nuestro valor su merecida recompensa.

El estandarte verde del Profeta volverá á recorrer triunfante todas las comarcas españolas, y las perfumadas brisas del Darro y el Genil, del Guadalquivir y del Tajo, acariciarán la vencedora enseña clavada en los robustos muros de las ciudades y en los altos minaretes de los alcázares.

Pero hasta que ese día tan deseado suene en el

reloj de los tiempos, es preciso tener fe, resignación y esperanza.

Fingir que besamos contentos las manos de nuestros verdugos y aguzar en silencio las armas con que hemos de redimirnos el día de la venganza.

Pedro Soria cesó de hablar, y en sus negros ojos brilló un relámpago de esperanza.

Aquel hombre abrigaba, como abrigaron y abrigan aún todos los de su raza, la esperanza de volver á hacerse un día dueños de la península.

El algunas ciudades africanas existen aún familias que conservan en su poder las llaves de las casas de Granada, Córdoba y Sevilla, donde moraron sus antepasados.

—La cena está dispuesta, señor—exclamó el joven sirviente que ya conocemos, sin repasar el dintel de la puerta de la estancia.

—Vamos, querida Zora, vamos á la mesa.

Pedro Soria y su hija se levantaron, dirigiéndose al lugar donde tenían la costumbre de comer.

Momentos después hacían los honores, con un apetito excelente, á una abundante y bien condimentada cena.

La hermosa morisca, que soñaba siempre con que los deseos y las esperanzas de grandeza y poderío de los suyos se realizasen, exaltada aquella noche con la

lectura de los romances y con las palabras de su padre pintándola los encantos de la vega granadina, exclamó:

—¿Y por qué, siendo Granada tan poética, y habiendo allí tanta abundancia de pájaros y de flores, vivimos aquí, padre mío?

¿No pasaríamos una vida feliz y más tranquila en las márgenes encantadoras del Genil y del Darro, lejos del bullicio de la corte y al lado de los sagrados sitios donde descansan las cenizas de nuestros nobles antepasados?

—Tienes razón, hija mía.

En aquella tierra bendita, donde vieron mis ojos la primera luz y donde tú también naciste, seríamos completamente dichosos si nuestros implacables enemigos no se hubieran propuesto arrancar de raíz de aquel paraíso encantado á todos los individuos de nuestra raza.

Para conseguirlo, nos han perseguido y acosado con más empeño y más crueldad que se persigue á las fieras.

Uno de los nombres que tú llevas es un recuerdo vivo del grado de crueldad á que contra nosotros llegaron aquellos hombres.

—Mari-Salto, ¿no es verdad, padre?

Sí, adulteré de esa manera el nombre de María, que te dieron en el bautismo nuestros verdugos, para que no se borrase nunca de mi mente el recuerdo de su crueldad y para que sirviese dentro de mi corazón de acicate y estímulo á mis ideas de venganza.

—¿Y por qué no me habéis referido nunca la causa de esa determinación, padre mío?

¿Por qué hacéis con vuestro silencio que mi pecho muera de curiosidad por saber el origen de ese nombre?

—Por ahorrarte pesares, hija mía..

Ese nombre va unido á una historia tan triste como sangrienta, y yo no quiero que en tu mente se graben más que recuerdos dulces y escenas de felicidad y de ventura.

—¿Y no conocéis, señor, que la curiosidad no satisfecha es para el alma de una mujer una gran desgracia?

Por terrible que sea el suceso que me ocultáis, estad seguro que no ha de atormentarme más que el afán que siento por conocerle.

Cuando era más niña, esa reserva estaba justificada.

Si nuestra raza se encontrase libre y feliz, también comprendería vuestro silencio.

Pero encontrándonos oprimidos y desgraciados y expuestos á que los rigores de esa opresión se aumenten el día que á nuestros verdugos se les antoje, creo, padre mío, que sería una enseñanza para mí conocer, para saber mejor evitarlos, las desdichas que os afligieron en aquel terrible período de prueba.

—Tienes razón.

Tus palabras me convencen, y voy á satisfacer tu curiosidad, por más que al hacerlo se aflijan al mismo tiempo tu espíritu y el mío.

Para poder buscar con acierto remedio á los males, lo primero es conocerlos.

Voy, pues, á referirte el trágico suceso á que debes el nombre de Mari-Salto que llevas.

Pedro Soria guardó silencio unos momentos, como para coordinar bien sus ideas, y después empezó á hablar en los siguientes términos:

—Durante el reinado del difunto padre del actual monarca, se desplegó contra nuestros hermanos de Granada un lujo tal de vejaciones y de arbitrariedades que, desesperados de no poderlas sufrir, se alzaron en armas resueltos á mejorar su suerte ó á perecer en los campos de batalla en medio del tráfago de los combates.

Yo, hija mía, fuí uno de aquellos hombres que, prefiriendo la muerte á la opresión, corrí á la sierra á unirme á mis hermanos.

Los encuentros fueron frecuentes y terribles.

No había piedad ni compasión para el vencido, y la guerra de raza contra raza, que ensangrentó durante tantos siglos el suelo bendito de España, se renovó en aquellos días con más crueldad y más ensañamiento que nunca.

Cuando con más empeño y más encono se peleaba, los tercios del de Mondéjar cayeron una noche de improviso sobre una pequeña aldea de la sierra donde tu pobre madre, que te había dado á luz hacía dos meses, encontrábase aún reponiéndose de las consecuencias de su alumbramiento, que fué difícil y laborioso.

Como los soldados del rey no respetaban ni honras,

ni vidas, ni haciendas, el pánico que se apoderó de los habitantes de la aldea no puede describirse.

La soldadesca desenfrenada, aunque no encontró ninguna clase de resistencia, penetró en el pueblo, llevándolo todo á sangre y fuego.

Las casas, después de saqueadas y de ser sus habitantes, sin distinción de edades ni sexos, pasados á cuchillo, eran entregadas á las llamas.

Bien pronto la pequeña aldea no era otra cosa que una hoguera inmensa, y aquellos de sus habitantes que lograron ganar la parte más fragosa de la sierra, huían perseguidos por los soldados de Mondéjar, como huye espantado un rebaño de gacelas á quien persiguen los chacales.

Tu pobre madre, llevándote en sus brazos, se encontraba entre los fugitivos.

Yo me hallaba por casualidad aquella noche ausente de la aldea.

Los arcabuceros cristianos hacían fuego á los que huían con un ensañamiento terrible.

Tu madre, más cuidadosa de ti que de ella misma, corría apresuradamente por el borde de un precipicio, en cuyo fondo serpea un arroyuelo, y cuyas paredes de roca se encuentran casi cubiertas de brezos, espinos y zarzales.

El miedo la prestaba alas, y saltando de roca en roca con una ligereza y una agilidad prodigiosas, anhelaba alcanzar la entrada de un cerrado bosque de robles y de abetos, cuya masa oscura la brindaba seguro asilo contra la saña de sus perseguidores.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 5 Madrid.

¡Pobre hija mia!

Encontrábase ya á pocos pasos de los primeros robles, y ya se creía casi salvada, cuando un fogonazo brilló en la oscuridad y asordó el espacio el disparo de un arcabuz.

Tu pobre madre dió un grito de muerte.

Vaciló un momento, y, sin soltarte de los brazos, rodó de espaldas al abismo diciendo: "¡Pobre hija mía!„

—¡Qué horror, Dios mío!—exclamó la joven, sintiendo que su corazón se anegaba de pena y que el llanto nublaba sus ojos.

—La bala del arcabuz, penetrándola por el costado derecho, la privó instantáneamente de la vida.

Pedro Soria hizo una pequeña pausa, y con el revés de su mano derecha secó una ardiente lágrima que corría á su pesar por su bronceada mejilla.

—Al día siguiente, dos de nuestros hermanos fugitivos encontraron junto al arroyo, detenido entre las ramas de un zarzal, el cadáver destrozado de tu pobre madre, en cuyos brazos llorabas, pero sin haber recibido ni la más pequeña lesión.

Aquellos hombres te recogieron y te depositaron en mi poder en cuanto les fué posible.

Por ellos supe los detalles de la muerte de tu madre, á quien vieron caer, pues huían á muy poca distancia de ella.

En memoria de aquel milagro, y para los fines que antes te he dicho, te puse entonces el sobrenombre de Mari-Salto, y juré, por el riesgo inmenso que corriste y por la inocente sangre de mi esposa, tan cruel y cobardemente vertida, no dejar de hacer daño á nuestros

enemigos mientras quedase en mi pecho el más pequeño aliento.

Hice la guerra mientras hubo una espada en la montaña que sostuviera nuestra causa, y cuando vi rotos y vencidos á mis hermanos, me disfracé cuidadosamente y me oculté en esta capital populosa, donde era más fácil que en ninguna otra parte esquivar la terrible persecución de que éramos víctimas.

Cuando aquel período terrible pasó, firme en mis propósitos de venganza, solicité la plaza de ministro de la justicia, vacante por haber muerto sin sucesión la peisona que la desempeñaba.

Como nadie más que yo hizo empeño por obtenerla, me la concedieron sin dificultad alguna.

Desde entonces empecé á desempeñar mi odioso cargo con verdadera complacencia siempre que tenía que poner mis manos sobre víctimas que no pertenecían á nuestra raza y á nuestra religión.

Los nobles, los soldados y los clérigos, esos tres elementos que son los que más principalmente han contribuído á nuestro exterminio, han sido y serán siempre el objeto de mi preferencia.

¡Oh! No puede nadie figurarse el placer feroz que siento cuando veo á alguno de ellos sujeto en el potro y siento que al impulso de mi mano los cordeles abren sus carnes ó trituran sus huesos.

Cuando llega ese caso, mi alegría es infinita.

En aquel momento, el recuerdo de la muerte de mi inocente esposa acude á mi memoria, y desearía poder ensañarme con todos los enemigos de nuestra raza de la

manera que me ensaño con la víctima que los jueces entregan en mis manos.

Esta ferocidad que me inspira mi venganza la traducen ellos por celo, y por este motivo me creen su más seguro auxiliar y su más decidido y ardiente partidario.

Yo procuro á toda costa hacer que continúen en su error, porque esa creencia es la garantía más segura de nuestra paz y de nuestra tranquilidad.

Y de esta manera continuaré fingiendo hasta que el Profeta permita que llegue la hora de la redención de nuestra raza y pueda volver á blandir mi acero en el campo de batalla.

Pedro Soria cesó de hablar, y fijando sus ojos en su hija, la vió que lloraba en silencio, con su hermoso semblante nublado por la pena.

—Por eso no quería referirte la historia que acabo de relatarte.

Demasiado bien presumía que al conocerla habías de acongojarte y afligirte.

—Este llanto me hace mucho bien, me presta gran consuelo, padre querido.

La trágica muerte de mi madre me hace conocer lo que puede esperarse de nuestros enemigos si llegase otra vez, por desgracia nuestra, la hora de la persecución.

—¡No permita el Profeta que conozcamos una época semejante!

Y si nuestras culpas ó nuestros errores nos hacen de nuevo dignos de tan severo castigo, más vale que

el destino siegue el hilo de nuestra existencia antes que nos haga presenciar y sufrir ese interminable calvario de dolores.

Pedro Soria inclinó la cabeza sobre el pecho, quedándose profundamente pensativo.

CAPITULO X

EN DONDE SE VE QUE PARA CIERTOS ASUNTOS TODA PRECAUCIÓN ES POCA

Hacía algún tiempo que Soria meditaba, cuando resonaron en la puerta de la calle dos fuertes y seguidos aldabonazos.

—Llaman, padre.

—No sé quién puede ser á estas horas.

—¿Veo quién es?

—No; prefiero verlo yo mismo.

El verdugo se alzó de su asiento, y abriendo una estrecha ventana que daba sobre la puerta de la calle, se asomó y dijo:

—¿Quién llama?

—Un hombre—respondieron desde abajo.

—¿Y sabe á la puerta que llama?

—De sobra.

—¿Y qué quiere?

—Hablarte sin tardanza.

—¿Tanta es la prisa?

—Mucha.

—¿De modo que no puede esperar á que venga el día?

—No.

—Entonces abriré.

Pedro Soria se retiró de la ventana y cerró los postigos.

Poco después se oyeron sus pesados pasos al descender por la escalera, y á través de las rendijas de la puerta se vieron los reflejos de una luz.

El portón giró, y Pedro Soria, con una lámpara de cobre en la mano, apareció diciendo:

—Adelante el que con tanta premura llama.

Un hombre cuidadosamente embozado, y con el rostro cubierto con un antifaz de seda negra, penetró en el portal.

El verdugo cerró el portón.

—Echa el cerrojo, Pedro, y guía á un sitio donde no podamos ser ni oídos ni observados.

—En esta casa no hay curiosos, y el terror que inspira al vulgo la pone á cubierto de la curiosidad ajena.

En cualquiera de sus habitaciones se puede hablar con libertad completa y absoluta.

Sin embargo, pasad á esta; es donde yo acostumbro á estar más comúnmente.

Y Soria condujo al embozado á la estancia en que le vimos en compañía de Roberto.

—Sentaos, caballero, y decidme en qué puedo seros útil—profirió el verdugo, fijando atentamente sus ojos en el encubierto, á quien sospechaba conocer á través de su antifaz.

—Tú conoces las propiedades de muchas plantas, ¿no es verdad?

—Conozco las de muchas plantas y las de muchos minerales.

—Y entre ellas, ¿conoces acaso alguna qne produzca la muerte sin dolores y sin dejar en el cadáver señales ostensibles de su acción?

—La conozco.

—Pues bien, yo necesito que me facilites la sustancia de esa planta á cambio de la cantidad que á tu antojo cuadre.

Pedro Soria clavó entonces una mirada severa sobre el desconocido, y le dijo:

—Hidalgo, venís á esta casa equivocado. Yo conozco la virtud de ciertas plantas y de ciertos minerales, pero no me he afanado en adquirir esos conocimientos para facilitar á nadie el medio de cometer crímenes de una manera impune.

—¿Y quién te dice que es para cometer un crimen para lo que yo necesito ese tósigo?

—Las mismas precauciones que adoptáis para proporcionároslo. Necesitáis un tósigo que mate sin dejar huella, y venís á buscarle á mi casa en medio de las sombras de la noche y con el rostro enmascarado.

—Eso no prueba nada.

—Eso prueba por lo menos que teméis.

— Y efectivamente temo. Temo que mis enemigos sospechen de lo que intento hacer y deshagan mis propósitos. Por eso adopto todo género de precauciones.

Ahora, para que cesen tus escrúpulos, dime: Si á una persona á quien se desea hacer morir en medio de los crueles dolores de un tormento, una mano amiga le propina antes un tósigo activo que le arranque la vida sin sufrir, ¿no le hace un gran favor?

—Indudablemente.

—¿Y si yo necesitase para un caso semejante el tósigo que te pido? Y si los enemigos á quien pretendo arrebatar su presa son tan poderosos que sea un peligro de muerte ser por ellos descubierto, ¿te parece que estaría de más adoptar para burlarlos todo género de precauciones?

—Si el caso es como decís, no puedo menos de reconocer que vuestras medidas de prudencia son indispensables.

—Pues poderosos son, y tanto, que me perdería de seguro si fuese por ellos descubierto.

Un relámpago de alegría brilló por un instante en los ojos de Soria.

Mientras el encubierto pronunciaba sus últimas palabras, las sospechas que de conocerle tuvo desde que le vió se habían trocado en realidades.

Bajo el oscuro antifaz de seda que ocultaba su rostro había reconocido á Beltrán, el escudero é íntimo confidente de don Diego de Deza.

Pedro Soria no se había engañado.

Beltrán era efectivamente aquel encubierto.

—El tósigo que desea es de seguro para matar á don César y evitarse de ese modo que haga mañana revelaciones en el tormento.

Disimulemos y veamos la mejor manera de sacar partido de la trama que urden estos bribones—pensó el verdugo.

Y fingiendo encontrarse convencido con las razones del encubierto, repuso:

—Si el tósigo que me pedís es para hacer un bien, como vuestras palabras me aseguran, no tengo inconveniente alguno en proporcionárosle.

A pesar de lo sanguinario de mi profesión y de lo endurecido que está mi pecho con ejercerla, siempre existe en él una fibra sensible, que responde cuando se la llama para practicar el bien.

¿Para cuándo necesitáis ese tósigo?

—Para esta misma noche.

—¿Tanto os urge?

—Tanto, que deseo no alejarme de aquí sin él.

—Entonces voy á complaceros. Sentaos y tened un poco de paciencia, que voy á confeccionarle.

Beltrán se sentó.

Soria abrió un pequeño armario de roble adosado al muro, y tomando de uno de sus vasares diferentes frascos, salió de la estancia.

Media hora después presentaba á Beltrán un pequeño pomo cuidadosamente tapado y lleno de una sustancia verde amarillenta, y le decía:

—Aquí tenéis, caballero, el tósigo que necesitáis. Su acción es casi instantánea, y podéis estar seguro que la persona que muere por la acción de esa sustancia no presentará en ninguna de sus vísceras la más pequeña señal de emponzoñamiento.

Puede administrarse lo mismo en la comida que en toda clase de líquidos, pues hasta goza de la particularidad de no dar color al agua.

Beltrán guardó el pomo en su escarcela, y poniendo sobre la mesa un bolsillo repleto de monedas de oro, se alzó de su asiento, y dando gracias á Pedro Soria salió de la estancia.

El verdugo le acompañó alumbrándole hasta el portal.

Beltrán, embozándose cuidadosamente y desnudando su espada, se dirigió hacia la salida de aquella angosta y oscura callejuela.

Pedro Soria cerró el portón y se volvió á su habitación, diciendo:

—El Profeta me ha inspirado esta noche indudablemente. Si sigue protegiendo mis designios, como espero, habré conseguido hacer un bien á un desgraciado.

Al llegar Beltrán á pocos pasos de la terminación de la calle por donde avanzaba, paróse de repente, y volviéndose, dirigió ávidas miradas en todas direcciones, queriendo escudriñar las densas tinieblas que le rodeaban.

No satisfecho de esta investigación, desanduvo un

buen trecho de lo que había avanzado y registró cuidadosamente los quicios de algunas puertas.

—¡Ha sido una ilusión sin duda! ¡Sería tal vez el eco de mis propios pasos lo que me hizo sospechar que me seguían!

Sin embargo, como toda precaución es poca, y como don Lope es astuto y receloso, bueno es desconfiar siempre y vivir alerta.

Y pensando de esta manera aquel hombre, volvió á emprender su marcha, y al doblar la esquina de la calle se pegó al muro, y con el oído aguzado y el acero dispuesto á cualquier evento, esperó.

Pasaron algunos minutos, y como ni el ruido más leve turbase el silencio de la noche, Beltrán volvió á ponerse en marcha, en la seguridad de que había sospechado sin fundamento.

Pero el anciano servidor del de Deza se engañaba por completo.

No se había apenas separado de la esquina, cuando una persona de tan escasa estatura que parecía más que hombre un muchacho, se deslizó pegada al muro derecho de la calle, y llegando á la esquina asomó con precaución la cabeza, observando la dirección que el encubierto llevaba.

—¡Por Baco! que el señor Beltrán es astuto como un raposo y escamón como una rata.

Pero lo que es en esta ocasión no le han servido de nada las precauciones que ha tomado.

¡Por la Madonna! que no puedo acertar con la clase de negocio que le obliga á venir á estas horas en casa

de ese Fierabrás de Pedro Soria, verdugo de la villa coronada.

Pero sigámosle la pista hasta el fin.

Y aquel hombrecillo, rebujándose más cuidadosamente que lo estaba en la negra capa con que se cubría, se deslizó como una sombra en seguimiento de Beltrán, procurando siempre no ser ni visto ni sentido por el receloso escudero.

Cualquiera que le hubiese visto pasar de una acera á otra, buscando siempre los sitios más oscuros, andando unas veces con la ligereza de un corzo y parándose otras de repente, incrustándose en los huecos de las puertas inmóvil como una estatua, pero sin que sus pasos ni sus movimientos produjeran el menor ruido, le hubiera de seguro tomado por una sombra.

Este misterioso personaje siguió los pasos de Beltrán hasta que le vió perderse por el ancho y robusto postigo del pesado portón de la casa de don Diego de Deza.

Entonces se alejó de aquel sitio, y tarareando entre dientes una canción italiana, encaminó su marcha hacia el palacio del poderoso señor duque de Uceda.

Nuestro hombre se adosó al marco de piedra de la portada de una casa enfrente del palacio del duque, y perdido entre las sombras cesó de tararear y esperó.

Había transcurrido una hora larga cuando la puerta de la casa del de Uceda fué abierta y un caballero,

precedido de dos hombres con linternas encendidas, salió á la calle.

El portón se cerró, y el caballero y sus acompañantes tomaron hacia la calle de la Montera.

El espía salió entonces de su escondite, lanzándose sin adoptar ningún género de precauciones al alcance de aquellos tres hombres.

Cuando llegó cerca de ellos, se dirigió al caballero, y desembozándose y descubriéndose, le saludó diciendo:

—Dios guarde á mi noble señor don Lope de Lara.

—Cúbrete y embózate, Picoli, y dime qué has conseguido saber.

—Poca cosa, señor.

—Siempre acostumbras á decirme lo mismo.

Si se hundiera el mundo, al traerme la noticia, estoy en la seguridad de que antepondrías también tu eterna muletilla de «poca cosa, señor, poca cosa».

—Cada hombre, señor, mide la importancia de las cosas con relación á su temperamento.

—Tú le tienes de tal naturaleza que no das importancia á nada.

—En cambio, señor, otros parece que ven las cosas y los sucesos á través de cristales de aumento y los agigantan y exageran.

—Tan malo es lo uno como lo otro.

Los extremos son viciosos siempre.

—Perdóneme su señoría, que ya procuraré enmendarme para lo sucesivo.

—Sí, cuando te mueras.

—Entonces, señor, permita la santa Madonna que sea lo más tarde posible.

—Déjate de digresiones y dime lo que has averiguado.

—Beltrán, el criado de confianza de don Diego de Deza, ha estado esta noche en casa de Pedro Soria cerca de una hora.

—¿En casa del verdugo?

—Sí, señor.

He reconocido al servidor de Deza, á pesar de su disfraz y de llevar el rostro perfectamente cubierto con una mascarilla negra.

—¿Y qué iría á buscar allí ese hombre?

—Lo ignoro, señor.

Le he seguido sin que se aperciba desde que salió de su casa hasta que le he vuelto á ver penetrar en ella.

El de Lara guardó silencio.

Aquella noticia le preocupaba.

Pero bien pronto sus sospechas se concretaron á un solo punto.

Pedro Soria era el que debía aplicar el tormento á don César al día siguiente, y el de Lara creyó que el objeto de la visita de Beltrán sería el de prevenir al verdugo que no molestase demasiado al reo en el momento de la tortura, á fin de que los dolores no le hiciesen pronunciar las revelaciones que los enemigos del favorito esperaban conseguir del joven procesado.

Estas presunciones hicieron asomar una desprecia-

tiva sonrisa á los labios de don Lope, al mismo tiempo que formaba el siguiente juicio:

—Que alcance el duque esta noche la orden del rey para que se nos entregue el reo, y todas las intrigas del de Deza se tornarán en humo.

CAPITULO XI

LA PASIÓN OFUSCA EL ENTENDIMIENTO

Volvamos en busca de Roberto el Morisco, á quien vimos salir de la casa de Pedro Soria con el propósito de anunciar á la viuda del consejero don Fernando de Lara el peligro inminente que don César corría.

Con cuantos detalles escuchó Roberto de boca del verdugo lo sucecido aquella mañana en casa de don Diego de Deza se lo refirió á la noble dama, que se sintió sobrecogida de espanto al conocer el riesgo que el joven amante de Esperanza había corrido.

—¿Y dices que mañana comparecerá de nuevo don César ante sus jueces, y que si no se confiesa autor de la muerte de mi noble esposo se le aplicará el tormento?

—Sí, señora.

—¡Oh! Parece imposible que así se obceque y proceda la justicia humana. ¿Qué pruebas indubitables tienen esos jueces para proceder de esa violenta manera?

¿De qué modo podrán reparar mañana su error, si la luz se hace y los verdaderos criminales aparecen? Y que la luz se hará, no me cabe la menor duda. ¡El cielo no puede consentir que padezca el inocente y que goce el culpable!

—¡Así debía suceder, señora, pero por desgracia se ve con mucha frecuencia en este mundo que sucede lo contrario! El poderoso triunfa siempre aunque la razón y la justicia se encuentren al lado del débil. Mi joven señor es indudablemente víctima de alguna de esas tenebrosas intrigas fraguadas en altas regiones, y mucho me temo que, á pesar de todos nuestros esfuerzos, la luz no se haga y don César pague al fin y al cabo un delito que no ha cometido.

—¡Eso no sucederá, yo te lo aseguro! Mañana, antes de la hora del juicio, yo sabré el nombre del verdadero asesino de mi esposo, y me presentaré á revelarle delante de los magistrados que instruyen el proceso contra don César.

—¿Estáis segura, señora, de conseguir lo que decís?

—¡Tan segura como de que vivo!

—Vuestras palabras llenan mi alma de un grato consuelo y de una gran esperanza, y quitan de mi corazón el peso de dolor que le abrumaba. Yo estaba dispuesto, señora, á hacer esta noche un esfuerzo supremo para intentar por medio de la fuerza ver si alcanzaba arrancarle del calabozo en que le guardan.

—¡Ese intento sería la mayor de las locuras!

—Mi razón así los cree también; pero el cariño que siento por don César, á quien he visto desde la edad

más tierna crecer en mis brazos, me impulsaba á arriesgarlo todo por ver si conseguía salvarle.

—No es necesario, Roberto, que apelemos á ese extremo, que después de todo es completamente irrealizable. La casa del de Deza es fuerte. Su servidumbre es numerosa, es escogida, y penetrar allí á viva fuerza á arrancar un preso es correr á sabiendas á una perdición cierta. Yo tengo medios más seguros y más eficaces que los de la violencia para conseguir lo que deseamos. Mañana mismo la inocencia de don César será patente, y el peligro que se cierne sobre su cabeza desaparecerá.

—Así sea, señora.

—Así será, Roberto, yo te le aseguro; yo, que estoy más interesada que nadie en que don César sea libre y feliz.

Roberto se despidió de la noble señora y partió.

La viuda de don Fernando de Lara, así que quedó sola, se dejó caer en un ancho sillón de alto respaldo, quedándose profundamente pensativa.

La necesidad de salvar á don César levantó en su alma una lucha tan terrible como no es posible describir.

Los recuerdos de los primeros años de su juventud, adormidos y casi olvidados por el tiempo y las vicisitudes de la vida, fueron evocados de nuevo, renovándose con su memoria antiguas heridas que la ingrati-

tud y los desengaños abrieron en el alma de aquella afligida señora.

La lucha que sostuvo su espíritu hasta decidirse de una manera absoluta á arrostrarlo todo por salvar al joven acusado, fué terrible.

Pero su decisión fué tan completa como costoso era el sacrificio que se imponía.

Acababa de adoptar esta determinación, cuando uno de sus sirvientes apareció en la puerta de la estancia, diciendo:

—El señor don Lope de Lara desea ver á la señora.

Al oir este nombre la noble dama experimentó una gran impresión de disgusto.

Don Lope era hermano de su difunto esposo; pero su trato con él había sido casi nulo, pues desde la primera vez que se vieron se fueron ambos antipáticos.

Además de esta razón, existía otra más poderosa y más reciente para que le fuese repulsivo su cuñado.

La noble viuda sabía el deseo ardiente de venganza que aquel hombre abrigaba contra don César, y la insistencia que había demostrado en el juicio para que se le sujetase al tormento.

—Haced pasar á don Lope,—respondió por fin, después de algunos instantes de silencio.

El criado desapareció, y un momento después don Lope de Lara penetraba en la estancia.

—¡Señora, que el cielo os guarde y os dé resignación para sobrellevar la pena que os aflige!

—Gracias por vuestros nobles deseos, señor dón Lope: hacedme la merced de sentaros.

El caballero obedeció.

Hubo un momento de silencio.

Silencio que don Lope rompió al fin, diciendo:

—Vengo, señora, á participaros el resultado de la comparecencia celebrada hoy ante sus jueces por el cobarde asesino de mi noble hermano.

Siento con todas veras tratar con vos de este doloroso asunto, que comprendo ha de afligiros, aumentando el desconsuelo que inunda vuestra alma; pero como vos en calidad de viuda y yo en concepto de hermano somos las únicas personas interesadas en el mundo en que la muerte de Fernando no quede impune, es preciso, por más que nos duela, hablar y ponernos de acuerdo en todo lo que á aquel infame atentado se refiera.

—¡Tenéis razón! Además, sabed, don Lope, que el recuerdo de mi noble esposo vive y vivirá en mí de tal manera, que al hablarme de él no se me martiriza sino en la parte referente á su fin, tan desdichado como inmerecido.

—Lo creo, señora. Mi pobre hermano era acreedor á ser querido, y por lo tanto, después de su muerte, lo es mucho más á ser llorado.

—¡Oh! Bien sabe el cielo que yo daría contenta mi vida porque él recobrase la suya.

—Esos sentimientos os honran y enaltecen á mis ojos, como á los de todo el mundo, señora. Pero voy á entrar de lleno en el fondo del asunto objeto de mi venida.

El asesino de mi hermano, cuyo proceso he activado cuanto me ha sido posible, compareció esta mañana ante sus jueces.

Nunca, señora, he visto un criminal más cínico ni más sereno.

¡Parece imposible que en ningún pecho humano se aniden la doblez y la soberbia de la manera que se encuentran en el de un hombre tan joven como ese aventurero!

Negó, no una, sino muchas veces, de la manera más terminante haber cometido el delito.

Y con una sangre fría que hizo levantar en mi pecho una tempestad de cólera, intentó demostrarnos que mi hermano, dada la forma y el sitio de la herida, no había podido ser muerto por un hombre solo.

Dada su obstinación en negar, los jueces dispusimos que se le aplicase el tormento.

Entonces apeló al recurso de recusarme como juez y parte interesada, y esta protesta, que no hubiera sido atendida en situación semejante por ningún tribunal, lo fué de tal manera por la persona que presidía el nuestro, que ordenó volver al preso á su encierro y aplazar la cuestión del tormento hasta que el rey diese su conformidad al auto que así lo disponía.

¡Un mundo de ira se agolpó á mi mente ante aquella delación! Semejante salida ha sido sólo un pretexto para ganar tiempo y que puedan prevenirse los enemigos de mi hermano, interesados en que la luz no se haga, y que queden envueltas en las sombras del misterio

las personas que dispusieron, y tal vez pagaron, aquel infame crimen.

En el tormento, el reo hubiera hoy de seguro confesado cuanto sabía. Mañana, prevenido ó en libertad tal vez, fingiendo una evasión, quedaremos burlados é impune el autor y los cómplices de ese asesinato.

—¿Y quién presidía el tribunal?—preguntó la dama fingiendo ignorarlo.

—El hombre de más confianza del duque de Lerma, el alcalde mayor don Diego de Deza.

Este recuerdo agitó de tal manera el corazón de aquella mujer, á pesar de que sabía por Roberto cuanto don Lope la relataba, que una palidez mortal cubrió su rostro, y hubo un momento en que estuvo á punto de perder el sentido.

—¡La Providencia sin duda le ha inspirado á fin de que no cometiera el mayor de los crímenes!—dijo para sí la noble viuda.

—¿Os ponéis mala?—preguntó don Lope al ver la mortal palidez de que se había cubierto su semblante.

—No, don Lope; es que esa extraña noticia me ha impresionado...

—Como me impresionó á mí levantando en mi alma un océano de ira.

—Eso es,—replicó la viuda.

—¡Oh! Pero yo os juro, por el recuerdo doloroso de mi hermano, que el de Deza no ha de conseguir su deseo. Sobre la voluntad del orgulloso favorito hay otra más alta, más justa y más legítima: la voluntad del rey; y esta misma noche, á estas horas quizá, tendrá

conocimiento de la arbitrariedad cometida por el alcalde mayor.

Desde el tribunal me dirigí al palacio del noble duque de Uceda, que profesaba á vuestro difunto esposo una amistad grande, y le di cuenta de la conducta del de Deza.

El ilustre duque se indignó ante tamaño desafuero, y poniéndose en inteligencia con el inquisidor general y con otros poderosos amigos, acordaron acudir esta noche á palacio á solicitar del rey que el reo sea trasladado á las cárceles del Santo Oficio, y que allí se sustancie y ultime su proceso.

Un grito de espanto se escapó de los labios de la noble dama.

Conocía la terrible severidad del tribunal de la fe y los crueles procedimientos que empleaba con los desdichados que caían bajo su mano, y la idea de ver á don César en poder de los inquisidores la aterraba.

Don Lope, dando á aquel grito una interpretación completamente contraria á la que en realidad tenía, prosiguió diciendo:

—¿Os entusiasma lo que estáis oyendo? ¡Oh! Me alegro que reconozcáis el celo incansable que desplie-go porque la muerte alevosa de mi hermano no quede sin venganza.

Si el rey accede esta noche, como es justo, á la petición de mis poderosos amigos, tendré el placer de gozarme en el tormento de ese hombre, que osó derramar alevosamente la sangre de mi familia, y de verle tam-

bien más tarde retorcerse entre las llamas de la hoguera en el primer auto de fe que se celebre.

¡Oh! ¡Es tan grande y tan inmenso mi deseo de venganza, que si para lograrlo fuera necesario exponer cien veces mi vida, no vacilaría ni un momento en exponerla!

Era tan terrible y tan espantosa la expresión infernal que al pronunciar estas palabras se dibujaba en el rostro de don Lope, que la noble viuda sentía su corazón paralizado de espanto.

Satanás en sus paroxismos de rabia no podía mostrarse más repugnante ni más terrible.

Después de una pequeña pausa, el de Lara continuó diciendo:

—Mis amigos lo han previsto todo: si el rey les niega lo que van á pedirle, en vez de desistir de su empeño, piensan volver de nuevo á formularle, pero con la ayuda vuestra.

—¡Con mi ayuda!

—Sí, acompañándoos á la presencia del soberano á que le pidáis, en nombre de la religión y de la justicia, el castigo del matador de vuestro esposo.

—¡Yo presentarme al rey, yo acudir á palacio! ¿Y con qué derecho?

—Con el que os da vuestra viudez y la arbitrariedad de que sois víctima.

—Pero ¡si yo no tengo entrada en la corte!

—¿No os he dicho, señora, que la influencia de mis amigos os allanará el camino hasta los mismos pies del soberano? ¿Os negaríais acaso á dar ese paso si nos

fuera preciso intentarlo para castigar á los asesinos de vuestro esposo?

—No en manera alguna; para castigar á los que me han hecho eternamente desgraciada, privando de la vida al hombre más honrado y bondadoso de la tierra, no hay sacrificio que no me encuentre dispuesta á hacer. La noble sangre de mi marido pide justicia, y estoy resuelta, por mi parte, á conseguir que la obtenga.

—Gracias, señora, por vuestra noble y generosa resolución. Esta misma noche sabréis el resultado de las gestiones de mis amigos cerca del monarca.

Si el éxito ha sido favorable, no es necesario que os molestéis. Si es adverso, os vendré á anunciar la hora y el día en que seréis recibida en palacio.

Don Lope se alzó de su asiento, y haciendo á la dama un profundo saludo, salió de la estancia, diciendo para sí:

—La disposición de su ánimo no puede ser más favorable para mis propósitos.

El rey no podrá menos de hacer justicia, si se la pide una dama llorosa evocando la sombra ensangrentada de su marido.

CAPITULO XII

INTRIGAS PALACIEGAS

Mientras ocurría la escena que hemos descrito en el capítulo anterior entre la afligida viuda de don Fernando de Lara y su vengativo hermano político don Lope, en la antecámara de la reina penetraban, conducidos por la marquesa de Altamira, camarera mayor de su majestad, el duque de Uceda y el inquisidor general don Juan de Acevedo.

Aquellas tres personas eran los más poderosos enemigos del duque de Lerma y los que trabajaban sin descanso por derribarle de la elevada posición á que el carácter apocado del rey y el capricho de la fortuna le habían encumbrado.

El favorito conocía á sus enemigos y los vigilaba de cerca, como ya sabemos; pero fingía ignorar sus manejos por no verse obligado á entablar con ellos abiertamente una lucha que sería el escándalo de la corte y

daría pábulo á que se agigantasen las hablillas del vulgo, harto ya de las arbitrariedades y exacciones con que le abrumaban el estado precario del Tesoro y la codicia insaciable del valido y de sus parciales.

Además de esto, el de Lerma tenía una sospecha que le atormentaba más y le inspiraba más temores que la influencia y el poder de sus enemigos.

La sospecha del de Lerma tenía por fundamento la frialdad y la ceremonia con que le trataba la reina siempre que, por razón de su alto cargo, se veía precisado á ofrecerle sus respetos.

La reina Margarita de Austria, que se había unido con don Felipe sin conocerle más que por su retrato, desde el momento que puso el pie en España conoció que si su esposo era el rey de derecho, el duque era realmente el que disponía á su antojo del poder.

Esta convicción la hizo no simpatizar con el de Lerma, no viendo en él otra cosa que un usurpador de las atribuciones que por derecho divino correspondían á su esposo.

Dotada de una gran hermosura y de un carácter enérgico, y educada de un modo diametralmente opuesto al que se empleó para educar á su marido, ni la presencia del duque se imponía ni se dejaba dominar con la facilidad que el rey.

El favorito no se engañaba, pues, en sus presunciones respecto á la reina. Si no era su enemiga, se encontraba muy próxima á llegar á serlo.

Por evitar este contratiempo, que consideraba el duque como una desgracia que le abrumaría, procura-

ba atender con una vivísima solicitud á todo cuanto de la reina provenía.

Esta era, pues, la situación en que se encontraba el valido la noche en que tenían lugar los sucesos que vamos relatando.

—Sentaos, señores, y esperad, que voy á prevenir á su majestad de vuestra llegada,—repuso la marquesa dirigiéndose al de Uceda y al inquisidor.

—Id con Dios, marquesa, y que el cielo y la fortuna protejan vuestros intentos.

—Confianza y grande tengo, señor duque, en que por esta vez han de ser protegidos.

—Así sea,—replicó con frase concisa el inquisidor.

La marquesa salió de la estancia, dejando solos al duque y á Acevedo.

Este sacó entonces una preciosa caja de oro llena de fino y aromático rapé, y después de dar sobre la tapa algunos golpecitos, la abrió, presentándosela al de Uceda diciendo:

—¿Creéis que no se habrán apercibido de nuestra llegado los espías de vuestro padre?

El duque tomó un polvo, y después de aspirarle, exclamó:

—Casi me atrevería á jurar que no se han apercibido.

—Dios os oiga.

—Hemos adoptado todo género de precauciones para no ser conocidos, y hemos llegado hasta aquí por lugares donde no se encontraba alma viviente.

—A pesar de todo eso, temo y recelo. En los palacios hasta las paredes oyen, y vuestro respetable padre, que sospecha y teme, tiene montado su espionaje en este alcázar de tal manera, que no se da en él un solo paso sin que llegue á noticia suya.

—Pues de esa manera nuestro trabajo va á resultar completamente inútil.

—Según y cómo. Si antes de que se aperciba vemos al rey, y conseguimos que nos conceda la orden que deseamos, nuestra victoria es segura y nuestro trabajo será perfectamente fecundo. Pero si tenemos la desgracia de que sepa nuestra pretensión cerca del rey, y se nos interpone antes de conseguir nuestro deseo, nuestros afanes serán completamente inútiles. El rey es tan débil, que encontrándose presente vuestro padre, no tomará resolución alguna sin su consentimiento.

—Demasiado convencido estoy de todo cuanto decís. Dios quiera, pues, que nuestro proyecto no se malogre.

—La reina os espera, señores. Venid, pues, por aquí,—exclamó la marquesa dirigiéndose á sus dos amigos.

El duque y el inquisidor se apresuraron á obedecer la insinuación de la dama, y precedidos por ella salieron de la estancia.

Apenas desaparecieron, cuando un hombre, que había estado escuchando su conversación oculto detrás de uno de los rojos tapices de terciopelo que resguardadan

las puertas de entrada, se alejó cuidadosamente por una galería, diciendo para sí:

—Los enemigos de mi noble protector no se descuidan; avisémosle.

Y aquel hombre tomó recado de escribir y trazó una carta.

Momentos después se la entregaba á uno de los porteros de servicio, diciéndole:

—A casa de su excelencia el señor duque de Lerma; urgente y reservado.

El portero salió veloz como una flecha á cumplir aquel servicio.

Aquellos dos hombres, lo mismo que la inmensa mayoría de la servidumbre alta y baja de palacio, eran partidarios decididos del duque de Lerma.

El inquisidor general no se engañaba al presumir que en el regio alcázar era muy difícil dar un paso sin que el favorito lo supiese.

Felipe III encontrábase bloqueado, permítasenos la frase, por las hechuras del duque ministro.

La marquesa de Altamira y los dos personajes á quien acompañaba, llegaron, por fin, á la presencia de la reina doña Margarita.

Ésta, que se encontraba perfectamente dispuesta en su favor por lo que la marquesa la había referido, les recibió con la mayor bondad y la mayor deferencia.

—Hablad, señores, y decidme en definitiva qué es lo que deseáis. La marquesa me ha enterado superfi-

cialmente del asunto; pero yo deseo oir de labios tan autorizados como los vuestros lo que es necesario hacer, tanto para que el brillo de nuestra santa religión no se empañe, como para que la autoridad y el prestigio del rey, mi noble esposo, no padezcan por culpas ó torpezas ajenas.

—Señora, abusando de la honra inmerecida que su bondadoso corazón nos dispensa, expondré brevemente nuestro deseo y los fines elevados á que obedece nuestra petición,—replicó el inquisidor general con el acento de la más pura bondad evangélica.—Madrid, señora, encuéntrase invadido por una multitud de personas que, burlando las leyes, no sólo no profesan la religión católica, sino que rinden culto á falsas divinidades y cometen los mayores excesos, siendo éste el fundamento principal de los robos y muertes violentas que alarman y atemorizan al vecindario, formado en su mayor parte de personas timoratas y cristianas. El santo tribunal trabajaba sin descanso por corregir con mano firme tan escandalosos excesos. Llenas se encuentran sus prisiones de moriscos sin bautizar y de otros que, habiendo recibido el bautismo sin verdadera fe y sólo por evitarse la pena que nuestras leyes imponen al que persevera en el error, han vuelto al ejercicio de sus antiguas prácticas, sin tener en cuenta para nada los efectos del santo sacramento que recibieron.

Pero el ardiente celo del tribunal de la fe resultaría estéril si la alta justicia de su majestad no le presta por completo su apoyo y su influencia.

Si á los reos inconfesos y empedernidos no se les obliga, por cuantos medios ha puesto Dios en manos de los encargados de averiguar la verdad, á que revelen y confiesen sus delitos, la justicia se verá burlada y la criminalidad irá en aumento hasta que llegue día en que se atreva á dominarlo todo.

Reciente ejemplo de esta verdad nos ofrece, señora, el conato de regicidio perpetrado hace pocos meses en la persona del monarca del vecino reino.

—¡Tenéis razón!—repuso la reina, estremeciéndose con aquel recuerdo.

El inquisidor dejó ver en su semblante un relámpago de orgullosa complacencia al ver el efecto que sus palabras producían.

Después continuó:

—El caso á que nuestra petición se refiere, si no ha sido de la importancia del que aflige á la nación vecina, por no haber recaído en la sagrada é inviolable persona de un ungido del Señor, revela también una audacia y una perversidad que, si no se reprimen con un castigo ejemplar y enérgico, será para lo futuro un manantial vivo de crímenes y de desdichas.

Un consejero del Supremo de Castilla, acometido y asesinado casi á las mismas puertas de la casa del señor alcalde mayor de casa y corte, es un hecho tan inaudito como escandaloso.

Que su majestad disponga que el asesino de ese noble consejero, que se obstina en negar su crimen, sea entregado al santo tribunal, y yo en nombre de ese centinela avanzado de la fe y de ese campeón decidi-

do de la monarquía, respondo, señora, que serán conocidos todos los detalles de ese horrible crimen, y castigados con la severidad que merecen sus autores y sus cómplices.

La justicia ordinaria puede ser burlada.

Al santo tribunal no se le burla nunca.

Además, señora, ese criminal pertenece de derecho al Santo Oficio, por las maldiciones y blasfemias que brotaron de su boca en el momento de verse arrestado.

—Tenéis razón. Ese reo debe pasar á poder vuestro, y pasará.

Mi augusto esposo, cuya fe religiosa es cada día más viva, no tendrá dificultad alguna en acceder á una petición tan justa y razonable.

Extended la orden en los términos que os parezca.

—Gracias, señora,—repitieron á una el inquisidor y el de Uceda, sintiendo que la alegría inundaba su alma.

Acevedo se acercó á un pupitre, y tomando recado de escribir, trazó la orden, teniendo cuidado de fijar en ella, no sólo la fecha, sino hasta la hora en que se expedía.

—Aquí tiene vuestra majestad, señora,—repuso al fin, postrándose á los pies de la reina y presentándola el escrito.

—Perfectamente.

Esperaos aquí.

Y doña Margarita, con el papel en la mano, salió

de la estancia por una puerta que comunicaba con las habitaciones de su regio consorte.

Apenas se perdió el rumor de los pasos de la reina, el duque y el inquisidor, radiantes de alegría, se dirigieron á la de Altamira, diciéndola:

—¡Sois nuestra Providencia, marquesa!

—Lo que soy, señores, es vuestra mejor amiga, y la adversaria más resuelta é infatigable del duque ministro.

—¡Si el rey firma esa orden, nuestro triunfo es seguro!—replicó el de Uceda radiante de gozo.

—No abriguéis sobre eso ningún temor.

El rey no sabe negar nada á su esposa.

Por eso, conociendo yo la influencia que ejerce la reina sobre el ánimo apocado de su marido, he trabajado con incansable afán por disponerla á que favorezca nuestros deseos. El primer paso, que era lo difícil, está ya dado.

Obremos, pues, con sagacidad y reserva, y aprovechemos con tino este nuevo y poderoso auxiliar que nos ha deparado hoy la fortuna, y el logro de nuestras aspiraciones será inevitable.

Hagamos que de aquí en adelante cada día se incline más la reina á nuestro favor, y el triunfo nuestro será un hecho dentro de poco.

Aquellos tres personajes prosiguieron en voz baja fraguando intrigas y trazando planes para lo sucesivo.

Sigamos nosotros entre tanto los pasos de la reina.

La noble señora repasó un ancho pasillo tapizado, y llegando á una puerta de nogal primorosamente tallada, puso la mano sobre el dorado picaporte, diciendo:

—¿Se puede pasar, señor?

—¿Desde cuándo necesita pedir permiso la reina de España y de mi albedrío para llegar hasta mí?—respondió el rey alzándose presuroso de su asiento y saliendo á recibirla.

—Podíais estar ocupado en algún asunto grave, señor, ó podíais estar conferenciando con vuestro ministro, que tanto se desvela por hacer la felicidad de vuestros pueblos.

—Estaba entregado á un ejercicio más piadoso, señora; rezaba mis oraciones.

—Siento con toda mi alma haber tenido la desgracia de interrumpiros.

—Ya las reanudaremos luego. ¿Y á qué debemos, mi noble esposa, la inesperada dicha de esta grata sorpresa?

—Á pediros que llevéis á cabo un acto de justa reparación y verdadera justicia.

—Bien; decidme cuál es ese acto que deseáis, y en cuanto venga el duque, le diremos que os complazca.

—Precisamente, señor, lo que decís es todo lo contrario de lo que yo deseo.

—No os comprendo, Margarita. ¿No me decís que deseáis una medida de justa reparación y de verdadera justicia?

—Sí, mi rey y señor.

—Pues entonces...

—Entonces, lo que deseo es que esa medida la ordene el rey de las Españas, mi noble esposo don Felipe III, pero no de manera alguna su ministro. ¿Necesitáis acaso, señor, el permiso ó la venia del duque para hacer uso de vuestra regia autoridad? ¡Eso sería indigno de vuestra noble estirpe y depresivo para la augusta majestad que al cielo le plugo concederos!

—Ciertamente, señora, que yo no necesito la venia de nadie para obrar como los impulsos de mi conciencia me dicten. Soy rey, y mi voluntad es absoluta y soberana. Pero tengo encomendada la dirección de los asuntos del reino al noble y entendido hombre de Estado que posee mi confianza, y no creo justo poner mano en ellos sin que él los conozca y examine.

Decidme, pues, vuestro deseo, señora, y os aseguro bajo mi fe de caballero y mi palabra de rey que en cuanto venga el duque seréis complacida.

—¿Y si á pesar de vuestras seguridades dudase de conseguir lo que vengo á pediros?

—¿Tan poca fe os merecen mis promesas?

—Poca, señor, para cierta clase de asuntos.

—Vuestras dudas me ofenden. ¿Quién ha de ser tan loco ó tan atrevido que osara contrariar mis deseos?

—Señor, el que está acostumbrado á que todas las cosas se hagan en España á medida de su voluntad y

de su capricho. Ese omnipotente vasallo á quien todo un monarca como vos necesita consultar para ver si puede acceder á una petición que le hace su esposa.

El acento de la reina era tan irónico, que el monarca, á pesar de la natural timidez de su carácter y del respeto que casi rayaba en temor que le infundía el duque de Lerma, sintió herido su amor propio de tal manera, que con una energía de la que no había dado hasta entonces muestras durante su vida, exclamó:

—Para probaros, señora, que tengo voluntad propia cuando me place, decid lo que deseáis y tenedlo por concedido.

Un relámpago de alegría brilló en el rostro de la reina, y sin vacilar presentó á su esposo la orden que llevaba en la mano, diciendo:

—Deseo que os enteréis de este escrito y que le deis valor con vuestra firma.

El rey tomó el papel, y sin leerle cogió una pluma y lo firmó.

—Pero enteraos, señor,—repuso la reina.

—No lo necesito, señora. Vos sabéis lo que contiene, y con eso me basta.

—Gracias, señor, ¡y quiera el cielo que obréis siempre con la misma justicia y con la misma energía que lo hacéis en este momento!

Y la reina, saludando á su marido, salió de la estancia.

Al mismo tiempo que la reina desaparecía por una

puerta, el duque de Lerma penetraba en la regia estancia por otra.

El ojo perspicaz del duque alcanzó á ver una parte del rico brial de seda que la esposa del soberano vestía, y se convenció de que alguna intriga, en la cual tomaba parte la reina, se desarrollaba en contra suya aquella noche en palacio.

Momentos después de esta escena el duque de Uceda y el inquisidor general salían de la regia estancia, lleno el corazón de gozo y henchida el alma de risueñas esperanzas.

—Esta misma noche quedará el reo en nuestro poder, y antes de que luzca el día habrá sucumbido en el tormento, ó tendremos en nuestras manos las revelaciones que han de dar al traste con el orgulloso valido.

—Obrad con energía, y nuestro triunfo es seguro.

—Perded cuidado, duque, que yo os aseguro que ese hombre hablará ó morirá.

CAPITULO XIII

EN DONDE CONTINÚA EL ASUNTO ANTERIOR

En un lujoso gabinete contiguo á su despacho conferenciaban en voz baja el duque de Lerma y el alcalde mayor don Diego de Deza, cuando uno de los pajes del ministro, después de solicitar la oportuna venia, penetró en la estancia.

—¿Qué ocurre, Oliver?

—Este pliego que me encargan poner sin pérdida de tiempo en manos de su excelencia.

El duque rompió la oblea con que venía cerrado, y arrojando el sobre, desdobló el papel.

Sólo tres renglones contenía aquella carta.

Aquellas tres líneas decían lo siguiente:

"Señor, en este momento acaban de ser introducidos por la condesa de Altamira con gran misterio en la cámara de la reina el señor duque de Uceda y el señor inquisidor general."

—¡Mi capa, mi sombrero y mi espada!—exclamó el ministro dirigiéndose al paje.

Y mientras éste salía á cumplir aquella orden, el favorito, con el semblante rojo de cólera, empezó á medir á largos pasos la estancia, murmurando:

—¡Es preciso dar el golpe de gracia á esos miserables intrigantes! ¡Su audacia va en aumento! Dentro del mismo alcázar del rey se hacen cada día con nuevos partidarios, y si no cortamos ese mal de raíz, ahora que empieza, quizás nos sea imposible mañana, cuando haya tomado mayores proporciones. Mi temor á dar un escándalo tiene la culpa de lo que sucede. Pero su audacia provocativa me decide, y ¡ay de ellos y de sus parciales como vea esta noche confirmadas mis sospechas!

El duque se paró de pronto, quedándose pensativo.

Una idea terrible cruzaba en aquel momento por su mente.

—La capa y el sombrero, señor,—exclamó el paje apareciendo de nuevo.

El duque se puso aquellas prendas y se dispuso á salir.

—¿Me dais permiso para retirarme, señor?—preguntó el de Deza.

—Os necesito, don Diego.

—Mandad, señor.

—Veníos conmigo.

El duque y el de Deza salieron al despacho, y cuando ya iban á repasar la puerta, el ministro retro-

cedió bruscamente, y acercándose á su pupitre, tomó una pluma, trazó una orden, y sellándola con el sello real y firmándola, la dobló y la metió en su escarcela.

Hecho esto, salió sin vacilar de la estancia.

Al poner el pie en la ancha meseta de la escalera, preguntó á don Diego:

—¿Tenéis abajo gente de vuestra casa?

—Tengo una ronda, señor.

—¿Qué gente la compone?

—Un alcalde y diez alguaciles.

—¿Tenéis confianza en ellos?

—Absoluta, señor. La gente que tengo á mi servicio me es sobradamente conocida.

—Dadles orden de que nos sigan.

—Muy bien, señor.

Don Diego cumplió la orden que acababa de recibir, y al acercarse á la carroza del favorito, que se encontraba en el ancho zaguán de su palacio, el de Lerma le dijo:

—Subid conmigo, que tenemos que hablar.

Los dos interlocutores se instalaron en los mullidos cojines del carruaje, y el ministro, dirigiéndose al cochero, exclamó:

—A palacio, y á la carrera.

—El coche partió.

Durante algún tiempo el valido y el alcalde mayor guardaron silencio.

El de Lerma meditaba, y don Diego repasaba en su memoria las prevenciones que el duque le había hecho durante la conferencia que la llegada del paje había interrumpido.

—¿Recordáis bien, don Diego, las instrucciones que os he dado?

—Perfectamente, señor.

—Es preciso que ese don César deje de ser un peligro.

—Dejará de serlo esta misma noche.

—Recordad también que es necesario dar á su muerte todas las apariencias de un suicidio.

—Las tendrá, señor.

—Pasemos ahora á otro punto. Tomad estas órdenes, y apenas lleguemos á palacio, enteraos de su contenido y adoptad cuantas precauciones creáis necesarias para que lo que en ellas se expresa sea puntualmente cumplido. No os arredréis por nada ni por nadie.

Obrad en este asunto con el mismo celo y la misma energía que tenéis tan acreditados, y las complicaciones que puedan sobrevenir dejadlas de mi cuenta. Es llegado el caso de proceder de una manera fuerte con esos ambiciosos, enemigos de mi poder y de la tranquilidad del reino.

El coche llegó al ancho zaguán de palacio.

El ministro se apeó, y reiterando á don Diego que procediese con energía, se aventuró por la ancha escalera.

El de Deza, sacando entonces la orden que le fué entregada, se puso á leerla á la luz de uno de los faroles del carruaje.

Aquella orden decía:

"El alcalde mayor de mi casa y corte, don Diego Rodríguez de Deza, procederá inmediatamente á detener y á arrestar en sus respectivos domicilios, hasta nueva orden, al excelentísimo señor duque de Uceda y al señor inquisidor general don Juan de Acevedo. Madrid 29 de Octubre de 1608.—Por orden de su majestad.—EL DUQUE DE LERMA.„

Don Diego guardó la orden, y resuelto á cumplirla sin levantar mano, salió á la calle á esperar á su ronda, á quien el carruaje del ministro había tomado una gran delantera.

—¡El duque de Lerma y el alcalde mayor! Uno sube apresuradamente á palacio, y el otro después de leer un papel, que me parece una orden reservada, se cubre con el embozo hasta las narices y se pone á tomar el fresco. Arriba están también el de Uceda y el inquisidor. ¡Per Bacco! Aquí pasa algo que yo necesito conocer. ¡Observemos, observemos!...

Y el que así hablaba, que no era otro que Picoli, el paje italiano que servía á don Lope de Lara y á quien pocas horas antes vimos siguiendo á Beltrán, se rebujó cuidadosamente en su capa y se puso en acecho á observar lo que hacía el de Deza.

Le vió dar órdenes á los individuos de su ronda, y observó también que, dividiéndolos en dos grupos, los hizo apostarse en las inmediaciones de palacio.

—Esto es una emboscada. Aquí se trata de prender á alguien que debe salir ó entrar en palacio. ¿Se tratará acaso de las personas del noble duque de Uceda y del reverendo inquisidor general?

No es lo probable que una medida tan grave se atrevan á llevarla á cabo. Pero ¿y si el duque de Lerma, cegado por su orgullo, saltase por todo? Nada, más vale precaver que remediar.

Daré aviso, y valga por lo que valiera.

Y el paje, penetrando con ligera planta en el zaguán de palacio, iba á aventurarse por la ancha escalera, cuando vió que descendían por ella el duque y el inquisidor general.

—Deténganse un momento sus excelencias, y oigan lo que tengo que decirles.

—¿Qué ocurre, Picoli?—preguntó con receloso acento el de Uceda.

El paje refirió de una manera breve la llegada del valido, cómo se encontraban apostados Deza y su gente y las sospechas que había concebido de que se tratase de un golpe de mano sobre sus personas.

—¡Eso es imposible! Mi padre no osaría poner en práctica una medida tan violenta.

—Opino de distinto modo que vos, duque. El ministro ha sido indudablemente avisado de nuestra estancia aquí, y viene á deshacer nuestros propósitos. Por si esto no le es posible, habrá tomado sus precauciones para inutilizarnos, siquiera sea por pocas horas, y de ahí que crea yo fundadas las sospechas que éste ha concebido.

En todo caso no está de más adoptar también nuestras medidas.

Toma, Picoli, guarda cuidadosamente esta orden, y parte sin demora á ponerla en manos de tu señor.

Dile de mi parte que en cuanto la reciba se la muestre á mi secretario, y que la den pronto y enérgico cumplimiento.

Y el inquisidor entregó al paje la orden firmada por el rey.

Picoli partió.

Al verle alejarse, el de Uceda preguntó al reverendo:

—¿Y qué debemos hacer nosotros?

—Dar tiempo á que ese muchacho lleve la orden á su destino, y salir de aquí tranquilamente.

—¿Y si osan detenernos?

—Dejarnos prender.

—¡Eso nunca! Mataré al primero que se atreva á intentarlo.

—Eso sí que sería una verdadera locura.

—¿Por qué?

—Por que de noche, en negocios que median los aceros, suelen perderse estocadas que ocasionan muertes tan certeras como la de nuestro noble amigo don Fernando.

—Tenéis razón,—replicó el duque estremeciéndose ante aquella idea.

—Y ya sabéis que los parciales de vuestro señor padre no tienen en esa clase de asuntos la conciencia muy estrecha.

—Entonces, esperemos aquí.

—Lo creo más acertado.

Y los dos interlocutores, volviendo á repasar la escalera, se dirigieron á la habitación que ocupaba su amiga la condesa de Altamira, camarera mayor de la reina.

CAPITULO XIV

LOS DOS REYES

Dejamos al señor duque de Lerma en el momento que, al salir la reina doña Margarita, penetraba en la cámara del rey don Felipe.

El soberano no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al ver al favorito, y sobre todo al apercibirse de la expresión que se dibujó en su semblante al fijarse en la persona que se alejaba.

Pero el duque era un político asaz, astuto, para no saber dominarse, y su impresión pasó con la rapidez del relámpago, recobrando su rostro su serena y habitual expresión.

El monarca, por el contrario, encontrábase á cada momento más intranquilo.

Desde sus primeros años, sujeto á la severa autoridad de su padre, el frío é inflexible Felipe II, habíase acostumbrado á que otro pensase por él; y como ese

otro era su ministro el duque de Lerma, le creía tan necesario y tan indispensable, que tenía como cosa segura que su reino se perdería sin remedio en el momento que faltase el poderoso sostén que el favorito le prestaba con sus talentos y su experiencia.

Esta y no otra era la causa del omnímodo poder que gozaba el duque y de la influencia decisiva que ejercía sobre el ánimo apocado del monarca.

Por eso aquella noche la presencia del favorito tenía al rey intranquilo, habiendo firmado, sin consultarle y hasta sin ver siquiera, la cédula que le presentó la reina.

Este acto, llevado á cabo en un momento de exaltación, pesaba al monarca como pesa á un colegial una fechoría que ve á punto de ser descubierta por su dómine.

El duque, adivinando el estado de ánimo del rey, pensó sólo en sacar partido para el logro de sus fines, conociendo que la ocasión no podía ser más oportuna ni más favorable.

Así que, sin darse por entendido de lo que había observado, empezó á dar cuenta al rey de los despachos recibidos de la guerra de Italia y de las victorias conseguidas por las armas españolas.

Después le empezó á indicar multitud de proyectos, deteniéndose en los detalles, á fin de aburrir y fatigar el ánimo del monarca, que terminó por decirle:

—No prosigamos, duque. Estoy plenamente satisfecho, y te repito lo de siempre. Hazlo todo como te plazca, que cuanto hicieres será de mi agrado.

—Gracias, señor, por la absoluta confianza que en mí deposita vuestra majestad, y á la cual me he afanado y me seguiré afanando por corresponder. Pero es necesario, para el mejor servicio y la mayor gloria de vuestro reinado, que se hagan ciertos nombramientos que deseaba consultar con vuestra majestad.

—No te molestes, duque. Tú conoces mejor que yo los méritos y las condiciones de mis vasallos, y puedes designar para esos puestos las personas con más acierto que yo.

—Si así lo ordena vuestra majestad, obedezco. Pero como se trata de un cargo importante, y recaerá el nombramiento en un individuo de mi familia, no quisiera que mis émulos vean en eso...

—Que vean lo que quieran, duque. La envidia se ceba siempre contra las personas que valen. Extiende las cédulas y dámelas á firmar.

El favorito tomó papel, encabezado ya con la fórmula de costumbre, y extendió el nombramiento de inquisidor general á favor de su tío don Benardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y el cese del mismo cargo del que á la sazón le desempeñaba, don Juan de Acevedo.

El rey firmó las dos cédulas apenas se las presentó el duque, sin tomarse siquiera la molestia de leerlas.

El de Lerma las guardó pausadamente en su escarcela, y se alzó de su asiento, diciendo:

—Su majestad se sentirá fatigado.

—Sí, duque.

—Entonces, que el cielo os depare una buena noche, y hasta mañana, señor.

—Hasta mañana.

El rey de hecho salió de la regia cámara, mientras el de derecho decía para sí:

—Vamos, no nos ha costado mucho deshacer la tormenta que se cernía sobre nosotros. Después de todo, Lerma es el ministro más prudente, más tolerante y más hábil que ha podido depararme la Providencia.

Mientras conferenciaban el rey y su ministro de la manera que dejamos descrita, el paje italiano Picoli presentábase con cuanta presteza le fué posible en casa de su señor don Lope de Lara.

—¿Qué hay?—preguntó su amo, alarmado ante la agitación que por efecto de la carrera se notaba en las funciones del paje.

—Hay alguna cosa, señor.

—Cuando dices que hay alguna cosa, grave y algo más que grave será lo que tengas que decirme.

—Lo primero es poner en vuestras manos esta orden que el señor duque de Uceda y el señor inquisidor general me han encargado traeros, advirtiéndome que sin perder momento veáis al secretario general del Santo Oficio y la pongáis en ejecución inmediatamente.

Don Lope tomó el pliego y, abriéndole, leyó su contenido, exhalando un grito de feroz alegría.

En aquella orden acordaba el rey que don César y

su proceso pasasen á poder del Santo Tribunal de la Inquisición.

—¡Oh! con esta orden, nuestro triunfo y mi venganza están asegurados.

—Quizás no, señor,—replicó el paje.

—¿Qué dices? ¿En qué te fundas para emitir ese juicio?

—En cosas que he visto y en otras que he adivinado.

—Explícate.

Picoli refirió entonces á su señor las sospechas que le infundieron las medidas adoptadas por don Diego de Deza, y la situación en que quedaron en palacio el de Uceda y el inquisidor general.

La alegría y la satisfacción que brillaban en el rostro de don Lope desaparecieron al oir las razones de su paje.

—¿Y llegarían á atreverse á tanto esos desalmados?

—El favorito y sus parciales se atreverán á todo, señor.

Cuentan con la impunidad, y eso les presta un valor y una audacia inmensos.

Don Lope reflexionó un momento.

Dudaba si reunir la gente de su casa y acudir á palacio en socorro de sus amigos, y jugar en caso necesario el todo por el todo, ó dirigirse á la Inquisición y, como familiar que era, encargarse de cumplimentar en persona la orden que tenía en la mano.

Picoli, conociendo la causa de su perplejidad, exclamó:

—Si mi humilde parecer puede servir de algo, yo que vos, señor, partiría sin pérdida de tiempo á ejecutar lo que esa orden manda, y mientras, yo podría acudir en socorro de nuestros poderosos amigos con la gente que quisierais confiarme.

—¡Tienes razón, Picoli! Ese plan abraza perfectamente todos los extremos. Tú, á palacio; yo, á las cárceles del Santo Oficio.

Momentos después, don Lope se dirigía á la calle llamada hoy de Isabel la Católica, que era donde se encontraban establecidas las cárceles del santo tribunal, y Picoli, seguido de ocho hombres perfectamente armados, tomaba la dirección del regio alcázar.

Al llegar nuestro hombre á las inmediaciones del palacio observó que la gente del de Deza había desaparecido, y su sorpresa fué en aumento al notar que en el espacioso zaguán de la regia morada no se encontraba ya tampoco el carruaje del ministro, y que, según le aseguraron, el señor duque de Uceda y el inquisidor general habían salido hacía ya tiempo.

Picoli, á pesar de la vivacidad de su imaginación, se quedó perplejo y pensativo.

—¿Los habrán preso, ó sería acaso una sospecha infundada la que yo concebí, engañado por las misteriosas medidas que vi adoptar al de Deza? De todas maneras, los hechos consumados son irremediables; volvamos á casa de mi dueño y señor sin pérdida de tiempo.

Y pensando de esta manera el paje, se rebujó en su capa y se alejó de palacio, seguido de los hombres que conducía.

Digamos ahora la verdad de lo que había sucedido.

Al salir el duque de Lerma de la habitación del rey, un gentilhombre que le esperaba en la antesala y que era el mismo que le dió aviso de la llegada á palacio del duque de Uceda y del inquisidor, después de hacerle un reverente y ceremonioso saludo, le dijo en voz baja:

—Señor, vuestro noble primogénito y el señor don Juan de Acevedo se encuentran en la habitación de la señora marquesa de Altamira.

—¿No han salido aún del alcázar?

—Salieron hasta la escalera, pero allí fueron detenidos por un hombre, á quien por temor á ser descubierto no pude ver, y retrocedieron.

—Les han avisado el riesgo que corrían; en todas partes encuentro traidores,—dijo para sí el duque.

Después, alzando la voz, preguntó:

—¿Y decís que están en la habitación de la de Altamira?

—Allí les he visto entrar, señor.

—Está bien.

Y el favorito se dirigió hacia la habitación de la marquesa, haciendo el siguiente juicio:

—Esta mujer es un peligro constante; es necesario alejarla de palacio lo antes posible.

Al repasar el duque de Lerma uno de los salones contiguos á la estancia de la marquesa, se encontró con las personas á quien buscaba, esto es, con el inquisidor don Juan de Acevedo y con el duque de Uceda, su hijo.

El de Lerma se les acercó sonriendo, en tanto que los dos cortesanos, contrariados, se inclinaban profundamente ante el favorito.

Este, lanzando una mirada de triunfo sobre sus adversarios, exclamó dirigiéndose con la más fina ironía al de Acevedo.

—Aquí tenéis, señor don Juan, esta real cédula, por la que su majestad ha tenido á bien revelaros del cargo de inquisidor general que desempeñáis.

Y entregó al de Acevedo la orden del rey.

Un rayo que hubiera caído á las plantas de aquel hombre, no le hubiera, de seguro, producido mayor efecto.

Aquel golpe inesperado le aturdió de tal manera, que su semblante palideció como el de un muerto y estuvo á punto de perder el sentido.

El de Lerma miró fijamente al inquisidor, y sonriendo desdeñosamente, añadió:

—Además, tengo también el encargo de comunicaros que trasladéis mañana mismo vuestra residencia á la ciudad de Avila, á esperar allí órdenes del rey.

—¡Exonerado y extrañado de la corte!—replicó con voz temblorosa el ex inquisidor.

—¡Y dad gracias á Dios que no pasen las cosas más adelante, señor don Juan de Acevedo! Cuando se tra-

baja en la sombra y se conspira, se está expuesto á estos y aun peores contratiempos.

Las conspiraciones llevan á los que las traman, si vencen, al Capitolio; si son vencidos, á la roca Tarpeya.

Pronunció el duque estas últimas palabras con una entonación y una firmeza tales, que el de Acevedo se sintió tan aterrado y aturdido, que sin ser dueño para reprimirse, cayó de hinojos ante el ministro, exclamando:

—¡Perdón, señor!

El de Lerma lanzó sobre aquel hombre, que al verse perdido se humillaba hasta aquel extremo, una mirada llena del más soberano desprecio, y con frase breve y severa, indicándole la puerta de la estancia, respondió:

—¡Salid!

El inquisidor se consideró perdido, y salió de la estancia con la mirada vaga y el paso incierto.

Así que desapareció aquel hombre, el de Lerma se volvió hacia su hijo, que se encontraba aterrado, y le dijo:

—¡Señor duque, en nombre del rey sois mi prisionero!

—¡Padre y señor!—balbuceó el de Uceda.

—¡Silencio! Si yo no mirara en vos, como debía, más que al conspirador y al ingrato, á estas horas vuestra espada estaría en poder de un capitán de la guardia, y vuestra persona, convenientemente escoltada, ca-

minaría ya á una de las prisiones del Estado. Pero, á pesar de vuestra traición y de vuestras intrigas contra mí, no puedo olvidar que sois mi primogénito, y esta consideración me mueve á ahorraros el bochorno de salir de esta morada preso y escoltado. Seguidme, pues, y disimulemos, para que no tenga que decir el mundo que á las deslealtades del hijo contesta el padre con un acto de venganza.

El de Lerma dejó de hablar y salió de la estancia seguido de su hijo.

Momentos después aparecían en el zaguán de palacio.

El de Deza, al ver al favorito, corrió á su encuentro, y no fué poca su extrañeza al ver al de Uceda acompañando á su padre.

El ministro se separó de su hijo, y dando á don Diego una de las cédulas que firmó el rey, le dijo en voz baja:

—Ya estamos cumplidamente vengados. Llevad á mi tío don Bernardo esta cédula, que es su nombramiento de inquisidor general, y cogiendo vuestra gente, retiraos á casa.

—¿De manera que don Juan de Acevedo?...

—Ha sido destituído y desterrado de la corte, y mi hijo viene conmigo en calidad de prisionero.

—¡Sois omnipotente, señor!

—No olvidéis advertir a mi señor tío que nos sería muy conveniente que tomase posesión de su cargo esta misma noche.

—Así lo haré, señor.

—Pues hasta mañana, Deza.

—Que el cielo guarde á su excelencia.

Don Diego salió de palacio, y seguido de los suyos se dirigió á la morada del cardenal arzobispo de Toledo.

Los duques de Lerma y de Uceda tomaron asiento en su coche, que partió momentos después.

Estas fueron las razones por que no encontró el paje italiano á nadie al llegar á palacio en busca de los amigos de su señor.

CAPITULO XV

UN GOLPE EN VAGO

Veamos qué había hecho el señor don Lope de Lara, á quien dejamos camino del tribunal de la Inquisición á fin de cumplir las instrucciones que desde palacio le mandaron sus amigos.

Llegó al santo tribunal, y presentando la orden al secretario, le encargó de parte del inquisidor general su inmediato cumplimiento, significándole además que con mucho gusto desempeñaría él en persona aquella comisión.

—No veo en eso ningún inconveniente, señor don Lope. Sois uno de los más celosos servidores del Santo Oficio, y estoy seguro que nadie podrá desempeñar con más celo un encargo como éste. Voy á dar las órdenes oportunas para que se pongan á vuestra devoción los medios necesarios para llevar á efecto ese servicio.

Media hora más tarde, ocho alguaciles del tribunal, armados de espadas y mosquetes, dirigidos por el de Lara, seguían á un carruaje negro y cerrado conducido por dos poderosas mulas.

La circunstancia especial de aquel vehículo era que se deslizaba por el empedrado sin producir apenas ruido. Llevaba forradas sus ruedas y forrados también los cascos de las mulas que le conducían.

Aquel imponente convoy se deslizaba por la calles como un grupo de sombras.

Todos los procedimientos del tribuual de la fe eran igualmente oscuros y misteriosos.

De ahí al terror que infundía en todos los ánimos aquel tribunal, cuya omnipotencia pesaba, durante aquellos siglos de fanatismo, como una losa de plomo sobre todos los españoles.

Don Lope llegó al fin á casa de don Diego de Deza.

El portón se encontraba cerrado.

El de Lara ordenó á uno de sus satélites que llamase.

Dos fuertes y sonoros aldabonazos asordaron el viento.

—¿Quién llama?—preguntó una voz desde el interior del zaguán.

—¡Abrid á la Santa Inquisición!—respondió don Lope, seguro de que ante aquel nombre tan respetado

y tan temido, la puerta sería franqueada inmediatamente.

Pero el de Lara se engañó.

Aquellas palabras mágicas, ante las que no había resistencia que no se humillase, ni palacio que no franqueara sus puertas, no produjeron el efecto acostumbrado en la morada del alcalde mayor.

Pasaron algunos minutos, y no se notó ni el síntoma más pequeño de que los habitantes de la casa de Deza pensasen en abrir.

Don Lope sintió que la sangre se agolpaba á su cabeza y la ira inundaba su pecho. Jamás había presenciado un desacato semejante.

—¡Penetraré, aunque me sea preciso emplear la violencia!—exclamó en el paroxismo de la rabia.

Y lanzándose á la aldaba, dió tres nuevos y terribles aldabonazos.

No se había extinguido aún el eco de aquellos golpes, cuando en una de las hojas del portón se abrió un pequeño ventanillo, defendido por una espesa celosía de hierro, detrás de la cual apareció el rostro frío y sereno de Beltrán.

—¿Qué se les ocurre á sus mercedes, señores, que con tal estrépito llaman?—preguntó el confidente de Deza con reposado acento.

—Abrid al santo tribunal.

—Sin dilación, señor don Lope,—replicó aquel hombre, que, habiendo reconocido al caballero, se dispuso á franquear la entrada.

Efectivamente; momentos después el portón giró

sobre sus goznes, y don Lope, seguido de cuatro de sus satélites, penetró en el zaguán.

Apenas pusieron los pies dentro de la casa, la puerta de la calle se cerró de nuevo. Don Lope sintió un temor vago. Cruzó por su imaginación la sospecha de ser víctima de alguna violencia.

Es verdad que los síntomas que en la casa del de Deza se notaban no tenían nada de tranquilizadores. Además de haberse cerrado el portón de la manera que hemos dicho, en el fondo del zaguán veíase un numeroso grupo de criados descansando sobre sus arcabuces y prontos á cualquier evento.

Don Lope abarcó con una rápida ojeada la verdadera situación de las cosas; y comprendiendo que si quería apelar á la fuerza llevaría indudablemente la peor parte, se propuso parapetarse detrás del omnímodo poder del Santo Oficio, para salir airoso en el difícil lance en que se veía empeñado.

Con este pensamiento presentó á Beltrán la orden del rey, diciendo:

—Dad cumplimiento á lo que ordena en esta cédula su majestad, y entregadme sin demora el preso don César para conducirlo á las cárceles del Santo Oficio.

Beltrán, al oir el nombre del rey, se inclinó reverentemente, y sin tomar el papel que don Lope le alargaba, respondió:

—Señor de Lara, yo no me puedo permitir siquiera la alta honra de tocar con mis manos la orden de nuestro augusto monarca. Vendrá dirigida, de seguro, á mi amo y señor el alcalde de casa y corte don Diego de

Deza, y á él corresponde sólo el honor de recibirla y la satisfacción de cumplimentarla. Yo no tengo facultades, en mi humilde condición de criado, para llevar á cabo servicios de tanta cuantía.

—Pues entonces avisad al momento á vuestro dueño.

—Mi señor se encuentra ausente de esta casa desde hace algunas horas.

—Mandad á buscarle.

—Ignoro dónde se halla, señor.

—¿Es decir, que os negáis á obedecerme?

—¿Negarme? De ninguna manera.

—Pues enviadle á buscar, ó en cumplimiento de lo que manda nuestro augusto soberano, y obedeciendo á las prácticas establecidas por el Santo Oficio, cuya autoridad represento, tomaré posesión de esta casa y procederé á incautarme del preso sin consideración alguna.

Un destello de cólera brilló en los ojos de Beltrán al escuchar aquella amenaza. Pero tuvo la fuerza de voluntad suficiente para reprimirse y replicar con acento, al parecer sumiso:

—El noble señor don Lope de Lara no querrá llevar las cosas á ese extremo, porque...

—¿Por qué?—preguntó el familiar del Santo Oficio tomando por temor la calma aparente de Beltrán.

—Porque entonces me obligaría, aunque con todo el sentimiento de mi alma, á oponerme á semejante acción.

—¿Es decir, que osaríais resistir á los oficiales del Santo Oficio?

—Yo no haría más que defender, en ausencia de mi

amo y señor, los presos que se encuentran confiados á su custodia.

Don Lope, fuera de sí ante aquellas palabras, se volvió rojo de ira á los alguaciles que le seguían, y mostrándoles á Beltrán, les dijo con enérgica voz:

—¡Prendedle en nombre del santo tribunal!

Los alguaciles adelantaron un paso para llevar á cabo la orden del de Lara.

Beltrán puso entonces mano á su espada, y al ver su acción, los servidores de la casa de Deza se encararon los arcabuces dispuestos á mandar una rociada de balas á don Lope y á su gente.

—¡Si dais un paso más, mando hacer fuego! —repuso Beltrán con calma.

Los alguaciles del Santo Oficio retrocedieron espantados hacia la puerta.

El de Lara rugió de coraje, pero se contuvo.

Conocía sobradamente al hombre de confianza del alcalde mayor para dudar ni por un momento que dejase de cumplir su amenaza.

En aquel instante sonaron dos fuertes y precipitados aldabonazos.

—¿Quién va?—preguntó Beltrán abriendo de nuevo el ventanillo del portón.

—Un servidor del señor don Lope de Lara, que le trae un recado urgente del señor inquisidor general,—respondió Picoli con voz agitada y fatigosa.

El de Lara se sintió morir de impaciencia por conocer lo que su paje necesitaba decirle.

—¿Queréis que pase ese hombre, ó preferís que os

dé el recado en la calle?—preguntó Beltrán á don Lope con acento sarcástico.

—Yo saldré. Abrid la puerta.

Beltrán entreabrió el postigo.

Los alguaciles de la Inquisición se apresuraron á salir á la calle.

Don Lope salió el último.

—¡Que el cielo guíe con toda felicidad al señor don Lope de Lara!—exclamó Beltrán despidiéndole con una dulzura que tenía todas las trazas de una rechifla.

—Nos volveremos á ver antes de poco!—replicó el familiar de la santa con colérico acento.

—¡Todo se ha perdido, señor!—repuso Picoli con la voz conmovida.

—¿Qué hay? Habla.

—El señor don Juan de Acevedo ha sido depuesto.

—¿Qué dices?—replicó el de Lara con el mayor asombro.

—Lo que oís, señor, y lo que acabo de ver con mis propios ojos.

—¿Y quién ha sido nombrado en su lugar?

—El señor cardenal arzobispo de Toledo.

—El tío del ministro.

—El mismo.

Y como si eso no fuera bastante, el señor duque de Uceda ha sido conducido, en calidad de reo de Estado, al palacio de su señor padre.

—¡Oh! ¡Todo se ha perdido!

—Lo mismo creo. Todo se ha perdido, al menos por ahora.

—¡Y mi venganza perdida también!—replicó con la más profunda desesperación don Lope.

Un momento después, seguido del coche y de los alguaciles, se alejó cabizbajo y sombrío de la casa del alcalde mayor.

Aquella era una de las pocas veces que los satélites del Santo Oficio se volvían con las manos vacías.

CAPITULO XVI

LOS DOS DUQUES

Empezaba casi á amanecer cuando don Diego de Deza penetraba en su casa.

Desde que el ministro le entregó en el portal del palacio el nombramiento del nuevo inquisidor general, no había descansado hasta que dejó al interesado en posesión de aquel importantísimo puesto.

Cuando don Bernardo de Sandoval y Rojas, accediendo á las indicaciones de su sobrino, comunicadas por don Diego, se presentó en el palacio de la Inquisición, y se posesionódel cargo el de Deza, dando por terminada su tarea, se encaminó á su casa.

Beltrán le puso al corriente de las pretensiones del de Lara y de lo que se vió obligado á hacer para contenerle.

—Bien, Beltrán; no en balde tengo yo depositada en ti mi confianza más absoluta. Has hecho lo mismo que hubiera hecho yo en circunstancias análogas.

—Pero ya sabéis, señor, que el santo tribunal ni olvida ni perdona.

—Hoy el santo tribunal está completamente á merced nuestra.

El inquisidor general era ayer enemigo nuestro, y hoy es nuestro amigo.

Y el de Deza refirió á su interlocutor la caída de Acevedo y la elevación de don Bernardo de Sandoval á la presidencia del Santo Oficio.

—Esa noticia me quita, señor, de encima un peso que me abrumaba. La amenaza que en nombre del tribunal de la fe me hizo don Lope me tenía intranquilo.

—Pues no tienes ya nada que temer.

—Me alegro mucho, señor, porque no me gustan bromas con el santo tribunal.

—Ahora hablemos de otro asunto. En este momento los enemigos del señor duque de Lerma, que son los nuestros, se encuentran humillados y vencidos. Pero en cuanto se rehagan del golpe que hoy se les ha dado, volverán á conspirar sin descanso y sin tregua. Sus planes no han correspondido hasta hoy á sus esperanzas, porque hemos tenido la fortuna de sorprenderlos y hacer que fracasen; pero ¿quién puede asegurarnos que tendremos la misma buena suerte en lo futuro?

Es preciso, pues, prevenir todas las contingencias y estar preparados contra todos los peligros.

El más inminente para nosotros y el que puede dar mañana á nuestros adversarios armas poderosas con

que combatirnos, es el proceso del asesinato del consejero.

Mañana vuelve á reunirse el tribunal, y no podemos excusarnos de sujetar á ese don César á la prueba del tormento.

Si durante ese trance los dolores exasperan á ese hombre y revela todo cuanto sabe referente á la muerte del de Lara, la reputación del ministro se compromete y nosotros nos perdemos.

Es necesario, pues, que ese don César deje de existir antes de la hora en que el tribunal se reuna.

—Para esa hora no existirá, señor. Dejad ese negocio de mi cuenta.

—El tósigo que te facilitó anoche ese hombre, ¿producirá los efectos que te aseguró?

—Respecto á si deja ó no huellas, lo ignoro. Ahora, tocante á su actividad, me he asegurado de ella. He propinado á un perro una pequeña dosis en la comida, y ha caído como muerto por el rayo.

—Bueno; pero ya sabes que es preciso revestir la muerte de ese hombre con las apariencias de un suicidio.

—Se la revestirá.

—No tengo más que ordenarte por esta noche. Retírate y descansa.

—Señor, que el cielo os conceda un sueño tranquilo.

El de Deza penetró en su dormitorio y se acostó.

El día empezaba á clarear.

Volvamos en busca del favorito y de su hijo el duque de Uceda, á quien vimos salir en coche del palacio del monarca.

Durante el trayecto que recorrieron desde la regia mansión hasta el palacio de Lerma, no se cruzó ni una sola palabra entre los dos personajes.

El favorito meditaba y el conspirador cogido *in fraganti* meditaba también.

Cuando se encontraron solos aquellos dos hombres en una de las estancias de la espléndida mansión en que vivía el ministro universal de Felipe III, éste, encarándose con su hijo, exclamó:

—Si no fuera porque España entera se escandalizaría de que un padre fuera el verdugo de su hijo, mañana mismo entregaría vuestra cabeza al hacha del ejecutor de la justicia.

El duque de Uceda, que no tenía nada de esforzado, sintió verdadero miedo ante aquellas palabras de su padre.

—Pero no quiero que se diga que fuí sobradamente severo, y que el vulgo confunda la justicia con la venganza. Pero como no es justo tampoco que vuestros cómplices sean castigados y vos quedéis sin sufrir pena alguna por el solo hecho de ser mi hijo, vais á trasladaros á vuestra posesión de Uceda hasta nueva orden.

—¿Es decir, señor, que me desterráis?

—Os castigo lo más benignamente que puedo; ¿ó creéis acaso que vuestra deslealtad y vuestra falsía están excesivamente castigadas con la pena que os impongo? Si aquí,—y el ministro puso la diestra sobre

su corazón,—no alentase el sentimiento de padre, yo os juro, hijo ingrato y desagradecido, que no volvieríais á conspirar en la sombra contra quien, además de daros el ser, os presentó en la corte y se afanó sin descanso por distinguiros y engrandeceros; pero aunque desleal y artero, sois sangre de mi sangre y hueso de mis huesos, y yo no puedo, castigándoos como merecéis, echar un borrón indeleble sobre los timbres esclarecidos de mi casa.

Todos vuestros ascendientes fueron dechados de lealtad y de hidalguía, y sólo á vos reservaba el destino atreveros á cometer la mayor de las maldades, á conspirar contra vuestro mismo padre.

¡Insensato! ¿Qué pensabas alcanzar conspirando que no pudiera yo darte, si, leal y agradecido, hubieras estado siempre donde tu deber, los vínculos de la sangre y de la gratitud y hasta tu mismo egoísmo te obligaban á estar?

¿Por qué mi afán de engrandecerte y mi constancia en elevarte?

¿Por qué mi solicitud de presentarte al rey y no perder ocasión para que te captases su cariño y su confianza?

¿Qué objeto podía moverme á obrar así sino el de que recogieras el poder de mis manos, cuando la edad y los achaques me hicieran fatigosa é imposible la carga del gobierno?

¿A quién mejor que á mi hijo primogénito podía yo desear tener por sucesor?

Pero tu ambición desmedida te ha perdido.

No has querido esperar á que yo te dejase voluntariamente mi puesto, y has conspirado para arrebatármelo.

Para ello no has vacilado en aliarte con mis más encarnizados enemigos, que mañana lo serán tuyos si llegas á ver logrados tus deseos, y has procurado por cuantos medios te ha sugerido tu bastarda ambición y tu torpe impaciencia sembrar mi descrédito entre el pueblo y el recelo y la desconfianza en el ánimo de los reyes.

Pero valéis muy poco para luchar conmigo; habéis tratado de herirme en la sombra, sin conocer que cuento con amigos leales en todas partes y sin presumir siquiera que conocía todos vuestros pasos y todos vuestros planes.

Tomabais sin duda mi tolerancia por miedo ó descuido, y osasteis dar el primer paso provocándome á la lucha.

El resultado le estáis tocando; en vez de amenguar mi preponderancia y mi influencia con vuestras intrigas, se han agigantado, y el rey me ha reiterado de nuevo esta noche su estimación y su más absoluta confianza.

Os encontráis, pues, humillados y vencidos, y sujetos de una manera absoluta á mi voluntad.

Toleraba vuestras intrigas, porque no quería dar á los ojos del mundo el vergonzoso espectáculo de una lucha de miserias y de malas pasiones.

Pero vosotros habéis abierto el combate y yo le he aceptado; y hasta ahora os he vencido; en mi mano

está inutilizaros para siempre, de mi voluntad depende que volváis á estar en disposición de hacerme una nueva guerra, y sería muy necio si, teniéndoos rendidos, os dejara rehaceros.

Vuestros cómplices sufrirán inmediatamente el peso de mi venganza, y vos partid adonde os he indicado apenas apunte el día, y pedid á Dios que borre de mi mente los pensamientos de justicia que hierven en ella.

Tened, pues, en cuenta que no sería el primer padre que ha lavado sus ofensas con la sangre de un hijo ingrato.

El severo rey don Felipe II y el príncipe don Carlos pueden serviros de gran enseñanza.

No tengo más que añadiros. ¡Ahora salid!

La voz del primer ministro era tan enérgica y tan terrible, que el de Uceda, aterrado, cayó de rodillas, diciéndole:

—¡Padre mío, perdón!

—¡Salid os he dicho!

—¡Por mi pobre esposa enferma y por mis hijos que son inocentes de mis culpas y de mis errores! ¡Yo os juro, señor, por esos señores inocentes que son sangre de vuestra sangre y huesos de vuestros huesos, que no volveré á faltaros, que seré el hijo más sumiso y más obediente del mundo, y que no volveré jamás á dar oídos á esos hombres, que, ofuscando mi inteligencia con sus pérfidos consejos, me han hecho cometer las más indignas faltas!

Así que despunte el día saldré de la corte y esperaré

en el destierro el castigo ó el perdón de mi culpa; pero no me dejéis, padre mío, salir de esta estancia sin una palabra de consuelo.

Que el ministro sea todo lo severo que quiera con quien ha osado alzarse contra él, pero que el corazón del padre perdone al hijo extraviado y sinceramente arrepentido.

—Ni el padre ni el ministro pronunciarán esas frases que deseáis sino después de que os consideren acreedor á ellas; el padre necesita pruebas con que el hijo ingrato le convenza de que es de nuevo acreedor á su cariño, y el ministro una declaración terminante y por escrito en que el conspirador arrepentido le confiese sus ocultos manejos, los fines á que se dirigían y los nombres de todas cuantas personas tomaban parte en ese complot criminal é indigno. Sin eso, no esperéis desarmar la cólera del padre, ni esperéis tampoco compasión de parte del ministro.

—Señor, estoy pronto á escribir y firmar esa declaración que me indicáis.

—Pues sentaos y escribid,—replicó el de Lerma, indicando á su hijo un bufete.

El de Uceda, egoísta y tan mal amigo como hijo, viendo que por aquel medio podía salvarse, no vaciló en denunciar y comprometer á todos los que componían su parcialidad.

Cuando terminó su escrito y le firmó alzóse de su asiento, y acercándose á su padre, que paseaba abismado en una profunda meditación, le presentó el documento, diciendo:

—Ya estáis servido, señor.

—Bien; partid á vuestro destierro y esperad allí mis órdenes.

El de Uceda se inclinó y salió de la estancia.

Al verle partir, su padre, que había repasado de rápida ojeada los nombres que contenían aquel documento, exclamó:

—Parece imposible que sea sangre de mi sangre quien no ha tenido valor para morir antes que cometer la indignidad que encierra este escrito. ¿Y es ese el hombre que aspira á suplantarme? ¡Desdichado país y desdichado rey el día que ese hijo ingrato y ese amigo desleal y cobarde rija sus destinos!

Y el duque de Lerma, doblando aquel papel, le guardó en su escarcela, diciendo:

—¡No le creía tan ingrato, tàn cobarde ni tan malvado!

CAPITULO XVII

DOS ALMAS NOBLES

La noble viuda de don Fernando de Lara, resuelta á salvar á todo trance á don César del peligro que le amenazaba, presentóse en las primeras horas de la mañana, en casa del alcalde mayor don Diego de Deza.

Doña Esperanza se arrojó en sus brazos al verla. La enamorada joven sufría con la prisión de don César un tormento inmenso.

Por cuantos medios estaban á su alcance había procurado llegar hasta el prisionero; pero todos sus esfuerzos habían sido inútiles.

Beltrán era la única persona en cuya mano estaba el poder complacerla, y el anciano servidor era todavía más inabordable que su amo.

Esperanza se convenció de esto y aborreció á aquel hombre con toda la fuerza de su alma dolorida y desesperada.

El único fruto que recogió de sus afanes fué el saber que don César había comparecido ante sus jueces, y que una hora más tarde había vuelto á ser encerrado en su calabozo.

Esta era su situación cuando vió presentarse en su estancia á la noble viuda del de Lara.

—¿Sabéis algo de don César, señora?—preguntó con una ansiedad febril la contristada doncella.

—Sí.

—¡Oh! ¡dadme por Dios noticias suyas! Yo no he podido conseguir que los servidores de mi padre me digan ni la frase más pequeña respecto á su situación. No sé más que ayer compareció ante sus jueces y que poco después fué encerrado de nuevo.

—¿Y no os han dicho, Esperanza, que sólo por un milagro se libró ayer don César de sufrir el tormento en el potro?

La pobre joven lanzó un grito de espanto al oir aquella revelación. Su rostro se tornó de una palidez lívida, y un temblor nervioso se apoderó de todos sus miembros.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó por fin con el más amargo desconsuelo.

—No os entreguéis al abatimiento ni á la desesperación, y tened en cuenta que los peligros no se conjuran con lágrimas, sino con energía.

La Providencia veló ayer por don César; pero si queremos verle en salvo es necesario que nos decidamos á hacer un esfuerzo supremo.

Ahora es tiempo; luego quizá sea tarde.

El peligro que se cernió ayer sobre vuestro amado se presenta hoy más amenazador y más positivo.

Ayer no se le sujetó á la prueba de tortura por no sé qué formalidad que era preciso llenar en el proceso. Pero esa formalidad, no sólo se ha llenado, sino que, como si esto no fuera bastante, mi hermano político don Lope, ardiendo en una insaciable sed de venganza, ha solicitado del rey anoche mismo que se entregue el preso al poder del Santo Oficio, á fin de que allí sea atormentado y condenado.

—¡Qué horrible desventura, Dios mío!

—La orden del rey accediendo á este deseo debe encontrarse en poder de don Lope. Lo ignoro, porque desde anoche que estuvo en casa no le he visto; pero me lo malicio con fundamento, pues mi corazón lo presiente y nunca me han engañado á mí mis presentimientos.

De ser esto una verdad, como creo, si es difícil salvar á don César encontrándose en poder de vuestro padre, ha de serlo inmensamente más si cae bajo la mano de hierro de los inquisidores.

Es necesario, pues, evitar á todo trance que eso suceda, y para eso he venido á veros y á deciros: «El momento solemne ha llegado. La vida de don César corre un peligro tan cierto como inminente, y es preciso salvarle á toda costa. Decidme el nombre del matador de mi esposo, y yo hablaré á sus jueces para que declaren la inocencia de don César; y si esto no basta, yo iré á postrarme á los pies del mismo rey en demanda de perdón y de justicia.»

La noble hija de Deza se sentía morir.

Había hecho un juramento sin contar con que en el instante de tener que cumplirlo sus fuerzas podían abandonarla.

La voz de la enlutada viuda la estremecía, levantando en su conciencia una lucha terrible.

La situación de la pobre joven era cien veces peor que la misma muerte.

Al ver su indecisión y la dolorosa angustia que se pintaba en su semblante, la inflexible dama exclamó:

—¿Vaciláis acaso?

¿No sabéis que me jurasteis solemnemente ante esa sagrada imagen revelar á la faz del mundo el nombre del asesino de mi esposo antes que consentir que don César muriese?

¿Intentáis acaso dar al olvido aquella sagrada promesa?

—No, señora.

El juramento que hice será cumplido.

Mi deber y mi conciencia me lo demandan, y yo sé cumplir como buena mis promesas.

Pero si conocierais, señora, lo inmenso que es el sacrificio que voy á hacer, no os extrañaría ni mi vacilación ni mi pena.

Si pudiera con mi vida salvar en este momento la del hombre á quien debo salvar con mis palabras, creedme, señora me costaría mucho menos trabajo morir que hablar.

Esperanza calló.

El llanto brotaba á raudales de sus ojos, y hondos y

profundos suspiros revelaban la angustia terrible que devoraba su alma.

La pobre joven cayó de rodillas ante la imagen del Crucificado que puso por testigo al formar el jura mento, y con el mayor fervor dijo para sí:

—¡Señor, tú que ves el fondo de mi alma y que sabes que sólo un sentimiento de justicia me guía en el rudo trance en que me veo, préstame alientos y acoge mi sacrificio en expiación del crimen que contra el autor de mis días voy á cometer!

El mundo sabrá con extrañeza mi acción, y mirará en mí á la más criminal de las hijas.

Voy á perder en un día á mi noble padre y á manchar el esclarecido timbre de mis antepasados.

Voy á echar sobre mi reputación el más negro de los borrones.

Pero mi conciencia me impulsa á obrar así, y yo no puedo desobedecerla.

La acongojada joven, confundida bajo la inmensa pesadumbre de sus pesares, inclinó la cabeza sobre el pecho, quedándose inmóvil como una estatua.

La viuda del de Lara sintióse conmovida ante aquel dolor tan vehemente y tan grande, y una sospecha cruzó por su mente con la rapidez de un meteoro.

Resuelta á confirmarla se acercó á la joven, y poniéndola su mano sobre la cabeza, la dijo:

—Vuestro dolor me ha revelado ya el nonbre del culpable.

Esperanza lanzó un grito, y alzándose del suelo como impulsada por un resorte, repuso, presa de una febril exaltación:

—¿Decís que conocéis el nombre del culpable?

—Sí.

—Imposible,

—Le he adivinado.

—¡Pero si mis labios han permanecido mudos!

—Por eso os he dicho que le he adivinado.

—¡Cielos!

—Y en prueba de que tengo la seguridad de conocer al matador de mi esposo, os anuncio que quedáis relevada del juramento que ante esa sagrada imagen me hicisteis.

Esperanza no pudo reprimir una exclamación de alegría.

Aquellas palabras la quitaban del alma un peso que la abrumaba.

La Providencia, apiadándose de sus dolores, la relevaba de ser la acusadora de su padre.

Llena de la más viva gratitud cayó de rodillas ante la noble viuda, diciendo:

—Gracias, señora, por el inmenso beneficio que me dispensáis.

La dama se apresuró á alzar del suelo á Esperanza, y fijando en sus ojos nublados por el llanto una mirada compasiva á la par que escrutadora, replicó:

—Si hubiera conocido antes la enormidad del sacri-

ficio que os exigía, no hubiera llevado mi crueldad hasta el extremo que lo he hecho.

Pero no pude nunca ni sospechar siquiera lo que hace un momento he adivinado.

¡Oh! ¡La política, la maldita política ha perdido á mi noble esposo!

Su hermano don Lope, resentido con el duque de Lerma por un negocio de familia, no cesó de instar á don Fernando hasta hacerle afiliarse á los enemigos del favorito.

Esta y no otra ha sido la causa de su perdición y de su muerte.

Mi corazón lo presentía, y después lo ha sospechado; pero ahora que conozco la mano que le arrancó la vida, mis presunciones se tornan en evidencias, y comprendo que es una locura luchar contra quien ha decretado su muerte.

El golpe ha venido de tan alto, que la mano de la justicia no puede llegar hasta el culpable.

Esta convicción aumenta en mi alma el afán de que no se cometa un nuevo crimen para hacer creer al vulgo que los fueros de la justicia quedan satisfechos.

¡Esto sería el colmo de la iniquidad y de la hipocresía!

Pero como esos hombres que todo lo sacrifican á su sed de mando y á sus cábalas políticas no tienen entrañas, es preciso impedirles que cometan ese nuevo crimen para salvar las apariencias del otro.

¡Oh! y mi deseo se realizará pese á quien pese.

Ahora mismo voy á ver á vuestro padre y á pedirle la libertad del inocente.

Tengo la esperanza de que atenderá mi ruego, sin obligarme á que eche mano del arma terrible que vuestro dolor ha puesto en mi poder.

Pero si la dureza de su corazón y la terquedad de su carácter me ponen en el extremo de tener que apelar á ese supremo recurso, ¡ay de él y de sus cómplices!

Sin vacilación alguna me iré á arrojar á los pies del trono, y el mismo rey oirá de mis labios la acusación que lanzaré sobre vuestro padre.

La vida de don César me importa ya más que la mía.

Si los que han arrancado la existencia á mi marido quieren privarme también de esa otra, antes que dejarlos salirse con su empeño tendrán que cortar el hilo de mi vida.

Don César será hoy libre, pese á quien pese y cueste lo que cueste.

—Ya sabéis, señora, que por conseguir ese objeto estoy dispuesta á todo.

—No, bastante habéis sufrido.

No quiero que en este desdichado asunto os mezcléis para nada. Dejadlo exclusivamente de cuenta mía.

—Gracias, señora. Quiera el cielo que así como os debo mi tranquilidad, os deba también mi dicha.

—Voy á ver á vuestro padre. Rogad á Dios que mis súplicas conmuevan su alma y no me obligue á tener que echar mano de recursos extremos.

Y la noble dama, besando á Esperanza, salió de la habitación.

La afligida joven, al verse sola, cayó de rodillas ante la sagrada imagen, pidiendo que lograse doña Marina alcanzar lo que se proponía.

CAPITULO XVIII

DE POTENCIA Á POTENCIA

Don Diego, que, como dijimos en uno de los anteriores capítulos, se había recogido casi al amanecer después de dar á Beltrán la orden de que matase en su prisión á don César, no había podido conciliar el sueño por más esfuerzos que había hecho.

Su ánimo se encontraba inquieto y preocupado.

Por mucha que sea la perversidad de corazón de un hombre, el ordenar á sangre fría la muerte de un semejante levanta siempre en su conciencia la sombra del remordimiento.

Y si el hombre á quien se manda matar es un inocente, y el móvil por que se comete aquel crimen es el egoísmo, las protestas de la conciencia son de tal naturaleza, que no bastan á acallarlas los mayores esfuerzos.

La conciencia es un juez tan severo y tan inflexible,

que nos acusa, no sólo cuando obramos mal, sino hasta cuando empieza á germinar en nuestro cerebro el primer embrión de una idea que no es buena.

Cuando se duda si es buena ó mala una acción que nos disponemos á llevar á cabo, no hay más que consultar á nuestra conciencia, y ella nos aclarará de seguro la incertidumbre en que vagamos.

Don Diego abandonó el lecho al ver que eran inútiles cuantos esfuerzos hacía para dormir.

Preocupado repasaba en su memoria todos los pormenores de la muerte del consejero Lara y las complicaciones que de aquel crimen habían surgido, y á pesar de la entereza de su carácter y de la decidida y probada lealtad que al de Lerma profesaba, se estremecía.

—Yo no he hecho más que cumplir con mi deber. Me han dicho: mata, y he matado.

La responsabilidad de cuanto sobrevenga no puede recaer nunca sobre mi conciencia.

De esta manera razonaba aquel hombre buscando un medio que calmase su agitación y los temores de su espíritu, cuando el roce de un vestido y el ruido de pasos cercanos le hicieron salir de su meditación.

Una dama cubierta con un largo y espeso velo apareció en la puerta de la estancia.

Al volverse don Diego hacia la aparecida, ésta exhaló un grito ahogado.

Hacía muchos años que aquella mujer no se había visto frente á frente con aquel hombre, á quien conocía de muy antiguo.

—¿Quién sois y qué queréis de mí, señora?—preguntó el de Deza, procurando aparecer sereno.

—Soy la desdichada viuda del consejero don Fernando de Lara, y quiero de vos que, obrando en justicia, impidáis un crimen que hoy debe aquí cometerse.

La voz de aquella mujer produjo un efecto tal en el corazón del alcalde mayor, que le hizo estremecerse de una manera poderosa.

Aquel timbre de voz agolpaba á su mente un confuso tropel de recuerdos.

Pero, procurando dominar su emoción, repuso:

—¿Un crimen que va á cometerse aquí?

—Sí.

—Explicaos.

—Oidme. Mi noble esposo fué herido y muerto en la sombra.

Los infames que le arrancaron la vida huyeron y...

—Os engañáis, señora. El matador de vuestro esposo se encuentra preso, y muy pronto la justicia le entregará en manos del verdugo.

—¿Y tiene acaso, señor, pruebas evidentes la justicia de la culpabilidad de ese hombre?

—Tiene las bastantes para condenarle.

—¿Y si la justicia se engañase? ¿Y si las apariencias ó la mala fe han cegado á los jueces y ese hombre acusado como criminal fuera inocente?

—¿Qué decís, señora? Tened en cuenta que yo presido el tribunal que ha de juzgarle.

—Pues por lo mismo vengo á suplicaros que le perdonéis.

—¿Y sois vos, la esposa del muerto, quien viene á implorar en favor de su asesino?

—¡Señor don Diego, es que yo tengo la evidencia de que vengo á pedir por un inocente!

—¡La evidencia!... ¡Mirad bien lo que decís, señora! La justicia tiene suficientes pruebas de su culpabilidad.

—Es imposible.

—¿Cómo imposible?

—Sí, la justicia se engaña en esta ocasión. Ese joven es demasiado noble, demasiado honrado, para asesinar con ventaja y alevosía á un hombre en medio de las sombras de la noche.

Para cometer maldades de ese género es preciso tener el corazón endurecido por los años y saturado por el egoísmo.

La voz de la enlutada era vibrante y tan enérgica, que sus palabras se clavaban en el corazón de aquel hombre, que hacía sobrehumanos esfuerzos para aparecer sereno.

La dama, después de una pequeña pausa, se aproximó más á don Diego, y con acento reconcentrado le dijo:

—¡Es necesario que ahora mismo sea puesto en libertad ese hombre, cuya inocencia conocéis lo mismo que la conozco yo!

Lo que pasó por don Diego al escuchar estas palabras no puede describirse.

Se consideró descubierto y perdido. Pero en vez de abatirse y anonadarse, la ira, inundando todo su ser,

le hizo erguirse, y revolviéndose como la fiera acosada que se prepara á vender cara su vida, exclamó:

—¿Y quién sois vos para hacer semejantes suposiciones? ¿Creéis acaso intimidarme con vuestras reticencias y vuestras misteriosas palabras? ¡Pues os habéis engañado por completo!

Tengo la convicción de que ese hombre es culpable; pero aunque supiera lo contrario, aunque su inocencia fuera tan evidente como la luz del medio día, si el tribunal le condena, como creo, le entregaré sin reparo alguno al brazo secular del verdugo.

—¿Y vais á tener valor para pronunciar esa sentencia?

—En cumplimiento de mi deber tengo yo valor para todo.

La dama, sobrecogida por estas crueles razones, se decidió á probar si con las súplicas conseguía más que con las amenazas, y sollozando repuso:

—¡Calmaos, señor! La cólera no debe ser nunca compañera de la justicia. Si mis razones os han parecido ofensivas, tened por no pronunciadas mis palabras. El deseo de que no se cometa un error irreparable ha sido el móvil de mi conducta.

Perdonad, pues, á ese hombre, que es por completo inocente.

Os lo ruego por lo que más queráis en el mundo.

Por la salud de vuestra noble hija.

Por la sombra de mi esposo asesinado.

—¡No puedo complaceros, señora! No está en mi mano apartar de la cabeza de ese hombre la responsa-

bilidad que le exige la justicia,—repuso Deza procurando recobrar su alterada calma.

—¿Y si os ofreciera, señor, á cambio de la vida de ese hombre el perdón del verdadero asesino de mi esposo?

Al oir estas palabras, don Diego no pudo contener un grito ahogado. Pero el recuerdo del vengativo don Lope de Lara cruzó por su mente, y con acento que revelaba una gran amargura repuso:

—Ni aun así, señora, está en mi mano hacer lo que pedís.

Hubo un momento de silencio.

La dama enlutada exhaló un doloroso gemido, y de una manera pausada pero serena exclamó:

—Pues bien; ya que no os mueven ni mis lágrimas, ni mi abnegación, ni mis ruegos, vuestra será la culpa de lo que sobrevenga.

Yo necesito salvar á todo trance la vida de don César, y la salvaré aunque tenga para ello que perderos y acusaros.

—¿Qué decís?—exclamó el de Deza volviendo á sentirse dominado por la ira.

—Digo que no he de consentir la iniquidad que aquí va á cometerse. Que delante del tribunal reunido, á los pies del rey si es necesario, y en la plaza pública si es preciso, os acusaré, señor don Diego de Deza, de ser el único y verdadero matador de don Fernando de Lara.

Don Diego lanzó un rugido al escuchar aquellas palabras pronunciadas con una gran energía.

Sus ojos relampaguearon á impulsos de la cólera, y clavó en aquella mujer una mirada hambrienta como la que clava en su presa el tigre al disponerse á devorarla.

Pero la dama encontrábase bajo la impresión de sentimientos parecidos.

La cólera rugía en su pecho, ofuscando su razón; y como había visto desatendidos sus ruegos, decidida á jugar el todo por el todo, ni se arredraba ni cedía ante la terrible actitud de su adversario.

Así que, sin conocer hasta dónde era capaz de llegar el de Deza, prosiguió diciendo con febril exaltación;

—El mundo entero sabrá que el asesino de mi esposo es el respetable alcalde mayor de la corte; sabrá que, por ocultar su crimen, quiere entregar al verdugo á un hombre tan noble y tan generoso, que, sabiendo la villanía llevada á cabo por él, ha tenido la abnegación de dejarse inculpar sin haber arrojado el delito á la frente de su acusador.

Y si esto no es bastante, para que el mundo os conozca y la justicia os castigue, yo les haré conocer también los hechos de vuestra juventud en Granada.

—Pero ¿quién eres tú, mujer ó demonio, que así te pones en mi camino para tu perdición ó la mía?—exclamó el de Deza en el paroxismo de la rabia.

—¡Soy tu conciencia!

—¡Eres mi infierno!

—Seré tu juez.

—¡Te engañas!—replicó aquel hombre sonriendo de una manera infernal.



¡Cielos, Doña Marina!

Mi juez, no.

La víctima de mi venganza, sí.

Has osado, necia y estúpida mujer, venir á provocar al león en su guarida, y el león va á despedazarte.

Y el de Deza, cerrando por dentro la puerta de la estancia, se dirigió á aquella mujer, dispuesto á ahogarla con sus manos.

Pero la altiva dama, sin retroceder ante el peligro que se la venía encima, avanzó un paso hacia el de Deza, exclamando:

—¡No os creía tan malvado ni tan cobarde!

¡Venid, saciad la sed de sangre que devora á vuestro maldito corazón!

Añadid al infame asesinato de un hombre honrado y leal la muerte de una mujer indefensa.

¿Creéis acaso que temo á la muerte? No. Si hace muchos años que matasteis mi alma, ¿qué puede importarme ahora que matéis mi cuerpo?

El de Deza, desesperado y loco, se lanzó sobre aquella mujer con la saña que el tigre se arroja sobre su presa.

La dama lanzó un grito, y al intentar de una manera instintiva rechazar el ataque de que era víctima, el espeso velo con que se cubría se rasgó, dejando al descubierto su rostro.

—¡Jesús!—exclamó el de Deza retrocediendo.

¡Marina!

—Sí, yo soy.

La pobre mujer á quien de la manera más villana burlasteis en Granada.

Yo, que os anuncio que aquel amor maldito dió su fruto, y que el hijo de aquella falta que ha envenenado mi existencia es don César.

Don Diego lanzó al oir esta revelación un grito indefinible.

Doña Marina, fría y severa, prosiguió diciendo:

—Ya lo sabéis; ese hombre á quien habéis perseguido con tanto ensañamiento y á quien queréis arrojar en manos del verdugo, es vuestro hijo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—replicó don Diego quedando anonadado.

—Este secreto hubiera sido guardado siempre en el fondo de mi pecho como lo estuvo hasta ahora, si hubierais accedido á mis ruegos y á mis lágrimss.

Vuestra crueldad me ha obligado á descubrirlo.

Ahora, obrad como queráis.

¡Mi conciencia queda tranquila y mi deber de madre satisfecho!

Y la noble dama, con la majestad de una reina, dirigióse á la puerta, y abriéndola se disponía á salir, cuando el de Deza, volviendo de su preocupación, exclamó con gran ansiedad:

—¡Oh! ¡no os vayáis, señora!

Oidme y no me condenéis sin conocer antes toda la verdad de lo ocurrido en aquella época, la más desdichada de mi vida.

Cuando volví á Granada después de terminada la guerra, habíais partido, y todas mis pesquisas para encontrarnos fueron inútiles.

No pude saber más, sino que habíais sido persegui-

da y encarcelada por haber ocultado en vuestra casa á uno de los jefes de la insurrección.

—Llegó á mi puerta mal herido y moribundo, y no tuve valor para rehusarle un asilo.

Mi caridad me aconsejó obrar de la manera que lo hice, y hoy, después de los años transcurridos y de las desgracias sin cuento que aquella buena acción atrajo sobre mí, hoy, repito, en idénticas circunstancias, volvería á obrar como entonces.

—¡La fatalidad fué la causa de nuestras desdichas! Pero la Providencia no ha permitido que tengan las horribles consecuencias que sin vuestra relación hubieran tenido. ¡Se me hiela el corazón de espanto al considerar que he estado á punto de ser el verdugo de mi hijo!

—Le salvaréis, don Diego, ¿no es verdad?

—¡Aunque tuviera que perder cien veces mi vida!

—¡Oh Dios mío! ¡Todas las amarguras, todos los dolores que han lacerado mi corazón, no valen nada comparados con la alegría y el placer que en este momento dichoso me embargan! ¡No perdáis tiempo, don Diego! ¡Corred y dad la libertad á don César! ¡Mirad que mi alma se muere de impaciencia y que mi corazón palpita deseando abrazarle!

—Marina, ahora mismo vais á gozar de ese inmenso placer,—exclamó el de Deza conmovido, disponiéndose á salir de la estancia.

Cuando ya alzaba la mano para asir el tirador de la puerta, ésta se abrió y Beltrán con el semblante sombrío apareció en el dintel.

El de Deza no pudo reprimir un grito de espanto al ver á su sirviente.

Una idea desoladora se alzó en su cerebro, y con el alma ahogada por la incertidumbre, preguntó:

—¿Qué hay, Beltrán?

—Que el preso don César se ha dado muerte en su calabozo.

—¡Hijo de mi alma!—gritó doña Marina de una manera desgarradora.

Y como si un rayo la hubiera herido, se desplomó sobre el pavimento.

El de Deza exhaló un ¡ay! indescriptible; se llevó las manos al corazón; sus ojos se nublaron, y hubiera caído también, si Beltran no le hubiera recibido en sus brazos.

—¡Qué es esto, ira de Dios!—exclamó el anciano servidor sin poder explicarse lo que sucedía.

CAPITULO XIX

UN NUEVO CRIMEN

Veamos qué había sucedido en la prisión donde se encontraba don César, y si eran ciertas las palabras de Beltrán que tan terrible efecto produjeron en el ánimo del de Deza y de la desdichada doña Marina.

El viejo servidor, apenas recibió de su amo la orden de dar muerte al joven prisionero, se dispuso á cumplimentarla.

Mezcló en el agua que había de servírsele una dósis del tósigo que le proporcionó Pedro Soria, y ordenó que con la comida se la entrasen al prisionero.

Así que salió del calabozo el hombre encargado de cumplir esta misión, que era el mismo que desde el día que detuvieron á don César le servía los alimentos, Beltrán penetró en la prisión.

El joven encontrábase sentado en la misma actitud que le vimos la primera vez que describimos su encierro.

Al alcance de su mano encontrábase un pequeño plato de hierro con algunas viandas, un pedazo de pan y un jarro de zinc con agua.

Don César, apenas vió á Beltrán, le miró de los pies á la cabeza con una mirada de desprecio.

—No me miréis así, caballero don César. Mi venida no tiene otro objeto sino el de prestaros un importante servicio.

—El bien que pueda venir de manos de un asesino como tú no puede ser admitido por ningún hombre honrado. ¿Que nueva infamia vienes á proponerme?

—Tened calma y oidme, —replicó Beltrán sonriendo. —Hoy os habéis librado milagrosamente de que se os aplique el tormento. Mi noble señor don Diego de Deza, cediendo á los impulsos bondadosos de su corazón, no ha permitido que se os martirice, esperando que vos, agradecido á sus bondades, confesaríais vuestro delito espontáneamente.

Don César clavó una mirada furiosa sobre aquel hombre que con tanto cinismo mentía, y con acento reconcentrado le dijo:

—¿Sabes por qué tu amo no ha querido que se me sujete á la cuestión del tormento?...

—Por compasión,—replicó Beltran hipócritamente.

—¡Por miedo! ¡Por temor á las revelaciones que yo pudiera hacer! El miserable juzga siempre por su corazón el ajeno; tu amo sabe por experiencia que los dolores que el tormento produce tuercen las voluntades más enérgicas, y exasperando el ánimo del hombre de más aliento, le hacen confesar todo cuanto quieren

sus verdugos. Este temor, y no la caridad, fué el móvil que hizo que don Diego obrase de la manera que obró. Ignora que soy más noble que él, y que ni en el potro ni en nigún otro género de tortura hubiera salido de mis labios la relación de los sucesos que he jurado guardar. Conozco todo lo que sucedió la noche en que fué muerto traidoramente el noble consejero de Castilla don Fernando de Lara.

Don Diego, seguido y ayudado por ti, acometió y mató al noble consejero al pie del retablo de la Virgen que existe en la calleja. Yo os vi acometer, y quise salir en ayuda del agredido. Erais dos contra uno, y yo no podía consentir tan infame villanía. El cielo me impidió llevar á cabo mi noble propósito, y el de Lara fué por vosotros cobardemente asesinado.

Cometido el crimen, os refugiasteis en casa de Deza, penetrando en ella por el postigo del jardín. ¿Quieres más detalles de aquel infame crimen?

Don César miró de una manera provocativa á Beltrán, quien, al conocer lo que el joven había revelado, se afirmaba más y más en la necesidad de que don César dejase de existir.

—Este hombre es un peligro. Es indispensable que muera,—dijo para sí Beltrán.

Y levantando la voz y dando á su rostro la apariencia de una gran serenidad, repuso:

—Supongamos por ún momento que tenéis razón. Supongamos que ese cuento que acabáis de referirme fuera una verdad. ¿Creéis acaso que eso pudiera hacer torcer la marcha de las cosas? Os engañáis. En la

muerte de don Fernando de Lara no aparece más culpable que vos. Fuisteis preso, haciendo resistencia á la ronda, junto al mismo cadáver del consejero asesinado, y esta es una prueba que os pierde y os condena.

Además, don Lope de Lara no os quiere bien; os odia, y ha jurado vengarse de vos por cuantos medios estén á su alcance.

Viendo que ayer no pudo conseguir lo que deseaba, ha acudido al rey, y hoy tiene ya en su mano la orden para que seáis trasladado á los calabozos del Santo Oficio.

Don Lope es uno de los familiares más influyentes del tribunal de la fe. Allí estaréis bajo su mano, y, dada la sed ardiente que le devora de vengar la muerte de su hermano, os hará sufrir los más terribles suplicios.

Yo, que desde el primer momento sentí hacia vos una gran simpatía, me he propuesto ahorraros sufrimientos y la vergüenza y la ignominia de una muerte afrentosa.

—Y qué, ¿venís á proponerme la libertad á cambio de alguna infamia?

—No; si pudiera salvaros, bien sabe Dios que lo haría,—replicó Beltrán, procurando dar á sus palabras un acento de sinceridad grande;—pero no está en mi mano poder haceros ese bien, ni creo ya que pueda hacerlo tampoco persona alguna.

La Inquisición ha tomado ya cartas en el asunto, y ya sabéis que el santo tribunal no cederá ante nadie ni por nada. Ni el mismo rey, firmada una vez la or-

den de que paséis á las cárceles del Santo Oficio, se atrevería á poneros en libertad. No hay más que un medio de salvarse del brazo de hierro de los inquisidores.

—¿Y cuál es ese medio?

—¡La muerte!—replicó Beltrán con gran lentitud.

—¿Y es eso lo que vienes á proponerme?—dijo don César sonriendo de un modo burlón.

—Eso, replicó Beltrán con calma.

Salvar la vida es imposible; pero podéis morir sin dolores y sin afrenta, y eso ya es mucho para quien tiene, como vos, un corazón fuerte y enérgico.

¿No habéis visto nunca atormentar á nadie? Rechinan las maderas del potro á cada vuelta que se da á los cordeles; la carne del paciente se abre; los huesos chascan como si fueran cañas que se quebrantan; la sangre corre, y la víctima se retuerce en medio de los dolores más agudos, exhalando los ayes más lastimeros, que sofocan sus verdugos, unas veces con la mordaza y otras dejándolos que se pierdan en los espesos muros de los calabozos subterráneos de la Inquisición.

La sala del tormento no parece más que un infierno creado por el genio de la crueldad para servir de alcázar á todo género de horrores.

Ahorraros el paso por aquella mansión terrible, de donde saldréis deshecho por las manos de los verdugos, era lo que me proponía al venir á veros.

—¿De modo que lo que me propones es un suicidio?

—Sí.

—No soy tan cobarde.

Venga la muerte por horrorosa que sea, si es que vuestra conciencia es tan elástica y vuestro corazón tan malvado que no se estremece al ver que un inocente ha de pagar delitos vuestros.

Yo no hablaré de vuestro crimen ni ante mis jueces ni ante mis verdugos.

Tengo fuerza de voluntad bastante para morir antes de pronunciar una palabra. Pero no creáis que me callo por salvaros á vosotros. A ti, lo mismo que á tu amo, os odio de muerte por hipócritas y cobardes. Yo no tengo nunca complacencias con asesinos.

—Deliráis creyendo que tememos vuestras revelaciones. No matamos ni mi señor ni yo á don Fernando de Lara.

Pero si hubiéramos llevado á cabo ese crimen, ¿cómo nos lo probaríais? De manera alguna. En cambio, nosotros podemos probaros todos los cargos que la justicia os hace.

Ya conocéis que, como dice el refrán, "los peces grandes se comen siempre á los pequeños". Además de esto, que por hablar no os salvaríais. Vuestra suerte está ya decida.

Hay un interés grande en perderos, y disteis con vuestras acciones y vuestras palabras motivos sobrados para que la Inquisición os tueste. Por eso, oidme con calma y reflexionad.

Os proporcionaré un arma, y con ella el modo de escapar á la venganza de vuestros enemigos y á la afrenta de una muerte ignominiosa.

—¡Eres tan taimado y cobarde como tu señor! ¡Sois el uno digno del otro! ¡Oh! si yo me veo libre algún día, ¡ay de vosotros!

Beltrán, al oir estas palabras, se encogió de hombros, y sonriendo maliciosamente, repuso:

—¡No os molestéis en amenazar inútilmente, señor don César! Vuestra suerte está echada, como os he dicho; ú os matáis, siguiendo mi consejo, ó el tormento y la hoguera acabarán con vos. ¡Pensar otra cosa es una locura!

—¡Miserable! —rugió don César lanzándose contra Beltrán.

Este, al ver la acción del joven, retrocedió dos pasos.

Don César se vió detenido por la cadena que sujetaba sus pies.

Entonces lanzó un rugido de ira, y al ver su impotencia, se dejó caer desesperado en el banco de piedra que le servía de asiento.

Beltrán guardó silencio por algunos instantes. Después, dando á su voz la inflexión más dulce que pudo, exclamó:

—Conozco sobradamente lo duro que debe ser morir á vuestros años. En la primavera de la vida, en la edad hermosa de las pasiones y de las esperanzas, cuando el amor y la ilusión sonríen, es muy duro morir; pero, amigo mío, no hay más remedio que tener resignación y paciencia.

El hombre siempre es juguete del destino. Desde que se nace, sale cada uno con su estrella.

La vuestra no ha debido ser muy brillante, y se apaga cuando creíais que iba á despedir más fulgores. ¡Es un desengaño amargo, pero un desengaño imposible de evitar!

Beltrán hizo una pausa.

Don César, con la cabeza entre las manos, ni le prestaba atención.

El escudero de Deza, conociendo que sus razones eran inútiles, dió otro giro á la conversación.

—Le exasperaré, á ver si de esa manera saco de él mejor partido,—se dijo para sí, y con irónico acento repuso:

—¡Por Dios vivo, que estuve torpe al no dar con la verdadera causa de vuestra negativa! Ahora di con ella de una manera segura. No queréis arrancaros la vida porque os espanta la muerte, porque tenéis mucho apego á la piel; en una palabra, porque tenéis miedo. Y acentuó esta frase de tal manera, que don César, indignado, exclamó:

—¡Miserable asesino! Don César Satanás no ha conocido nunca el miedo. He visto muchas veces la muerte cerca de mí en los combates, y jamás me ha espantado su fea catadura. Como he sabido matar, tengo la seguridad de saber también morir sin exhalar una queja.

—En las guerras de Italia será donde habéis visto la muerte, ¿no es verdad?—replicó con sorna.—Allí ha habido muchos valientes. Todo el que milita cuenta

proezas y heroicidades á sus anchas; pero me sucede con cuantos hablan así aquello de que "el que de luengas tierras viene, miente como quiere„. ¡Valientes y esforzados en la guerra! ¿Y quién no lo es en una batalla? Esa clase de valor le tenemos todos. Yo tambien he guerreado.

—¿Y aprendiste allí á matar con ventaja hiriendo en la sombra?—preguntó don César.

—Aprendí á conocer á los hombres y á distinguir el verdadero valor del falso.

—Miserable, ¿osas insultarme porque me ves reducido á la impotencia? Haz que me quiten estos hierros, ó si tienes corazón, acércate aquí al alcance de mis manos, que juro por Dios vivo que te ahogaré con ellas, reptil venenoso.

Queréis, lo mismo tu amo que tú, que me dé la muerte para estar tranquilos de que no he de revelar vuestro crimen; pues bien, ya te he dicho que no estoy dispuesto á complaceros. Que me lleven cuando quieran á los calabozos del Santo Oficio; que desgarren mis carnes, que trituren mis huesos; pero ¡ay de vosotros si mi paciencia se acaba, ó si, por uno de esos milagros de la Providencia, me veo algún día en libertad! ¡Ay de vosotros, que juro por lo más sagrado que he de perseguiros y acosaros con más ensañamiento que el que hoy empleáis conmigo!

—¡Vanas amenazas!

—¡Tal vez no lo sean tanto como tú te crees!

—En fin, conste que mi intención era buena; que al proponeros lo que os he propuesto creo haceros un

servicio. Pero me rechazáis y preferís morir á manos del verdugo, siendo arrastrado á la hoguera entre los alaridos de la fanática muchedumbre, que se gozará en vuestros dolores y en vuestra agonía; pues sea. Cada uno tiene sus gustos. Quedad con Dios, y hasta la eternidad, amigo don César.

Y Beltrán salió de la estancia.

El joven prisionero, á quien la cólera había acalorado, sintió sed, y sin recelar nada tomó el jarro de zinc y se le llevó á los labios con verdadera ansia.

Había apenas pasado un momento, cuando empezó á sentir un malestar extraño.

Sus ojos empezaron á perder la luz, sus sienes á latirle de una manera violenta, y en todo su ser empezó á operarse una revolución terrible.

La idea de haber sido envenenado cruzó entonces por su cerebro con la rapidez de un meteoro.

—¡Oh, estoy perdido; esos miserables me han envenenado! —gritó con la más espantosa desesperación.

Beltrán, al oir aquel grito, volvió á penetrar en la estancia, y con una sonrisa infernal, exclamó:

—Don César, era preciso que murierais sin salir de este calabozo, y la muerte bate ya sus negras alas sobré vuestra frente; os dije que vuestra suerte estaba echada, y ya lo veis.

—¡Asesinos, cobardes, malditos seáis!—exclamó el joven con la mayor desesperación, intentando lanzarse sobre su verdugo.

Pero al querer ponerse de pie, las fuerzas le faltaron y cayó al suelo rígido é inerte.

Beltrán se acercó á él, y poniendo la mano sobre el corazón, exclamó:

—¡Muerto! ¡Ya se acabaron los peligros y los temores! El asesino de don Fernando de Lara ya no existe; las órdenes de mi señor están cumplidas: borremos ahora hasta las menores huellas de este crimen.

Y tomando el jarro de zinc vertió en un rincón del calabozo el agua que contenía.

—Ahora que don Lope de Lara indague y busque; salgamos de aquí y pongamos el suceso en conocimiento de mi señor.

Y aquel hombre, arrojando una mirada al cuerpo inanimado de don César, dijo para sí:

—La verdad es que era un arrogante mancebo. ¡Lástima grande ha sido que la fatalidad de su estrella le haya puesto á nuestro paso! ¡Nada, mi eterna manía: la soga se rompe siempre por lo más delgado!

CAPITULO XX

EN EL QUE SE CUENTA LA HISTORIA DEL PAJE PICOLI

El señor duque de Uceda salió de la corte al día siguiente de la entrevista celebrada con su padre, en cumplimiento de la orden de destierro que éste le comunicó.

Pero antes de partir, conociendo la indignidad que con sus parciales había cometido denunciándolos en la relación que escrita de su puño y letra dejó en poder del ministro, se apresuró á avisarlos participándoles el peligro que corrían.

De esta manera, aquel hombre egoísta pretendía paliar lo cobarde de su conducta y lo alevoso de su proceder.

Sus amigos, al recibir este aviso, se consideraron perdidos.

Conocían de sobra el carácter del altivo duque de

Lerma para esperar compasión después de lo que contra él habían fraguado.

La destitución del inquisidor don Juan de Acevedo y su destierro de la corte les daba la medida exacta de lo que les podía suceder.

Fijos en este pensamiento siguieron en su mayoría el consejo que en su aviso les daba el de Uceda, y aquella misma noche huyeron de Madrid con la mayor reserva.

Don Lope fué quizás el único que, ofuscado por sus ideas de venganza, se negó á marchar.

Desesperado de no haber podido conseguir encerrar á don César en los calabozos de la Inquisición, no quería dejar perder la única oportunidad que de vengarse del desdichado joven le quedaba todavía.

Como ya llevamos dicho en anteriores capítulos, el tribunal encargado del proceso en que se envolvió á don César debía reunirse nuevamente para fallar en definitiva y para ver también si sujetando al reo á la cuestión de tormento le arrancaba la confesión del crimen que se le suponía.

Don Lope deseaba presenciar la aplicación del tormento, y su corazón vengativo y cruel prefería arrostrar el riesgo que la cólera del de Lerma pudiera proporcionarle antes de renunciar á aquella satisfacción que halagaba sus instintos crueles.

Pero bien pronto se encontró arrepentido de su manera de proceder.

Hallábase en su casa, cuando Picoli, su paje, entró en la estancia, y con alterado acento le dijo:

—Señor, un criado del señor duque de Lerma desea hablar con su señoría.

El de Lara palideció al escuchar estas palabras; pero como no era prudente despedir al enviado del ministro, ordenó que le hiciese pasar.

Un momento después el criado del de Lerma apareció en la estancia.

—Mi señor y dueño necesita veros al instante, señor don Lope de Lara,—profirió con calma y dulzura el enviado.

—Decid á su excelencia que me apresuraré á ponerme á sus órdenes,—replicó don Lope.

—Seréis servido, señor.

—¿Tenéis algo que mandarme?

—¡Que el cielo os guíe!

—¡Y á vos os conserve!

El enviado del ministro saludó profundamente al de Lara y se alejó.

Don Lope dudaba y temía.

En su alma alzábase el presentimiento de una desgracia, y de todas veras le pesaba no haber seguido el ejemplo de sus parciales.

La incertidumbre de lo que con aquella llamada se proponía el ministro le martirizaba de una manera poderosa.

Tenía el convencimiento de que al viejo duque no se le podía burlar fácilmente.

Estos temores le hacían vacilar respecto á la determinación que le convenía seguir.

—Salir ahora de la corte ha de serme imposible sin que ese astuto duque descubra mi propósito y se apodere de mi persona. Estoy seguro que sus espías vigilan mi casa y que no he de poder dar ni un solo paso sin que él lo sepa. Ese infame asesino de mi hermano es la causa de que yo corra el riesgo en que me veo.

Sin la existencia de ese hombre, ni mi hermano hubiera muerto, ni yo me encontraría en esta difícil situación.

Y pensando así don Lope, vacilaba y temía.

Picoli, que observaba la preocupación de su dueño, exclamó por fin:

—¡No vayáis á palacio, señor! Disfrazaos, y escapad de la corte. El corazón me anuncia que os amenaza un gran peligro.

El duque de Lerma os quiere mal; conoce que sois uno de sus más poderosos enemigos, y así como no vaciló en apelar al crimen para deshacerse de vuestro noble hermano, no reparará tampoco en medio alguno para vengarse de vos.

Don Lope reflexionó un momento, y dirigiendo á su paje una mirada de gratitud, repuso:

—Picoli, el gran afecto que me profesas ofusca en esta ocasión tu claro entendimiento.

Ha habido un instante en que yo he pensado de la misma manera que tú piensas; pero una idea luminosa, cruzando por mi mente, me ha hecho ver con claridad en este asunto.

Si el duque de Lerma pensara vengarse de mí, no hubiera enviado á prevenirme á un hombre de su ser-

vidumbre. Los procedimientos del primer ministro son más enérgicos y más expeditos. Si pensara hacerme algun daño, me hubiera hecho arrestar en vez de prevenirme. Además, huir ahora sería tanto como declararme culpable.

Así, pues, estoy resuelto á presentarme sin demora en el palacio del duque.

—¡Vais á meteros, señor, en la boca del lobo!

—Quizás tengas razón. Pero estoy resuelto á ir, é iré.

—¡Que la Santa Madonna os ampare, y nos evite á todos una desgracia como la que mi corazón me anuncia! ¡Tened en cuenta, señor, que vuestra noble esposa y vuestro tierno hijo morirían de pena si os ocurriese algún mal!

Don Lope vaciló al oir estas razones de su paje.

La opinión de Picoli era siempre de gran peso para él.

El paje era la persona de su más íntima confianza; se había criado desde niño en casa de los padres de la señora, y tanto ella como don Lope le querían mucho. La verdad es que la viveza de ingenio y la lealtad á toda prueba que á sus señores profesaba le hacían acreedor á aquella estimación.

Luego, hasta la manera casi milagrosa como llegó Picoli á casa de los padres de doña Blanca de Santarem, que así se llamaba la esposa de don Lope, aumentaba el afecto y el interés que hacia el paje italiano sentían.

El padre de doña Blanca, de noble y distinguida al-

curnia, era hermano del poderoso duque de Santarem, uno de los títulos más poderosos y más ricos de la nobleza portuguesa.

El duque de Santarem desempeñó por espacio de muchos años el gobierno de una de nuestras mejores posesiones americanas.

Al terminar el período de su mando, trasladóse á España en compañía de su hermano, á bordo de un buque de la real marina, que conducía una gran cantidad de barras de plata.

Entre los compañeros de navegación hallábase un médico italiano llamado Picoli, con su esposa, joven como él, y un niño que contaría apenas seis años.

La travesía fué difícil; los temporales azotaron de una manera poderosa la embarcación, y durante algunos días los viajeros corrieron graves y verdaderos peligros.

Sin las excelentes condiciones del buque, y sin la pericia y el valor del capitán que le mandaba, y el de la tripulación que lo regía, se hubiera perdido sin remedio; pero cuando la confianza había renacido en todos los pechos, un peligro más inminente vino á asaltarlos.

Avistaban ya casi las queridas playas de la patria en una deliciosa tarde, cuando el vigía de la mura de babor gritó:

—¡Dos velas á sotavento!

El capitán tomó el catalejo y le dirigió hacia el sitio anunciado. Bien pronto se convenció de que el vigía no se equivocaba.

Una palidez mortal cubrió su rostro, y un relámpago de ira brilló en su mirada.

Acababa de descubrir que las dos velas anunciadas por el vigía eran dos bajeles piratas, en cuyos mástiles ondeaba el terrible pabellón de los moros argelinos.

—¡Esos miserables se proponen darnos caza; pero yo les juro que ha de costarles caro su atrevimiento! —exclamó el capitán.

Y colocándose sobre el puente del navío, tomó la bocina y empezó á dar órdenes á la tripulación para que se aprestasen á la defensa.

El toque de zafarrancho de combate resonó imponente en medio de aquel desierto de agua, y cuantas personas venían en el buque capaces de disparar un mosquete y de blandir una espada, se aprestaron á luchar.

El duque de Santarem y su hermano ocuparon un puesto entre los primeros combatientes.

El médico italiano, unido al que llevaba la dotación del buque, dispusiéronse á prestar los auxilios de la ciencia á los que por su desgracia los necesitasen.

La joven esposa de Picoli y su pequeño hijo encerráronse en su camarote, pidiendo á la Virgen que los protegiese y amparase en aquel trance terrible.

Cuando todo estuvo dispuesto, reinó á borbo un silencio imponente.

Nada más solemne, nada más terrible que los momentos que preceden á los combates.

Todos los corazones laten temerosos é intranquilos presintiendo la suerte que puede caberles en el sangriento trance en que han de verse envueltos.

Los recuerdos de la patria, de la familia y de todos los seres queridos del corazón, se agolpan en aquel momento crítico y supremo á la mente, haciendo más angustioso lo terrible de aquel instante.

Esta situación desaparece cuando asorda el viento el ruido del primer disparo ó el primer grito que anuncia la pelea.

Esto sucedió también en aquella ocasión.

Cuando el silencio era más imponente, de las bandas de los buques piratas se alzó una pequeña humareda, y el ronco estampido de dos cañones anunció que el combate empezaba.

Dos balas cruzaron por la cubierta del buque español, rompiendo jarcias y velamen.

Aquella agresión fué inmediatamente contestada: un grito entusiasta y poderoso de ¡España! ¡España! retumbó en el espacio, y los cañones del navío mandaron á los barcos piratas sus poderosos proyectiles.

Pero las fuerzas eran desiguales.

Cada uno de los buques argelinos era tan poderoso y contaba con la misma dotación de artillería que el navío español.

Además de eso, tenían sobre él otra ventaja grande: llevaban menos carga, y, por consiguiente, sus movimientos durante el combate debían ser más rápidos y más precisos, y su marcha mucho más acelerada.

Bien pronto se hicieron notar estas ventajas; los

piratas colocáronse en tal actitud, que batían por las dos bandas con los fuegos de sus cañones al buque castellano.

La lucha se hizo general y terrible.

En el momento que los argelinos consideraron que podían decidir la victoria, lanzaron sus dos buques al abordaje, aferrándose cada uno de ellos á una de las bandas de su enemigo.

Entonces tuvo lugar una escena horrorosa.

Arrojados los puentes, los piratas embistieron como chacales hambrientos la cubierta del buque español.

Los cristianos se batieron como leones rechazando de una manera tan poderosa las arremetidas de los infieles, que les obligaron, después de dos horas de incesante pelea, á replegarse á sus buques sin haber conseguido el objeto que se proponían.

Cuando esto tenía lugar, las primeras sombras de la noche envolvían el espacio.

La esperanza empezó á renacer en el corazón de la gente de Castilla.

La oscuridad podía ampararles proporcionándoles una retirada segura.

Pero sus enemigos, que conocieron sus propósitos, resueltos á estorbárselos á todo trance, se decidieron, ya que no podían apoderarse del buque, á echarlo á pique.

La artillería de los barcos moros rompió entonces un fuego terrible, dirigiendo su puntería casi á la misma línea de flotación del buque.

Este, cuyos cañones se habían inutilizado durante

la pelea, no podía ni evitar ni rechazar la agresión.

Bien pronto varias vías de agua se encontraron practicables, y á pesar de los innumerables esfuerzos de la tripulación, las ondas empezaron á invadir el sollado del buque.

El capitán conoció entonces que su perdición era segura. Gritos terribles, maldiciones, ayes se escucharon dentro de aquel buque que por momentos se hundía.

El agua acabó por fin de invadirle, hizo un gran remolino, crujió y se hundió para siempre en los abismos del mar.

Todo había concluído.

Los piratas exhalaron entonces un grito inmenso de triunfo, y, desplegando sus velas, se alejaron satisfechos de su venganza del sitio de la catástrofe.

La noche cubrió con su manto de sombras aquel terrible cuadro.

Al nacer el nuevo día no quedaban más vestigios de la anterior escena que un largo mástil que flotaba sobre las olas, y al cual se encontraban asidos un hombre y un niño. El hombre era el hermano menor del duque de Santarem, el padre de doña Blanca, y el niño el hijo del médico italiano Picoli.

En medio de la oscuridad de la noche anterior, y cuando el hermano del de Santarem iba á sucumbir, rendido de luchar con las olas, la casualidad le hizo tropezar con aquel palo. Se asió á él con verdadero afán, y su sorpresa fué grande al ver asido también á aquel mismo leño al niño, á quien su instinto de con-

servación le había impulsado á obrar de aquel modo.

—¡Nos salvaremos ó moriremos juntos!—exclamó el hombre.

Y desde aquel momento cuidó de mantenerse á flote y mantener al niño.

Aquellos dos seres fueron los únicos que sobrevivieron á la catástrofe.

Pocas horas después un buque mercante les recogía á bordo y les condujo á Barcelona.

Al verse en salvo el padre de doña Blanca, juró no abandonar jamás el tierno huérfano.

Su hermano el duque había muerto sin hijos, y el título y las inmensas riquezas que constituían su patrimonio le pertenecían.

Pero el padre de Blanca no contaba con que otro pariente había de disputarle la herencia.

Los disgustos de esta lucha de familia, y los padecimientos de resultas del naufragio, le produjeron una enfermedad que le llevó al sepulcro.

Al morir recomendó á su hija que no abandonase nunca al niño del médico.

Por esta razón, doña Blanca, al unirse algunos meses después de la muerte de su padre con don Lope de Lara, llevó en su compañía á Picoli, que pasó á servirles en calidad de paje cuando tuvo edad suficiente para ello.

Explicadas ya las causas del afecto que á Picoli profesaba la familia de don Lope, prosigamos nuestra narración.

El de Lara se presentó en el palacio del duque de Lerma.

—Estoy á las órdenes de su excelencia,—exclamó con recelo al presentarse al ministro.

—Os he llamado para tranquilizaros. Comprendo que sabéis que existe en mi mano un documento que os compromete. Miradle.

Y el duque, sacando de la escarcela la declaración que firmó su hijo, se la presentó al de Lara, diciéndole con gran intención:

—Está escrita, como veis, de su puño y letra. Se la exigí á cambio de su perdón, pero sólo con el objeto de probarle, y creyéndole más noble y más digno. Pero recibí un desengaño. Ni un momento titubeó en perderos, con tal de salvarse.

En un principio pensé quemar este papel y no mostrarlo á nadie; pero comprendí que, dada la mala voluntad que merezco á muchos, y la pasión con que contra mí se obra, nadie creería en semejante bajeza de mi hijo si no tenía pruebas, y entonces guardé este documento. Pero jamás entró en mi ánimo el propósito de perjudicaros.

Me he propuesto desengañaros del error en que estáis acerca del verdadero mérito de mi hijo. El único que tiene es la consideración que le presta mi apellido, y las mercedes que tan pródigamente le he otorgado, no sabiendo que en su pecho encerraba un corazón tan hipócrita y tan desleal.

La ambición puede disculpar la ingratitud que comete conmigo; pero ¿qué disculpará la felonía que ha

hecho, delatando, bajo su firma, á todos los que le servís de instrumento?

Si yo no despreciara, como desprecio, su delación, esta arma en mi mano serviría para perderos para siempre. Pero soy incapaz de sacar partido de una villanía como ésta.

Os he llamado, pues, para deciros que vuestros amigos pueden estar tranquilos. Que yo procuraré arrancar de mi memoria los nombres que aquí aparecen, y que para no volverlos á recordar, os entrego este documento en prueba de la sinceridad de mis propósitos. Así veréis mejor la diferencia que existe entre el amigo que delata y el enemigo que olvida y perdona.

Y el duque entregó á don Lope la declaración de su hijo.

El de Lara sintióse confundido ante aquel acto de generosidad del primer ministro, y sin poder dominarse, exclamó profundamente emocionado:

—¡Señor, sois el más grande y el más magnánimo de los hombres!

E inclinándose profundamente, convencido que el de Lerma hablaba con sinceridad, salió de la estancia.

El duque, al verle partir, sonrió de una manera siniestra, diciendo para sí:

—¡Miserables! Finjo perdonaros, por que veo que me es imposible acabar con vosotros de un solo golpe. Mi hijo, traicionándome de nuevo, os avisó y habéis huído; yo os haré confiar de tal manera, que habéis de sentir el golpe antes que el amago. Hasta entonces, disimulemos.

Y el duque mandó aquel mismo día un emisario á su hijo, levantándole el destierro.

Esta medida del ministro iba encamida á desacreditar á su hijo ante los ojos de sus parciales.

Más adelante veremos si lo consiguió.

CAPITULO XXI

EL PRADILLO DE LOS AJUSTICIADOS

Prosigamos narrando los sucesos que tuvieron lugar en casa del alcalde mayor de casa y corte después de la muerte del desdichado don César.

Don Diego de Deza cayó enfermo de verdadera gravedad de resultas del disgusto y de la emoción que le produjo el saber que era su hijo aquel joven á quien con tanto ensañamiento había perseguido.

Llegó por fin la hora en que debía reunirse el tribunal que tramitaba el proceso, y cuando se hallaron congregados en la sala baja, que ya conocemos, los jueces y el ejecutor de la justicia con sus ayudantes, Beltrán apareció, y con el mayor respeto les dijo:

—Señores jueces, mi noble amo se encuentra enfermo y me ordena que os lo participe y que tengáis la bondad de dispensarlo.

El de Lara, que no perdonaba á Beltrán lo que le

hizo la noche anterior, impidiéndole llevarse á don César de su encierro, no pudo contener una exclamación de ira.

Creyó que la dolencia del de Deza no era más que un pretexto para retrasar la terminación de la causa, y sin poder reprimirse, replicó:

—Sentimos la dolencia que aqueja á vuestro dueño, pero el tribunal no puede aplazar por más tiempo el cumplimiento de su deber. Hoy ha de quedar fallada la causa.

Que ocupe la presidencia el consejero más caracterizado y más antiguo, y sigamos adelante con la tramitación. La opinión pública se encuentra excitada, ansiosa de saber el resultado del proceso.

Los fueros de la justicia ultrajados por el reo necesitan una reparación, y la familia del asesinado desea ver que las leyes se aplican y se cumplen, no dejando impunes los delitos.

Beltrán, dirigiéndose á don Lope de una manera intencionada, repuso:

—Los fueros de la justicia se encuentran ya satisfechos. La Providencia, anticipándose al fallo de la ley, ha cortado esta noche de una manera misteriosa la vida del reo.

Una exclamación de sorpresa salió de todos los labios, menos de los de don Lope, que profirieron un rugido de ira.

La idea de que aquella muerte no era más que una farsa dispuesta por el de Deza para burlar á la justicia y salvar al homicida se aferró en su cerebro de tal

manera, que sin poder reprimirse y con la impetuosidad propia de su carácter, exclamó:

—El tribunal no puede darse por satisfecho con sólo vuestro testimonio. Es necesario, pues, que vea con sus ojos la verdad de cuanto decís, y que la ciencia médica, por boca de uno de sus doctores, reconozca y explique la causa de esa muerte, tan extraña como repentina.

—No existe para eso ningún inconveniente,—repuso con mucha calma Beltrán.—El cadáver del reo se encuentra en su prisión en la misma postura en que fué encontrado, pues nadie ha osado tocarle hasta que el tribunal diese sus órdenes. Sírvanse, pues, sus señorías seguirme, y se convencerán de la verdad de los hechos.

Don Lope hizo que avisasen á un doctor, y cuando éste hubo llegado, dirigiéndose á Beltrán, repuso:

—¡Guiad!

Y acompañado de los demás jueces y del escribano, descendieron al calabozo que ocupaba el desgraciado don César.

Beltrán hizo abrir la puerta.

Los individuos del tribunal penetraron en la sombría estancia, y el viejo escudero, mostrando con la mano el cadáver frío del joven, dijo:

—Ahí tenéis, señores, el cuerpo del reo. Ved ahora, señor don Lope de Lara, si decían verdad mis palabras.

El doctor llamado por el tribunal examinó el cuerpo del difunto, declarando, según su leal saber y en-

tender, que aquel hombre había muerto de un tabardillo.

Los jueces se dieron por satisfechos, y haciendo que el escribano uniese á los autos un testimonio de la defunción, acordaron dar el proceso por concluído.

Don Lope no quería rendirse ni aun ante la evidencia de los hechos.

Su desconfianza hacia todo lo que al de Deza se refería era tan grande, que, temiendo una mixtificación, pidió al tribunal que le autorizase para presenciar, en su nombre, el enterramiento del cuerpo de don César.

El de Lara quería llevar su ira y su rencor hasta el borde mismo de la tumba.

Era sanguinario como el tigre, y cruel y sañudo como la hiena.

Maese Roque era un hombre de unos cincuenta años, de espesa y canosa cabellera.

Su barba era larga, enmarañada y revuelta. Su estatura pequeña, y su fisonomía repugnante y ceñuda.

Desempeñaba el cargo de sepulturero en el Pradillo de los Ajusticiados, y era además uno de los ayudantes de Pedro Soria, á quien sustituía en su cargo de verdugo en ausencias y enfermedades.

El Pradillo de los Ajusticiados era, más que cementerio, un corralón resguardado por unas paredes medio derruídas, fabricadas de sencillos tapiales de barro.

A la derecha de la puerta de entrada existía una casucha de miserable aspecto, de húmedas paredes y de desvencijadas ventanas.

En aquella especie de cubil moraba maese Roque.

A la izquierda de la puerta de entrada del Pradillo, como formando *pendant* con la casa del sepulturero, existía una habitación con una gran ventana defendida por una reja embadurnada de color rojo, y que, arrancando de un pie escaso del suelo, tenía unos cinco de altura.

Sobre esta reja, en una especie de tarjetón de grandes dimensiones, blanqueado con cal, campeaba en gruesos caracteres negros la siguiente sentencia: *Deus charitas est.*

En la habitación á que daba esta reja exponíanse á la vista del público los cadáveres de cuantas personas morían de una manera violenta, con el fin de que pudieran ser examinados y reconocidos.

El nombre del Pradillo de los Ajusticiados revelaba bien á las claras que en aquel cementerio recibían sepultura los cadáveres de los reos á quien la mano de la justicia privaba de la vida.

A aquel lugar fué conducido el cuerpo de don César.

Maese Roque se hizo cargo de él, y don Lope de Lara presenció el enterramiento de aquel cuerpo, que él suponía era el del asesino de su hermano.

Cuando la fúnebre tarea terminó, aquel hombre implacable llamó aparte á maese Roque, y poniéndole algunas monedas en la mano, le dijo:

—Quiero tener esta noche en mi poder la mano derecha de ese cadáver que acabas de sepultar.

—¿Qué decís, señor?—replicó abriendo los ojos desmesuradamente y lleno de extrañeza el sepulturero.

—Lo que has oído. Que quiero tener esta noche en mi casa la mano derecha de ese criminal,—replicó el de Lara con enérgico acento.—Ese hombre asesinó villana y traidoramente á mi hermano, y deseo conservar en mi poder como memoria del castigo de aquel crimen la mano maldita que blandió el acero que le privó de la vida.

—Señor, me pedís una cosa imposible. Ni yo acostumbro á mutilar los cadáveres, ni quiero exponerme á que la Inquisición tenga que ver conmigo por una profanación como esa.

—¿Necesitas acaso más dinero?—replicó el de Lara, creyendo que las objeciones de maese Roque eran sólo un pretexto para sacar más partido.

—No, señor. Os mostráis demasiado generoso conmigo.

—Entonces, ¿por qué dudas en complacerme? ¿Es quizás porque sientes, como el vulgo medroso é ignorante, pavura de cortar la mano á un muerto? No te apures, que ni ha de sentir gran daño ni ha de quejarse,—replicó sonriendo de una manera extraña.

—Prefería, señor, cortarle por la mitad del cuerpo á un vivo. La costumbre le hace á uno familiarizarse con las cosas más terribles. Soy capaz de dar tortura á una veintena de hombres sin que ni sus ayes ni sus sufrimientos me conmuevan. Veo con la mayor tranquilidad abrirse las carnes, romperse los huesos y saltar la sangre á la presión de mis cordeles cuando trabajo en el potro, y soy capaz de cortar seguidas una docena de cabezas, sin que mi brazo se canse ni mi

corazón sienta el más pequeño estremecimiento, y, sin embargo, tengo cierto reparo en poner mi mano sobre el frío y helado cuerpo de un cadáver. Los muertos me han inspirado siempre un respeto parecido á la veneración. Un cadáver es para mí una cosa sagrada.

—Lo que es para ti un cadáver es una cosa que te inspira miedo. Lo adivino en tus ojos y en tus palabras. Pero te he dicho que necesito, que quiero la mano de ese cadáver, y si tú no te atreves á cortarla, yo vendré á la noche y la cortaré. De esa manera te probaré que, sin tanta costumbre como tú, tengo más corazón y más valor.

—Eso de ninguna manera. Yo no he de consentir nunca que pueda decirse que otro hombre ha hecho una cosa que yo no haya sido capaz de hacer,—replicó con un acento en que se revelaba la mayor ferocidad. —Así que anochezca tendréis la mano que deseáis.

—¿Ves aquel paje que viene en mi compañía?

—Sí, señor.

—¿Lo conocerás?

—Perfectamente. Aunque pasasen muchos años y se disfrazase de la manera más extraña, le conocería de seguro. Soy muy fisonomista, señor.

—Pues ese paje volverá esta noche á verte y á recoger ese encargo, y él te entregará seis escudos como recompensa de tu trabajo.

—Muchas gracias, señor.

—Hasta la noche, y cuida mucho de no disgustarme si no quieres que te pese.

—Hasta la noche,—repitió el sepulturero.

Don Lope y los que le acompañaban, abandonando el Pradillo, se dirigieron hacia Madrid.

Maese Roque, con la azada en la mano y reclinado en la puerta del cementerio, les vió alejarse diciendo:

—¡Qué capricho más original y más raro! Hay gentes para todo en el mundo. Por supuesto que á mí qué me importa. Ese señor don Lope es vengativo como pocos; pero paga admirablemente, y eso es lo que á mí me interesa. Después de todo, como ha dicho muy bien, el muerto no ha de quejarse, ni ha de sentir mucho ni poco que le corte esa parte del cuerpo.

Estas reflexiones se hacía el sepulturero, cuando vió aparecer en la puerta de su casucha, envuelto hasta las narices en su larga capa parda, á su maestro el verdugo Pedro Soria.

—¡Calla! ¿á qué feliz casualidad debo esta agradable sorpresa?—preguntó con marcadas muestras de alegría.

—A que necesito de ti un favor, y vengo á pedírtele,—replicó el verdugo.

—Ya sabéis que soy todo vuestro y que podéis disponer de mí á vuestro antojo.

—Lo sé, Roque, y por eso no he titubeado en venir en tu busca.

—Decid lo que queráis y seréis complacido.

—¿Es muy profunda la fosa donde has enterrado el cadáver de ese joven á quien debíamos aplicar hoy el tormento en casa del señor alcalde mayor?

—Muy poco, maestro. Lo suficiente nada más para que la tierra cubra el cuerpo algunas pulgadas. Como esta clase de enterramientos valen muy poco, se cava poco.

—Bien, así te será menos difícil desenterrarle.

—¿Cómo desenterrarle?—replicó con extrañeza maese Roque.—¡Por Cristo! Pero ¿quién es ese hombre ó qué demonio tiene su cuerpo, que tanta gente se interesa por él? ¿Ha muerto acaso en olor de santidad, y queréis conservar sus restos para reliquias? El uno desea una mano, el otro quiere desenterrarle...

—¿Pero estás loco ó estás borracho?

—¡Borracho! Así lo estuviera. No he probado el vino hace muchos días. Lo de loco es más fácil. Pasan hoy aquí cosas tan raras, que pueden hacerle perder el juicio al hombre más sesudo.

—No te comprendo; pero te he oído no sé qué de uno que pide una mano, y necesito que me expliques esas palabras.

—Pues la cosa es muy sencilla. El señor don Lope de Lara que quiere tener esta noche en su poder la mano derecha de ese muerto.

—¡Ira del cielo!—exclamó el verdugo estremeciéndose.—¿Supongo que le habrás dicho que no?

—Esa fué mi respuesta en un principio; pero insistió de tal manera, que tuve por último que acceder.

—Pues has ofrecido una cosa que no has de poder cumplir.

—¿Por qué, maestro?

—Porque á lo que yo he venido es á llevarme in-

tacto el cadáver de ese joven, y no he de permitir que se le mutile por dar gusto á esa hiena con figura humana.

—Pero ¿qué os importa ese cadáver, que tan obstinadamente defendéis?

—Quiero hacer un experimento, y necesito el cadáver completo de un hombre joven, y ese reune todas las circunstancias que apetezco.

—¿Y cómo salvo yo el compromiso adquirido con ese señor? Faltarle sería una locura, pues conocéis demasiado que no había de perdonarme, y que me costaría la burla sobradamente cara.

—Tienes medios de sobra para hacer que le complaces.

—Indicadme uno.

—Pues muy sencillo: da á ese hombre la mano derecha de otro cadáver. ¿No has enterrado alguno de estos días algún otro joven?

—¡Ya lo creo! Ayer mismo enterré á dos que se mataron en riña por una mujer.

—Pues entonces, ¿por qué dudas.

—Porque no se me había ocurrido el salir de esa manera de apuros. Ya sabéis que Roque tiene buen brazo y buen corazón, pero que su entendimiento es más duro que el hierro de su azada.

—Lo que á ti no se te ocurre es lo que no quieres.

—Os equivocáis en eso, maestro. Ahora deseaba serviros, y no veía el cómo.

—Pues ya lo he visto yo.

—Así se hará, no tengáis cuidado.

—Mira, empieza á oscurecer. Voy á ponerme de vigía en esa ventana, para avisarte si alguien se acerca. Mientras tanto, desentierra á ese joven y tráete á esta habitación su cadáver. Mi gente no tardará en llegar con una silla de manos, y en ella nos llevaremos á ese hombre.

—Voy al punto, señor, y al paso que desentierro al uno cortaré la mano al otro.

—Ten cuidado de no equivocarte, porque esa equivocación te costaría la vida,—exclamó con un acento tal Pedro Soria, que el sepulturero se estremeció de espanto.

—¡Descuidad, maestro! Veo bien que os interesa sobradamente ese muerto, para que yo me permita cometer una torpeza.

—Pues anda y cumple cuanto antes con lo que te he dicho.

Roque tomó su azada y salió de la casucha.

Pedro Soria se puso á observar desde una ventana los alrededores del cementerio.

La fisonomía del verdugo revelaba una gran ansiedad y una preocupación profunda.

—¿Habré acertado á combinar las dosis del narcótico, ó habré padecido una equivocación y el noble don César estará muerto de veras? Veinticuatro horas deben durar los efectos de ese sueño, verdadera imagen de la muerte. Hasta que termine ese plazo, la ansiedad va á matarme. Si pudiera hacer volar las horas al compás de mi impaciencia, pronto acabaría mi incertidumbre.

Y el verdugo, sumido en estas reflexiones, no salió de ellas hasta que dos fuertes golpes aplicados á los carcomidos tableros de la puerta le hicieron volver en sí.

El hombre que llamaba era Picoli.

Pedro Soria, con su preocupación, ni le había visto acercarse.

En aquel momento el sepulturero, con el cadáver de don César sobre sus hombros y un objeto envuelto en un paño, se presentó en la puerta de la estancia.

Pedro Soria, cogiendo en sus brazos el cadáver, profirió:

—Llaman á la puerta de la casa, Roque.

—Será el que viene por este encargo,—dijo mostrando el trapo negro que tenía en la mano.

—Pues despáchale.

—Voy en seguida.

—¡Cuida que no penetre aquí!

—No penetrará.

Dos nuevos golpes, más vigorosos que los anteriores, volvieron á resonar.

Roque abrió un ventanillo.

—¿Quién sois y qué deseáis?

—Deseo que toméis estos seis escudos de oro.

—Vengan, y ahora tomad vos en cambio.

Y le entregó la mano cortada envuelta en el trapo.

Picoli la tomó con marcada repugnancia, y metiéndola en uno de los bolsillos de su ropilla, se alzó el embozo y se alejó.

El italiano, á pesar de ser atrevido y animoso, se encontraba mal á las puertas de un cementerio en medio de la oscuridad de la noche.

Pocos momentos después, una litera conducida por dos hombres y escoltada por otros dos, con los aceros desnudos y los rostros cubiertos, llegó á la puerta de donde acababa de alejarse Picoli.

Antes de que se acercasen, la puerta se abrió silenciosamente.

—¡Ea, descansad hasta que os avisemos!—dijo á los conductores uno de los embozados, que no era sino el morisco Roberto, escudero de don César.

Los hombres dejaron la litera y se sentaron.

Entonces Roberto y el otro embozado que le acompañaba la tomaron á su vez, penetrando con ella en la casucha de maese Roque.

Un momento más tarde la litera volvió á salir.

Los conductores volvieron á sus puestos, y Roberto, asegurándose de que la puertecilla estaba bien cerrada, les dijo:

—¡En marcha, muchachos, y apretad las piernas!

La litera y sus acompañantes se alejaron con rapidez del cementerio, perdiéndose bien pronto entre las sombras de la noche.

CAPITULO XXII

EL ESPÍA ESPIADO

Cuando se retiraron algunos pasos los que conducían la litera, Pedro Soria, despidiéndose de maese Roque, se dispuso á salir á su vez.

Pero de repente se contuvo, y cerrando la puerta, clavó su mirada de águila en unos despedazados paredones que se alzaban á corta distancia del Pradillo, casi á la misma linde del camino.

El ejecutor de la justicia había creído distinguir un bulto negro que se deslizaba con cuidado siguiendo á los de la litera.

—¡Nos espían sin duda! Es necesario, pues, estar sobre aviso y obrar con precaución, —dijo para sí; y volviéndose á maese Roque, le participó sus sospechas.

—Toma tus medidas por lo que pueda ocurrir.

Yo entre tanto voy á ver si confirmo mis temores, y si no son infundados, á ver si escarmiento al imprudente que se atreve á espiar nuestros pasos.

Y sin decir más, se lanzó al campo en la misma dirección que vió tomar al bulto que salió de las ruinas.

El sepulturero se quedó pensativo buscando el medio de prevenirse contra toda eventualidad, y aunque, como él decía, su cerebro era muy obtuso, le sugirió bien pronto lo que le convenía hacer.

Tomó su azada y su cuchillo, y dirigiéndose al sitio donde se hallaba sepultado el cadáver á quien cortó la mano, se puso á remover la tierra. Pero dejémosle en su tétrica y repugnante tarea, y sigamos á Pedro Soria.

Con la ligereza del corzo y la astucia de la raposa, el ejecutor de la justicia, acostumbrado en su juventud á trepar por los fogosos terrenos y escarpadas angosturas de la Alpujarra, podía haber repasado en pocos minutos la distancia que le separaba de los conductores de la litera. Pero como su objeto era ver si confirmaba las sospechas que había concebido, avanzaba lentamente registrando las matas, los grupos de árboles y las piedras donde podía ocultarse alguna persona. Durante aquella investigación, y al repasar una pequeña colina, un grito ahogado de alegría se escapó de su pecho. Acababa de distinguir una sombra, que con agilidad y la astucia de un reptil seguía á muy corta distancia la dirección que llevaban Roberto y sus compañeros.

—¡No me había engañado! Nos espían y nos siguen. Pero ese tunante que quiere saber lo que no le importa no puede ni presumir siquiera que si él me

espía, yo le espío también. En cuanto los accidentes del terreno lo permitan, juro por la gloria del Profeta que no le han de quedar ganas de volver á ser curioso.

Pensando así Pedro Soria, aceleró su marcha, procurando acortar la distancia que le separaba del desconocido, pero poniendo gran cuidado para que éste no se apercibiera de su presencia.

Durante algún tiempo, aquel doble espionaje continuó sin accidente alguno; pero al llegar á la cerca de una posesión, Pedro Soria creyó que el momento oportuno para caer sobre el espía era llegado. Entonces, amartillando una de las pistolas que llevaba en su cinto, se lanzó veloz como una flecha sobre el imprudente que espiaba á los de la litera. En tres saltos púsose á tan pocos pasos de distancia de aquel hombre, que creyéndole ya seguro le gritó:

—¡Alto, miserable, ó te tumbo de un balazo!

El efecto que produjo la sorpresa en el hombre que espiaba, y que no era otro que el paje italiano Picoli, fué tal, que sin tener en cuenta el riesgo á que se exponía, salió á la carrera con esa velocidad vertiginosa que comunica el miedo.

Pedro Soria le persiguió durante algún tiempo; pero como no es lo mismo correr que huir, á pesar de la ligereza y agilidad del verdugo, se convenció bien pronto de que era imposible darle alcance.

Entonces se paró de repente. Extendió el brazo derecho, armado con la pistola, y apuntó con cuidado al fugitivo.

Un instante después la llama de un fogonazo brilló

en la oscuridad, y el eco de una detonación se mezcló en el espacio con un ¡ay! de muerte.

Picoli dió algunos pasos, después se detuvo, vaciló y cayó desplomado.

—¡Le acerté!—exclamó con una salvaje complacencia aquel hombre.—Hubiera sido una de las pocas veces que errase yo un blanco. Le he apuntado con verdadero empeño. Ya le he curado, de seguro, la manía de espíar,—dijo Soria para sí.

Y dando por terminado este lance, volvió sobre sus pasos, alejándose de aquel sitio.

Era la media noche, y don Lope de Lara paseábase impaciente en una de las estancias de su lujosa casa.

Hacía más de dos horas que esperaba la vuelta de Picoli, y éste no parecía.

—A ese muchacho le tiene que haber sucedido algún percance. Debía encontrarse de vuelta hace ya mucho tiempo. ¿Le habrá engañado el sepulturero, ó habrá dado en el camino en manos de algunos bandoleros? Esto último sería lo menos malo. Lleva espada y daga al cinto, y, aunque joven, ni le faltan corazón ni manos. Es sereno y animoso como pocos. Pero ¿y si le ha sucedido lo que á mi pobre hermano? También era Fernando de una bravura sin igual y de una destreza grande. Cuando son varios contra uno no basta el valor para salir bien del lance; es necesario que la suerte ayude. Indudablemente á ese chico le ha sucedido una desgracia.

Y el de Lara, haciendo estas reflexiones, dudaba si salir con algunos de sus criados en busca de su paje, ó si esperar hasta que amaneciera para hacer sus pesquisas. Pero su carácter violento é impaciente le decidió por no esperar, y ya daba las órdenes á sus criados para que se dispusieran á acompañarle, cuando apareció Picoli en la estancia.

El italiano venía con el traje roto y lleno de barro y el rostro ensangrentado.

Un pañuelo en forma de venda cruzaba su frente.

Don Lope, al verle, sintió una dolorosa impresión, y con acento del mayor interés le dijo:

—¿Qué te ha sucedido, Picoli?

—Poca cosa, señor.

—Siempre lo mismo.

—Digo que poca cosa, porque todo se ha reducido á una pequeña descalabradura, unos cuantos arañazos en la piel y unos cuantos jirones en la ropa. Gracias á la Madonna, el lance que me ha ocurrido ha terminado en poca cosa, pero ha podido ser mucho. Mirad si no.

Y el italiano mostró á su señor su capa, cuyos pliegues se veían agujereados por una bala.

—¡Cómo! ¿te han acometido y te han hecho fuego?

—Y con verdadero empeño de matarme, señor.

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Quién puede haber tenido interés en perseguirte y en matarte? ¿Qué daño has hecho tú á nadie?

—Contaré á su señoría el caso y entonces juzgará.

Era ya entrada la noche cuando en cumplimiento de su orden llegué al Pradillo de los Ajusticiados.

Llamé, acudió el sepulturero, le di los escudos, me entregó el encargo envuelto en este paño negro y di la vuelta hacia Madrid.

Habría andado unos trescientos pasos, cuando distinguí en el camino una litera conducida por dos hombres y escoltada por otros dos cuidadosamente embozados y llevando en las manos sus aceros desnudos.

Llamóme la atención aquella litera conducida á aquellas horas por un sitio despoblado y peligroso, y como si esto no fuera bastante para excitar mi curiosidad, creí reconocer á uno de aquellos dos hombres encubiertos.

¿Sabéis, señor, á quien creí conocer en aquel embozado? A Roberto, el escudero de don César.

Por ver si confirmaba mis sospechas me decidí á observar, y con gran precaución seguí á aquellos hombres.

Por este motivo los vi llegar á la misma puerta de la casa del sepulturero del Pradillo, de donde yo acababa de retirarme.

La puerta se abrió. La litera fué introducida en la casucha, y momentos después volvió á salir, emprendiendo sus conductores la vuelta á Madrid.

Yo, que observaba todo esto escondido entre los paredones que existen á la linde del camino, dejé pasar á los de la litera, y con gran precaución me puse á seguirlos, resuelto á saber adónde se dirigían.

Cuando con más empeño proseguía yo mi observación, se me vino encima de repente un hombre y me creí perdido. A sus voces gritándome que me rindie-

ra, respondí corriendo con cuanta velocidad podía. Aquel hombre me siguió, y cansado, sin duda, de no poderme dar alcance, me hizo fuego. En aquel momento llegaba al borde de una cortadura que da sobre un arroyo, y en la que, desconociendo el terreno, con la oscuridad de la noche y con la precipitación de mi carrera, no había reparado. A la detonación quise avanzar más, pero me faltó tierra y caí.

Sentí un momento de verdadero terror al verme en el vacío. Rodé durante algunos instantes, recibiendo por fin un golpe tan violento en la cabeza, que me privó del conocimiento.

Mi perseguidor me creyó muerto sin duda.

No sé el tiempo que estuve sin sentido.

Cuando volví á la vida me encontraba á la margen de un arroyo, entre un matorral de zarzas y de juncos. La sangre cegaba mis ojos, manando de una manera abundante de esta herida que veis en mi cabeza.

Me lavé, procuré con el pañuelo contener la hemorragia, y de la manera que me fué posible me dirigí á la ventura, hasta que pude orientarme y llegar aquí.

Sin ese percance, hubierais sabido, señor, lo que aquellos hombres fueron á hacer al Pradillo, conduciendo aquella litera en medio de la oscuridad de la noche y con tantas precauciones.

Las sospechas que se alzaron en mi ánimo al reconocer á aquel embozado, tomaron nuevo cuerpo después de lo que me ha sucedido.

Unido esto á la muerte repentina de don César, me hace desconfiar con más razón.

—¿Pero no me has dicho que el sepulturero te dió la mano del asesino?

—Si, señor, y aquí la tenéis.

Y Picoli presentó á don Lope el sangriento despojo que le entregó maese Roque envuelto en un pedazo de tela negra.

El de Lara colocó sobre una mesa la mano del cadáver, y fijando con una complacencia cruel sus ojos en aquel inanimado resto, decía:

—¡Maldita mil veces seas, mano criminal, que blandiste el acero homicida arrancando la vida del más cariñoso de los hermanos y del más cumplido de los caballeros!

Mientras don Lope pronunciaba estas frases, Picoli, que se había quedado pensativo, exclamó en voz alta, pero como si hablase consigo mismo:

—¿Y no podría habernos engañado el sepulturero? ¿No podría habernos dado la mano de otro muerto?

—¿Qué dices, Picoli?—exclamó de una manera impetuosa don Lope alarmado por las palabras de su paje.

—Digo, señor, que recelo cada vez más. Que aquella litera escoltada por Roberto, aquellas precauciones y aquel afán por perseguirme y matarme...

—¿Qué? Acaba.

—Me hacen creer que nos han engañado, burlando también á la ley y á la justicia.

—¿Pero no recuerdas sin duda que hice reconocer el

cadáver de don César, y que el doctor aseguró bajo su firma la enfermedad de que había muerto?

—Señor, no os fiéis nunca del parecer de un médico. La medicina es muy oscura para poder creerla infalible. Los doctores se equivocan muchas veces.

Además, señor, la ciencia se encuentra tan atrasada en España, que sus sacerdotes desconocen un gran número de enfermedades.

Hay venenos, señor, que producen muertes aparentes.

En mi patria se ha llegado, respecto á los tósigos, casi á una verdadera perfección.

Mi padre era en ese ramo de la ciencia una verdadera notabilidad.

No sé por qué presumo que don César no ha muerto; que se le ha propinado algún narcótico cuyos efectos nos han engañado á todos, y hasta creo que esa mano rígida y sangrienta no es de su cadáver.

—Deliras, Picoli; el peligro que acabas de correr perturba tu mente.

—No deliro, señor, desconfío; y cuanto más pienso en ese asunto, más aumentan mis dudas y más se agiganta mi recelo.

—Pues sin gran dificultad podemos cerciorarnos de si son fundadas ó no tus presunciones.

—Volviendo al cementerio, ¿no es verdad, señor?

—Sí; volviendo al cementerio y haciendo que maese Roque desentierre el cadáver.

—¿Y si se opone? ¿Y si se niega á acceder á nuestros deseos?

—Le obligaremos, haciéndole elegir entre un puñado de oro ó una onza de plomo.

—¡Me parece infalible ese procedimiento!

—Así que amanezca saldremos; dispón que nos acompañen cuatro hombres de confianza, por lo que pudiera suceder.

—Bien, señor, voy á prevenirlos al punto.

Picoli salió de la estancia.

Don Lope clavó una mirada ardiente sobre la mano del muerto, exclamando:

—¿Serán ciertas las sospechas de Picoli? ¡Oh, don Diego de Deza es capaz de todo! Pero ¡ay de él el día que le falte la sombra del favorito; mi venganza será entonces más terrible que lo es hoy su injusticia y su perversidad!

Y de los ojos de aquel hombre brotaban relámpagos de cólera.

En aquel momento la fisonomía del de Lara estaba espantosa.

Amanecía apenas, cuando don Lope, acompañado por su paje y seguido por cuatro servidores de su casa, llegaba al Pradillo de los Ajusticiados.

Picoli llamó con la empuñadura de su daga á la desvencijada puerta de maese Roque.

Los ecos respondieron á aquel llamamiento.

El italiano volvió á llamar con más fuerza.

Maese Roque se despertó, y acercándose de puntillas á la puerta, observó por una rendija, diciendo para sí:

—Ya está aquí el de Lara. ¡Me divierto si no me hubiera prevenido!

Después, alzando la voz, preguntó:

—¿Quién va?

—Abre pronto,—respondió don Lope con imperioso acento.

La puerta fué abierta, y maese Roque, fingiendo una gran extrañeza, exclamó;

—¡Ah! ¿sois vos, señor? Pasad adelante. ¡No podía yo ni figurarme siquiera merecer tan temprano la honra de vuestra visita!

Don Lope y Picoli penetraron en el interior de la casucha.

Sus cuatro servidores quedáronse guardando la puerta, dispuestos á cualqüier evento.

—¿Qué tenéis que mandarme, señor?—preguntó el sepulturero.

—Toma tu azada y vente con nosotros.

Maese Roque obedeció.

Atravesaron el cementerio hasta llegar al sitio donde la tarde anterior fué enterrado don César, y un espectáculo horrible hirió su vista. En la misma sepultura donde depositaron los restos del joven caballero veíase un cadáver medio desenterrado, con la cara completamente destrozada y faltándole la mano derecha.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha desenterrado este cadáver?—preguntó don Lope.

—Las malditas alimañas, señor. ¡Hay tantas por estas cercanías!

—Pero ¿es este el cuerpo de don César?—preguntó con desconfianza Picoli.

—¿Tan desconocido le encontráis?

—Tanto, que dudo,—respondió el paje.

Don Lope clavó una mirada ardiente en el sepulturero.

Este la sostuvo con una impasibilidad grande.

El de Lara le dijo:

—¿Sabes lo que acostumbro yo á hacer con los que me engañan?

—No lo sé, señor,—respondió con tranquilidad maese Roque.

—Pues los mato.

—Hacéis bien.

—Pues eso mismo pienso hacer contigo si no respondes con la claridad que deseo á las preguntas que voy á hacerte.

—Hablad, señor, y seréis complacido.

Don Lope extendió su mano hacia el cadáver y preguntó:

—¿Es este efectivamente el cuerpo de don César?

—¿Dudáis acaso, señor? ¿No veis sus formas, sus cabellos y su mano derecha cortada?

—Pero su rostro completamente destrozado le desfigura hasta el extremo de que yo no acierto á reconocerle,—replicó Picoli.

—Porque no estáis acostumbrado á conocer la terrible variación que sufren los cadáveres cuando las alimañas se ceban en ellos. Que este es el cadáver de don César y que la mano que le falta es la misma que

os entregué anoche, os lo juro, señor, por lo más sagrado que queráis. Yo no prodigo mis servicios, pero no falto nunca á mis promesas.

—Bien,—replicó don Lope,—ahora necesito saber otra cosa.

—Preguntad.

—Después de marcharse anoche de aquí éste, ¿quién vino á visitarte?

—Cuatro hombres conduciendo y acompañando una litera.

—¿Y quién venía dentro de ella?

—Eso es, señor, lo que yo no puedo deciros. Es un secreto que no me pertenece, y yo no descubro nunca lo que me mandan tener guardado.

—Pues vas á decirme sin tardanza quién venía en esa litera, ó ¡vive Dios! que mueres á mis manos, miserable.

Y el de Lara, sacando una pistola, la armó, dirigiéndola contra el pecho de maese Roque.

—Señor, este es un abuso indigno.

—¡Habla, vive Dios, ó te mato!

—Conste que me hacéis hablar á la fuerza.

—¿Quién venía en la litera?

—Una dama.

—¿Una dama á aquellas horas en un cementerio como éste?

—¿Os extraña? Hay caprichos raros en el mundo; y si no, ya veis si no lo es el que habéis tenido conservando la mano que dió muerte á una persona á quien tanto queríais.

—Ya te dije con qué objeto quería yo poseer esa mano.

—Pues esa dama de la litera también tiene su objeto al venir aquí.

—Deseo conocerle.

—Sois muy curioso, señor.

—¡Cuida de no impacientarme y habla pronto!

—Hace un año escaso que un hijo de esa dama hizo una muerte con circunstancias extraordinarias y agravantes. Encontrábase perdidamente enamorado de una joven de una familia noble. Después de haber sido correspondido fué rechazado, y el enamorado mancebo supo que la causa de los rigores de su amada no era otra sino que, habiéndosela presentado un casamiento más ventajoso, se disponía á unirse para siempre con otro hombre.

Los celos y la ira llenaron de tal manera el corazón del mancebo, que la víspera en que debía enlazarse con su rival su ingrata amante, penetró en el jardín de la casa donde los dos futuros esposos hablaban amorosamente, y, cayendo sobre ellos, les arrancó la vida á puñaladas.

La familia de los muertos persiguió de tal manera al matador, que su madre, á pesar de sus relaciones y de sus riquezas, no pudo salvarle.

La justicia le condenó á morir á manos del verdugo, y, por consiguiente, su cuerpo vino á ser enterrado en este cementerio.

Su pobre madre, que no tenía más consuelo ni más afán que el amor de su hijo, sintió de tal manera esta

desgracia, que estuvo algunos meses con la razón perdida.

Cuando los recursos de la ciencia la devolvieron la salud, vino á visitar la sepultura de su hijo, y desde entonces todas las semanas hace á la misma hora su nocturna visita, á llorar sobre la tumba de aquel ser tan querido de su corazón.

—¿Y se fueron todos acompañando la litera?

—No, señor; el mayordomo de esa dama, que es un hombre de carácter feroz y que ha guerreado durante mucho tiempo en Flandes, salió algunos momentos después que su señora. Ahí tenéis, señor, explicadas las razones de esa visita nocturna.

Refirió con tal aplomo y tal serenidad el sepulturero la anterior historia, que don Lope, satisfecho de aquella explicación, dejó su actitud amenazadora, diciéndole:

—Te salvas por haberte explicado con franqueza.

—Es mi carácter muy franco y muy sincero, señor.

—Toma.

Y don Lope, poniéndole en la mano un escudo de oro, se dirigió, seguido de Picoli, hacia la salida del Pradillo.

Al verlos alejarse, maese Roque sonrió de una manera maliciosa, diciendo para sí:

—Si no me prevengo y coloco en la sepultura vacía ese otro cuerpo, me pierdo sin remedio. El de Lara me sepulta una bala en el cráneo sin reparo alguno. Es un hombre con un genio de demonio y un corazón de roca

Mientras discurría así el sepulturero, don Lope preguntaba á su paje:

—¿Qué te parece, Picoli?

—Que dudo todavía, señor.

—Eres terrible.

—Ese cadáver con el rostro desfigurado, ni me ha satisfecho ni me ha convencido. Pero como no se me alcanza otro medio de conocer la verdad, me resigno, quedándome con mis dudas. El tiempo, que es gran descubridor de verdades, nos desengañará.

Don Lope, impresionado por las palabras de su paje, guardó silencio.

CAPITULO XXIII

LOCURA DE AMOR

Volvamos al encuentro de doña Marina, á quien. como recordarán nuestros lectores, dejamos desmayada en casa de Deza al saber por boca de Beltrán la muerte de su hijo don César.

El viejo escudero, con don Diego desvanecido en sus brazos y con aquella señora privada de conocimiento á sus pies, se encontró por algunos instantes indeciso,

Su natural receloso y reservado se resistía á enterar á los demás domésticos de aquella escena. Pero, como el caso apremiaba, se decidió al fin á llamar en su ayuda.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó repetidas veces.

Esperanza, que, cuidadosa por conocer el resultado de la entrevista que doña Marina iba á celebrar con su padre, había seguido disimuladamente á la enlutada dama hasta cerca de las habitaciones de don Diego, fué la primera que acudió á las voces de Beltrán.

Momentos después llegaban Berta y algunos de los criados de la casa.

Al ver Beltrán á la joven hija de su señor, exclamó:

—Señora, socorred á esa dama, que yo cuidaré de vuestro padre.

Don Diego fué trasladado á su lecho por Beltrán y otros sirvientes, en tanto que Esperanza llevaba á sus habitaciones y depositaba en su misma cama á la noble viuda.

Media hora más tarde, gracias á los eficaces auxilios que se la prestaron, doña Marina volvió á la vida recobrando los sentidos.

Al abrir sus ojos y ver á Esperanza, se abrazó á su cuello, gritando sin poder reprimirse:

—¡Oh, pobre hija mía, hemos nacido en hora harto desdichada! ¡Somos dos pobres almas sin ventura!

—¿Qué decís, señora? ¿Acaso mi padre se ha negado á acceder á vuestros ruegos?

—Es mayor aún nuestra desdicha.

—¡Cielos! ¿Qué decís? ¡Hablad, por Dios! ¡Explicaos de una vez, pues la duda me mata, y la incertidumbre es para mí cien veces peor que la muerte! ¿Le ha ocurrido á don César alguna desgracia?

—Sí.

—¡Oh!

—Una desgracia irremediable.

Esperanza lanzó un alarido de dolor, y llevándose las manos al pecho, con acento lleno de angustia preguntó con ansiedad:

—¿Ha muerto acaso?

Doña Marina inclinó la cabeza sobre el pecho sin dar contestación á esta pregunta.

Lo que pasó entonces por el alma de Esperanza no puede describirse.

Vióse envuelta en un mundo de dolores y desesperación, y en vez de abatirse se exasperó de tal manera, que una ráfaga de locura, apoderándose de su cerebro, la exaltó de tal modo, que la desdichada joven empezó á gritar:

—¡Oh, le han asesinado! De seguro que le han asesinado.

—No, Esperanza, no.

—Sí. ¡Vos no los conocéis! No sabéis de lo que son capaces. Mi padre no amenaza nunca en vano, y me dijo que la tumba era quien mejor guardaba los secretos. Esa amenaza resuena aún en mi oído, y la muerte de don César es el cumplimiento exacto de ella. ¡Oh! ¡pero aun vivo yo, y yo le vengaré!—gritaba á cada momento con más exaltación.

—¡Serenaos por Dios, hija mia!

—¡Yo le vengaré, sí! Yo diré á todo el mundo quiénes fueron los asesinos de Don Fernando de Lara.

¡Yo diré al rey quiénes cometieron aquel crimen, y el mundo y el rey me creerán, y los culpables recibirán el castigo que merecen!

—¡Desdichada! ¡Ha perdido la razón!—decía doña Marina.

Esperanza, sonriendo de una manera nerviosa, proseguía:

—¡Oh! ¡Y así como ellos han gozado arrancándome

mi dicha y contemplando la agonía de César, yo gozaré también al ver la suya, y el mundo entero sabrá cómo se venga un alma apasionada, á quien se arranca de tan cobarde y cruel manera su dicha y su ventura!

Marina, cada vez más alarmada con la exaltación que en la joven veía, hacía toda clase de esfuerzos por conseguir calmarla. Pero ni sus palabras ni sus deseos pudieron conseguir lo que se proponía.

Esperanza, fija sólo en la idea que la sobrexcitaba, seguía diciendo:

—¡Ea, señora, venid!... El rey nos espera y nos hará justicia. Vamos á palacio; seguidme.

Y con la mirada llameante y vaga, dió algunos pasos hacia la puerta. De repente se paró y volvió la cabeza; y viendo que doña Marina permanecía inmóvil, se acercó á ella de una manera resuelta, y tomándola por uno de sus brazos exclamó:

—Pero ¿no venís, señora? ¿No os he dicho que vamos á ver al rey, á revelarle el nombre de los asesinos de vuestro esposo y á pedirle justicia? ¿No sois vos la que hace un instante me exigía que cumpliera el juramento que os hice de revelar el nombre del matador de vuestro esposo? Pues aquí me tenéis dispuesta á cumplir mi juramento. ¡Seguidme! ¿Qué os detiene?

—¡Esperanza! ¡Esperanza! exclamó doña Marina llorando y asiendo las manos de la trastornada joven.

Esta fijó entonces una mirada terrible sobre el rostro de la noble viuda, y desasiendo bruscamente sus manos, exclamó:

—¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡No queréis venir á presen-

cia del rey, porque os habéis puesto de acuerdo con mi padre para dar muerte á don César!

Doña Marina exhaló un grito de dolor.

Aquella inculpación, aunque brotaba de un cerebro enfermo, la hería de una manera dolorosa.

Esperanza continuaba gritando:

—¡Infames! ¡Cobardes! ¡Todos contra mí! ¡Pero no me importa: yo sola me basto para vengar su muerte! El rey sabrá toda la verdad antes de poco, y el rey, que es la imagen de Dios sobre la tierra, me hará justicia. ¡Corro, corro á palacio sin demora!

Y poseída de una exaltación terrible, se dirigió á la puerta de la estancia.

En aquel momento, Don Diego, pálido como un cadáver y sostenido por Beltrán, apareció.

Apenas había recobrado la razón se apresuraba á acudir en socorro de doña Marina. Pero al ver la actitud y el semblante de su hija, no pudo reprimir una exclamación de espanto.

Esperanza, al verle, lanzó un alarido de rabia, y retrocedió algunos pasos, como si tuviera delante una fiera.

—¡Hija mía!—exclamó el de Deza tendiéndola los brazos.

Esperanza extendió su mano derecha en actitud de rechazarle, replicando:

—¡Tu hija, no! ¡Yo no soy tu hija! ¡Tú no eres mi padre! ¡Tú eres el asesino de don Fernando de Lara, y ese hombre que te acompaña el verdugo del amado de mi corazón!

Y con los ojos sangrientos, el cabello erizado, las manos contraídas, rechinando los dientes y poseída de un terrible acceso nervioso, clavaba en el pálido rostro de su padre una mirada insistente y terrible.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó desesperado el de Deza cubriéndose el rostro con las manos.

El noble caballero conocía sobradamente el estado terrible de su hija.

Esta, con la voz ronca por la ira, continuó diciendo:

—Pero yo veré al rey y le diré la verdad, y la justicia hará caer sobre vosotros el peso de la ley y salvará al inocente.

—¡Esperanza, hija mía, cálmate por Dios!—replicaba su padre queriendo acercarse á ella, lleno de la mayor solicitud.

Pero la joven, en actitud agresiva, le dijo:

—Acércate si te atreves. Ya no me intimidan tus amenazas, ni tu puñal me impone. Le desnudas y le levantas sobre mí. ¡Hiere, asesino!

Y exhalando un grito terrible, llevóse la mano al pecho como si hubiese sido herida; retrocedió algunos pasos de una manera vacilante, y cayó de espaldas al suelo sin sentido.

La intensidad del ataque que venía sufriendo, agotando sus fuerzas, puso término á aquella escena terrible.

Doña Marina y Berta, acudiendo en su socorro, la trasladaron á su lecho.

Don Diego, terriblemente impresionado, cayó en

un sillón, y, á pesar de la entereza de su carácter, no pudo contener el llanto.

Aquel hombre, que durante su azarosa vida había demostrado una energía á toda prueba, no pudo resistir tantos dolores, y, elevando sus ojos al cielo, exclamaba:

—¡Dios mío, tened piedad de este hombre sin ventura! ¡Ya que habéis consentido que, ciego y obcecado, haya sido el verdugo de mi hijo, no me vayáis, Señor, á arrancar la vida de la única persona que en el mundo me queda! ¡Salvad, Señor, á mi pobre hija, y tomad, si es necesario, mi vida en cambio de la suya!

En aquel momento doña Marina apareció de vuelta de la habitación de Esperanza. Don Diego, al verla, exclamó con una ansiedad grande.

—Marina, ¿y mi hija?

—Se salvará. El acceso se le va calmando.

—¡Gracias, Dios mío!

Y el de Deza, viendo que la dama se disponía á salir, dobló una rodilla ante ella, diciéndola:

—¡Señora, yo, que hubiera dado mi vida por serviros y complaceros, he sido, siempre arrastrado por la fatalidad de mi estrella, el autor de todas vuestras desdichas! Mi adverso sino, en lucha siempre con los sentimientos de mi alma y con las aspiraciones de toda mi vida, me ha reservado siempre cerca de vos ese papel odioso. Ya que fuisteis, señora, en los albores de mi juventud mi ilusión más querida y mi esperanza más risueña, no seáis en mi vejez helada y fría mi triste remordimiento. ¡Perdonadme los males que os

he causado, obra sólo de la fatalidad! ¡Perdonadme en gracia siquiera de mi pobre hija, y por la mancomunidad del dolor que la muerte de ese desdichado fruto de nuestros primeros amores establece hoy en nuestras almas!

Doña Marina clavó una mirada severa en el rostro del de Deza, y con acento solemne y pausado repuso:

—Don Diego, fuisteis en mi juventud mi esperanza y mi desdicha. Vuestro abandono mató mi honra y mi alegría; vuestra ambición mató á mi noble esposo, y vuestra crueldad ha privado de la vida al único ser á quien yo amaba en el mundo. ¡Habéis sido siempre mi ángel malo! Sin embargo, os perdono. ¡Pedid á Dios que os perdone también!

Y doña Marina salió de la estancia.

Las emociones experimentadas aquel día por don Diego fueron causa de la enfermedad que le aquejó y de la que dimos cuenta á nuestros lectores en anteriores capítulos.

CAPITULO XXIV

LA VUELTA Á LA VIDA

Mientras don Lope visitaba por segunda vez el Pradillo de los Ajusticiados para convencerse de si las sospechas de Picoli eran ó no fundadas, en una estancia de la casa de Pedro Soria tenía lugar una escena imponente.

Sobre un modesto lecho veíase el cuerpo de don César, á quien condujeron en la litera Roberto y sus amigos.

Pedro Soria y Roberto encontrábanse sentados al lado de aquel cadáver.

La fisonomía del escudero demostraba un gran dolor y una gran desesperación. El verdugo, en cambio, encontrábase profundamente pensativo. De cuando en cuando inclinábase sobre el cuerpo del desdichado don César. Separaba con la punta de un cuchillo los dientes encajados del joven caballero, y vertía en su

boca unas gotas de un frasco que tenía en la mano. Después aplicaba su oído sobre el pecho del cadáver, y escuchaba larga y detenidamente. Cuando terminaba esta operación, sus ojos fijábanse en una péndola que, lenta y pausada, dejaba oir su acompasado ruido.

La luz de la mañana, penetrando por la única ventana que en la estancia existía, alumbraba aquella extraña escena.

Soria aplicó nuevamente el oído, y escuchó durante largo tiempo, y sin poder reprimirse, exclamó con impaciencia:

—¡Nada! ¡Esto es desesperador!

—Pero ¿no notas señal alguna de vida?

—No, Roberto.

—¡Quiera el Profeta que no te hayas equivocado!

—¡Oh! ¡No digas eso, porque me moriría de desesperación si eso hubiera sucedido! ¡Por saber con seguridad en qué dosis propinaron á don César sus verdugos el tósigo, daría un año de mi vida! La acción de esa sustancia no debe durar más de veinticuatro horas. Pero como ignoramos la en que se le hizo beber, es preciso resignarse y esperar.

El verdugo guardó silencio, y volvió á sus meditaciones.

Roberto calló también, volviendo á sus temores y á su muda desesperación.

En este estado pasó una hora, larga y eterna como son todas cuando se espera recelando y temiendo.

Soria alzó por último su vista hacia la péndola, y aplicó otra vez el oído al pecho de don César.

Llevaba un momento escuchando, cuando lanzó un grito de inmensa alegría y su semblante resplandeció de gozo.

—¿Qué es eso, Pedro?—exclamó Roberto saliendo de su abatimiento y acercándose apresuradamente á su amigo.

—¡Oh! ¡Está salvado, si no es una ilusión de mis sentidos lo que escucho! ¡Su corazón empieza á latir! ¡Ven, ven, y escucha!—exclamó Soria con una ansiedad terrible.

Roberto se inclinó y escuchó á su vez. Un relámpago de alegría brilló en el rostro del morisco.

—¡Ah! ¡Su corazón late! ¡Mi señor vive, y tú le has salvado!

Y Roberto, sin poder reprimirse, estrechó á Soria en sus brazos con la mayor efusión.

—¡Gracias, poderoso Dios de Ismael! Gracias, porque has consentido que tu siervo salve de una muerte ignominiosa y segura á uno de sus hermanos!

Roberto volvió á abrazar lleno de la mayor alegría á Pedro Soria, diciéndole:

—Te debo más que la vida, porque más que la mía aprecio yo la suya.

—Dentro de dos horas recobrará por completo la razón. Traslademosle, pues, á un sitio más conveniente.

Y Soria y Roberto, tomando el cuerpo de don César, repasaron el jardín de la casa, conduciéndole á las habitaciones que se levantaban en el extremo opuesto, y que servían de morada á Mari-Salto, teniendo salida á

una calle lejana á la que en la casa del verdugo tenía su entrada principal.

El gozo y la satisfacción más grandes brillaban en el rostro de Pedro Soria, que se veía completamente transfigurado.

Su triunfo le hacía sentirse satisfecho y dichoso.

Dos horas más tarde don César lanzó un profundo suspiro; un estremecimiento general agitó todos sus músculos, y abriendo pausadamente los ojos paseó una mirada extraviada á su alrededor, sin poderse dar cuenta de lo que le sucedía.

—¿Dónde estoy?—fueron las primeras frases que de una manera lenta salieron de sus labios.

Sus miradas, cada vez más curiosas y más ávidas, volvieron á examinar con más detención todo cuanto le rodeaba.

La extrañeza que el joven caballero sentía no podía ser más natural.

Encontrábase vestido á la usanza árabe.

Reclinado en un mullido diván de grana y en una de esas estancias que son verdaderas joyas del arte oriental, de las cuales no puede formarse verdadera idea sin haberlas visto y admirado.

Aquella estancia tenía sus paredes de primoroso alicatado, tan fino que competía con el encaje.

Su friso era de preciosos aliceres (azulejos) de vivos y deslumbrantes colores.

El pavimento de mármol azul y blanco, y su esbelta



¡Sueño sin duda! volvió á repetir Don César

y graciosa cúpula de alerce y cedro, primorosamente labrada y con incrustaciones de nácar y oro.

Un gracioso y esbelto ajimez, casi cubierto por completo por una hiedra y resguardado con una vidriera de colores, dejaba paso á la luz, que prestaba un tono dulce y poético á aquella estancia encantada y misteriosa.

Próxima al ajimez, indolentemente tendida sobre una piel de pantera, junto á la cual ardía un redondo pebetero perfumando el ambiente, encontrábase una joven de peregrina hermosura, preludiando en su guzla un romance morisco.

La belleza de aquella joven, que era deslumbradora, encontrábase realzada por el vistoso y rico traje oriental con que se cubría.

Aquella hada era la hija de Pedro Soria, la hermosa Mari-Salto, á quien ya conocemos.

—¡Sueño sin duda!—volvió á repetir don César.—¡Me encuentro en el edén del Profeta! Esta estancia, llena de luz y de armonía, es la morada de esa divina hurí que me sonríe, y cuya belleza me prueba que es de las que el Profeta guarda en el paraíso para hacer la felicidad de sus escogidos.

¡Oh! ¡Que este sueño tan hermoso no termine nunca!

La joven, abandonando su guzla, acercóse al joven caballero, y le dijo:

—No es sueño, es realidad cuanto miráis, noble don César; vuestros mortales enemigos se propusieron perderos, y vuestros amigos se decidieron á salvaros; el

cielo ha favorecido los deseos de los buenos, y la inocencia ha triunfado.

—¡Ah! Ahora voy recordando perfectamente... Yo estaba preso en un oscuro calabozo...

—Sí, en casa de don Diego de Deza.

—Es verdad.

—Y allí, por deshacerse de vos, os dieron un tósigo.

—Sí, en el agua; recuerdo perfectamente aquel momento terrible. ¡Recuerdo la infernal alegría con que Beltrán contemplaba mis últimos momentos!

—Aquel tósigo vino á buscarle aquí ese mismo hombre. Mi padre, presumiendo que era para vos, en vez de darle el tósigo que mata, le engañó dándole el narcótico que os ha salvado.

Y la joven refirió detalladamente al caballero todo cuanto había sucedido, lo mismo en casa de Deza que en el Pradillo de los Ajusticiados.

—¿De manera que me creen muerto?—preguntó don César.

—Todos vuestros enemigos, sí.

—¿Y el de Lara cree tener además mi mano derecha?

—Sí.

—¡Oh! El cielo ha oído mis ruegos, y lo mismo á Deza que á Lara les probaré algún día que aun puedo blandir un acero. Pero dejemos á un lado pensar en esos miserables, y ocupémonos en asuntos más agradables. ¿Dónde se encuentra vuestro padre? Quiero verle para darle gracias por su noble acción.

—Aquí le tenéis, señor.

Y la joven, saliendo de la estancia, volvió inmediatamente conduciendo á su padre de la mano.

Don César, que había avanzado hasta cerca de la puerta con objeto de recibir á su salvador, retrocedió sorprendido al verle, exclamando:

—¡Cielos! ¡El verdugo!

—No, señor don César; Muley Abén, descendiente de la tribu de los Zegríes, que para evitarse los disgustos y la persecuciones que sufre la gente de nuestra raza, se ha escudado con la profesión de verdugo; profesión que odiaba con toda mi alma, pero que hoy la estimo, porque, merced á ella, he logrado conoceros y he podido salvaros.

—¡Perdonad mi primer movimiento de sorpresa, y dejadme que os estreche contra mi pecho como á mi generoso salvador!—repuso el joven con una efusión grande.

Aquellos dos hombres se abrazaron estrecha y cariñosamente.

Mari Salto, al verlos, no pudo contener las lágrimas, y se retiró llorando de alegría.

La varonil hermosura de don César había levantado en su alma virgen un sentimiento y una emoción completamente desconocidos para ella.

Mari Salto, guardada por su padre cuidadosamente, no había hablado nunca con un joven tan arrogante y tan apuesto como don César. Así que la vista del caballero la trastornó por completo.

Aquella sensación era la primera chispa de un vol-

cán en que debía abrasarse en lo sucesivo el alma virgen y candorosa de Mari-Salto.

Al separarse don César de los brazos de Pedro Soria, vió cerca de sí á su viejo y leal escudero, el morisco Roberto, que le miraba lleno de alegría.

—¡Mi viejo y leal amigo!—exclamó el joven.

Y abrazó con efusión inmensa á aquel fiel servidor, que, sin poder contenerse, exclamaba alborozado:

—¡Quisiera morirme en este momento, el más feliz de mi vida, porque de esa manera acabaría mi existencia en el instante más grato que he sentido en el mundo!

Don César, al oir estas frases dictadas por el cariño, oprimió con más vehemencia contra su corazón el pecho de Roberto, diciéndole:

—¡Morir ahora, no! Vivir para ayudar á nuestros amigos y vengarnos de los que nos han perseguido.

—¡Oh! ¡Ardientemente lo deseo?—replicó Roberto.

—Y eso, señor, que me parece que por de pronto lo más acertado sería partir de Madrid. Son poderosos y os odian á muerte, lo mismo el de Lara que el de Deza. Ahora os creen muerto...

—Por eso estoy más seguro y más en disposición de trabajar con fruto para vengarme de ellos.

—Si; pero ¿y si os descubren? ¿Y si se aperciben de que no ha sido cierta vuestra muerte? ¡Os perderíais sin remedio!

Lo más prudente es huir. Dejad que el tiempo y los sucesos calmen el rencor de vuestros enemigos, y que no se aperciban de vuestra existencia sino cuando sientan el golpe de vuestra venganza. ¡Me espanta, señor, la idea de volveros á ver en sus manos!

—¡Primero me arrancaría la vida!—exclamó con explosión don César.

—Hay ocasiones, señor, es que ni eso puede hacerse. Recordad si no como os prendieron.

—¡Es cierto! La fatalidad tuerce muchas veces la voluntad y los propósitos del hombre más enérgico. Pero, suceda lo que quiera, tengo hecho el firme propósito de no salir de España hasta vengar cumplidamente todas las ofensas qne me han inferido los dos hombres que has nombrado. Para lograr mi objeto con seguridad y no exponerme á que mis enemigos me descubran, viviré con todo género de precauciones. Adoptaré un disfraz que me ponga á cubierto de sus miradas, y buscaré un asilo oculto y seguro.

—Ese le tenéis ya, señor don César—repuso Pedro Soria.—Difícilmente encontraréis otro más á propósito que esta casa en que os halláis. Todos saben que estas habitaciones forman parte de mi morada, y la casa de un verdugo inspira un horror que aleja á los valientes, hace huir espantados á los medrosos y quita la curiosidad á todos. Por eso podéis vivir aquí, sin temor á que vuestros enemigos os vigilen ni os persigan. Ya veis si tendré seguridad, que, á pesar de la suspicacia de los satélites del Santo Oficio, vivo á mi gusto vistiendo el traje de nuestros antepasados y conforme á

los usos de la religión del Profeta. De cuando en cuando, para curar á los vecinos curiosos la manía de observar, si es que alguno la tiene, levanto una horca en medio del jardín, y, colgando de ella á un pelele, hago como que me ensayo y ejercito en las tareas de mi oficio de verdugo. De esa manera es tal el terror que estas operaciones les inspiran, que la mayor parte de las casas que tienen vistas á mi jardín están desocupadas, y las ventanas de las que tienen aun vecinos permanecen siempre cerradas á piedra y lodo. El horror, pues, que inspiro á la generalidad es la mejor garantía de mi reposo. Por eso, don César, os indico que, en la necesidad de vivir oculto y precavido, ningún sitio encontraréis mejor que éste. Aquí podréis vivir cuanto tiempo os plazca, y hasta, en caso necesario, podéis utilizar las dos salidas que á calles distintas tiene esta mansión.

—Acepto la oferta, y os doy gracias por tantas bondades—respondió don César.—Aquí me quedaré hasta que sea llegado el momento de dejar á España, después de cumplida mi venganza.

—Señor, me parece por ahora muy arriesgado vuestro propósito. Mejor sería dejar la corte.

—No saldré de aquí sin vengarme.

El placer que sintió Mari-Salto al oir estas palabras de don César fué inmenso.

Su alma enamorada habíase llenado de angustiosa pena á la sola idea de que se alejase aquel hombre, á quien quería ya con toda la fuerza de su ser.

En amores, un momento es un siglo.

El que comparó el amor con un incendio estuvo acertado.

Una mirada produce en un momento una pasión gigante, como una chispa puede producir en un instante una hoguera inmensa.

CAPITULO XXV

EN DONDE UN ALMA DOLORIDA SIENTE UN MOMENTO DE VERDADERA FELICIDAD

Doña Marina, la noble viuda de don Fernando de Lara, encontrábase triste y apenada desde los últimos sucesos que tuvieron lugar en casa del alcalde mayor don Diego de Deza.

Una lucha terrible sostenía en su alma aquella noble señora, á quien no había sonreído nunca la ventura.

Cuando el desarrollo de nuestra obra nos permita dar á conocer á nuestros lectores la historia de doña Marina, se convencerán de la verdad que encierran estas afirmaciones.

Aquella desdichada era uno de esos seres nacidos para sufrir desde la primavera de la vida hasta el mismo borde de la tumba. Almas formadas para la desgracia y el dolor.

La muerte de su esposo, unida á la de don César,

á quien, como sabemos, creía realmente muerto, habían arrancado de su corazón hasta el último resto de esperanza, y la desdichada, sumida en la más desconsoladora amargura, no veía delante de sus ojos más que un porvenir de sombras y de penas.

En este tristísimo estado, su vida la era una carga pesada, de la que pedía al cielo en sus continuas oraciones que la librase lo antes posible.

Aquella alma dolorida, no encontrando consuelo en la tierra, lo buscaba en el cielo.

Esta era la situación de su espíritu, cuando la misma noche del día en que don César volvió á la vida se presentó Roberto en su casa.

Al ver al fiel escudero de su hijo, la afligida dama dió rienda suelta á su amargo llanto de la manera más desconsoladora.

—¡No lloréis ni os aflijáis más, mi noble señora. Dad treguas á vuestra aflicción y á vuestras lágrimas, que el cielo se ha compadecido al fin de vuestro infortunio, y os envía por mis labios esta noche nuevas de ventura y de felicidad—exclamó radiante de gozo el escudero.

—¡Felicidad y ventura!—replicó la dama con amargo acento.—¡Ya sabes, Roberto, que la dicha y la alegría han muerto para mí!

¡Los rigores del destino han arrancado para siempre de mi alma la esperaza y el consuelo!

—No lo creáis, señora; el cielo es siempre justo, y vos no merecéis un castigo tan grande.

Seréis feliz, estad segura de ello.

—La pérdida de mi César ha llenado para siempre de luto mi alma, y yo no deseo más que morir.

—Y si mi joven señor no hubiera muerto, ¿pretenderíais también dejar la vida?

—¡Qué dices, Roberto! —exclamó la dama de una manera indecible.

Y perdiendo el color, interrogó con una mirada ansiosa al escudero.

Este, temiendo las consecuencias de una revelación repentina, repuso:

—Señora, hacía sólo una suposición.

—¡Qué desengaño, Dios mío!—exclamó la dama cruzando las manos.—¡Me preguntabas que si desearía morir si mi hijo viviese! ¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Viviendo él, aun podría ser dichosa! No hay madre que quiera morir viviendo su hijo; y cuando se entrevé, aunque sea lejano, un destello de dicha, se ama con afán verdadero la existencia.

—Entonces, señora, vivid—replicó con explosión Roberto.

Pero, no atreviéndose á proseguir, se contuvo.

—¡Oh! ¡habla, habla! ¡No ves que me estás matando con tus vacilaciones!—exclamó doña Marina, alzándose de su asiento presa de una agitación terrible.

—Tengo miedo, señora.

—¿De qué?

—De que la alegría os perjudique.

—¡Ah! ¡mi hijo vive!—gritó de un modo indecible aquella mujer.—¡Vive y no te atreves á decírmelo francamente por miedo de que la felicidad me mate!

¡No, á una madre no la puede matar nunca una alegría como esa! ¡Habla, por Dios, Roberto! ¡Dame noticias de mi hijo! ¡Te lo suplico, por lo que más quieras en el mundo!

—Pues bien, señora; habéis adivinado lo que venía á deciros. Don César no ha muerto.

—¡Hijo de mi alma!—gritó doña Marina.

Y hubiera caído al suelo por efecto de la emoción si Roberto no se hubiera apresurado á sostenerla.

El llanto corría de una manera abundante por sus mejillas.

Los suspiros salían atropellados de su pecho. Pero suspiraba y lloraba de felicidad.

Aquel instante había sido el más dichoso de toda su vida.

Momentos después, calmada algún tanto su emoción, decía:

—¿Ves, Roberto? Ya estoy serena. Ya puedo oirte con entera calma. La alegría más inmensa inunda mi pecho, y mi alma, antes acongojada y dolorida, goza ahora una dicha infinita. Háblame de mi César, repíteme que vive.

Roberto refirió entonces cuanto había sucedido.

—¡Oh! ¡Con cuánta injusticia le han tratado! Pero Dios, que no abandona nunca al inocente, no ha consentido que la injusticia y la iniquidad triunfen en esta ocasión. Deseo verle, Roberto. Mi corazón de madre ansía cerciorarse de que es verdad cuanto me has dicho. Hazle venir; pero cuida de no revelarle los verdaderos lazos que conmigo le unen.

No es llegado aún el momento de que yo pueda darle ante la faz del mundo el dulce nombre de hijo.

—Ya sabéis, señora, que nunca le he revelado ese secreto. Os juré, cuando le pusisteis siendo muy niño á mi cuidado, que nunca sabría por mí su origen, y he cumplido fielmente mi juramento.

—Conozco tu fidelidad y tu reserva.

Has sido servidor cariñoso de mi casa en días de ventura, y más cariñoso y más leal en los días de desgracia. Te he apreciado siempre por esas cualidades; pero mi estimación se acrecienta hoy, porque has venido á devolver con tus noticias la paz á mi corazón y la alegría á mi alma. Yo no sé cómo recompensar debidamente tan inmenso beneficio.

—Gracias, señora, por vuestras cariñosas manifestaciones; pero sabed que me encuentro sobradamente recompensado con el placer que he sentido al estrechar contra mi corazón á vuestro noble hijo. Le he visto crecer en mis brazos; le enseñé á regir un caballo y á blandir una espada; jamás me separé de junto á él, lo mismo en los abrasados arenales de Africa que en los campos de batalla de Italia y de Flandes; he admirado su valor en momentos difíciles; y no sólo le quiero como si fuera mi hijo, sino que además le respeto y obedezco como á mi señor natural. Sus desgracias llegaron á exasperarme de tal modo, que si Pedro Soria no me hubiese revelado su secreto, llenando mi pecho de una consoladora esperanza, hubiera muerto de dolor, ó me hubiera arrojado, impelido por el despecho, ó arrancarle de las manos de sus verdugos ó á morir á su lado.

Yo, que soy solo en el mundo, ¿para qué había de vivir si don César me faltara?

Así, pues, creedme, señora, su vuelta á la vida me ha causado una alegría y una felicidad nunca por mí conocidas ni esperadas.

Pero el mismo cariño que le tengo llena mi alma de temores acerca de su suerte, si, por desgracia, sus enemigos llegan á conocer que vive.

Ya le he relevado estos temores. Ya le he propuesto que partiéramos de la corte por algún tiempo, hasta que sus enemigos se olviden de él.

—¡Oh! Tienes razón, Roberto. La prudencia aconseja lo que dices.

—Sin embargo, señora, don César ha desoído estos consejos. Pero si vos insistís en proponérselos, estoy seguro qne os obedecerá. Gozáis, señora, sobre su ánimo un ascendiente muy grande. En medio de la ignorancia en que se encuentra respecto á los autores de sus días, parece que el cielo le hace sentir hacia vos el mismo cariño y el mismo respeto que sentiría si supiera que erais su madre.

—¡Oh! ¡hijo de mi alma! ¡Cuándo llegará el día en que yo pueda, sin temor alguno, revelarle el secreto de su existencia! ¡Cuándo llegará el tan ansiado momento para mí de darle el dulce nombre con que mi corazón le llama siempre, y que cada vez que le veo está á punto de escaparse de mis labios!

Pero discurriendo así el tiempo se pasa, y mi impaciencia por verle se acrecienta.

Avísale, Roberto.

¡Dile que quiero verle; que le espera con verdadera ansiedad mi corazón!

—Pronto, señora, estará á vuestro lado. Está oscureciendo, y así que la noche cierre por completo, vendrá aquí disfrazado.

—¡Oh! ¡qué largos y qué eternos serán para mi estos momentos que he de esperarle!

—No creáis, señora, que sean menos largos para él. La impaciencia le consumía de tal modo, que si yo no me hubiera opuesto, se hubiera venido conmigo. Pero temo por su seguridad. Sus enemigos son poderosos, y la menor imprudencia puede perderle.

—¡Tienes razón! Yo sabré contener mi impaciencia y esperar resignada. La dicha que he de sentir al verle bien merece el tormento que me cueste el esperarle.

—¡Callad, señora!—exclamó Roberto escuchando.

—¿Qué ocurre, Roberto?

—Me pareció reconocer el ruido de sus pasos.

Sí, no hay duda, es él.

—¡Dios mío, dadme fuerzas para no descubrirme! ¡Dadme serenidad para que no me venda esta inmensa alegría en que rebosa todo mi ser!

Roberto no se había equivocado.

Un momento más tarde, don César, envuelto en un airoso traje de escolar, aparecía en la estancia.

—¡Don César!—exclamó doña Marina al verle con inmensa alegría.

Y sin poder reprimirse avanzó algunos pasos á su encuentro. Pero la reflexión de que obrando así podía descubrirse la contuvo.

El joven que vió su acción, se arrojó á sus pies diciendo:

—Señora: ¿no es verdad que no habéis ni supuesto por un momento que yo hubiera cometido el infame crimen que me han imputado?

—¡Don César, os conozco lo bastante para no haber sospechado siquiera tamaña villanía! Es tal la confianza que tengo en la hidalguía de vuestro carácter y en la alteza de vuestras miras, que aunque mis ojos os hubieran visto blandir el acero, no hubiera dado crédito á mis ojos.

—¡Gracias, señora, por la justicia que me hacéis! Los que me han calumniado y perseguido con tan cruel ensañamiento no me conocían. ¡Atentar yo contra la vida de vuestro esposo, cuando era la persona á quien, después de la vuestra, profesaba en el mundo más respeto y cariño! ¡Osar yo esgrimir mi espada contra aquel modelo de caballerosidad, de quien tan repetidos beneficios he recibido! ¡Miserables! ¡No saben que no una sino cien vidas hubiera dado contento por salvar la suya!

Pero necesitaban una víctima á quien sacrificar para que el verdadero autor de aquel odioso crimen no apareciera, y me eligieron á mí, y me sacrificaron. Pero la Providencia, justa siempre, me ha salvado, sin duda para que yo, que conozco al verdadero asesino de vuestro esposo, le castigue y os vengue. Y os vengaré, se-

ñora. ¡Os lo juro por la sombra ensangrentada de vuestro noble esposo, mi generoso protector!

Doña Marina no pudo reprimir un grito de espanto al escuchar aquel juramento.

La idea de que don César, al castigar al matador de don Fernando, iba á dirigir su acero contra su mismo padre, llenó su corazón de un terror inmenso.

Pero no creyendo prudente descubrir entonces aquel secreto, se limitó á decir.

—Don César, no es esta ocasión oportuna de pensar en venganzas, sino en ponerse al abrigo de los peligros que os amenazan. Es preciso que por algún tiempo dejéis á Madrid, donde vuestra estancia puede seros fatal. Si esos enemigos poderosos llegasen á conocer la verdad de lo sucedido, os perseguirían con doble tesón y doble ensañamiento, no cejando hasta perderos de un modo definitivo. Es necesario, pues, que os tengan por muerto. La saña de don Lope me hace estremecer, y estoy segura de que si llegase á sospechar vuestra existencia, no cesaría un punto de perseguiros. Es tan ardiente la sed de venganza que siente hacia vos, que temo que ni aun creyendo vuestra muerte se dé por satisfecho.

—¡Don Lope! ¡Oh! ¡yo le probaré algún día que cara á cara y acero contra acero no es tan fácil ensañarse conmigo como teniéndome aprisionado delante de un tribunal y al lado del potro y del verdugo!

¡Odio con toda la fuerza de mi alma á tres hombres,

señora! A dos por hipócritas y malvados, y á don Lope de Lara por cruel y rencoroso. ¡Ay de los tres el día que su mala estrella les ponga al alcance de mi espada!

Doña Marina se estremeció, conociendo que una de las tres personas á quienes amenazaba don César era la de don Diego.

Y ya iba á exigir al joven palabra solemne de respetar al alcalde mayor, cuando un criado de la casa apareció en la puerta de la estancia en que se encontraban diciendo:

—El señor don Lope de Lara desea veros, señora.

Un grito de espanto se escapó de los labios de Marina, al mismo tiempo que otro de ira brotaba del pecho de don César, quien instintivamente llevó su diestra á la empuñadura de su espada.

Doña Marina le contuvo, diciéndole:

—¡Teneos, don César! ¡En nombre del cielo, ocultaos en esa habitación inmediata, y juradme no salir de ella hasta que yo os lo mande!

—¡Señora!...—replicó el joven.

—¡Juradlo, don César, por lo que más queráis en el mundo!—repuso la noble dama con gran energía.

—Sea como queráis, señora. ¡Por el inmenso cariño y la inmensa gratitud que mi alma os profesa, os juro no moverme de esa estancia hasta que me lo ordenéis!

—Gracias. Ocultaos pronto.

Don César y Roberto, obedeciendo á la dama, se ocultaron.

Doña Marina, volviéndose hacia el criado y procurando serenarse, le dijo:

—Haz pasar á ese caballero.

CAPITULO XXVI

EN DONDE UNA MADRE SE APENA Y SE ALEGRA Á LA PAR POR LA AUSENCIA DE SU HIJO

Momentos después, el vengativo don Lope de Lara encontrábase delante de la viuda de su hermano don Fernando.

Doña Marina tuvo necesidad de violentarse mucho para aparecer serena ante aquel hombre, á quien aborrecía por la saña con que trataba á don César.

Dentro de su pecho la noble señora tenía un temor inmenso; y conociendo el carácter cruel de aquel hombre, temía una catástrofe si hablaba de don César, y éste, escuchándole como le escuchaba, sin poder reprimirse, olvidaba la promesa que había empeñado.

Don Lope saludó á su hermana política y tomó asiento.

Después de una leve pausa, inició la conversación de la manera siguiente:

—Vengo á veros, señora, tanto para enterarme del estado de vuestra salud, como para informaros de que el asesino de mi noble hermano ha muerto.

—¿Bajo la acción de la justicia sin duda?—replicó disimulando doña Marina.

—No, sino de una manera misteriosa. En la misma prisión en que se encontraba encerrado, y precisamente la víspera del día en que el tribunal tenía dispuesto sujetarle al tormento.

—¡Dios haya acogidc su alma y perdonado su crimen, si fué el autor de la muerte alevosa dada á mi noble esposo!

—¿Dudáis aún, señora, de su culpabilidad?

—Don Lope, tengo entendido que el delito de ese joven no estaba plenamente probado.

—Señora, la justicia tenía indicios vehementes, sospechas completamente fundadas; y si la muerte de ese hombre no nos hubiera salido al encuentro, á estas horas sabríamos de una manera evidente la verdad de todo lo sucedido. El tormento le hubiera arrancado la confesión de ese crimen que tan obstinadamente negaba. Por no haber conseguido eso es por lo que siento en el alma la muerte de ese hombre, esa muerte que, por lo repentina y misteriosa, ha levantado en mi pecho las sombras del recelo, haciéndome creer que existen personas interesadas en esa desaparición para impedirle que hablase.

—¿Creéis eso, don Lope?

—Tengo, señora, fundadas sospechas para pensar así, y voy á reveláros las. Ya sabéis que, desde un prin-

cipio, tanto mis amigos como yo creímos ver que la muerte dada á mi hermano obedecía, no á la mala voluntad de un hombre, sino á alguna tenebrosa intriga política.

La actitud de don Diego de Deza durante el juicio y la de la gente de su casa cuando fuí con la orden del rey y los alguaciles del Santo Oficio para que me entregasen el preso, aumentaron nuestras sospechas, que han venido á corroborarse después con la muerte repentina y misteriosa de ese hombre. Que Deza temía que las revelaciones del criminal le comprometiesen, y que por eso le ha matado, es indudable.

El brazo, pues, que cometió el crimen que privó de la vida á mi hermano ha muerto, pero vive y piensa el cerebro que le concibió. La muerte del asesino nos ha privado de conocer los detalles de aquel horrible drama y los nombres de los verdaderos autores. En los primeros momentos en que conocí la defunción del reo me asaltó la duda de si aquella muerte sería una farsa representada para librarle del rigor de sus jueces y burlar mi venganza. Por si esto era así, hice que un médico examinase el cadáver, y le acompañé hasta dejarle enterrado en el cementerio; y no queriendo omitir precaución alguna, exigí al sepulturero que me entregase la mano derecha del asesino de mi hermano.

—¡Dios mío!—replicó doña Marina sin poder reprimir un sentimiento de horror.

—Sí, señora; mano que conservo en mi poder; pero que hay momentos en que dudo si es la misma que esgrimió al acero contra vuestro esposo.

—¿Hasta ese punto lleváis vuestro recelo?

—¡Le llevo hasta más allá, señora!

—Creo, señor don Lope, que el inmenso cariño que profesabais al noble don Fernando os extravía...

—No es el cariño lo que me extravía haciéndome obrar de esta manera, señora. Es que conozco perfectamente á don Diego de Deza, y le creo capaz de todo con tal de salirse con la suya; es que sé también, Marina, que existen tósigos que dan la muerte sin dejar sobre el cadáver de la persona á quien se propinan la huella más insignificante del crimen, y sé también que hasta hay narcóticos que producen una muerte aparente, ante la cual duda y se engaña muchas veces la misma ciencia.

Doña Marina sentíase sobrecogida de espanto ante las palabras de aquel hombre.

Su corazón de madre presentía un gran peligro para don César, creyendo que Don Lope había descubierto la verdad de lo que había sucedido.

Pero con ese valor, con esa fuerza poderosa que anima á todas las madres cuando se trata de la salvación de sus hijos, se decidió á conocer de una manera completa el pensamiento de aquel hombre, y á sondar sus intenciones, á fin de ver la manera de prevenirse contra ellas y burlarlas.

Así que, aparentando una serenidad que se encontraba muy lejos de sentir, repuso:

—Son tan extraordinarias las cosas que me manifestáis, que me admiran y me estremecen al mismo tiempo.

—Pues no dejan por eso, señora, de ser menos verdaderas; cuando tuve conocimiento de la existencia y de los efectos de esa clase de tósigos, se alzó en mi alma con más fuerza que nunca la sombra de la duda; y dispuesto á esclarecer la verdad á toda costa, volví al cementerio, decidido á obligar al sepulturero á que me explicase cuanto hubiere sucedido con el cadáver de don César.

Mi propósito era desenterrar el cuerpo del asesino y cerciorarme con mis propios ojos de si me había ó no engañado.

—¿Y lo conseguisteis?—preguntó muriéndose de ansiedad la atribulada dama.

—Lo conseguí en parte, señora; al llegar á la sepultura en que el día anterior depositamos el cadáver, vimos un cuerpo medio desenterrado, con el rostro completamente destrozado y la mano derecha cortada.

—¡Qué horror, Dios mío!—replicó sin poder contenerse la dama.

—El sepulturero juró y perjuró que aquel era el cadáver del asesino de mi hermano, y no pude hacerle vacilar, á pesar de que le amenacé de muerte.

—¿De manera que os convenceríais de que vuestras sospechas eran infundadas?

—Ya os he dicho, señora, que me convencí á medias; pero no conociendo más medio que aquel que acababa de probar para cerciorarme de la verdad de la muerte de don César, fingí convencerme y me propuse esperar y observar.

—¿Y habéis podido haceros después con algún in-

dicio que os dé la luz que deseáis sobre ese oscuro problema?

—Pensando he venido de deducción en deducción á afirmarme más en la creencia de que la mano hábil é intrigante del de Deza media en este asunto; mi paje Picoli, á quien ya conocéis y cuya agudeza de imaginación sólo yo sé hasta dónde raya, ha conseguido reunir una colección tal de datos, que derraman para mí gran claridad sobre muchas cosas que antes veía muy oscuras. Por él he sabido que la víspera de la muerte de don César, Beltrán, el criado favorito de don Diego, estuvo de noche y cuidadosamente cubierto en casa del verdugo Pedro Soria, encargado de aplicar al reo el tormento del agua y de los cordeles cuando de nuevo el tribunal se reuniese. Por él tuve también noticia de que la misma noche que siguió á la tarde en que enterramos á don César, llegó al Pradillo de los Ajusticiados una litera escoltada por dos hombres cuidadosamente cubiertos, en uno de los cuales creyó Picoli reconocer á Roberto el Morisco, ese escudero de don César á quien vos, señora, recordaréis bien, porque frecuentaba esta casa en vida de mi hermano.

—Y la frecuenta aún, señor don Lope, porque tiene títulos para ello—repuso con dignidad la dama.

—Ignoro, señora, qué clase de títulos sean esos.

—Pues son, señor don Lope, los importantes servicios que Roberto prestó á vuestro noble hermano durante su cautiverio en África.

—Corriente, señora. Comprendo que vos respetéis esos títulos, si los consideráis legítimos; pero yo odio

á ese hombre con toda mi alma, como odio á todo lo que se roce directa ó indirectamente con el cobarde asesino de mi hermano.

Don César, que, como sabemos, se encontraba con Roberto oculto y escuchando la conversación, y que desde el principio de la misma se violentaba para no salir y caer como un rayo sobre aquel hombre, al oirse tratar por él de cobarde no pudo sufrir más, y desnudando su acero, se iba lanzar á la estancia á matar á don Lope, cuando Roberto, sujetándole el brazo, le contuvo, diciéndole:

—¡Deteneos, por el cielo, señor, y no olvidéis la solemne palabra que á doña Marina habéis empeñado! Ocasiones sobradas tendremos para hacer pagar á ese miserable los insultos que nos prodiga.

—Tienes razón, Roberto. La ira que siento hacia ese hombre, ofuscándome, me hacía olvidar esa sagrada promesa. Pero tus palabras, recordándomelo, me devuelven la calma, y ya puede decir ese hombre infame todo lo que quiera, que no me hará quebrantar el juramento pronunciado. Pero que tenga en cuenta que mi cólera se asemeja al torrente á quien se le pone su dique. Sus aguas van aumentando y subiendo hasta que el dique desaparece á su empuje, ó hasta que, rebasándole, le arrastra y envuelve entre sus revueltas ondas.

Don César cesó de hablar, y aparentando una gran tranquilidad, esperó.

Don Lope entretanto seguía diciendo:

—Todos los indicios que os he indicado, os aseguro, señora, que me servirán de guía para descubrir el misterio que rodea la muerte de ese hombre. Y ¡ay de don Diego de Deza y de sus cómplices si llego á conseguir el resultado que sin descanso persigo!

Y don Lope, alzándose de su asiento, se despidió de la viuda de su hermano y partió.

Cuando dejaron de sonar en la calle las pisadas de aquel hombre, doña Marina, dirigiéndose á la puerta de la estancia donde esperaban don César y Roberto, les dijo:

—Salid.

Los dos salieron.

—¿Habéis escuchado lo que dijo don Lope?—les preguntó con acento del mayor interés.

—Todo, señora—repuso don César.

—¿Os convencéis ahora del peligro que corréis quedándoos en Madrid?

—Efectivamente, señora, que el peligro es grande; pero conociendo como conocemos los propósitos de ese hombre, no nos ha de ser muy difícil burlarlos.

—Pero la fatalidad puede favorecerle y descubriros, y entonces, don César, ¡ay de vos, y, por lo tanto, ay de todos nosotros!

—Y ¡ay también de ese hombre, señora!—replicó el joven caballero de un modo terrible.—Que se guarde y

no confíe, que puede encontrarse cuando menos lo espere con la punta de mi espada.

—Sed juicioso, don César, y no añadáis con vuestras imprudencias más combustible al volcán de odio que la fatalidad levantó contra vos.

—Pues si no hubiera sido prudente, señora, ¿creéis que ese hombre de corazón de hiena sería á estas horas una amenaza para mí? Si no hubiera sido por la promesa que os hice de no salir de esa estancia hasta que me lo ordenaseis, ese hombre no existiría ya; mi acero le hubiera arrancado la vida cara á cara en esta misma casa. ¡Pero que se guarde! repito de nuevo. El me odia á muerte y lleva su rencor hasta más allá de la tumba: pues bien, yo le devolveré odio por odio y ofensa por ofensa. Entre ese hombre y yo se abre desde este momento una lucha á muerte. Ya veremos qnién consigue la victoria en esta guerra de odios y de venganzas.

La voz de don César era tan terriblemente enérgica, y en su semblante se pintaba de una manera tal la ferocidad y la ira, que el corazón de su madre sentía verdadero miedo.

La contrariedad había hostigado tan duramente el alma fogosa de aquel joven, que, cansado de sufrir el peso de tanta injusticia, se revolvía contra sus verdugos, como la fiera á quien se persigue y se acosa.

El alma ardiente de don César era, como dijimos en el primer capítulo de esta obra, capaz de todo lo bueno y de todo lo malo.

La fatalidad de su estrella le empujaba al mal, y, dada su energía, sus acciones habían de ser terribles.

Doña Marina, que conocía perfectamente las condiciones de carácter de su hijo, resuelta á apartarle á todo trance de la pendiente á que las injusticias de los hombres le lanzaban, le dijo:

—Serenaos, don César, y oidme.

—Hablad, señora.

—¿Creéis que yo me intereso algo por vos?

Don César, al oir esta pregunta, contestó sin vacilar:

—Creo, señora, que os interesáis tanto por mí como pudiera interesarse mi misma madre.

Doña Marina tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar un grito y descubrirse.

Guardó algunos instantes de silencio, y repuesta algún tanto de su emoción, repuso:

—Pues bien; si conocéis el interés que por vos me tomo, si creéis que con verdadera solicitud me intereso por vuestro bien y por vuestra dicha, ofrecedme solemnemente seguir al pie de la letra los consejos que voy á daros.

—¿Cómo os ha de negar, señora, quien tanto os debe nada de cuanto le podáis pedir?

—¿Ofrecéis obedecerme?

—En todo cuanto me mandéis, señora.

—Bien, pues salid de Madrid mañana mismo si es posible, y viajad lejos de España hasta que yo os ordene que volváis.

—Pero ¿he de dejar sin el castigo que merecen á los asesinos de vuestro esposo y mis mortales enemigos?

—Aplazad vuestra venganza y seguid mis leales consejos. El tiempo hará que la ira se aplaque en el pecho de los que os han perseguido y os perseguirían aún con más ensañamiento si supieran que viviais, y mañana podréis sin riesgo alguno volver aquí, donde ahora encontraréis una contrariedad ó un peligro inminente á cada paso.

Roberto, que abundaba, como sabemos, en las mismas ideas que la noble señora, intervino en la conversación, diciendo:

—Señor, seguid los consejos que os acaba de dar doña Marina. Nadie en el mundo se interesa por vos con fe más viva que ella. Recordad que, como dice una sentencia harto conocida, "quien evita la ocasión evita el peligro„, y salgamos de aquí al menos por algunos meses. De esta manera, Don Lope y sus secuaces, que, como habéis oído, no descansan, perderán por completo nuestra pista. Llegarán hasta olvidarse de nosotros, y entonces, cuando se encuentren más seguros y más confiados, podremos desarrollar con éxito indudable nuestros proyectos de venganza.

—Dice bien Roberto; hasta para esos fines es conveniente la ausencia—repuso doña Marina, á fin de inclinar más el ánimo de don César y decidirle á partir.—Consentís en lo que os propongo, ¿no es verdad?

—Consiento gustoso en todo cuanto me indicáis. Saldré de España, puesto que así satisfago vuestros deseos, y no volveré, señora, hasta que reciba vuestro aviso.

—No sabéis, don César, el bien que me hacéis con esa determinación—exclamó la noble señora sin poder contener su alegría.—¡Que el cielo os proteja y os libre de toda suerte de peligros, y permita que luzca pronto el momento en que con ánimo tranquilo y confiado os anuncie que podéis regresar!

—Adiós, señora, hasta que me permitáis volver á ponerme á vuestros pies.

—Adiós, don César; adiós, Roberto.

El caballero y su leal criado salieron de la estancia.

Doña Marina, que sentía de una manera grande la separación, quedó llorando, pero tranquila por la creencia de que con aquella ausencia ponía á su hijo á cubierto de los peligros que le amenazaban.

CAPITULO XXVII

EN DONDE SE DA CUENTA DE LA EMPRESA QUE SE PROPUSO REALIZAR UNA MUJER ENAMORADA

Don César salió de casa de doña Marina dispuesto á seguir sus consejos, pero con el propósito firme de no abandonar la corte sin ver antes á la amada de su alma, á la hermosa doña Esperanza de Deza.

—Partiremos mañana mismo, señor, ¿no es verdad?—preguntó Roberto así que se encontraron en la calle.

—Si consigo ver esta misma noche á doña Esperanza, partiremos; pero si no la veo, permaneceré aquí hasta satisfacer esta ardiente aspiración de mi alma.

—¡Señor, tened en cuenta el riesgo que corréis! ¡Reparad en el disgusto inmenso que recibiría doña Marina si os sucediera algún percance!

—Roberto, no puedo alejarme de aquí sin ver y hablar á doña Esperanza. Ella es la luz hermosa de mi vida, el ideal encantado de mi alma, y partir sin darla

el adiós de despedida es un imposible. Ella habrá sabido de seguro mi prisión, y tal vez mi muerte; y si no conociese que existo, si me creyese efectivamente muerto, pudiera amortiguarse en su alma el fuego de la pasión que por mí siente, y entonces la vida me sería tan odiosa que me la arrancaría, por no poder soportar tan pesada carga. ¡Necesito ver á Esperanza á todo trance, y la veré, suceda lo que quiera!

—Pero ¿de qué medio vais á valeros para conseguirlo?

—Rondaré esta noche su casa, á ver si la casualidad me depara alguno.

—Pero ¿no conocéis, señor, que intentáis una locura? Puede dar con nosotros alguna ronda; pueden detenernos y conoceros, y entonces, señor, todo se ha perdido.

—No te falta razón en lo que dices, Roberto; pero yo necesito verla. ¡Mi corazón no vive, no alienta desde que la desgracia me separó de su lado, y, suceda lo que quiera, la veré! Llega á tanto mi empeño, que aunque tuviera la seguridad de perderme, no retrocedería en arriesgar cien veces la vida por verla y hablarla.

Roberto, viendo la obstinación de su joven señor, y queriendo ahorrarle tropiezos y peligros, replicó:

—Y decidme, don César: ¿no sería más acertado que tuvieseis un poco de paciencia y que procurase yo mañana ponerme de acuerdo con la dueña Berta, y preparar una entrevista á la que pudieseis acudir con reserva y sobre seguro?

—¡Excelente me parece esa idea, amigo mío!

—Pues entonces, en vez de cruzar por estrechas calles, exponiéndonos á algún encuentro desagradable, retirémonos á casa, y dejad á mi encargo el combinar con la dueña los detalles de vuestra amorosa entrevista.

—Vamos á casa, pues—contestó don César.

Y amo y escudero, subiéndose cuidadosamente el embozo hasta la nariz, tomaron la dirección de la casa de Pedro Soria, en donde, como ya dijimos, se hospedaban.

Acababa Roberto de dejar á su joven señor en sus habitaciones y atravesaba el jardín para dirigirse á las ocupadas por su amigo el verdugo, cuando la hermosa hija de éste, la linda Mari-Salto. saliéndole al encuentro, le dijo:

—Necesito hablar contigo, amigo Roberto.

—Pues ya te escucho, estrella hermosa de la mañana.

La joven guardó silencio durante algunos instantes, temerosa de entrar en materia.

Por fin un prolongado suspiro salió de su pecho, y decidiéndose, exclamó:

—Mi padre no se encuentra en casa, y en su estancia podemos hablar como más libertad; sígueme, pues.

—Vamos donde quieras.

Y el morisco siguió los pasos de la joven, diciendo para sí:

—¿Qué tendrá que decirme esta inocente niña? Parece que se encuentra reflexiva y apenada.

Llegaron á la estancia que ya conocemos, por ser la misma en que Soria recibió á Beltrán la noche que le facilitó el tósigo para deshacerse de don César, y Mari-Salto, sentándose enfrente de Roberto, le preguntó:

—¿Tú conocerás, de seguro, todos los secretos de tu señor?

—Creo conocerlos, por lo menos, hermosa Zora.

—Pues bien: si los conoces, te ruego por lo que más quieras en este mundo dos cosas.

—¿Y cuáles son?

—La primera, que me ofrezcas no comunicar á nadie la confianza que voy á hacerte; y la segunda, que me respondas con la mayor sinceridad á las preguntas que voy á dirigirte.

—Te juro por la gloria del Profeta que seré mudo respecto á las cosas que me confíes, y que responderé con toda verdad á las que me preguntes: habla, pues, sin recelo.

—Pues bien. Roberto, deseo saber si don César se encuentra enamorado, si late su corazón por el cariño de alguna mujer, y si es correspondido.

Roberto fijó una mirada insistente en el rostro de la hermosa joven, á quien el rubor coloreaba con las más subidas tintas.

El experimentado escudero conoció de plano lo que en el inocente corazón de la doncella sucedía, y sabiendo la pasión que don César profesaba á Esperanza, queriendo ahorrar sufrimientos á la pobre morisca, se

decidió á decirla toda la verdad, á fin de ver si mataba de una vez en su pecho la semilla de aquel amor que él consideraba naciente.

Guiado por este noble fin, replicó:

—Mis palabras van á hacerte mucho daño, pobre niña; van á saturar de una gran amargura tu alma cándida y virgen; pero yo te he prometido decir toda la verdad, y el viejo Roberto no falta nunca á sus promesas. Mi joven señor se encuentra enamorado, pero con una de esas pasiones que rayan en locura.

Mari-Salto palideció al oir estas palabras, y sus labios dieron paso á un gemido que brotó de lo más profundo de su corazón.

Su hermosa cabeza se inclinó abatida sobre el pecho, y una lágrima ardiente, escapándose de sus ojos, se deslizó por sus mejillas.

Roberto contempló aquel dolor mudo é intenso, y dijo para sí:

—El corazón de este ángel de candor estaba más interesado por don César que lo que yo me presumía. Pero de todas maneras, yo he obrado bien al hablar con la sinceridad que lo he hecho.

Por duro y doloroso que sea un desengaño, no puede serlo tanto cuando una pasión empieza á formarse como después, que, desarrollada y dominando nuestro ser, forma, digámoslo así, la esencia de nuestra vida y el único y exclusivo ideal de nuestra alma.

Menos trabajo cuesta desarraigar el joven y tierno arbolillo que el roble secular y gigantesco.

El escudero guardó silencio.

La joven hija de Pedro Soria, después de algunos instantes de meditación, alzó la cabeza con energía, y secando sus lágrimas, repuso con un aplomo y una tranquilidad grandes:

—Roberto, lo que me acabas de decir es verdaderamente triste y doloroso para un corazón que, como el mío, no había latido por el amor de ningún hombre hasta el momento en que tuve la inefable dicha de ver á don César.

—Había adivinado tu interés antes que me revelases lo que acabas de decirme—replicó Roberto.

—Es doloroso, vuelvo á repetirte, y sería lo bastante para que un alma menos apasionada, menos enérgica que la mía, renunciase á sus esperanzas y á sus hermosos sueños de amor; pero yo soy al contrario que la inmensa mayoría de las mujeres: yo siento que mi pasión se agiganta con las contrariedades, y estoy segura que se purificará y arraigará más y más en mi alma con la lucha.

—¿Qué quieres decir, pobre Mari-Salto?—repuso Roberto asombrado.

—No quiero decir, sino que digo y juro que yo sabré conquistarme por completo el amor de don César, y tengo la evidencia de que llegará un día que caerá rendido y apasionado á mis pies, no latiendo su corazón por otro amor más que por el mío.

—¡Deliras, desdichada!

—No deliro; lo que hago es que tengo la conciencia de mi fuerza, y nada más.

—Pero ¿no te he dicho que mi joven señor ama á otra mujer con verdadera locura?

—¡Yo arrancaré ese amor de su pecho!

—No lo esperes.

—Lo espero, y te lo aseguro.

—Pero ¿de qué medios vas á valerte para conseguir ese imposible?

—¡Imposible! No hay nada imposible, Roberto, para una mujer que, como yo, ama con delirio y tiene suficiente energía de alma para sacrificarlo todo por conquistar el cariño del hombre por quien enloquece.

—Si el corazón de don César estuviera libre, comprendería lo que me anuncias.

—Si estuviese libre, ¿qué mérito tendría mi victoria?

—Aspiras á una cosa irrealizable. Deseas una locura, de la que estoy seguro no ha podido existir en la vida un caso semejante.

—Te engañas. Si no sucumbo en mi empresa, y venzo, como espero, no seré yo la primera que haya conquistado con sus esfuerzos de una manera absoluta el corazón de un hombre loco de pasión por otra mujer.

—No conozco tan peregrino suceso—replicó con incredulidad.

—Pues escúchame, yo te lo haré conocer.

—Habla, que mi curiosidad se encuentra con tus palabras excitada sobre manera.

—Cuenta un leyenda de Oriente que en la tribu Ohara, que era una de las más poderosas que habitaban en las vertientes del Atlas, existía hace muchos

años un joven guerrero llamado Yecín, perteneciente á una de las primeras familias, y cuyas prendas personales eran tan buenas que le hacían ser querido y respetado de todos.

La jefatura de la tribu había sido desempeñada diferentes veces por individuos pertenecientes á su familia.

El jefe que la mandaba en la ocasión á que me voy refiriendo tenía una hija de peregrina hermosura llamada Zobeida, de cuyos encantos se prendó Yecín de una manera loca.

La doncella correspondió de un modo entusiástico también al cariño del joven caballero, y una pasión gigantesca envolvió por completo sus dos almas. Pero así que el padre de la hermosa se apercibió de aquel amor, que contrariaba sus proyectos ambiciosos, pues tenía formado el propósito de unir á su hija con un príncipe hijo del jefe de una tribu vecina, no sólo se opuso á la pasión de los jovenes amantes, sino que empezó á perseguir desde aquel día con un terrible ensañamiento al apasionado Yecín.

Llegó á tanto la saña de aquel hombre, que el joven amante vióse precisado, para salvar su vida, á huir de la tribu, refugiándose en el desierto.

Después de una larga marcha á través de las abrasadas sábanas de arena, llegó, extenuado de fatiga y muerto de sed, á un delicioso oasis, donde por casualidad acampaba en aquel momento una tribu enemiga de la suya.

El asendereado fugitivo presentóse al jefe, pidién-

dole hospitalidad y amparo y refiriéndole al mismo tiempo la causa de sus pesares.

El jefe árabe, cumpliendo con la ley de la hospitalidad, amparó y socorrió al joven.

El indicado jefe tenía también una hija joven llamada Leyla, de tan peregrina hermosura y de tan agudo ingenio, que llamaba poderosamente la atención, y á quien habían solicitado en vano, no sólo los más principales guerreros de su padre, sino algunos jefes de las taifas de las tribus vecinas. Pero el corazón de la doncella, que no había latido por ninguno de aquellos hombres, palpitó de amor apenas vió la primera vez al joven proscrito.

Una tarde, á la hora poética en que el sol escondía su frente esplendorosa, sentados en una suave colina bajo la fresca sombra de un grupo de airosas palmeras, al pie de la cual murmuraba una fresca y sonora fuente, la hermosa doncella, llena de rubor, pero arrastrada por los impulsos de su alma, confesó á su joven huésped el amor que por él sentía.

La mayor amargura inundó el corazón del mancebo al escuchar aquellas palabras.

Pero, honrado y noble, no queriendo pagar con una ingratitud el inmenso bien que del padre de Leyla y de todos los suyos recibía, la dijo:

—Sultana, la mayor felicidad que hubiera podido concederme el Profeta era la de hacerme digno de merecer tu amor y poder corresponderle. Pero antes de que al destino le pluguiese que yo te conociera, conocí á otra hermosura, y por ella latió mi pecho con

la misma fe que hubiera palpitado por ti, si antes que á Zobeida te hubiera conocido.

Si el amor ó la doblez pudieran anidar en mi pecho, no te hablaría con la verdad que lo hago.

Mi triste situación puede agravarse, hablándote con esta franqueza; pero prefiero ser desdichado diciendo siempre la verdad, á ser feliz manchando mis labios con la torpe mentira. En mí tendrás siempre, hermosa sultana, un cariñoso hermano, un esclavo sumiso; pero, como ya te he dicho, mi corazón es de otra, y no me pertenece.

Leyla sintió un pesar inmenso al oir aquellas palabras; pero apreciando en su verdadero valor la energía y la nobleza del joven caballero, en vez de aborrecerle ú olvidarle, sintió acrecentarse por la contrariedad su cariño, y se propuso luchar hasta rendir el corazón de aquel hombre por quien de amor se moría.

Fingió resignarse con su adversa suerte; pero desde el momento aquel puso un anhelo tal en complacer y servir á aquel hombre, que llegó á ser con el tiempo la hermosa Leyla una necesidad para la vida de Yecín.

Su abnegación, su desinterés y su energía llegaron á tal extremo, que, ayudada por su padre, que la adoraba con el mismo delirio que á mí me adora el mío, logró derrotar y deponer al jefe de la tribu Ohara y que recayese en Yecín el mando supremo de ella.

Tanto y tanto acabó por hacer en favor de aquel hombre, que llegó un día en que á la caída de la tarde, y bajo el mismo grupo de palmeras en que Leyla confesó su pasión, Yecín se arrojó á sus pies enamorado

y rendido, jurándola, por la sabiduría del Profeta, que la amaba con toda su alma, y que en su corazón no vivía ni viviría nunca más amor que el suyo.

La hermosa sultana, para probarle, fingió rechazar sus súplicas; y tal era la verdad y la firmeza con que Yecín lo hacía, que desnudando su acero y poseído de la mayor exaltación, la amenazó con arrancarse la vida en el acto si no le correspondía.

La apasionada Leyla se arrojó entonces, llorando de felicidad, en los brazos de aquel hombre á quien con tanto delirio amaba, y la felicidad más completa rodeó durante toda su vida á aquellos dos seres, nacidos para vivir el uno para el otro.

El destino premió con la victoria y la felicidad la abnegación y el valor de aquella mujer, como estoy segura que ha de premiar más pronto ó más tarde mi fe y mis esfuerzos.

La hermosa hija de Soria cesó de hablar.

Roberto, admirado de su decisión y energía, repuso:

—Quieran los hados, candorosa niña, que no recojas un desengaño terrible. Yo, que tengo á tu padre una amistad tan grande como sincera, y que te aprecio á ti con el mismo cariño que pudiera tener á una hija, he cumplido con mi deber previniéndote del riesgo á que te expones. Tengo la conciencia tranquila, pues he obrado como bueno y leal amigo.

—Y yo te doy gracias, Roberto, por tu buena intención, y apreciaré siempre en lo mucho que vale tu afecto y el interés que por mí demuestras en este caso.

Ahora sólo me resta recordarte la promesa de que guardarás la reserva más profunda respecto á cuanto te he dicho, y pedirte que en lo sucesivo me prestes tu ayuda en todo lo que yo emprenda en beneficio de tu señor.

—Cuenta conmigo para cuanto quieras, Mari-Salto.

—Gracias, y que el Profeta te tenga en cuenta el inmenso bien que me haces.

Y la joven, despidiéndose de Roberto, se alejó de la estancia.

El viejo escudero, al verla desaparecer, exclamó:

—Temo, pobre niña, que vas á recoger un amargo desengaño en cambio de tu abnegación.

Si don César te hubiera conocido antes que á doña Esperanza, te hubiera amado, y yo tendría en ello una satisfacción inmensa, porque, queriéndole como le quiero, preferiría verle enamorado de una mujer de mi raza mejor que de la hija de uno de nuestros más crueles verdugos. Pero el corazón es un tirano, y al corazón no se le manda. Don César ama con locura á la hija de Deza, y creo que su pasión durará tanto como su vida.

CAPITULO XXVIII

UNA DICHA INESPERADA

Al día siguiente, Roberto, obedeciendo las órdenes de su joven señor, se instaló muy de mañana en un sitio á propósito para observar si de la casa del alcalde mayor don Diego de Deza veía salir á la vieja dueña Berta.

Desde que don César se puso en amores con la hermosa doña Esperanza, Roberto había tenido especial cuidado en estudiar las costumbres de la dueña, y en conocer todos los rincones adonde con más frecuencia solía asistir.

Sabía que muy de mañana acostumbraba á oir misa en un convento de padres agustinos instalado en una calle cercana á la en que Deza residía; y por ver si aquella costumbre no se había perdido, el bueno del escudero esperaba acechando con el cuidado más solícito. Pero las horas corrían, la dueña no asomaba

por ninguna parte, y Roberto, á pesar de su cachaza, iba ya impacientándose.

—¡Esa vieja marmota ha variado sin duda de costumbre! ¿Se la habrá acabado ya la manía de roer diariamente los huesos á todos los santos de la corte celestial? ¡Me parece esto una cosa imposible! ¡Las mañas que entran con el capillo no salen sino con la mortaja! Esperemos algún tiempo, y quizás consigamos nuestro deseo.

Y pensando así el escudero, empezó á pasear á fin de entretenerse y que no se le hiciera el plantón tan pesado.

Al dar uno de sus paseos, exclamó con una alegría infinita:

—¡Vamos, Dios mejora sus horas! Ya veo á la enlutada y rechoncha dueña tomar el camino del convento. ¡Ya presumía yo, con razón, que no habría olvidado sus camándulas! Sigámosla con disimulo.

Y el escudero, calándose el sombrero hasta las cejas y el embozo hasta la nariz, se puso en seguimiento de Berta, que acababa de salir efectivamente del portal de la casa de su señor.

Apenas dobló la dueña la esquina de la calle, el escudero aceleró su marcha; y dándola alcance y colocándose á su lado, se llevó la mano al ala de su sombrero con el mayor respeto, diciendo:

—¡Que Dios conceda santos y buenos días á mi señora doña Berta!

—¡Cielos! ¡Vos por aquí, señor Roberto!—replicó la dueña sorprendida.

—Siempre, señora, dispuesto á serviros en cuanto tengáis la dignación de mandarme.

—¡Ay..., señor Roberto! —exclamó la dueña lanzando un ruidoso suspiro. —¡Ay y cuántas desgracias se han venido sobre todos nosotros desde el último día que nos vimos!

—¡Es verdad, señora! Pero ¿tendréis la bondad de decirme cómo se encuentra de salud mi señora doña Esperanza?

—¡Ay! ¡la pobrecita la hemos tenido á la muerte durante algunos días!

—¿A la muerte decís? —exclamó Roberto con sorpresa.

—Sí, señor. Desde el instante en que llegó á su noticia el fallecimiento de vuestro amo, la pobrecita se sintió acometida de un acceso tal, que creímos que se nos moría. Hasta los mismos doctores desconfiaron de salvarla, y alguno hubo que opinó que, si escapaba de la enfermedad, quedaría para siempre perturbada su razón.

—Pero se ha salvado, ¿no es cierto?

—Sí, señor, gracias á la divina Providencia. Pero la pobrecilla se encuentra sumida en una tristeza que la consume y la devora. No encontramos manera alguna de distraerla; y eso que su padre, siguiendo el consejo de los doctores, hace para ello todo cuanto está en su mano. La hace salir al campo casi todos los días, y la obliga á asistir al corral de la Pacheca la mayor parte de las noches en que hay representación. Pero, nada, señor Roberto, todo cuanto se hace es inútil; ¡no

hay medio alguno de arrancar de su mente una idea fija que la martiriza como un taladro! La muerte de vuestro joven señor va á ser la causa de que la pobre doña Esperanza se muera también. Lo tengo dicho, y desgraciadamente veo que voy á salirme con mi tema. ¡Pobre señorita mía! ¡Con gusto daría yo lo que me resta de vida por verla dichosa y feliz!

La dueña dejó de hablar, y limpió con su pañuelo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Roberto la contempló en silencio durante unos instantes, y, persuadiéndose de que el dolor que manifestaba era verdad, la dijo:

—Calmad vuestro sentimiento, mi buena señora, que yo tengo en mi mano el facilitaros un medio seguro para que devolváis á vuestra ama la salud y la alegría.

—¿Qué decís, señor Roberto?—exclamó la dueña con desconfianza.

—Lo que habéis oido.

—¿Y cómo puede ser eso si los doctores no aciertan á obtener ese resultado que vos me anunciáis?

—Es que los doctores no conocen la medicina de que yo dispongo. Pero para indicárosla necesito que me prometáis antes, por lo que os parezca más sagrado en el mundo, que no revelaréis á más persona que á doña Esperanza lo que yo voy á deciros.

—Os lo juro, señor Roberto, por la Virgen de la Almudena, mi patrona, y por todos los santos y santas, ángeles y serafines de la corte celestial.

El escudero, que, como sabemos, era morisco, no pudo menos de sonreirse ante aquel abundante jura-

mento, pero se dió por satisfecho conociendo que una beata como Berta no podía presentarle una garantía mayor. Así que, acercándose hasta tocar con sus labios el oído derecho de la dueña, la dijo en voz sumamente baja:

—Pues bien, señora Berta; decid de mi parte á doña Esperanza que mi joven señor don César no ha muerto.

La sorpresa que causó á la dueña esta revelación de Roberto fué tan grande, que no le permitió ni pronunciar siquiera la exclamación que tenía de costumbre.

Fué necesario que transcurriesen algunos momentos para que, reponiéndose algún tanto, pudiera replicar:

—Pero ¿es cierto lo que me decís, señor Roberto?

—Tan cierto como que es verdad que os estoy hablando, y que vais en este momento á oir y ver el santo sacrificio de la misa.

—Os creo, señor Roberto, os creo. Pero es tan extraordinario todo eso que me reveláis, que al principio de oiros no pude menos de dudar. ¡Ahí no es nada encontrarse de repente con que está viva una persona por cuya alma viene uno rezando todos los días!

—Pues se encuentra mi señor tan vivo y sano como nosotros, y consumiéndose de impaciencia y ansiedad por ver y hablar á su adorada doña Esperanza.

—Pues, señor Roberto, verla no le será difícil á vuestro amo; pero lo que es hablarla, le ha de ser imposible por ahora. La señorita se encuentra delicadísima todavía, y además su señor padre, cuidadoso por su salud, apenas se separa de su lado. Pero con la nueva que voy á darla confío que se restablecerá pronto, y en-

tonces buscaremos una ocasión oportuna para que se realicen los deseos de vuestro señor.

—Pues qué remedio; de no poder hablarla por ahora, tendrá mi señor que conformarse solamente con verla. ¿Y dónde podrá ser esto, queréis decírmelo, mi señora doña Berta?

—Ya os he dicho que casi todas las noches que hay representación, el señor don Diego lleva á mi señora al coliseo de la Pacheca.

Mañana á la noche, según tengo entendido, va á representarse una farsa de gran tramoya, donde salen ángeles, diablos, sátiros, cíclopes y una porción de animales de diferentes especies, é irán, de seguro, mis señores. Yo prevendré á doña Esperanza para que no se sorprenda al ver á vuestro amo y tengamos algún disgusto.

—Muy bien. Decidla entonces que mi señor acudidirá á verla disfrazado de estudiante.

—Así lo haré.

—Yo vendré á buscaros á la hora de hoy todos los días á fin de saber por vuestro conducto noticias de vuestra señora.

—Y yo, señor Roberto, tendré un gran placer en podéroslas comunicar satisfactorias. Pero por todos los santos del cielo poned gran cuidado en que mi señor y mucho menos Beltrán se aperciban de que vuestro señor no ha muerto, porque entonces todos nos perdíamos sin remedio.

—Ya tendremos ese cuidado por la cuenta que nos tiene.

—Ahora quedad con Dios, pues oigo el último toque y la misa va á salir.

—El os guíe, señora doña Berta; creo excusado recordaros el juramento que de callar cuanto os he dicho me hicisteis hace poco.

—Perded cuidado. Quiero á mi señorita lo suficiente para que mis labios no se desplieguen más que para anunciarla la nueva de su felicidad.

El escudero y la dueña se separaron.

Jamás á una beata como la anciana Berta le pareció una misa más pesada ni más larga.

La impaciencia por ver á su señora y contarla su encuentro con Roberto la consumía.

Así es que se dejó sin rezar mucho más de la mitad de sus diarias devociones, y apenas el sacerdote, lanzando su bendición al pueblo, pronunció el *ite, missa est*, la buena dueña salió del convento disparada hacia su casa.

Doña Esperanza encontrábase triste, y las lágrimas empañaban de continuo sus hermosos ojos.

Desde la muerte de don César había perdido una gran parte de su espléndida belleza.

Las penas matan lo mismo la hermosura del alma que la del cuerpo.

Berta llegó á su casa, pero tuvo que reprimir su impaciencia, porque don Diego de Deza encontrábase en aquel momento al lado de su hija.

El alcalde mayor, que había envejecido diez años

en aquellos días, hablaba á doña Esperanza con el mayor cariño, diciéndola:

—Sé razonable, hija, y haz por desechar esa tristeza que te mata y me hace sufrir de un modo cruel. Tú eres, Esperanza, mi único consuelo, la única alegría de mi vejez, el único aliciente que me hace llevadera la vida, y si prosigues obstinada en no poner nada de tu parte para recobrar la salud, conseguirás matarte y matarme de pena.

—¡Padre mío, yo no puedo ni arrancar de la memoria ni desechar de mi alma este dolor cruel que me martiriza! Yo amaba á don César con toda la fuerza de mi ser. Había reconcentrado en su cariño toda la alegría de mi vida, y al faltarme aquel ideal, sólo puedo encontrar fácil reposo en brazos de la muerte. Yo bien quisiera, padre mío, poder olvidar mis sufrimientos, siquiera por complaceros; pero me es imposible de todo punto. Hago supremos esfuerzos para llegar á ese fin; pero como el cielo, al devolverme la salud, no me ha privado de la memoria, los sucesos ocurridos se presentan de continuo ante mi mente y me atormentan y me matan.

—¡Oh! ¡No digas eso, Esperanza! ¡No digas eso, que me entristece y me desespera! ¿Tan poco valgo yo para ti? ¿Tan poco vale el que te dió el ser, cuidó de tu infancia y se afanó durante toda su vida por asegurar tu porvenir y tu dicha, que no merece siquiera que por complacerle procures vivir? ¿Tanto me aborreces que ni aun por el consuelo que me reportaría verte dichosa quieres hacer lo que esté de tu parte por serlo?

—¡Aborreceros yo, padre mío! ¡Eso nunca! Os respeto y venero con todas las fuerzas de mi alma; pero ¿qué culpa tengo yo de que mis penas sean más fuertes que mi voluntad y mi cariño? ¡Yo deseo olvidar, y recuerdo; quiero estar alegre, y lloro; deseo ser feliz, y soy completamente desdichada; ansío vivir, y muero! ¿Puedo yo acaso oponerme á los rigores de mi destino y á la influencia fatal de mi estrella? Yo hago todo cuanto está en mi mano por obedeceros; pero existe una fuerza más poderosa que mi voluntad, cuyo impulso sigo á pesar mío.

Sin embargo, señor, yo os prometo redoblar desde hoy mis esfuerzos para ver si consigo complaceros poniéndome buena.

Don Diego, abrumado ante las poderosas razones de su hija, lanzó un profundo y doloroso suspiro, y después de un largo momento de silencio, repuso:

—¡Oh! ¡Por devolver la vida á ese hombre daría yo con gusto la mía! ¡Por verte dichosa y feliz, Esperanza, todos cuantos sacrificios hubiera necesidad de hacer serían pocos para mí!

En aquel momento penetró Berta en la habitación. Don Diego, al verla, dió un nuevo giro á su conversación, diciendo á su hija:

—Ya sabes, mi Esperanza, que mañana á la noche iremos al coliseo de la Pacheca. La farsa que representan es nueva y de un ingenio notable de esta corte, y creo nos hará pasar la noche distraídos. Desecha, pues, hija mía, la tristeza, y no pienses más que en distraerte y mejorarte.

Y el de Deza, besando á su hija en la frente, partió dejándola acompañada de su dueña.

Así que salió don Diego de la estancia, la vieja Berta, que se consumía de impaciencia por comunicar á su ama las noticias que le dió Roberto, se acercó á ella con un rostro tan alegre y tan satisfecho, que doña Esperanza, á pesar de su tristeza, notando aquella satisfacción, la dijo:

—¿Qué ocasiona esa expresión de alegría que resplandece en tu rostro y anima tus ojos?

La dueña, sin responder á aquella pregunta, interrogó á su vez:

—Decidme, señora, ¿creéis en los milagros?

—¡Extraña pregunta! Yo creo, Berta, en todo cuanto cree y confiesa la Iglesia nuestra santa madre.

—Pues bien, señora: mi alegría consiste en que el santo cielo ha hecho un milagro para nosotras.

—¡Deliras, Berta!

—No, señora, no deliro.

—¡Pues cualquiera lo creería!

—Cualquiera lo que me dará será la razón cuando yo le explique el milagro sucedido. ¿No recordáis aquel paso de la Sagrada Escritura que refiere la resurrección de Lázaro?

—Sí—exclamó alarmada doña Esperanza.

—Pues bien, ¿no sería un milagro para vos la resurrección de una persona á quien quisierais mucho?

—¿Qué dices? ¿Pretendes acaso burlarte de mi dolor

con semejantes suposiciones?—repuso con severo acento la noble doncella, palideciendo horriblemente.

—¡Oh! ¡No os alarméis, por Dios! Necesito revelaros un verdadero milagro, un asombroso prodigio, y temiendo que mis nuevas os produjeran una impresión que os dañara, quería preveniros. Pero soy tan torpe, que, por más que he procurado, no he sabido conseguir mis propósitos.

—¡Oh! ¡Habla, habla por Dios!—exclamó doña Esperanza, sintiendo una ansiedad que crecía por momentos.

—Pues bien, señora: al ir á la iglesia me he encon-contrado al señor Roberto.

La noble hija de Deza lanzó, sin poder reprimirse, una exclamación, y repuso:

—Acaba, por Dios, Berta.

—Me paró, y después de preguntarme por vos, me dió una nueva tan extraordinaria y tan grata...

—¡Acaba, que me va á matar la ansiedad si tardas en explicarte!

—Pues bien: me ha dicho que os anunciase con la mayor reserva que su joven señor...

—¿Qué?—preguntó de una manera invencible.

—No ha muerto.

—¡Jesús!.. ¡Imposible! Tú no has entendido bien, Berta. Eso sería para mí una dicha tan grande é inesperada, que no podría resistirla mi corazón.

—Por eso temía yo anunciárosla, señora.

—¿Insistes en que eso sea cierto, Berta? ¿Insistes en que vive el alma de mi alma y que mis penas y mis

dolores pueden aún tener en esta vida consuelo?—exclamó con mayor exaltación.

—Calmaos, por Dios, señora—repuso Berta alarmada ante el creciente acceso de la joven.—Las grandes alegrías matan lo mismo que las grandes penas, y yo no me perdonaría haber ocasionado vuestra muerte creyendo que con mis palabras podía asegurar vuestra dicha. Calmaos y sed razonable, ya que el destino os devuelve la felicidad que juzgabais perdida.

—¡Oh! ¡Yo me calmaré, yo sabré dominarme, pero repíteme cuanto Roberto te haya dicho! ¡No olvides ni el detalle más pequeño, ni ninguna de sus palabras! Todo cuanto se refiere al dueño de mi alma es para mí de una importancia suma.

La dueña refirió entonces á su señora su encuentro con el escudero de don César y la conversación que con él sostuvo, sin omitir ninguno de sus detalles.

La noble joven, á quien las palabras de Berta llenaban el corazón de una felicidad infinita, rompió á llorar de alegría; y cayendo de rodillas, elevó sus ojos al cielo dando las gracias más fervientes por aquella ventura inesperada.

Desde aquel momento, en el semblante de la hermosa doncella empezó á brillar un destello de alegría, y en su corazón se levantó también la luz de la esperanza.

Don Diego sintió un placer grande al ver la mejoría

de su hija, creyendo que su alivio correspondía solamente á la promesa que le hizo de esforzarse por complacerle y agradarle.

El bueno del alcalde mayor se engañaba por completo.

CAPITULO XXIX

EN DONDE EMPIEZA Á VERSE DE LO QUE ES CAPAZ UNA MUJER ENAMORADA

Así como la dueña Berta se apresuró á poner en conocimiento de doña Esperanza su entrevista con Roberto, éste se afanó también en manifestar á don César cuanto le dijo la dueña respecto á la joven hija del alcalde mayor.

—¡Oh! ¿Ha estado la vida de mi alma enferma de cuidado?—replicó don César con verdadero afán.

—Pero ya está bien, señcr, y con la noticia de que vivís estoy seguro de que su curación será rápida y completa.

—Quiéralo el cielo, Roberto, y haga que pronto me sea permitido verla y reiterarla mis juramentos de amor y mis protestas de amarla por toda la vida. ¡Oh! ¡por poder verla y hablarla ahora mismo, me dejaría matar!

—¡Tened calma y no os exaltéis, señor! Ya os he dicho que mañana á la noche asistirá con su padre al coliseo, y allí podréis verla.

—¡Siglos serán para mí las horas de mañana!

—La impaciencia fué siempre achaque de enamorados.

—¿Y hablarla? ¿Cuándo podré hablarla?

—Ya os he dicho, señor, que Berta me avisará cuando sea ocasión oportuna.

—¡Dios quiera que esa dicha no se retarde! La ansiedad que ha de sentir mi pecho hasta que llegue ese momento que con tanta impaciencia espero me matará, de seguro, si se demora demasiado.

—También estoy yo impaciente respecto á ese particular. Me tenéis dicho que así que habléis con doña Esperanza partiremos de aquí, y ya me tarda verme lejos de esta corte, donde temo topar á cada paso con un peligro que nos pierda.

—¿Desde cuándo tienes miedo, Roberto?—repuso don César con extrañeza.

—Desde que os he visto preso y he visto que habéis escapado milagrosamente de la muerte; ya sabéis, señor, que yo no soy cobarde; no temo los peligros cuando parten de enemigos francos y resueltos; pero me atemorizan las tramas urdidas en la sombra por esos hombres á quienes no se siente ni conoce más que por el daño que uno recibe de sus manos. Ese don Lope y ese paje, cuya travesura tanto celebran, me inspiran un cuidado grande; por encontrarlos en sitio á propósito, acero contra acero y en franca lid, daría yo mi

mano izquierda; entonces veríais, señor, qué poco miedo me causaban; entonces veríais qué pronto daba yo cuenta á estocadas y cintarazos de esos dos hombres.

—Ya llegaremos á eso, Roberto, yo te lo aseguro; ya sabes que vengarme de ese hombre es uno de los más ardientes deseos de mi alma, pero ahora no pienso más que en ver á mi Esperanza, reiterarla mis juramentos de amor y salir de España, cumpliendo la promesa hecha á doña Marina.

—Tenéis razón, señor; lo primero es lo primero; ya llegará día en que ajustaremos cuentas con todos nuestros enemigos.

A la noche siguiente, don César, vestido con un airoso traje de estudiante y acompañado por Roberto, salió de su casa con dirección al coliseo de la Pacheca.

Al atravesar la Plaza Mayor, Roberto dijo en voz baja á su amo:

—Tengo aprensión de que nos siguen; separémonos, tomad vos hacia adelante, y yo veré si puedo confirmar mis sospechas.

Don César, acelerando su marcha, se adelantó.

Roberto quedóse oculto á la sombra de uno de los cuadrados pilares de la Plaza.

Con la mano puesta en la empuñadura de la espada observó cuidadosamente durante un largo rato; pero, como no viese á nadie, prosiguió su marcha, aunque siempre con recelo.

Ante la puerta del coliseo agrupábase la gente vien-

do llegar las carrozas y las sillas de mano de las damas principales de la corte.

Los escolares, riendo y bromeando alegremente, abundaban como abundan siempre en toda clase de diversiones.

Don César, con el embozo calado, encontrábase cerca de otros dos estudiantes que no tomaban parte en las bromas de los demás.

Roberto, un tanto retirado y perfectamente cubierto, observaba.

La carroza de don Diego de Deza llegó al fin.

En el momento de abrirse la portezuela, don Diego saltó á la calle y dió la mano á su hija para que descendiese. Esta dirigió entonces con ansiedad los ojos hacia los tres estudiantes; y don César, bajando el embozo en aquel momento, la dejó ver su semblante animado por una sonrisa de felicidad.

La emoción que experimentó Esperanza fué tan grande, que su padre, apercibiéndose, la dijo:

—¿Te pones mala, hija mía?

—No, padre y señor, me siento perfectamente bien.

Deza y su hija penetraron en el coliseo.

Don César los siguió, y detrás Roberto.

—¿Habéis visto á ese estudiante que acaba de repasar la puerta de entrada?—preguntó Picoli á dos hombres que embozados como él le acompañaban.

—Sí.

—¿Le conoceréis?

—Seguramente.

—Pues á ése es á quien debéis provocar hasta ha-

cerle reñir con cualquiera de vosotros. Yo espero aquí hasta verle salir, dispuesto á ayudaros.

—Pues no tendréis mucho que esperar, si ese mozo no tiene aloja por sangre en las venas.

Y aquellos dos hombres, que no eran otra cosa que dos espadachines de oficio que ponían continuamente su espada al servicio del que les ofrecía un puñado de oro, penetraron en el coliseo.

Detrás de ellos pasaron también los dos estudiantes que vimos embozados cerca de don César.

Estos escolares deslizáronse haciendo esfuerzos por entre la multitud que llenaba la parte más oscura del coliseo, que era precisamente donde se había colocado don César; y acercándose al joven caballero antes de que lo pudieran hacer los enviados de Picoli, uno de los escolares le dijo en voz baja:

—¡Compañero, prevenios, que os buscan un lance desagradable!

Don César, sin quitarse el embozo, se volvió á ver quién le hablaba de aquella manera; pero en aquel instante los secuaces de Picoli llegaron junto á él, y uno de ellos, pisándole fuertemente, le dió al mismo tiempo un empujón, diciendo:

—¡Eh, señor sopista, no os echéis tan encima de la gente, que el que más y el que menos tiene su alma en su armario, y ha pagado también sus cinco cuartos!

En la época á que nos referimos, las localidades del coliseo costaban cinco cuartos, cuatro por el asiento y uno por la entrada, cuyo producto se aplicaba al sos-

tenimiento de los niños expósitos y del hospital, según asegura Ortiz en sus *Noticias históricas.*

Don César sintió que una llamarada de cólera inundaba su pecho ante aquella injusta provocación. Pero, acordándose del aviso que le acababan de dar, reprimió su enojo, y sin responder á las frases insolentes de aquel hombre, se separó de su lado. Pero su intento fué inútil. Al separarse de uno se encontró con el otro espadachín, que, empujándole á su vez, le dijo de una manera insolente:

—Seor hampón, ¿no tenéis ojos, que así atropelláis á la gente? Tened más cuidado si no queréis que os enseñe á cintarazos cómo debe tratarse á las personas de mi categoría.

El joven caballero no fué dueño de contener un primer impulso de cólera, cuando la misma consideración que le hizo dejar sin respuesta la provocación anterior le obligó á reprimirse. Pero esta vez, lo mismo que la primera, sus deseos se vieron defraudados.

El hombre que le hostigaba, y que creyó logrado el fin que se proponía, al ver el primer movimiento del joven caballero, al apercibirse de que intentaba separarse de su lado, le asió de la capa y le dijo:

—Lo que os he ofrecido, seor sopista, estoy pronto á cumplíroslo, si no sois tan cobarde como grosero y desatento.

Y al acabar estas frases, tiró con violencia de la capa á fin de desembozar al joven y verle el rostro.

—¡Vive Dios! Dejadme en paz, menguado—replicó don César.

Y acompañando la acción á la palabra, rechazó de una manera tan enérgica á su agresor, que le hizo retroceder dos pasos.

—¡Hola! ¡hola! ¡tenemos la sangre caliente, señor licenciado! Me felicito sobre manera de ello. Salid conmigo, y tendré el gusto de que me probéis á solas que sabéis manejar el acero de la misma manera que dar pechugazos delante de la gente, donde conocéis que no pueden llegar las cosas á mayores.

Don César comprendió que le era imposible evitar aquel lance buscado y preparado indudablemente para conocerle y perderle; y decidido á jugar el todo por el todo, se acercó á Roberto y le dijo:

—Necesitamos reñir con esos dos hombres y matarlos.

—Si no tuviéramos que hacer más que eso, poco importaría; pero temo, señor, que sean echadizos para descubriros.

—Lo mismo sospecho, y ya he procurado por cuantos medios he podido evitar este lance; pero me convenzo de que eso es imposible, y me decido á arrostar cuanto pueda sobrevenir. Encárgate de uno, que el otro corre de mi cuenta.

—Sea. Pero dejadme á mí llevar la palabra en este lance.

—Llévala.

Roberto se acercó entonces á aquellos dos hombres, y en voz baja les dijo:

—Hidalgos, si lo sois, que lo dudo, habéis osado provocar á este señor licenciado, que es forastero y amigo mío; y si, como creo, tenéis las manos tan largas como las lenguas, hacedme la merced de salir, y en el Prado de San Jerónimo podremos, sin que nadie nos moleste, arreglar á nuestro placer nuestras diferencias.

—Habláis mejor que un libro, señor mío, y prontos estamos á complaceros,—replicó con sorna uno de aquellos hombres.

—Pues ahorremos palabras y echad delante para que la gente no se aperciba.

—Pues en la puerta esperamos.

—No esperaréis mucho, os lo aseguro. Á mí no me gusta gastar tiempo en esta clase de asuntos.

Los dos espadachines salieron.

Un momento después, Roberto y su señor, embozados hasta las cejas, salieron también.

Los dos hombres que los esperaban se adelantaron á su encuentro, diciéndoles:

—Estamos á vuestras órdenes.

—Pues al Prado de San Jerónimo, pero delante de nosotros ó detrás, hidalgos,—les dijo Roberto, que, presumiendo la clase de gente que eran, no se fiaba en ir en su compañía.

—¡Receloso sois, amigo!—repuso con sorna uno de aquellos dos hombres.

—¡Soy lo que quiero!—replicó Roberto con una entonación tan feroz, que los dos espadachines se miraron asombrados.

Sin cruzarse una frase más llegaron nuestros cuatro

hombres á las inmediaciones de la pared de la huerta contigua á la iglesia de San Fermín.

La noche era muy clara, y una luna esplendorosa iluminaba con sus plateados rayos el sitio elegido por aquellos hombres para decidir á estocadas su contienda.

—¡Ahora veremos, señores camorristas, si manejáis la espada con tanta desfachatez como la lengua,—exclamó Roberto.

Y desembozándose desnudó su acero.

El escolar que le acompañaba hizo lo mismo; y ya les habían imitado sus dos contrarios y el combate iba á empezar, cuando Picoli, que les había seguido y que á la luz de la luna había reconocido que no era don César el estudiante que acompañaba á Roberto, se lanzó entre los combatientes, exclamando:

—¡Haya paz, señores! No es justo ni razonable que por unas palabras dichas con más ó menos oportunidad se arranquen la vida cuatro caballeros como vosotros. Yo, que soy amigo de estos señores, y que he oído, señor licenciado, las frases que os dirigieron, os pido en su nombre que los dispenséis.

—¡Quedan dispensados! Basta que se empeñe un caballero tan principal como vos lo parecéis,—replicó Roberto haciendo que no conocía á Picoli.

Y con el fin de desorientarle más de lo que en aquel momento se encontraba, añadió:

—Pero conste que mi dueño y señor el licenciado don Cosme Corneja, que es este caballero, y que, como provinciano no conoce bien los usos de la corte, no

consiente ni consentirá nunca que se le estorbe ni que se le moleste.

—Seguro puede estar el señor licenciado que por nuestra parte vuelva á sufrir incomodidad alguna, y recibid, señor escudero, las gracias más expresivas por haber accedido á mi demanda,—repuso Picoli.

—No hay de qué darlas, y buenas noches, señores, que nosotros sentimos impaciencia por volver al coliseo.

Y Roberto y Astor, pues él era el que, bajo el disfraz de estudiante, ocupaba el puesto de don César, se alejaron de sus adversarios.

—¿Nos habéis hecho provocar á ese hombre y traerle hasta aquí para esto?—preguntó á Picoli uno de los dos espadachines.

—¿Y qué os importa, si os he de pagar lo mismo que si el lance se hubiera llevado á cabo?—replicó Picoli.

—Tiene razón nuestro dueño,—repuso el otro hombre.—Más vale cobrar sin exposición que tomar el precio convenido después de haber cambiado tajos y estocadas. En el caso presente no hay engaño, y con un canto en los pechos me daría yo porque siempre acabasen de tan provechosa manera los negocios en que ponemos mano.

—Mirada la cosa bajo ese punto de vista, tenéis razón, amigo mío.

—¡Ea! seguidme, que deseo yo también volver al coliseo,—profirió el paje de Lara.

Y se puso en marcha, seguido de sus dos satélites.

El italiano se encontraba preocupado y reflexivo, no acertando á explicarse con claridad lo que acababa de ver.

—Me he engañado por completo, y sin embargo, juraría que aquel escolar que penetró con ese escudero en el teatro tenía el mismo aire y la misma talla de ese condenado don César que tanto nos da que hacer. ¿Me habrán burlado también esta noche?

¡Oh! ¡Esto es para darse á Barrabás!

Y Picoli, pensando de esta manera, y revolviendo en su mente proyecto tras proyecto, llegó al coliseo, y dando orden á los dos hombres que le acompañaban para que le aguardasen en la puerta penetró en el interior del edificio.

Uno de los actos de la farsa que se representaba estaba acabando, y el travieso italiano, aprovechando la atención que los espectadores prestaban, cruzó en todas direcciones á ver si descubría al estudiante en quien creyó conocer á don César; pero sus deseos se malograron, y de sus pesquisas sólo pudo conseguir ver á Roberto y al supuesto licenciado Corneja ocupando tranquilamente sus asientos y riendo á mandíbula batiente de las ocurrencias de los farsantes encargados de la parte cómica de la obra.

—*Per Bacco*, que esto pasa ya de castaño oscuro.

Y el italiano desesperado abandonó furioso el coliseo.

—Ni aun de esta manera me convenzo completamente. Por la santa Madonna, que cada contrariedad de éstas me aferra más y más en mis sospechas.

Esta noche he sido burlado otra vez, pero ya veré si puedo tomar la revancha,—decía para sí.

Y despidiendo y pagando á los espadachines que le esperaban, se dirigió hacia la casa de don Lope, formando en su mente nuevos proyectos.

El italiano era más terco que un aragonés.

Expliquemos ahora lo que había sucedido y de qué manera el criado de Pedro Soria, Astor el morisco, ocupó con Roberto al salir del coliseo el puesto de don César.

Cuando éste y su escudero se disponían á seguir á los dos hombres que les habían provocado, el escolar que dió á don César el aviso de que le amenazaba un disgusto se acercó, y, bajándose el embozo, descubrió su semblante.

—¡Mari-Salto!—exclamaron á una el caballero y su criado.

—Sí, yo soy, que vengo á deshacer los proyectos de vuestros enemigos. Roberto, sal con este amigo,—y señaló al que le acompañaba,—á reñir con esos hombres, y vos, don César, seguidme por este otro lado.

Roberto, que conoció inmediatamente el pensamiento de la joven la obedeció sin replicar.

Don César repuso:

—Eso nunca. ¡Jamás he retrocedido ante ningún lance, por peligroso que fuera! Yo no he de consentir que otra persona corra por mí el riesgo de perder la vida.

—¿Y por ese escrúpulo vais á dejar que vuestros enemigos se salgan con la suya? Por lo que más queráis, por el amor de doña Esperanza, os conjuro á que me sigáis al instante. De otra manera os perdéis sin remedio y nos perdéis á todos.

Y Mari-Salto, asiendo de un brazo al joven caballero, le arrastró á uua salida opuesta á la que Roberto y el otro estudiante se dirigían.

Cuando se encontraron en la calle, divisaron á los cuatro adversarios marchando en dirección al Prado, y detrás á Picoli, que recatadamente los seguía á algunos pasos de distancia.

—¿Veis,—repuso la joven,—aquel hombrecillo que sigue á los que van á reñir? Pues es el paje de don Lope de Lara, que os espía con un afán inmenso. Os creyó reconocer cuando os bajasteis el embozo para saludar á la hermosa hija de don Diego de Deza, y con el fin de cerciorarse, hizo que esos hombres vinieran y os provocaran. Yo, que oí sus palabras y que adiviné sus propósitos, me propuse burlarlos. Mi estratagema ha surtido efecto, y como veis, ese paje italiano sigue engañado á nuestros amigos. Pero alejémonos de aquí, porque así que descubra el enredo volverá, de seguro, á ver si os encuentra.

—¿Y vamos á dejar á nuestros amigos empeñados en ese trance sin ir en su ayuda?

—Recordad, señor, que ninguno de los dos es manco, y además de eso, ¿qué importa la vida, no de uno, sino de los dos, comparada con la vuestra?

Pronunció la joven estas palabras con tal calor, que

don César no pudo por menos de fijarse en ella y replicar:

—Gracias, hermosa niña, por el ventajoso concepto que os merezco. Sois demasiado benévola al juzgarme; y tanto por eso como por la acción que esta noche hacéis conmigo, mi gratitud hacia vos durará tanto como mi vida.

—No he hecho más, don César, que cumplir como una amiga que os aprecia, y el servicio que os haya podido prestar no merece, ni con mucho, esa gratitud que me ofrecéis. Pero alejémonos de aquí antes de que la farsa se descubra, y ese paje del de Lara se ponga de nuevo sobre vuestra pista.

Y Mari-Salto, que enlazaba su brazo al de don César, le arrastró suavemente, alejándole del coliseo.

Algún tiempo después penetraban en la casa de Pedro Soria, y don César, admirado de la energía y de la gracia de Mari-Salto, después de reiterarla su reconocimiento por haberle salvado, la vió alejarse, diciendo para sí:

—¡Qué encantadora y qué hermosa es esta niña! Lo es casi tanto como mi Esperanza.

Mari-Salto adivinó por las frases y las miradas de don César la impresión agradable que le había producido, y sintió inundarse su alma de gozo.

La luz de la esperanza se alzo en su corazón, y con la fe más profunda se dijo:

—El primer paso está dado, y con éxito. El corazón de ese hombre me pertenecerá de una manera absoluta. Tengo cada vez mayor confianza.

Querer es poder, y yo quiero con un empeño infinito.

Y la joven hija de Pedro Soria se recogió, mecida en un mundo de halagüeñas ilusiones.

Más adelante veremos si llegó á realizar con éxito la difícil empresa que tan ardientemente perseguía.

CAPITULO XXX

EN DONDE SE VE LO DURO DE CORAZÓN QUE ERA PICOLI EL ITALIANO

Dos días después de los sucesos referidos en el capítulo anterior, á la caída de la tarde, un hombre con su zurrón á la espalda y su arcabuz al hombro, y un zagalote desgreñado y harapiento, que conducía un hermoso lebrel sujeto con una cuerda de cáñamo, una enorme bota y una gran liebre, deteníanse junto á la puerta de la casucha de maese Roque, en el Pradillo de los Ajusticiados.

El cielo, cubierto de espesas y oscuras nubes, empezaba á lanzar sobre la tierra grandes y espesas gotas de agua; la luz de los relámpagos brillaba á intervalos, y la voz poderosa del trueno hacía estremecer, repetida por el eco, en las concavidades de las rocas y en las barrancadas del terreno.

La tempestad se venía encima, y, por la manera con que se anunciaba, debía ser terrible y poderosa.

El cazador, á quien no le gustaba sin duda la lluvia, aplicó dos golpes con la culata de su mosquete sobre la carcomida puerta de la casucha, que la hizo estremecer.

—¿Quién demonios llama á estas horas?—preguntó Roque desde adentro.

—Dos cristianos viejos que prefieren, á empaparse de agua hasta los huesos de aquí á la corte, empaparse en excelente vino de Alicante y forrarse el cuerpo con sendas tajadas de liebre, si habéis la caridad de darles albergue y lumbre.

El sepulturero abrió entonces la ventana y miró al exterior, y al ver al hombre y al zagalote, y sobre todo al fijarse en la bota y en la liebre, dijo para sí:

—Vamos, son dos cazadores á quienes ha sorprendido el chubasco.

Les daré casa y lumbre, y nos comeremos la caza que traen y nos beberemos la bota de vino en santa paz y amable compañía. Así como así, hace más de una semana que no ha remojado mis labios la noble sangre del Señor.

Y Roque, discurriendo de esta manera, descorrió el cerrojo, y abriendo de par en par la puerta, dijo á los recién llegados:

—Pasen adelante, buenos amigos, y dispongan como gusten de la pobreza que hay en esta casa.

Los dos cazadores penetraron, diciendo:

—Muchas gracias, buen hombre, por el favor que nos dispensáis. Hemos estado cazando todo el día sin haber podido dar muerte más que á esta prójima,—y

señaló á la liebre que el chico había dejado en el suelo; —y, como veis, nos ha sorprendido la tormenta cerca de este camposanto. Así, pues, y gracias á vuestra caridad, permaneceremos aquí hasta que cese la lluvia; y para pasar el tiempo haciendo algo, por aquello de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, guisaremos, si os parece, esta liebre, nos la comeremos al calorcillo de la lumbre como buenos hermanos, rociándola con el tinto de Alicante que traigo en esta bota, y que es un vinillo que no le ha de beber mejor ni el poderoso cardenal arzobispo de Toledo.

—Me parece inmejorable y cristiano vuestro propósito,—replicó Roque con satisfacción.

—Pues entonces, amigo, manos á la obra. Anda, Paquillo, despelleja y haz tajadas esa liebre, mientras yo preparo los chismes para condimentarla.

—Y yo avivaré el fuego, que no es justo que me quede ocioso,—replicó Roque.

Cada uno de aquellos tres hombres emprendió su tarea, y al cabo de algún tiempo, sentados al calor del hogar, se refocilaban ante el confortante olor que despedían las tajadas de liebre, puestas á la lumbre en un gran caldero.

—¡Y era gorda y grande como un perro la condenada!—repuso Roque clavando sus ojos en las hermosas magras de liebre.

—Y que nos vamos á chupar los dedos,—repuso el cazador,—pues Paquillo guisa como el mejor hostelero, y sazona sus salsas con un picantillo que excita á beber que da gloria. De seguro que viene provisto de

unas cuantas guindillas que le vendrán á este guiso como anillo al dedo.

El muchacho, sin replicar palabra, sacó del bolsillo de su harapienta ropilla dos largas y retorcidas guindillas encarnadas, y después de mostrárselas á sus dos compañeros, las hizo pedazos y las echó en la cazuela, revolviéndolas con las tajadas.

—¡Ni el poderoso señor duque de Lerma cenará esta noche mejor que nosotros!—exclamó Roque entusiasmado.

—Ni con tan buen apetito, al menos por mi parte.

—Y por la mía, pues ya se me está haciendo la boca agua.

En aquel momento brilló un relámpago vivísimo y se dejó oir un trueno terrible.

La casucha en que estaban albergados nuestros hombres se conmovió hasta en sus cimientos.

—¡Santa Bárbara bendita!—exclamó el cazador santiguándose.

—¡Anda, anda, y cómo se divierten los angelitos! ¡Parece que se tiran á la cabeza todos los trastos del cielo!—replicó Roque.

El agua arreció entonces como si las cataratas del cielo se hubieran desgajado.

—¡Duro, duro, que, á Dios gracias, nos coge bajo techado!

—Y con la cena ya en su punto. Podemos quitarla de en medio cuando queráis.

—¡Pues dejémoslo para el instante!

Y Roque puso delante del cazador una pequeña mesa

de pino, y el muchacho que respondía al nombre de Paquillo, cogiendo el caldero con las dos manos, le retiró de la lumbre.

Momentos después le puso sobre la mesa, y un segundo más tarde los tres comensales atacaban al guisado de liebre con verdadera codicia.

La bota empezó á correr de mano en mano, repitiéndose á menudo las libaciones por reclamarlas así el picante con que estaba condimentado el guiso.

El cazador y Paquillo bebían poco, pero procuraban aparentar todo lo contrario.

Roque, en cambio, encantado de la excelente calidad del vino, se dormía bebiendo, como vulgarmente se dice.

Su gaznate era una especie de albañal, y su estómago se asemejaba á un tonel sin fondo.

Pero como la bota era grande y bien repleta, el sepulturero trasegó á su placer cuanto vino quiso.

El tintillo de Alicante empezó á producir su efecto.

El rostro de Roque se coloreó de un rojo subido, y sus ojillos grises chispeaban, despidiendo relámpagos, y una alegría inmensa animaba todo su ser.

—¡Ahora es la ocasión!—dijo en voz baja el muchacho al cazador.

Y éste, como obedeciendo á aquella advertencia, dirigiéndose á Roque, entabló con él la siguiente plática:

—La verdad es que en este camposanto de los Ajusticiados os deben ocurrrir casos extraños y terribles.

—¡Ya lo creo!—repuso Roque, á quien la lengua empezaba ya á trabársele.

—De seguro que habréis visto más de una vez trasgos y brujas, si es verdad lo que aseguran, de que al salir las condenadas los sábados por la noche de sus aquelarres, vienen montadas en palos de escoba á chupar la sangre de los ajusticiados.

—Sí que vendrán, no lo dudo,—repuso Roque con voz balbuciente por los efectos del vino;—pero yo, si he de decir la verdad, no me he topado con ninguna todavía.

—¡Ni lo quiera Dios! Porque dicen que á la persona que se encuentra por la noche con alguna de esas condenadas, le sucede, de fijo, algún percance; pero si no habéis visto brujas en este Pradillo, de seguro que habréis visto algunas otras cosas curiosas, que podríais relatarnos para que la velada nos fuese más entretenida.

—¡Ya lo creo que he visto!—repuso Roque sonriendo de una manera estúpida.

—Vaya otro trago.

Roque bebió; el cazador siguió diciendo:

—Ya veis; yo, que no he venido aquí más que dos veces con ésta, presencié la primera noche que vine una cosa curiosa.

—¿Sí?—preguntó Roque con voz gangosa, pasándose la mano por los ojos.

—Sí; una noche me buscaron para acompañar á un

señor que venía á veros con el fin de que le dierais la mano derecha de un hombre á quien enterrasteis por la mañana.

Roque clavó una mirada vaga en el cazador; pero éste, sin hacer caso, continuó diciendo:

—¿Os sorprende lo que os digo?

—Sí.

—Pero no podéis negarme que es verdad; ya veis si estoy enterado, que os añadiré que se la disteis envuelta en un trapo negro.

—Sí.

—Pero no pudieron conseguir lo que con ella se proponían.

—¿Pues para qué la necesitaban?

—Para hacer con ella un bebedizo á fin de que una joven preciosa amase á un viejo rico y caprichoso; bebedizo que no podía hacerse sin raspaduras de uñas de la mano derecha de un joven caballero, cortada en la primera noche de su enterramiento.

El sepulturero, al oir aquellas palabras, soltó una carcajada ruidosa.

—Sin duda la vieja embaucadara que ofreció el filtro no supo hacerlo, y le ofreció quizás sólo por la codicia de apropiarse el dinero del viejo enamorado.

—¡Quién sabe! También pudo ser causa de que no surtiera efecto el que no fuera mano de caballero aquella, y sí de algún pelaire muerto en riña en aquellos días,—replicó Roque volviendo á soltar una ruidosa carcajada.

Al oir aquellas frases, el zagalote que acompañaba

al cazador se puso lívido de cólera y sus ojos despidieron una llamarada de ira.

El cazador alargó otra vez á Roque la bota, y mientras éste la propinaba una nueva y prolongada caricia, le preguntó:

—¿Os reís porque le disteis tal vez algún chasco al que vino por la mano?

—Sí,—replicó Roque, haciendo al mismo tiempo con la cabeza repetidas señales de asentimiento.

Después se limpió la boca con el revés de la mano, y añadió:

—Me quisieron engañar, y les engañé yo como á chicos que se les enseña un dulce, y cambiándole de mano, se les da una castaña pilonga. ¡Les di gato por liebre, vamos!

—¿De manera que aquella mano no era del joven caballero que enterrasteis aquella tarde?

—¡Quiá!—replicó volviendo á reir estrepitosamente.

Roque se encontraba completamente embriagado. Sus ojos se cerraban y su lengua trabábase más á cada momento.

El cazador, aguijoneado por el chico, le preguntó de nuevo:

—¿Pues qué hicisteis entonces del cadáver de don César?

—¡Se lo llevaron enterito!—repuso de una manera casi ininteligible.

—En una litera, ¿no es verdad?—preguntó con explosión el muchacho.

—¡Sí!...

—¿Y quién se le llevó?

Roque, que había llegado al período álgido de la embriaguez, cerró los ojos, y sin dar contestación á la pregunta, inclinó la cabeza sobre el pecho, dejó caer sus brazos de una manera pesada, y resbalando de la banqueta en que se encontraba sentado, vino al suelo como un tronco.

—¡Infierno! ¡Hemos dado de beber á este canalla más de lo que podía resistir!

—¡Tenéis razón, señor Picoli!—replicó el cazador dejando ya el fingimiento, en vista del estado del sepulturero.

Efectivamente, el zagalote harapiento á quien llamaban Paquillo no era otro que el paje italiano, disfrazado tan perfectamente, que maese Roque no había sospechado siquiera el engaño, y el cazador era un criado de la casa de Lara, que, puesto de acuerdo con el paje, se prestó á desempeñar aquel papel.

—¡Oh! mis sospechas eran fundadas. Necesito hacer hablar á este hombre á todo trance. Ya sabemos que nos engañó, dándonos una mano por otra; que se llevaron en una litera el cadáver de don César, y que su escudero Roberto era uno de los embozados que la escoltaban.

Para hacer estas cosas, esos hombres han tenido que contar con protectores poderosos, y esos no pueden ser más que don Diego de Deza y sus amigos. No me cabe la menor duda. Vuelvo á repetir lo que antes he dicho: necesitamos hacer que este hombre hable, y hablará mal que le pese.

—¿Y cómo vamos á componernos para ello, señor Picoli?

—Ahora lo verás. Toma la cuerda con que está sujeto el perro y ata á este hombre codo con codo.

El cazador hizo lo que el italiano decía, y maese Roque quedó fuertemente asegurado.

—Atale ahora las piernas desde las rodillas hasta los tobillos.

—Ya está hecho,—repuso aquel hombre cumpliendo la orden del paje.

—Ahora, mira si hay aceite en alguno de esos cacharros, mientras pongo yo al fuego este puchero con agua.

—Aquí hay lo que ha sobrado, sin duda, de guisar la cena.

—Tráelo.

Y Picoli, mezclando el aceite con el agua, lo puso á calentar en un gran puchero. Cuando lo creyó á una temperatura suficiente, repuso:

—Hagámosle beber á este hombre este brebaje para promoverle el vómito y que se despeje.

Abrieron la boca á Roque, aunque con gran trabajo, y colocándole en una postura á propósito, empezaron á echarle el agua y el aceite, hasta que consiguieron hacerle tragar todo el contenido del puchero.

Pocos momentos después Roque empezó á provocar de una manera terrible, y algún tiempo más tarde á dar muestras de que su cabeza se despejaba.

Entonces, Picoli, á quien la impaciencia le tenía sobrexcitado, tomó un cántaro con agua, y vertió una

gran parte de ella en la cabeza, cuello y pecho del sepulturero. Este, bajo el peso de aquellas impresiones, abrió los ojos, empezando á jurar y maldecir. Picoli, dándole un fuerte puntillón, exclamó:

—Despabílate, canalla, que necesito hablar contigo largamente.

—Pero ¿qué mil demonios estáis haciendo conmigo? —repuso Roque, volviendo por completo á la razón.

—¿Quién se llevó el cadáver de don César?—preguntó en su voz natural el paje.

Maese Roque le reconoció entonces, y al verle disfrazado y al encontrarse sujeto de la manera que lo estaba comprendió la verdad de lo que le sucedía.

—Me han emborrachado para arrancarme revelaciones que les interesan. ¡Miserable de mí, que no he sabido contenerme! ¡Bien me decía mi pobre difunta que la maldita afición al vino había de ser, más pronto ó más tarde, causa de mi perdición! Procuremos hablar lo menos que sea posible, y veamos si de alguna manera podemos engañar á esta gente.

Y pensando así el sepulturero, hizo que no había entendido la pregunta del paje.

—¿No has oído lo que te pregunto, miserable?—exclamó Picoli furioso, propinándole un nuevo puntapié.

—¡Señor, tened compasión de este pobre viejo, que os dió hospitalidad en su casa con la mejor buena fe!

—¡Tu buena fe, viejo zorro! Lo que te hizo permitirnos entrar fué la bota que viste en mi mano; si no, nos das con la puerta en las narices, aunque nos hubiera llevado el diablo. Sería una necedad tener com-

pasión de un bandido como tú, que hace poco se gozaba en mis barbas de haberme engañado.

—¡Por Dios, señor, cómo había yo de hacer semejante cosa!

—¡Pues la has hecho, bribón, y te va á costar bien cara esa bromita!

—Los vapores del vino trastornaron sin duda mi cabeza, y me hicieron disparatar sin ton ni son.

—Y ahora ¿estás sereno?

—No del todo, señor. La sorpresa que he experimentado al verme hecho una sopa y amarrado de pies y manos como un criminal, me tiene perturbada la cabeza de tal manera, que casi no puedo darme cuende lo que estoy diciendo.

—¡Pues ya verás cómo yo hago que te despabiles cuanto antes!

Y dirigiéndose al cazador, le dijo:

—Descalza á ese hombre, mientras yo avivo ese fuego.

Maese Roque comprendió en seguida de lo que se trataba, y se puso pálido como la muerte.

El cazador empezó á descalzarle, y Picoli con la mayor actividad echó un gran puñado de astillas secas en el fuego, y sopló hasta que logró hacer brotar una brillante y vivísima llama.

El sepulturero encontrábase ya con los pies desnudos.

El cazador le había despojado de sus abarcas, y terminada su operación, dijo:

—Ya está descalzado este prójimo.

—Pues ahora verás cómo le hacemos hablar hasta por los codos. Ayúdame.

Y cogiendo por las rodillas á Roque mientras que el cazador le asía por debajo de los brazos, le acercaron al fuego, hasta que empezó á sentir en los pies un calor insoportable.

Al verse en aquel apurado trance, y conociendo que el italiano era capaz de todo, el viejo sepulturero exclamó de la manera más lastimosa que pudo:

—¡Pero, señores, por las benditas ánimas del purgatorio, por lo que más estiméis en el mundo, no llevéis las cosas á tal extremo! ¡Yo hablaré, yo os diré todo cuanto sepa; os lo juro por la Santa Virgen de la Almudena, mi patrona! ¡Preguntadme cuanto queráis!

—¡Ves cómo ya te vas dando á partido!—replicó Picoli con sorna.—Si no hay, para hacer comunicativa á la gente, otra cosa mejor que llegarla con energía á la piel. ¡Esto lo sabes tú mejor que yo, tunante! Tú, que estás todos los días ayudando al verdugo de la ciudad á dar tormento. Conque presta atención á lo que voy á decirte.

—Ya escucho, señor.

—Y ten en cuenta que en el momento que tardes un segundo en responder á cualquiera de las preguntas que voy á hacerte, te meto los pies en el fuego, y hasta que se te conviertan en carbones no los retiro, así me lo pidas por todos los santos de la corte celestial.

—Bien, señor. ¡Vos sois el cuchillo y yo la carne!

—Déjate de maulerías y escucha. ¿Estás completa-

mente despejado y te das cuenta cabal de lo que oyes y de lo que dices?

—¡Sí, señor, sí!—se apresuró á responder el pobre sepulturero.

Picoli sonrió maliciosamente y repuso:

—¿No es verdad que me has dicho que me engañaste, dándome la mano del cadáver de un pelaire por la de un caballero?

—Sí, señor.

—¿No es cierto también que aseguraste que el cuerpo de don César se le llevaron de aquí enterito? Esta fué tu frase.

—También, señor.

—¿Recuerdas que dijiste que se le llevaron metido en una litera?

—De eso no me acuerdo tanto.

Al oir esta contestación evasiva, Picoli, dirigiéndose á su compañero, le dijo con la mayor sangre fría:

—Acércale un poco más los pies al fuego.

El cazador cogió á Roque por debajo de los brazos para poner en práctica lo que el paje le decía; pero el desdichado sepulturero repuso entonces con precipitación:

—¡Deteneos! No es necesario que os molestéis, pues ahora recuerdo perfectamente que es verdad, señor, que os dije también eso.

—Bueno; me alegro mucho conocer que las brasas de esas astillas son tan eficaces para avivarte la memoria.

—¡Señor, por la pasión de Jesucristo, compadeceos

de este pobre diablo, que no os ha hecho mal alguno!

Picoli, sin cuidarse de estas lamentaciones, preguntó de nuevo:

—¿Quiénes fueron los que se llevaron el cádaver de don César? ¿Cuándo te hablaron de este asunto y qué te dijeron? ¡Procura que no se te olvide al responder ni el detalle más pequeño, porque en cuanto vaciles siquiera te meto los pies en la lumbre!

—Me hablaron, señor, momentos antes de enterrarle, y me encargaron el secreto más absoluto y bajo juramento respecto á lo que se proponían hacer con él: de manera que ya veis mi compromiso.

—Yo no tengo que ver nada con que tú te comprometieras y jurases guardar ese secreto. Yo necesito saberlo todo, absolutamente todo, y ó cantas, ó ya sabes lo que te espera

Roque comprendió que si decía la verdad comprometía á su maestro Pedro Soria, y que éste le mataba en cuanto supiera que le había vendido.

Por otro lado, si se obstinaba en callar, sabía tambien que sin compasión le tostaban aquellos dos hombres, en cuyas manos le puso su mala fortuna; así que, en tan grave apuro, discurrió un medio que, aunque doloroso, lo creyó salvador, y se decidió á ponerle en planta sin vacilar, respondiendo:

—¡Señor, violar así un secreto es para los hombres que tenemos conciencia una cosa muy grave!

¡Ya veis: jurar en vano es un pecado mortal que se paga en la otra vida con el fuego eterno!

—Pues el callar lo vas tú á pagar ahora mismo con

otro fuego que no es eterno, pero que quema y calcina las carnes y los huesos como vas ahora mismo á ver.

Y el paje, diciendo y haciendo, cogió al sepulturero por debajo de los brazos, y empujándole de una manera violenta, le metió los pies en las brasas.

Roque lanzó un grito terrible de dolor, y empezó á hacer esfuerzos supremos, queriendo librarse de aquel horrible suplicio. Pero Picoli le sujetaba por los brazos y el otro hombre por las piernas; así que el pobre viejo se vió imposibilitado de moverse.

—¡Yo hablaré, yo hablaré! ¡Pero apartadme de este tormento del infierno!—exclamó de una manera desesperadora.

—¿Lo dirás todo?

—Sí, todo.

Picoli le separó entonces del fuego.

—Pues bien, señor, quien me habló y me compró el cadáver de don César fué el señor doctor don Cosme Segura,—dijo Roque fingiendo que hacía un esfuerzo supremo.

—¡Mientes, miserable!—exclamó Picoli con exaltación, inclinándose sobre el viejo con objeto de estudiar el efecto que su réplica producía en los ojos de aquel hombre.

Pero maese Roque se dominó de manera que sostuvo con tanta serenidad la mirada ardiente del paje, que éste, á pesar de su travesura y de su carácter receloso y desconfiado, se engañó.

—¡No miento, señor! ¡Os juro que digo tanta verdad como crueles y terribles son los dolores que en este instante estoy experimentando!

—¡Mientes, te repito, y ahora mismo te lanzo otra vez al fuego!

Y Picoli, para cerciorarse más de que aquel hombre no le engañaba, volvió á meter los pies en las brasas.

—¡Dios mío, tened misericordia de mí!—exclamó el anciano elevando sus ojos al cielo.

Después los cerró, quedando sin sentido.

—¡Este hombre ha dicho cuanto sabía, no me cabe duda! Pero he querido cerciorarme de que no me engañaba,—repuso el paje dirigiéndose á su compañero.

Después retiró el cuerpo de maese Roque hasta dejarle en la mitad de la estancia, y tomando el cántaro del agua, movido sin duda por un destello de compasión, vació el líquido que contenía sobre los pies humeantes del viejo desmayado.

—Me parece, señor Picoli, que hemos ido demasiado lejos. Este hombre, si no está ya muerto, va á morirse de seguro.

—Un tunante menos,—repuso el paje con frialdad

Y como no tenían nada que hacer ya en aquella casa, desataron los brazos de Roque, y salieron, abandonándole sin sentido y sin cuidarse de socorrerle.

CAPITULO XXXI

Á UN TUNANTE, OTRO MAYOR

La disposición del duque de Lerma acordando que su hijo pudiera volver inmediatamente á Madrid produjo un efecto contraproducente al que se propuso con ella el primer ministro.

Los amigos del de Uceda se persuadieron bien pronto de que si firmó la declaración en que los delataba, fué porque su padre le obligó á ello con amenazas de muerte; y recordando que se apresuró á avisarlos del riesgo que corrían, en vez de desconfiar de él, le profesaron desde aquel momento más sincera adhesión.

Quien contribuyó en más alto grado á que tomasen este rumbo las opiniones de los parciales del de Uceda fué don Lope de Lara.

Este, para hacerse más lugar á su lado y tener más influencia cerca de su persona, apenas tuvo conocimiento del regreso del duque á la corte, se presentó

en su palacio á darle la bienvenida y á reiterarle su adhesión.

—Os doy gracias, señor don Lope, por vuestra felicitación, que agradezco en lo que vale, viniendo, como viene, del más sincero y leal de mis amigos.

El de Lara refirió entonces al duque la entrevista que tuvo con su padre, los temores que sintió y los propósitos que le manifestó el favorito, terminando, por último, diciendo:

—Aquí tenéis, señor, la representación que vuestro padre os hizo firmar, y que, á mi modo de ver, sería conveniente negar, haciendo ver que cuanto se ha dicho referente á la existencia de este documento no ha sido más que una calumnia inventada por vuestros enemigos para desacreditaros.

Yo no he indicado á nadie una palabra siquiera sobre este asunto; sólo tenemos conocimiento de él tres personas: vos, vuestro señor padre y yo.

La prueba con que podían atestiguar está afortunadamente en vuestras manos. Destruidla, pues, y de esa manera podréis decir, sin miedo á que nadie os desmienta, que la existencia de esta declaración fué una falsedad y una calumnia de nuestros adversarios.

Y el de Lara, cesando de hablar, puso en manos del de Uceda la representación firmada que le entregó el primer ministro.

El duque examinó un momento aquel papel, y lleno de gratitud hacia el de Lara, le dijo:

—Os debo, señor don Lope, un agradecimiento in-

menso. El servicio que me acabáis de prestar no tendré nunca con qué pagárosle en lo que vale.

—Vuestra amistad, señor, y vuestro cariño son para mí, no suficiente, sino sobrada recompensa.

—Destruyamos esta prueba que me arrancaron en un momento supremo á fuerza de terribles amenazas.

Y el duque acercó el papel á una de las velas de cera que ardían en la estancia.

Al ver volar las pavesas en que el escrito se convertía, el de Lara exclamó:

—¡Ahí tenéis, señor; ya no existen más que cenizas, y dentro de un instante humo y nada!

—Ahora decidme si sabéis algo respecto al de Acevedo y á la marquesa de Altamira.

—Ayer mismo, señor, recibí un aviso en el que me anunciaban que sabiendo vuestro pronto regreso á la corte, don Juan vendría de incógnito, y así que estuviesen de vuelta los demás amigos, reanudaríamos nuestros trabajos contra el favorito.

Su majestad la reina está resuelta, á lo que parece, á favorecer nuestros propósitos, molestada por el desaire que recibió en la cuestión de aquel aventurero don César y en el nombramiento de inquisidor general.

—Pues es preciso, don Lope, no desaprovechar la buena disposición de ánimo de nuestra soberana; reanudemos nuestros trabajos con ardor, á fin de ver si conseguimos el triunfo de nuestros ideales; avisad á los amigos así que lleguen, con el fin de ponernos inmediatamente de acuerdo.

—Lo haré como lo deseáis, señor; y si no tenéis alguna nueva orden que comunicarme, voy á anunciar á nuestros amigos que se quedaron en Madrid vuestra llegada.

—No tengo más que deciros sino que os reitero nuevamente mi reconocimiento.

—No penséis más en eso, señor, y hasta mañana.

—Adiós, don Lope.

El de Lara salió del palacio del de Uceda con la mente llena de ambiciosas esperanzas; y en vez de dirigirse á buscar á los amigos, tomó la dirección de su casa á ver si Picoli había tornado de su expedición, pues la llegada del duque á la corte tuvo lugar la misma tarde en que el paje italiano se presentó disfrazado en la casucha de maese Roque.

—Buenos se pondrán los cazadores con la noche que hace,—decía don Lope arrellanado en un cómodo sillón de la estancia que le servía de biblioteca, oyendo caer el agua á torrentes como en aquel momento caía.

Las horas se deslizaron, y acababan de sonar once campanadas en el reloj del convento de San Plácido, cuando Picoli, vestido ya como tenía de costumbre y con el semblante satisfecho y alegre, se presentó en la estancia donde se encontraba don Lope.

Este, fijando una mirada en el semblante de su paje, le dijo:

—Veo por la satisfacción que anima tu rostro que has conseguido algo.

—Poca cosa, señor,—replicó el paje sonriendo satisfecho.

—Vamos, habla, hombre.

—Ya tenemos cogido el hilo.

—¿Sí?—repuso con curiosidad el de Lara alzándose del asiento

—Sí, señor, y ya sabéis que el refrán dice "por el hilo se saca siempre el ovillo".

—¿De manera que tú crees que tenemos en la mano el medio de conocer esa desaparición misteriosa que nos preocupa?

—Sí lo creo, señor; y lo que es por esta vez espero no equivocarme.

—Así sea; pero cuéntame todo lo que te haya sucedido.

Picoli refirió entonces, sin omitir nada, cuanto había hecho con el sepulturero y lo que éste le había confesado.

—De manera que, según dices, fué el doctor Cosme Segura quien se llevó el cadáver?

—Sí, señor.

—Pues entonces pronto sabremos toda la verdad del caso; Segura es amigo mío y una persona veraz y respetable, y así que conozca que tengo interés en este asunto me dirá todo lo que en él haya de cierto.

—¿Y no sería posible ver á ese señor doctor esta misma noche?—replicó Picoli.

—Hombre, me parece ya algo tarde.

—Para un médico nunca es tarde, señor. Su profesión le obliga á tener que levantarse á todas horas.

—Dices bien; no recordaba esa particularidad. Iremos á verle así que escampe.

—Si ahora apenas llueve.

Don Lope se acercó á uno de los balcones de la estancia, y después de mirar un rato á la calle, dijo:

—Tienes razón, no llueve casi nada. Vamos, pues, ahora mismo á ver á Segura.

Y el de Lara, pidiendo su capa y su sombrero, y ciñéndose la espada, salió con Picoli en busca del doctor.

Hora y media más tarde, amo y criado tornaban á su casa poseídos de la mayor desesperación. Picoli, sobre todo, se encontraba loco de despecho.

El doctor Segura les había jurado, bajo su fe de cristiano y de caballero, que no sabía lo más mínimo respecto á lo que había pasado con el cadáver de don César.

Don Lope, que conocía la honradez y formalidad del galeno, le creyó de una manera absoluta, y volviéndose hacia su paje, le dijo:

—El viejo sepulturero se ha burlado de vosotros.

El italiano, que sospechaba lo mismo desde que oyó las primeras palabras del doctor, sintió levantarse en su alma una tempestad de ira, y si le hubiera valido, se hubiera castigado á sí mismo por la torpeza que acababa de cometer.

Pero como su terquedad sobrenadaba siempre á todos los desengaños que recibía, desde la casa del doctor á la de su amo fué silencioso, meditando lo que ha-

bía de hacer para castigar la burla de que había sido objeto.

—Retírate á descansar, Picoli, que mañana será otro día, y veremos si somos más afortunados en nuestras pesquisas,—le dijo el de Lara.

—¡Descansar yo! ¡De ninguna manera, señor! Lo que voy á hacer ahora mismo es volver al Pradillo de los Ajusticiados á vengar la burla infame que me ha dado ese truhán.

Y diciendo y haciendo, penetró en su habitación, y colgándose del cinto un par de pistolas cuidadosamente cargadas, salió de nuevo con dirección al cementerio, guiado por su despecho y su terrible deseo de venganza.

Clareaba ya el día cuando el italiano llegó á la casucha del viejo maese Roque.

Al empujar la puerta, ésta no hizo resistencia alguna.

—Está como nosotros la dejamos. Sentiría que ese viejo raposo se hubiera muerto, porque entonces me privaba del placer de vengarme,—dijo para sí.

Y tomando una pistola en cada mano, penetró resueltamente en el interior de la casucha.

Ni en la cocina, ni en otras dos piezas de que la casa se componía, encontró rastro alguno de maese Roque.

—¿Dónde demonios se habrá escondido ese maldito viejo?—exclamó en voz alta como si alguien pudiera oirle.

Y desesperado, rugiente, no sólo registró hasta los más pequeños rincones, sino el depósito de cadáveres, el cementerio y sus alrededores.

—Si el tunante tenía los pies abrasados, ¿cómo es posible que se haya movido de aquí?

Y desesperado, registró de nuevo una y otra vez, hasta que, convencido de la desaparición del hombre á quien buscaba, levantó los puños al cielo en actitud amenazadora, y en el paroxismo de la rabia brotó de sus labios una horrible blasfemia.

Aquel adolescente estaba en aquel momento verdaderamente desesperado.

Toda la saña del infierno se reflejaba en su semblante, que parecía, más que el de un ser humano, el de un condenado.

Expliquemos ahora lo que había sucedido.

Maese Roque se propuso, como ya dijimos en el capítulo anterior, poner en práctica un medio que se le había ocurrido para salir de las manos de aquellos hombres, sin hacer revelaciones que pudieran comprometer á su maestro Pedro Soria. Este medio consistía en dejarse por un momento abrasar los pies, fingiendo resistirse á hablar, y engañar luego á sus verdugos con noticias falsas, que tomarían por verdaderas al ver que había consentido en sufrir aquel horrible martirio antes de revelarlas.

Este medio, que era expuesto y doloroso, dió al viejo sepulturero el resultado que se propuso.

Como vimos, no sólo tuvo valor para soportar los primeros dolores, sino que fingió tan perfectamente perder el conocimiento la segunda vez que le metieron los pies en las brasas, que sus verdugos se convencie-

ron de que eran ciertas y verdaderas sus revelaciones.

Así que calculó que el paje y su compañero se habían alejado de la casa, se incorporó, y desatándose las piernas, que sus atormentadores no se cuidaron de desatar, intentó levantarse. Pero sus esfuerzos fueron vanos. El fuego le había producido en los pies tan horribles quemaduras, que le impedían sostenerse.

—Es necesario á todo trance que me aleje de aquí sin pérdida de momento, si no quiero verme, antes de poco, en un compromiso más duro aún que el que acabo de pasar. Esos hombres verán al doctor y descubrirán mi engaño, y entonces volverán aquí; y si me encuentran, me matan como á un perro,—pensó aquel hombre.

Y arrastrándose como pudo, se dirigió hacia donde tenía su lecho.

Tomó una de las sábanas y envolvió con ella cuidadosamente sus pies, y colocándose una de sus abarcas en cada mano, para no herirse con las chinas del camino, salió á rastra de la casa, y se dirigió á ocultarse entre los despedazados paredones, desde los que observó Picoli á Roberto y los suyos la noche que acudieron con la litera á llevarse el cuerpo de don César.

Los esfuerzos que tuvo necesidad de hacer Roque para arrastrarse hasta allí y los terribles dolores que las quemaduras le producían agotaron sus fuerzas de tal modo, que le impidieron moverse durante algún tiempo.

Al ver su impotencia, su desesperación no tenía límites.

El tiempo pasaba, y el desdichado comprendía que si la Provincia no mandaba á alguien en su socorro encontrábase muy expuesto á caer de nuevo en manos de sus verdugos.

Cuando se entregaba á estas tristes reflexiones, oyó cruzar por el camino á unos arrieros que conducían una numerosa recua.

Decidido á jugar el todo por el todo á fin de ver si salía de aquella situación desesperada, gritó pidiendo socorro.

Los arrieros se pararon, y al oir el acento lastimero de maese Roque, su primer impulso fué el de acelerar más el paso. Pero uno de ellos, más caritativo ó más animoso, exclamó:

—¿Quién pide socorro?

—¡Un pobre anciano á quien al principio de la noche han desvalijado y molido unos bandoleros!—repuso maese Roque.—¡Amparadme, por Dios, buenas gentes, que el cielo os lo tendrá en cuenta y os pagaré además la merced que me hagáis! No me dejéis aquí abandonado.

—¡Vamos á socorrer á ese hombre, muchachos!—repuso el arriero que preguntó.

Y animando á sus amigos, se acercaron al sitio donde Roque se encontraba, y al verle que no se movía, le preguntó:

—¿Estáis atado ó herido, pobre hombre?

—Tengo los pies quemados. Los bandoleros que me detuvieron me llevaron á la casucha del guarda del Pradillo, y para hacerme que les dijera dónde oculta-

ba mi dinero, me han quemado los pies en las brasas de la cocina.

—¡Herejes! ¡Infames!—replicaron los arrieros indignados.

—¿De manera que no podréis moveros, pobre hombre?

—No, hermanos; el miedo me ha hecho arrastrarme hasta aquí como Dios me ha dado á entender. Pero mis fuerzas se han agotado, y me es imposible moverme. Si me hicierais la caridad de llevarme á Madrid en una de las caballerías que conducís, mi gratitud por vuestra noble acción sería eterna, y además, como ya os he dicho, os pagaría por este servicio lo que me pidierais.

—Os llevaremos de balde, buen amigo. Los que andamos rodando por el mundo debemos ayudarnos los unos á los otros. Hoy por ti, mañana por mí. Los hombres somos piedras que ruedan y se encuentran, y quién sabe si algún dia nos pagaréis con un favor igual ó más grande el que ahora vamos á haceros.

Y aquellos hombres, cogiendo á Roque, le colocaron en una de sus caballerías, y emprendieron de nuevo su marcha.

Esta fué la razón por que, á pesar de tener los pies quemados, no pudo dar Picoli con el viejo sepulturero.

CAPITULO XXXII

UN TIGRE QUE SE CONVIERTE EN RAPOSA

—Y qué tal, ¿la segunda expedición ha sido más afortunada que la primera?—preguntó don Lope de Lara á su paje Picoli así que se le presentó al día siguiente.

—La segunda, señor, ha sido más desgraciada que la primera,—replicó el italiano balbuciendo de ira.—El viejo sepulturero ha desaparecido de la casucha, sin dejar de sí el más pequeño rastro. ¡Yo creo que se le deben haber llevado los demonios en cuerpo y alma!

—Así debería ser, si era cierto lo que dijiste de que no podía moverse por las graves quemaduras que tenía en los pies.

—Así al menos parecía, señor. Si lo hubierais visto, hubierais creído, como nosotros, que aquel tunante, si no estaba muerto, se encontraba á dos dedos de la tumba. Fingía de una manera capaz de engañar al más despabilado.

—Lo que veo en este asunto, Picoli, es que el viejo sepulturero es un zorro redomado, y se hizo el mortecino tan divinamente, que os engañó como á dos chiquillos.

—¡Oh! ¡Como vuelva á caer bajo mi mano, no le salvará ni el mismo Satanás en persona!—replicó, sofocado de ira el paje.

—Me parece que eso será ya muy difícil. Ese hombre se encuentra ya escarmentado, y tomará bien sus medidas para no volver á verse en un trance parecido al que se encontró. Además, que á estas horas sabrán ya todos sus amigos lo que con él habéis hecho y se prevendrán.

—Precisamente eso es lo que más me desespera, señor, y por lo que siento más haber dado el golpe en vago. Don Diego de Deza, alma, á mi modo de ver, de toda esta intriga, tiene á su servicio gente lista y decidida en extremo; me lo hace creer así la prueba que ha resistido ese hombre, que ha sido dura.

—Eso manifiesta que ese viejo tiene un corazón de acero y una voluntad más dura aún. ¡Oh! ¡Si algún día, como creo, la situación del favorito cambia, y me encuentro en actitud de tomar la revancha, ese orgulloso alcalde mayor me las ha de pagar todas juntas! Él, y sólo él, como tú presumes con harta razón, es la causa de todo cuanto nos sucede.

—Eso es indudable, señor; sin tener á mano medios poderosos no nos burlarían, como nos burlan, nuestros enemigos.

—Dices bien, que lo que convenía en el caso en

que nos hallamos era emprender un plan de conducta enérgico y abordar cara á cara y resueltamente esta cuestión con don Diego de Deza. Hoy mismo iré á verle, le diré las sospechas que tengo, y le amenazaré con denunciar al tribunal del Santo Oficio la desaparición del Pradillo de los Ajusticiados del cadáver del reo don César.

—¡No hagáis eso de ninguna manera, señor! Con ese modo de obrar no adelantaríamos nada. ¿De qué manera íbamos á probar nuestras afirmaciones, y cómo íbamos á poder echar sobre don Diego la responsabilidad de la desaparición de ese cadáver?

—Probar que el cuerpo de don César no se encuentra en su sepultura es muy fácil.

—Os engañáis, señor. Si intentáramos ese medio, el sepulturero, que se encuentra con nosotros irritado por lo que le hemos hecho, demostraría que el cadáver desfigurado que nos enseñó era el de don César, y sería capaz de culparnos del delito de haber extraído restos humanos del cementerio, y no le faltarían testigos con que probar su dicho, y entonces nos saldría, como vulgarmente se dice, el tiro por la culata.

Cuando se tiene en la mano la influencia que presta el poder, como sucede hoy al de Deza, es uno invencible, y el atacarle una locura. Yo creo que en la situación presente, para conseguir algún resultado favorable, es preciso variar de conducta de una manera radical. En vez de mostrar, como mostramos, odio á muerte á nuestros enemigos, lo que debíamos hacer era dar tregua á nuestro rencor.

—¿Estás loco, Picoli?—replicó con explosión don Lope.

—Jamás he estado más cuerdo. Dejadme que termine de exponer mi proyecto, y desechadle después si no os agrada.

—Prosigue.

—Decía que diéramos tregua á nuestro rencor, pero sólo de una manera aparente, y aprovechando la primera ocasión oportuna, ó buscándola, hacer á todo trance las paces con el de Deza.

—¡Eso, nunca!—replicó furioso don Lope.

—¡La ira es un mal consejero, señor! En los asuntos de interés como éste, lo que importa es conseguir el fin sin reparar en los medios. Un buen general, si desea vencer, no debe perdonar recursos, por extraños que parezcan, para desorientar y confiar á sus enemigos. La cuestión es vencer, y lo demás nada importa. Mientras el de Deza os considere enemigo, os mirará siempre con prevención y no depondrá su desconfianza. Al contrario obraría si os viese en diferente actitud. Demasiado conozco lo violento que ha de ser á un carácter recto y enérgico como el vuestro decidirse á seguir el plan que os propongo. Pero creedme, señor, los resultados serían seguros. Ya sabéis la sentencia vulgar que dice "el hombre besa muchas veces manos que quisiera ver cortadas„. Pues bien, don Lope, violentaos; besad ahora la mano del de Deza, y cortadla en cuanto se presente ocasión oportuna para hacerlo.

El paje cesó de hablar, y don Lope quedó largo rato pensativo.

Por fin levantó la cabeza con energía, y fijando su mirada en el rostro de Picoli, le dijo:

—Tienes una penetración y un ingenio que cada vez admiro más. Me decido á seguir resueltamente tu parecer en este asunto. Haré lo antes que me sea posible las paces con el de Deza. Procuraré ganarme su amistad y su confianza; y cuando llegue el momento oportuno caeré sobre él con tanta más violencia cuanto más tiempo me vea obligado á guardar mis resentimientos en el fondo de mi alma.

—Eso es lo conveniente, señor; ya veréis cómo esa línea de conducta nos da ventajosos y positivos resultados. Yo, entre tanto, proseguiré mis investigaciones con la mayor reserva, pero sin intentar nada hasta tener plena seguridad de no dar un golpe en vago. Ahora pensad, señor, la manera de hacer cuanto antes las paces con el de Deza.

Don Lope meditó unos momentos, y repuso:

—Ya tengo la ocasión, Picoli. Mañana debe reunirse en pleno el tribunal de la fe para fallar un proceso. Deza es, lo mismo que yo, familiar del Santo Oficio. Antes no asistía á las sesiones por causa de la enemistad personal que con el inquisidor general don Juan de Acevedo mediaba. Ahora, desde que Sandoval y Rojas desempeña ese alto cargo, don Diego no falta á casi ninguna de las sesiones.

Yo no pensaba asistir mañana, pero asistiré, y con cualquier pretexto hablaré con él y procuraré dar los primeros pasos para la reconciliación que necesitamos.

—Me parece muy bien elegido el momento.

—Ya verás, Picoli, cómo, á pesar de la viveza de mi carácter, sé reprimirme y fingir cuando es necesario.

Al siguiente día el tribunal de la fe se reunió, como dijo don Lope á su paje.

Cuando el tribunal hubo terminado su sesión, el de Lara se acercó á don Diego de Deza, y con la mayor amabilidad le dijo:

—Señor don Diego, quisiera merecer de vos algunos momentos de atención, pues necesito y deseo vivamente hablaros unos instantes.

El de Deza, que tenía una prevención grande hacia el de Lara, sorprendido de su amabilidad, se puso más en guardia de lo que siempre estaba con aquel hombre, y haciendo cuanto pudo por disimular, replicó:

—Señor don Lope, me tenéis á vuestra disposición desde este momento.

—Muchas gracias.

—No hay de qué darlas.

Don Lope hizo una pequeña pausa y empezó á hablar de la manera siguiente:

—Señor don Diego, la diferencia con que apreciamos la marcha de un proceso ha sido causa de que la antigua y buena amistad que siempre medió en nuestras familias se haya enfriado; herido yo vivamente por el dolor que me produjo la inicua muerte dada á mi hermano don Fernando me excedí, lo confieso, exigiendo que en la tramitación del proceso se emplease más severidad que la necesaria; pero la Providencia

dispuso tan á tiempo de la vida del asesino, que puso término á nuestra contienda. El tiempo, calmando la tempestad de cólera que se alzó en mi alma, me ha hecho ver con claridad lo poco acertado que estuve en aquella ocasión, y mi conciencia no se encontrará tranquilla sino después que cumpla el acto para que os he venido á buscar. Este consiste en rogaros encarecidamente que me dispenséis las molestias que os ocasioné aquellos días con mis exageradas exigencias, y que, olvidándolas por completo, recordéis sólo la buena amistad que se profesaron nuestros padres, y que os juro procuraré por mi parte reanudar á toda costa desde este momento y sostenerla mientras viva.

Otra diferencia que pudiera hacer continuar la tirantez de nuestras relaciones no sé si sabréis que ha desaparecido también desde hace algunos días. Me refiero á la infundada creencia que tenían algunos de que era yo enemigo personal del primer hombre de Estado que ha tenido y tendrá España, del noble y excelentísimo señor duque de Lerma. Los compromisos de mi pobre hermano Fernando con el duque de Uceda, de quien era amigo particular, hicieron din duda creer á algunos que yo seguiría el mismo rumbo que mi pobre hermano; pero yo no he contraído ni contraeré nunca compromisos políticos de esa índole con nadie, y así tuve la honra de manifestárselo al primer ministro el día que me dispensó el honor de llamarme á su presencia.

Además, en aquella entrevista me dispensó una confianza que creo conoceréis.

—Sí, os entregó la declaración escrita por su hijo denunciándoos á todos sus amigos; y por cierto que, si mal no recuerdo, iba en aquella relación vuestro nombre,—repuso sonriendo intencionadamente el de Deza.

Don Lope hizo como que no comprendía la indirecta, y con la mayor serenidad continuó hablando:

—Efectivamente, señor don Diego, que en aquella relación estaba también mi nombre. El señor duque de Uceda, á quién visité algunas veces con motivo del proceso de que os he hablado al principio, creyó sin duda poder contarme entre sus amigos políticos, siendo así que yo nunca le ofrecí mi cooperación en ese sentido. Pero aunque se la hubiera ofrecido, aunque hubiera yo sido uno de sus más ardientes partidarios, la prueba que puso en mi mano su noble padre hubiera sido más que suficiente para apartarme de la manera más resuelta y decidida del lado de ese hombre. Quien para salvar su persona no tiene reparo alguno en escribir y firmar un documento en el cual compromete á todos sus parciales, no merece tener á su lado á ninguna persona que en algo se estime.

—En eso tenéis razón,—replicó don Diego.

Don Lope continuó:

—Yo no tenía motivo para querer mal al duque de Lerma, y por lo tanto no podía ser, ni debía, enemigo de su preponderancia. Es verdad que yo tengo una queja del ministro, ó mejor dicho, de los consejeros llamados á entender en el pleito que á nombre de mi esposa sostengo sobre el mejor derecho al ducado de

Santarem; pero eso no puede ser nunca motivo suficiente para que me una yo ni haga causa común con los enemigos de su excelencia. Si ese pleito no se ha fallado aún, después de tantos años, culpa es de la lentitud con que se tramitan estas clases de asuntos en nuestros tribunales, pero de ninguna manera del ministro. Al fin y al cabo, en este asunto, como en todos, acabará por resplandecer, más pronto ó más tarde, la verdad y la justicia. En resumen, señor don Diego, lo que habéis oído es la expresión fiel de los sentimientos que me animan, y que espero sabréis apreciar la sinceridad con que os los expongo, y el deseo vivísimo con que os aseguro que será para mí una gran alegría y me servirá de una gran satisfacción que os dignéis admitir mis excusas y me concedáis la singular honra de volver á contarme entre el número de vuestros amigos.

Don Lope calló y don Diego repuso:

—No os podéis figurar con el placer que os he oído, y la satisfacción que siente mi alma al reanudar los lazos de una amistad tan antigua y que nunca debimos romper. Estad seguro, señor don Lope, que el recuerdo de cuanto pasó en ese malhadado proceso no volverá jamás á mi memoria, y podéis contar desde este momento con mi más franca y más cariñosa amistad.

—Gracias, señor don Diego, y ya tendré el gusto de pasar á vuestra casa á ofreceros mis respetos.

—Mi casa es siempre vuestra, y yo tendré un placer grande en verme honrado con la visita de tan noble amigo y distinguido caballero.

Aquellos dos hombres, estrechándose la mano con

gran efusión, se separaron saludándose cariñosamente.

—Ya está dado el primer paso,—dijo para sí el de Lara.

—¿Qué se propondrá este hombre al reanudar nuestra amistad?

Alerta, Deza, que este mozo es de cuenta y de cuidado,—decía al mismo tiempo don Diego.

Como se ve, la lucha entre aquellos dos hombres quedaba tan viva y empeñada como antes; lo que hacía únicamente era cambiar de forma.

Volvamos, pues, al encuentro de maese Roque, á quien dejamos en poder de los arrieros que por caridad le conducían á Madrid.

El viejo sepulturero hizo que sus conductores le llevasen á la casa de su maestro Pedro Soria.

Recibióle éste con el mayor cariño, y enterado de lo que le había sucedido, le instaló en una de las habitaciones del piso bajo, prestándole toda clase de cuidados.

Un mes más tarde, maese Roque encontrábase completamente restablecido.

Pedro Soria era un curandero muy hábil y poseía algunos secretos con los que llevaba á cabo curas maravillosas.

—¿Y en qué voy yo á emplearme ahora, maestro?—preguntaba con acento compungido maese Roque á Pedro Soria.—Yo no puedo volver á mi casucha del Pradillo sin exponerme á que los secuaces del de Lara

caigan más pronto ó más tarde sobre mí y me hagan pagar el engaño que les hice. El estado de mis pies, que, aunque curados, se resienten de lo que padecieron, no me permitiría ya tampoco dedicarme á buscar en el campo, como antes lo hacía, una ayuda al mezquino haber que como enterrador del Pradillo cobraba. De manera que, aunque el peligro que os he indicado fuera sólo ilusión mía, me sería imposible poder vivir con sólo los emolumentos insignificantes de mi destino.

—No te apures por eso, Roque. Por de pronto aquí tienes casa y comida, y desde hoy yo pondré en juego mis conocimientos para proporcionarte una ocupación más descansada y lucrativa que la que tenías.

—¡Sois mi providencia, maestro!

—Soy tu amigo; y así como te hubiera hecho sentir el peso de mi venganza si me hubieras traicionado, estoy resuelto á hacer en tu favor todo cuanto pueda en justa recompensa de lo que sufriste por no descubrir á mis enemigos lo que yo había hecho. Así, pues, no te cuides de nada, y deja la cuestión de buscarte destino á mi cuidado.

Come, bebe y paséate, y ten en cuenta que Pedro Soria no deja nunca de cumplir lo que promete.

—Ya lo sé, maestro.

Pedro Soria, que por su cargo de verdugo conocía, lo mismo en los tribunales ordinarios que en el del Santo Oficio, muchas personas, fiel á su promesa, puso en juego sus relaciones, y algunos días después

presentaba á maese Roque un nombramiento de calabocero de las prisiones del Santo Oficio.

El viejo sepulturero se instaló en seguida en su nuevo cargo, siendo al poco timepo considerado como uno de los carceleros de más aptitud y más lealtad del Santo Tribunal.

CAPIULO XXXIII

EN DONDE SE VE QUE HASTA LA CASUALIDAD FAVORECÍA AL PRIMER MINISTRO

Don Lope de Lara, firme en sus propósitos de granjearse la confianza de don Diego de Deza, empezó á visitar su casa con bastante frecuencia, y en cuantas sesiones celebraba el tribunal de la fe ponía siempre especial cuidado en seguir la misma opinión que el alcalde mayor.

Don Diego, aunque receloso y desconfiado, fué deponiendo en parte la prevención que contra don Lope tenía, y sus visitas acabaron por no serle molestas.

Picoli, que estudiaba cuidadosamente el efecto que la conducta de su amo ejercía sobre el carácter del alcalde mayor, sentía lleno su pecho de alegría y de orgullo al ver lo perfectamente que marchaba su proyecto.

Entre tanto él no permanecía ocioso, y aunque sin haber conseguido nada, continuaba siguiendo la pista á Roberto, á fin de ver si podía esclarecer la cuestión

de don César, principal objetivo de sus miras y de sus deseos.

Mientras en esta situación se encontraban una parte de los personajes más importantes de nuestro libro, la causa del duque de Uceda iba ganando en palacio mucho terreno.

La marquesa de Altamira había conseguido inclinar el ánimo de la reina, decidiéndola á coadyuvar á sus proyectos de arrancar el poder de las manos del primer ministro. Y con esa perseverancia propia de las mujeres, había logrado que casi todas las noches recibiera el rey en sus habitaciones al de Uceda, cuyo trato cariñoso empezó á agradar sobremanera al débil monarca

Con el aspecto brusco y altivo del duque de Lerma contrastaba de una manera saliente la dulzura y amabilidad de su hijo; y el rey, que miraba á su primer ministro como á un severo preceptor, empezó á mirar al de Uceda como á un amigo de confianza.

Aprovechándose de esta disposición de ánimo del rey, reuniéronse una noche en el palacio de Uceda los principales parciales, para ponerse de acuerdo y discutir el plan definitivo para derribar al favorito.

La ocasión les favorecía de una manera grande.

A la influencia de la reina, con que contaban, agregábanse las graves noticias que de Francia habían llegado aquel mismo día.

Sabíase que el monarca francés Enrique IV tenía preparado un ejército de cerca de sesenta mil hombres con numerosa caballería, y que, puesto de acuer-

do con los príncipes protestantes, había formado una liga contra España.

Para contrarrestrar estos formidables aprestos, el ministro español no había tomado medida alguna, y hasta había cometido la falta de no manifestar al rey nada de lo que en la nación vecina sucedía.

Aprovecharse de esta torpeza del ministro y hacer patente al rey su criminal apatía fué el tema elegido por los conjurados para hacer que viniera al suelo la preponderancia del valido.

Conformes en este pensamiento, abrióse la sesión para acordar la forma mejor de llevar á cabo aquel importante acto.

Don Juan de Acevedo, inquisidor general depuesto por el de Lerma, fué el primero que tomó la palabra, y propuso que el duque de Uceda pasase aquella misma noche á noticiar á la reina lo que sucedía, y, de acuerdo con ella, ver al rey y dar al favorito el golpe de gracia.

Aprobado por unanimidad este parecer, los enemigos del de Lerma se separaron llenos de las más halagüeñas esperanzas.

La caída del favorito era para ellos en aquella ocasión una cosa segura.

—¿Y podéis responder, duque, de la autenticidad de estas gravísimas nuevas?—preguntó la reina al de Uceda, después de enterada minuciosamente de lo que en Francia sucedía.

—Señora, puedo responder con toda certeza de que

son verdaderas estas graves noticias,—repuso el duque con el semblante entristecido.

—¡Oh! ¡Es necesario que mi esposo tenga conocimiento del gran riesgo que corremos! Venid, duque.

Y doña Margarita se dirigió á la cámara del rey, seguida del de Uceda.

La sorpresa del débil monarca fué inmensa cuando conoció el motivo de la visita de su esposa.

El de Uceda le hizo saber con todos los detalles cuanto de Francia se sabía, y el rey don Felipe quedó aterrado.

—¿Y qué podemos hacer ahora para conjurar ese peligro? —preguntó con voz temblorosa.

—Lo primero, señor, deponer y castigar al ministro que, por torpeza ó traición, compromete de esta manera la gloria del rey y la integridad del reino,—replicó la reina con gran energía.

—Pero ¿estáis segura de que el de Lerma no ha tomado medida alguna para contrarrestar la audacia del ambicioso monarca don Enrique?

—¡Estoy segura, señor! No tenemos un regimiento siquiera en la frontera que pueda intentar contener á nuestros enemigos, si se les antoja invadir por aquella parte vuestro reino.

—Entonces tenéis razón, Margarita. La torpeza del de Lerma es indisculpable.

—Hacedle, señor, comparecer ahora mismo á vuestra presencia, y que responda á los cargos que debéis hacerle.

—¡Es verdad, Margarita!

Y el rey, ordenando que pasara uno de los oficiales de servicio, le mandó avisar con urgencia al duque de Lerma.

Cuando anunciaban la llegada del ministro, el monarca, dirigiéndose á su esposa y al de Uceda, les dijo:

—Dejadme solo. Quiero ver hasta dónde llega la audacia de este hombre.

La reina y el de Uceda se retiraron, y un momento después el duque de Lerma, con el continente más altivo que nunca, penetró en la regia cámara.

El rey miró á su ministro con una energía impropia de su carácter, y con una entereza de que no tenía costumbre le dijo:

—Duque, te he mandado llamar porque deseo saber si son ciertas las nuevas gravísimas que han llegado hasta mí.

El favorito, que apenas puso los pies en el palacio del monarca tuvo conocimiento por uno de sus espías que la reina y su hijo el de Uceda habían conversado con el rey momentos antes, fingiendo una gran tranquilidad, repuso:

—¿Supongo que se referirá su majestad á noticias de Francia?

—Sí; á los aprestos que se hacen en aquella nación contra nosotros.

—Respecto á eso, señor, diré á vuestra majestad...

—No, prefiero preguntarte y que contestes.

—¡Estoy dispuesto, señor!—repuso el duque, inclinándose con el mayor respeto.

—¿Es cierto que el rey Enrique IV tiene reunido para hacernos la guerra un ejército que pasa de sesenta mil hombres?

—Sí, señor, es cierto.

—¿Es cierto también que las tropas francesas han invadido ya el Milanesado, y que el duque de Saboya se dispone á atacarnos?

—También eso es verdad, señor.

—¿Es exacto también que el mismo rey de Francia en persona se propone, al frente de su ejército, repasar nuestra frontera, seguro de la ayuda que han de prestar á sus proyectos los príncipes protestantes, con quienes ha formado estrecha liga?

—Esos eran sus proyectos, señor; pero no tenemos, gracias á la Providencia, nada que temer de la actitud belicosa de la nación vecina.

—¿Cómo que no tenemos nada que temer? ¿Acaso contamos con medios suficientes para contrarrestar el empaje de esos enemigos?

—No necesitamos de ellos tampoco, señor.

—¿Por qué?

—Porque el rey de Francia don Enrique IV ha sido asesinado.

—¿Qué dices, duque?

—Lo que oís, señor: el monarca francés ha sido asesinado en su coche en la calle de la Ferroniere por un tal Ravaillac, al ir á la catedral para asistir á la coronación de la reina.

—¡Dios protege á nuestra España!

—Ya veis, señor, cómo el país está salvado sin necesidad de que hiciéramos gasto alguno. Yo, que por conducto de mis agentes seguía cuidadosamente la marcha de los sucesos, conociendo el desenlace que éstos habían de tener, estaba tranquilo; y si no he noticiado nada á vuestra majestad, ha sido sólo por no alarmar su regio ánimo.

—Duque, eres el más previsor y el más hábil de los ministros, —exclamó, sin poder reprimir su entusiasmo y alegría, aquel rey que momentos antes se encontraba aterrado y sumido en la mayor desesperación.

—Gracias, señor, por el concepto en que me tenéis. No son de la misma opinión que vuestra majestad los que me calumnian y los que trabajan sin descanso para privarme de la alta honra con que su majestad me favorece, dispensándome su confianza. Pero mi alma queda altamente satisfecha con las palabras de mi soberano, á cuyo servicio me dedicaré cada día con más lealtad y más empeño.

Y el de Lerma, despidiéndose del rey, salió de la cámara más altivo que nunca y más seguro de su valimiento y de su influencia.

Cuando llegó la noticia de lo sucedido á conocimiento de los parciales del duque de Uceda, el desaliento más completo se apoderó de sus corazones.

La esperanza que creían ver convertida en realidad de derribar al favorito se les había desvanecido.

La estrella del primer ministro, en vez de eclipsarse, brillaba con más esplendorosa luz que nunca.

Hasta la casualidad, esa diosa caprichosa, favorecía la causa del altivo duque de Lerma.

Este resultado los desalentó de tal modo, que durante algún tiempo no pensaron en nuevas intrigas.

El dios éxito hace inclinar ante sus aras la frente de los más enérgicos y de los más fanáticos.

CAPITULO XXXIV

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

Don Diego de Deza, á quien la enfermedad de su hija tenía cuidadoso, como ya dijimos, empezó á sentirse alarmado también al notar la alegría que de una manera casi repentina vió en ella.

Esperanza había recobrado casi por completo la salud, y encontrábase casi satisfecha, como en los tiempos en que ocurrieron los sucesos que pusieron en riesgo su vida.

Una mañana, hablando el alcalde mayor con su escudero y confidente Beltrán, que, como sabemos, conocía todos los secretos de su amo, preguntábale don Diego:

—¿No has notado, Beltrán, la repentina mejoría de mi hija?

—Sí, señor, y estoy admirado de ella, como creo que vos lo estáis también.

—Veo que has conocido perfectamente el estado de mi espíritu.

—Le adivinaba, señor, pero no creía prudente iniciar yo la conversación sobre este punto; mas ya que vos la habéis empezado, os diré con la lealtad que me es propia que...

—Desconfías y recelas, ¿no es verdad?—repuso don Diego, interrumpiendo á su confidente.

—Sí, señor; desconfío y recelo.

—Yo también; pero por más que me afano, no acierto á dar con la causa de esa novedad.

—Yo tampoco; pero, torturando mi imaginación, he venido á sospechar...

—¿El qué?

—Si doña Esperanza, olvidando el recuerdo de don César, habrá dado cabida en su pecho á otro nuevo amor.

—No lo creo. Conozco demasiado el carácter firme y enérgico de mi hija para creerla capaz de una mudanza tan repentina. Ojalá permitiese el cielo que la causa de su mejoría fuese la que tú presumes. De esa manera se borraría por completo de la mente de mi hija el recuerdo de aquella pasión desgraciada, y si el galán que mereciese ahora su cariño fuera persona de noble estirpe y merecimientos, la uniría con él, evitándome de ese modo nuevos compromisos y nuevos disgustos.

Pero, desgraciadamente para mí, no será un nuevo amor la causa de esa mejoría.

—Entonces, señor, no sé á qué atribuirla.

—Ni yo tampoco, y por eso mis cuidados y mis dudas.

—Sin embargo, yo vigilaré sin descanso, y poco he de poder, ó he de conseguir hacerme bien pronto, señor, con la clave de este enigma.

—Sí, Beltrán, vigila, para que, conociendo la causa, veamos si podemos ó no vivir tranquilos.

—Dejadlo á mi cargo, señor.

—A tu cuidado queda.

En la misma mañana y á la misma hora precisamente en que se cruzaba la conversación anterior entre el de Deza y Beltrán, Roberto el morisco sostenía con la dueña de doña Esperanza, en el claustro del convento adonde iba á misa todos los días, el siguiente diálogo:

—Por fin, señor Roberto, vuestro señor verá esta misma noche cumplidos sus deseos.

—No podéis figuraros, respetable señora Berta, el placer inmenso que con esa noticia me causáis,—replicó el escudero.

—Mi señora doña Esperanza se encuentra ya buena del todo, y me ha dicho que os previniera, que esta noche á las ocho bajará á la reja del jardín, aunque por breves momentos.

—Mi noble señor va á enloquecer, de seguro, de felicidad así que conozca la noticia.

—Sed, por Dios, puntuales y obrad con mucho tino y prudencia, no tengamos nuevas desgracias que la-

mentar; prevenidle que vaya bien disfrazado, y sobre todo que cuide mucho de no dar en manos de una ronda.

—Perded cuidado, señora, que ya dispondremos las cosas de manera que no pueda ocurrir ningún percance.

—Pues, no teniendo más que deciros, quedad con Dios y hasta la noche, señor Roberto.

—Hasta la noche, mi señora doña Berta.

La dueña penetró en la iglesia, y Roberto se dirigió con planta presurosa á casa de su amo, impaciente por comunicarle la grata noticia de que su amada le esperaba aquella noche.

—Pero ¿es cierto lo que dices, Roberto?—exclamaba don César radiante de alegría.—¡Si me parece imposible tanta dicha!

—Pues es verdad, señor; la dueña me ha dicho que esta noche, á las ocho en punto, doña Esperanza bajará á veros á la reja del jardín.

—¡Oh! ¡Me parece un sueño volver á verla!

—Lo que me molesta en la expedición de esta noche es únicamente el sitio de la cita: aquella callejuela es para mí de mal agüero; allí os prendió la ronda, y de allí arrancan todos los males y todos los disgustos que hemos tenido.

—No pienses de esa manera, Roberto; olvida los males pasados; esta noche será para mí noche de ventura, y no quiero empañar su felicidad con recuerdos tristes.



—¡Esperanza de mi alma me parece un sueño que vuelva á veros!

Jamás se le figuraron á don César las horas más interminables que las que mediaron desde que Roberto le anunció la hora de la cita hasta que llegó el momento de ésta.

Con mucha anticipación, y cubierto el rostro con un antifaz de terciopelo negro, se instaló en la calle acompañado por Roberto.

Además, sin que don César lo supiera ni se apercibiese, Mari-Salto, disfrazada de hombre y acompañada por Astor, se emboscó en la embocadura de la calle, para avisar lo que por aquel lado ocurriese y acudir, si era preciso, en auxilio de sus amigos.

La enamorada hija del verdugo sentía en su alma rugir una tempestad de celos al ver al hombre á quien con tanta fe idolatraba acudir á una cita con otra mujer; pero, firme en la línea de conducta que se había trazado, se encontraba resuelta á no desistir de su empeño, por más sufrimientos que se viera precisada á apurar.

A la primera campanada de las ocho, las maderas de la reja crujieron y la esbelta figura de doña Esperanza apareció detrás de los barrotes.

—¡Esperanza de mi alma, me parece un sueño que vuelva á veros!—exclamó don César de una manera ansiosa.

Y arrancándose el antifaz, se acercó á la reja y besó apasionadamente una de las manos de la joven.

—Lo mismo me sucede á mí, don César. ¡También creo un sueño la dicha que en este momento disfruto! Os he llorado muerto, y es tanta la alegría que ahora

inunda mi alma, que me parece imposible tanta felicidad.

—¡La Providencia no abandona nunca por completo á los buenos!

—Pero, en medio de mi dicha, don César, mi corazón se siente poseído de un temor grande, de una ansiedad inmensa.

—¿Por qué, vida de mi alma?

—Porque me llenan de cuidado los peligros que os cercan, y me siento helada de espanto con sólo pensar el riesgo á que os exponéis si os descubrieran.

—Tengo ya, Esperanza, formado mi proyecto para desorientar de una manera completa á mis enemigos. Su realización va á serme muy dolorosa, pero...

Aquí llegaban de su amante coloquio nuestros dos enamorados, cuando de repente doña Esperanza lanzó un grito de terror y exclamó de una manera ansiosa:

—¡Huid pronto, don César, ó sois perdido!

La hermosa joven acababa de reconocer á Beltrán, que, seguido por dos criados de su casa, cruzaba rápidamente el jardín, dirigiéndose hacia el postigo que daba á la calleja donde César se encontraba.

—Pero ¿qué os sucede? — preguntó alarmado el apuesto mancebo.

—¡Huid!—gritó de nuevo con la mayor angustia Esperanza.

—Y decidida á salvar á todo trance al dueño de su cariño, trató de interponerse entre Beltrán y el postigo. Pero el viejo escudero se la anticipó, y antes de que pudiera contenerle la sorprendida joven, descorrió el

cerrojo y se lanzó á la calle, seguido de los dos criados que le acompañaban.

Don César, que al acercarse á la reja de doña Esperanza se había quitado el antifaz, como ya dijimos, al ver aparecer á aquellos tres hombres no tuvo tiempo más que para cubrirse con el embozo el rostro y poner mano á su acero. Roberto, saliendo del sitio donde se quedó oculto, se puso con la espada desnuda al lado de su amo. Beltrán, que no salía con ánimo de reñir, sino con el propósito de cerciorarse de quién era el galán que rondaba á la hija de su señor, exclamó:

—Dejad quietas las armas, caballero, que no es mi propósito molestaros.

Lo que pasó por el alma de don César al reconocer la voz de su verdugo no es posible describirlo. El recuerdo de su prisión y de lo que en ella le hizo sufrir Beltrán acudió á su mente, y recordando el juramento de venganza que tenía hecho, formó el propósito de aprovechar aquella ocasión que se le venía á las manos y matar á aquel hombre.

El confidente de Deza, al ver que ninguno de los dos embozados hacía ninguna demostración hostil, prosiguió diciendo:

—Mi noble dueño, el señor alcalde mayor don Diego Rodríguez de Deza, me tiene confiada la guardia y custodia de su casa, y mi venida aquí no tiene más objeto que el de rogaros os deis á conocer. De esa manera, siendo, como no lo dudo, persona de nobleza y calidad, podemos estar tranquilos respecto tanto á la seguridad de la casa de mi dueño como á la honra

inmaculada de su noble hija. ¿Tenéis algún inconveniente en revelarme vuestra condición y vuestros nombres?

—Ninguno; pero á vos solo,—repuso don César con la voz alterada por la ira.

Beltrán adelantó entonces algunos pasos, y acercándose al joven caballero, le dijo:

—Pues bien, daos á conocer á mí solo, caballero.

—¡Mira y tiembla, miserable!—repuso don César.

Y bajando el embozo, descubrió su rostro.

—¡Jesús!—replicó aterrado Beltrán retrocediendo dos pasos.

—Te he mostrado mi rostro, verdugo miserable, porque tengo hecho juramento de arrancarte la vida en donde te encontrara, y voy á cumplirlo ahora mismo. Pero, para hacerte conocer la diferencia que existe entre un caballero y un asesino, quiero partir tu infame corazón cara á cara y en franca lid. Desnuda ese acero que llevas al cinto y defiéndete.

—¡Imposible!

—¡Cómo imposible, miserable!

—¡Esto es una alucinación de mis sentidos!

—¡No, es un milagro de la Providencia, que no deja nunca sin castigo el crimen!

Beltrán sentíase dominado por el terror y la superstición propios de la época en que naciera.

La aparición de don César le parecía tan sobrenatural, que le espantaba, y con el cabello erizado, el rostro pálido como la cera y la vista fija en el mancebo, encontrábase como en presencia de un espectro.

—¡Imposible, imposible! —repetía. —¡Si yo le vi muerto! ¡Esto es una alucinación ó una brujería!

—Defiéndete, ó por Dios vivo que te mato como á un perro!—replicó con terrible acento don César, apoyando la punta de su espada en el pecho de Beltrán, dispuesto á cumplir su amenaza.

Al ver esto los dos criados de la casa de Deza que acompañaban al escudero dieron algunos pasos para ponerse á su lado.

Don César, comprendiendo su intención, se volvió hacia Roberto y le dijo:

—Ahuyenta á esos dos á cintarazos.

El escudero, sin hacerse repetir la orden, cerró furiosamente con los domésticos, que, poco acostumbrados á aquella clase de lances, salieron huyendo aturdidos y aterrados ante el diluvio de golpes que el morisco les descargaba.

Entre tanto Beltrán, repuesto en parte de la impresión terrible que le causara el encuentro con don Cesar, comprendiendo que, si no hacía algo, su muerte era segura, exclamó:

—Podéis matarme si gustáis, pero yo no puedo desnudar mi acero contra el vuestro.

—¿Que no puedes cruzar tu acero contra el mío, miserable, y pudiste asesinarme á traición, propinándome un tósigo?

—Señor don César, han pasado desde entonces á hoy cosas tan extraordinarias, que por nada en el mundo me atrevería yo á faltaros al respeto.

—No te esfuerces en persuadirme, porque aunque

supiera que la verdad más pura brotaba de tu boca, no te creería. Conozco tu doblez y tu maldad. He jurado tu muerte y te he mostrado mi rostro; y como tengo hecho propósito de que mis enemigos no vean mi faz sino momentos antes de morir, ya que no quieres defenderte, muere.

Y don César iba á hundir su acero en el pecho de aquel hombre, cuando doña Esperanza, saliendo del jardín y asiéndole del brazo, exclamó:

—¡Deteneos, don César!

—¡Imposible, Esperanza! Mi vida y vuestra tranquilidad correrían un riesgo seguro si este miserable viviese. Que muera, pues.

—¡No, no! ¡Por mi amor os lo pido!—repuso la joven interponiéndose entre el acero de don César y Beltrán.

En aquel momento Astor y Mari-Salto llegaron á la carrera, y la joven morisca exclamó:

—¡Una ronda se dirige hacia aquí! ¡Huid, ó sois perdido!

—¡Huid, don César, huid sin tardanza, por mi amor os lo ruego!—repuso con angustiado acento doña Esperanza.

—¿Y he de dejar á este miserable sin el castigo que se merece?

—¡Pensad sólo en salvaros!

La ronda desembocó entonces en la calleja, y Mari-Salto, cogiendo á don César por un brazo, le arrastró tras de sí en dirección opuesta á la que los corchetes traían.

—¡Alto al rey!—gritaban los alguaciles al oír correr á aquellos tres hombres.

Doña Esperanza penetró en el jardín, y un momento después la ronda llegaba á la puerta, en donde encontró solo á Beltrán con la espada en la mano en actitud amenazante.

—¡Alto al rey!—gritó furioso el primero de los alguaciles que llegó cerca del escudero de Deza.

—¿Qué ocurre, señor licenciado Tejada?—preguntó Beltrán dirigiéndose al alcalde que mandaba la ronda y sin hacer caso al alguacil.

—¡Calla! ¡Sois vos, Beltrán!—repuso el licenciado.

—Sí, señor; yo, que reñía á estos domésticos haraganes, que han dejado por descuido abierto este postigo, exponiendo á que sea robada la casa de mi noble señor.

—¿De manera que eran vuestras las voces que hemos oído?—preguntó el golilla.

—Sí, señor.

—Pues nos pareció escuchar también ruido de gente que corría.

—¡Ya lo creo! Como almas que lleva el diablo corren el jardinero y su hijo por esa calleja abajo, para librarse del diluvio de cintarazos que les he propinado en castigo de su descuido.

—Acreedores se han hecho á eso y mucho más esos haraganes. Conque, no ocurriendo nada, buenas noches, señor Beltrán, que voy á recorrer mi demarcación.

—Buenas noches, señor licenciado Tejada, y que

no os den mucho que hacer los malhechores ni los enamorados.

La ronda se alejó de la calle, y Beltrán, penetrando en el jardín, cerró el postigo, llena su alma de una impaciencia grande por comunicar á su amo el descubrimiento que había hecho de que don César vivía.

CAPITULO XXXV

UN DESTELLO DE DICHA

Don Diego de Deza no se encontraba en su morada cuando, recién terminados los sucesos referidos en el capítulo anterior, Beltrán penetró en el despacho á fin de participar á su amo los hechos de que había sido testigo y el riesgo á que había estado expuesto.

Su espíritu no se encontraba completamente tranquilo. La terrible emoción que causó la presencia de don César no se había calmado, y afanándose en vano por encontrar la explicación de la existencia del joven caballero, se dejó caer en un escaño, quedando profundamente pensativo.

—Yo vi el efecto rápido y terrible que hizo sobre ese hombre el tósigo que le hice propinar. Le vi agitarse en las últimas convulsiones de la agonía, y oí el parecer del doctor, que certificó su muerte despúes de haber reconocido detenidamente su cadáver de orden del

tribunal. Vi también sacarle de esta casa para conducirle al cementerio, y supe luego que el rencoroso don Lope de Lara no le abandonó hasta verle enterrado.

Todos le creíamos muerto, y de repente me le encuentro vivo, ardiendo en sed de sangre y de venganza.

No acierto á explicarme cómo pueden suceder estas cosas, á no ser que un poder sobrenatural ande mezclado en este asunto.

Mi señor don Diego, que tiene más instrucción que yo, podrá sacarme de estas dudas en que me encuentro sumido.

Y pensando así el viejo escudero, prosiguió abismado en sus cavilaciones, hasta que le sacó de ellas la presencia de su amo.

El de Deza, al fijarse en la palidez mortal y en la expresión triste y meditabunda que se reflejaba en el semblante de su criado, le preguntó:

—¿Te encuentras mal, Beltrán, ó sucede alguna cosa mala cuando tan preocupado y tan triste te veo?

—Señor, ocurren cosas tan extraordinarias y tan oscuras para mi torpe inteligencia, que, por más que me afano, ni las entiendo ni acierto á explicármelas.

—Habla y veremos si yo puedo descifrar el enigma que te atormenta.

—Pues bien, señor, ya he dado con la causa que motiva la extraordinaria mejoría de doña Esperanza.

—¿Es cierto lo que dices?—preguntó con gran curiosidad don Diego.

—Ciertísimo, señor. ¡Ojalá que no lo fuera, que algunos disgustos nos ahorraría!

—¿Nos amenaza entonces algún nuevo riesgo, según veo?

—Tal creo, señor.

—Explícate pronto, que tus palabras y la expresión angustiosa de tu semblante me ponen en cuidado.

Beltrán guardó silencio, como para recoger sus ideas, y luego preguntó:

—¿Creéis, señor, que puedan resucitar los muertos?

—¡Extraña pregunta! La Iglesia nos dice que el día del juicio final sí.

—¿Y antes no?

—Antes no. Por lo menos, yo no conozco ningún caso. Cuando el alma se separa verdaderamente del cuerpo, sólo el poder infinito de Dios puede obrar el milagro de volverlos á reunir.

—¿Y no creéis que la magia ó la brujería puedan también hacer prodigios de esa naturaleza?

—Yo, á fuer de buen cristiano, Beltrán, no creo ninguna de esas cosas sorprendentes que se cuentan de los hechiceros. Los tengo á todos por charlatanes y embaucadores, que procuran sólo explotar con sus falsos prodigios al vulgo inocente é ignorante.

—Pues entonces, señor, las razones que me dais no hacen más que aumentar mis dudas.

—¡Acaba de explicarte!

—Pues bien, señor: la mejoría de doña Esperanza responde á que en su pecho ha renacido con más fuerza que nunca el amor que sentía hacia don César.

—¿Estás loco, Beltrán? ¿Cómo puedes presumir que se pueda amar á un muerto?

—¿Y si el que creíamos muerto se encuentra vivo, señor?

—¿Qué dices?—exclamó con acento inexplicable el de Deza.

—Señor, sabedlo de una vez: don César vive.

—¿Que vive?—replicó don Diego, palideciendo de una manera intensa.

—Sí, señor.

Y Beltrán refirió entonces á su amo todo cuanto había sucedido aquella noche en la callejuela.

Una lucha terrible se trabó desde aquel momento en el alma del de Deza.

Sentía un placer inmenso en que don César existiera, porque aquella milagrosa resurrección le quitaba de encima un peso que tenía abrumada su alma desde que supo que el joven era su hijo.

El eterno remordimiento que le corroía creyéndose autor de la muerte de su hijo desapareció, prometiéndole una existencia más tranquila y venturosa que la que él se había figurado desde que supo los vínculos de sangre que le unían con don César. Pero cuando sentíase más halagado por estas ideas, cruzó por su mente un recuerdo terrible. Don César y doña Esperanza eran hermanos, y, por lo tanto, la pasión inmensa que inflamaba sus dos almas, imposible y monstruosa. Don Diego escapaba de un escollo para caer en otro tanto ó más terrible. Su alma volvió á llenarse de nuevo de luto y tinieblas.

En aquella situación de su ánimo angustiado, no encontró más que una tabla salvadora á que asirse:

ver si doña Marina podía conjurar el peligro que los amenazaba de nuevo.

Sin vacilar, y sin perder un instante, encargó á Beltrán que vigilase cuidadosamente la casa, y salió en dirección á la de la noble viuda de don Fernando de Lara.

Cuando la noble doña Marina oyó á uno de sus criados, anunciarla la visita del alcalde mayor, su alma sintió una conmoción terrible.

Don Diego de Deza había sido el primero y el único amor de su vida, y el primer amor deja siempre en el alma de la mujer una huella imperecedera.

Así que doña Marina, á pesar de que tenía motivos sobrados para aborrecerle, y hasta hubo tiempo en que así lo creyó, desde que supo que Deza, terminada la guerra con los moriscos, volvió á buscarla á Granada, y desde que vió también su empeño decidido en salvar á don César, en su corazón apagáronse en una gran parte sus resentimientos.

La muerte de su marido era el cargo vivo que contra Deza le quedaba aún, cargo que hacía que no pudiese desechar por completo de su alma la prevención que hacia el alcalde mayor sentía.

Pero, á pesar de esta circunstancia, la era imposible ver á Deza sin conmoverse, sin que turbasen la tranquilidad de su alma los recuerdos de otros tiempos.

Cuando se hubo serenado en parte, dijo á su doméstico:

—Haced pasar á ese caballero.

Don Diego penetró poco después en la estancia.

—Señora, dispensad el atrevimiento de venir á turbar vuestro dolor y vuestro sosiego; pero un asunto que nos interesa á ambos, si bien á mí más principalmente, me obliga á molestaros, bien á pesar mío. Mi desdicha me hace siempre proceder cerca de vos de distinta manera que mi corazón desea; pero este es sin duda mi sino, y el hombre no puede nada contra los rigores del hado. Yo, que por ahorraros el más pequeño dolor daría con placer mi vida, estoy llamado siempre á molestaros y afligiros.

—Hablad, don Diego, y tened presente que mi alma se encuentra tan acostumbrada á sufrir, que una pena más no puede apurarla mucho.

—Creo, señora, que sabréis que don César vive.

—Lo sé, don Diego.

—Perdonad, Marina, que me queje entonces de la reserva que en este asunto habéis guardado conmigo. ¿Creéis acaso que yo no había de sentir una verdadera alegría al conocer esa nueva? ¿No conocisteis, señora, que desde el momento que vuestros labios me revelaron quién era don César hubiera dado, no una vez, sino ciento, mi vida por salvar la suya? Os creo con mucha justicia irritada conmigo; pero, francamente, Marina, no creí nunca que vuestra crueldad pudiese llegar á tanto.

Don Diego hizo una pausa, y lanzando un profundo suspiro, inclinó la frente con abatimiento.

Doña Marina vió reflejarse en la faz de aquel hom-

bre un dolor tan vivo, que un sentimiento de compasión se levantó en su alma, y movida por él repuso:

—¡Señor, no os dije nada por un exceso de precaución, natural en toda madre que ha llorado perdido al hijo de su alma!

—¿Y acaso no es don César también hijo mío?—respondió con explosión don Diego.

El semblante de doña Marina se cubrió de rubor, y con voz balbuciente, repuso:

—Pero sois su juez; y como no le habéis criado, desconfiaba que tuvierais hacia él el cariño que en este instante demostráis.

—¡Con qué crueldad, Marina, me reconvenís por faltas que no ha estado en mi mano el evitar!

—No os noticié que don César vivía desde el primer momento por las consideraciones que os he dicho; pero os hubiera participado su existencia así que hubiera sabido, como sabré pronto, que se encuentra salvo de todo riesgo en extranjero suelo. Días hace que salió de España, y vuelvo á repetiros que espero muy pronto noticias suyas.

—¿Decís, señora, que hace días salió de España?—repuso don Diego con extrañeza.

—Sí, señor.

—¡Estáis equivocada, Marina!

—¿Cómo equivocada, don Diego?

—¡Es claro! Don César se encuentra en este momento en Madrid.

—¡Imposible!

—¡Os lo juro por mi fe, caballero!

—¡Dios mío!—replicó aterrada doña Marina.

Deza prosiguió diciendo:

—Sí, ese es precisamente el motivo de mi venida.

—¡Oh! ¡El desdichado no ha atendido mi ruego!

El de Deza puso entonces en conocimiento de doña Marina lo ocurrido aquella noche con don César y su hija.

—¡Oh! Don Diego, pongamos sin pérdida de tiempo un dique insuperable á esa pasión monstruosa y terrible. ¡Nuestras faltas han producido ya bastantes desdichas; procuremos á toda costa que no las produzcan mayores!—exclamó alarmada la noble señora.

—¡Tenéis razón!—repuso con gran tristeza don Diego.

—Yo haré que busquen esta misma noche sin descanso á don César, y no viviré hasta encontrarle y hacerle que se aleje al momento de España. ¡Si el vengativo don Lope le descubriera, su perdición era segura! Pero al mismo tiempo, señor, guardad vos también de una manera segura vuestra hija.

—En mi casa se encuentra bien guardada, señora.

—Me temo que no, don Diego; y si no, tened en cuenta lo ocurrido esta noche.

—Es que si esta noche ha podido mi hija acudir á la reja del jardín á hablar con ese mancebo, ha sido porque yo no desconfiaba, porque yo no presumía siquiera la existencia del peligro que hemos descubierto. Pero desde hoy, perded cuidado, que doña Esperanza no dará ni un solo paso fuera de sus habitaciones sin que yo tenga de él conocimiento.

—Es que don César, señor, es muy capaz de ir á buscar á vuestra hija hasta en lo más escondido de vuestra casa.

—¿Había de osar á tanto, señora?

—No le conocéis. No sabéis, don Diego, hasta dónde llega la energía de su carácter, y por eso dudáis de lo que os digo. Tened en cuenta, señor, que en don César se reune la terquedad de vuestra raza y la fiereza de la mía, y que, irritado como se encuentra, es capaz de intentarlo todo y de arriesgarlo todo á impulsos de esa pasión que la fatalidad ha encendido en su alma.

—¡Oh! ¡No parece más sino que pesa sobre nosotros alguna maldición!

—Yo, como os he dicho antes, le haré buscar esta misma noche, y le haré salir de España. Pero si no consigo este propósito, estoy resuelta á todo antes que tengamos que llorar nuevas desdichas. Primero que ser responsable, por seguir callando, del más horrible de los crímenes, revelaré á don César el secreto de su nacimiento y los vínculos que con vuestra hija le unen; moriré tal vez de vergüenza al hacerle la revelación de mi falta; pero prefiero que la vergüenza me mate á que me maten los remordimientos.

—Tenéis razón, Marina. Las cosas han llegado á un extremo en que sería un crimen seguir callando. Procuremos que don César se aleje, y caso de que no podamos conseguirlo, afrontemos resueltamente la cuestión, y revelemos, lo mismo al uno que al otro, el parentesco que los une. Cumplamos, señora, con los deberes que nuestra conciencia nos impone; y si el mun-

do nos critica y la maledicencia nos hiere, libres nos encontramos los dos para legitimar en breve plazo ante Dios y ante los hombres los títulos que la naturaleza nos dió sobre don César.

Doña Marina sintió un involuntario estremecimiento de alegría al escuchar estas palabras de don Diego. La esperanza de llegar por aquel medio á dar á don César una posición y un apellido ilustres hicieron latir emocionado su corazón de madre.

La felicidad y la dicha de su hijo eran las únicas aspiraciones de su alma, y en medio de las noches de sus penas veía brillar aquel destello de esperanza con la alegría que un ciego de nacimiento sentiría al ver un rayo esplendoroso de sol.

—Así que, olvidando todos sus resentimientos, tendió su mano al de Deza, diciéndole conmovida:

—Don Diego, os doy gracias por el consuelo que me acabáis de dar con vuestras palabras. Nuestro hijo se salvará, y quizá el cielo, satisfecho ya de habernos castigado bastante por la falta que cometimos, nos conceda el perdón de nuestra culpa, y, dándonos una prueba de su bondad infinita, nos permita aún ser felices.

—¡Dios oiga vuestras consoladoras palabras, doña Marina!

—¡Dios no desoye nunca los ruegos de las almas honradas, cuando le piden con fe y verdadero arrepentimiento!...

Don Diego se despidió, sintiendo en su pecho un bienestar que hacía muchos años no sentía.

Doña Marina le vió alejarse y quedó llorando, pero de felicidad y de alegría.

En su corazón, lleno hasta entonces de una inmensa tristeza, sentía también una dicha desconocida.

Los años envejecen y aniquilan el cuerpo, pero el alma baja casi siempre al sepulcro conservando fresco y vivo el recuerdo de las pasiones que nos hicieron venturosos en la primavera de la vida.

CAPIULO XXXVI

UN SACRIFICIO DOLOROSO

Los esfuerzos de doña Marina para averiguar el paradero de don César fueron completamente inútiles.

Pedro Soria, á quien la noble dama se dirigió creyendo que en su casa encontraría á su hijo, manifestó que don César se había despedido para Francia hacía ya algunos días, y que desde entonces no había tenido respecto á su paradero noticia alguna.

Don César había tomado perfectamente sus medidas, y el padre de Mari-Salto no hacía más que cumplir con la mayor exactitud el encargo que el joven caballero le hizo de ocultar á todo el mundo su permanencia en Madrid.

La noble señora, cada vez más alarmada, mandó llamar á don Diego y le dijo:

—Han sido inútiles, señor, los pasos que he dado para encontrar el paradero de nuestro hijo; recelando

sin duda ha tomado tales precauciones, que no me ha sido posible averiguar su residencia, y esto aumenta mis recelos y me afirma más en la creencia de que, irritado su carácter altivo, medita algún golpe audaz. Estad, pues, muy prevenido, don Diego.

—Lo estaré, Marina, y si es preciso, encerraré á mi hija en un convento con tal reserva, que ni la gente de mi casa podrá apercibirse de ello.

—¡Oh! Eso sería lo más prudente; de esa manera don César perdería su huella, y desengañado saldría de Madrid, donde temo á cada momento que sea descubierto por don Lope, y entònces...

—¡Oh! ¡Entonces su perdición era segura! Cuando pienso en don César y recuerdo el odio terrible del de Lara, me estremezco de espanto; ese hombre, que no sé con qué fin me persigue ahora con su amistad, mostrándome una afición tan excesiva que no pasa día sin que visite mi casa.

—¡Desconfiad de él, don Diego! —replicó doña Marina con calor.—¡Sé que os odia con toda su alma! Lo he oído de sus mismos labios, y por esta razón presumo que tras de esa amistad que finge profesaros se oculta algún mal designio.

—Marina, agradezco vuestro aviso y el interés que al dármele demostráis; pero desde el primer momento presumía que la amistad que se empeña en demostrarme el de Lara es fingida, y por eso no he depuesto, ni un momento, la prevención que hacia él he tenido siempre.

—Don Lope os odia tanto como odia á don César, y

como me odiará á mí en el momento que conozca los lazos que nos unen. Don Lope cree que mi esposo murió á manos de don César por mandato vuestro y por consecuencias de una intriga política fraguada por el duque de Lerma.

—Ya sabéis, señora, lo equivocado de ese juicio,—repuso don Diego palideciendo de una manera intensa.

—Don César es inocente.

—Me lo dijo el corazón desde el primer instante, y mi corazón es tan leal que no me engaña nunca.

—Pero dejemos, señora, recuerdos dolorosos, y volvamos nuestra atención al asunto que en estos momentos nos interesa más. ¿No creéis que sería acertado, como os he dicho, depositar á doña Esperanza en un claustro, mientras conseguimos hacer que don Cesar salga de España.

—Ya os he indicado, don Diego, que es para mí tan acertado ese pensamiento, que os ruego encarecidamente le pongáis en práctica cuanto antes. Cada instante que pasa tengo más miedo á que don César haga alguna cosa que le pierda y nos haga á todos desgraciados para siempre.

—Mañana mismo, señora, llevaré á doña Esperanza á un monasterio.

—Sí, don Diego, no lo demoréis, porque esa es la manera de que estemos todos tranquilos.

El de Deza, plenamente convencido por las palabras de doña Marina, se afirmó más y más en su idea,

cuando Beltrán le hizo saber que don César disfrazado rondaba todas las noches su casa con una gran insistencia.

Afortunadamente el rey, ó mejor dicho el duque de Lerma, había concedido hacía pocos días á don Diego la cruz de Santiago, y tomando pretexto de aquella honrosa distinción, á la siguiente mañana hizo poner el coche, y acompañado de su hija se trasladó al convento de Comendadoras, con el propósito, según decía, de hacer una visita á la comendadora del monasterio.

Después de visitado detenidamente el convento, de regreso ya en la celda de la comendadora, don Diego dijo á doña Esperanza:

—Hija mía, su majestad el rey me ha honrado encomendándome una misión de importancia cerca del Sumo Pontífice. Mañana mismo debo salir para Roma, y si esta noble señora (indicando á la comendadora) fuese tan amable que permitiera que pasases en su compañía la temporada que yo debo estar ausente de la corte, mi placer y mi gratitud serían inmensos.

Quedando tú bajo tan segura y virtuosa egida, yo partiría tranquilo á cumplir fielmente el encargo de mi soberano.

Doña Esperanza, al oir las frases de su padre, no pudo reprimir un grito ahogado de sorpresa. Comprendió la estratagema de que se había valido don Diego para atraerla á aquel lugar, y sintiendo alzarse en su alma una llamarada de indignación, guardó un altivo y profundo silencio.

La comendadora, á quien don Diego tenía preveni-

da, y con quien había consultado anticipadamente sus propósitos, repuso:

—Señor don Diego de Deza, un placer más inmenso, si cabe, que el que vos experimentáis, sentiremos nosotras al tener en nuestra compañía durante el tiempo que sea necesario á vuestra noble hija. Tratada será por mí con el mismo cariño que pudiera tratarla una madre, y por todos en esta santa casa con las consideraciones que se merecen su nacimiento y sus virtudes.

—Entonces, señora, no me resta más que daros gracias por la bondad excesiva con que accedéis á mi ruego, sin añadir más que las siguientes frases: ¡Os encomiendo, señora, lo que más amo y lo que más quiero en el mundo!

Y don Diego, dirigiéndose á su hija, repuso:

—¡Conque hasta mi vuelta, Esperanza mía! Dentro de breves instantes Berta vendrá á instalarse á tu lado para acompañarte y servirte.

Y el de Deza, besando á la joven en la frente, abandonó el monasterio con el corazón inundado de dolor.

El de Deza quería á su hija con verdadero frenesí, y, conociendo su carácter, comprendió que el silencio mudo y altivo de Esperanza era la protesta más elocuente que la joven podía formular contra el engaño de que acababa de ser víctima en la situación en que se encontraba.

—¡Está sin duda dispuesto por el cielo que yo hiera siempre y desagrade á las personas á quienes más quiero en el mundo! ¡Mi estrella no puede ser más fatal!

Y pensando así, el alcalde mayor recobró su coche y volvió á su casa.

Media hora más tarde, la vieja Berta fué enviada al convento, en donde tenían orden de no dejarla salir, para que de esta manera don César no pudiese averiguar por conducto de la dueña el sitio donde se encontraba doña Esperanza.

Los deseos de don Diego se vieron cumplidos de una manera absoluta durante algún tiempo.

Don César, desesperado de no poder conseguir ver á su amada, apremiaba á Roberto á fin de que buscase á la dueña Berta. Pero ésta no iba á misa al convento donde tenía costumbre, y el escudero, después de sufrir todos los días un plantón terrible, volvía á su casa cada vez más desesperado.

—Hoy veré á esa dueña, aunque tenga que entrar para ello en la misma casa de su señor,—exclamó el escudero al ver la desesperación que aquellas contrariedades levantaban en el alma de don César.

—Sí, haz á todo trance, Roberto, por saber lo que pasa, pues de lo contrario, dispuesto estoy á instalarme enfrente de la casa de don Diego y hacer un desatino. En todo cuanto me pasa veo la mano de ese miserable Beltrán. Referiría á su amo lo que sucedió en la callejuela, y tendrán esclavizada á doña Esperanza. Si yo no hubiera escuchado su ruego y hubiera partido el corazón de ese miserable, no ocasionaría ahora con sus intrigas la desesperación que tortura mi alma. A

los reptiles se les aplasta cuando se les encuentra para que no vuelvan á hacer daño.

Esperanza, dejándose llevar de la bondad de su corazón, salvó la vida de ese hombre, y el miserable, en vez de agradecérselo, es, de seguro, la causa del rigor con que su padre la trata.

Mi Esperanza es un ángel incapaz de hacer á nadie el daño más pequeño; pero de seguro que cuando toque ahora las consecuencias de su generosa acción, sentirá, como siento yo, haber dejado á ese hombre en disposición de causarnos el mal que nos ocasiona. Si volviera á caer de nuevo en mis manos, ni aun por el amor de mi Esperanza le perdonaría.

—Calmaos, señor, que hoy sabremos de cierto todo cuanto ha sucedido. Confiad en mi promesa y esperad con tranquilidad mi regreso.

Y Roberto, decidido á todo, se disfrazó con un traje de campesino y fué á apostarse en observación cerca de la casa del de Deza.

La hora en que acostumbraba Berta salir á misa al convento pasó, y la buena dueña no se dejó ver.

—Es indudable que aquí ocurre algo de extraordinario. Pero yo he prometido saberlo hoy mismo, y lo sabré.

Y Roberto, resuelto á jugar el todo por el todo, se dirigió á la morada de don Diego. Al llegar cerca vió salir á Beltrán, y se detuvo. El confidente de don Diego siguió su marcha sin reparar en Roberto. Este es-

peró hasta verle desaparecer, y luego penetró resueltamente en el anchuroso zaguán, diciendo para sí:

—Ahora, sin riesgo alguno, sabré cuanto deseo.

Momentos después repasaba la escalera de piedra que conducía al patio de la casa.

Al ver su traje de campesino, uno de los criados, con esa insolencia propia de los domésticos de las casas aristocráticas, le cerró el paso preguntándole:

—¿Qué buscáis aquí, buen aldeano?

—Señor, vengo á ver á una parienta de mi mujer llamada Berta.

—Pues venís en mal tiempo.

—¿Está enferma acaso?

—No.

—Pues entonces podré verla. Traigo para ella casualmente encargos de toda la familia.

—Doña Berta no se encuentra en la corte.

—¿Que no se encuentra en Madrid? ¡Pues si me han dicho en el pueblo que aquí la vería!

—Aquí la veréis, Dios mediante, andando el tiempo; pero en la actualidad se encuentra muy lejos, acompañando á nuestro noble amo y á su joven hija, que han salido, por orden de los doctores, á restablecerse de una enfermedad que la señorita ha padecido.

—¡Qué desgracia! ¿Y hace mucho tiempo que se marchó?

—Cinco días.

—¿Y no sabéis cuándo volverá?

—No lo sabemos; pero por los preparativos, deducimos que la ausencia será larga.

—Pues lo siento mucho; pero ¿qué le vamos á hacer? Cuando vuelva otra vez á la corte, volveré á visitarla.

—Eso es lo que debéis hacer.

—Quedaos con Dios, señor, y perdonadme la molestia que os he causado.

—Andad con Él, buen hombre.

Roberto tornó á su casa cariacontecido y mohino; y don César, al verle, adivinando por la expresión de su semblante que no había conseguido averiguar lo que deseaba, le preguntó:

—Malas nuevas, Roberto, ¿no es verdad?

—¡Y tan malas, señor! Don Diego de Deza, su hija y la dueña Berta han salido de Madrid al día siguiente de vuestra entrevista. Lo sé por boca de uno de los domésticos de la casa, con quien he estado hablando largamente, fingiéndome pariente de la dueña.

—¿Y no te han dicho dónde se fueron?

—No, señor. Sólo me han dicho que muy lejos.

—¡Oh! ¡Esto es desesperador!—repuso don César, quedándose pensativo.

—Lo mejor, á mi modo de ver, es hacer nuestros preparativos y emprender nuestro viaje.

—Sin saber adónde está doña Esperanza, ni qué suerte ha sido la suya, no me moveré de Madrid,—replicó el joven con una gran energía.

—¡Cielos!—repuso Roberto asustado.

—Lo dicho. ¡La amada de mi corazón puede necesitar de mi auxilio, y no quiero que la falte si ese caso llega!

—¡Pero reparad, señor, los riesgos que corréis!

—¿Tienes acaso miedo?

—¡Don César!...

—Si temes, déjame solo.

—Veo, señor, que el dolor os extravía; si no, ¿cómo habíais de dudar siquiera que yo estoy siempre dispuesto á correr á vuestro lado toda suerte de peligros? ¿Me habéis visto retroceder alguna vez? ¿Me habéis visto ni siquiera contradeciros hasta ahora? Y si ahora lo hago, si ahora temo, bien sabe Dios que no es por mí, sino por vos, á quien aprecio más que á mi vida; por la noble señora doña Marina, que sabe que estáis aún en Madrid, y que os busca con afán, y no tendrá un momento de reposo temiendo que os suceda algún percance.

—Tienes razón, Roberto. Dispénsame si mis palabras te ofendieron. ¿Cómo he de poner en duda tu valor ni tu lealtad, si tantas pruebas me tienes dadas? ¡El dolor me extravía y me hace delirar! Conozco que en todo cuanto me dices te inspira sólo el interés que por mí tienes; pero yo no puedo salir de aquí sin conocer de una manera positiva lo que ha sido de Esperanza. Mi corazón se moriría de pena en medio de la duda que me mata, y para morir de desesperación en la ausencia, prefiero morir aquí buscándola, aunque sea á manos de mis verdugos. El carácter duro y severo del de Deza es abonado para haber cometido con su hija algún acto de violencia. Tengamos un poco de calma. Sigamos aquí algunos días, sin cesar en nuestras pesquisas, y quizás logremos saber su paradero. En este

instante mi mente, exaltada por las adversas nuevas, no puede coordinar ninguna idea, no acierta á formular ningún proyecto que me dé luz en el oscuro caos en que me encuentro perdido. Pero la serenidad volverá á mi espíritu, y entonces mi amor y mi interés por Esperanza me inspirarán algún pensamiento salvador. Esperemos algunos días, Roberto.

—Esperemos, puesto que así lo queréis, señor.

Don César quedó sumido en la más profunda meditación.

Jamás se había creído más desventurado.

Algunos días después de la anterior escena, Mari-Salto penetró una mañana en la estancia que ocupaba el joven y desesperado caballero, y sentándose junto á él, le preguntó:

—Os encontráis triste y contrariado, ¿no es verdad, don César?

—Sí, hermosa niña; me encuentro triste y con el alma llena de desesperación.

—Cuando se ama de veras y se teme por el objeto de nuestro amor, se padece mucho,—replicó de un modo tal la joven, que don César, que ya conocía por Roberto lo que pasaba en el alma de Mari-Salto, se estremeció.

La hermosa joven continuó diciendo:

—¿Y es acaso el ignorar dónde se encuentra el amor de vuestra alma lo que os apena y entristece?

—Esa es precisamente la causa de mis pesares.

—Y, decidme con franqueza, señor, ¿seríais feliz con saber eso que ignoráis?

—Tanto, que por esa noticia daría con gusto diez años de mi vida,—exclamó sin poder reprimirse, y por lo tanto sin cuidarse del daño que sus palabras ocasionasen á la pobre joven.

—¡Cuánto la quiere, Dios mío!—dijo para sí con una gran amargura la hija de Pedro Soria conteniendo á duras penas sus lágrimas.

Después lanzó un profundo suspiro y añadió:

—Pues sin necesidad de tamaño sacrificio, yo os voy á decir, don César, el sitio donde se encuentra doña Esperanza.

—¿Qué decís, hermosa Mari-Salto?—replicó el caballero con explosión.

—Lo que habéis oído,—replicó sonriendo tristemente la pobre niña.—Vuestra amada no ha salido de Madrid. Su padre, por temor á lo que pudierais intentar, la encerró en el convento de comendadoras santiaguistas, y allí se encuentra.

—¡Cielos! Pero ¿es cierto cuanto decís?

—Tanto, como que la he visto yo hoy mismo en el coro.

—¡Oh! ¡Gracias, Mari-Salto, sois indudablemente mi providencia!

—Aspiro á llegar á serlo por lo menos, señor,—repuso con energía la joven.

Y alzándose de su asiento, salió de la estancia, haciendo esfuerzos supremos para contener el llanto que se agolpaba á sus hermosos ojos.

El sacrificio que acababa de hacer había sido muy doloroso para su enamorado corazón.

Al verla partir, don César exclamó:

—Si yo no amara con toda mi alma á doña Esperanza, amaría á esta pobre niña, cuya abnegación y cuyo valor me admiran más á cada momento.

CAPÍTULO XXXVII

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE

A la mañana siguiente, minutos antes de bajar al coro las comendadoras de Santiago, dos religiosos de la orden de Santo Domingo penetraron en la iglesia del convento, y con las capuchas caladas se arrodillaron con la mayor devoción junto á una de las dobles rejas que del coro daban al templo.

Cuando las religiosas santiaguistas empezaron á entonar sus cánticos, uno de aquellos padres sintió un inmenso estremecimiento de alegría, y sin poder dominarse levantó la cabeza, y desde el fondo de su capucha lanzó una mirada intensa al coro. Una exclamación ahogada espiró en sus labios. Entre las jóvenes novicias había descubierto á doña Esperanza de Deza, cuya hermosura realzaban los hábitos religiosos, á pesar de la extremada palidez que cubría su semblante.

—¡Oh! ¡Era cierto lo que me dijo Mari-Salto! Don

Diego ha encerrado aquí á su hija abusando de su autoridad de padre. Yo la arrancaré del fondo de este claustro apoyado en el derecho que me da esta pasión que consume mi vida.

Y el religioso, que no era otro que el joven don César, lanzó á la hija del alcalde mayor una mirada que encerraba un poema inmenso de cariño, y seguido de su compañero, salió del convento.

—¡La he visto, Roberto, la he visto! Mari-Salto no me engañaba.

—¿Cómo había de engañaros, señor, si ha estado dentro del monasterio hasta cerciorarse de que se encontraba aquí doña Esperanza?

—¿Y cómo ha podido sospechar que aquí estuviera?

—Don César, las mujeres, cuando quieren de veras, saben más y tienen más recursos que los hombres. Al ver vuestra desesperación, me preguntó la causa; se la dije, y entonces hizo una cosa que á ninguno de nosotros se nos había ocurrido. Empezó á seguir á los criados de la casa de Deza, hasta que la casualidad la hizo ver á Beltrán acudir tres veces en un día á ese convento.

La idea de que pudiera encontrarse aquí doña Esperanza cruzó por su mente, y el pensamiento de saberlo de una manera definitiva se levantó en su corazón, Para ello se valió de un medio muy sencillo: vino á esta iglesia todos los días, y desde la reja del coro

donde vos habéis visto á vuestra amada observó Mari-Salto también, hasta convencerse de lo que quería.

—Pues bien, Roberto, es necesario que conozcamos perfectamente las entradas y salidas de ese edificio.

—¿Intentáis algo, señor?—replicó el escudero estremeciéndose ante la idea que aquellas palabras le hicieron comprender.

—Intento arrancar de ese claustro á la amada de mi alma,—replicó don César con una gran energía.

—¿Sabéis el delito que es ese, señor? ¿Sabéis que vuestra perdición es segura, y también la de doña Esperanza, si conseguís lo que deseáis? El Santo Oficio os perseguiría sin tregua ni descanso.

—Sé, Roberto, que ese convento será una tumba para el dueño de mi albedrío, y mi amor, y hasta mi caridad, me impulsan á arrancarla de esa especie de sepulcro donde la crueldad de un padre sin corazón la ha encerrado.

En la faz pálida y angustiada de mi Esperanza he leído todo un poema de dolores; desde que la he visto, me he convencido más de lo que estaba de que sufre de una manera grande, y para ahorrarla ese padecer, estoy resuelto á sacarla de ese claustro, aunque tenga para ello que poner fuego á ese monasterio que la sirve de prisión; por ese motivo te he anunciado mi deseo de conocer de una manera segura las entradas y salidas de ese edificio y los puntos más á propósito para llevar á cabo mi proyecto.

Don César guardó silencio; Roberto, después de reflexionar un poco, preguntó:

—Decidme, señor, las comendadoras, á diferencia de las demás monjas, tienen la costumbre ó el privilegio de recibir visitas en sus habitaciones, ¿no es verdad?

—Sí; su clausura no es tan rigorosa como en las demás comunidades.

—Entonces perfectamente, señor; aprovechando esa circunstancia, mañana mismo visitaré yo ese convento á mi placer.

—Pero ¿conoces tú á alguien en ese monasterio?

—No, señor, y precisamente por eso es por lo que me decido á visitarle.

—Y ¿de qué manera te vas á valer para eso?

—Mañana lo sabréis; desde este momento me dedico á preparar lo necesario para llevar á cabo esa visita.

La señora doña Baltasara de Bustamante y Alburquerque, comendadora del monasterio de santiaguistas, pertenecía á una de las familias más principales de nuestra aristocracia, y era una dama de aspecto venerable y de una severidad á toda prueba en el desempeño de su alto cargo.

Desde muy niña, y á consecuencia de haber contraído su señor padre segundas nupcias, fué educada en aquel monasterio, donde, sin ver más mundo que el claustro, profesó sin haber sentido en su pecho el oleaje de las pasiones que agitaban el siglo.

Desconociendo por completo lo que era el dulce ca-

riño de la familia, y no sospechando siquiera los infinitos goces del verdadero amor, de esa pasión que funde en una dos almas, y que es la poesía del mundo y la esencia de la vida, era severísima para las jóvenes tocante á esa materia.

Don Diego no podía haber elegido persona más á propósito á quien confiar á su hija.

Desde el momento en que pisó el claustro doña Esperanza, todo trato, toda comunicación y toda inteligencia con el mundo exterior quedaron interrumpidos.

La comendadora era el único conducto por donde doña Esperanza recibía de tiempo en tiempo noticias de su casa y de su padre.

Excusado es decir que no tenía medio alguno por el cual pudiera ponerse en contacto con ninguna persona ajena á la comunidad.

Este aislamiento era tan insoportable á la pobre joven, que, á pesar de la entereza de su carácter y del propósito firme que había formado de no dar á conocer sus pesares, había momentos en que la desesperación se apoderaba de su alma y sufría accesos nerviosos terribles.

Berta era su único confidente y su único consuelo. Pero la vieja dueña llegó á hacérsela también insoportable aquella larga encerrona, de tal manera, que más de una vez indicó á la comendadora que deseaba dejar de pertenecer á la casa del de Deza, porque á sus años y con sus achaques no le hacía bien la vida sedentaria que llevaba. Pero siempre que la buena dueña formuló

este deseo, la comendadora respondía con la mayor amabilidad:

—Está muy en razón lo que decís, respetable señora Berta, y tened la seguridad de que en cuanto vuelva de Roma vuestro señor don Diego, se pondrán en su conocimiento vuestros deseos.

Pero los días se pasaban; y como el viaje de don Diego á la Ciudad Santa no era más que un pretexto, claro es que el de Deza nunca venía, y la vieja dueña se desesperaba, conociendo que la amabilidad de la comendadora era una burla y el esperar la vuelta de don Diego un pretexto con que se la tenía encerrada hasta que á los fines del de Deza conviniera.

Esta creencia llegó á exasperar de tal modo á la dueña, que un día, resuelta á jugar el todo por el todo, acudió á la celda de la señora comendadora y la dijo:

—Señora, ya que no pueda hacer uso del derecho que tiene todo criado de dejar cuando le plazca ó le convenga la casa de su amo, espero que, según la práctica establecida en esta santa casa, se me permita recibir á las personas que vengan á visitarme. Mis parientes, á quienes no pude decir que me ausentaba de la corte porque nada sabía, estarán cuidadosos, y hasta llegarán á dudar de mi existencia si la situación en que me encuentro se prolonga. Permitid, pues, que vengan á verme de la misma manera que vienen á visitar á las demás señoras de esta casa sus respectivas familias.

La comendadora miró á Berta, y sonriendo, repuso:

—Siento mucho, señora, no poder acceder á vues-

tros deseos, á pesar de creerlos muy justos y muy lógicos; pero no me atrevo á desobedecer las advertencias que me hizo vuestro señor.

Al partir me previno terminantemente que para poder llenar su misión con entera tranquilidad de espíritu y con completa confianza, deseaba que durante su ausencia ni doña Esperanza ni vos recibieran noticias más que suyas y por mi conducto, y de ninguna manera visitas de nadie; por lo tanto, tened la bondad, señora, de esperar hasta que don Diego torne de su viaje.

—Señora,—replicó Berta nerviosa ante aquella nueva contrariedad,—mi señor tiene derecho sobre su hija para ordenar todo cuanto le plazca; pero en el momento que yo declaro que no quiero seguir perteneciendo á su casa, creo que no tiene ninguno para retenerme aquí contra mi voluntad.

—Pero le tengo yo, señora mía,—replicó con una gran severidad la comendadora.—Cuantas personas se encuentran en este claustro dependen de mi exclusiva autoridad, y os prevengo que si no os han satisfecho las razones que os he dado, atendiendo más á la bondad de mi carácter que á la disciplina de este monasterio, adoptaré medidas enérgicas para haceros recordar que en esta santa casa se obedece y se calla. Volved á vuestra celda, y dad gracias que no os hago encerrar á pan y agua por ocho días ú os condeno á penitencia de disciplinas y cilicios por un mes.

Berta, que era sobrado glotona y que se había estremecido más de una vez ante la idea de los terribles

efectos de las disciplinas de cáñamo con puntas de hierro que había en el convento, aterrada ante aquella amenaza, volvió cabizbaja y medrosa al lado de doña Esperanza, diciéndola:

—Estamos perdidas sin remedio. Nos condenan, por lo que veo, á reclusión perpetua. Todos mis esfuerzos han sido vanos, y vuestro padre tiene dadas, sin duda, órdenes severas para que no nos dejen ni movernos.

Y Berta refirió entonces la amenaza que le acababa de hacer la comendadora.

Doña Esperanza no replicó; lanzó un doloroso gemido, y una lágrima ardiente brotó de sus ojos. Conocía que era impotente para luchar, y, aunque no se resignaba, inclinaba la frente ante la fuerza irresistible de su adverso sino.

El recuerdo de don César, á quien amaba más á cada momento y á quien temía perder para siempre, llenaba su alma de un inmenso dolor.

El mismo día en que Berta hizo cerca de la comendadora la intentona que hemos visto fracasar, presentóse en la portería del convento un anciano peregrino, que no era otro que el morisco Roberto disfrazado perfectamente.

—¿Y de dónde viene el buen padre?—preguntó la portera, que era amiga de enterarse de todo.

—De los Santos Lugares, hermana,—replicó el anciano con voz cascada.

—¡Pues poco que se va á alegrar la señora comenda-

dora cuando la anuncie que hay aquí un santo peregrino que desea verla!

—¡Oh, sí, hermana, lo deseo ardientemente!

—Pero sentaos, padre, que, por lo que veo, venís fatigado en demasía.

—Gracias, hermana, y que el cielo os premie vuestra ardiente caridad.

El peregrino se sentó, y la hermana portera repuso:

—Voy al momento á pasar recado á la señora.

Y con planta ligera se dirigió al interior del monasterio.

Roberto se quedó solo en la portería, y con pretexto de enterarse de las curiosidades, se puso á examinar con el mayor cuidado la parte del edificio que desde el sitio en que se encontraba alcanzaba su vista.

Momentos después la hermana portera apareció de nuevo, diciendo:

—La señora comendadora os espera con impaciencia, buen peregrino. Tened, pues, la bondad de venir.

Roberto se levantó, y fingiendo gran cansancio, siguió á la hermana hasta la celda de la comendadora. Esta recibió al bueno del padre con toda clase de atenciones, y haciéndole sentarse, empezó á abrumarle con una porción de preguntas.

Roberto, que conocía afortunadamente Jerusalén y las principales ciudades del alto y bajo Egipto, así como las costumbres y usos de sus naturales, pudo extenderse en pintorescas é interesantes descripciones, que arrancaron á la comendadora un sinnúmero de exclamaciones de admiración.

Cuando se cansó de preguntarle por los principales sitios que conocía de nombre por los libros sagrados, exclamó:

—¿Supongo, padre, que traeréis reliquias y rosarios tocados en el Santo Sepulcro?

—Traigo, señora, no sólo todo eso, sino agua del Jordán y otra porción de objetos preciosos para las almas piadosas y cristianas que conservan viva llama de la fe.

—¿Y qué objetos son esos, buen padre?—replicó con gran curiosidad la monja.

—Señora, son huesos de dátiles de la palmera á cuya sombra se sentó á descansar la Santa Madre del Redentor en su huída á Egipto; simiente de los rosales más hermosos de Jericó; huesos de aceitunas del huerto de Getsemaní, y pipas de ciertos naranjos milagrosos, de cuyo fruto comió la Santa Virgen María. Si tuvierais, señora, huerto en este monasterio, podríais probar á ver si plantando algunas de estas simientes conseguíais criar algún árbol de tan venerable origen.

—Este monasterio tiene una gran huerta,—se apresuró á replicar la comendadora.

—Loado sea el Señor, porque así podremos hacer el ensayo que os he dicho.

—Venid y veréis si es extenso y hermoso el huerto que tenemos.

Y la comendadora condujo al fingido peregrino á un espacioso claustro cuyas ventanas ojivas daban á una extendida huerta.

Roberto examinó detenidamente tanto la altura á que las ventanas del claustro estaban del suelo de la huerta como la elevación que tenían las tapias que la servían de cerca.

—Hermoso es este huerto, señora, y paréceme que allí frente á la casilla aquella, que supongo será la del hortelano...

—Sí, padre, del hortelano es,—replicó la comendadora.

—Pues bien, allí enfrente, que es el punto más al Mediodía, podéis hacer plantar las semillas, pues, como proceden de un clima más cálido, es preciso preservarlas todo lo posible de los rigurosos fríos que en invierno se sienten en este país.

—Y que aquí suelen ser muy grandes, padre. Mirad aquella parte donde la cerca es más baja. Aquello es siempre húmedo y sombrío, tanto porque se encuentra al Norte, como porque da á una callejuela estrecha y solitaria formada por las tapias de aquel caserón que impide que el sol la bañe en ningún tiempo.

—Sí, es indudable, señora, que el sitio que he indicado es el más á propósito para el objeto á que nos referimos.

—Pues allí las haré plantar, no tengáis duda alguna.

Roberto, mientras sostenía esta conversación, se enteraba perfectamente de la forma del huerto, de cuántas salidas tenía y de las demás particularidades que juzgaba necesarias para favorecer los planes de don César. Pero le faltaba averiguar una de las cosas más indispensables: la parte del monasterio en donde se

encontraba la celda ocupada por doña Esperanza. Para ver si conseguía este objeto, después de entregar á la comendadora las semillas ofrecidas, un frasco de agua del Jordán y varios rosarios y medallas, exclamó:

—El huerto es precioso, y si lo restante del monasterio corre parejas, como las correrá sin duda, con ese hermoso verjel y este suntuoso claustro, creo, señora, que la Providencia se ha dignado concederos la inmensa dicha de dirigir una de las mansiones religiosas más principales del orbe cristiano. En mi larga peregrinación he visitado verdaderas maravillas, monasterios y basílicas de una belleza encantadora y de una suntuosidad dignas de la grandeza de la santa religión del Crucificado; pero, á juzgar por lo poco que de este convento llevo visto, me parece que, no sólo iguala, sino que supera á una gran parte de los que he recorrido y visitado.

La comendadora, envanecida con los elogios del peregrino, repuso:

—Si queréis, padre, tomaros la molestia de visitar éste, será para mí una gran satisfacción que después de verle os afirméis en la creencia que sobre él habéis formado.

—¡No sabéis, señora, el placer inmenso que me proporcionáis con prueba tan grande de vuestra bondad! Por no abusar, no me atrevía á suplicaros la gracia que tan espontáneamente acabáis de ofrecerme. Uno de los placeres más grandes que siento yo en la vida es recorrer estos hermosos asilos de la oración, estas mansiones de paz y de ventura, desde cuyo bendito fondo

elevan sus plegarias al Altísimo las inocentes hijas del Señor.

—Pues venid, buen peregrino.

Y la altiva comendadora fué mostrando, estancia por estancia, á Roberto todo el monasterio.

La presencia del fingido romero fué un motivo inmenso de regocijo para las pobres monjas.

Roberto fué repartiendo á manos llenas rosarios y medallas, de las que llevaba una gran provisión.

Cuando llegó á la celda de doña Esperanza, sintió verdadero temor por si la joven hija de Deza ó la dueña le reconocían, y, no pudiendo dominarse, con su emoción le denunciaban.

El morisco, al pensar así, no tenía presente que el disimulo es una de las condiciones más principales del bello sexo.

La amada de su amo, lo mismo que Berta, le reconocieron en cuanto puso los pies en la estancia en que las dos se encontraban.

—Esta señorita, —repuso la superiora presentándole á la joven,—es hija del muy noble señor comendador de la orden don Diego de Deza, alcalde mayor de esta corte.

—Sea por muchos años, hija mía,—repuso Roberto. —Conozco, aunque solo de nombre, á vuestro noble padre. ¿Y se siente con vocación para profesar esta niña? – se aventuró á preguntar Roberto.

—Es muy joven, señor, y hace muy poco tiempo

que habita á nuestro lado; pero cuando le sean más conocidos la paz y el reposo que en este santo asilo se gozan, creo no equivocarme al asegurar que con verdadera alegría preferirá los sencillos y santos goces de este monasterio á los embates y las borrascas del mundo.

—Opino también como vos, señora comendadora,—repuso el peregrino,—y para contribuir en la parte que me sea posible á ese resultado, que no podrá menos de ser grato en demasía á los ojos de Dios, tomad, hija, este rosario, y no olvidéis en vuestras oraciones á las personas de vuestro afecto, y á este pobre pecador, que os asegura que, no perdiendo la fe y teniendo ciega confianza en la bondad divina, seréis en este asilo sagrado feliz y dichosa dentro de poco.

Esperanza creyó que las frases de Roberto encerraban un aviso, y una secreta alegría inundó su corazón. Para demostrar al fingido peregrino que había comprendido la intención de aquellas palabras, repuso:

—Gracias, padre, por vuestros sanos consejos, que seguiré con todas las fuerzas de mi alma.

La comendadora y Roberto salieron de la estancia, prosiguiendo su visita.

Esperanza y Berta, así que los vieron alejarse, se arrojaron la una en brazos de la otra, y la dueña exclamó:

—¿Le habéis conocido?

—Sí, y creído que sus palabras nos advertían algo.

—Creo que no os equivocáis.

—¡Mi alma me decía que don César no había de

abandonarme! Ahora, sean las que fueren las penas que me agobien, sabré soportarlas con más entereza, convencida de que hay quien procura mi libertad y mi dicha.

—Yo también siento renacer en mi alma la esperanza.

Y la hermosa hija de Deza se quedó pensativa, entregándose al recuerdo dulce y encantador del hombre á quien amaba.

Entretanto la comendadora y Roberto prosiguieron visitando todas las estancias del monasterio. Cuando esta visita terminó, el fingido peregrino se deshizo en alabanzas, ponderando las bellezas y comodidades de aquella mansión santa.

La comendadora, entusiasmada con aquellos elogios, despidió á Roberto con verdadera pena, rogándole encarecidamente que mientras permaneciese en la corte no dejase de venir á verla con frecuencia. El escudero de don César lo ofreció así, y salió del convento con tal oportunidad, que al repasar el ancho vestíbulo se encontró de manos á boca con don Diego de Deza, que acudía sin duda á visitar á la comendadora.

—¡Ya ha vuelto este hombre, y ya sé yo también lo que necesitamos para llevar á cabo el proyecto de mi señor!

Y pensando así el morisco, se encaminó á una hostería inmediata á reparar su estómago, que se encontraba desfallecido.

CAPITULO XXXVIII

DONDE EL PAJE PICOLI CORRIÓ POR CURIOSO UN NUEVO PELIGRO

La hostería de la Cruz Verde era una de las más acreditadas de la corte, tanto por lo bien que condimentaba sus guisos como por lo económico de sus precios.

El hostelero era un flamenco como de unos cincuenta años; rubio como el azafrán, colorado como un pimiento de la Rioja y gordo como un fraile jerónimo. Siempre al frente de sus cacerolas y sus hornillos, tenía una rara habilidad para el arte culinario, que le hacía ser considerado como una especialidad en su profesión.

La justa fama de que gozaba hacía que su casa se encontrase siempre llena de esa multitud de personas cuya escasa fortuna les obliga en las grandes capitales á buscar los sitios donde se come bien y barato.

Militares, estudiantes y aventureros, formaban casi siempre la inmensa mayoría de los parroquianos de la Cruz Verde.

El fingido peregrino penetró en la hostería, y colocándose en uno de los sitios más ocultos, pidió un plato de estofado de carnero y un vaso de vino de Alicante, y se puso á comer con excelente apetito y á reunir y coordinar los recuerdos de cuanto había visto en el monasterio.

Hacía poco que se dedicaba con verdadero afán á su tarea de engullir y pensar, cuando sintió que en una mesa que había á su espalda se sentaba un nuevo personaje; pero ni se tomó la molestia de fijarse en él.

Un momento después, una asturiana fresca y robusta, que hacía el oficio de camarera, se acercó al desconocido y le dijo:

—¿Qué es lo que desea tomar su merced, señor Picoli?

El efecto que hizo á Roberto el oir este nombre fué tal, que tuvo que hacer un esfuerzo grande para que su emoción no le vendiera.

La idea de que el paje de don Lope de Lara le venía espiando le sobresaltó, y desde aquel momento no pensó más que en dejar la hostería y discurrir el medio de burlar la persecución de que se creía objeto.

Hasta aquel instante, Roberto se engañaba. Picoli le había visto salir del monasterio de comendadoras sin sospechar siquiera, y por lo tanto sin fijarse en él.

Le vió también penetrar en la hostería y se sentó á su espalda, por casualidad y sin intención alguna, tomándole por un verdadero peregrino. Pero la precipitación con que Roberto acabó su comida y pagó su cuenta llamó la atención de Picoli, y empezó á fi-

jarse en el peregrino de la manera que el italiano sabía hacerlo cuando quería.

Entonces creyó reparar que las largas y espesas barbas grises que el penitente llevaba y que casi le cubrían toda la faz eran postizas.

Concebir esta sospecha y decidirse á conocer la verdad fué todo una misma cosa. Así que, alzándose de su asiento y acercándose resueltamente al sitio en que se encontraba Roberto, le dirigió la palabra, preguntándole:

—¿Venís de Santiago de Compostela, buen peregrino?

Roberto hizo que no había oído la pregunta, y recogiéndose el bordón y calándose más su ancho sombrero, se alzó de su asiento con el fin de abandonar la hostería. Pero Picoli no era hombre que cejaba fácilmente en sus propósitos, tanto más cuanto la acción de Roberto acababa de aumentar sus sospechas.

Así que, asiéndole por un extremo de la esclavina de hule que, cubierta de grandes conchas, ostentaba, le volvió á repetir con voz más fuerte:

—Os he preguntado, padre, si venís de Compostela.

—Vengo de tierras más lejanas, hermano, —respondió Roberto procurando fingir la voz, al ver que no había manera de excusarse.

—¿Entonces venís sin duda de los Santos Lugares?

—Sí.

—Será muy hermoso todo aquello, ¿no es verdad?

—Sí.

—Vamos, sentaos en mi mesa y bebamos juntos por el buen éxito de vuestro viaje y porque el cielo os premie los trabajos y fatigas que habréis sufrido en tan larga caminata.

—Gracias, hermano.

—Pero, padre, ¿me vais á desairar?

—Tengo precisión de salir de la corte antes que el día espire, y ya veis que el crepúsculo vespertino tardará poco en aparecer.

—Sea como queráis. Yo os lo ofrecía de buena voluntad.

—Y yo os lo agradezco como si hubiera podido aceptarlo.

—Dadme á besar vuestra mano, venerable padre.

Y Picoli, que no había podido distinguir las facciones de Roberto á su gusto por impedírselo las anchas alas del sombrero que llevaba, con pretexto de besarle la mano se arrodilló y dirigió al rostro del peregrino una mirada investigadora.

Picoli, á pesar de su audacia, sintió pavor al ver la llamarada de ira que brotaba de los ojos del escudero de don César. Le había reconocido completamente; pero con la doblez que le era propia disimuló, y después de besarle la mano se alzó del suelo, y le dijo:

—Id en paz, reverendo padre, que yo torno á seguir mi colación.

—En paz quedad, hermano,—replicó Roberto dirigiéndose hacia la salida, después que vió que el paje volvía á ocupar su asiento con el aspecto de la mayor tranquilidad.

—Por si me ha conocido, procedamos con cautela,—dijo para sí Roberto, y repasando la calle con gran lentitud dobló la esquina, y parándose ante el retablo de un Cristo que había incrustado en el muro de una casa, se arrodilló y se puso á hacer que oraba con gran fervor.

Picoli, apenas desapareció el peregrino, pagó el gasto que había hecho y salió también; pero, precavido siempre, así que llegó á la puerta llamó á un muchacho de unos doce años, émulo de Rinconete y Cortadillo, y dándole un real de plata, le dijo:

—¿Has visto salir de esta hostería á un santo peregrino?

—Sí, señor.

—¿Por dónde ha echado?

—Ha vuelto esa esquina.

—Pues anda, observa qué dirección toma, ven á decírmelo y te daré otro real.

Los ojos del chico brillaron de codicia, y ya se disponía á salir á la carrera á cumplir su encargo, cuando Picoli le advirtió, diciéndole:

—Mira, observa con disimulo, porque de lo contrario será inútil lo que hagas.

El muchacho guiñó entonces su ojo izquierdo en señal de inteligencia, y saliéndose al centro de la calle, se dirigió cantando hacia el punto por donde desapareció Roberto.

El paje de don Lope se reclinó entonces en el quicio de la hostería, empezando á tararear una barcarola genovesa.

Momentos después, el chico volvió corriendo y dijo á Picoli:

—El peregrino estaba rezando delante de un retablo, pero se ha levantado y viene hacia aquí.

—Recela y toma precauciones,—pensó Picoli ocultándose rápidamente en el interior de la hostería.

Lo que le anunció el chico era verdad: Roberto, viendo que no le seguían, pero desconfiando aún, se decidió á volver sobre sus pasos, y á cruzar de nuevo por delante de la puerta de la hostería, para ver si confirmaba sus sospechas.

El morisco y el italiano eran dos prójimos dignos el uno del otro en lo referente á servir con lealtad y travesura á sus respectivos señores.

Roberto pasó, y, aunque no notó nada alarmante, dijo para sí:

—No me fío. Ese italiano es endiablado, y es necesario desorientarle á toda costa. Su insistencia en hablarme y quererme retener me prueba de una manera evidente que me ha conocido. Procedamos, pues, con mucho tiento, que nadie se ha perdido, que yo sepa, por exceso de precauciones.

Y firme en este propósito, emprendió su marcha dispuesto á salirse de la población.

La tarde expiraba, y las sombras de la noche empezaban á envolver al mundo con sus negros crespones.

A bastantes pasos de Roberto, el chico á quien Picoli dió el real de plata le seguía, y el italiano, siguien-

do á su vez al muchacho á distancia conveniente, también espiaba sin peligro de ser visto la marcha que el escudero de don César llevaba. Este, al cruzar la segunda calle, como iba sobre aviso, se apercibió de la presencia del muchacho y entró en sospecha.

—Desde que he salido de la hostería este chicuelo no me pierde de vista; veamos si esto es una aprensión nada más ó si es lo que me malicio.

Y para cerciorarse avivó el paso, repasó otras dos calles, y al torcer una esquina cambió bruscamente de dirección avanzando en sentido opuesto al que llevaba con el fin de encontrarse de frente con los que le seguían.

El chico paróse un momento indeciso y retrocedió, y Picoli se ocultó precipitadamente en el quicio de una puerta.

—No hay duda, me siguen; pero yo les escarmentaré,—dijo para sí Roberto.

Y metiendo su mano derecha debajo de su hopalanda, acarició las culatas de dos pistolas que llevaba ocultas y dispuestas para cualquier evento. Resuelto á poner en planta la idea que se le había ocurrido de castigar á sus espías, se dirigió sin vacilar á las afueras de la población.

Sin volver la vista atrás tomó el camino que, cruzando una extensa pradera, se internaba en un monte que en una extensión de algunas leguas hallábase cubierto de encinas y chaparros.

La noche había cerrado completamente.

El chico que le seguía, al verse en medio del cam-

po, sintió miedo y se paró receloso. Picoli, llegando hasta él, le dijo:

—¿Eres cobarde?

—Soy escamón nada más, señor,—replicó dejando ver una maliciosa sonrisa.—Veo que ese viejo peregrino, desde que salió de la ciudad avanza más que un gamo, y como en cuanto crucemos esta pradera nos hemos de encontrar á la entrada de un espeso bosque de encinas, temo que me suceda algún percance, y esa es la causa por que me he detenido.

Picoli conoció que el chico tenía razón, y recordando el riesgo á que se vió expuesto la noche que se empeñó en seguir á los que conducían la litera desde el Pradillo de los Ajusticiados, vaciló durante algunos instantes, dudando si avanzar ó retroceder.

De aquella indecisión le sacó bien pronto el chico que le acompañaba, diciendo con alarmada voz:

—Mirad, señor; el peregrino retrocede y viene hacia nosotros. ¡Lo que es yo no le espero en este sitio ni á estas horas!

Y el chico, sin cuidarse de Picoli para nada, salió corriendo con dirección á Madrid más veloz que una centella.

El paje del de Lara, que era animoso, puso mano á su espada, resuelto á medirse con Roberto. Este, cuyo intento era ir internando á sus espías en el bosque vecino, y allí volverse de repente contra ellos, así que los vió pararse y vacilar, se decidió á lanzarse sobre ellos y hacerles pagar cara su curiosidad.

Picoli, como ya hemos indicado, le esperaba con el

acero desnudo; pero Roberto, á los pocos pasos de distancia, le dijo:

—¡Hola! ¿Esas tenemos, señor espía? ¿Os las queréis también echar de bravo? Pues por el infierno os juro que vais á acabar bien pronto vuestro miserable oficio.

Y amartilló las dos pistolas que traía ya en las manos.

Picoli, al oir el ruido seco que produjeron las armas al montarse, perdió su serenidad, y sin atreverse á otra cosa más que á ponerse en salvo, volvió la espalda y partió á correr con esa rapidez vertiginosa que comunica el miedo.

Roberto, para aumentar su pánico, le siguió durante algunos minutos y le disparó un pistoletazo que le hizo avivar más y más la velocidad de su carrera.

Entonces el morisco se paró, y tomando dirección distinta á la que llevaba el fugitivo, se dirigió á su casa, diciendo:

—¡El miedo guarda la viña! Ahora estoy seguro de que no me sigue.

CAPITULO XXXIX

LA MUERTE DE LA REINA

Don Diego de Deza y doña Marina conversaban á los pocos días de los sucesos relatados en el anterior capítulo, y su plática debía ser asaz interesante, á juzgar por la expresión de profunda gravedad que se pintaba en el rostro de ambos. Pero oigámosles, y de esa manera juzgaremos con verdadero conocimiento de causa.

—Todo cuanto me dijisteis, doña Marina, resulta desgraciadamente exacto. El escudero de don César era, sin duda alguna, el peregrino que estuvo en el convento, y á quien yo me encontré en el portal cuando salía, según he recordado después. La señora comendadora me ha dicho que visitó detenidamente el monasterio y que examinó largo rato la huerta, primero desde una ojiva del claustro y luego recorriendo los plantíos, y la casa del hortelano.

—¡Pues no os quepa duda que César medita algún proyecto audaz para arrancar á doña Esperanza del sagrado recinto en que se encuentra! Don Lope, que, como os dije ayer, me refirió el peligro que corrió su paje por seguir al fingido peregrino, tiene ya la certeza de que nuestro hijo vive, y no descansará hasta descubrirle y perderle.

—¿Y de qué medios nos valdríamos para avisarle?

—No conozco ninguno. Además, que por la manera de proceder de su escudero, debe encontrarse sobre aviso. Lo que más urge, según yo creo, es poner á doña Esperanza á cubierto de cualquier golpe de mano.

—¿Os parece, Marina, que la hagamos variar de monasterio?

—Deza, eso no haría más que aplazar, pero no resolver la cuestión. Don César averiguaría la nueve residencia, como ha averiguado la que hoy ocupa, y seguiría desarrollando su proyecto hasta perecer ó realizarle.

—¿Y qué medio nos queda entonces para conjurar ese riesgo de una manera definitiva?

—Dos: uno irrealizable y otro doloroso.

—Explicaos.

—Si supiéramos el paradero de don César le revelaríamos el parentesco que con Esperanza le une, haciéndole de esa manera desistir de sus propósitos. Este es el medio irrealizable, puesto que la residencia de don César nos es desconocida.

—¿Y el otro, señora?

—El otro es hacer que doña Esperanza sea esposa de Dios.

—¡Cielos!—exclamó don Diego palideciendo.

—Ya os dije que era doloroso.

—¡Tan doloroso, señora, que sería causa de que la tristeza consumiese mi vida! ¿Cómo privarme yo para siempre de mi Esperanza? ¡Ella es el sol hermoso del helado invierno de mi vejez, el fresco oasis donde reposa mi alma fatigada y dolorida de las luchas y pesares de la vida! ¡Renunciar yo por completo y para siempre al cariño de mi hija! ¡Jamás!

—¿Acaso no me he visto yo obligada á renunciar al cariño de mi hijo?

—¡Oh!...

—¿No me he visto y no me veo aún obligada á no poder oir siquiera que el hijo de mi corazón me dé el dulce nombre de madre?

—Es verdad.

—¿Y creéis, don Diego, que puede seros el aislamiento más triste y más mortal que á mí? Por razón de vuestro cargo y hasta por la manera de ser del sexo á que pertenecéis, tenéis más medios que yo de distraeros. Yo, sola y encerrada entre estas cuatro paredes, sin tener á mi lado una persona que se interese por mí, ni un corazón que lata á impulsos de mi cariño. La situación en que la fatalidad nos ha puesto es terrible, y es necesario conjurarla á toda costa, si no hemos de lamentar mayores males durante todo el resto de nuestra vida. Es doloroso sacrificar vuestra hija; pero ¿acaso no he tenido yo que sacrificar al mío?

¿Acaso los riesgos que corre no podía yo deshacerlos con una sola palabra que pronunciase?

—Es verdad. Vuestras razones, Marina, me deciden, y mi Esperanza será esposa de Dios lo antes posible. Nuestra paz y la salvación de nuestras almas y la de la suya reclaman ese sacrificio. Siento que el corazón se me inunda de la más amarga pena; pero así lo han dispuesto los hados, y el pobre mortal no puede nada contra los decretos del destino.

El sacrificio de la apasionada amante de don César quedó definitivamente acordado.

Don César entretanto, con los datos que del monasterio recogió su escudero Roberto, disponía la manera de llevar á cabo la empresa de arrancar á su amada del sombrío claustro en que, contra su voluntad, la encerraron. Cuando creyó tener perfectamente dispuesto su plan llamó á Roberto y le dijo:

—Oye, pues, el proyecto que tengo combinado, y hazme las objeciones que se te ocurran, tú que has estudiado personalmente el terreno.

—Hablad, señor.

—El huerto tiene, según me dijiste, dos puertas, ¿no es verdad?

—Eso es.

—Una que da á una calleja excusada, y otra que le pone en comunicación con el monasterio.

—Exactamente.

—No tiene más salida, ¿no es verdad?

—No, señor.

—A unos sesenta pasos de la puerta de la calle, y á la derecha conforme se entra, se levanta la casa del hortelano.

—Así es.

—Esa casa, ¿no tiene salida á la calle?

—No, señor; pero tiene dos ventanas sin rejas á unos diez pies escasos de altura, que pueden utilizarse en caso necesario.

—Bueno es tener eso en cuenta. ¿Y qué huecos tiene esa casa hacia la huerta?

—Una puerta y una ventana.

—Con el hortelano no vive más que su mujer, ¿no es eso?

—Nadie más.

—Bueno; pues para prevenir todas las contingencias, es necesario que nos hagamos dueños, tanto de la puerta de la calleja como de la casa del hortelano.

—De esas dos cosas me encargo yo,—repuso Roberto.—Cuando visité el monasterio disfrazado de peregrino, di á la hortelana un rosario y á su marido una medalla con la cara de Dios, y ambos quedaron altamente agradecidos; la noche que os decidáis á dar el golpe, yo buscaré medio de introducirme en esa casa, ataré á los dos viejos de manera que no puedan moverse ni gritar, y cogiendo la llave de la puerta de la callejuela, dominaré perfectamente la situación.

—Bien, ya tenemos acordados los medios de llegar al huerto; veamos ahora la manera de penetrar en el monasterio.

—La puerta que del huerto da al convento es inútil pensar en ella.

—¿Por qué?

—Porque la cierran por dentro las monjas con un grueso cerrojo y una fuerte barra, y, además de este inconveniente, porque está formada de gruesos tableros de roble, y es maciza como si fuera la puerta de un castillo; pero las ventanas ojivas del claustro están á poca altura del piso de la huerta, y por ellas es por donde debe penetrarse.

—Es necesario proveernos de una escala fuerte por si necesitamos bajar por ella á doña Esperanza.

—La escala es indispensable, señor.

—¿A qué altura estarán esas ventanas?

—A unos diez y ocho pies próximamente.

—Pues procúrate una escala á propósito.

—Perded cuidado.

—La celda de doña Esperanza, ¿dices que es la tercera de la segunda crujía?

—Sí, señor, la tercera puerta; oidme un momento, y os volveré á explicar la disposición de la parte del edificio que necesitáis conocer. Penetrando por cualquiera de las ocho ojivas que dan sobre el huerto, se encuentra un ancho claustro, en el centro del cual hay sobre un pilar de jaspe una imagen de mármol blanco que representa la Virgen del Carmen, á quien alumbra una lámpara pendiente de la bóveda, y que se encuentra siempre encendida. A la derecha de la Virgen se abre una nueva arcada, en cuyo muro izquierdo se encuentran las puertas de las celdas de las novicias;

la tercera es la que, como os he dicho, habita doña Esperanza. Teniendo presente estos datos, puede llegarse á ciegas á ella sin miedo de equivocarse.

—Llegaré sin vacilar, no tengas dudas; mi amor y el afán que siento por salvar á doña Esperanza servirán de guía á mis pasos; decididos estos puntos, sólo nos resta elegir un sitio á propósito donde tener dispuestos los caballos.

—Cerca del monasterio conozco un mesón que tiene un corral grande con una ancha portada; dentro de ese corral pueden quedar apostados con las sillas y los frenos puestos, y de esa manera ni llamarán la atención de nadie, y los tendremos á punto en el momento que nos sean necesarios.

—Me parece acertado lo que dices.

—Pues entonces, señor, no creo que nos quede nada que tratar.

—Nada: pongamos desde este momento manos á la obra, y cuando todo esté pronto, dispondré la noche que hemos de acometer la empresa.

—Pasado mañana, si queréis, podemos intentar el golpe, pues entre hoy y mañana hay tiempo de sobra para preparar lo que necesitamos.

—Pues bien, sea pasado mañana y en el momento que empiece á oscurecer.

Roberto salió de la estancia de su señor con el fin de dirigirse á la calle; pero Mari-Salto le detuvo, preguntándole:

—¿Se decide al fin don César á arrancar del claustro á doña Esperanza?

—¡Sí!

—Necesito conocer la manera que quiere emplear para llevar á cabo su propósito.

Roberto miró á la joven con fijeza y vaciló.

—¿Dudas ó desconfías de mí?

—¡Sé que le amas, y!...

—¡Pero por cima de mi amor está el propósito que tengo hecho de ayudarle y correr á su lado todo género de peligros! Necesito, pues, saber qué intentáis, para tomar mis medidas y acudir en vuestro auxilio en caso necesario.

—¡Eres la mujer más original que he conocido!

—¡Soy una mujer que ama de corazón y que quiere sobre todo contribuir á la felicidad del hombre á quien hizo dueño de su cariño!

Roberto refirió entonces á la hija de Pedro Soria todo lo que entre su amo y él habían acordado.

Cuando conoció los detalles del proyecto, Mari-Salto dijo:

—Bueno; si lo que os proponéis sale bien, no me verás aparecer ante vuestros ojos; pero si resulta mal, lanza dos agudos silbidos, y tendrás á tu lado á algunos hombres dispuestos á dejarse matar por don César.

Mientras en el seno de la familia de Deza se desarrollaban los sucesos que vamos refiriendo, en esferas más elevadas ocurrían también grandes y transcendentales transformaciones.

El duque de Lerma, engreído con el triunfo alcan-

zado sobre sus émulos en la cuestión de Francia, se trazó un plan, tanto para castigar á algunos de ellos cuanto para hacer creer al país que se afanaba por su prosperidad y grandeza.

Era una cosa sabida que algunos altos funcionarios públicos habían improvisado grandes fortunas defraudando y aplicando mal los fondos del Erario y vendiendo los cargos y destinos con un cinismo escandaloso.

El favorito dispuso que los más señalados por venales, según la opinión pública, fuesen presos y procesados, confiscándoseles los bienes en provecho del Tesoro.

El licenciado Alonso Ramírez del Prado, del Consejo Real y del de Hacienda; don Pedro Franqueza, conde de Villalonga, y don Pedro Alvarez Pereira, del Consejo de Portugal, sufrieron el rigor de aquella medida, siendo la mayor parte de ellos condenados á la pérdida de sus bienes, á abonar al Estado fuertes indemnizaciones, y el conde de Villalonga, á privación de todos los títulos, oficios y mercedes que había recibido de su majestad, y á reclusión perpetua en las torres de León, donde fué trasladado.

Estos ejemplos de severidad hubieran merecido el aplauso público, sirviendo de saludable escarmiento, si el duque de Lerma y su secretario favorito no hubieran seguido escandalizando al país con sus dilapidaciones y la manera descarada de saquear en provecho propio las arcas del Erario.

Además de estos contratiempos, que sembraban el pavor entre los partidarios del de Uceda, tuvo éste la desgracia de perder por aquellos días á su joven esposa, pérdida que sintió mucho toda la corte por las excelentes prendas que adornaban á aquella noble dama. Con motivo de esta desgracia, las relaciones entre el de Lerma y su hijo se reanudaron en parte, y un gran desaliento se apoderó de los parciales del duque viudo, temiendo que, dado el carácter veleidoso del de Uceda, aquella reconciliación momentánea llegase á convertirse en definitiva.

Como si esto no fuera bastante, la fatalidad les deparó bien pronto otro golpe más terrible que todos los que sufrieron hasta entonces.

La reina doña Margarita, que, como sabemos, protegía y patrocinaba las aspiraciones del duque de Uceda en contra de su padre, acababa de dar á luz en el Escorial al infante don Alonso, quedando á consecuencia de este alumbramiento en un estado tan grave, que los doctores más famosos de la corte desconfiaban de poder salvar la vida de la augusta señora.

La inminencia de este nuevo peligro tenía desesperados á los enemigos del de Lerma, que veían en la muerte de la reina el afianzamiento perpetuo de la omnímoda preponderancia del ministro.

Al mediar la mañana del día 3 de Octubre, el palacio real del Escorial presentaba un aspecto tristísimo.

La situación de la reina era desesperada.

Los médicos habíanse declarado impotentes para

atajar los progresos del mal, y momentos después la augusta señora entraba en la agonía.

El duque de Uceda, pálido como un cadáver, conversaba con algunos de sus más íntimos amigos en una estancia cercana á la en que la reina expiraba.

—¿No hay esperanza ninguna, duque?

—Ninguna,—replicó el de Uceda con voz conmovida.—Sólo un milagro puede devolver la salud á nuestra desventurada reina.

—¿De manera que nos encontramos perdidos sin remedio?—replicó en voz baja uno de los interlocutores.

El de Uceda inclinó la cabeza y repuso con abatimiento:

—¡Sin remedio!

Un momento después, las puertas que daban acceso á las habitaciones de la reina se abrieron, y el cardenal arzobispo de Toledo y primer inquisidor don Bernardo de Sandoval y Rojas apareció exclamando con voz grave y conmovida:

—¡La reina de España ha muerto! ¡Rogad á Dios por el alma de su majestad!

Cuantas personas se encontraban en la estancia cayeron de rodillas.

Un instante después sólo turbaba los dormidos ecos del palacio el murmullo solemne de la oración.

CAPITULO XL

LA REVELACIÓN DE UN SECRETO

A pesar de encontrarse definitivamente decidido por don Diego de Deza que su hija Doña Esperanza profesaría con el fin de poner de esa manera un valladar insuperable á la pasión de don César, doña Marina, condolida del sacrificio á que se condenaba á aquella inocente joven, se propuso ver si podía evitar la necesidad de recurrir á aquella medida extrema.

—Exploraré detenidamente su voluntad, y conoceré el verdadero estado de su alma; y si puedo arrancar con mis razones de su corazón ese amor imposible, no consentiré que esa pobre criatura sea encerrada para siempre en el sombrío fondo de un convento.

La veré hoy mismo, y el cielo, conociendo la buena voluntad que me mueve á dar este paso, me inspirará prestándome su poderosa ayuda, á fin de que realice el acto de caridad que deseo.

Y doña Marina, fija en este pensamiento, se dirigió al monasterio de comendadoras, y con una autorización del de Deza, consiguió de la superiora el permiso para llegar hasta la celda de doña Esperanza.

La alegría que experimentó la joven al verla fué inmensa.

Era la primera persona extraña á la comunidad que desde su entrada en el convento la visitaba.

—¡Ah, doña Marina, qué felicidad tan grande siento en mi corazón al veros! ¡No me engañó Roberto anunciándome que muy pronto sentiría una gran alegría!

—Esperanza, también experimenta mi alma un gran placer al veros y abrazaros; pero presiento que quizás al separarnos no veáis que ha sido para vos tan agradable como ahora suponéis mi visita.

—¿No me venís, señora, á dar nuevas de don César? ¡Oh! ¡desde que estoy aquí la ansiedad me mata! ¡Es tan estrecho para mi alma enamorada el recinto sombrío de este monasterio!...

Pronunció con un sentimiento tal estas frases la hija de don Diego, que doña Marina sintió angustiado su corazón, y no acertando qué replicarla, guardó silencio, conociendo que aquella pobre niña no sentía vocación alguna para el estado á que, movidos por la fuerza de las circunstancias, la querían hacer tomar.

Doña Esperanza, ante el silencio de la noble viuda, repuso:

—Por Dios, doña Marina, dadme nuevas de don César. Desde que, por medio del engaño, me encerraron en los muros de esta mansión silenciosa y triste, no he sabido

ni la más pequeña noticia suya. Decidme: ¿está libre, está bueno, me sigue amando con la misma fe y el mismo entusiasmo que yo le adoro? ¿Piensa en mí? ¿Piensa en los tormentos que sufre mi pobre corazón enterrado en esta tumba? ¡Oh, habladme de él por piedad! ¿No conocéis que, privada de esa dicha, me va á matar el dolor?

—¡Infeliz!—murmuró de una manera ininteligible doña Marina.

La afligida joven continuó diciendo:

—Le quiero tanto, que desde el momento que le he perdido, mis ojos no han cesado de verter un raudal inmenso de lágrimas. Así, por favor, por lo que más caro os sea en el mundo, dadme noticias suyas, aseguradme que me quiere, que piensa en mí, que no me olvida nunca.

—¡Desdichada! ¡Oirla hablar inunda mi alma de profunda pena! ¡Pobre niña, tan hermosa como sin ventura,—pensaba doña Marina contristada, guardando obstinado silencio.

Esperanza, alarmada é impaciente por aquel largo mutismo, continuó diciendo:

—Señora, vuestro silencio me espanta, y mi corazón presiente alguna desgracia grande; apiadaos de mí y hablad; la incertidumbre me martiriza más que la mayor de las desdichas. ¿Acaso tenéis que decirme que el cruel me ha olvidado? ¡No, eso no es posible! Mi corazón, que no me engaña nunca, me asegura que don César me es fiel, y hasta el viento que en las altas horas de la noche silba besando las espesas celosías de mi

celda, trae á mi alma enamorada en sus alas impalpables la queja doliente de mi amado.

—¡Oh, mi proyecto es irrealizable! Es una quimera pretender salvarla. Su amor es un volcán inmenso, no es una chispa fugaz, como yo había creído; sin embargo, antes de desistir en mi empeño y acceder á que se lleve á cabo su sacrificio, sondearé lo profundo de esa fe, lo verdadero de esa pasión que parece tan arraigada.

Y la noble viuda, después de formular estos razonamientos, rompiendo el silencio que hasta entonces había guardado, repuso:

—Esperanza, hija mía, en la primavera de la vida, en esa edad en que todo lo vemos de color rosado, en que el alma no comprende la doblez ni los desengaños del mundo, la inexperiencia y el ardor de nuestra imaginación suelen tomar por amor verdadero lo que es sólo una impresión pasajera que desaparece y se borra cuando se la examina á la luz del raciocinio frío y sereno.

Con la mano puesta sobre vuestro pecho, y meditando detenidamente sobre estas razones que os acabo de exponer, decidme si lo que sentís por don César es un amor verdad, ó una de esas ilusiones que pueden mañana verse desvanecidas.

—¿Que si es verdadero el amor que siento por don César preguntáis? ¡Si es la esencia de mi vida, el único deseo de mi alma! Si, como os he dicho cien veces, no puedo, no deseo, no quiero vivir si ese amor me falta; mirad: sin el cariño de don César, el mundo se-

ría para mí un inmenso espacio vacío. Sin él no encuentro ni poesía en la naturaleza, ni transparencia en los cielos, ni aroma en las flores; le quiero más que los peces á las aguas, las aves al espacio, el ciego á la luz y la madre cariñosa al hijo de sus entrañas. Sin él, mi único deseo es morir, pues en don César tiene cifrada mi alma su felicidad y su dicha.

Pronunció con tanto fuego y tanta pasión doña Esperanza estas palabras, que doña Marina quedó completamente convencida de que era necesario atajar al momento la violencia de aquel amor que amenazaba de una manera segura ser la perdición de todos.

Esta creencia hizo brotar de una manera abundante el llanto de los ojos de la noble dama.

—¿Lloráis, doña Marina?—preguntó Esperanza.

—Sí; lloro porque tengo forzosamente que haceros mucho daño con lo que voy á deciros.

—Hablad, por Dios, aunque con vuestras palabras debáis matarme; ya os dije antes que en la tristísima situación de mi ánimo, la incertidumbre es el mayor de los tormentos.

—Pues bien, Esperanza, es necesario que lo olvidéis todo, que olvidéis á don César, que olvidéis vuestro amor y que no penséis más que en disponeros á consagrar vuestra vida á Dios.

Un grito de terrible angustia se escapó del fondo del pecho de la pobre joven al oir aquellas palabras.

Un momento después, repuesta en parte de la viva impresión que la causaron, repuso con una inmensa amargura:

—¡Profesar! ¿Y vos también, doña Marina, sois de la terrible opinión de mi padre? ¡Si es para las aspiraciones de mi alma el convento una cárcel tan estrecha que su atmósfera me mata! ¡Si desde el punto que yo profesara, que yo hiciera esos votos que rechazan á una mi corazón y mi conciencia, el claustro no sería para mí más que una tumba!

—Pues no os queda otro camino, pobre doña Esperanza.

—Pero decidme, ¿es bastante razón que mi padre no quiera al hombre á quien yo amo, para que me condene á una pena tan cruel y tan dura como la de renunciar al mundo para siempre? ¿Qué corazón es el de ese padre que no se conmueve, que no se estremece al condenar á su hija á un infierno de penas? ¡Oh! Si el pecho tuviera un cristal por donde pudieran verse los sentimientos que se agitan en su fondo, mi padre se estremecería de espanto al ver la tempestad de dolores que ahora ruge en el mío. ¿Qué he hecho, Dios poderoso, para ser con tanto rigor tratada?

Y la pobre joven rompió á llorar con el más amargo desconsuelo.

—No os abandonéis á la desesperación de esa manera, pobre niña y escuchadme. Vuestro noble padre no es quien os condena á abrazar ese estado que rechaza vuestra alma.

—¿Que no es mi padre decís?

—No, doña Esperenza.

—Entonces, ¿quién tiene derecho para obligarme de la manera que lo hace?

—La fatalidad.

—No os entiendo.

—Don César es un imposible para vos.

—¿Por qué?

—No me obliguéis á que os lo diga. Os juro, Esperanza, por la veneranda memoria de mi difunto esposo, que vuestra unión con don César es irrealizable, porque sería el más horrible de los pecados, y debéis creer mi juramento y resignaros. Si al sondear el estado de vuestra alma y la fe inmensa de vuestra pasión hubiera visto que vuestro amor hacia don César era sólo un sentimiento superficial, hoy mismo volveríais á la casa de vuestro padre. Pero he visto que amáis con toda la fuerza de vuestra alma.

—¡Oh, sí, con todo mi corazón!—replicó con un fuego creciente la joven.

—Y al conocer eso, os he indicado la necesidad de profesar.

—Creo, señora, lo que me decís; pero no estoy resuelta ni me decidiré nunca á llevar á cabo el inmenso sacrificio que de mí se exige, sino cuando vea tan evidente y tan claro como la luz del día que ese acto, que ha de ser causa de mi desventura y tal vez de mi muerte, es beneficioso para don César.

—Oidme, Esperanza, y os lo probaré.

—Hablad, señora.

—Don Lope de Lara ve en don César al asesino de mi esposo, y lo odia de tal manera y le persigue con tal empeño, pues ya sabe que vive, que un día ú otro se perderá si no se aleja de España. Yo le he aconse-

jado con gran empeño la conveniencia de salir de aquí, y él me ofreció solemnemente que partiría. Pero, arrastrado por la pasión que siente hacia vos, continúa en la corte desafiando todos los peligros. Y tengo el presentimiento de que un día ú otro su perdición es inevitable y segura.

—¡Ah! ¡Tenéis razón! ¡mi amor ha sido la causa de todo lo que ha sufrido, y yo moriría de remordimiento si volviera á ser desdichado por culpa mía!

Doña Esperanza guardó silencio durante algunos momentos, quedándose profundamente pensativa.

En su mente formóse entonces el siguiente razonamiento:

—Él me juró morir antes que revelar á nadie que mi padre fué el matador de don Fernando de Lara. Fiel á su promesa, la cumplió como bueno, llevando su abnegación y su sacrificio hasta el mismo borde de la tumba. Su silencio le ha acarreado la implacable enemiga de don Lope, y ese odio es para él un peligro que le amenaza y le perderá. Su acción generosa y sublime reclama una recompensa, y yo sabré proporcionársela, aunque sacrifique mi ventura y me sea preciso morir abrumada por la pena. Yo no debo ser en esta ocasión menos grande y menos generosa que él. Mi amor le expone á un peligro seguro; pues yo mataré mi amor y don César se salvará.

Y decidida á pagar sacrificio con sacrificio, la noble joven, rompiendo el silencio, repuso:

—Señora, por salvar á don César estoy dispuesta á todo.

—¡Oh, gracias, alma generosa!—replicó con exaltación doña Marina, admirada de la actitud de Esperanza.

—¡No hay sacrificio, por grande que sea, que no esté dispuesta á hacer con tal de que don César sea dichoso y feliz! Pero al renunciar para siempre á su amor, que es la vida de mi vida y la gloria de mi alma, sólo os voy á exigir una cosa.

—Hablad, y tened por seguro, hija mía, de que si está en mi mano complaceros, seréis en el acto complacida.

—En vuestra mano está, señora.

—Decidme, pues, lo que deseáis.

—Hace unos instantes me manifestasteis que mi unión con don César sería un pecado horrible. ¿No es verdad que me dijisteis esto?

—¡Sí!

—Pues bien, deseo conocer el misterio que encierran esas palabras.

—¡Os rogué antes, Esperanza, que no me obligaseis á revelar ese secreto!

—¡Antes alentaba mi alma al impulso de la pasión y de la esperanza, y ahora mi corazón ve morir todas sus ilusiones! Conociendo entonces ese secreto, tal vez hubiera sufrido; conociéndole ahora, quizás sea un lenitivo para mis penas y una razón más que me sostenga y me consuele en la difícil empresa que debo acometer. Desde que oí vuestras palabras alzóse en mi mente una sospecha que no me dejaría vivir tranquila si no fuese aclarada.

—¿De modo que os empeñáis de una manerra resuelta en conocer ese arcano?

—¡Lo deseo, y os lo pido con toda la fuerza de mi alma!

Doña Marina reflexionó un instante, y con voz emocionada repuso:

—Esperanza, vuestro noble padre, antes de conducir al altar á la noble señora que os llevó en su seno, conoció á otra dama con quien se hubiera unido si reveses terribles de la suerte no los hubieran separado.

Aquellos amores, los primeros que sintió vuestro noble padre, dieron su fruto, y don César...

—¡Cielos! ¿qué decís?—repuso Esperanza, comprendiendo lo que la noble dama aun no había pronunciado.—¿De manera que el amado de mi alma es?...

—¡Vuestro hermano, Esperanza!

—¡Ahora lo comprendo todo! ¡Ahora me doy cuenta del rigor de mi padre en la ocasión presente! ¡Pero lo que no me explico es la terquedad y el tesón con que quiso condenar á don César cuando le tenía preso en su poder!

—Lo comprenderéis con sólo que os diga que vuestro padre ha ignorado hasta después de creer muerto á don César que ese joven fuera su hijo.

—¡De esa manera, señora, me lo explico todo!

—Ya sabéis mi secreto; ahora espero que no reveléis á nadie lo que os he confiado.

—¡Os lo juro, señora!

Doña Esperanza guardó silencio, y Marina la imitó.

La afligida hija de Deza meditaba y lloraba; la

noble viuda de don Fernando de Lara lloraba y meditaba también.

Por fin doña Esperanza levantó su frente, lanzó un tristísimo suspiro, y haciendo un poderoso esfuerzo, exclamó:

—¡Dios lo ha dispuesto así; acato resignada su voluntad divina! Profesaré en el momento que mi noble padre lo disponga. Hacedme la bondad, señora, de anunciarle mi resolución.

Aquellas dos mujeres cayeron en los brazos una de otra, y después de mezclar sus besos y sus lágrimas en una tierna despedida, se separaron.

Esperanza quedaba con la muerte en el corazón al ver perdidas sus ilusiones.

Doña Marina llevaba la angustia en el alma por no haber podido evitar la desdicha de aquella inocente criatura, á quien la fatalidad obligaba á sacrificarse en expiación de culpas ajenas.

CAPITULO XLI

ENTRE EL AMOR Y EL DEBER

La misma tarde del día en que Marina indicó á doña Esperanza que debía profesar, poco antes de oscurecer, Roberto, disfrazado nuevamente con su hábito de peregrino, llamaba á la puerta que del huerto del convento de comendadoras daba á la callejuela.

—¿Quién es?—preguntó la hortelana asomándose á una ventana.

—Yo, hermanita, que por no molestar á la señora comendadora os vengo á pedir por caridad me permitáis pasar la noche en el último rincón de vuestra casa.

—¡Ah! ¿Sois vos, santo padre?—exclamó agradablemente sorprendida al ver al peregrino la mujer del hortelano.—¡Voy á abriros en seguida!

Y la pobre mujer, llena de la más buena voluntad y del más santo fervor, se apresuró á abrir la puerta, facilitando la entrada á aquel peregrino, á quien respetaba poco menos que á un santo.

—¿Y vuestro esposo?—preguntó Roberto.

—Se encuentra al otro extremo de la huerta, recogiendo algunas hortalizas para nuestra cena; pero no tardará en venir, reverendo padre.

Efectivamente, el hortelano llegó á poco, y su satisfacción fué más grande si cabe que la que sintió su mujer al encontrarse sorprendido con la presencia de tan venerable huésped.

Cuando esta escena tenía lugar, las primeras sombras de la noche ennegrecían ya el espacio.

Doña Esperanza, afligida por la inmensa desventura que pesaba sobre ella, cayó en un aplanamiento terrible apenas se vió sola entre las tristes paredes de su celda.

Los grandes infortunios producen en los primeros momentos un efecto tan terrible, aun en las almas más enérgicas, que enervan y paralizan todas sus facultades. Después la razón se sobrepone á la sorpresa, y los sentidos vuelven á funcionar con regularidad.

Doña Esperanza, pasado el primer momento, sintió avivarse el dolor que atarazaba su alma, y con una febril exaltación intentó buscar en la oración calma y consuelo á los tormentos de su espíritu. Pero la pobre joven, desesperada de no poder arrancar de su mente las ideas profanas que en revuelto torbellino se entrechocaban en ella, abandonó su celda, y saliendo al ancho claustro, cayó de rodillas ante la Virgen del Carmen, á quien profesaba gran veneración desde

el día en que pisó el convento, y abrazada á su pilar, anegada en llanto, exclamó:

—¡Madre amorosa del Redentor! ¡Reina inmaculada de los cielos, tú que ves lo que en mi corazón sucede, préstame tu amparo y ayuda en esta borrasca en que se agita mi alma! ¡Envuelve con tu mirada celestial á mi pobre corazón, lleno del más amargo desconsuelo, y borra por caridad, con tu poder divino, el recuerdo de este amor inmenso en que se abrasa todo mi ser, para que de esa manera pueda morar tranquila en esta santa mansión esta mujer desventurada!

Y la afligida joven, abrazada al pilar de la Virgen, lloraba con el más amargo desconsuelo.

Los suspiros dolorosos de aquella infeliz eran los únicos ruidos que turbaban los dormidos ecos del claustro envueltos en las primeras sombras de la noche.

De repente en la vidriera de una de las ojivas que daban á la huerta se sintió un ruido extraño, y uno de los vidrios, arrancado de su lugar, se hizo pedazos con estrépito al caer sobre las baldosas del pavimento.

Doña Esperanza, á pesar de lo angustioso de su situación y de la preocupación grande de su ánimo, se apercibió de aquel ruido y dirigió una mirada al sitio de donde procedía. Entonces la fué imposible contener un grito de espanto.

Vió pasar una mano por el hueco del vidrio roto, y levantando la falleba de la vidriera, abrirla de par en par.

Un instante después vió aparecer en el claro de la

ventana la figura de un hombre que con una rapidez asombrosa saltó al claustro.

En el momento conoció en aquel hombre al amado de su alma, y sin poder reprimirse exclamó:

—¡Don César!

—El cielo guía mis pasos.

Y el mancebo, que efectivamente era el apasionado amante de Esperanza, se acercó á ella ébrio de felicidad, exclamando:

—Esperanza de mi alma, aquí me tienes á tu lado dispuesto á defenderte y á salvarte.

Y tomando con el mayor cariño una de las manos de la joven, y contemplando su pálido y hermoso rostro á la incierta luz de la lámpara que alumbraba á la Virgen, prosiguió diciendo con una exaltación creciente:

—¡Oh! ¡Es tan grande la alegría que experimenta mi alma al verte, como la que experimentaría un ciego si viese de repente la luz! ¡Qué hermosa estás! ¡Me figuro que son tus ojos más grandes, más rasgados, y tus miradas más ardientes y más enloquecedoras! ¡Me parece tu cuello más nítido, tu cintura más flexible, tu boca más suspirante y tu aliento más perfumado y más embriagador!

—¡No prosigáis, don César; cada una de vuestras frases es un dardo que envenena y despedaza mi pecho!—replicó la joven con gran tristeza.

—¿Qué dices, Esperanza mía?—repuso don César asombrado.—¿Es posible que tú, la amada de mi alma, hable de ese modo?

—¡Oh! esas palabras amorosas, que fueron siempre mi alegría y mi gloria, no puedo ya escucharlas.

—¿Acaso mudasteis de pensamiento con la ausencia?—preguntó el mancebo con exaltacíon.

—No, don César, es mi destino fatal, que ha rasgado el velo esplendoroso de mi dicha y me condena á vivir eternamente muriendo.

—Pero ¿qué ha sucedido? Decídmelo.

—¡Don César!...

Y la joven, sin poder proseguir, rompió en un amargo llanto.

El joven caballero, al ver aquel inmenso dolor, sintió acrecerse su impaciencia, y deseando conocer la causa de aquella desdicha, repuso:

—Hablad, por el cielo, Esperanza, que se ahoga de impaciencia y vacila mi alma entre el temor y los celos! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ocurre?

—¡Oh! ¡No intentéis saberlo si no queréis ser desgraciado! Ya os he dicho lo suficiente; no puedo, no debo seguir escuchando vuestras protestas de amor, y esto debe bastaros.

—¡Bastarme, viven los cielos! ¿Cómo queréis que me basten palabras que no alcanzo á comprender, misteriosos conceptos que nada me explican y que me envuelven en un laberinto, entre cuyas redes sólo empiezo á vislumbrar que vuestra firmeza fué humo vano, mis ensueños de amor una quimera, vuestras promesas una mentira, vuestros juramentos sombra vana y vuestra constancia débil castillo de naipes que arrastra el soplo más pequeño?

—¡Don César, don César, callad por Dios!—exclamó Esperanza con una angustia inmensa.

—No, yo no callo,—prosiguió con una exaltación febril el mancebo.—Al que fué, como yo he sido, bueno, consecuente y honrado, no le importa que le oiga el mundo entero. ¡Baje la voz, incline su frente la traidora, la perjura, la que de una pasión sincera se burló!...

—¡Don César, deteneos! ¿No veis que me estáis matando? ¿No veis que vuestras palabras son un puñal agudo con el que vais rompiendo una por una todas las fibras de mi corazón, siendo así que yo no puedo dejar de quereros mientras viva?

—¿Aseguráis que me amáis?

—¡Lo dudáis, cruel! ¡Os ama mi alma con más empeño que nunca! ¡Más que ama el sediento á la fuente, más que ama la madre cariñosa á su hijo y el avaro su tesoro!

—Entonces no adivino...

—¡Comprendo que no lo adivinéis! ¡Es mi desdicha tan grande y tan inmensa, que el entendimiento humano no puede alcanzar á comprenderla!

—¡Con todo, Esperanza, confiadme el secreto de ese inmenso pesar! ¿No sabéis que no hay dolor, por cruel que sea, que no sepa endulzar un alma que quiere de la manera que quiere la mía? ¿Qué ocurre? Decídmelo. ¡Os lo ruego por nuestro amor, os lo exijo por los sacrificios que ese amor me tiene impuestos!

—Entonces...

—¡Hablad! ¡No dudéis! Poseo un alma enérgica

y un corazón á quien ningún peligro ni ninguna desventura amedrenta.

—Pues bien, don César, sabedlo; ¡me obligan á profesar!

—¿A profesar? ¡Vive el cielo! ¡O he perdido la razón, ó creo que estoy soñando! ¿Profesar vos? ¡Imposible mientras yo aliente! ¡Perderos yo de una manera definitiva! ¡Eso no he de consentirlo nunca! ¿No conoces, Esperanza mía, que para tu pecho dulce y enamorado el hábito religioso será una capa de fuego que consumiría tu existencia entre tormentos horribles? ¿No ves qué triste, qué letal y qué sombría es la atmósfera de este monasterio? ¡Las flores delicadas mueren si les falta el beso cariñoso y refrescante de la brisa! ¿No sabes que el ruiseñor prefiere morir á verse prisionero? Pero no, la infamia que quieren cometer contigo yo sabré deshacerla. Tu padre, desnaturalizado y cruel, abusando de tu impotencia, te ha traído aquí dispuesto á sacrificarte. Pero yo te arrancaré de este cautiverio horrible. Mira, una escala tengo afianzada en esa ventana que da al huerto; mis amigos guardan la calle, y á pocos pasos de los muros de esta mansión sombría nos esperan tres caballos ensillados, más corredores que el viento. Sígueme, pues, y dentro de breves instantes tú serás libre y los dos seremos felices.

—¡Dios mío!—exclamó Esperanza aterrada ante esta proposición.

—¿Dudas acaso? ¿Desconfías de la lealtad de mi afecto?—preguntó el mancebo.

Y dirigiéndose á la Virgen y extendiendo hacia ella su brazo derecho, exclamó:

—¡Juro ante esta imagen divina por mi fe de caballero que apenas pongamos los pies en la calle un ministro del Señor unirá nuestros destinos para siempre!

Y volviéndose hacia la joven, la dijo acentuando sus palabras:

—¡Ya sabes, Esperanza, cómo sé yo cumplir mis juramentos!

—¡Imposible, don César! ¡Mi cariño hacia vos es inmenso, pero yo no he de hacer nunca lo que contraríe la voluntad de mi noble padre!

—¿Es decir, que no me amas?

—¿No veis que me estoy muriendo? ¡El destino nos fué contrario, don César!

—¡Contrario!

—¡El cielo lo ha dispuesto así, y debemos bajar la frente ante su fallo poderoso!

—No, el cielo no; tu padre es sólo la causa de todo lo que nos sucede. ¡Y vive Dios que contra su infame tiranía me sublevo! Su afán ha consistido siempre en arrancarme lo que más en el mundo he querido, y ese afán y esa contrariedad aumentan más y más mi empeño. ¡En la empezada contienda está resuelta mi alma á triunfar ó á morir en la lucha! ¡De otra manera no cejaré!

Y el mancebo, exaltado por la ira, exclamó de un modo terrible:

—Esperanza, por última vez, ¿quieres seguirme?

—No, no puedo, don César.

—¡Pues bien, por la fuerza te trajeron aquí, y por la fuerza te arranco yo de este sitio!

Y aquel hombre, asiendo de un brazo de una manera violenta á la atribulada joven, intentó arrastrarla hacia la ventana del huerto.

—¡Amparadme, Virgen Santa!—exclamó Esperanza de una manera desgarradora, abrazándose al pilar de la Virgen.

—¡Sígueme!—replicó don César haciendo esfuerzos por desasirla.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó la joven de una manera desesperada.

—¡Calla!—replicó su amante fuera de sí.

—¡Socorro! ¡Socorro!—proseguía ella exclamando.

En aquel momento, y cuando los esfuerzos de don César habían conseguido separar á su amada del pilar de la Virgen, don Diego de Deza apareció, y cerrándole el paso exclamó:

—¡Detente, desventurado!

—¡Ah! ¡Don Diego!—rugió don César.

—¡Oh! ¡Mi padre!—repuso aterrada Esperanza.

Y aprovechando el momento en que don César, encarándose con don Diego, soltó el brazo que la tenía asido, huyó de aquel sitio despavorida.

El joven intentó seguirla, y el de Deza, colocándose delante, se lo impidió, diciendo:

—¡Atrás, desgraciado! ¡Ni un paso más!

—¿Que no? ¡Ahora lo verás!

Y ciego de ira, puso mano á su espada, resuelto á abrirse paso.

—¿Qué vas á hacer? ¡Detente!—gritó don Diego aterrado ante la actitud de su hijo.

Este le midió entonces de los pies á la cabeza con una mirada terrible, y con voz balbuciente por la ira exclamó:

—¡Don Diego de Deza, vuestro empeño ha sido siempre matar mi felicidad y labrar mi desventura! ¡Os encuentro siempre en mi camino para hacerme daño, y os odio ya de tal manera, que uno de los dos sobramos en el mundo! Vuestro orgullo desmedido y vuestra tenacidad han abierto entre nosotros una lucha á muerte, que ha de concluir en este momento. ¡Desnudad, vive Dios, esa espada que lleváis al cinto, que ardiendo está mi corazón en deseos de mataros ó morir! ¡En guardia!

—¡Qué situación, Dios mío!—exclamó el anciano al ver la ira terrible de don César.

—¡En guardia, si es que vuestro corazón no es tan cobarde como cruel y desnaturalizado!

—¡Deteneos, por el cielo, y oidme, don César!

—¡No, no quiero oiros! Pretendéis ganar tiempo y que acuda gente, ¿no es verdad?—repuso el joven con sonrisa irónica.—¿Queréis hacerme lo que me hizo vuestro miserable cómplice la noche que le tuve bajo el filo de mi espada? ¡Pero, por Dios vivo, que ahora no sucederá lo que entonces! Ahora reñiréis, mal que os pese, ú os mataré.

La decisión con que don César pronunciaba estas palabras y la ira que revelaba en todos sus movimientos hicieron comprender á don Diego el peligro inmi-



Defendeos por mí, por mí, Don César.

nente que corría, y, aterrado ante las consecuencias, exclamó:

—¡Dios mío!

—¡En guardia!

—¡Por el cielo!

—¡Es ya tarde! ¡Muere, miserable!

Y don César dirigió la punta de su acero contra el pecho del alcalde mayor, cuando un grito terrible de espanto, lanzado por doña Marina, que penetraba en aquel momento en el claustro, le contuvo.

—¡Deteneos por mí, por mí, don César!—exclamó la noble dama desolada, arrojándose veloz como un relámpago en medio de aquellos dos hombres.

—¡Doña Marina!—repuso el joven, que la respetaba hasta con veneración, como ya sabemos, y bajó pausadamente el acero que dirigía contra el pecho de Deza.

Este, á una señal de la dama, se alejó de aquel sitio, cubriéndose horrorizado el rostro con las manos.

—El amante de doña Esperanza, al ver marchar á don Diego, lanzó un rugido de ira y trató de detenerle, exclamando:

—¡No, no huirás, cobarde!

—Deteneos, don César,—repuso Marina con una gran energía y cerrándole el paso.

—¡Necesito matar á ese hombre!

—¡Eso es imposible!

—¡Aunque se oculte en el seno de la tierra le buscaré!

—¡Don César, estáis loco! ¡Don Diego de Deza ha de ser de hoy en adelante sagrado para vos!

—¿Sagrado para mí ese hombre, causa de todas mis desdichas?—replicó desesperado el mancebo.

—¡Sí; yo lo quiero, yo os lo suplico, yo os lo mando!

La voz de la noble dama causaba un efecto tal en el irritado joven, que inclinó la cabeza, y su cólera fué desvaneciéndose como las nieblas se desvanecen ante la influencia poderosa de los rayos del sol.

—¿Os vais acaso á negar á complacerme?—repuso doña Marina con un acento tan suplicante que hizo estremecer hasta la última fibra del corazón de don César, quien fijando en ella una mirada de inmensa gratitud, repuso:

—¡Señora, vos habéis sido en el mundo mi ángel bueno, y cuanto soy y cuanto valgo os debo! Sin padres y sin amigos, pobre y huérfano, me disteis pan, educación y albergue, y mi alma agradecida os ama y os respeta, como creo deba respetarse á una madre.

—¡Cielos!—exclamó la noble dama sin poder reprimirse.

Don César continuó diciendo:

—¿Cómo ha de negarse á complaceros quien así os respeta y os quiere? ¿Queréis que viva ese hombre? ¡Pues bien, vivirá, aunque él es la causa de todos mis males y de todas mis desventuras!

Y el joven envainó el acero que aun vibraba desnudo en sus manos.

—¡Pero, don César, es que habéis de respetarle siempre!

—¡Sí, señora, siempre!

—Gracias. No sabéis el inmenso bien que me ha-

céis con esta promesa. Mi corazón confiaba en que no me negaríais esta prueba de consideración, porque conozco demasiado la nobleza de vuestros sentimientos y los impulsos generosos de vuestra alma. Mas no es esa la única cosa que tengo que exigiros.

—Ya sabéis, señora, que no puede don César negaros nada. Si os fuera necesaria mi vida, si necesitaseis para algo hasta la última gota de mi sangre, os la entregaría gustoso apenas la pidierais.

—No es tan grande el sacrificio que tengo que exigiros. Sólo deseo que me deis vuestra palabra de renunciar desde hoy para siempre al amor de doña Esperanza.

—Eso nunca, señora,—replicó impetuosamente el mancebo.—Antes que renunciar á ese amor prefiero renunciar cien veces á la vida.

—¿Y es ese el afán que tenéis de complacerme?

—Por Dios, señora, pedidme mi sangre, mi vida, mi honra, todo cuanto queráis, en fin, pero dejadme ese amor, que es la fuente de mi dicha.

Pronunció con un acento tal el enamorado joven estas palabras, que doña Marina, estremeciéndose de una manera poderosa, replicó:

—¡Desgraciado!

—Pobre huérfano, dos sentimientos ardientes nacieron de mi alma, y allí crecen y viven unidos, igualmente adorados. Dos nombres se encuentran de una manera imperecedera impresos en mi corazón: el vuestro y el de mi Esperanza. Sentimientos diferentes me inspira cada uno; pero tan grandes, tan queridos y tan

santos, que sólo podrán ser destruídos cuando el soplo helado de la muerte acabe con mi existencia.

—¡Don César!—repuso doña Marina tan conmovida, que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Lloráis?—preguntó con ansiedad el mancebo.

Doña Marina guardó silencio, diciendo para sí:

—No he podido contenerme. Valor, Marina, valor, corazón cobarde, si no quieres perderte y perderle.

Y la noble dama hacía esfuerzos para aparecer serena.

—¿Qué tenéis, señora? ¿Qué os sucede?—preguntó con una solicitud grande.

—Nada, don César. La fatalidad nos persigue á todos. Es imprescindible, hay que olvidar ese amor.

—¡Pero si el alma mía no puede!

—¡Pero si es necesario!

—Mirad, es más fácil que se seque el mar inmenso y proceloso, que el ábrego no muja, que se apague el sol, que retrocedan los ríos, que no haya nieves en el invierno crudo, ni hermosas flores en la lozana primavera, ni rubias mieses en el estío, antes que pueda mi alma olvidar esta pasión, que es su vida, su esencia y su alegría.

—¿Nada valgo para vos?

—Lo valéis todo, señora, pero tened compasión de mi desventura. Huérfano y triste, crecí fuera de esa atmósfera tibia y bendita con que envuelve á sus hijos el cariño de una madre amorosa. El calor de sus ardientes besos no depositaron en mi mente los gérmenes del cariño, de donde brota luego como lozana planta

el amor á la familia. No he amado hasta que la edad y la naturaleza me hicieron sentir la imprescindible necesidad de amar.

Entonces, mi cariño, reprimido como un torrente á quien se le pone un dique, se desbordó soberbio al encontrar un alma que comprendió á la mía; y ¿cómo queréis, señora, que la voluntad pueda atajar de nuevo la fuerza de ese torrente desbordado?

—¡Pobre hijo mío!—pensó llena de angustias aquella noble madre, al conocer el estado del joven caballero.

Pero, impulsada por la necesidad de poner término á aquel amor imposible, replicó con enérgico acento:

—¿Os negaréis en definitiva á complacerme, don César?

—Se niega mi corazón, que no cede ante los ruegos de mi gratitud. Pero hay un medio de hacerle ceder, señora,—repuso con gran exaltación.

—¿Y qué medio es ese?

—¡Arrancarle!—respondió don César con una ferocidad que hizo estremecer á la noble dama.

—¡Jesús!

—¡Mientras palpite, señora, va á seguir siendo rebelde!

—Es inútil luchar. No hay más remedio que hacer que doña Esperanza profese lo antes posible,—dijo para sí doña Marina, quedando pensativa.

En aquel momento se sintieron rumores de voces y ruidos de pasos en el fondo del claustro.

Doña Marina creyó reconocer la voz de don Lope

de Lara, y sospechando que algún peligro amenazaba á don César, le dijo:

—Don Lope de Lara se acerca; huid ó sois perdido.

—Huir, no; me haré matar aquí, y de esa manera se aclarará de una vez este misterio en que me abismo,—profirió el joven con una decisión grande.

En la ojiva por donde penetró en el claustro apareció entonces Mari-Salto, disfrazada de paje, y con voz emocionada exclamó:

—Gente armada de la casa de Lara y cuadrilleros de la Santa Hermandad pretenden rodear el monasterio. Seguidme sin demora, que aun es tiempo de salvaros.

—¡Cielos! ¡Huid, huid!—exclamó con una angustia creciente doña Marina.

É impulsada por el interés que le inspiraba don César, le asió de un brazo, y llevándole hasta la ventana, le dijo llorando:

—¡Si no queréis que os aborrezca y hasta que os maldiga, seguid á ese joven!

Don César, conmovido ante aquella prueba de interés, saltó con ligereza á la escala y descendió hacia el huerto. Cuando le vió llegar á tierra, doña Marina desenganchó la escala de la ojiva y la arrojó á la huerta, cerrando rápidamente la vidriera.

Ya era tiempo. El paje Picoli, seguido de la comendadora y algunas monjas con luces y de un grupo de cuadrilleros se aproximaba.

Doña Marina hizo por aparecer serena y les salió al encuentro.

—Señora, ¿habéis visto algún hombre cruzar este claustro?—preguntó con voz agitada la comendadora.

—No he visto más que al señor don Diego de Deza que se dirigía á la celda de su hija.

—Es extraño,—replicó Picoli, no dando crédito á las palabras de la dama.

En aquel momento se dejó oir en la calle el áspero crujir de muchas espadas y gritos y maldiciones terribles.

Picoli se lanzó á una de las ojivas y, abriéndola, exclamó:

—¡Ah! Al saltar á la calle han sido descubiertos; seguidme todos.

—¡Proteged á mi hijo, Santa Virgen María!—dijo para sí doña Marina, elevando sus ojos hacia la Virgen del Carmen, y la emoción que sentía la puso á punto de perder el conocimiento.

El eco de dos pistoletazos, disparados en la calleja donde tenía lugar la lucha, retumbó poderoso en la bóveda del claustro, llenando de espanto á todos los corazones.

Picoli, al oirlos, apresuró su carrera, seguido de los soldados de la Santa Hermandad que le acompañaban.

Media hora más tarde súpose en el monasterio que tres hombres habían sido sorpendidos al escalar las tapias de la huerta, y que al querer apresarlos don Lope de Lara, al frente de un grupo de cuadrilleros, había recibido un balazo en el pecho que le dejaba po-

cas esperanzas de vida, y que, aprovechándose de la confusión que produjo este desgraciado incidente, los malhechores habían conseguido escapar.

—¡Gracias, Dios mío; mi César se ha salvado!—exclamó para sí doña Marina al conocer aquellas nuevas.

CAPITULO LXII

LA PROFESIÓN

Expliquemos qué había sucedido en la calle desde que don César se arrojó al huerto del convento, y cómo y de qué manera fué herido don Lope de Lara.

Apenas pusieron su planta en el suelo de la huerta don César y la intrépida Mari-Salto, Roberto, que les esperaba al pie de la escala, exclamó:

—Pronto, señor, no hay tiempo que perder; don Lope intenta cercar á la redonda el monasterio; pero á la calle que da esa tapia de la derecha no han llegado aún, y han de tardar todavía algún tiempo; he arrimado al muro una escalera del hortelano, y si nos apresuramos á servirnos de ella, creo podremos ganar la calle antes de que nuestros enemigos nos lo puedan impedir. Fuera del monasterio, Dios y nuestras espadas nos ayudarán.

—¡Dios ó el demonio!—replicó don César con acento desesperado.

Sin perder un momento cruzaron la huerta á la carrera, y llegando al sitio donde estaba colocada la escalera, don César trepó por ella, seguido de Mari-Salto y Roberto.

Momentos más tarde encontrábanse los tres á horcajadas sobre la albardilla de la tapia.

—Roberto subió entonces á pulso la escalera y volvió á colocarla hacia la calle.

Mari-Salto se deslizó la primera, saltando al suelo con una agilidad asombrosa.

Don César y Roberto la siguieron.

Apenas habían sus pies tocado el empedrado, cuando don Lope, apareciendo seguido de los cuadrilleros, les gritó:

—¡Alto á la Santa Hermandad!

—¡Paso á Satanás!—replicó con voz terrible don César.

Y sin detenerse, Roberto y él cerraron á estocadas con los recién llegados.

La calle era estrecha, y no pudiendo batirse más que dos hombres de frente, ofrecía una gran ventaja á nuestros amigos, que eran ambos esforzados y diestros en el manejo de la espada.

Don Lope, que conoció en seguida esta ventaja, dispuso que la mitad de su gente diese vuelta á la calle, á fin de caer por la espalda sobre sus adversarios.

—Aprieta los puños, Roberto, que estos miserables nos van á atacar por la espalda dentro de poco. Es ne-

cesario que nos abramos paso antes de que eso suceda; si no, somos perdidos.

—Pues duro en ellos, señor, que por mí no ha de quedar.

Y amo y criado arreciaron de tal manera en sus embestidas, que sus contrarios empezaron á cejar.

Don Lope, que conocía la bravura de don César, comprendió que, siguiendo el lance de aquella manera, lograría, de seguro, abrirse paso. Para impedírselo se lanzó él á la primera fila, á fin de alentar á los suyos con su ejemplo. Pero apenas ocupó aquel puesto, Mari-Salto, que no llevaba más armas que dos pistolas, y que esperaba una ocasión oportuna para hacer uso de ellas de una manera ventajosa, colocada detrás de don César, apuntó detenidamente al de Lara é hizo fuego. Al eco de los disparos se mezcló un ¡ay! de muerte.

Don Lope se llevó la mano al pecho; escapósele el acero de su diestra, y vacilando un momento, vino al suelo de espaldas. Al verle caer, los cuadrilleros acudieron en su ayuda; y don César, Roberto y Mari-Salto, aprovechando aquel momento de confusión, hicieron un poderoso esfuerzo, y, abriéndose paso, huyeron, protegidos en su fuga por las sombras de la noche.

La apasionada hija de Pedro Soria era la providencia del joven caballero.

Aunque la herida de don Lope de Lara no resultó al fin de la gravedad que se creyó en un principio, obligó, sin embargo, al rencoroso enemigo de don César á

permanecer en el lecho cerca de un mes. Picoli no se separó de su lado, cuidándole con el mayor esmero.

—A ese hombre le protege algún poder infernal,— decía don Lope cuando se encontraba ya convaleciente.

—Tenéis razón; no puedo explicarme, por más que lo intento, de qué manera pudo escapársenos aquella noche, siendo, como éramos, diez por lo menos para cada uno de ellos.

—Ni yo, Picoli, puedo explicarme tampoco la manera como fuí herido. Ni á ese hombre ni á su escudero vi más armas en la mano que sus espadas y dagas.

—Sí; pero según aseguraron varios de los soldados que nos acompañaba, don César y su escudero no iban solos.

—Efectivamente, iba con ellos otro personaje que por su escasa estatura debía ser un muchacho, ó un paje tal vez.

—Pues ese sería el que á mansalva hizo fuego sobre vos mientras os batíais.

—Mira, puede ser que tengas razón.

—Por más que hago no acierto á adivinar quién sea ese nuevo enemigo á quien hemos sentido desgraciadamente y á quien no conocemos. Yo, que he seguido sin descanso los pasos de Roberto, no le he visto nunca acompañado de ningún chico. En el huerto del monasterio penetro solo, y sospechándome que alguna cosa intentaba, fué cuando os di aviso. Después vi llegar á don César, solo también; de manera que no acierto á explicarme la presencia en aquel sitio de ese ter-

cer personaje, como no se encontrase oculto en la huerta del convento antes de la llegada de Roberto.

Picoli se engañaba al hacer estas suposiciones. Roberto llegó, como sabemos, efectivamente solo, y se aposentó en la casa de los hortelanos.

Cuando creyó llegada la ocasión oportuna, desnudó su puñal, y amenazando á los pobres viejos, que, mudos de espanto ante aquella actitud del peregrino, no acertaron ni á moverse ni se atrevieron á exhalar un grito; los ató, y tapándoles la boca con un pañuelo, los encerró en una estancia. Se apoderó de la llave de la puerta y facilitó la entrada á don César.

En seguida amo y criado cruzaron el huerto, arrojaron la escala á la ojiva, y mientras don César penetraba en el monasterio, Roberto se fué á guardar la puerta de la calle.

En aquel instante Mari-Salto, que, disfrazada de hombre, vigilaba en los alrededores, vió al de Lara seguido de los cuadrilleros, y comprendiendo el riesgo en que don César iba á verse envuelto, llegó corriendo á la puerta de la huerta y lanzó dos agudos silbidos.

Roberto conoció aquella seña, y después de cerciorarse que era Mari-Salto quien la hacía, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Estáis perdidos si no os ponéis pronto en salvo.

—¿Qué pasa, pues?—pregunto Roberto abriendo.

—Don Lope de Lara con un grupo de cuadrilleros de la Santa Hermandad se dirige hacia aquí.

—Pues bien, Mari-Salto, cruza el huerto y en aquella fachada verás una escala pendiente de la repisa de una ventana; trepa por ella y avisa á don César del peligro que corremos. Yo entretanto aseguraré esta puerta de manera que no puedan violentarla fácilmente, y correré á reunirme con vosotros.

La intrépida joven no necesitó saber más. Cruzó el huerto con la rapidez de la flecha, y trepando por la escala con la agilidad de una ardilla, avisó á don César.

Roberto entretanto atrancó la puerta y dispuso la escala del hortelano apoyada en el muro, como ya vimos.

Hechas estas aclaraciones, volvamos á reanudar el diálogo de don Lope y Picoli, que hemos interrumpido.

—Indudablemente estaría oculto dentro del huerto aquél cuando llegó el escudero,—dijo don Lope.

—Yo lo he de averiguar, y no ha de tardarse mucho en que sepamos quién es ese nuevo enemigo á quien debemos combatir. Por de pronto conocemos ya una cosa que ignorábamos.

—¿Y qué cosa es esa Picoli?

—Los amores de don César y la hija de don Diego.

—Es verdad.

—Ese hombre, ofuscado por su pasión, acabará por caer en vuestras manos, si no desistimos de nuestro empeño.

—¿Desistir?—repuso don Lope con una voz á quien la ira enronquecía.—Ahora menos que nunca. Ese miserable mató á mi hermano y ha estado á punto de

matarme á mí, y toda la sangre de sus venas es muy poca para saciar la sed de venganza que siente mi corazón.

—Pues, según tengo entendido, don Diego no desiste de hacer profesar á su hija.

—No, no desiste; la sacrifica por no verla en brazos de ese hombre. Así me lo ha asegurado repetidas veces.

—Pues entonces, señor, creo que don César no dejará de intentar impedir esa profesión. Procurad cuidadosamente saber el día y la hora en que esa santa ceremonia debe llevarse á efecto, y adoptando entonces cuantas medidas creamos necesarias para que nuestro propósito no fracase, nos apoderaremos de ese hombre, cuya audacia llegará, de seguro, á querer arrebatar á su amada hasta del mismo pie de los altares.

—Así lo haremos, Picoli. Tengo ahora más interés que nunca en que ese miserable caiga en nuestro poder.

Algunos días después de cruzarse la anterior plática entre don Lope y su paje, aquél supo que la hija de don Diego de Deza profesaría en el convento de San Plácido.

Su padre, por medio del arzobispo de Toledo é inquisidor general á la sazón don Bernardo Sandoval y Rojas, había conseguido dispensa del tiempo de noviciado, y variaba de monasterio á petición de doña Esperanza, que no quería que en el convento de comen-

dadoras santiaguistas la persiguiera el recuerdo de las escenas ocurridas en el claustro con don César.

Llegó, pues, el día de la profesión, y á la caída de la tarde, hora en que debía celebrarse la santa ceremonia, el convento de San Plácido vióse lleno de lo más ilustre de nuestra aristocracia.

La calle llamada hoy del Pez encontrábase llena de carrozas y sillas de mano, y una multitud de curiosos agrupábase á la puerta de los alrededores del templo, ansiosa de admirar el lujo de las damas y la bizarría de los caballeros que asistían á la ceremonia.

Don Diego de Deza, con el semblante como un cadáver, la mirada recelosa y el corazón inquieto, encontrábase al lado de su hija, que, pálida como la cera y haciendo esfuerzos supremos para reprimir el llanto, dejábase arrastrar al altar como se conduce al sacrificio á la víctima coronada de flores.

Don Lope de Lara y su esposa doña Blanca de Santarem asistían también á la ceremonia.

Doña Marina era la que no había querido acudir á presenciar aquel sacrificio, que, por más que le juzgase necesario, llenaba de pena su alma.

El recelo de don Diego provenía de que desde la noche en que don César pretendió arrancar á doña Esperanza del convento de comendadoras no había podido adquirir noticia alguna del atrevido joven. Este, ó había salido de Madrid, ó parecía que se le había tragado la tierra.

Esta circunstancia, en vez de tranquilizar al alcalde mayor, le alarmaba más, y desde que empezó la santa ceremonia hasta que oyó á su hija pronunciar los terribles votos que la cerraban para siempre las puertas del mundo, no se encontró tranquilo.

Cuando la vió pasar la puerta reglar, aunque al darle el postrer abrazo sintió un dolor tan agudo como si le arrancasen el corazón, se dijo para sí:

—Ya está conjurado el inminente peligro que nos amenazaba. Don César no puede ya intentar nada que nos comprometa seriamente. Pierdo el cariño de mi hija, pero evito un crimen.

Como respondiendo á estas ideas, un rumor terrible que salió del interior del convento llegó hasta sus oídos, y bien pronto los gritos de ¡fuego! ¡fuego!, lanzados por las monjas, que se precipitaron espantadas hacia la puerta reglar, sembraron la alarma en todos los circunstantes.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa, señora?—preguntó alarmado don Diego.

—Que hay fuego en la galería de las celdas por la parte de la huerta,—replicaron algunas monjas, conteniendo á duras penas, por el temor de quebrantar la clausura, el afán de lanzarse á la iglesia, adonde las empujaba el miedo.

En aquel instante un resplandor siniestro alzóse también en la parte opuesta adonde el incendio se había iniciado.

—¡Fuego en el coro y en la sacristía!—gritaron varias voces.

Y como para confirmar estos gritos, una densa columna de humo invadió el templo.

Entonces se produjo allí una escena de confusión terrible.

Las señoras que habían acudido á la ceremonia de la profesión y las monjas gritaron unas, se desmayaron otras, procuraron, las que se encontraban en disposición de huir, alejarse de la iglesia, cuya techumbre empezó bien pronto á ser invadida por las llamas que se cebaban en ella con gran codicia.

El viento, que soplaba con gran violencia entonces, avivaba el incendio de tal modo, que bien pronto vióse el convento convertido en una inmensa hoguera.

Los techos y las paredes empezaron á crujir y á desplomarse con terrible estrépito.

Don Diego buscaba en vano á su hija entre la multitud que abría respetuosamente paso á las monjas y las prestaba toda clase de socorros.

En aquel momento uno de los muros de la iglesia se desplomó, arrastrando consigo la escalera que desde el coro facilitaba el ascenso al piso principal.

Entonces la multitud que rodeaba el convento lanzó un alarido de espanto.

En la parte central del edificio, á quien acometían las llamas por los dos costados, apareció muda de espanto y terror doña Esperanza.

El dolor que la produjo la violencia que tuvo que hacerse durante la ceremonia la obligó á encerrarse casi sin sentido en la celda, y no se apercibió del incendio hasta que las llamas penetraron silbando por la

ventana de la estancia donde la desdichada se encontraba.

Guiada entonces por el instinto de conservación, huyó de aquel sitio, creyendo salvarse dirigiéndose hacia el coro; pero en aquel momento el muro de la iglesia se desplomó, dejándola aislada, como hemos dicho, en el centro del incendio.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—gritó desesperado el de Deza al ver el peligro inminente en que doña Esperanza se encontraba.

Ésta, después de mirar ansiosa á todos lados, perdida toda esperanza de salvación, cayó de rodillas elevando sus ojos al cielo, único punto de donde podía esperar socorro.

—¡Mi fortuna al que la salve! ¡Mi vida al que salve la vida de mi hija!—gritaba desolado el de Deza, dirigiéndose á la multitud, que contemplaba aterrada aquel imponente espectáculo, sin osar ni moverse, esperando de un momento á otro ver desplomarse la parte del edificio donde la joven se encontraba.

En aquel instante supremo, un caballero envuelto en una capa roja se destacó rápido como el relámpago del seno de la multitud, y sin cuidarse del riesgo que podría correr, trepó hasta lo alto de uno de los muros que, aunque vacilante, se sostenía aún, y ganando una cornisa que tendría apenas un pie de ancho, avanzó por ella hacia el sitio donde se encontraba doña Esperanza, con la misma seguridad que pudiera hacerlo por el camino más fácil y más llano. Las llamas y el humo le envolvían continuamente.

—¡Don César!—gritaron á un tiempo don Diego y don Lope de Lara, que reconocieron al joven.

—¡Dios mío, van á morir juntos!—exclamó desesperado el de Deza.

—¡Oh! ¡Morirá en medio del fuego! ¡La Providencia siempre es justa!—repuso sonriendo de una manera infernal el de Lara.

Entretanto don César llegó hasta doña Esperanza, que se encontraba desfallecida de espanto, y tomándola en sus brazos, la dijo:

—¡Alienta, Esperanza mía, vida de mi vida, que aquí estoy yo para salvarte ó perecer contigo!

—¡Don César de mi alma!—replicó la desdichada hija de don Diego, dejando en aquel momento supremo hablar á su corazón.

—¡No hay tiempo que perder si hemos de salvarnos!

Y tomando en sus brazos á la joven, iban á lanzarse de nuevo á la cornisa por donde había llegado á aquel sitio, cuando, al poner el pie, el muro vaciló, desplomándose con estrépito.

Un grito de espanto se escapó de los labios de la multitud, que creyó que el caballero y Esperanza habían sido envueltos entre los escombros.

Don Diego de Deza, que seguía de una manera ansiosa hasta los más pequeños movimientos de aquellos dos seres que tanto le interesaban, lanzó un alarido desgarrador, y cayó sin sentido en brazos de Beltrán, que se apresuró á retirarle de aquel sitio.

—Ahora es cuando estoy completamente vengado,

dijo para sí el de Lara con una satisfacción inmensa.

Pero algunos instantes después la nube de polvo y humo que envolvió á los dos jóvenes empezó á disiparse, y la multitud prorrumpió en exclamaciones de alegría al ver que ni el caballero ni la dama habían sufrido daño alguno.

Don César había tenido la fortuna de retroceder á tiempo. Pero su perdición era segura. El incendio avanzaba, y muy pronto iban á verse rodeados de llamas por todas partes.

El joven caballero dirigióse entonces al sitio donde se inició el incendio, á ver si podía encontrar un medio de salvarse. Pero su intento fué vano: aquella parte del edificio se había ido desplomando, y desde el piso en que se encontraba con doña Esperanza al patio contiguo á la huerta, había una altura de más de treinta pies.

Aquel patio encontrábase obstruído por los escombros y por multitud de maderos incendiados. A pesar de la altura que con relación al patio se encontraba, si don César se hubiera hallado solo, hubiera intentael salto aun á riesgo de matarse. Pero no se atrevía á exponer á la joven á una muerte casi segura.

En esta angustiada situación, y al ver que las llamas se les acercaban más á cada momento, el joven caballero, desesperado, en uno de esos arranques que inspira la necesidad, preguntó á su amada:

—Nuestra muerte es segura si permanecemos aquí algún tiempo. No hay salvación posible; pero la hay probable si el cielo no nos abandona por completo

¿Tienes valor para que nos arrojemos á ese patio, Esperanza mía?

—Tengo valor para todo intentándolo unidos,—respondió la joven con enérgica decisión.

—Pues no hay tiempo que perder. Ven, y que Dios tenga piedad de nosotros.

Y el joven, tomando de la mano á su amada, se dirigió con ella al sitio que consideraba más á propósito para intentar su atrevida empresa. En aquel momento vió á dos hombres que, conduciendo una larga escalera, trepaban con un arrojo increíble por medio de los escombros calcinados y de los maderos humeantes que obstruían el patio adonde iban á arrojarse.

Don César lanzó un grito de esperanza al reconocer al rojizo fulgor de las llamas á su escudero y á la intrépida Mari-Salto.

—Aquí, Roberto, aquí,—gritó el joven con acento potente.

—Ahí, ahí llegaremos si no sucumbimos en la demanda,—replicó la heroica hija de Pedro Soria.

Y encaramándose por las ruinas abrasadoras que quemaban sus pies, llegaron hasta colocar la escalera de modo que el apurado caballero pudiera utilizarla.

Don César, rápido como el pensamiento, tomó á Esperanza en sus brazos, y dando un grito de alegría, se lanzó á utilizar aquel medio de salvación que sus intrépidos amigos le deparaban.

Un momento después encontrábase en el patio con su preciosa carga, y abriéndose paso por el torbellino de humo y fuego que les envolvía, exclamó:

—¡Ya estamos libres, Esperanza mía, y nadie podrá separarnos ahora sin arrancarme la vida!

Como contestando á esta arrogante afirmación del mancebo, apareció entonces el paje italiano Picoli seguido de un gran grupo de cuadrilleros de la Santa Hermandad con los aceros desnudos, y rodeando á don César y á sus amigos, exclamó:

—¡En nombre de la Santa Inquisición, daos presos!

Don César lanzó un rugido de ira, y retrocediendo dos pasos, desnudó su acero resuelto á defenderse.

Roberto y Mari-Salto le imitaron.

—¡Prendedlos ó matarlos si se resisten!—gritó don Lope de Lara, presentándose en aquel momento.

Los cuadrilleros se arrojaron sobre los tres amigos; pero á pesar de su número, la primera acometida les costó bien cara. Dos de ellos rodaron sin vida de dos estocadas bajas lanzadas por don César y Roberto.

En aquel instante la parte del edificio que aun quedaba de pie crujió, desplomándose con un estrépito horrible y envolviendo á los combatientes en una nube de escombros y un denso torbellino de humo y de encendidas pavesas. Un alarido inmenso, aterrador, asordó el espacio.

Los que pudieron huyeron despavoridos de aquel sitio de muerte, y la confusión más espantosa se enseñoreó durante algún tiempo del lugar donde la pelea se había trabado.

Cuando el torbellino se disipó, y don Lope de La-

ra, que había resultado ileso, volvió con sus cuadrilleros á enterarse de lo que había sucedido, encontró á seis de sus soldados muertos y medio enterrados entre los escombros, y á la noble y desesperada hija de don Diego de Deza que, de rodillas en medio de aquel cuadro de desolación, sostenía entre sus manos la cabeza de don César, que yacía en el suelo ensangrentado y sin sentido.

Roberto y Mari-Salto no se encontraban allí; sin duda habían huído ó quedado sepultados debajo de los escombros.

Don Lope de Lara, guiado por su sed incansable de venganza, se inclinó sobre el cuerpo inanimado del joven caballero, y colocándole una mano sobre el corazón observó si latía.

Una sonrisa de triunfo brilló en su rostro.

—¡Vive, y está en mi poder! ¡Ahora sí que no se escapará á mi venganza!—repuso con una infernal complacencia.

Y dirigiéndose á los cuadrilleros, les dijo:

—¡Apoderaos de ese hombre, que no se encuentra más que desmayado, y á la Inquisición con él!

Doña Esperanza lanzó un grito inmenso de dolor al escuchar aquella orden, y, alzándose del suelo, intentó defender á su amado. Pero el de Lara, asiéndola de un brazo, la apartó con violencia de aquel sitio, diciendo:

—Señora, vuestro puesto está entre las vírgenes del claustro, no en medio de las borrascas y los azares del siglo. Apoyaos en mi brazo y seguidme.

Y sin hacer caso de sus protestas, la arrastró lejos de aquel sitio.

Media hora después, don César, sin haber recobrado aún el conocimiento, era encerrado en uno de los calabozos más seguros de la cárcel del Santo Oficio.

CAPITULO XLIII

LA HERMOSA DESCONOCIDA

Consumado el sacrificio de doña Esperanza, á quien vimos profesar en el capítulo anterior, y encerrado su desdichado amante don César en las sombrías cárceles del Santo Oficio, vamos á poner á nuestros lectores al corriente de la accidentada historia de los amores de don Diego Rodríguez de Deza y de doña Marina, causa principal de las desventuras en que, como hemos visto, encontrábanse envueltos los principales personajes de nuestra obra.

Para ello necesario es retroceder á una deliciosa mañana del mes de Agosto de 1566, y trasladarnos á la poética y oriental ciudad de Granada.

Era un día festivo, y varios grupos de jóvenes de las familias más nobles y principales de la ciudad encontrábanse á la puerta de la iglesia de San Salvador, esperando la hora de asistir á la misa mayor.

Su conversación, animada y alegre como son casi siempre todas las de la juventud, recaía principalmente sobre las cualidades y atractivos de las hermosas damas que iban acudiendo á la iglesia.

En uno de aquellos grupos descollaba por su gallarda apostura, sus maneras distinguidas y su fisonomía franca, expresiva y simpática, el joven don Diego Rodríguez de Deza, sobrino carnal del prelado de aquella diócesis, del mismo apellido, y que era entonces presidente del Consejo de la Inquisición de la provincia.

El joven don Diego contaría entonces veinticuatro años, y hacía muy pocos meses que había recibido la borla de doctor en derecho, carrera que siguió con notable aprovechamiento.

Las campanas de la iglesia anunciaron con su metálica voz que la misa iba á empezar, y uno de los jóvenes que acompañaban á don Diego, dijo:

—Amigo mío, si hemos de ver empezar la misa, no podemos esperar aquí más tiempo. Vuestra hermosa desconocida falta indudablemente hoy á su costumbre de asistir al templo.

—Veo con tristeza que tenéis razón, amigo mío, y lo siento con toda mi alma; el templo me va á parecer desierto con la falta de esa mujer, cuya hermosura la creo sólo comparable con la de los ángeles.

—Veo que os ha impresionado profundamente la belleza de esa desconocida.

—Tanto, que no vivo ni sosiego desde el día que tuve la dicha de admirar, aunque sólo de una manera incompleta, sus encantos, y que precisamente venía

hoy decido á seguir á esa dama y á conocer su calidad, su estado y su nombre.

—Debe ser persona de distinción; eso no ofrece género de duda.

—Lo mismo creo; su hermosura es la de un ángel, y su porte, majestuoso y distinguido, el de una reina. De manera que ya podéis conocer si sentiré pequeño disgusto al ver que no acude hoy á la misa mayor.

—Pues pasemos al templo y tened paciencia, don Diego, que no se ganó Zamora en una hora.

Los dos amigos penetraron en la iglesia, y colocándose don Diego un poco delante de su compañero, empezaron ambos á oir el sacrificio de la misa con la mayor devoción.

Había empezado apenas la santa ceremonia, cuando el amigo del de Deza sintió cerca de sí unos pasos ligeros y el crujido de un brial de seda, y volviendo un poco la cabeza, vió á la hermosa desconocida acompañada de una respetable dueña, que acababa de arrodillarse á muy pocos pasos del lado suyo.

Con la mayor solicitud y el mayor disimulo tiró á su amigo de la capeta de terciopelo, y en voz baja le dijo:

—Deza, mirad con disimulo hacia la izquierda.

Don Diego obedeció la insinuación de su amigo, y al ver á la hermosa dama tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una exclamación de alegría.

Jamás se le figuró al joven caballero más larga una misa; así que apenas el sacerdote mandó su bendición al pueblo, alzóse precipitadamente, y alejándose del sitio que ocupaba, se colocó cerca del cancel que ce-

rraba la entrada del templo junto á la pila de alabastro blanco de donde se tomaba el agua bendita.

La noble dama permaneció algún tiempo arrodillada, rezando fervorosamente después de terminada la misa.

Cada instante que transcurría figurábasele un siglo al impaciente mancebo.

Por fin la dama se levantó; seguida de su dueña, dirigióse antes de salir á la pililla; el galante joven, con la mayor amabilidad, introdujo la punta de sus dedos en el líquido que contenía la pila, y ofreció á la dama el agua bendita.

Esta aceptó el ofrecimiento, y al santiguarse, separó el espeso velo con que se cubría, dejando ver el rostro más bello y más hechicero que recibió de la naturaleza criatura humana.

Don Diego quedó mudo de asombro al contemplar tan de cerca aquel prodigio de hermosura. Un estremecimiento nervioso recorrió todos sus miembros, y la sangre se agolpó á su corazón.

La vista de aquella mujer, cuya hermosura superaba en mucho á la que soñó su fantasía, le trastornó por completo, dejándole sobrecogido de admiración.

Cuando volvió de su sorpresa, la dama y la dueña no se encontraban ya en el templo.

El joven, ligero como un relámpago, se dirigió á la salida.

En la calle dirigió sus miradas ansiosas en todas direcciones; pero el mismo ardiente deseo que sentía por distinguir á la hermosa dama le ofuscaba. Por fin la vió

casi á punto de doblar la esquina de una calle, y sin vacilación alguna se lanzó en su seguimiento. Pero la distancia que le separaba era ya bastante, y la gente que ocupaba la calle le impedía avanzar con la celeridad que él hubiera querido. Sin embargo, sin desistir de su empeño siguió avanzando, y, aunque no pudo dar alcance á la dama, la vió penetrar en una antigua y anchurosa casa enclavada en el centro del Albaicín.

Desde aquel día empezó á rondar aquella mansión, dispuesto á declarar á aquella dama el amor inmenso que le abrasaba el alma.

Ocho días de mortales ansias vió deslizarse el joven caballero sin que sus paseos alrededor de la casa de aquella mujer, por quien se sentía á cada momento más rendido, le diesen resultado alguno. Pero su deseo y su afán aumentaban con las dificultades en vez de disminuirse, y un día, desesperado, loco, penetró resueltamente en el anchuroso zaguán, dispuesto á jugar el todo por el todo.

Había apenas avanzado algunos pasos, cuando salió á su encuentro un anciano criado, y con la mayor atención le preguntó:

—¿Qué deseáis, noble caballero?

Don Diego, sorprendido, permaneció un momento sin saber qué contestar al sirviente; pero la resolución que llevaba formada le prestó alientos, y repuso:

—Vengo á esta casa decidido á encontrar en ella mi vida ó mi muerte.

—Extraña respuesta, señor,—replicó el anciano criado sonriendo.

—Os he dicho con entera franqueza lo que siente mi corazón.

—Como no os expliquéis de otro modo, caballero, perdonadme que os diga que no entiendo lo que queréis decir.

—Me explicaré. Hace algún tiempo que rondo esta casa, entusiasmado y loco por la hermosura de una joven á quien seguí un día al salir del templo. Mis afanes por volver á verla han sido inútiles hasta ahora; y como mis deseos son honrados y mi calidad noble, no pudiendo soportar la ansiedad que me causa la incertidumbre, me he decidido á llegar hasta aquí, con el fin de conocer si esa dama es soltera y si debo dirigirme á ella ó á sus padres á confesarles leal y resueltamente el estado de mi alma.

—Ahora ya os entiendo, y os aseguro que puedo satisfacer vuestra curiosidad en una buena parte de lo que deseáis saber.

—Será un favor que no olvidaré nunca.

—Yo supongo que vuestros deseos se refieren á mi noble señorita.

—A una joven alta, airosa, de cutis ligeramente moreno y sonrosado, de cabellos rizados, abundantes y negros como el ala del cuervo, de ojos grandes, ardientes, rasgados, y de boca pequeña, rosada y suspirante.

—Mi señorita es, no hay duda alguna; la habéis retratado con vuestras palabras de una manera perfecta. Pues bien; mi señorita se llama doña Marina de Al-

berico, es huérfana, y sin más pariente que un hermano soltero, poseedor de una inmensa fortuna, y que no habita en Granada.

—¿Y no sabéis si tiene algún prometido ó si su corazón se encuentra libre?

—Sé, caballero, que se ha visto solicitada por muchos, y que no ha hecho nunca caso á ninguno. Es muy joven aún, es inmensamente rica además, y creo que no piensa por ahora conceder su mano á nadie. Es cuanto puedo deciros.

—Pues bien; aunque sea como me decís, necesito imprescindiblemente verla y hablarla. Prefiero recibir de su boca una negativa terminante antes que sufrir por más tiempo esta incertidumbre que me mata. Si rechaza mi amor, si desoye mis súplicas, insistiré una y cien veces, y ó ha de tener el corazón de roca, ó ha de compadecerse al fin de quien no vive, no piensa más que en ella, ni ve en el mundo más alegría que la de llegar á merecer una mirada cariñosa de sus hermosos ojos.

—Me parece, caballero, que todos vuestros afanes serán inútiles, y que vais á recoger un amargo desengaño.

—Aunque así sea, os aseguro que no he de dejar de amarla con más vehemencia cada día. Ya conocéis mis deseos; ¿queréis encargaros de indicárselos á vuestra señora? Si aceptáis esta misión, os lo agradecere; y si la rechazáis, seguiré esperando hasta que la casualidad ó la fortuna me deparen la ocasión de ver á vuestra señora, y entonces, en la calle, en la iglesia, donde pue-

da, en fin, yo mismo la confesaré los ardientes deseos de mi corazón.

—¿De manera, caballero, que estáis decidido á hablarla á toda costa?

—A toda costa, aunque sus palabras hubieran de ocasionarme la muerte.

—Entonces, en vista de vuestra resolución, no tengo reparo alguno en participarla vuestros deseos. Volved mañana, señor, á estas horas, que yo os prometo que sabréis de mis labios con toda exactitud la respuesta de mi señora.

Don Diego se despidió, alejándose de aquel sitio.

Al siguiente día, el servidor de la hermosa dama contestaba de la siguiente manera al enamorado mancebo:

—He cumplido cerca de mi señora el encargo que me hicisteis.

—¿Y qué ha respondido? —preguntó don Diego con una ansiedad grande.

—Pues ha respondido, señor, que os agradece con toda su alma la distinción que la dispensáis habiendo fijado en ella vuestros ojos; pero que por más que lo siente, no puede acceder á recibiros ni á hablaros, porque no se encuentra dispuesta por ahora á admitir galanteos de nadie.

Don Diego sintió un disgusto inmenso al oir aquellas palabras, que eran para él la sentencia de muerte del mundo de ensueños y esperanzas levantado por la

pasión en su mente enamorada. Pero sin darse por vencido, á pesar de lo rotundo de la negativa, después de un momento de silencio replicó:

—Decid á vuestra señora, que si me fuera posible contener los impulsos de mi corazón, obedeciendo su mandato, renunciaría á mis esperanzas; pero que como sobre mi voluntad existe una fuerza mayor que me mueve á no ver más dicha ni más felicidad en el mundo que la de hacerme dueño de su cariño, persistiré en amarla aunque la desagrade, aunque la obcecación de mi fe acarree su enojo, que será para mí la mayor de las desdichas.

Como el acero se siente atraído por el imán y como los ríos corren á sepultarse en el mar, así mi alma, por una fuerza misteriosa que no me es dado resistir, se siente arrastrada hacia la suya, y después de haber examinado detenidamente los vuelos de mi pasión, abrigo la seguridad de que mientras dure mi existencia durará mi afán por amarla.

Quedad, pues, con Dios, y contad siempre con la gratitud y con la amistad de don Diego Rodríguez de Deza.

El joven caballero, con la espina del más amargo desengaño clavada en el alma, pero sin haber perdido un átomo siquiera de su amorosa pasión, salió de aquella casa.

El anciano sirviente se apresuró á poner en conocimiento de su noble señora las palabras del enamorado mancebo, diciendo para sí:

—La verdad es que es gallardo y noble el joven don

Diego, y que, á juzgar por el fuego de sus palabras, se encuentra perdidamente apasionado. ¡Lástima grande que mi hermosa señora no se decida á quererle y le rechace, porque ni más rendido, ni más noble, ni más gentil caballero podrá acercarse nunca á solicitar su mano!

El de Deza, fiel á su promesa, no dejó pasar un día ni una noche sin pasear, durante muchas horas, la calle de la ingrata beldad que tan duramente le desdeñaba.

La esperanza de llegar á conseguir el ser correspondido se iba amortiguando en su corazón; pero su fe y su amor se agigantaban, sintiéndose cada vez más entusiasmado hacia aquella mujer, cuya imagen era su tormento y su gloria, llegando á ser una necesidad imprescindible para su vida aquellos continuos paseos al rededor de la casa donde se encerraba todo lo de más valía y de más aprecio que existía para él en el mundo.

El desdén es el acicate más poderoso del verdadero amor.

Don Diego era una prueba palmaria de esta aseveración.

CAPITULO XLIV

UN REBATO NOCTURNO

Así como todo delito tiene, ó debe tener por lo menos, su castigo, toda acción noble, levantada y buena debe tener su recompensa.

La fe y la constancia que demostraba en amar á doña Marina el apasionado don Diego de Deza acabó por impresionar de tal modo á la hermosa joven, que una noche, al cruzar don Diego por delante de la casa de su ingrata, se encontró agradablemente sorprendido por el viejo sirviente, que, llamándole, le dijo:

—Señor don Diego, tengo una buena noticia que comunicaros.

El joven no pudo contener una exclamación de alegría. Sus ojos se iluminaron con el fuego de la esperanza, y con una gran ansiedad repuso:

—Explicaos cuanto antes, que la impaciencia y el afán martirizan mi pecho.

El sirviente sonrió cariñosamente, y dijo:

—Pues sabed, señor don Diego, que mi señora consiente en recibiros.

Lo que pasó en el alma del de Deza al oir estas palabras no es posible describirlo. Creyó ver alzarse de repente ante sus ojos un mundo de felicidad, de esos que sólo saben soñar la imaginación calenturienta de un poeta enamorado.

Todos los dolores, todas las tristezas, todos los tormentos sufridos por su alma en aquella lucha de desengaños y de esperanza se desvanecieron repentinamente. Su pecho enamorado se alegraba casi de las amarguras sufridas, porque de esta manera apreciaba mejor la inmensa felicidad que en aquel momento sentía.

Repuesto en parte de aquella impresión gratísima exclamó de una manera ansiosa:

—Y decidme, ¿cuándo llegará para mí el ansiado momento que me anunciáis de arrojarme á los pies de vuestra señora?

—Ahora mismo, si os place, señor don Diego.

—¡Oh! ¿Quién ha de querer retardar semejante dicha?

—Entonces, seguidme.

El sirviente echó delante, y Deza siguió en pos de sus pasos.

Conforme penetraba en el interior de aquella casa, su admiración crecía.

Aquella morada perteneció en otros tiempos á uno de los principales moros de la noble tribu de los Go-

meles, y en el momento en que Deza la visitaba encontrábase su lujosa y delicada arquitectura cuidada con tanto esmero, si no con más, que lo estaría, de seguro, en el tiempo que residía en ella su antiguo dueño el noble Gomel que mandó levantarla.

Las sangrientas y destructoras huellas que dejaron á su paso por la poética ciudad del Genil los mil incidentes del sitio y de la reconquista no se percibían en aquella mansión, que parecía recién salida de las manos de los inspirados alarifes moros que la trazaron y construyeron.

Las paredes llenas de preciosos adornos del más fino alicatado, los costosos tapices pérsicos que cubrían sus puertas, la mullida alfombra tunecina que tapizaba sus suelos de mosaico, los divanes, las lámparas, los pebeteros, todo, en fin, lo que en aquella rica mansión existía revelaba el gusto y la riqueza de su dueño y el esmero de las personas encargadas de su conservación y custodia.

Cuando el enamorado mancebo llegó á la presencia de la joven á quien con tanto empeño quería, se arrojó á sus pies exclamando:

—Señora, no encuentra mi alma emocionada frases con que poder pintaros el agradecimiento que la embarga por la inmerecida merced que os habéis dignado otorgarme. Con deciros que la aprecio más que á mi vida, y hasta más que á mi honra, os demuestro sólo un pálido reflejo de la satisfacción que con vuestra deferencia me hacéis experimentar.

Doña Marina permaneció un momento silenciosa,

á causa de la emoción que las frases apasionadas del mancebo levantaron en su pecho.

—Alzad, don Diego. Hacedme la merced de sentaros y oidme,—repuso al fin con una voz tan dulce, que el de Deza sintió conmoverse todo su ser. Pero obededeciendo la indicación de la dama, se sentó.

En aquel instante la dicha que gozaba el joven caballero era completa. Sus ojos fijábanse con amorosa ansiedad en los poderosos atractivos de la espléndida belleza de aquella arrebatadora hermosura.

Esta, á quien el rubor prestaba nuevos encantos, habló de la manera siguiente:

—No ha sido, don Diego, un estudiado arranque de coquetería el que ha movido á mi conciencia á proceder con vos de la manera que lo he hecho. Cuando mi anciano criado me hizo saber vuestros deseos, no había cruzado por mi mente aún la idea de corresponder al cariño de ningún hombre. Os había visto alguna vez, con especialidad un día que, galante en extremo, me ofrecisteis el agua bendita al salir del templo. Por esta circunstancia conservaba de vos un recuerdo grato, ese sentimiento de simpatía que se nota cuando se ve á una persona que no se conoce, pero que por sus modales, su figura, ó el juicio caprichoso que formamos de lo que deben ser sus prendas morales, consigue que fijemos en ella nuestra atención. Por este solo motivo experimenté cierto sentimiento al tener que responder con una negativa tan terminante á vuestra demanda. Pero lo excepcional de mi posición no me permitía obrar de otra manera.

Me encuentro huérfana y sola en el mundo; no cuento con más parientes que un hermano, de cuyo trato me separan grandes diferencias de familia. Por esta razón necesito precaverme de ciertos peligros, que no existen realmente para quien cuenta con el apoyo de una familia ó la egida protectora de un padre cariñoso. Yo no podía ni debía escuchar frases galantes de nadie sin que una serie de pruebas llevase á mi alma el convencimiento de que la persona que se me dirigía obraba á impulsos de un sentimiento noble, verdadero y levantado. Vuestra constancia me ha hecho creer lo que yo deseaba; y si mi creencia no es errónea, si es que no me he engañado al apreciar vuestro afecto...

—No os habéis engañado, señora, creyendo en la sinceridad de mi cariño y en la fe ardiente y santa de mi pasión,—repitió el mancebo interrumpiendo á la hermosa.—No os habéis engañado; y para daros una prueba más patente aún de la lealtad de mis sentimientos y de la nobleza de mis propósitos, os juro por mi salvación que mi alma no cifra su dicha, su ventura y su alegría más que en merecer ser correspondido por vos, y en poder ser, mientras aliente, vuestro más sumiso y apasionado esclavo.

Pronunció el de Deza con un fuego y una vehemencia tales estas declaraciones, que la hermosa joven sintió anegado su corazón de una dicha tan grande, que la fué imposible replicar.

Hay momentos en la vida que el silencio es más elocuente que el más inspirado de los discursos.

Cuando el alma se encuentra saturada de senti-

miento y embargada por una gran emoción, el labio enmudece.

Para hablar es preciso pensar de un modo sereno, y cuando se siente mucho, se piensa poco.

Desde aquel día don Diego y la hermosa doña Marina se comprendieron y se amaron; pero con una de esas pasiones que llegó bien pronto á ser para ambos tan inmensa como irresistible.

Doña Marina, dueña por completo de su libertad y de su albedrío, sin más freno que oponer á los embates de su pasión que los impulsos de su conciencia y la conciencia de sus deberes, bien pronto fueron éstos relajándose y cediendo ante la fuerza irresistible de aquel cariño, que acrecía por momentos, llegando hasta los límites del delirio.

Si don Diego veía en aquella pasión la única felicidad de su vida, y amaba con toda la vehemencia de su alma fogosa y entusiasta, Marina llegó á amar al joven caballero con toda la fuerza de su ser, con toda la fuerza que siente un alma virgen en su primer amor.

Aquel estado era un peligro al que corrían aquellos dos corazones enamorados y ardientes, sin reparar en las consecuencias y sin conciencia siquiera del verdadero riesgo á que se lanzaban.

Cada día las visitas del de Deza eran más frecuentes y su permanencia al lado de su amada era más larga. Esta manera de ser y de vivir dió, como no podía menos, sus naturales resultados.

Llegó un día en que doña Marina sintió en sus entrañas las palpitaciones de un nuevo ser, fruto de aquel amor que la libertad y la ocasión habían convertido en gigante hoguera.

Apenas conoció don Diego el estado de su amada, se apresuró á disponer lo necesario para que el lazo indisoluble del matrimonio legalizase ante Dios y ante los hombres aquella unión llevada á cabo ante la naturaleza en los transportes de su amoroso delirio.

El primer paso que el joven caballero dió en este sentido le produjo una dolorosa decepción, un desengaño grande.

Su tío, el reverendo prelado de la diócesis, se opuso de una manera enérgica y terminante á que se llevase á cabo la alianza que su sobrino quería realizar.

Doña Marina era cristiana nueva. Descendía directamente de una de las familias moras más nobles del reino de Córdoba, y sus antepasados pertenecieron á una de las dinastías que ocupó durante algunos años el trono después de la caída del califato; y aunque su padre había abrazado voluntariamente el cristianismo y la hermosa dama había nacido y profesaba con verdadera fe las doctrinas de la Iglesia, el altivo presidente del consejo de la Inquisición se sublevaba ante la idea de que fuese á mezclarse con la sangre de su raza la de una familia de cristianos nuevos.

El sentimiento que sufrió don Diego con esta oposición de su tío fué grande. Pero, á pesar de todo, resuelto á salvar la honra de aquella mujer á quien tanto quería, dispuso todo lo necesario para cumplir como

hombre de honor con los impulsos de su corazón y con los deberes de su conciencia.

Era la noche del 24 de Diciembre de 1567; una noche fría, oscura y helada.

Don Diego y su apasionada amante, sentados al amor del fuego de una gran chimenea en una de las estancias de la casa del Albaicín, acordaban los últimos detalles de la ceremonia de su enlace, que debía llevarse á cabo el primer día de año nuevo.

El viento mugía de una manera poderosa, y alguna de sus ráfagas, descendiendo por la ancha campana de la chimenea, amortiguaba unas veces y avivaba otras el fuego del hogar, haciendo que las oscilaciones de la llama prestasen un carácter fantástico á la estancia.

La conversación era tan interesante para aquellos dos seres que con tanto apasionamiento se querían, que les sorprendió la media noche en su sabrosa plática.

Cuando se perdieron en el vacío las doce campanadas lentas y sonoras que exhaló con su lengua de bronce el reloj del alcázar, don Diego alzóse del asiento, diciendo:

—Es ya la media noche, mi amada Marina. ¡Con qué velocidad han corrido las horas!

—¡Sí, me parece imposible que sea tan tarde!—repuso la joven con extrañeza.

—Cuando se encuentra el placer y la satisfacción que sienten nuestras almas siempre que se comunican

sus pensamientos y sus esperanzas, el tiempo vuela con más rapidez que el rayo.

—Es verdad; cuando las horas son felices se acortan como si fueran minutos.

—Es cierto; pero como es fuerza separarnos, adiós, y hasta mañana, Marina de mi vida.

—Adiós, Deza.

Y los dos enamorados disponíanse á abrazarse con efusión, cuando un inmenso vocerío lejano les contuvo.

Un instante después oyeron varias detonaciones de mosquete y la voz ronca de algunos clarines que tocaban alarma.

Casi al mismo tiempo sintieron gritos y carreras en la calle.

—¿Qué ocurrirá, Dios mío?—exclamó Marina sobresaltada.

—No te alarmes, que yo observaré y sabremos pronto la causa de ese alboroto.

El de Deza entreabrió una de las ventanas de una habitación próxima y se asomó á la calle.

Bien pronto conoció lo que sucedía.

—¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?—se preguntaba la gente.

—Los moriscos de la sierra que se han sublevado, y saltando los muros penetran en la ciudad matando á cuantos cristianos encuentran,—replicó despavorido uno de los que huían.

—¡A las armas, pues, y á ellos!—gritaron los demás.

Don Diego se retiró de la ventana, volviendo á la estancia donde le esperaba su prometida.

—¿Qué pasa, Deza?—le preguntó cuidadosa.

—Los moriscos que se han sublevado en la vega y penetran en la ciudad á sangre y fuego.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esos desdichados corren á una perdición segura!

En aquel momento la calle fué invadida por una turba inmensa que, blandiendo sus armas, avanzaba como una avalancha al centro de la ciudad, gritando:

—¡Mueran los hijos del Nazareno! ¡Viva nuestro rey Abén-Humeya!

Media hora más tarde, los soldados del marqués de Mondéjar, general gobernador de la plaza, se arrojaron sobre los rebeldes.

Las descargas de mosquetería y los gritos del combate asordaron el viento; pero los moriscos, á pesar de su bravura, viéronse muy pronto obligados á emprender la retirada, perseguidos por las fuerzas del gobernador.

Entonces volvieron á saltar los muros, y cruzando la vega se refugiaron á la desbandada en las asperezas de las Alpujarras.

CAPITULO XLV

EFECTOS DE UNA PRAGMÁTICA

La causa de que los moriscos del reino de Granada se lanzasen á la rebelión fué la siguiente:

El rey don Felipe II, que ocupaba á la sazón el trono y que odiaba con todas las fuerzas de su alma á la raza vencida por sus antepasados, impulsado por su excesivo celo religioso, publicó un decreto disponiendo que los moriscos asistiesen á los templos cristianos, que no usasen su idioma en sus escritos, que vistiesen los mismos trajes que los castellanos, que cesasen sus baños y abluciones, que no usasen nombres mahometanos, que no pudieran contraer matrimonios entre sí ni trasladar su residencia sin conocimiento de las autoridades cristianas.

Justamente indignados los moriscos ante tan irritantes medidas, acudieron respetuosamente al marqués de Mondéjar, exponiéndole los inmensos perjui-

cios que con aquel decreto se les causaba, y rogándole encarecidamente que solicitase del rey la revocación de aquellas durísimas condiciones.

El marqués de Mondéjar, que era un excelente caballero, de recto y compasivo corazón, conociendo la justicia con que los moriscos reclamaban, no sólo transmitió al rey don Felipe las quejas de los agraviados, sino que las apoyó hasta cierto punto. Pero el inflexible y severo monarca no quiso dar oídos á la petición de sus vasallos, y los moriscos, viendo cerrado por completo el camino á toda esperanza, apelaron á lo que apelan todos los pueblos cuando se les exaspera y se les maltrata.

Ferax-Abén-Ferax, descendiente de la familia real de Granada, y Diego Lope-ben-Aboo, hombres ambos de carácter enérgico y de corazón valeroso, fueron los primeros en apercibirse á la resistencia. Pusiéronse de acuerdo con los habitantes de la Alpujarra, y solicitando además la ayuda de los reyes del Africa septentrional, levantaron el espíritu de sus hermanos, decidiéndoles á alcanzar con las armas y por la violencia, no ya lo que se les negaba, sino restaurar el antiguo reino moro de Granada.

Exaltados con tan halagador proyecto aquellos hombres, cuya ardiente imaginación llegó á creer en la posible realización de aquel ensueño, pusieron mano á su obra con esa actividad y ese ahinco con que se emprende siempre por los oprimidos la obra de su redención.

Una noche, en una espaciosa caverna oculta en lo más escabroso de las Alpujarras, reuniéronse los prin-

cipales personajes moros que prestaban su apoyo al movimiento.

Aquella reunión tenía por objeto elegir el rey que había de ceñir á sus sienes la corona de la nueva monarquía que iban á restaurar y que debía guiar á su pueblo en la campaña que iniciasen.

La inmensa mayoría de los congregados habían puesto sus ojos en el joven don Fernando de Válor, descendiente de los reyes moros de aquel país, y poniéndole el nombre de Mohamet Abén-Humeya, revistiéronle con las insignias reales.

Este don Fernando de Válor había sido, por su alto origen de los Beni-Omeyas, caballero veinticuatro de Granada.

Su adolescencia fué turbulenta y disipada.

Esto dió lugar á que don Fernando viese en pocos años extinguida su fortuna, hasta el punto de tener que despojarse de su venticuatría, así como de los magníficos palacios que heredó de sus ilustres antepasados.

El joven tenía un espíritu atrevido y emprendedor.

Cuando tuvo noticias de que Felipe II había publicado su severa pragmática contra los moriscos, creyó que el texto de ésta sería parecido al de la redactada por su padre el emperador Carlos V en 1526, y aun no se determinó á optar por el escabroso sendero de la rebeldía.

Pero cuando pudo apreciar la notable diferencia que existía entre las nuevas disposiciones y las antiguas

cláusulas, no dudó un instante en adherirse á las ideas de sus compañeros.

Sabía el inmenso prestigio que entre ellos gozaba, y comprendió que no había de ser infructuosa su pretensión de figurar en primera línea.

Cierto es que Abén-Ferax descendía de una raza ilustre como la suya, de la raza de los Abencerrajes, cuya memoria aun despertaba entre los moros ideas de respetuosa veneración, y que era conocido por sus riquezas y energía de carácter, cuyas condiciones no podían ser desatentibles, para que ocupase entre las huestes próximas á sublevarse el cargo que él deseaba ocupar.

Lo cierto es que Fernando de Válor era joven, estaba arruinado, le acosaban las muchas personas con quienes tenía deudas, y buscó en el corazón de aquella caverna el medio de salir airoso en las difíciles circunstancias en que su prodigalidad misma le había colocado.

Contaba, además, con el alto influjo de Lope-ben-Aboo, que era amigo suyo y uno de los congregados cuyo voto tenía verdadero valor en el ánimo de los demás.

Es preciso que advirtamos á nuestros lectores que esta reunión tuvo lugar después de verificarse el primer movimiento hostil en Granada.

A la publicación de la pragmática del rey, los moros del Albaicín, que todos eran gentes acomodadas y

ricos propietarios, no quisieron aceptar una actitud enérgica contra sus severas disposiciones, lo que les hubiese ocasionado graves perjuicios, y se decidieron á emplear medios más diplomáticos.

Con este objeto enviaron á Núñez Muley para que conferenciase directamente con el monarca.

Las cláusulas de la pragmática los comprendía á ellos tanto como á las miserables tribus que vagaban errantes, y confiaban en no tener que someterse á su yugo, bien porque don Felipe les excluyese á ellos de su cumplimientó, á modo de fueros, como los gozaban otras provincias cristianas, bien en obsequio de la general abolición en toda la raza morisca.

Núñez Muley necesitaba para verificar su entrevista con el soberano obtener primeramente la autorización de don Pedro de Deza.

El inquisidor Deza era un hombre inflexible, y no es necesario que digamos á nuestros lectores la profunda odiosidad que profesaba á los sectarios de Mahoma, pues recordarán la tenaz oposición que había desplegado con su sobrino para que no se realizase su casamiento con doña Marina, á pesar de que ésta había renegado de su antigua religión, abrazando con fe el cristianismo.

Don Pedro Deza recibió á Muley con mucha frialdad. Sin embargo, no pudo excusarse de oirle.

Después de todo, aquel venerable árabe era el representante de la general opinión del Albaicín.

Muley, después de manifestarle que si no les dejaban tener á su servicio esclavos negros, por evitar que

fuesen sobornados, habían de sufrir graves perjuicios en su agricultura y demás trabajos á que los dedicaban, combatió con poderosos argumentos las vergonzosas y denigrantes cláusulas de la pragmática.

Expresó las dificultades que ofrecería hacer que cambiasen sus trajes unos pueblos tradicionalistas que siempre los habían respetado, y que no había dificultad en que consintiesen llevar los mismos, puesto que cada provincia de España gastaba los suyos propios, que se diferenciaban en mucho de los demás.

Que la prohibición de verificarse los casamientos entre ellos era absurda y hasta cruel, pues que la raza muslímica no encontraba afectos más que entre sus mujeres.

En una palabra, hizo constar al presidente Deza que bien clara se veía la intención de Felipe II para exterminar la raza, no sólo de los reinos que les habían usurpado, sino de todo el mundo, si posible fuera.

El inquisidor buscó medios de refutar aquellos lógicos razonamientos, y no encontrándolos, se ciñó á manifestar á Muley que aquello era lo dispuesto por el augusto monarca, y que á ello debían ceñirse todos los que morasen en sus dilatados dominios.

Prometió, sin embargo, el anciano que iría á ver á Felipe II, lo cual sería más concreto, pues el rey no quería que ninguno molestase su atención, demasiado ocupada en aquellos momentos con las guerras católicas y protestantes de los Países Bajos.

Núñez Muley comprendió que nada conseguiría con aquel hombre inexorable.

Tampoco pudo ocultársele que si llegaba á visitar al rey, sus gestiones para librar á los moros del enojoso peso de las recientes leyes habían de ser muy frías.

Entonces participó á los del Albaicín cuanto el inquisidor le había dicho, sin omitir sus acertadas creencias.

Los del Albaicín, como todas las clases sociales que tienen que perder, se resignaron á sufrir el ignominioso yugo, como pronto verán nuestros lectores.

Entre tanto el atrevido Abén-Ferax, viendo que se empezaba á dar cumplimiento á las tiránicas disposiciones de aquel gobierno déspota, se decidió á preparar una atrevida empresa.

Llegaba el día en que las mujeres deberían abandonar sus trajes, en que los niños de tres á quince años irían á las escuelas para cursarse en el conocimiento de la doctrina católica y del idioma castellano, y, por último, en que todos los moriscos habían de entregar sus armas.

Todas estas disposiciones irritaban los ánimos; pero la última que hemos consignado era la que más les repugnaba.

La entrega de las armas acusaba desde luego la escasa confianza que en ellos tenía el gobierno.

La gran mayoría las escondían en sus moradas. Otros las abandonaron en las calles. Pero casi ninguno se sometió á entrega tan vergonzosa.

Abén Ferax rugió como un tigre al saber la debili-

dad de aquellos hombres. Creyó por un momento que ésta obedecía á no haber en el Albaicín un hombre de suficiente arrojo para ponerse á la cabeza de ellos, y se decidió á entrar en Granada á sangre y fuego, en la certeza de que los oprimidos secundarían sus belicosos planes al primer grito de guerra.

Él ignoraba los móviles que les indujeron á someterse.

Bajo el influjo de esta idea, ayudada por la ambición que acompaña á todo espíritu emprendedor, incitó á los moradores de las vecinas comarcas para que le siguiesen, y llegó con unos doscientos moros armados de picos y palos hasta las murallas de la poética ciudad.

Había dicho á sus gentes que los del Albaicín les aguardaban en una actitud guerrera respecto al gobierno, así como aseguró á los primeros que él llegaría con unos ocho mil hombres recaudados de Leerín y de la Vega.

Ferax buscaba por estos medios de engaños recíprocos que sus huestes no desmayasen y que los del Albaicín les ayudaran.

Los doscientos *monfís,* ó salteadores, que le acompañaban, vestían trajes turcos, con objeto de que creyeran las tropas del rey que habían recibido los refuerzos que en distintas ocasiones solicitaron de Berbería y otras poderosas naciones del África.

Era una noche horrible.

La sierra estaba cubierta de nieve.

El viento era Norte.

La lluvia caía á torrentes.

Sin embargo, Abén-Ferax no vió en estas circunstancias más que un estímulo para sus atrevidísimas empresas.

Las tropas perforaron el muro, y un instante después entraron en Granada.

Como no había llegado la ocasión de alzar el grito de guerra hasta que robusteciesen sus columnas los moradores del Albaicín, caminaron cautelosamente hasta llegar á él.

Una vez realizado esto, Ferax llamó á los tranquilos moradores de aquel extenso barrio.

Los moriscos se asomaron á las ojivas de sus casas, y cuando vieron el reducido número que le acompaba, volvieron á retirarse á sus respectivas habitaciones.

Entonces Ferax les insultó rudamente, y tuvo necesidad de huir á la sierra, porque las campanas de la ciudad tocaban á rebato.

Los moros de la Alpujarra que estaban comprometidos en esta combinación tampoco pudieron auxiliarle.

Verdad es que no porque desistiesen de sus propósitos, como los del Albaicín, sino porque lo nieve se lo impidió.

El marqués de Mondéjar no supo concretamente, hasta pasadas algunas horas, lo que había sucedido.

Con tanta regularidad y orden se había verificado aquel movimiento.

Sin embargo, mandó á su escudero con una pequeña partida de soldados para que inspeccionasen las

cercanías de Granada, y supo por éstos que los *monfís* habían partido hacia la sierra.

Entonces salió él mismo con unos cuantos arcabuceros, sin conseguir alcanzarlos.

El marqués comprendió desde luego que, aunque lo ocurrido no presentaba caracteres graves, podía dar origen á insurrecciones más importantes.

Hizo una excursión al Albaicín, y vió la tranquilidad de sus temerosos moradores.

Entonces se decidió á tomar serias medidas para evitar que aquellas escenas se reprodujesen.

Después de transcurridos estos sucesos es cuando Abén-Ferax supo que sus compañeros trataban de reunirse en la caverna de la Alpujarra.

Inmediatamente acampó sus reducidas tropas en los alrededores de aquellos escabrosos lugares, y se decidió á darles detallada cuenta de lo que acabada de hacer, creyendo que premiarían sus servicios por haber sido el primero en lanzar el grito de rebelión en la misma ciudad de Granada.

Ya hemos dicho que los principales moriscos que allí se habían congregado eran don Fernando de Válor y su amigo Lope ben-Aboo.

Ferax se disgustó de la presencia del primero, porque sabía que era ambicioso y le disputaría los honores del reinado con que él soñaba.

La caverna era inmensa.

Parecía que la naturaleza había formado aquel oculto paraje para que pudiesen deliberar sin temer las asechanzas de los enemigos.

En el centro ardía una lámpara.

El paraje había sido preparado por Ben-Aboo.

Era demasiado solemne y transcendental lo que iba á discutirse para que no mereciese la estancia algún ornato.

Los pebeteros arrojaban sus perfumadas espirales, producidas por las incomparables resinas de Oriente.

Las paredes estaban cubiertas por tapices.

Era indudable que aquel sitio debía servirles de congreso para los frecuentes asuntos que tuvieran que tratar de una localidad que había de ser el principal teatro de la guerra contra los cristianos.

Sobre un finísimo lienzo extendido en el suelo estaban las tazas de café y los *narguilés*, esas gigantescas pipas de los árabes tan estimadas para ellos como pueden serlo sus propias mujeres ó sus briosos caballos.

Abén-Ferax fué el primero que usó de la palabra.

—Amigos míos,—les dijo con acento varonil,—mucho celebro que estemos juntos los principales representantes de nuestro partido, porque tengo muchas cosas que comunicaros.

Todos los espectadores fijaron sus ojos en el que les dirigía la palabra.

Este continuó:

—Posible es que motejéis mi conducta de ligera; pero no pudiendo sufrir por más tiempo las vejaciones del rey de España, anoche he penetrado en Granada.

Aquella noticia conmovió todos los ánimos.

El mismo Fernando de Válor no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—¿Acaso no se encontraba en la ciudad el marqués de Mondéjar con sus fuerzas militares? —preguntó Aboo.

—Sí.

—Eso te obligaría á retirarte.

—Precisamente.

—¿Y qué causas te han decidido á tomar la aventurada resolución de acometer la ciudad?

—Ya sabréis que la pragmática de Felipe II se ha empezado á poner en acción.

—Lo sabíamos.

—Los del Albaicín han entregado vergonzosamente sus armas ó las han abandonado en las calles; sus hijos están dispuestos á ir á las escuelas educándose en las falsas creencias del catolicismo; los que antes moraban en las comarcas vecinas y han buscado sus medios de vivir con el comercio, son expulsados de la ciudad para que ocupen su antigua residencia; en una palabra, se han sometido á cuanto les exigieron.

—Eso es vergonzoso, —exclamó Válor.

—Indignado con esta conducta, me dirigí al Albaicín y les pregunté á qué obedecía aquella inacción. Cuando me contestaron que ignoraban la actitud que los moros vecinos observarían, y que no se atrevían por sí solos á levantar el grito de guerra, volvíme á la sierra y conseguí reunir unos doscientos *monfís*. Entonces penetré con ellos en Granada.

Todos los concurrentes aplaudieron el valor de Abén-Ferax.

—Juzgad de mi sorpresa, —continuó éste, —cuando

aquellos miserables no respondieron al movimiento que yo inicié.

—¡Cobardes!— murmuró Aboo;—todo lo sacrifican á las riquezas que encierran sus arcas.

—Y ¿qué has hecho entonces?—preguntó Válor.

—Me he visto obligado á abandonar la ciudad.

—Pero ¿y las tropas del marqués?

—Las tropas del marqués no han conseguido darnos alcance.

—Perfectamente, Ferax: ese hecho merece que se tenga en cuenta tu valor para recompensarte.

—Es cierto,—añadió Aboo;—ahora lo preciso es que procedamos á elegir nuestro rey y á proveer los altos cargos que ayuden á la emancipación.

Todos guardaron un profundo silencio al escuchar aquellas frases.

CAPITULO XLVI

LA ELECCIÓN DE REY

Necesario es advertir á nuestros lectores que antes de la llegada de Abén-Ferax habíase discutido sobre la elección de monarca, recayendo este alto cargo en don Fernando de Válor.

Aquello, sin embargo, no era concreto todavía.

Cuando Aboo, que era el más anciano, y por lo tanto el más respetable, hizo presente su deseo de que recayera aquel alto cargo en su amigo Válor, Ferax sintió la más profunda indignación.

Si noble era la estirpe del joven que proponían para soberano, no lo era menos la suya.

No obstante, no se atrevió á tomar la defensa de su propia causa, y el joven Válor fué acatado por unanimidad como rey.

Aboo propuso después que se nombrase alguacil mayor á Abén-Ferax, que era indudablemente el cargo

de más importancia después del conferido al soberano.

Ferax aceptó.

Luego se repartieron entre ellos otros nombramientos militares y se procedió á la coronación del neófito.

Válor recibió los nombres de Muley Mohamet-Abén-Humeya, y empezó la ceremonia.

Esta consistió en una oración que pronunciaron sus labios, á la que contestaban sus adictos con el mayor respeto.

Después juró solemnemente morir antes que abandonar la causa mahometana, prometiendo tomar justa venganza de los hijos del cristianismo, que, no satisfechos con haberles privado de su hermoso país, trataban de someterlos bajo el ignominioso yugo de la tiranía.

Concluído su discurso, todos le besaron la mano.

Hasta el venerable Aboo, que había iniciado su nombramiento, quiso cnmplir con esta fórmula de adhesión y respeto.

Dos días después habían organizado un considerable ejército y se lanzaron á Granada.

El marqués de Mondéjar tenía algún conocimiento de estos proyectos de conspiración, y los aguardaba con unos tres mil hombres poco disciplinados y aguerridos.

Verdad es que los ejércitos de Felipe II estaban ocupados en las guerras de Flandes, como ya hemos dicho.

Mondéjar era una persona respetabilísima, no sólo

por su innegable inteligencia, sino por su bondadoso carácter.

Tanto el presidente de la audiencia de Granada, Espinosa, como el inquisidor Pedro de Deza, sentían cierta aversión hacia el general, cuyas atribuciones militares eran independientes de las de la chancillería.

Trataron, sin embargo, de monopolizar algunas de las atribuciones de aquél, que no lo permitió, á pesar de la dulzura de su carácter.

Esto hizo que se crease dos enemigos.

No tardó en comprenderlo así el marqués.

Sin embargo, aquello le preocupaba poco.

Él no era hombre que pudiese temer el influjo que ambos gozaban con el soberano.

Las huestes moriscas entraron en Granada.

Los cristianos las recibieron con nutridas descargas de mosquetes y arcabuces, y no tardaron en hacerlas huir á la sierra.

Entonces Abén-Humeya se replegó á las Alpujarras, disponiéndose á no dar otro asalto á la ciudad hasta que estuviese seguro del éxito.

No obstante, no quiso permanecer en absoluta inacción, y acuchilló con sus tropas á cuantos cristianos halló en su camino.

Pedro de Deza censuró agriamente la conducta del marqués, que no había podido dar alcance á los enemigos. Entonces Mondéjar se decidió á empezar una verdadera campaña, saliendo en pos de los rebeldes.

Los gritos de alarma que escucharon don Diego

Rodríguez de Deza y la hermosa doña Marina desde el palacio de la segunda en el Albaicín, fueron lanzados por los invasores.

Cuando el inquisidor supo que el marqués se decidió á partir para la Alpujarra, pensó practicar un plan que le convenía para que su sobrino se alejase de la mujer que amaba.

Con este objeto, venció la repugnancia que sentía por entablar relaciones con el general, y se dirigió á la morada de éste.

Aunque Mondéjar estaba ocupado en trazar el itinerario que debía adoptar para la persecución de los sarracenos, no quiso dejar de recibir al reverendo prelado de la diócesis, y le hizo entrar inmediatamente.

El inquisidor se sentó junto al marqués.

Después de un instante, le dijo:

—Tengo entendido que hoy pensáis abandonar la ciudad.

—Con efecto, salgo para la Alpujarra, que es el sitio donde se han hecho fuertes los rebeldes.

—¿Contaréis con pocos soldados?

—Con unos tres mil.

—No son muchos, pero bastarán á los herejes, porque vais á defender la sagrada causa del cristianismo.

—Mi táctica es extraña; yo prefiero una política bien pensada á derramar sangre.

—Sin embargo, os conviene que os acompañen algunos ilustres caballeros.

—Cuento con varios.

—Como no ha de ser un inconveniente que los aumentéis, vengo á recomendaros muy eficazmente á mi sobrino don Diego, á quien deseo llevéis en vuestra compañía.

—Tendré en ello suma satisfacción.

Entonces el prelado, que no llevaba más que aquel objeto, no quiso interrumpir por más tiempo las ocupaciones del marqués y salió de su casa.

Un instante después comunicó á su sobrino la noticia de que el general le esperaba.

Don Diego trató de esquivar aquel compromiso que le alejaba tan rápidamente de su amada; pero el inquisidor le dijo que no podía desairar al general, y que con su negativa no había de conseguir más que el desprecio de todos, sin exceptuar el suyo.

Añadió que todo caballero tenía la obligación de esgrimir las armas contra los rebeldes á su Dios y de su rey.

Don Diego, aunque visiblemente contrariado, no tuvo más remedio que conformarse, y se dirigió hacia el Albaicín para despedirse de doña Marina.

No dejó de extrañar ésta que volviese á su casa cuando tan pocas horas hacía que la había dejado.

Sin embargo, no pasó por su mente la triste nueva que su amante iba á darla.

El joven no sabía cómo empezar; pero como los momentos eran contados, se apoderó de una de las manos de aquella encantadora mujer, y la dijo:

—Marina, sé que me amas, y creo que tú tampoco dudarás de mi amor.

—Si durara de él, dejaría de existir.

—Ya sabes la opisición que tiene mi tío á que nos unamos; pero, aunque yo le he respetado siempre, estoy dispuesto á santificar nuestros amores.

—Gracias, Diego; de eso depende mi honra.

—Tu honra y mi felicidad, porque tú eres la única mujer que me hace dichoso. Sin embargo,—continuó el joven,—acabo de recibir una noticia que me obliga á separarme de ti por un corto espacio de tiempo.

Doña Marina palideció.

Deza advirtió aquellos efectos, y aproximándose más á su amada, la dijo:

—No obstante, esta separación ha de ser muy breve.

—¿Dónde vas?

—A la Alpujarra.

—Allí ha estallado la guerra.

—Precisamente por eso. El ilustre marqués de Mondéjar ha reclamado mis servicios, y no puedo negárselos sin que todos lo motejasen de cobardía.

—¿Y si pereces en el combate?

—No lo creo. Las huestes moriscas son poco numerosas y casi están desarmadas.

—Pero son valerosas y decididas.

—Es probable que huyan á la presencia de nuestros soldados.

—¡Ay, Diego, tú sabes, tan bien como yo, que no han de hacerlo así! Esos infelices perecerán antes que someterse. Ellos luchan con la desesperación que lo

hacen todos los pueblos que tratan de romper las cadenas de la esclavitud.

—De todos modos, es necesario que parta. Preferible es la muerte á la pérdida de la honra.

—¿Y nuestro hijo?

Don Diego se quedó un instante sin saber qué decir á doña Marina.

Esta comprendió que exigía demasiado de su amante, y disfrazando el dolor que experimentaba, añadió:

—Tienes razon; es necesario que partas, y no debo ser yo quien te lo impida con mis súplicas.

—Cree, amada Marina, que yo lo siento por lo menos tanto como tú; pero las circunstancias...

—Es verdad; antes que nada es preciso que cumplas con los deberes que te imponen.

—En esta campaña procuraré conquistar los laureles del guerrero, y quién sabe si, en virtud de estos hchos, mi tío será menos inexorable.

—Yo mientras rezaré por ti.

—Entonces, ¡cómo es posible que yo muera! Las oraciones de los ángeles tienen que ser escuchadas por Dios.

—Él te oiga,—exclamó doña Marina.

—No lo dudes.

Deza no podía detenerse.

En las cercanías del Albaicín se escuchaban los ecos de las trompas tocando llamada.

Por todas partes se advertía ese movimiento que antecede á la partida de un ejército.

Los moros de aquellos barrios que no habían querido tomar una parte activa en la insurrección, lo celebraban cada vez más al ver los guerreros que pasaban cubiertos con sus férreos cascos y sus brillantes cotas. Era indudable que los sublevados habían de sucumbir.

Sin embargo, ¡cuánta sangre cristiana debía derramarse antes de la victoria!

Abén-Humeya y Ferax sabían perfectamente que el hombre que había sido capaz de dictar las cláusulas de la pragmática no perdonaría nunca sus actitudes hostiles.

Era la guerra de la desesperación contra el fanatismo.

Desesperación por parte de las huestes morunas, que no habían querido sufrir el acicate de la opresión.

Fanatismo, porque los españoles iban á derramar una sangre que pertenecía á unos hombres que se apartaban en todo de sus creencias religiosas.

Don Diego comprendió que había llegado el triste momento de separarse de su amada.

Ambos se abrazaron con efusión.

Entonces no pudo contener la joven la tristeza que sentía, y prorrumpió en amargos sollozos.

Deza se sintió vacilar de nuevo.

—¡Parte, Diego; el deber te llama!—exclamó doña Marina.

Este la estrechó de nuevo entre sus brazos, y salió

de la casa después de hacerla mil cariñosas protestas.

Ya era tiempo de que llegase.

En las cercanías del Albaicín esperaba el marqués de Mondéjar.

Acompañaban á éste algunos ilustres caballeros, como su hijo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Cárdenas, don Luis de Córdoba y don Juan de Villarroel.

El marqués dejaba en Granada, para que le reemplazase en su elevado cargo, á su primogénito el conde de Tendilla.

Cuando todo estuvo preparado, el marqués dió órdenes de partir.

Aquel pequeño ejército se dirigió valerosamente hacia Padul.

Veamos entretanto lo que hacían Abén-Humeya y el alguacil mayor Abén-Ferax.

CAPITULO XLVII

CRUELDADES DE LOS MORISCOS

Mientras Humeya dictaba desde el interior de su improvisado palacio las disposiciones que debían adoptarse para recibir á las tropas del marqués de Mondéjar, el intrépido Abén-Ferax, que estaba dotado de un espíritu inquieto y sanguinario, solicitó del primero verificar con sus gentes el exterminio de los cristianos que habitaban las proximidades de aquellos sitios.

El joven Humeya, que era de mejores instintos, no quería ceder á aquellos actos de barbarie.

Sin embargo, su alguacil mayor le pintó la conveniencia de que los autorizara, con los colores más salientes.

Díjole al soberano que aquellos moradores no servirían más que para engrosar las columnas enemigas, y por lo tanto, las probabilidades de que venciesen aquéllas.

Le manifestó también que sus tropas recibirían el

estímulo de la victoria, con cuyos laureles no vacilarían más tarde en soportar las asechanzas de los cristianos.

Entonces Humeya, convencido con el peso de estas razones, le dejó en completa libertad de acción.

Apenas supo Abén-Ferax que podía acuchillar libremente á los enemigos, animó á un buen número de *monfís* para que le siguiesen, y capitaneados por él se dirigieron á las inmediaciones como una manada de hambrientos tigres.

Descendieron al valle en busca de las *tobas* ó distritos que allí existían, y empezaron á poner en práctica un espantoso degüello, acompañado de saqueos y toda clase de desmanes.

Los tranquilos moradores de aquellas localidades no esperaban semejante agresión, y procuraron huir á parajes más seguros.

Pero ya no era tiempo de verificarlo.

Allí sucumbía bajo el cuchillo enemigo el venerable anciano, como la débil mujer y la inocente criatura.

Por todas partes se divisaban montones de cadáveres y sangrientos lagos.

Los infelices huían despavoridos.

Hubo escenas verdaderamente patéticas, que no consiguieron apagar, sin embargo, los feroces instintos de aquellas hordas de salvajes.

Sorprendían á las pobres madres, muchas de ellas

con sus hijos en el regazo, y las acuchillaban bárbaramente.

Las desgraciadas imploraban por la salvación de las criaturas aun en los supremos momentos de la agonía.

Pero sus ruegos eran inútiles, y ambos corazones eran traspasados por el cuchillo del implacable morisco.

No satisfecha su fiebre de venganza, mutilaban después los cuerpos ó hacían sufrir á los prisioneros tormentos tan horribles como los que pudieran inventar los inquisidores más crueles.

Incendiaron las casas y los sembrados; en una palabra, extendieron el exterminio por donde posaron su planta.

Aquellos feroces moriscos hicieron como Atila, cuya fiereza se significaba con la fantástica versión de que no crecía la hierba donde pisaba su caballo.

Pero los que despertaban el odio más profundo en las huestes de Abén-Ferax eran los sacerdotes y frailes.

Un convento de agustinos, en donde no les permitían penetrar, lo anegaron en aceite hirviendo, y sus desgraciados moradores tuvieron que abrir las puertas.

Los pocos que no habían sucumbido ante la horrible acción del líquido abrasador, fueron despojados de sus hábitos, y los pasearon por las *tobas* completamente desnudos.

Luego entraron en los demás templos y profanaron los altares y reliquias.

Aquel era el teatro de sus mayores crímenes.

Hombre hubo que convirtió los altares en impuro

tálamo y el cáliz en copa de orgía para escanciar su vino.

Pero lo verdaderamente horrible fué lo que hicieron con el desventurado cura de Canjáyar.

Este desgraciado sacerdote se llamaba don Marcos de Soto.

Era un anciano respetable para toda la comarca, pero que había demostrado en distintas ocasiones su poca adhesión á las razas moriscas.

Abén-Ferax llamó á su puerta.

Como no obtuviera contestación alguna y les constaba que el ministro de Dios se hallaba allí, secundaron el llamamiento.

Entonces, al ver que tampoco respondía, echaron la puerta abajo y entraron en la modesta vivienda del sacerdote.

Este se hallaba haciendo oración postrado de rodillas ante la imagen del Redentor.

En seguida se apoderaron de él.

Arrancáronle las cejas y la barba, le despojaron de sus hábitos y le condujeron á un templo donde él acostumbraba á verificar el sagrado sacrificio.

Una vez allí, le ataron al púlpito y le exhortaron á que pronunciase un sermón con objeto de que despertase su hilaridad.

Al verse el sacerdote tan vergonzosamente tratado, les dirigió una mirada de odio.

Entonces mandó uno de los moros que le sacasen los ojos.

Al sentir este horrible tormento, don Marcos de So-

to lanzó su anatema contra los miserables, y éstos le arrancaron la lengua.

Su cuerpo sufrió las más espantosas mutilaciones; se le cortaron las extremidades, fué acribillado el tronco por multitud de punzantes agujas, y murió como un verdadero mártir del cristianismo.

No contentos aquellos bárbaros con lo que acababan de hacer con el venerable sacerdote, le sacaron el corazón, que sirvió de pasto á los hambrientos perros de aquellas comarcas.

Abén-Humeya supo aquellas crueldades y se decidió á evitarlas enérgicamente con sus severas órdenes, que eran más humanitarias que las de Ferax.

Sin embargo, ya habían perecido más de tres mil cristianos.

Dispuso, pues, que no pudiera darse la muerte á ninguno sin que hubiese cumplido los quince años, y esto mediante el proceso que él había de sancionar.

También excluyó á los niños y á las mujeres.

Esta conducta fué censurada agriamente por Ferax, el cual encontraba en aquellas ferocidades el medio de enriquecerse con el botin que le ofrecían las viviendas cristianas.

Cuando Humeya llegó al castillo de Laujar, se enteró de la horrible mortandad que habian hecho sus tropas, é hizo firmes propósitos de destituir de su alto cargo al alguacil mayor, reemplazándolo con su tío Abén-Jalmar.

El momento crítico se acercaba.

Las tropas de Mondéjar no podían tardar.

Las hostilidades iban á romperse.

Humeya tuvo noticias de que el marqués traía unos tres mil hombres.

Exhortó á sus vasallos, y éstos juraron morir antes que entregarse.

Entonces el rey dispuso que se hiciese una inspección por las *tobas*, con objeto de que todos los moros que allí hubiese, y que no se hubiesen presentado al grito de guerra, pasaran á engrosar las columnas de su ejército.

Estas órdenes fueron cumplidas.

En la antigua residencia de Boabdil vivía un joven.

Su existencia era muy oscura para casi todos los que habitaban la comarca.

Llamábase Alfar, y, según decían, era descendiente de los nobles Gomeles de Córdoba.

El joven, sin embargo, no había querido tomar una parte activa en la sublevación.

¿Era que desconfiaba del éxito?

¿Era que su modo de pensar no se ajustaba con los criminales excesos que habían cometido los moriscos?

Todos lo ignoraban.

Sin embargo, nadie lo atribuía á que Alfar no fuese un hombre á propósito para el combate.

Sabíase que era consumado jinete, que manejaba la lanza como pocos, y en sus reyertas particulares había acreditado que se hallaba dotado de un corazón enérgico y de un valor á toda prueba.

Cuando las huestes sublevadas pasaron á cumplir

las órdenes de Abén-Humeya, el joven se vió comprometido, y no tuve más remedio que abandonar su inacción é incorporarse á los demás.

Esto, sin embargo, se verificó bien en contra de sus deseos.

Alfar tenía sobrados motivos para permanecer en aquella quietud.

No obstante, no podía revelar en aquella ocasión los móviles que á ello le inducían.

Alfar había abrazado la religión cristiana hacía algún tiempo.

Esta conversión había sido mental, y por lo tanto no era fácil que nadie lo supiese, puesto que era poco afecto á descubrir sus inclinaciones, y, aunque había estado en Granada algunas veces, jamás recibió el agua del bautismo en la pila de San Salvador.

Tenía Alfar muchas razones para no revelar sus ideas.

Sus muchos parientes le hubieran dejado de proteger, y no quiso malquistarse con la familia.

El joven, sin embargo, no pudo negarse á las exigencias de Abén-Humeya, y partió con otros muchos retraídos á esperar las tropas del marqués.

Aunque el soberano no le conocía, desde luego comprendió en su porte que pudiera reportarle alguna utilidad, y le nombró jefe de una pequeña partida de monfís, con la cual, para probar su valor, le ordenó que saliese á la descubierta, á fin de avisarle de la proximidad de los cristianos.

Alfar montó en su brioso corcel.

Hizo promesas al soberano de fidelidad, y partió al galope seguido de unos cincuenta jinetes.

Ocuparon una de las sinuosidades de la montaña, y no tardaron mucho tiempo en descubrir la falange enemiga.

Allí venía el marqués seguido de sus nobles caballeros, entre los cuales figuraba nuestro protagonista don Diego Rodríguez de Deza.

Estos habían divisado también á los sarracenos.

Inmediatamente pusieron sus caballos al galope.

Comprendiendo las gentes de Alfar que tendrían que sucumbir al número, recurrieron á la evasiva de la fuga.

Pero el capitán, que no veía en ellos más que á sus hermanos en creencias y que conservaba en sus venas la sangre altiva de sus valerosos antepasados, no obligó á su potro cordobés á que partiese con la velocidad que las circunstancias exigían.

Sus compañeros no vieron en esto más que una temeridad inconcebible.

Se hallaban próximos á la vega.

Una descarga de mosquetería hizo que Alfar comprendiese el peligro.

Su blanco albornoz y su turbante acusaban que pertenecía á esa raza de los Humeyas que incendiaban los templos, mataba á los cristianos y hacía mil crueldades con sus sacerdotes.

Alfar no llevaba escrito en su rostro que hubiese abrazado la religión cristiana, desechando los errores de la fe muslímica.

Entonces clavó sus acicates en los ijares del potro, apelando como los demás á la fuga.

Un poco tarde era para el recurso que aceptó.

Una nueva descarga hizo que las balas silbasen junto á él.

Una de ellas había sido hábilmente dirigida, y le hirió en un costado.

No se inmutó por esto el valeroso Alfar, y redoblando sus esfuerzos para animar al noble bruto que montaba, saltando zanjas y ganando riscos, consiguió llegar al dilatado campo de la vega, hasta donde no quisieron seguirle los enemigos.

Verdad es que éstos no querían alejarse de su principal objeto, que era romper las hostilidades con el ejército de Humeya, despreciando á un solo jinete que iba dejando por donde pasaba las rojas huellas de su sangre.

Cuando Alfar advirtió que no era perseguido, detuvo á su jadeante corcel.

Este se hallaba cubierto de sudor y de espuma.

Desmontó el joven para examinar su herida.

Apenas se enfrió empezó á sentir los más horribles dolores.

Sin embargo, haciendo un vendaje con una tira de su turbante, procuró contener la sangre que brotaba de la ancha herida.

Las pérdidas de este precioso líquido habían sido demasiado grandes.

Se notaba desfallecido.

No obstante, advirtió que á alguna distancia se levantaba una columna de polvo.

Alfar creyó que sería producido por algún nuevo refuerzo de tropas que pasaban desde la ciudad á incorporarse al ejército del marqués.

No se había engañado en sus suposiciones.

El conde de Tendilla enviaba á su padre, el general Mondéjar, unos cuantos infantes que deseaban tomar una acción directa en aquella campaña religiosa.

Entonces Alfar comprendió el peligro, y haciendo un poderoso esfuerzo, montó de nuevo y partió como un rayo.

Una hora después el potro se estremeció.

Su boca estaba llena de sangrienta espuma.

Levantó su cabeza violentamente y cayó desplomado.

Alfar, que era un soberbio jinete, pudo evitar que el golpe suyo fuera grande.

Había reventado el caballo, pero se veía libre de sus enemigos.

Era de noche.

Millares de estrellas esmaltaban el firmamento.

La brisa era blanda y perfumada.

Parecía imposible que no muy lejos de aquellos tranquilos lugares pensaran los hombres en la destrucción y la guerra.

Alfar dirigió una mirada á su alrededor.

Estaba pálido como los muertes.

Creyó morir.

A poca distancia se divisaba un resplandor.

Este brotaba del interior de una casa.

Sin embargo, el joven dudaba poder acercarse á aquellos sitios, y aun de conseguirlo, no era probable que le prestasen hospitalidad.

Casi arrastrándose llegó hasta la puerta.

Una languidez espantosa le abrumaba.

Se escapó un sollozo de su pecho y cayó desplomado.

CAPITULO XLVIII

LOS DOS HERMANOS

Volvamos por un instante á doña Marina, con objeto de saber lo que esta hermosísima joven había hecho en cuanto partió su amante á las órdenes del marqués de Mondéjar.

Comprendiendo que la insurrección de los moriscos en la Alpujarra no había de concluir tan pronto como imaginaba Deza, y sabiendo también que había de ser difícil verle, había aceptado una resolución bastante expuesta.

Tenía la hermosa dama un magnífico castillo rodeado de uno de los mejores cármenes que se conocían en aquella poética ciudad, castillo que había heredado de sus ilustres antepasados.

En aquellos tiempos servía á la joven para pasar en él los calurosos rigores del estío por hallarse en uno de los más pintorescos lugares de la vega.

Cuando le hizo presente á su dueña y al anciano criado, que ya conocen nuestros lectores, que había pensado adoptar aquel castillo para su residencia durante la guerra, ambos trataron de disuadirla haciendo presente que nada ofrecía tantas seguridades como el Albaicín, supuesto que sus tranquilos moradores no habían querido tomar una acción directa en los movimientos de los rebeldes.

Añadieron también que la vega podía ser teatro de la insurrección, supuesto que ignoraban la actitud en que se encontraban los hijos de aquellas dilatadas localidades.

Todo lo que tenía de bondadosa doña Marina, tenía de terca.

No era mujer que abandonaba tan fácilmente sus propósitos, y mucho menos lo hubiese hecho en aquella ocasión.

Precisamente los peligros que le advertían eran los que ella trataba de buscar, puesto que su principal objeto era acercarse á don Diego y saber de él con más frecuencia.

Dos horas después de haberse marchado éste, doña Marina y sus fieles servidores abandonaban el Albaicín para instalarse en el castillo de la vega.

Este era verdaderamente suntuoso.

Desde sus altivas almenas se descubría un vastísimo horizonte.

El jardín era una mansión encantadora, conjunto de

preciosas flores, caprichosos arbustos y corpulentos árboles, que brindaban con su apacible sombra á la meditación ó al amor.

Doña Marina vió desde el castillo los destellos de los arreos de guerra.

Buscó entre la masa del ejército del marqués á su amante, pero su esfuerzo fué vano.

Las sombras de la noche y la distancia hicieron que los perdiese de vista.

Entonces la joven derramó amargas lágrimas junto á la ojival ventana, lo mismo que hubiera podido hacer antes de abrazar sus cristianas ideas en el fondo del harén la hermosa favorita que ve perderse en el horizonte el flotante albornoz de su enamorado dueño.

Un instante después llegaron hasta sus oídos las descargas de los mosquetes.

Doña Marina se sobrecogió.

Era indudable que había empezado la guerra.

Se escucharon otras detonaciones.

Luego reinó el más absoluto silencio.

La hermosa joven maldijo las sombras de la noche, que le impedían contemplar lo que había pasado.

¿Habría muerto don Diego?

¿Volvería con los laureles de la victoria?

Estas dos cosas había de aclararlas el tiempo.

Sin embargo, doña Marina tenía la certeza de que el tío de Deza, el implacable presidente de la chancillería, no había de consentir jamás en que se llevase á cabo su enlace con D. Diego.

Este matrimonio tendría que verificarse secreta-

mente ó prescindiendo de la enérgica resistencia del inquisidor.

Disponíase la joven á retirarse de la ventana, cuando escuchó un lejano rumor.

Este rumor era producido por el desenfrenado galope de un caballo.

Cada vez se escuchaba más próximo.

Era indudable que se aproximaba á aquellos sitios.

Un mundo de esperanzas nació en el alma afligida de la hermosa.

¿Sería Deza?

¿Se habría arrepentido de marchar con las tropas del marqués?

Sin embargo, aquellas interpretaciones no eran posibles.

Don Diego ignoraba que la joven había abandonado el Albaicín.

El jinete llegó hasta la puerta del castillo.

Entonces el caballo cayó jadeante.

Era Alfar, como nuestros lectores vieron al final del anterior capítulo.

Doña Marina, conmovida con la suerte de aquel desgraciado, descendió rápidamente la escalera.

Un instante después se hallaba junto al moro.

Su blanco alquicel estaba teñido de sangre.

Entonces se ocultó la luna.

La joven llamó á sus servidores para que le introdujesen en su morada.

Un momento después éstos se presentaron.

El anciano, que ya conocemos, hizo saber á su señorita lo mucho que se exponía introduciendo á aquel hombre en el castillo; pero doña Marina prescindió de los peligros que éste le manifestó, guiándose únicamente por sus caritativos instintos.

El herido, que había perdido el conocimiento, fué llevado á una de las habitaciones, donde los criados se encargaron de introducirle en el lecho y proceder á la primera cura hasta que acudiese un doctor.

Un instante después Alfar recuperó el sentido.

El joven dirigió á su alrededor una mirada de sorpresa.

El anciano sirviente estaba á su lado.

—¡Vive Dios, que es extraño!—exclamó el herido después de su examen.

—¿Qué os extraña?—preguntó el criado;—habéis caído con vuestro corcel á los umbrales de la puerta de mi señora, y ésta ha dado órdenes para que se os haga entrar.

—Muy noble y generosa debe ser.

—Tanto por lo menos como podáis imaginaros.

—Pero yo no debo permanecer en este sitio.

—¿Por qué?

—Porque esa dama se compromete.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y qué os respondió?

—Nada; pero no ha querido desistir de daros hospitalidad.

—¡Hermoso castillo debe ser éste, á juzgar por la estancia que ocupo!

—Es soberbio, como todos aquellos que edificaron las razas de vuestros antepasados.

—Es verdad; desde que he conseguido recuperar mis facultades, me ha extrañado su semejanza con otro que ocupé en mis primeros años.

—Extraña es la coincidencia.

—Con efecto, también aquél estaba situado en la vega.

—¿En la vega?

—Sí; rodeábale un carmen frondoso, tenía una magnífica galería y sus almenas eran inexpugnables.

—Parece que estáis haciendo la más perfecta descripción del que habitamos.

—¡Quién sabe si será el mismo!—dijo Alfar lanzando un suspiro.

—Este castillo perteneció, según me ha dicho mi señora, á los ilustres Gomeles de Córdoba.

—Entonces no cabe duda, es el propio á que me refiero.

Hubo una larga pausa y Alfar preguntó:

—¿Cómo se llama tu señora?

—Doña Marina.

—¿Es cristiana?

—Sí, señor.

—¿Y bella?

—Como los ángeles del cielo.

—Desearía conocer á la persona á quien debo la existencia.

—¿Queréis que la llame?

El herido hizo un movimiento afirmativo.

Uu instante después el criado salió de la estancia.

Doña Marina supo los deseos del enfermo.

No pudiendo negarse á lo que solicitaba, entró en la habitación.

Ambos cambiaron una rápida mirada.

—¡Fátima!—exclamó el herido.

—¡Alfar! —contestó la joven precipitándose en sus brazos.

Doña Marina y Alfar eran hermanos.

Aunque no se habían visto hacía mucho tiempo, se reconocieron en seguida.

La joven, al morir su padre, había abandonado la ciudad de Córdoba, pasando con su madre á Granada, donde tenían algunas propiedades.

Marina no tardó mucho tiempo en abandonar su religión, comprendiendo que el catolicismo se ajustaba más á sus ideas.

Sin embargo, no quiso revelar este cambio á su madre.

Cursada ésta en las doctrinas de Mahoma desde que nació, era difícil que cambiase sus creencias en los últimos años de su vida.

Una breve enfermedad la condujo á la tumba.

Entonces doña Marina recibió el agua del bautismo y abandonó su primitivo nombre.

Comprendiendo que sus parientes y amigos no ha-

bían de considerarla después de haber renegado, se decidió á permanecer en el Albaicín.

Su hermano Alfar la creyó muerta.

El prolongado silencio de la joven y la falta de noticias que de ella tuvo, eran suficientes para hacer esta suposición.

Entonces el joven vivió mucho tiempo en una de las *tobas* de la Alpujarra, donde adoptó el camino del comercio.

Sus negocios le obligaron á visitar algunas veces la ciudad de Granada; pero como no tenía la más remota idea de que su hermana estuviese allí, no pensó en cruzar por el Albaicín, donde únicamente vivían moros que no habían de apetecer los géneros que él transportaba, por tener de todos ellos con abundancia.

Además de esto ya saben nuestros lectores el recogimiento en que vivía doña Marina.

Sólo abandonaba su casa para ir á la iglesia.

Los dos hermanos se miraron con cariñoso interés.

Ambos tenían muchas cosas que decirse.

CAPITULO XLIX

LA REVELACION

—Dime que ha sido de ti durante estos años,—preguntó el herido.

—Temería fatigar tu imaginación.

—No lo creas; los hermosos recuerdos de nuestra feliz infancia serán el mejor bálsamo para que olvide mi herida.

—Ante todo debo preguntarte si sabes que nuestra madre murió.

—Lo supe por un mercader que fué desde el Albaicín á una de las *tobas* de la Alpujarra, donde yo residía.

—Muerta ella, pensé buscarte por ser la persona con quien me une nn parentesco más cercano.

—¿Y cómo no lo hiciste?

Marina estaba perpleja en responder.

—Mira, Alfar,—le dijo pasados algunos momentos, —no me atrevo á confesarte lo que hice.

—¿Acaso te casaste?

—No.

—¿Tuviste algún amante?

—Tampoco.

—Entonces ¿cómo has vivido sola sin buscar el calor de la familia?

—Temía, con sobrada razón, que ésta me despreciase.

—Según eso ¿has manchado tu nombre?

—Quizá en vuestro concepto, pero no en el mío.

Alfar no comprendía una sola palabra de las que pronunciaba su hermana, y la rogó que se expresase con mayor claridad.

Marina, venciendo su repugnancia, continuó:

—Una hermosa mañana de primavera salí del Albaicín con mi antigua criada.

El cielo estaba azul.

El sol enviaba á la tierra sus hermosos rayos.

De pronto llegaron hasta mis oídos los ecos de la campana de San Salvador.

Un sentimiento de curiosidad me hizo realizar un deseo.

Entraban fervorosamente los cristianos por el pórtico del templo.

Todos se descubrían.

La puerta estaba entornada y permitía que desde fuera se divisasen las muchas luces que alumbraban el altar mayor.

Sé que has de censurar mi conducta, pero no por eso dejaré de decirte que entré en el templo.

Un sacerdote explicaba desde el púlpito los hechos más culminantes de la vida del Redentor del mundo.

Su palabra era elocuente.

Llegaba hasta mí como la palabra del verdadero Dios.

Cuando volví á mi casa, mi madre me notó triste.

La fe cristiana había penetrado en mi alma como penetra el bálsamo en una herida.

Desde entonces fuí diariamente á la iglesia.

Abjuré de mis errores y me hice cristiana.

Marina vió con sorpresa que su hermano no la reprendió.

Por el contrario, clavó en ella sus negros ojos, y la dijo:

—¡Extraña coincidencia; mientras tú buscabas un consuelo en la religión de Jesucristo, yo hacía lo propio, aunque de una manera menos ostensible!

Doña Marina celebró aquella coincidencia.

—Cuando murió nuestra madre,—prosiguió,—me decidí á ver á un venerable sacerdote, que me ilustró con sus prudentes consejos, y abandonando mi primitivo nombre de Fátima, recibí con el agua del bautismo el que hoy llevo.

—Yo no he podido hacer lo propio. He abrazado la religión del cristianismo, pero sin demostrarlo á la faz del mundo.

—¿Por qué?

—Temía las murmuraciones de mis antiguos compañeros.

—Poco significa eso cuando se trata de la verdadera fe.

—Y luego ¿qué has hecho?

—Muerta nuestra madre, he vivido hasta hace pocos meses en el mayor recogimiento.

—¿Hasta hace pocos meses?

—Sí,—respondió suspirando la hermosa joven.

Alfar comprendió que su hermana iba á hablarle de algunos amores.

No se había engañado.

Sin embargo, al ver que Marina dudaba en seguir, la rogó que no le ocultase nada.

Bajo la influencia de estas palabras, continuó:

—Hace algún tiempo que he conocido á un joven llamado don Diego Rodríguez de Deza.

—¿Es acaso pariente del obispo encargado de la chancillería?

—Desgraciadamente es sobrino suyo.

Don Diego me habló de amores, y no queriendo yo aceptarlos, busqué los medios de esquivar su presencia.

No obstante, mis desdenes no sirvieron más que para encender la llama de su volcánica pasión.

Me asediaba con sus súplicas; yo era completamente libre, él un apuesto caballero, y llegó un día en que comprendí que también le amaba.

Entonces le recibí en mi casa del Albaicín.

—¿Siendo cristiana como lo eras, ya no tendría don Diego inconveniente en santificar vuestros amores?

—Tal me dijo, y desde entonces nuestra existencia fué una cadena de doradas ilusiones é indescriptibles alegrías.

Sé muy bien que has de censurar enérgicamente lo que voy á confesarte, pero no quiero que mis labios te oculten nada.

Los dos éramos jóvenes, los dos estábamos enamorados y nuestra libertad no tenía límites.

Llegó un día en que comprendí que estaba en cinta.

En las pupilas de Alfar brilló un relámpago.

Moros ó cristianos, siempre habían pertenecido á la más esclarecida nobleza.

Aquella mancha era quizás la única que había en su familia.

—No me desprecies,—continuó doña Marina;—yo le amaba con todo mi corazón.

—¿Piensa don Diego de Deza poner á salvo tu honra?

—Sí.

—Entonces ¿por qué no os habéis unido ya?

—Porque su tío se ha opuesto terminantemente.

—¡Ah, el inquisidor! ¡Estos representantes del Santo Oficio son los únicos que me hacen vacilar en la fe cristiana! Sin embargo, si Deza te ama, sacudirá su yugo.

—Eso iba á hacer, pero el obispo ha buscado un medio para evitarlo por el pronto.

—¿Cuál?

—Ha interpuesto toda su influencia con el marqués de Mondéjar para que éste reclame los servicios de su sobrino.

—¿Y ha partido?

—¿Qué había de hacer?

—No exponerte á la deshonra, como lo ha hecho.

—Comprende, Alfar, que no podía negarse á seguir á las tropas. Esto hubiera sido peligroso para su buen nombre.

—Mal enemigo tienes.

—¿Qué daño puede hacerme el obispo?

—¿Olvidas que es el presidente de la cancillería, y que dispone á su albedrío de los calabozos de la Inquisición?

Doña Marina sintió un estremecimiento.

Sin embargo, recuperó en seguida su tranquilidad.

No creía que el presidente fuera tan infame que se atreviera á atentar contra su inocencia.

Al propio tiempo confiaba en el apoyo que la prestase su amante.

Alfar, más escéptico ó más conocedor del mundo que su hermana, se dispuso á darla un consejo.

—Si don Diego te ama, como dices, lo mejor que debéis hacer es casaros sin que lo sepa su tío.

—Ese matrimonio sería muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque siendo él el primer ministro de la religión que hay en Granada, ningún sacerdote se atrevería á exponerse á su enojo.

Las razones de doña Marina eran poderosas, y no dejaron de pesar en el ánimo de Alfar.

—Hay otro prelado tan influyente como él.

—¿Espinosa?

—Sí.

—Ambos están unidos por los lazos de la amistad más sincera.

—En ese caso, ya comprenderás que yo he de tomar una acción muy directa en este asunto.

—¿Qué piensas hacer?

—Tan pronto como esté restablecido y termine la insurrección, hablaré con don Diego.

—Don Diego está en la mejor actitud.

—Lo celebro, pues en ese caso encontraremos la manera de verificar la alianza que reclama tu nombre.

—¿Y si te convencieses de que tus esfuerzos eran infructuosos, á pesar de sus buenos deseos y su caballerosidad?

—Entonces acudiría hasta el mismo prelado de la diócesis.

—Harías mal; es un espíritu indomable.

—¿En qué se funda para tener semejante repugnancia á que se verifique la boda?

—Se funda en que soy cristiana nueva y en que no he abjurado de mis falsas creencias hasta hace poco tiempo.

—Quizás es él menos cristiano que tú.

—Dicen que por lo demás es un santo varón.

—No lo creas; no puede llamarse santo el hombre que atormenta á sus semejantes en las mazmorras del Santo Oficio.

—Veo que todavía conservas ideas paganas.

—No, yo creo que el Redentor del mundo se hizo hombre para sufrir horribles tormentos, para lavar las

culpas de la humanidad; pero Jesucristo no quiso hacer que padeciesen los otros. En cambio esos crueles inquisidores piensan torpemente al imaginar que con ajenos sacrificios hacen méritos á los ojos de Dios.

—Me parece más oportuno que hables con don Diego.

—Así lo haré, puesto que existen medios para que se una á ti. En último caso, puede abandonar su residencia.

—¿Crees que la guerra dure mucho?

—No; pero tampoco creo que sea tan pasajera como imagina el marqués. Esos hombres sostienen una lucha definitiva de vida ó muerte.

—Los desgraciados obtendrán la última.

—Desde luego, pero venderán cara la existencia.

—¿Y cómo has sido herido?

—Comprendo que, después de lo que te he dicho respecto á mi cambio de religión, te sorprenda verme tomando una parte activa en la guerra,—dijo Alfar.

Entonces explicó á doña Marina cómo había tenido necesidad de abandonar la tranquila taha en que moraba, por orden de Aben Humeya, que no quería brazos ociosos.

La hermosa joven sintió mucho aquella circunstancia que ponía á su hermano en graves peligros.

Es necesario que salgas de esta habitación y te instales en otra del castillo.

—¿Qué más da?—preguntó Alfar.

—Caso de que alguien te hubiese visto cuando mis servidores te introdujeron, sus esfuerzos por hallarte

serían infructuosos. Es una habitación la que te destino imposible de hallar, á menos que se tenga un profundo conocimiento de la casa.

Doña Marina dió órdenes á los criados para que condujesen á Alfar adonde le había indicado.

Un momento después el enfermo había cambiado de estancia.

Esta traslación y la mucha sangre que había perdido hicieron que se encontrase más grave.

Entonces doña Marina no quiso fatigarle con sus palabras y se retiró.

La joven estaba inquieta.

Un vago presentimiento le advertía alguna nueva desgracia.

No pudiendo conciliar el sueño, se asomó á la ventana de su dormitorio.

La noche estaba hermosa.

Era una de esas noches que sólo se gozan en las hermosas comarcas andaluzas.

CAPITULO L

UNA PRISIÓN ARBITRARIA

Los inquisidores Espinosa y Deza, que estaban dispuestos á cumplir la pragmática de Felipe II, á pesar de la rebelión que estalló en la Alpujarra, no solamente desarmaron á los moros del Albaicín é hicieron que sus hijos asistiesen á las escuelas cristianas, desposeyéndoles de sus antiguos trajes, sino que se excedieron en el cumplimiento de las cláusulas de la nueva ley.

Todos los sospechosos fueron expulsados de la ciudad, los unos saliendo desterrados á lejanas comarcas y los otros para miserables cautiverios.

Estos infelices fueron sorprendidos cuando estaban tranquilamente en sus viviendas lejos de pensar en los horrores de la insurrección.

El tribunal del Santo Oficio era el llamado á designar los herejes perjudiciales.

Excusado es decir que el obispo don Pedro de Deza no olvidó consignar la casa del Albaicín en que había morado doña Marina.

De este modo conseguía el prelado que aun cuando la guerra fuese sofocada, su sobrino no encontrase á la mujer con quien pensaba enlazarse.

Los moros del Albaicín sufrieron con paciencia aquella nueva vejación.

Aquellos que quedaron libres del destierro vieron que los alguaciles llamaban en la casa de doña Marina, y se apresuraron á manifestarles que la hermosa dama había partido para su carmen situado en la vega.

Cuando estos funcionarios dieron cuenta al obispo del cumplimiento de sus deberes, no dejaron de consignarle que no habían preso á doña Marina por haber abandonado su residencia.

Entonces don Pedro de Deza les dirigió las más severas reprensiones, manifestándoles que á los herejes se les perseguía hasta donde se hallasen.

Uno de ellos, que conocía á la hermosa joven, se permitió decirle que doña Marina debía ser buena cristiana, pues él la había visto entrar en el templo en más de una ocasión; á lo que respondió el de Deza que mal podía haber abrazado el cristianismo la mujer que moraba entre los renegados, sin haberse separado un instante de sus antiguos usos orientales.

Entonces mandó llamar á don Fernando de Lara, capitán del ejército de Felipe II, que había quedado en la escasa guarnición para la defensa de la ciudad.

Este don Fernando descendía de una ilustre familia y había acreditado su valor á pesar de su juventud.

El inquisidor le manifestó que en la vega se había refugiado una renegada, cuya astucia y malos instintos pudieran ser muy perjudiciales al cristianismo, y que era necesario que se apoderase de ella, conduciéndola á las prisiones de la Alhambra.

El de Lara creyó al inquisidor, y comprendiendo que aquel servicio obtendría su recompensa, se decidió á pasar á la vega con una partida de soldados.

Aquel hombre era ambicioso y sabía las buenas amistades que mediaban entre Felipe II y el de Deza.

Inmediatamente salió en busca de doña Marina, á pesar de lo avanzado de la hora.

Doña Marina, que estaba á la ventana admirando la hermosura de la noche, vió que se acercaba un grupo de soldados.

No pudo sospechar que éstos venían en su persecución; pero cuando vió que se detenían junto á su puerta, su corazón latió como si quisiera salirse de su pecho.

Entonces pensó la joven que se habían enterado de la hospitalidad que había dado á su hermano Alfar, y convencida de que no habían de hallarle, aunque procediesen al más escrupuloso registro, dió órdenes á su viejo criado de que no hiciera resistencia en dejarles pasar.

Un momento después, uno de los soldados llamó á la puerta.

El sirviente preguntó quién era.

—Abrid en nombre del rey,—respondió Lara con acento varonil.

La puerta giró pesadamente sobre sus goznes.

Entonces preguntaron por doña Marina.

Sorprendidos todos los de la casa al ver que no lo hacían por Alfar, el sirviente condujo á Lara á las habitaciones de su señora, mientras los soldados se quedaron en el portón para que nadie pudiese salir.

Un momento después, el capitán estaba en presencia de la dama.

Quitóse cortésmente el sombrero y la preguntó si era doña Marina.

—La misma,—respondió la joven.

—En ese caso tengo que comunicaros una mala nueva.

La dama, creyendo que había pasado alguna cosa á su amante, se puso en pie, y acercándose al capitán, le rogó que la hablase con franqueza.

—¿Conocéis la pragmática de nuestro rey y señor?—preguntó Lara.

—He oído hablar de ella, pero no la he leído.

—¿Que no la habéis leído?

—No, señor; yo no tenía necesidad de hacerlo, puesto que sólo se relaciona con los moros.

—¿Acaso no lo sois vos?

—He nacido en Córdoba, y con efecto desciendo de los antiguos Gomeles; pero ya sabréis que he abjurado de mi religión para abrazar la cristiana.

El de Lara creyó que la joven apelaba á aquel pre-

texto para librarse de las persecuciones del tribunal.

La hermosura de aquella mujer le conmovía, pero no dudó un instante en cumplir las órdenes que había recibido del inquisidor Deza.

—Señora,—murmuró después de un instante,—yo siento mucho tener que deciros lo que aquí me trae; pero, como buen soldado y adicto á mi rey, no puedo menos de cumplir con mi obligación.

—Y bien, ¿qué queréis?

—He recibido órdenes terminantes para reduciros á prisión.

Al escuchar aquellas palabras, doña Marina lanzó un grito.

Sin embargo, procuró dominar su sorpresa, y creyendo que el capitán se equivocaba, le dijo con orgullo:

—Caballero, no es posible que hayáis recibido semejantes órdenes.

—Os lo juro por lo más sagrado.

—Os digo que estáis en un error. ¿Qué motivos habían de tener para una arbitrariedad como esa?

—Aseguran que sois una persona que puede hacer daño á la sagrada causa del cristianismo.

—Ya os he dicho que soy cristiana.

—Pero no es bastante con que vos lo aseguréis.

—Para un caballero digno y honrado debía bastar.

Ofendido don Fernando con la respuesta de doña Marina, trató de abreviar aquella escena, y la dijo:

—Seáis católica ó mahometana, es cosa que no me corresponde á mí saber. Yo sólo trato de cumplir las

órdenes que me han dado, y os ruego que las acatéis antes de obligarme á que emplee la fuerza.

Doña Marina lanzó al de Lara una mirada de odio, y prosiguió inmóvil.

Entonces el capitán se asomó á la ojiva y dijo á sus soldados que subiesen.

Cuando la joven escuchó los pasos de éstos, sintió que una ola de sangre subía á su cabeza, y cayó desplomada sobre un diván.

Entonces don Fernando la tomó en sus brazos.

Aunque el viejo criado de doña Marina aseguró á los enviados del inquisidor que aquello era una infamia y que su señora era inocente, Lara no quiso escucharle, y salieron del castillo con la hermosa dama, conduciéndola interinamente á una de las prisiones de la Inquisición.

Alfar no pudo enterarse de nada, porque ocupaba una de las habitaciones más lejanas de las de la joven.

Seguro es que, de no haber sido así, herido y todo, hubiese tomado una acción directa en defensa de doña Marina

El inquisidor supo por Lara que se habían cumplido sus órdenes.

No eran los deseos de don Pedro de Deza arrebatar la vida á aquella desgraciada, pero sí quería alejarla de Granada para cuando volviese su enamorado sobrino.

Con este objeto se propuso enviarla á Marruecos en el primer buque que se diese á la vela hacia aquel punto del Africa.

Doña Marina, la hermosa joven acostumbrada á vivir en los magníficos palacios de sus opulentos abuelos, la mujer que no había renunciado al lujo incomparable de los países de Oriente, donde todo es seda y pedrería, se vió encerrada en un oscuro calabozo.

Este era un reducido local que sólo recibía luz por una elevada claraboya, abierta junto al techo y guarnecida de poderosas barras.

Sus paredes, ennegrecidas por la humedad, presentaban anchas grietas, que acusarían ruina á no ser por el extraordinario espesor del muro.

Junto á un poste de granito se veían los gruesos eslabones que formaban una cadena.

Un miserable colchón y una mala manta constituían el lecho de aquella hermosísima mujer.

Una mesa de pino y una silla eran todo el mobiliario de aquella lóbrega mansión.

El frío que allí reinaba se esparció por el alma de doña Marina.

¿Cómo podría acostumbrarse á morar allí?

Su tristeza no tenía límites.

Allí apenas se atrevían á entrar los rayos del sol.

Sólo se escuchaban los rezos de los presos, el ruido de sus pesadas cadenas y los ayes de los infelices sujetos á la tortura.

Así permaneció la joven muy cerca de un mes.

Aunque su hermano Alfar se sintió restablecido, saliendo del castillo de la vega antes de que la herida

concluyese de cicatrizarse, aunque hizo grandes esfuerzos para saber el paradero de Marina, todos fueron inútiles.

Cuando algún desgraciado entraba en aquellas oscuras mazmorras de la Inquisición, era difícil, si no imposible, volverle á ver.

En vano buscó al capitán que la había arrancado de su propio hogar.

Ignoraba su nombre, y el criado de doña Marina no era fácil que le encontrase, pues á los pocos días de cumplir las órdenes del obispo salió con sus soldados hacia la Alpujarra, donde los *monfís* no dejaban de verter sangre española.

Alfar pensó que el único que podía darle datos sobre el paradero de su hermana era el presidente de la chancillería, pero comprendió el grave compromiso en que se colocaba al dirigirse á él.

Esto es lo que menos hubiese preocupado su ánimo, si hubiese adquirido la certeza de salvar á la joven; pero pensó, y con razón, que el miserable don Pedro de Deza no dejaría de condenarle á duro cautiverio, en cuyo caso estaba más imposibilitado para encontrarla y para vengarse.

Doña Marina no parecía la misma.

Su frente estaba pálida, y sus radiantes ojos habían perdido el hermoso fuego que los animaba.

Sólo veía al carcelero, hombre entrado en años, é inflexible, por lo tanto, ante las súplicas de una mujer hermosa.

Una noche doña Marina se notó enferma.

Un copioso sudor bañaba su frente.

La joven iba á ser madre.

Postrada en su mezquino colchón, y con los ojos inundados de lágrimas, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío, todo lo sufriré con calma, pero qué será de esta desgraciada criatura!

Dos horas después había dado á luz un hermoso niño.

Desde entonces la pobre madre no pensó en sus sufrimientos, acordándose únicamente del porvenir que aguardaría á su hijo.

El de Deza supo por el carcelero lo que había ocurrido, y se decidió á que doña Marina saliese del calabozo lo antes posible, con objeto de que su sobrino don Diego no pudiese hallarla.

Con efecto, algunos días después la joven, con su hijo y un considerable número de cautivos, salió de Granada, y en el puerto más próximo se embarcó en una galera que partiría directamente hacia Marruecos.

Doña Marina dió al carcelero una carta para su amante, recompensándole con largueza.

Sin embargo, la joven no obtuvo contestación, á pesar de los términos desesperados en que había sido escrita la misiva.

Es indudable que el miserable guardián del calabozo no quiso hacerla llegar á su destino.

CAPITULO LI

UN CORAZÓN DE HIENA

Los infelices pasajeros se encontraron hacinados en la galera sin distinción de edades ni sexos.

Su transporte sólo era comparable al de esos desventurados negros que conducían los buques mercantes desde la costa occidental de Africa á las septentrionales de la América.

Doña Marina, con su hijo en los brazos, se halló en presencia de aquellos pobres cautivos, que no habían hecho más daño que conservar su primitivo traje y profesar las ideas que sus mayores les enseñaron en la cuna como medios de salvar sus almas y contener sus malas pasiones.

Llamábase el capitán de la galera don Pedro de Hernández, y era un hombre de unos cuarenta años, cuyos cabellos empezaban á blanquear.

Desde su infancia había escuchado el arrullo de las

olas ó los silbidos del viento, y aquella vida monótona y sembrada de peligros le hizo escéptico, no esperando ni en un castigo ni en una recompensa después de la muerte.

Don Pedro de Hernández gustaba mucho de las bebidas espirituosas, y esto hacía que su imaginación sufriese frecuentes extravíos, que pagaban los tripulantes y á veces los pasajeros que iban á bordo de su embarcación.

Este capitán, que, por mantener la austera disciplina de á bordo, se había visto privado de amorosas relaciones en largos períodos de su existencia, vió con detenimiento el embarque de los cautivos, y al descubrir entre ellos á doña Marina no pudo menos de sorprenderse de su hermosura y elegancia.

Pensó desde luego en declararse á la joven y conseguir su posesión, bien fuese con las dulces palabras que la dirigiese ó con la más horrible violencia, si éstas no daban el resultado que apetecía.

La galera levó el ancla y sus velas hincháronse impulsadas por un viento favorable.

Los cautivos permanecieron en los sollados ó en sus reducidas cámaras, pues aunque era imposible que trataran de apelar á la fuga, la cubierta estaba destinada únicamente al capitán y los marineros que tenían que maniobrar en ella.

A pesar de esto, Pedro de Hernández concedió á doña Marina el derecho de subir cuando quisiese, derecho que la joven no supo á qué atribuir, pero que aceptó con júbilo.

Siempre con su niño en los brazos, paseaba algunas veces la joven desde popa á proa, ó se detenía en las muras para contemplar las espumosas ondas, que bien partían hacia las playas andaluzas, que ella acababa de abandonar quizá para siempre, ó se deslizaban hacia las costas septentrionales de la zona africana.

Una hermosa noche en que la joven no podía conciliar el sueño, abandonó su camarote y subió á la cubierta.

La luna rielaba en el mar.

Multitud de estrellas esmaltaban la celeste bóveda.

La brisa era suave.

Deslizábase la galera por las aguas como el esbelto cisne por la tranquila superficie de un estanque.

Su hijo sonreía.

La desventurada madre formaba mil pensamientos sobre su porvenir.

En Marruecos, límite de su viaje, tenía algunos parientes, entre ellos un hermano de su difunto padre; pero éste era un hombre muy ferviente en la religión mahometana.

Caso de que doña Marina no sufriese los rigores de la prisión, limitándose el inquisidor Deza al castigo del destierro, la joven no tenía en aquella localidad á otra persona á quien recurrir que al hermano de su padre.

Esto preocupaba á doña Marina, porque para vivir con aquel hombre tenía que hacer una escrupulosa

ocultación de sus sentimientos religiosos y hasta negar el nombre del padre de su hijo.

Aun aceptando este camino, la joven temía que supiesen que había renegado de sus primeras creencias, lo que no era difícil, pues un amigo de su madre, después de muerta ésta, había sabido que era cristiana; y temiendo que el implacable y severo Felipe II tratara algún día de reprimir á los moros, como efectivamente lo hizo con su pragmática, había abandonado su residencia de Granada, pasando á Marruecos, donde no llegaba el poder del rey.

Estos tristes pensamientos cruzaban por la imaginación de doña Marina, cuando vió que un hombre se colocaba á su lado.

Aquel hombre era don Pedro de Hernández, el capitán de la galera.

Viendo doña Marina aquella familiaridad, trató de retirarse; pero el capitán la dijo que deseaba hablarla de un importante asunto.

Creyendo la joven que podía serle útil aquella amistad, volvió al sitio que había abandonado.

—¿Qué queréis?—le preguntó.

—Ya habréis conocido por la conducta que con vos he observado que os diferencio de los demás cautivos.

—Lo he conocido, y os doy por ello las más expresivas gracias, no tanto por mí como por esta pobre criatura.

—¿Es vuestro hijo?

Al escuchar esta pregunta, las mejillas de la joven se cubrieron de un vivísimo carmín.

Sin embargo, no pensó un instante en ocultar la verdad y respondió afirmativamente.

—¿Y su padre?—siguió preguntando el capitán.

—Su padre está en la guerra.

—¿Es alguno de los caudillos moros?

—No, es cristiano.

—¿Y cómo siendo cristiano no habéis aceptado su religión?

—¿Quién os ha dicho que así sea?

—Desde el momento que os envían á Marruecos se comprende que pertenecéis á la secta mahometana.

—Así parece que debía ser, pero sucede todo lo contrario.

—¿Y quién es el hombre que se ha atrevido á hacer que sufráis semejante vejación?

—Un capitán cuyo nombre ignoro, pero cuya fisonomía no se borrará jamas de mi memoria.

—Pudierais haber apelado á la chancillería.

—Todo hubiera sido inútil.

—¿Por qué?

—Porque el inquisidor Espinosa está dominado por el presidente, el obispo Deza, y quizá es éste mi enemigo más mortal.

—Mal enemigo tenéis en ese caso.

—Lo sé; pero tengo confianza en que llegue un día en que todos sus esfuerzos sean vanos.

Hernández se quedó pensativo algunos momentos, y después respondió:

—Ese día puede haber llegado si vos queréis.

Doña Marina no comprendió aquellas palabras.

El capitán, que se hallaba bajo la influencia de la hermosura de aquella mujer, decidió aprovechar sus tristes circunstancias, y la dijo:

—Veo que no me comprendéis.

—Con efecto, ignoro lo que me habéis querido decir.

—Pues os repito que con una sola frase que digáis es suficiente para que el prelado de la diócesis vea desvanecidos sus proyectos de venganza.

—¿Qué frase es esa?—preguntó doña Marina, que vió en lontananza el ideal de sus ilusiones.

Hernández dudó un instante en responder.

Nada nos inspira más respeto que la presencia de una mujer digna.

Sin embargo, pensó en las circunstancias en que ésta se hallaba.

El era la primera entidad de la galera y ella una pobre cautiva que tenía que someterse al destierro, quizá por toda su existencia.

Hernández fijó en la joven sus ardientes ojos, y la dijo:

—Lo que voy á proponeros es muy grave para mí, pero acepto la responsabilidad.

La joven escuchó con interés.

El capitán prosiguió:

—El obispo don Pedro de Deza está dotado de uno de esos caracteres enérgicos tenaces; además goza del directo favor de nuestro monarca, como ya sabéis.

—Por desgracia mía, conozco que es cierto cuanto me decís.

—Yo me comprometo á conduciros de nuevo á Granada, donde viviréis oculta hasta que las circunstancias varíen.

—Pero eso envuelve una inmensa responsabilidad para vos,—exclamó doña Marina, siempre dispuesta á sacrificarse antes que atentar al bien ajeno.

—Es verdad; por lo menos sería destituído de mi cargo ó pasado por las armas al demostrarse mi rebeldía.

—¿Y cómo sin conocerme queréis exponeros á semejantes peligros?

—Porque os amo,—contestó Hernández apasionadamente.

El capitán buscaba los medios de conmover á la joven.

Por lo demás, hubiera sido difícil que cumpliese la palabra que la había dado.

Sorprendida doña Marina con aquella contestación, quedó silenciosa.

Hernández fué el primero que entabló el diálogo de nuevo.

—En vuestras manos está vuestro porvenir y el mío.

La joven entonces, repuesta de la sorpresa que había experimentado, repuso:

—Caballero, yo creo que el amor es un sentimiento demasiado grande para que pueda advertirse en el alma con tanta precipitación como decís que ha despertado en la vuestra.

—En presencia de vuestra hermosura, es natural que así suceda.

—Ya comprenderéis al ver á mi hijo que yo adoro á otro hombre.

—Sin embargo, ese hombre no os ama á vos.

—¿Por qué?

—Porque hubiese evitado que os condujeran á un vergonzoso destierro.

—Ya os he dicho que se halla en la guerra y que ignora mi triste suerte.

El capitán insistió todavía, pero todas sus palabras y promesas fueron inútiles.

Entonces Hernández se decidió á quitarse la máscara de nobleza y generosidad con que encubría sus impuros deseos, y formó el propósito de conseguir la posesión de aquella mujer por otros medios.

Desde aquel día la prohibió terminantemente que gozase de la libertad de subir á la cubierta.

Doña Marina no trató de oponerse á ello, y permaneció con los demás cautivos.

Como nada incita á los hombres al deseo tanto como las dificultades que surgen para realizarlos, Hernández, que al principio no sentía por doña Marina más que la aspiración de conseguirla y olvidarla, se creyó menospreciado en su amor propio.

Trató á la joven con dureza, pero fueron inútiles estos medios.

Una tarde llamó á la joven á su cámara.

Esta se negó á ir; pero Hernández dijo á los marineros que habían de conducirla que tenía que interrogar á la joven, cumpliendo de este modo con severas órdenes que había recibido.

Los marineros obligaron entonces á doña Marina á que abandonase su modesta cámara.

El capitán la saludó fríamente y la dijo:

—Veo que sois una mujer cuya conquista ofrece verdaderas dificultades. He pasado la existencia en la más absoluta disipación, y esta derrota sería vergonzosa para mí.

—¿Y qué me queréis decir con eso?—preguntó la joven con dignidad.

—Quiero deciros que estoy dispuesto á llevar las cosas hasta los últimos límites.

—Aunque hagáis las mayores vejaciones, nada conseguereís.

—¿Y si, en lugar de vejaciones, apelo á los medios extremos?

—Tampoco; antes perderé la vida que ser vuestra, os lo aseguro.

Entonces el capitán Hernández se aproximó bruscamente á doña Marina, que no esperaba tan rápida agresión, y con la velocidad del rayo la arrebató á su hijo que tenía en los brazos.

La pobre madre iba á precipitarse sobre aquel villano, pero éste había sacado al niño por la ventana de la cámara y lo suspendía con sus atléticos brazos sobre las olas.

Doña Marina lanzó un grito.

Tuvo impulsos de arrojarse sobre él como la leona á quien tratan de arrebatar sus cachorros; pero comprendiendo que la vida de su hijo estaba en manos de aquel hombre, prefirió apelar á los recursos de su

débil sexo, tan poderoso para los que no tengan gastadas hasta las últimas fibras de la sensibilidad.

Cayó de rodillas á les pies de aquel malvado, y juntando ambas manos en actitud suplicante, le dijo:

—¡Por Dios, caballero, ese proceder no sería digno de un hombre de honor que se tiene por buen cristiano!

Hernández no supo qué hacer.

Luchaba en aquel momento con mil encontradas ideas.

La insinuante belleza de doña Marina le volvía loco.

Por otra parte, el inocente niño se sonreía.

El capitán le tenía sujeto con una crispación nerviosa.

Sin embargo, aun procuró ahogar los pocos sentimientos generosos que restaban en aquel alma de hiena, y repitió con acento varonil:

—Sé mía y salvas á tu hijo.

—¡Nunca! —exclamó con horror la pobre madre.

Pero viendo que aquel infame se disponía á arrojar á las olas el fruto de su amor, volvió á caer de hinojos, y le dijo con voz trémula:

—¡Dejadle!... Hijo mío... No hagáis semejante crueldad.

La pobre joven no podía llorar.

En los momentos verdaderamente críticos ni ese recurso nos es dado.

Un mundo de ideas pasó por su cerebro.

Difícil era de resolver el problema que se presentaba.

Acordóse del amor y la fidelidad que había jurado á don Diego.

Pensó en el odio que Hernández la inspiraba.

Pero ante la alternativa de sacrificar al hijo de sus entrañas, se arrojó en los brazos del capitán.

Las mujeres antes que todo son madres.

Entonces el marino la entregó á su hijo.

Doña Marina cubrió su frente de besos.

La pobre criatura le extendía sus brazos blancos como la nieve.

Doña Marina rompió á llorar.

Tiempo era de que brotasen aquellas lágrimas que abrasaban su corazón.

CAPITULO LII

EN ÁFRICA

Pasados los primeros transportes que experimentó aquella madre al rescatar á su hijo de la muerte que le amenazaba, el capitán la recordó su promesa.

Esta estrechó al pobre niño entre sus brazos, dispuesta á que no se le arrebatasen de nuevo.

Doña Marina estaba resuelta á mantener una lucha con aquel infame, á pesar de la desigualdad que existía entre ella y su adversario.

Un incidente inesperado vino á evitarlo.

En la puerta de la cámara del capitán resonaron unos leves golpes.

Hernández lanzó una maldición.

Sin embargo, no podía negar que se encontraba allí.

Aplazó la conquista de la joven, y sentándose delante de su mesa dió permiso para que penetrase el que llamaba.

Este era un joven oficial á quien respetaban mucho los tripulantes por su rectitud de carácter unida á la benevolencia y afabilidad.

—¿Qué ocurre?—preguntó Hernández con ese acento brusco que caracteriza á los hombres de mar.

—Mi capitán,—respondió el interpelado,—por la parte de babor se divisa una vela.

—¿Está muy distante?

—No, muy próxima.

—¿Cómo no me habéis llamado antes?

—Porque la bruma es muy espesa y no la hemos visto hasta ahora.

—¿Creéis que la nave que tenemos á la vista sea sospechosa?

—Creo que sí.

—¿Su nacionalidad?

—No ostenta ningún pabellón

—¡Cosa extraña!

—Me parece que debe ser una galera de piratas berberiscos.

Don Pedro Hernández, al escuchar estas noticias, dirigió una codiciosa mirada á la pobre madre, que temblaba como la paloma que consigue escaparse de las sangrientas garras del milano.

Un instante después, el capitán se apoderaba de sus armas de combate y dió órdenes al oficial para que subiese á la cubierta.

Cuando estuvo solo con doña Marina, la dijo:

—¡Parece que un espíritu infernal ha venido á estorbar mis planes, ó que os halláis bajo la tutela de

un ángel bueno; sin embargo, me habéis hecho una promesa y vendré á reclamarla después que cumpla con mi deber.

Dichas estas palabras, salió de la cámara, cerrando tras sí la puerta y dejando allí á la hermosa joven.

Hernández subió á la cubierta.

El oficial que había evitado la realización de sus criminales intentos no se había equivocado.

Entre la niebla que unía el cielo y el mar como con una espesa gasa se descubría el velamen de la embarcación enemiga.

Esta era, en efecto, una de las muchas naves que los berberiscos destinaban á sus piraterías.

El capitán Hernández ordenó el zafarrancho.

No quiso, sin embargo, aceptar el abordaje que los enemigos parecían solicitar, y cuando estuvieron á una distancia conveniente les envió con sus cañones una andanada de hierro.

La galera pirata se meció gallardamente sobre las ondas como esquivando aquellas bruscas insinuaciones.

Después presentó una de sus bandas y saludó á sus adversarios del mismo modo que ellos lo habían hecho.

Desde entonces se operó una de esas terribles escenas de mar.

La columna de humo que producía la pólvora envolvió las embarcaciones.

Sólo se descubrían una y otra cuando los cañones vomitaban la ardiente metralla, esparciendo una claridad semejante á la del relámpago.

Como la distancia que los separaba era muy corta, empezó también el fuego de arcabucería.

Entretanto doña Marina, que había hecho vanos esfuerzos por huir de la cámara del capitán, estaba muda de estupor.

Cada vez que escuchaba el estruendo de los cañones estrechaba á su hijo contra su corazón, como si con la débil resistencia de sus delicados brazos pudiera poner un muro que le defendiese.

La joven cerró la ventana de la cámara.

Entre sus intersticios penetraban los resplandores á través de la niebla.

De pronto se escuchó á bordo de la galera de Hernández un grito de espanto.

Doña Marina creyó que los enemigos habían penetrado á sangre y fuego al abordaje.

Sin embargo, aquella exclamación de angustia se había escapado de todos los pechos por otros motivos.

Un instante después advirtió ruido de pasos y voces.

La puerta de la cámara giró sobre sus goznes.

La joven se estremeció creyéndose en presencia de algún grave peligro.

Dos marineros conducían á un hombre.

Una palidez mortal cubría su rostro.

De su pecho brotaba sangre á borbotones.

Era don Pedro de Hernández.

El moribundo fué colocado sobre su lecho.

Dirigió una última mirada á su alrededor y vió á doña Marina.

El combate seguía.

El valeroso oficial que momentos antes había avisado al capitán, queriendo que el pabellón de España quedase victorioso, no había flaqueado por aquel accidente.

Como la tripulación era corta, los dos marineros que condujeron á Hernández recomendaron á la joven que permaneciese á su lado hasta que sucumbiera.

No era posible salvarle.

La bala había interesado uno de esos órganos esenciales para la vida.

Entonces doña Marina se olvidó en absoluto de las crueldades de aquel hombre, y dejando á su niño en un lugar donde le creía más resguardado de las balas de los piratas, se acercó al lecho del moribundo.

Éste la miró con sus ojos vidriosos, y con acento balbuciente la dijo:

—No soy digno de vuestros cuidados; yo debo morir como mueren los infames.

—No penséis en eso,—respondió la joven.

Y sacando su blanco lenzuelo, lo puso sobre la herida del capitán.

Un momento después estaba empapado en sangre.

—Es inútil,—la dijo Hernández;—todo lo que hagáis será en vano.

Luego, tomando una de las manos de la joven entre las suyas crispadas, la dijo:

—¿Me perdonáis? No quiero dejar este mundo sin que me contestéis á esta pregunta.

Por las mejillas de la joven rodaron dos lágrimas.

Entonces el capitán acercó aquella mano blanca y pequeña como la de una niña, y depositó en ella un respetuoso peso.

Luego cerró los ojos, y oprimiéndose la herida quedó inmóvil.

Había dejado de existir.

La amada de Deza rompió á llorar.

Aunque aquel hombre había sido su más encarnizado enemigo, acababa de purificarse con la muerte.

Un instante después las detonaciones cesaron.

Doña Marina dirigió una mirada hacia el mar.

Los piratas huían.

Habían sufrido considerables bajas, y su nave estaba próxima á zozobrar entre las hondas.

Entonces se advirtió sobre la cubierta de la galera que momentos antes capitaneaba el desgraciado Hernández, esas exclamaciones de alegría que siguen á la victoria.

El oficial entró en la cámara.

—¿Ha muerto?—preguntó.

—Sí,—dijo doña Marina.

—Esa es la triste misión de los navegantes.

La joven se apoderó de su hijo y se disponía á salir de la cámara, cuando el oficial la llamó.

—No lloréis,—la dijo;—después de todo, él abrigaba malos pensamientos respecto á vos.

—¿Os lo había dicho?

—Hay cosas que no necesitan decirse para comprenderse; él trataba de lisonjearos distinguiéndoos entre todos los cautivos, porque esperaba que le otorgaseis la recompensa; yo haré lo propio, aunque sin miras interesadas.

Doña Marina le dió las más expresivas gracias.

—No tenéis que dármelas,—continuó el joven;—basta miraros un momento para comprender que vuestro linaje es elevado, y que no se os debe confundir con esos pobres mercaderes que pueblan el interior de la galera.

Con efecto, el joven oficial guardó á doña Marina las consideraciones á que era acreedora.

Durante la travesía no ocurrieron más incidentes que sean dignos de mención.

Una hermosa mañana descubriéronse en el horizonte las costas de África.

Su proximidad á ellas presentaba algunas dificultades.

Los tripulantes no sabían en qué actitud serían recibidos.

Había llegado á su conocimiento que aquellas zonas prestaban su cooperación, más ó menos directa, á los moros de la Alpujarra, y la presentación de la

bandera española pudiera ser un estímulo para nuevas escaramuzas.

Sin embargo, el nuevo capitán de la galera no advirtió ningún movimiento hostil en la playa, y se decidió á fondear.

No bien había verificado esto, se divisaron varios grupos de moros.

El capitán, temiendo que le hostilizaran, mandó levantar el ancla, y se dió á la vela costeando hacia el Norte.

Cuando estuvieron á una respetuosa distancia del enemigo, desembarcaron á los desterrados, no sin sufrir algunas agresiones de los pocos mahometanos que por allí había.

Cuando la galera echó á tierra á los desterrados, enarboló el pabellón español y disparó algunos cañonazos sobre los moros que la molestaban.

En seguida desplegó sus velas, haciendo rumbo hacia las costas andaluzas.

Doña Marina no sabía qué hacer.

Ya hemos dicho que tenía en Marruecos un tío, pero éste era uno de los mahometanos más afectos á su religión.

Sin embargo, comprendiendo que éste sería el único que pudiese prestarle alguna protección en tan difíciles momentos, preguntó dónde vivía, y con su niño en los brazos emprendió el camino hacia donde le habían indicado.

Los indígenas la miraban con desconfianza durante su trayecto, viendo su traje y ademanes, que acusaban que pertenecía á esa raza que tanto odio les inspiraba.

No obstante, sabiendo que era morisca, la respetaron.

Por fin llegó á la casa de su tío.

Este era un verdadero magnate.

Vivía en su palacio en unión de sus cuatro mujeres legítimas y un considerable número de concubinas.

Llamábase Mohamet-Aleor.

Cuando doña Marina preguntó por él á uno de los eunucos destinados á su servicio, éste la hizo pasar al interior del palacio.

Un momento después la joven pasaba á las habitaciones del sibarita.

Mohamet estaba en una de esas poéticas galerías que sólo pudieron edificar el arte y el buen gusto de los arquitectos árabes.

Sus grandes ajimeces daban á un patio, en cuyo centro había una fuente, cuyo surtidor de plata producía melancólicos murmullos.

Millares de flores en caprichosos grupos la rodeaban.

Al lado de los arcos de piedra que formaban el patio crecían frondosos árboles que convidaban con su apacible sombra al descanso ó meditación.

La galería estaba cubierta de hermosos tapices.

Sobre un diván de brillante seda estaba reclinado Mohamet, mientras su hermosa favorita sostenía la cabeza de su señor en el regazo.

Otras dos mujeres esclavas le daban aire con sus abanicos de pluma.

Mohamet fumaba en su larga pipa.

Al ver á doña Marina, hizo un movimiento de sorpresa.

En seguida la reconoció.

Supo por la joven las muchas desgracias que había sufrido y las causas que la conducían á aquellos lugares.

Mohamet, que, como hemos dicho en otra ocasión, tenía noticia de que la joven había renegado, la reprendió severamente por no haber seguido las doctrinas de sus padres.

Sin embargo, no se negó á concederle hospitalidad.

Dejémosla por ahora en el palacio de su tío, y veamos entretanto lo que hacía su amante don Diego en la Alpujarra, á las órdenes del ilustre marqués de Mondéjar.

CAPITULO LIII

UNA IMPRUDENCIA TEMERARIA

Dejamos al marqués de Mondéjar y sus valerosas tropas en el Padul, lugar donde debieran romperse las hostilidades.

Con efecto, allí las avanzadas de Aben-Humeya eran de poca consideración; pero la escasez del número no debilitaba el esfuerzo de aquellos moriscos que habían de defender su causa con el valor que imprime la desesperación.

Estaban las huestes agarenas capitaneadas por Miguel de Granada el Jabá.

Entre los muchos españoles que debían tomar parte en aquella campaña, había cuatro frailes de San Francisco y cuatro jesuítas.

Estos ocho ministros de la Iglesia habían abandonado sus retirados conventos para combatir en pro de la causa cristiana.

Uno de ellos arengaba á los soldados con un crucifijo en la diestra.

Los moros, que carecían de armas de fuego, recibieron á las tropas con una lluvia de piedras.

Una de éstas, hábilmente dirigida, le dió al fraile, que cayó en tierra con la sagrada imagen.

Esta circunstancia llenó de indignación á los fervientes católicos, y arremetieron á los enemigos con tanta energía, que éstos no tardaron mucho tiempo en verse obligados á emprender la retirada.

El principal objeto del marqués de Mondéjar era evitar estas pequeñas escaramuzas, que no conseguían más que cansar sus gentes, sin extinguir con ellas la verdadera raíz de la insurrección.

Para realizar esto se decidió á marchar directamente á la Alpujarra, donde le esperaban, como ya saben nuestros lectores, Aben-Humeya y el terrible Ferax.

Si conseguían apoderarse del reyezuelo, podía asegurarse que la guerra duraría poco.

Para verificar esto era necesario pasar el puente de Tablate, el cual estaba colocado sobre un abismo.

Aben-Humeya sabía que aquel era el único punto por donde habían de atravesar.

Entonces concibió un plan estratégico.

Hizo cortar el puente y colocó en su lugar unos maderos de escasa resistencia.

El peso de dos hombres hubiera sido suficiente para que se quebrasen.

Humeya con su ejército aguardó al otro lado en la seguridad de que habían de despeñarse un buen nú-

mero de cristianos, evitando el paso de los demás.

Cuando las tropas del marqués llegaron á aquel sitio, no se les ocultaron los graves peligros que había y suspendieron su avance.

Sin embargo, pusieron en juego sus cañones, haciendo que las huestes agarenas se mantuviesen á una respetuosa distancia.

Entonces Cristóbal de Molina, uno de los frailes de que hemos hablado, se precipitó hacia el peligro, y evocando el nombre de Dios, puso la planta en aquellos inseguros tablones.

Hubo un momento de verdadera ansiedad.

El héroe podía apenas conservar el equilibrio.

Ruchinaban las frágiles maderas.

El abismo parecía esperarle.

De pronto un grito unánime se escapó de todos los pechos comprimidos por la angustia.

Fray Cristóbal de Molina acababa de pasar al otro lado.

Un instante después, otro hombre había tomado su ejemplo.

Era don Diego Rodríguez de Deza.

Animadas las tropas con aquellos rasgos heroicos, fueron pasando uno á uno por aquel puente intransitable.

La artillería continuaba impidiendo que se acercasen las tropas de Aben-Humeya.

Este se habia quedado absorto en presencia de tanto valor.

Un instante después, un pequeño número de solda-

dos atacaron á los enemigos, que huyeron á la montaña como jabalíes acosados por la jauría.

El marqués mandó que se construyese de nuevo el puente, sin lo cual era imposible el paso de la caballería y de los cañones.

En el paso de Alfajaralí perdió Aben-Humeya cuatro mil soldados.

La jornada de aquel día fué ruda y terrible.

Aquella noche el marqués mandó acampar.

Corrían por entonces los últimos días de Enero.

La nieve cubría las crestas de las montañas.

El frío era espantoso.

Don Diego de Deza dirigió una mirada hacia la ciudad del Genil.

Pensaba en doña Marina.

¡Cuán ajeno se encontraba de presumir siquiera que su desdicada amante había partido!

¿Cuándo acabaría aquella guerra?

Los moriscos se habían alejado á las primeras escaramuzas; pero ¿seguirían haciendo lo mismo?

Aun no habían encontrado las columnas mandadas por el feroz y atrevido Aben-Ferax.

Era probable que éste les ofreciese mayores resistencias.

Estas consideraciones estaba haciendo don Diego, cuando descubrió en el horizonte una pequeña tropa.

No cabía duda que eran moros.

Sus blancos alquiceles lo acreditaban.

El de Deza se apresuró á manifestar al marqués lo que acababa de descubrir.

Mondéjar abandonó en seguida su tienda.

Aquel infatigable general quería apreciar por sus propios ojos todo lo que pudiese relacionarse con la campaña.

Sin embargo, no podía temerse ningún contratiempo en aquella ocasión.

Los que se acercaban no excedían de doce hombres.

No obstante, como bien pudieran ser una avanzada que enviáse Aben-Humeya, el marqués dió órdenes para que sus gentes se pusieran sobre las armas.

Un instante después, uno de los que se aproximaban desplegó una bandera blanca.

Ya no cabía duda que su actitud era pacífica.

Entonces el general dió órdenes para que fuesen respetados.

Con efecto, los doce moros llegaron en sus briosos corceles hasta el campo enemigo.

Uno de ellos, que desde luego acreditaba en su traje pertenecer á la más elevada jerarquía, era aquel Aben-Jalmar que ya hemos presentado á nuestros lectores como tío de Humeya, en quien éste quiso hacer que recayese el cargo de alguacil mayor, en virtud de las criminales acciones de Ferax.

Iba acompañado de Aboo, el anciano á quien el reyezuelo debia su corona.

Mondéjar, que prefería una política diplomática á derramar sangre, como hemos visto desde el principio de la insurrección morisca, los escuchó atentamente.

Estos, viendo el mal resultado que habían dado sus primeras tentativas sobre el campo de batalla, trataron de entablar la paz con el cristianismo, sometiéndose á la rendición, siempre que Mondéjar intercediese con Felipe II para que no les aconteciera ningún mal.

El general les prometió que interpondría toda su valiosa influencia para conseguir este fin.

Sin embargo, como la respuesta no pudo ser tan categórica y definitiva como ellos deseasen, se volvieron á la sierra.

Aben-Aboo, que era ambicioso y tenía envidia del gran prestigio que gozaba el Jalmar con su amigo Humeya, cometió la infamia de decirle á éste las gestiones que aquél había hecho.

Entonces Humeya le hizo ir á su casa por medio del engaño y decretó su muerte.

El desventurado Jalmar, después de haber sido uno de los principales iniciadores para que le concediesen la corona, fué asesinado.

Las noticias de la entrevista que tuvieron los mahometanos con el marqués de Mondéjar llegaron, como todas las que tenían alguna importancia, á la ciudad de Granada.

El presidente, don Pedro de Deza, comentó mucho aquellos hechos. Decía por todas partes que el marqués era un hombre débil, y que la rebelión no terminaría jamás si seguía obedeciendo á sus generosos instintos.

Añadía que un buen general debía ser inexorable con sus enemigos, buscando medios estratégicos para diezmarlos, y debía prescindir de los sentimientos generosos que presidían todos los actos de su vida.

Que mucho más era conveniente adoptar este sistema cuando se trataba de unos enemigos del rey y de la religión católica.

Estas murmuraciones llegaron también á oídos del marqués, el cual no creyó jamás que el inquisidor llevase su mala inclinación hasta el rey.

Era demasiado generoso para sospechar estas vilezas.

Luego el de Mondéjar supo por uno de los capitanes que había enviado para explorar el campo, que cerca de las Guájaras, y sobre un enorme peñón, á media legua de Guájar el Alto, estaban parapetadas las huestes enemigas á las órdenes de Aben-Ferax y otro moro tan cruel como él, que se le conocía con el nombre de Marcos el Zamar.

Mondéjar quiso que sus tropas recobrasen aliento antes de emprender la titánica empresa que se proponía.

Pero mientras éste se consagraba al reposo, don Juan de Villarroel, que era uno de los caballeros más ilustres que le acompañaban, ansioso de ganar por sí solo los laureles de la victoria, animó á varios de los jóvenes que constituían la oficialidad á que le siguiesen.

Una de las personas á quienes se dirigió fué á don Diego de Deza.

Este, aunque no sintió flaquear su valor nunca des-

mentido, trató de contener los belicosos ímpetus de Villarroel.

—Tened en cuenta,—le dijo entre otras muchas razones de peso,—que el general ha de ver este movimiento con desagrado.

—No lo creáis; Mondéjar se alegrará de que hayamos tomado la iniciativa.

—¿Y si en lugar de conseguir la victoria tuviésemos la desgracia de ser derrotados?

—¿Quién piensa en semejante cosa? Me han asegurado que en el peñón no hay más de cuarenta moros, y que el acceso no es muy difícil.

—¿Conocéis las condiciones del fuerte?

—No.

—En ese caso es posible que esos cuarenta hombres sean bastantes para dar cuenta de nuestras vidas.

El de Villarroel interpretó torcidamente las palabras del de Deza; y creyendo que las dictaba el temor, trató de herirle su amor propio.

—Si vos no os encontráis en actitud de acompañarnos al asalto, estáis completamente libre de todo compromiso.

Don Diego comprendió la doble intención de la frase, y se creyó obligado á acompañar á los demás caballeros, entre los que se advertía esa sed de gloria que preside todos los actos de la juventud y de la inexperiencia.

Formado este propósito, don Juan de Villarroel, don Luis Ponce, don Agustín Venegas y don Diego Deza, seguidos de un considerable número de soldados

y de algunos otros caballeros, se pusieron en camino con dirección al Guájar Alto.

Todas aquellas operaciones se verificaron con el mayor sigilo, con objeto de que el general no advirtiese su salida.

Con efecto, al poco tiempo descubrieron un altivo peñón, cuya elevada cumbre presentaba una superficie plana.

Esta terrible fortaleza presentaba por una parte la roca cortada á pico, y por las demás una pequeña curva que casi hacía imposible el asalto.

Allí se habían acampado Aben-Ferax y el Zamar, en la certeza de que los cristianos habían de perder mucha sangre en caso de que se atrevieran á intentar acometerlos.

Sobre su cumbre, plana en el centro, pero defendida en los bordes por terribles peñascos que la servían de muralla, podían aposentarse unos cuatro mil hombres.

Sin embargo, las noticias que había recibido Villarroel eran bastante exactas.

Apenas llegaban á medio ciento los moros hábiles para el combate que allí se refugiaron, pues los demás eran ancianos decrépitos ó débiles mujeres y niños, que trataban de encontrar en aquel fuerte inexpugnable un refugio para verse libres de la esclavitud y del cautiverio.

Don Diego de Deza, aunque no era un hombre bien cursado en los asuntos militares, comprendió desde un principio que todos los esfuerzos de los cristianos se-

rían inútiles ante los obstáculos que había de presentarles aquella imponente fortaleza.

El obstinado Villarroel, fuese porque verdaderamente creyera que era posible llegar á la cumbre de sus aspiraciones, bien porque su amor propio sufriría graves lesiones al desistir del asalto después de haber comprometido á sus compañeros, empezó á escalar la montaña.

Los moros no parecían haber advertido aquel movimiento hostil.

Animados con su ejemplo y la calma que revelaba el enemigo, siguiéronle Ponce y Venegas.

Los intrépidos soldados tenían que cogerse á las retamas que por allí crecían con escasez, pues el terreno era de lo más árido que puede imaginarse.

Deza, aunque en contra de sus deseos, empezó la difícil ascensión.

La noche era obscura.

Las gigantescas moles de granito que coronaban la cúspide se descubrían, sin embargo, como titánicos fantasmas envueltos en blancas sábanas de nieve.

Era en verdad un cuadro imponente ver á aquellos aguerridos campeones, en medio de las sombras, arrastrándose por aquellas ásperas sinuosidades, como una manada de recelosos tigres que aguarda el momento crítico de lanzarse sobre la presa.

Llegaban á la mitad del monte, cuando todos los corazones latieron y de todos los labios se escapó una maldición.

Los moriscos, que habían observado aquellas ope-

raciones, lanzaron su grito de guerra, y saludaron á las tropas de Villarroel con una nutrida lluvia de piedras y algunos disparos de arcabucería.

Los españoles procuraron mantenerse en aquellos terrenos resbaladizos como mejor pudieron, y dieron fuego á las mechas de sus mosquetes y arcabuces.

Pero las balas se estrellaban inútilmente contra los muros de granito.

Don Diego tuvo necesidad de soltar las ramas á que se había sujetado.

Un enorme peñón, lanzado por los moros desde la cumbre, amenazaba arrollarle.

Afortunadamente la masa de piedra sufrió una desviación al chocar con otra roca, y cayó al abismo, llevándose por delante algunos soldados.

Como si aquellas circunstancias no fuesen suficientemente horribles para los cristianos, el implacable Aben-Ferax, que nunca se veía satisfecho de verter sangre cristiana, abandonó el fuerte, y saliendo con unos veinte *monfís,* empezó á degollar á los infelices que se hallaban más próximos á la cumbre.

El primero que sucumbió, pagando cara su temeridad, fué el desgraciado don Juan de Villarroel.

Entonces cundió por los españoles ese desaliento que sigue siempre á la muerte de un capitán.

El era, después de todo, el que representaba en aquellos instantes al de Mondéjar.

Desde la cumbre arrojaban las huestes agarenas multitud de pedriscos y calderas de aceite hirviendo, que descendían hasta el llano como torrentes de lava.

Don Diego, que tuvo la fortuna, al desasirse de la rama, de no estar á una gran altura, cayendo además en un arroyo, contemplaba aquellas terribles escenas.

Sin embargo, comprendiendo que su escasa cooperación no había de influir en la victoria, y habiendo recibido además una pequeña contusión en una pierna, que le incapacitaba para intentar subir de nuevo, vió con tristeza cómo el feroz Aben-Ferax se cebaba en aquellos desgraciados.

En el fuerte no había brazos ociosos.

Hasta las mujeres contribuían á empujar los riscos, que bajaban rodando hasta la base del monte.

Don Luis Ponce y Agustín Venegas también fueron pasados por las armas enemigas.

Este cuadro presentaban las cercanías de Guájar el Alto, cuando don Diego vió que se aproximaban las columnas del ejército del marqués de Mondéjar.

Apenas supo el general que sus compañeros habían abandonado el campamento, comprendió lo que pasaría, y se dispuso á prestarles su valiosa cooperación, aunque sintiendo mucho que no hubieran respetado sus órdenes.

Cuando Mondéjar estuvo próximo al teatro del combate, don Diego le salió al encuentro para manifestarle cuanto había ocurrido.

Mucho sintió éste la pérdida de aquellos valientes paladines, é indignado con la victoria de los moros, juró que en aquella ocasión había de tratarles de un modo muy distinto al que lo había hecho hasta entonces.

Con efecto, sin pérdida de tiempo, formó su plan de ataque.

Aben-Ferax, que estaba dotado de la astucia de la pantera, vió el considerable refuerzo que los cristianos habían recibido, y comprendiendo que sería difícil, si no imposible, seguir oponiendo resistencia, aconsejó á Zamar, su compañero, que abandonase secretamente el fuerte por el lado contrario al que ocupaban las tropas del marqués.

Esta fuga era casi imposible por las dificultades que presentaba el terreno.

Sin embargo, aprovechando las sombras de la noche, y teniendo en cuenta la agilidad é intrepidez de sus guerreros, empezaron á poner en práctica su proyecto.

En cuanto á las mujeres y los ancianos, no era posible que les siguiesen, y los dejaron entre las rocas, confiando en que el humano general los redujese á cautiverio sin arrebatarles la existencia.

A pesar de esto, Zamar no quiso exponer á esta eventualidad á su hija, preciosa joven de catorce años, y colocándola sobre sus hombros, descendió por aquellos peñascos inaccesibles para cualquiera planta que no fuese la suya.

Tan silenciosamente se operó este movimiento, que el marqués, á pesar de su pericia, no lo sospechó siquiera.

En seguida dividió sus tropas en pequeñas fracciones.

Una de éstas fué sometida al mando de don Diego.

Ninguno podía extrañar que las huestes moriscas no hicieran resistencia al principio, pues lo mismo habían hecho con las tropas de Villarroel.

Sin embargo, Mondéjar no dejó de extrañar, cuando estuvieron cerca de la cumbre, aquella inacción.

Detrás del parapeto que naturalmente habían formado los riscos, se escuchaban, no obstante, los alarmadores gritos de aquellos desgraciados que, por su ancianidad ó su sexo, no habían podido recurrir á la fuga.

Los soldados que acompañaban á don Diego fueron los primeros que entraron en la fortaleza.

¡Cuál fué su asombro al hallarse burlados!

No obstante, las tropas, que habían sido diezmadas por los herejes, y que estaban sedientas de venganza, atacaron á aquellos infelices, y un momento después corría por todas partes la sangre musulmana.

No perdonaron ni anciano, ni mujer, ni niño.

Era la horrible represalia de lo que con ellos había hecho el implacable Aben-Ferax.

Entonces, el de Mondéjar, no queriendo perder tiempo en alcanzar á los miserables moriscos que se enseñoreaban con la victoria, se dirigió con su gente hacia las asperezas de las sierras vecinas, donde, sin género de duda, habían de haber buscado un refugio los enemigos.

La persecución no fué del todo infructuosa.

El Zamar, que llevaba á su hija en los brazos, no podía ganar tanto terreno como su compañero Aben, que ya había traspuesto las cumbres vecinas.

En aquella ocasión, el tío de don Diego, el sangui-

nario inquisidor, no pudo quejarse de su templanza.

El Zamar fué muerto inmediatamente, y su hermosa hija, que suplicaba al marqués por la existende su padre, sufrió los rigores del cautiverio.

Hasta tal punto llegó la mortandad y el saqueo, que don Diego, compadecido, rogó al de Mondéjar que contuviese á los soldados; pero el marqués se mostró inexorable.

Y no era que sus instintos buenos se hubieran ensordecido por los ecos de la guerra y de la venganza, sino que deseaba demostrar al rey que él era, en ocasiones, tan indiferente al suplicio de los demás como pudieran serlo sus inquisidores de Granada.

La hija del Zamar, como todos los cautivos que milagrosamente pudieron escaparse del cuchillo enemigo, fueron enviados á Motril.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el general recibió una noticia poco satisfactoria.

Supo que Aben Humeya, desconfiando del éxito de sus empresas, había enviado á su amigo Aboo á las costas del Africa septentrional, con objeto de engrosar sus columnas con los moros de Argel y Berbería.

Con el fin de evitar el conflicto que aquello pudiera ocasionar, el general pensó seriamente en poner todos los medios para apoderarse de Aben-Humeya, y con este fin quiso saber de un modo concreto el lugar en que éste se hallaba.

Unos le aseguraron que vagaba con sus tropas por las sierras de Berchules, y otros qne estaba escondido en una caverna que había preparado Aben-Aboo.

Esta caverna no era otra que la que han visto nuestros lectores cuando coronaron al reyezuelo.

Mondéjar aceptó para buscarle esta guarida.

Quería en lo posible evitar á sus soldados una nueva escaramuza, y comprendió que era más fácil conseguir sus deseos por sorpresa.

Aceptado este plan, se dirigió hacia aquellos sitios de la Alpujarra.

CAPITULO LIV

UN NUEVO CAUDILLO

El marqués de Mondéjar, que había formado el firme propósito de que en aquella ocasión no pudiese fugarse Abén-Humeya, no quiso, sin embargo, dejar desatendidas las breñas de Sierra Nevada, donde aseguraron algunos de sus exploradores que habían visto al rey de los moros.

Con este objeto, decidió que don Diego Deza fuese con una parte del ejército á la caverna de la Alpujarra, mientras él, con el resto de los hombres, iría á la sierra con objeto de entablar la lucha ó proteger á las gentes de Deza.

Don Diego le había acreditado su valor en distintas ocasiones, y su extraordinaria adhesión á la causa del gobierno.

Dividiéronse, pues: el marqués, para dirigirse á Berchules; Deza, para la caverna de la Alpujarra.

Sigamos al segundo. Habían recomendado á éste que obrase con la mayor prudencia, en caso de adquirir seguridades de que Humeya se encontraba allí.

Con efecto, el de Deza buscó los bajos de la montaña, más fértiles, como es natural, que sus cúspides nevadas y qué habían de presentarle mejores senderos para que caminasen cautelosamente sus soldados. Para verificar esta exploración se había elegido la noche.

No tardaron mucho las tropas de Deza en descubrir una pequeña partida agarena. Estos fueron sorprendidos. Entonces don Diego se acercó al que los capitaneaba y le ordenó que dijese cuanto sabía del paradero de Humeya, en la seguridad de que si les engañaba había de pagarlo con la existencia.

El capitán morisco, mal repuesto de la sorpresa que acababa de experimentar, respondió que nada ocultaría, siempre y cuando que gestionasen su indulto con el rey de los cristianos.

Deza no tuvo inconveniente en asegurarle que así lo haría el ilustre marqués de Mondéjar, siempre dispuesto á no verter la sangre del hombre que voluntariamente solicitaba el perdón.

Entonces el capitán le dijo que Abén-Humeya estaba dormido en una caverna próxima á aquellos lugares.

Don Diego quiso también informarse del número de sarracenos que le custodiaban, y no fué pequeña su sorpresa al saber que únicamente estaba en unión de su amigo Abén-Aboo y otro corto número de caudillos moros.

Con semejante noticia no tuvo inconveniente en distraer una pequeña parte de su gente para que condujesen á los cautivos á paraje seguro, á excepción de aquel que conocía la localidad en que se hallaba el reyezuelo.

Un instante después se pusieron en marcha.

El corazón de don Diego latía con violencia.

De aquella empresa dependía quizá su porvenir.

Era indudable que la prisión de Humeya era la terminación de los disturbios moriscos y que el marqués no dejaría de participar á don Felipe II sus buenos servicios.

Como no tenía aspiraciones de seguir la carrera de las armas, solicitaría del monarca cualquier alto cargo fuera de la ciudad de Granada, y no hallándose bajo la tutela de su tío el inquisidor, ya no podría éste impedir su enlace con doña Marina.

Ignoraba el ilustre joven que el prelado no era hombre que se dejaba sorprender, y que á aquellas fechas su desgraciada amante sufría los rigores del destierro en lejanas comarcas.

Dos horas después advirtió Deza que el terreno casi era impracticable.

Las rocas presentaban ascensiones inaccesibles para la planta humana. La jara era muy espesa y de una altura que cubría á los soldados.

Sin embargo, no decayó por esto el ánimo de aquel intrépido joven.

Por último, el capitán moro que les guiaba se detuvo, y señalando una áspera roca, aseguró al de Deza que aquel era el sitio donde se ocultada Abén-Humeya.

Con efecto, el interior de la roca estaba defendido por una sólida puerta, cuyas maderas habían sido revestidas con gruesísimas barras de hierro.

El capitán aseguró que el rey debería estar en aquellos instantes consagrado al reposo.

Deza se ecercó con uno de los soldados.

Este segundo recibió órdenes para que diese unos golpes con la culata de su mosquete.

Abén Humeya, que, con efecto, estaba dormido, despertó en seguida, no dejando de extrañar aquel llamamiento.

Sin embargo, creyó que sería alguno de sus caudillos que iría á comunicarle cualquier noticia referente á la guerra.

A pesar de esto, su astucia le aconsejó que antes de abrir observarse quién era el que llamaba.

Su sorpresa fué inmensa al descubrir á los cristianos.

Comprendiendo Humeya que estaba cogido como en una trampa, y que si tardaba mucho en abrir habían de entrar violentamente, formó un plan bastante arriesgado, pero que le dió los resultados más satisfactorios.

Deza secundó el llamamiento.

Entonces Humeya abrió rápidamente la puerta, ocultándose detrás de su hoja.

Los soldados de Deza se precipitaron al interior de la extensa caverna donde dormían algunos servidores del reyezuelo.

Este, aprovechando aquellos momentos críticos de confusión, se había despojado de su alquicel, y tomó la fuga hacia las asperezas del monte.

Este hecho tan ingenioso, como conocido en los anales de la historia, le salvó de caer en manos de los enemigos.

Los cristianos buscaron con avidez á Abén-Humeya.

Los que allí descansaban no eran más que sus servidores.

Abén-Aboo tampoco se había recogido aquella noche en la caverna.

Cuando don Diego se convenció de que se le había escapado y emprendió su persecución, Humeya se había refugiado en lo más áspero de la montaña.

Deza, que, aunque no era ambicioso, hubiera deseado alcanzar la gloria de la captura del rey morisco, no sólo por la noble aspiración de todo hombre, sino por los proyectos que tenía respecto á su amada, sintió muchísimo aquella circunstancia que le había privado apoderarse de él.

Avergonzado con lo sucedido, dudó presentarse de nuevo al marqués de Mondéjar, temiendo que éste le reprendiera su falta de pericia.

Sin embargo, fué preciso abandonar aquella repugnancia, y dos días después se incorporó á las columnas

del ejército de aquél, después de haber hecho varias tentativas por encontrar al astuto mahometano.

El marqués deploró aquella circunstancia; pero en su buen criterio no dejó de comprender que había sido una de esas ideas felices que se ocurren á los hombres en los momentos más críticos de su vida y que raras veces dejan de dar los resultados más satisfactorios.

Un momento después, el infatigable general emprendió con don Diego y su ejército el camino de aquellos lugares de la Alpujarra en persecución de Abén-Humeya.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que no había detalle de la guerra, por insignificante que éste fuese, que no llegase inmediatamente, más ó menos adulterado, á oídos de los inquisidores Deza y Espinosa.

Esto no tenía, después de todo, nada de extraño, pues que en las filas del marqués habían ingresado algunos frailes que, con el crucifijo en la izquierda y el acero en la derecha, eran los primeros en censurar la conducta del de Mondéjar, enterando al prelado de la diócesis de cuanto ocurría.

La noticia de la evasión de Abén-Humeya llenó de indignación á los individuos de la chancillería, y se decidieron á manifestársela al monarca.

Sabida es la influencia que gozaba el clero con Felipe II.

Este dudó, no obstante, llamar á Mondéjar, destituyéndole de su alto cargo.

Era demasiado grave el asunto; sin embargo, como los inquisidores insistieron sobre este punto, alegando

que jamás se terminaría la rebelión, pensó seriamente en ayudar al marqués con la cooperación de su hermano bastardo don Juan de Austria.

Hízole, pues, venir con sus carabelas de Italia y sus tercios de Nápoles.

Felipe II pensó desde luego formar un consejo para que discutiese la conveniencia de que don Juan tomase una acción directa en la campaña morisca ó permaneciese en la corte, nombrando á Mondéjar miembro de este consejo con idea de no herir su susceptibilidad.

El marqués, que ya tenía trazado su plan de campaña, plan que, después de todo, había dado los mejores resultados, contestó en un pliego al monarca que podía enviar á don Juan, si le parecía conveniente, por más que, en concepto suyo, era innecesario.

Entonces el inquisidor estimuló el ánimo de Felipe II para que no dejase de enviar á su valeroso hermano, haciéndole ver al propio tiempo la conveniencia de que fuesen desterrados de Granada todos los vecinos del Albaicín, los cuales, con la larga resistencia de los moros, empezaban á sentir no haber tomado una acción directa en aquellos disturbios.

Añadía el presidente que estas demostraciones no eran más que preludios de una insurrección que envolvería graves perjuicios para la santa causa.

El rey le contestó que podía encerrar en las mazmorras inquisitoriales á los que considerara sospechosos, disponiendo á su albedrío de sus vidas en caso de acreditar su rebelión.

Esto fué suficiente para que aquel hombre implaca-

ble, que tanta odiosidad sentía por los hijos de Mahoma, formase uno de los más crueles propósitos que ha brotado en la mente humana.

Preparó entre sus secuaces un pequeño motín junto al barrio morisco.

Aquel movimiento, tan ajeno á sus moradores, fué suficiente causa para que los sepultase en el fondo de las mazmorras.

Estas se encontraron bien pronto ocupadas por los moros más opulentos.

Verificado esto, se puso de acuerdo con los soldados que habían recibido el encargo de la custodia de aquellos infelices.

Una mañana la campana de la Vela tocó á rebato.

La ciudad no pudo explicarse aquellos ecos.

Sin embargo, en las mazmorras de la Alhambra se cometía un crimen horrible.

Los soldados atacaron á los desdichados prisioneros. Estos, al ser víctimas de semejante agresión, se dispusieron á una de esas terribles luchas que aceptan los hombres en los momentos supremos.

Arrancaban los ladrillos de las paredes, que arrojaban con violencia sobre sus armados enemigos. Otros luchaban brazo á brazo. Sin embargo, tuvieron que sucumbir al número y á las armas, y entonces fueron acuchillados.

¡Aun se descubren las rojas huellas de su sangre como sello de oprobio y de crueldad!

Cuando las tropas de Abén-Humeya supieron este hecho cruel, se sintieron doblemente animadas á defender su causa.

Aunque los desventurados hijos del Albaicín no habían querido adherirse á las banderas de la insurrección, no por eso dejaban de ser unos hermanos suyos.

El inquisidor Deza se había equivocado al creer que aquella horrible matanza había de debilitar el esfuerzo de la rebelión. Por el contrario, desde aquel día engrosáronse las columnas sarracenas, y no concedieron cuartel á ninguno de los cristianos que hallaron en su camino.

Pueblo hubo que prefirió quemar sus casas y sus sembrados antes que ofrecer un botín á los enemigos.

La guerra tomaba un carácter verdaderamente serio. Don Diego de Deza veía esto con disgusto. Empezaba á convencerse de que doña Marina le había dicho la verdad al asegurarle que no sofocarían el valor de los enemigos en un plazo tan breve como él deseaba.

Cansado Felipe II de los estragos de la rebelión, no dudó un solo momento más en enviar á su hermano al teatro de la guerra.

Este se puso inmediatamente en camino hacia Granada, donde debían recibirle con los mayores festejos.

Con efecto, se construyeron arcos de triunfo, y hubo un par de días en que todos olvidaron la horrible crisis por que atravesaban.

El inquisidor quiso indicar á don Juan el camino que debía adoptar para extinguir la rebelión; pero este

joven, que estaba dotado de una absoluta independencia, si bien es verdad que le escuchó con mucha cortesía, no varió por esto el plan que se había trazado.

Tres horas después, el hermano del rey se dirigía con su ejército hacia el teatro de la guerra.

CAPITULO LV

ASESINATO DE ABÉN-HUMEYA

Don Juan de Austria era hijo natural del emperador Carlos V y de Bárbara Blomberg.

Su infancia había sido muy oscura, y nadie pudo sospechar su regia descendencia, aunque en su altivo porte y naturales rasgos se comprendía desde luego lo elevado de su cuna.

Educado por don Luis de Quijada, pasó sus primeros años en la villa de Leganés, hasta que se le trasladó á Villagarcía, bajo la tutela de la esposa de aquél, doña Magdalena de Ulloa.

El emperador, su padre, le vió muchas veces, aunque sin darle á sospechar el parentesco que entre ambos existía.

Carlos V abandonó su cetro y sus palacios por el monasterio de Yuste, y allí murió sin haber estrechado á don Juan entre sus brazos, otorgándole el nombre que merecía.

Felipe II, ó sea el heredero de la corona, era sabedor de la existencia de don Juan, y para él no era un secreto que era su hermano.

Cuando regresó de Flandes, quiso conocerle personalmente é hizo que se lo presentaran.

En una palabra, Felipe II, en el monasterio de la Espina, transcurridos algunos días, le puso al cuello el Toisón de Oro, y colocando una espada en su diestra, le declaró que la misma sangre que circulaba por sus venas era la suya, siendo ambos hijos de aquel valeroso emperador cuyas glorias habían llenado los ámbitos del mundo.

Don Juan de Austria no volvía de su asombro.

Jamás había sospechado que su nacimiento fuera tan grande y tan ilustres sus mayores.

Queriendo su hermano convencerse del valor del joven, y estando la costa africana sembrada de corsarios, que todos los días ocasionaban daños, dispuso que saliese don Juan al mando de un considerable número de galeras para ver de castigar á aquellos berberiscos

El hermano del rey, que vió en aquellas disposiciones los medios de acreditar que no desmentía lo ilustre de su raza, y de poder demostrar que servía para grandes empresas, se dirigió en seguida á una de las comarcas andaluzas, donde se embarcó.

La persecución de los piratas fué su único objeto, y para conseguirlo, tan pronto bogaba su galera en las apacibles aguas del Mediterráneo, como entre las crespas y rugientes ondas del Atlántico.

Aunque don Juan era un adolescente, cumplió sus deseos, y todos vieron en él al joven dotado de un valor sin límites y una energía á toda prueba, cualidades indispensables para la carrera de las armas.

Marchó después con sus carabelas á Italia, donde se hallaba cuando don Felipe le llamó á España con el objeto que conocen nuestros lectores.

Don Juan de Austria tenía una figura muy interesante. Sus cabellos eran rubios y azules sus ojos; pero á pesar de estas circunstancias, que suelen afeminar una fisonomía, la altiva frente de don Juan, la tenacidad de su mirada y su cuerpo erguido le prestaban rasgos varoniles que no desmentían su elevada estirpe.

Ya hemos dicho que en Granada le hicieron toda clase de regocijos.

Todos los moradores de la ciudad confiaban en que tomase una acción directa contra los rebeldes, y que éstos no tardarían mucho en desaparecer de la sierra vecina.

Don Juan no quiso tomar los consejos del inquisidor Deza, y se decidió desde luego á tener una entrevista con el marqués de Mondéjar, cuya opinión pesaba mucho más en su ánimo.

Con ese objeto, no quiso interrumpir las operaciones del general, y él mismo, con los doce mil hombres que constituían su ejército, se dirigió al campamento que ocupaban Mondéjar y don Diego.

El marqués, sorprendido de aquella visita, abando-

nó en seguida su tienda para saludarle y ofrecerle sus más respetuosos servicios.

—Ahora,—dijo don Juan,—no es el hermano del rey con quien habláis; es el capitán, que viene á pediros cuenta del estado en que se hallan los moriscos y de los incidentes de la guerra. Prescindid, pues, de una vana etiqueta, y hablemos como dos buenos soldados que tratan de unirse para que acaben los disturbios en nuestro país.

Encantó al de Mondéjar aquella familiaridad, y se dispuso á decirle cuanto había pasado, sin omitir sus proyectos de campaña, siempre bajo los auspicios de la benignidad y de la dulzura.

Don Juan no los desaprobó, pero le dijo al marqués que no necesitaban ser tan humanitarios con los rebeldes, supuesto que ellos no perdonaban vida ni hacienda.

—Yo creo,—prosiguió Mondéjar,—que existen tres caminos para libertarnos de esta plaga. Uno de ellos es hacer que se concentren en los barrios de Verja y Dalias, con lo que conseguiríamos reducirlos fácilmente. Otro es establecer grandes presidios para encerrar los cautivos, cuyos establecimientos, con objeto de no agravar los erarios del monarca, podían ser mantenidos por ellos; y de no ser así, yo me obligo á entregarlos á todos siempre que me concediesen un ejército tan poderoso como el que dirigís.

—¿De modo que creéis que con doce mil hombres se conseguirá la derrota de los moriscos?

—Creo que sí,—contestó Mondéjar.

Don Juan no necesitó más pormenores; dió orden al marqués de que permaneciese en aquellos sitios, con el doble objeto de que fueran custodiados y que sus fatigadas tropas pudiesen descansar de la campaña.

El marqués, que vió en esta disposición los deseos que abrigaba el joven de llevar á cabo por sí solo una guerra que había de colmarle de laureles, se resignó á obedecerle; pero desde aquel día dirigió cartas al rey en las que le manifestaba, si bien no de un modo claro, que deseaba volver á Granada, supuesto que don Juan se había encargado de sofocar la rebelión.

Comprendiendo Felipe II que la situación del de Mondéjar en la Alpujarra era verdaderamente enojosa, y no teniendo, por otra parte, ningún motivo de resentimiento con el bravo general, le mandó llamar.

Don Diego de Deza se creyó por un instante relevado de su compromiso; pero su tío el inquisidor, cuando supo que el marqués abandonaba el campo de batalla, comprendiendo que todavía era conveniente para el joven permanecer en la Alpujarra una temporada, que le serviría como lenitivo á su tristeza por verse alejado de doña Marina, escribió al rey suplicándole que confirmara á su sobrino el empleo de capitán.

Felipe II no tuvo inconveniente en ello, y el inquisidor recibió el nombramiento, que hizo llegar á manos de Deza con una carta suya.

En esta carta le decía terminantemente que no pensase en abandonar la Alpujarra, donde estaba su porvenir.

Añadía que su impaciencia por volver á Granada no

había de durar mucho tiempo, pues bajo las órdenes del valeroso don Juan de Austria era seguro que las huestes moriscas tendrían que entregarse.

Abén-Humeya y Ferax, que no opinaban del mismo modo, aprovecharon aquellos días de quietud que necesariamente tuvo que haber entre los cristiauos hasta que don Juan formase su plan de campaña.

Después de andar errantes por los montes, organizó el reyezuelo una columna de cinco mil moros, esperando que se uniesen á éstos los ejércitos argelinos, que ya se habían decidido á tomar una acción directa en la campaña.

Mondéjar fué nombrado virrey de Valencia, y más tarde pasó á Nápoles, no volviendo jamás á España, que le había pagado sus buenos servicios con la más negra ingratitud.

Humeya tuvo noticia de la salida del marqués, y celebró mucho los incidentes que le alejaron del teatro de la guerra.

Don Juan de Austria, por su juventud é inexperiencia, le inspiraba menos cuidado que su antecesor.

Apoderóse de los fuertes del río Almanzora, y desde estos puntos estratégicos se dispuso á recibir los ataques de don Juan.

Indudablemente hubiese podido ocasionarles mucho daño y no escasa resistencia, si no hubiera surgido uno de esos incidentes tan desfavorable para Humeya como bueno para el nuevo general.

Abén-Aboo y el Habaquí, que era otro de los capitanes de los monfíes, en unión de un tal Alguacil, á quien Humeya había robado una joven con quien pensaba desposarse, estaban descontentos con el reyezuelo y pensaron deshacerse de él.

Una noche en que el moro estaba durmiendo en el interior de la caverna, como tenía por costumbre, penetraron cautelosamente los tres enemigos.

Humeya había sostenido aquel día un rudo combate con los cristianos, y descansaba con la tranquilidad de la victoria.

Los tres adversarios se acercaron á él, como lo hace el tigre cuando va á arrojarse sobre la presa.

Cuando el desventurado Abén se dió cuenta de su persona, ya no estaba en actitud de defender su vida.

Le habían echado una cuerda al cuelllo, y tanto el agraviado Habaquí como el traidor Alguacil, tiraron de sus extremos hasta estrangularle.

Abén-Aboo, que un día era tan amigo suyo y que fué el primero en dar su voto para que le nombrasen rey, contempló impasible aquella horrible escena.

Es verdad que los impulsos de la ambición empezaban á dominarle.

No se había engañado al creer que muerto Humeya se elevaría.

Todos los caudillos le proclamaron soberano de aquellas comarcas, y Abén-Aboo puso un lema en su bandera que decía: "No pude hacer menos ni ambicionar más.„

Con efecto, él no había tomado parte en el homici-

dio, ni sus aspiraciones pudieron jamás rayar á la altura del cargo que le confiaron.

Don Juan, entretanto, había llegado con sus tropas al Guájar, donde consiguió hacer que huyesen las huestes moriscas, después de un reñido combate, siguiendo después hasta el fuerte de Galera, donde los moros habían hecho los mayores actos de barbarie con los soldados españoles.

Cuando don Juan vió el campo sembrado de cadáveres, desenvainó su espada y juró solemnemente por la cruz de su empuñadura que había de pasar á cuchillo á los renegados y destruir el fuerte, cuyas ruinas serían sembradas de sal.

Un momento después hizo que se construyesen en el monte que servía de base á la fortaleza grandes minas rellenas de pólvora, que en un momento determinado habían de volarse.

Sin embargo, antes de apelar á estos medios extremos, don Juan quiso probar el valor de sus gentes; y lanzándose hacia el fuerte de Galera, evocó los sagrados nombres de Dios y del rey.

Siguiéronle los cristianos, y tuvieron ocasión de demostrarle que eran gentes aguerridas y dispuestas á todo.

La gran mayoría de los enemigos fueron pasados por las armas, y los que se libraron de la acción del hierro debían morir de un modo más horrible.

Replegadas las tropas de don Juan á una buena distancia, aplicaron fuego á las minas.

Oyóse una terrible detonación.

Una inmensa columna de humo cubría el estremecido monte.

Las piedras de la fortaleza se desunieron, y no quedó uno de los defensores con vida.

Entonces el ejército de don Juan de Austria se encargó de cumplimentar sus órdenes.

Aquellos parajes fueron sembrados de sal.

Los moros habían pagado con creces el cruel tratamiento que dieron á los cristianos en anteriores días.

CAPITULO LVI

UN DESENCANTO DOLOROSO

Después de obtenida la victoria que hemos reseñado en el anterior capítulo, los moros se convencieron del error en que habían estado al pensar que la juventud é inexperiencia del de Austria habían de ser dos buenas circunstancias para su impunidad.

Esta derrota, unida á la muerte de Abén-Humeya, despertaron el desaliento más absoluto en las dispersas tropas moriscas.

No haremos á nuestros lectores una detallada relacion de las pequeñas escaramuzas, y aun combates de importancia que sostuvieron cristianos y moros, aunque estos combates fueron casi siempre desfavorables para los segundos. Lo cierto es que empezaron á dividirse en pequeños grupos, fáciles de sofocar; que entró en ellos el desaliento, y que no se pasaba un día sin que un buen número de mahometanos se postrase á los pies

del victorioso don Juan, solicitando su indulgencia y su indulto.

Entonces el hermano de Felipe II mandó publicar un bando manifestando que concedía un plazo de veinte días para que se entregasen, advirtiendo que el que no lo hubiese verificado en este tiempo sería irremisiblemente condenado á la pena de muerte.

Produjo esta noticia verdadera consternación entre los sublevados, y el Habaquí fué uno de los que se decidió á pedir el indulto; pero enterado Abén-Aboo de estos propósitos, le hizo morir, dándole después sepultura en un muladar.

El Habaquí pagó de este modo el asesinato de Abén-Humeya.

Esto no impidió, sin embargo, que los moros acudiesen en extraordinario número al sitio en que se hallaba don Juan, comprendiendo que todas sus gestiones hostiles habían de ser completamente inútiles.

Para verificar esta rendición había recomendado don Juan que cosiesen á sus blancos alquiceles una cruz de colores, á cuya vista se verían libres de las balas de sus arcabuceros.

Sin embargo, un hombre existía en lo más espeso de la sierra que no se entregaba, á pesar de no tener para su resguardo más que unos cuatrocientos moriscos.

Este hombre era Abén-Aboo.

Agradábale, á pesar de sus años, el elevado cargo

que le habían confiado, y estaba dispuesto á morir antes que perder su regio carácter.

Por lo demás, hasta el feroz Ferax se había acogido á la gracia del indulto.

Comprendiendo don Juan de Austria que sería difícil apoderarse del reyezuelo, pues jamás esperaba á las tropas españolas, cometiendo sus desmanes únicamente cuando encontraba alguna pequeña partida de cristianos, aprovechó una ocasión que se le presentó para reducir á aquel animoso enemigo.

Este tenía su pequeño ejército dividido en tres grupos. Uno de ellos bajo su mando, y los otros dos bajo el de los sarracenos Abú-Amer y Gonzalo el Xeniz. Ambos capitanes le inspiraban la mayor confianza, y, sin embargo, fueron los que le vendieron y asesinaron.

Puestos de acuerdo para este objeto, un día le dijo el primero á Aboo que el Xeniz había pensado aceptar el camino de la paz, amparándose en el bando publicado por don Juan.

Aboo se indignó con aquella noticia, y aquella misma noche decidió salir con Abú y sus gentes hacia una cueva situada entre Berchul y Trevélez, donde el Xeniz se refugiaba, lo propio que hacía en la de la Alpujarra el desgraciado Humeya.

Con efecto, apenas el sol ocultó su frente de fuego tras las nevadas cumbres de los montes, se pusieron en marcha hacia aquellos lugares.

El traidor Amer, cuando llegaron, hizo presente al reyezuelo la conveniencia de que entrase solo á conferenciar con el capitán morisco, alegando el pre-

texto de que no quería que su compañero en armas tuviese la menor sospecha de su persona.

Abén-Aboo le verificó así.

El Xeniz, al ver al monarca, se levantó respetuosamente; y cuando éste le hizo saber las causas que allí le conducían, sostuvo enérgicamente que jamás había pensado en semejante traición.

Entonces Aboo salió de la cueva para ordenar á sus soldados que le prendiesen, y apenas estuvo de espaldas, Xeniz le descargó tan fuerte golpe con la culata de su escopeta, que el reyezuelo cayó al suelo sin sentido.

Entonces todos se cebaron en él, y un instante después era cadáver.

Como la distancia que les separaba del ejército de don Juan era considerable y temieron la putrefacción del cuerpo de aquel desdichado, le abrieron el abdomen y se lo llenaron de sal.

Luego entablillaron su cintura, y montándole en una acémila, para que se mantuviese recto, fué conducido á la ciudad entre los traidores Amer y el Xeniz, que buscaron en estos crueles medios el indulto que apetecían.

Su entrada en Granada produjo un extraordinario regocijo, porque la muerte de Abén-Aboo acusaba la terminación de la guerra.

Así escarnecieron aquel lívido cadáver, cuya cabeza fué separada del tronco y puesta en una jaula sobre la puerta del Rastro, con objeto de que sirviese de ludibrio á los moradores de la ciudad del Genil.

Don Juan de Austria, aunque desde luego comprendió que la guerra morisca había terminado, no quiso dejar de recorrer todos los sitios que habían sido objeto de su vigilancia durante la insurrección, y persuadido de que las huestes agarenas no existían, volvió al lado de Felipe II, si bien es verdad que antes quiso pasar por Granada, donde le recibieron con las mayores aclamaciones.

Don Diego de Deza sintió palpitar su corazón.

Se acercaba el momento de ver de nuevo á doña Marina.

Aunque sabía que los moros del Albaicín habían sufrido la presión de la chancillería, no pudo jamás imaginarse lo que había ocurrido á su amada, puesto que ésta había abjurado de las creencias de sus padres mucho tiempo antes.

Don Juan de Austria había mandado que las tropas vencedoras entrasen en la ciudad.

Él iba á la cabeza del ejército, y después le seguían sus capitanes.

Un grito unánime se escapó de todos los labios para aclamarlos.

Las señoras agitaban sus blancos lenzuelos desde las ventanas y azoteas. Pero todas aquellas demostraciones de júbilo y aclamación preocupaban poco á don Diego de Deza, que, con los ojos fijos en el cerro del Albaicín, esperaba con ansiedad el momento que terminase el desfile para dirigirse en busca de su amada.

En diversas ocasiones había escrito á la dama, pero jamás obtuvo respuesta.

Cuando terminó aquella entrada triunfal, Deza, sin despedirse siquiera de don Juan, que debía partir aquella misma tarde para Córdoba, donde se hallaba su hermano Felipe II, sin despojarse de su arnés de guerra se dirigió á la antigua morada de doña Marina.

¡Cuántas emociones experimentó durante el trayecto!

Era el soldado que regresaba al hogar.

Era el amante que iba á cumplir con los sagrados deberes que tenía con aquella hermosa mujer, que se arrojaría en sus brazos mostrándole el fruto de sus amores.

Cuando don Diego penetró en Albaicín, sintió, sin embargo, que pasaba por delante de sus ojos una nube de tristeza.

Un silencio sepulcral se advertía por todas partes.

Los escasos moradores que allí habían quedado, no se determinaban á asomarse á la calle.

Sus cármenes no acusaban el cuidadoso esmero que tenían antes de la insurrección.

Por fin don Diego llegó á la morada de doña Marina. Asió el aldabón con mano trémula y lo dejó caer.

El golpe retumbó en el interior como en el hueco recinto de una fosa.

Nadie respondió.

Entonces el joven volvió á llamar, pero todo fué en vano.

Un sudor frío corrió por su frente.

—¿Será posible,—se dijo,—que después de tantos afanes como he pasado, no consiga encontrarla? ¿Me habrá olvidado? ¿Habrá muerto?

Mil tristísimas ideas pasaron por su ardorosa imaginación.

Deza era como el árabe que cifra sus esperanzas en el oasis que ha de prestarle apacible sombra después de cruzar el vasto arenal del desierto, y que no encuentra agua para calmar su sed ni arbusto que le preserve de los cálidos rayos del sol.

Aguardó un instante.

No sabía qué partido tomar.

¿Seguiría viviendo allí, y mientras él se entregaba á los transportes más dolorosos estaría postrada ante el altar de San Salvador?

Estas interpretaciones cabían en su cerebro enloquecido.

En presencia de aquel silencio, se determinó á preguntar á los vecinos.

La gran mayoría de las casas estaban desiertas.

La muerte y el abandono cernían sus lúgubres alas sobre el barrio morisco.

Por último, halló una de las casas cuya puerta estaba entornada.

El caballero no dudó en entrar.

Un viejo criado moro, que estaba en el portal, le miró con sorpresa y espanto; y al ver su traje de guerra, huyó despavorido.

Entonces Deza entró en el patio, y de éste pasó al carmen, cuyas calles estaban defendidas del sol, como

todas aquellas incomparables mansiones, por una dilatada parra.

En el centro había una fuente de piedra.

Millares de árboles frutales y de hermosas flores recreaban los ojos y el espíritu.

Sin embargo, Deza no tenía sus ánimos en disposición de entretenerse en admirar aquellos encantos.

Un venerable anciano se hallaba bajo la sombra de un hermoso castaño.

Indudablemente era el amo de la casa.

Al ver al caballero, quiso huir, como lo había hecho su criado, pero don Diego le detuvo.

—No temas nada de mí,—le dijo,—pues no trato de hacerte el menor daño.

El mahometano dirigió sus ojos al cielo.

—¡Cómo creerte, cristiano!—le dijo;—lo propio les aseguraban á los infelices que fueron encerrados en las mazmorras de la Inquisición, y á pesar de eso fueron pasados á cuchillo cuando se escucharon los primeros clamores de la campana de la Vela.

—Mi único deseo es hacerte una pregunta.

—¿Qué quieres?

—Desearía que me dieras alguna noticia de doña Marina.

—¿Doña Marina era una joven señora que vivía en este barrio?

—La misma.

—Esa joven se fué á su carmen de la vega poco tiempo antes de que se apoderasen de los moradores del Albaicín.

El corazón de don Diego se dilató en su pecho oprimido al escuchar aquellas palabras.

Después de dar las gracias al anciano moro, le saludó con mucha cortesía, y montando de nuevo en su brioso corcel partió al galope.

Algún tiempo después llegaba al sitio que deseaba.

La vega de Granada parecía una dilatada alfombra.

El castillo de doña Marina elevaba al cielo sus sombríos torreones.

Cuando llegó el caballero á los umbrales de su portón, llamó del mismo modo que lo había hecho en la casa del Albaicín.

El propio silencio siguió á su llamamiento.

Entonces don Diego no pudo contener su sorpresa, y no hallando ninguna persona que le diese noticias de su amada, volvió á la ciudad dispuesto á saber á toda costa el paradero de doña Marina.

CAPITULO LVII

TÍO Y SOBRINO

Difícil era lo que don Diego se proponía.

En Granada no había más que un hombre que supiese el desgraciado paradero de doña Marina, y este hombre era su tío el inquisidor, que tenía poderosos motivos para ocultarle lo que tan ardientemente anhelaba saber.

Deza volvió al Albaicín.

Llamó de nuevo á las puertas de los vecinos de su amada, pero ninguno pudo darle más pormenores de los que ya tenía. Esto es, que doña Marina había salido del barrio morisco para pasar á su castillo de la vega.

Tres personas hubieran podido darle más antecedentes; pero no era fácil que ninguna de ellas satisficiese su natural curiosidad, puesto que ninguna le conocía. Estas eran el capitán don Fernando de Lara, el

moro Alfar y el carcelero que se encargó de la custodia de la joven durante el tiempo que estuvo en la mazmorra.

El de Lara había partido al poco tiempo de estallar la insurrección mahometana, como dijimos á nuestros lectores, y no había regresado á la ciudad, á pesar de haberse sofocado aquélla.

Más adelante haremos saber la causa de su retraso.

Alfar, comprendiendo que serían inútiles cuantas gestiones hiciese, buscaba en balde á doña Marina fuera de la comarca, y empezaba á sospechar que habría sido una de las muchas cautivas que murieron á los filos de las armas cristianas.

En cuanto al carcelero, raras veces abandonaba las prisiones inquisitoriales, y aun de vericarlo era difícil, por no decir imposible, que se abriesen sus labios para revelar un secreto.

Conocía demasiado el carácter enérgico y vengativo del presidente, y, por otra parte, no tenía interés en servir á don Diego, que, como hemos dicho, le era completamente desconocido.

Desesperado Deza con aquella contrariedad, se fué á su casa.

Como la hora era muy avanzada, no pudo hacer nuevas gestiones.

En vano quiso conciliar el sueño.

La suerte de doña Marina y de su pobre hijo le preocupaba extraordinariamente.

Como fruto de su reflexión, no tardó en pensar que

su tío habría sido el autor de aquella extraña desaparición, y formó el propósito de visitarle al siguiente día.

No tenía en cuenta Deza que el prelado era uno de esos hombres impenetrables de quien no podría obtener la más insignificante respuesta.

Con efecto, apenas brillaron los primeros resplandores de la aurora, don Diego salió de su casa para dirigirse á la de su tío.

La mañana estaba hermosísima. El cielo tenía esa mágica limpidez que sólo se contempla en las comarcas andaluzas.

El Darro se deslizaba como una cinta de plata.

Todo eran perfumes y armonías.

Deza recordó con deleite aquellas venturosas épocas en que, acompañado de doña Marina, había pasado por aquellos hermosos parajes.

Cuando hubo llegado á la morada del presidente, supo por uno de los familiares que estaban á su servicio que don Pedro no se había levantado todavía.

Entonces se decidió á esperar.

Desde allí se descubría perfectamente un vasto panorama.

Granada, en el valle, como una perla engarzada en una esmeralda.

Enfrente, el cerro que sirve de base al Albaicín, con sus incomparables jardines y sus magníficos edificios de arquitectura oriental.

A la derecha, el Darro, ese río que deposita el oro sobre fértiles márgenes, que va socavando los cimien-

tos de la Alhambra, y que será la tumba de aquella maravilla.

Este río, cuyo nombre ha sido adulterado, se conocía por los moros con el de Dauro, por la mucha cantidad del precioso metal que depositaban sus transparentes linfas.

El alma de don Diego sintió vivísimas impresiones en presencia de aquel cuadro encantador.

Pero estas impresiones desaparecieron al recordar que la hermosa mujer de sus ensueños había desaparecido como por encanto.

Con estos tristes pensamientos entró en la Alhambra.

Cruzando el patio de los Arrayanes y el de los Leones, esos prodigios del arte oriental, cuyos muros calados permiten que penetre la luz como á través de un delicado encaje, se detuvo un momento en el de los Abencerrajes.

Este patio tiene en su centro una pila de mármol blanco.

Deza se aproximó.

La más honda tristeza inundaba su alma llena de amargos recuerdos.

De pronto se apartó de aquel lugar.

Había sentido un estremecimiento por todo su ser.

En el fondo de la fuente, donde antes de su partida saltaban los juguetones peces de brillantes colores entre las cristalinas aguas, se descubría una extensa mancha roja.

Aquella mancha era de sangre.

Allí habian sido degollados los últimos caudillos moros.

Don Diego pensó en su amada.

—¡Quién sabe,—murmuró,—si habrá muerto también!

Y ocultando el rostro entre ambas manos, se quedó largo rato triste y pensativo.

Después salió del patio.

Parecía que de aquellos sitios iba á brotar el espectro de alguno de sus antiguos moradores.

Deza volvió á hallarse en la plaza de los Aljibes y delante de la casa que habitaba el inquisidor.

Supo por el familiar que éste se había levantado ya, y subió la escalera de piedra que conducía á sus habitaciones.

Don Pedro estaba sentado delante de su mesa de escritorio.

Al ver á su sobrino, le saludó cordialmente.

Aquella fisonomía de hielo no se alteraba nunca.

Un momento después hizo que Deza se sentara á su lado.

—He sabido con satisfacción,—le dijo,—que has cumplido con tus deberes durante la guerra.

—Con efecto, he hecho cuanto he podido.

—El rey conoce tus buenos servicios, porque yo me he encargado de hacérselos saber, y es seguro que ha de recompensarte.

—También me ha hecho esa promesa don Juan.

—Tanto mejor. Ciertamente que el marqués de Mondéjar no hubiese hecho lo propio.

—¿Por qué?

—Porque Mondéjar era ambicioso, y toda la gloria la quería para él.

—No lo creáis; el marqués era una excelente persona.

—No lo dudo,—contestó don Pedro, que no quería revelar su aversión ni aun en presencia de su sobrino;—pero lo cierto es que la guerra no terminaba, y que aun estarían los rebeldes en las montañas sin la poderosa influencia de don Juan.

—Mondéjar observaba otra conducta. No podré negaros que su sistema hubiera sido de resultados menos inmediatos, pero hubiera conducido á los propios fines.

—Creo que no.

—¿En qué os fundáis para creerlo?

—En que el marqués reducía á los moros á un cautiverio temporal, pero no los pasaba por las armas.

—Es verdad; tenía sobradas razones para obrar de ese modo.

—¿Por qué?

—Porque no quería derramar sangre.

—La sangre de los rebeldes á Dios y al rey, no debe nunca economizarse.

—Mondéjar opinaba de distinto modo.

—Es verdad; y esto fué la causa de que los agarenos comprendieran su carácter débil.

—No puede calificarse de débil al valiente general

que realizó el asalto de Guájar. El marqués trataba por medios políticos de reducir á aquellos desgraciados que se rebelaron contra la pragmática.

—¿No era su obligación cumplirla?

—No.

El presidente hizo un movimiento de sorpresa.

Jamás había escuchado hablar á nadie con aquella franqueza.

—¿De modo,—preguntó,—que, en concepto tuyo, los sarracenos han tenido razón?

—No me atreveré á conceder la razón á los hombres que incendian y asesinan; pero, aparte de estos horribles resultados de su encono contra nosotros, os diré que han tenido sobrados motivos para lanzarse á la guerra.

El presidente rugía como una fiera, no comprendiendo que ningún individuo de su familia pudiera abogar por la causa de sus adversarios.

—Tú estás loco,—le dijo;—da gracias á que eres mi sobrino, y los lazos del parentesco me obligan á mirarte con benevolencia.

—¿Qué haríais si no fuese vuestro sobrino?

—Sería capaz de hacerte figurar en el primer auto de fe.

Don Diego se sonrió.

Luego entabló de nuevo el diálago.

—Dejemos estas cuestiones, si os parece, puesto que á nada conducen, y pasemos al principal objeto de mi visita.

—Sí, es preferible que no hablemos de la guerra.

—Ya recordaréis que poco antes de partir para la Alpujarra vine á veros para comunicaros mi propósito de casarme con doña Marina.

—Un desatino que sólo pude atribuir á tu juventud é inexperiencia.

—Fuese desatino ó no, lo cierto es que os lo comuniqué, y que vos os opusisteis á ello con mucha tenacidad.

—Es natural que así lo hiciese. ¿Cómo era posible consentir en tu enlace con una mujer que llevaba en sus venas la sangre de los Gomeles?

—Doña Marina había recibido el agua bautismal.

—No lo dudo; pero había pasado su niñez y su adolescencia profesando ideas mahometanas.

—Sea como fuere, el resultado es que yo adoro á esa mujer, y que estaba dispuesto á quebrantar vuestra oposición y hacerla mi esposa.

—Hubieras hecho mal en no cumplir mis deseos.

—No lo ignoro, porque me hubiera creado un irreconciliable enemigo.

—Por lo menos, hubieses perdido mi protección.

—Cuando he llegado ayer, lo primero que he hecho es dirigirme al Albaicín, donde ella residía. Los vecinos me aseguraron que doña Marina había pasado á su castillo de la vega, pero tampoco me han dado en él noticias de su persona.

Aquí Deza se detuvo.

El inquisidor, que no quería de manera alguna descubrir su secreto, le preguntó:

—¿Y qué deseabas saber?

—Deseaba que vos me dijeseis dónde se encuentra.

—¿Yo?

—Sí; vos debéis saberlo.

—Te equivocas; yo no me he ocupado para nada de semejante mujer.

—Permitidme que por primera vez en la vida dude de lo que me decís.

—Lo único que puedo decirte es que es imposible que la halles.

—¿Por qué?

—Porque es probable que haya muerto.

—¿Que haya muerto?—preguntó don Diego con la voz alterada por la desesperación.

—Ya sabrás que casi todos los moradores del Albaicín fueron degollados.

—¡Pero si doña Marina no estaba en el Albaicín! Ya os he dicho que había pasado á la vega.

—De todas maneras, es casi seguro que haya dejado de existir.

—¿De modo que vos lo ignoráis?

—Completamente,—respondió el inquisidor con una sangre fría que hubiese desconcertado al hombre de más experiencia.

Luego prosiguió:

—Mira, Diego, tú eres joven, y únicamente por esta razón se te pueden perdonar tus extravíos. Yo, que, por mi estado y mi edad, tengo el corazón helado, y no me dejo arrastrar por las pasiones del mundo, voy á darte un provechoso consejo que espero has de seguir. Bajo el influjo de mi autoridad, que sabes que no es

insignificante, tú te hallas en condiciones de hacerte conocer.

Con esta idea te envié á la guerra, y tu nombre es conocido entre las personas que han ayudado á la santa causa del cristianismo.

Hoy debes procurar engrandecerte todavía más. El hombre no debe considerarse feliz hasta que llega á la cumbre de la gloria.

Una vez que lo hayas logrado, podrás celebrar tu enlace; pero nunca con una mujer como doña Marina, sino con cualquiera de las ilustres damas de la corte.

Esto es lo que yo te propongo, y este es el camino que te conviene seguir.

Don Diego no quiso discutir con el anciano, comprendiendo que no había de lograr que alterase sus creencias.

Tampoco quiso preguntarle más respecto á su amada.

—En caso de que algo supiese, no había de decírmelo, pues su actitud hostil no ha cambiado en nada durante mi ausencia,—se dijo.

Haciéndose esta reflexión, se despidió del presidente y salió de la casa.

No sabía, sin embargo, qué partido tomar.

En Granada nadie podía enterarle del paradero de la joven.

Su tristeza no tenía límites.

Todos los días se dirigía al Albaicín y pasaba muchos ratos contemplando la mansión de su hermosa Marina.

Luego entraba en San Salvador, donde la había conocido.

Otras veces se dirigía á la vega.

Así pasaron algunos meses.

Como en todo este tiempo no tuvo la menor noticia, llegó á persuadirse de que doña Marina había muerto.

Entonces procuró hallar medios que mitigasen aquel inalterable recuerdo, ya que no era posible que hallase para él el agua del Leteo.

CAPITULO LVIII

SOL QUE MUERE Y SOL QUE NACE

Deza volvió á buscar á sus antiguos amigos, aquellos jóvenes con quienes le hemos visto cuando conoció á doña Marina.

Todas las noches se retiraba tarde á su casa, si es que lo hacía, pues muchas de ellas le sorprendió el alba fuera de ella.

Sin embargo, cuando después de una bacanal contemplaba los despojos de un banquete y miraba aquellas mujeres, pálidas por el insomnio y los excesos, su corazon se sentía poseído de la mayor tristeza.

Él, que había soñado con los encantos de formarse una familia; él, que comprendía las dulzuras del hogar, no podía encontrar deleite en las mercenarias caricias de una impura meretriz, ni en el contenido de la copa que se escancia entre las ruidosas carcajadas de la orgía.

Muchas veces, cuando el primer rayo del sol penetraba en la estancia alumbrando los esparcidos restos del festín, y contemplaba aquellas mujeres medio desnudas, que no conservaban ni la menor reminiscencia de decoro, apartaba sus ojos de aquel cuadro grosero y dirigía una mirada á través de los cristales.

Entonces contemplaba los esplendores del cielo de Andalucía, buscando entre sus inmensidades el agradable recuerdo de aquella hermosa mujer que, en concepto suyo, había dejado de existir, llevándose en sus entrañas el fruto de sus amores.

Escuchaba después la sagrada lengua de bronce que desde el altivo campanario de San Salvador llamaba á los fieles.

Allí había conocido á doña Marina.

Su corazón se dilataba con tan dulces recuerdos; pero la campana extinguía sus ecos, sus turbulentos compañeros iban despertándose, y todo contribuía á sacarle de su hermoso letargo.

Las dulces ilusiones se alejaban batiendo sus alas lejos de él. El fantasma de la realidad se aproximaba en cambio. Deza entonces volvía á alternar con sus amigos.

Sin embargo, esta vida de mentidos placeres llegó á hacérsele insoportable.

Nada produce el cansancio en el espíritu de un joven como la costumbre de una vida relajada.

Don Diego, fatigado por la dilatada campaña que

había hecho contra los moriscos, necesitaba el reposo más que aquella existencia anormal.

Sintióse enfermo.

Comprendió que la salud podría volver á recuperarse con el orden y la tranquilidad, y, aunque con profundo disgusto de sus compañeros, que todos le apreciaban, desertó de las filas de aquellos jóvenes que todas las noches se dedicaban á los escándalos de la bacanal.

Entonces don Diego pensó en trasladarse de domicilio. El suyo estaba situado en lo más céntrico de la población, é indudablemente se exponía á encontrar con mucha frecuencia á sus jóvenes amigos, que habían de hacer que abandonase sus buenos propósitos.

Además deseaba que la nueva casa tuviese jardín.

No tardó en encontrar lo que apetecía.

El barrio morisco, donde moraba doña Marina en otros tiempos, era el más á propósito para realizar sus aspiraciones.

Allí alquiló una de las viviendas que habitaron los desventurados hijos del Albaicín.

Esta se hallaba alhajada con el lujo oriental, cualidad que satisfizó mucho á don Diego, pues le parecía que estaba en el palacio de su antigua amada.

El joven visitaba diariamente el carmen de aquella hermosa mansión.

Allí permanecía hasta que los cálidos rayos del sol del Mediodía le obligaban á penetrar de nuevo en las habitaciones.

Tuvo unos cuantos días de tranquilidad.

Sin embargo, ésta no fué muy duradera.

Don Diego sentía un vacío que no se llenaba con nada.

Cualquiera solución que hubiese aceptado le causaría el mismo cansancio.

Un incidente vino, sin embargo, á sacarle de sus constantes melancolías.

Deza se levantó una mañana más temprano que lo que tenía por costumbre.

Apenas se había vestido, dudó sobre lo que debía hacer.

Los paseos por las emparradas calles del carmen no le cautivaban ya.

Salir á la calle, tampoco.

Sin embargo, se dicidió á aceptar este segundo camino, y un momento después abandonaba su casa.

Después de cruzar algunas calles del Albaicín, se detuvo delante de San Salvador.

El portón estaba abierto.

Algunos madrugadores penetraban en el sagrado recinto.

Don Diego quiso imitarlos, y, quitándose el sombrero, traspasó los umbrales de la puerta.

Una mujer completamente vestida de negro y recatada con un espeso manto se hallaba de rodillas en uno de los ángulos próximos al altar mayor.

Deza sintió algo extraño.

Su imaginación recordó en seguida á la mujer que amaba, y aunque desde luego comprendió que no era ella, su actitud religiosa se parecía mucho á la que en

tiempos más felices tomaba doña Marina á poca distancia del mismo sitio en que se hallaba la desconocida.

Apenas podía descubrir su rostro. En cambio se destacaban perfectamente sobre su enlutado vestido sus manos blancas como la nieve, que pasaban las cuentas de un rosario.

Don Diego no apartaba sus ojos de aquella mujer, y se decidió á seguirla cuando saliese del templo.

En aquel instante sonó la campanilla anunciando á los fieles que el sacerdote iba á alzar.

Deza dobló la rodilla.

La dama que llamaba su atención separó levemente el manto que cubría su rostro, y apareció éste como aparece el sol cuando disipa las densas sombras de una nube.

Don Diego no pudo contener una exclamación de sorpresa, á pesar de hallarse en aquel sagrado recinto.

Aquella dama era hermosa como un ángel.

Blondos cabellos coronaban su frente.

Sus ojos tenían la vaga dulzura del cielo de Italia.

Una tenue palidez prestaba más encantos á su nacárea blancura.

En una palabra, era una de esas bellezas incomparables con que Dios quiere dotar algunas veces á sus criaturas.

Además de esto, la joven tenía una estatura proporcionada y mucha elegancia, lo que pudo apreciar Deza cuando, terminada la misa, se puso en pie para salir del templo.

El joven se apartó para que pasase.

Ella le dió las gracias con un leve movimiento de cabeza, y salió.

Lo que principalmente llamó la atención de don Diego es que ninguna dueña la acompañaba.

Indadablemente era casada, á pesar de su extremada juventud.

Deza la siguió sin darse cuenta de lo que hacía.

La joven volvió á cubrir su rostro, y un instante después entró en el portal de una de las casas del Albaicín.

—¡Extraña casualidad!—exclamó el joven,—¡la he conocido en San Salvador, y vive en el mismo barrio que habitaba mi amada Marina!

Un momento después don Diego se alejó de aquellos lugares.

Desde aquel día, el recuerdo de aquella hermosa mujer le persiguió por todas partes.

No era que Deza se hubiese enamorado de ella; pero un secreto presentimiento le anunciaba que la joven había de verse enlazada con alguno de los asuntos de su existencia.

Muchas veces había vuelto á San Salvador, sin que consiguiera verla.

Otras muchas pasó por delante de su casa, pero las ventanas permanecían herméticamente cerradas.

Deza llegó á creer que no vivía allí.

Dió sus señas á algunos amigos por ver si le suministraban datos, pero ninguno la conocía.

Entonces don Diego se decidió á no hacer nuevas

gestiones, esperando á que la casualidad le deparase los medios de encontrarla de nuevo.

Sin embargo, pasaron muchos días sin conseguirlo.

Su memoria se iba extinguiendo en la imaginación del joven, cuando una tarde la encontró en una calle del Albaicín.

Entonces volvió á despertarse su curiosidad, y la siguió á una respetuosa distancia.

Aquella tarde iba acompañada de un viejo criado que marchaba tras ella.

La joven cruzó toda la ciudad, y en seguida empezó á subir la empinada cuesta de *Los Gomeles.*

Era indudable que iba á la Alhambra.

Deza lo comprendió así, y no dejó de advertir el interés con que la desconocida lo miraba todo.

Se comprendía desde luego que era forastera.

En seguida entró en una de las tres grandes calles que conducen á la Alhambra, calles que jamás reciben la acción del sol, por la bóveda de follaje que forman las ramas de sus gigantescas arboledas.

Así llegaron hasta la puerta de la Justicia, en el que se ve grabada la mano del Boabdil que entregó las llaves de la ciudad.

Luego hallaron la plaza de los Aljibes, y aquí la joven se detuvo un instante antes de entrar en los patios de aquella magnífica mansión.

Deza hizo lo propio.

La torre de la Vela, el palacio de Carlos V y las prisiones, se divisaban perfectamente como titanes gigantescos.

Un momento después la desconocida avanzó, cruzó el patio de *Arrayanes*, visitó el de la Justicia y Abencerrajes, y se detuvo en el de los Leones.

Todo lo miraba con extraordinario detenimiento.

Deza confirmó sus ideas de que visitaba aquel suntuoso edificio por primera vez.

Pero donde la joven no pudo dominar su asombro fué en el patio de los Naranjos.

Multitud de pajarillos trinaban entre las hojas, y el ambiente estaba impregnado de azahar, ese incomparable perfume que no tiene rival.

La desconocida se sentó en un banco de piedra.

Entonces Deza, después de un momento de vacilación, hizo lo propio en el que se hallaba más próximo.

El calor era sofocante.

La joven descubrió su rostro, dejando que el manto cayese sobre su espalda.

Entonces fué cuando don Diego pudo apreciar por completo su hermosura.

Aquella hermosura que estaba realzada por un misterioso sello de melancolía.

Era indudable que aquella mujer no era feliz.

Quizá buscaba un alma compañera, como la buscaba nuestro protagonista.

Este quería hallar un medio para entablar conversación con la dama.

Sin embargo, era difícil de encontrar.

Una vez se la cayó el lenzuelo.

Deza se apresuró á recogerlo.

Ella le dió las gracias y volvió á guardar silencio.

No obstante, como don Diego quería á todo trance hablar con ella, aprovechó aquel ligero incidente para romper las hostilidades.

—¿No conocíais la Alhambra?—la preguntó.

La joven le miró con extrañeza, sorprendida de su familiaridad; pero no queriendo faltar á la cortesía, le respondió:

—No, señor.

—Según eso, ¿sois forastera?

—Sí; he llegado hace muy poco de Córdoba.

—Creo que también es una hermosa ciudad.

—Aunque he nacido en ella,—dijo la joven,—y por lo tanto, he de mirarla con algún apasionamiento, os confieso que no me gusta tanto como Granada.

—Si tenéis aquí vuestas afecciones, no es extraño que os agrade.

—No, señor; la única afección que puedo tener no se halla aquí.

—¿Vuestros padres?

—Desgraciadamente los he perdido.

—¿Algún amante?

—Tampoco puedo tener amantes, porque soy casada.

Aquella noticia disgustó á don Diego.

La desconocida era casada.

Entonces se explicó perfectamente la ausencia de la dueña el día que la conoció en el templo.

La tarde languidecía.

Aquella hermosa mujer se puso en pie.

Su criado se acercó á ella.

Entonces saludó á don Diego y salió de la Alhambra.

Este no se atrevió á seguirla, por no pecar de importuno.

—¡Es extraño!—exclamó cuando estuvo solo:—¡la presencia de esta mujer es quizá lo único que me distrae!

Cuando la desconocida desapareció, se dispuso á dirigirse á su casa. Pero antes de verificarlo, se detuvo en los alrededores de la Alhambra, con objeto de dar tiempo á aquella hermosa mujer á que se alejase.

El Darro se deslizaba tranquilo entre murmullos.

Su clara linfa besaba las pintorescas márgenes.

¡Cuán hermosos eran aquellos sitios!

En su presencia el joven se recreaba.

¿Había de renunciar para siempre á las dulzuras del amor?

¿Habría de conservar eterna fidelidad á doña Marina, cuando la creía muerta?

Esto era imposible á sus años.

Aun quedaba demasiado calor en su alma y demasiados sentimientos en todas sus fibras.

Salió la luna.

Su melancólico brillo bañaba la Alhambra.

Las arboledas que hasta ella conducían, se agitaban al leve impulso de la brisa.

El panorama era de lo más poético que pueda contemplarse.

Aquel misterioso astro de la noche se retraba en las linfas del río.

El azahar de los naranjos esparcía su aroma.

Deza dirigió una mirada hacia el Albaicín.

Aunque la noche era muy clara apenas se veían sus casas.

Del mismo modo iba desdibujándose de su memoria el recuerdo de sus pasados amores.

Sin embargo, don Diego censuró ágriamente su propia conducta.

—No,—se dijo: —esa mujer es casada; quizá su esposo es un hombre honrado y digno; yo no debo intentar la perdición de esa mujer.

Y bajo la influencia de tan sanos propósitos descendió la cuesta de los Gomeles, y cruzando de nuevo la ciudad se dirigió al Albaicín.

Al pasar por delante de la casa que en otros tiempos habitaba doña Marina, se detuvo.

Sus cerradas ventanas acusaban la soledad de la muerte.

En cambio, en la próxima vivienda de la desconocida se advertía la actividad más completa.

Deza lanzó un suspiro, y un momento después entraba en su casa tristemente impresionado con aquellas reflexiones.

CAPITULO LIX

EL INCENDIO

Desde aquel momento Deza sostuvo una lucha consigo mismo.

Quería, por una parte, no olvidarse de la memoria de doña Marina. Pero aquello era difícil de realizar. Ni siquiera sabía dónde se hallaba su tumba, caso de que hubiese muerto, como sospechaba.

En cambio, la hermosa joven con quien había hablado un momento en el patio de los Naranjos, despertaba en su alma los más dulces afectos.

Don Diego tuvo ocasión de verla varias veces.

Hubo un detalle que hirió su amor propio.

La primera vez que la encontró en el Albaicín, después de su breve coloquio en la Alhambra, quitóse Deza su sombrero respetuosamente para saludarla.

La joven se le quedó mirando, y contestó á su saludo con un leve movimiento de cabeza; pero don Diego

comprendió desde luego que no le había reconocido.

Otra vez la halló junto á la puerta de la Justicia, y pasó exactamente lo mismo.

La joven no conservaba recuerdo de él.

Don Diego se esforzaba inútilmente por hallar una ocasión que le permitiese entablar con ella relaciones amistosas.

Sin embargo, era bastante difícil lo que pretendía.

La forastera no tenía conocidos en Granada; de modo que era imposible hacerse presentar en su casa.

Una noche encontró Deza los medios qne buscaba, aunque corrió gran riesgo de perder la existencia, como verán nuestros lectores.

Habíase retirado á su casa más tarde de lo que tenía por costumbre, y se disponía á acostarse, cuando escuchó en la calle un confuso rumor.

Era extraño que á aquellas horas no estuviesen consagrados al sueño todos los moradores del tranquilo Albaicín.

Creyendo que había ocurrido alguna reyerta, á pesar de la templanza de sus caracteres, se asomó á una ventana.

Algunos transeuntes corrían.

La calle estaba iluminada por un resplandor rojo.

En los alrededores se escuchaba la voz alarmante de ¡fuego!

Deza, que era hombre que jamás meditaba las consecuencias del peligro, tomó su sombrero y se lanzó á la calle á tiempo que las campanas dejaban escuchar sus ecos demandando socorro.

Bajó la escalera precipitadamente.

Cerró tras sí la puerta, y en seguida se dirigió hacia el lugar de la catástrofe.

La gente que corría y los densas espirales de humo fueron suficientes para guiarle.

Llegó á la calle donde moraba la desconocida.

Su propia casa era devorada por el terrible elemento.

El fuego había empezado por la planta baja.

Penachos rojos de gigantescas llamas lamían los muros.

En todos los espectadores estaba pintado el terror.

Entonces Deza sintió algo inexplicable que le obligó á acercarse, abriéndose paso entre la apiñada multitud que se agrupaba en los alrededores.

Cuando llegó junto á la puerta, se detuvo, sin embargo.

El interior de la casa brillaba como un ascua.

De pronto se escapó un grito de todos los pechos.

Una gran parte del edificio cayó desplomado.

—¿Han salido las personas que ahí habitan?—preguntó Deza á uno de los curiosos espectadores que contemplaban aquel cuadro desconsolador.

—Creo que todavía queda alguno dentro,—le respondió el interpelado.

No acababa de recibir esta respuesta, cuando en uno de los balcones apareció la figura de una mujer.

Esta mujer estaba completamente vestida de negro.

Su cabello flotaba sobre la espalda.

Los rojos resplandores del incendio coloreaban su frente.

Era la joven que tan profunda sensación había despertado en el alma de Deza.

Dirigió una ávida mirada á la calle, como midiendo su altura, y se disponía á precipitarse, cuando de todos los labios se escapó un grito unánime.

Un hombre acababa de precipitarse al interior de la casa, á pesar del voraz incendio que la consumía.

Aquel hombre era don Diego de Deza.

Sin reflexionar los peligros á que se exponía, prescindiendo hasta del natural instinto de conservación, había traspasado los umbrales de aquella casa casi calcinada. Unas veces el humo cegaba sus ojos, otras se veía obligado á pasar por encima de escombros aun ardientes, otras por debajo de techumbres que amenazaban ruina.

Sin embargo, Deza no se detuvo hasta llegar á la estancia donde se hallaba aquella mujer.

Cuanto ésta le vió entrar, se arrojó á sus pies demandando socorro y cayó desvanecida.

Don Diego la cogió en sus brazos, y con tan hermosa carga se dirigió á la puerta.

Ya era tarde para salir. El incendio se había posesionado de aquellos lugares.

Hubo un momento de indecisión.

Sin embargo, comprendiendo que era imposible detenerse, se asomó á una de las ventanas, y con acento varonil pidió á los que estaban en la calle que le arrojasen una escala.

Uno de los vecinos pudo proporcionarla.

Entonces abandonó cuidadosamente por un ins-

tante á la joven, y pudo recoger una de las extremidades de las cuerdas.

La escala fué atada al alféizar por la temblorosa mano del caballero.

Después colocó á la joven sobre su hombro izquierdo, y no pudiendo hacer uso más que de la diestra, puso la planta en el primer peldaño.

Todos los que estaban en la calle miraban con asombro su serenidad.

Ya era tiempo de haber verificado aquel díficil ensayo.

Una llama penetró en el interior de la estancia.

Don Diego empezó á descender.

Las cuerdas de la escala crujían bajo la acción del doble peso.

Algunas veces el caballero vacilaba.

Un copioso sudor cubría su frente.

La desconocida parecía un cadáver.

Se escuchó un grito de alegría.

Deza acababa de poner el pie en el último peldaño.

Un instante después se hallaba en tierra.

Había salvado á la joven, aunque con grave riesgo de su vida.

Cuando la dama recuperó el sentido, se encontró en una casa desconocida.

Junto al lecho que ocupaba estaba una mujer.

La joven, á quien en adelante conoceremos con el nombre de Teresa de Montemar, dirigió una mirada de asombro á su alrededor.

La estancia que ocupaba difería en mucho de la suya.

Enfrente del lecho se veía una panoplia con toda clase de armas.

El mobiliario, sencillo y elegante, acusaba desde luego que pertenecía á un hombre.

Una gran mesa de escritorio, con muchos legajos de pergaminos, dos pistolas sujetando éstos para que no los arrebatara el viento, que entraba libremente por la ventana, y un capotillo sobre un sitial, fué lo primero que contemplaron los ojos de la enferma.

Hizo un movimiento para levantarse.

Quizás pensó que había sido víctima de algún abuso.

Pero al ver á la persona que la acompañaba, se tranquilizó.

Esta era una pobre vecina del Albaicín.

Pasadas las primeras impresiones, doña Teresa recordó los motivos que la hicieron perder el conocimiento, y dirigiendo á la que la acompañaba una dulce sonrisa, la dijo:

—Veo que os soy deudora de un gran favor.

—¿Por qué, señorita?—preguntó la pobre mujer.

—Sin vos es seguro que hubiese muerto.

La joven no conservaba recuerdo de la presencia de don Diego en su casa.

—¿Creéis acaso que yo os he salvado?

—Sí.

—Ojalá hubiera podido hacerlo; pero no quiero engalanarme con una acción que no me pertenece.

—¿A quién le debo entonces la existencia?

—A un joven que en el instante en que ibais á ser devorada por los llamas, penetró valerosamente en el interior de vuestra vivienda, exponiendo su vida.

—¿Cómo se llama mi salvador?

—Lo ignoro. Lo cierto es que debe ser muy bravo el caballero que os ha salvado con una audacia digna de elogio. Cruzó por entre las llamas; un momento después vimos que se apoderó de vos, que yacíais en tierra; pidió una escala, y sacando fuerzas sobrenaturales ha conseguido arrebataros de la muerte.

Doña Teresa se conmovió con la relación que acababan de hacerla.

Una lágrima tembló en sus azules ojos.

Después de un instante dijo:

—¿Y dónde está ese esforzado joven? Yo desearía demostrarle mi gratitud.

—¿Queréis que le llame?

—¿Sabéis acaso dónde se halla?

—¡No he de saberlo! Después de salvaros, os ha conducido á su propia casa, pues la vuestra no es ya más que un montón de escombros y cenizas.

Al escuchar aquellas palabras, doña Teresa se incorporó en el lecho.

—¿Decís que esta es su casa?

—Sí, señora.

—Entonces es necesario que yo no permanezca aquí ni un minuto más.

—¿Vais á salir á la calle estando enferma?

—Comprended que, á pesar de los motivos que me

han conducido á esta morada, la gente no perdona ocasión de dar pábulo á sus implacables censuras.

—¿Qué puede censurar el mundo?

—En realidad nada; pero ya sabéis lo que son las malas lenguas.

—Teniendo en cuenta vuestro salvador los temores que habían de asaltaros, me ha hecho que os acompañe.

Doña Teresa, mientras había pronunciado estas últimas palabras, se había sentado en el lecho.

—De todas maneras,—dijo la vecina de Deza,—no os marcharéis sin verle un momento.

—Tengo que cumplir con él el sagrado deber de darle las gracias.

—¿Y dónde vais á permanecer mientras no halléis una nueva vivienda?

—En cualquiera casa que no sea ésta.

—¿Queréis aceptar la mía?

—Desde luego; soy bastante rica para poder recompensaros la noble acción que me proponéis.

—En ese caso, si os repugna continuar aquí, salgamos juntas, y tan pronto como os deje instalada, le diré á vuestro salvador que deseáis verle.

—Es lo mejor que podemos hacer.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Otro favor tengo que pediros.

—Cuantos queráis.

—¿Tenéis un manto para recatarme?

—Puedo ofreceros el mío, puesto que mi edad me pone en condiciones de no necesitar esa prenda.

Al decir esto se lo entregó á doña Teresa.

Esta se hallaba sumamente pálida.

Se puso el manto cubriendo perfectamente su rostro, y apoyada en el brazo de su enfermera salieron de la estancia.

Don Diego advirtió el rumor de sus pasos.

La caballerosidad que presidía hasta sus actos más insignificantes, le había hecho permanecer en una de las habitacionès más lejanas.

Sin embargo, cuando supo que la joven había salido sin despedirse, no dejó de extrañarlo.

—¿Será posible,—se dijo,—que ni ahora haya conquistado títulos suficientemente grandes para tener una entrevista con esa dama?

No había terminado de hacer aquella pregunta, cuando un criado entró en la estancia.

—Señor,—le dijo respetuosamente,—la mujer á quien recomendáis la custodia de la dama que habéis salvado, desea hablar con vos.

—Haz que pase,—respondió Deza.

Un momento después, se hallaba en presencia de don Diego.

—Caballero,—dijo,—la señorita no ha querido permanecer en vuestra casa por razones que os explicaréis desde luego; pero me ha hecho presente el mucho agradecimiento que os tiene, y me ha encargado que os pida un favor.

La alegría volvió á nacer en el alma de Deza.

—¿Qué quiere esa dama?—preguntó.

—Me ha encargado que os diga que interinamente

se halla en mi casa, donde tendrá sumo gusto en veros hasta que os pueda ofrecer la suya propia.

—Dile que no tardaré en complacerla.

Un momento después, don Diego, después de haberse enterado de la calle en que se hallaba doña Teresa, se dispuso á dirigirse hacia aquellos sitios.

Al fin iba á conseguir sus propósitos.

Ciñóse la espada, se puso el sombrero y salió de su vivienda.

Sin embargo, una idea le preocupaba, idea que muchas veces había atormentado su corazón.

La primera vez que había visto á la joven en el patio de la Alhambra, le había dicho que estaba unida á otro hombre con los indisolubles lazos del matrimonio.

Aquella mujer era imposible para él.

Aun suponiendo que doña Teresa llegase á amarle con toda su alma algún día, la mujer que no había querido permanecer en su casa un solo momento, acreditaba lo mucho en que tenía su reputación.

Deza cruzó algunas tortuosas calles del Albaicín, y llegó al sitio que se proponía.

Entonces tomó el aldabón de la puerta, y le dejó caer sobre la plancha en que descansaba.

CAPITULO XL

LA PRIMERA ENTREVISTA

Un momento después de haber llamado, sintió los pasos de la persona que se acercaba para abrir la puerta.

Marta, ó sea la enfermera de doña Teresa, le hizo entrar en una modesta habitación.

La casa era muy pobre; pero acusaba desde luego un aseo cuidadoso.

La pobre mujer instó á Deza para que tomase asiento.

Este la complació, y un instante después se quedó solo.

Marta quería comunicar á la dama que don Diego estaba allí.

Pasados algunos momentos, sintió Deza el roce del vestido de doña Teresa.

Esta se presentó en la estancia, y alargando su mano, blanca como la nieve, á don Diego, le dijo:

—Caballero, habéis sido mi salvador, y estoy en el deber de daros las más expresivas gracias.

—No tenéis por qué dármelas.

—Os habéis expuesto por salvarme la vida.

—Ese era un deber

—¿Un deber?

—Sí; cuando se trata de una dama, todo caballero está obligado á defenderla aun de los peligros que pueda ofrecer el fuego.

—Veo que, además de valiente, sois galante.

—No puede llamarse galantería cuando se consigna una verdad.

—Sea lo que fuere, el resultado es que á vos os debo estar en el mundo.

—Eso no os lo negaré. El incendio era terrible; jamás he visto llamas más espantosas.

—Sin embargo, no os hicieron retroceder en vuestros generosos propósitos.

—¡Cómo era posible! Se trataba de vos, y un móvil egoísta me impulsó á lanzarme á salvaros.

—¿Un móvil egoísta?

—Sí.

—Tened la bondad de explicarme esa frase.

—¿No lo habéis comprendido?

—Os confieso ingenuamente que no.

—Si ese terrible elemento os hubiese reducido á cenizas, no hubiese podido contemplar vuestra hermosura.

—¿Y qué os importaba, si jamás la habíais visto?

—Os engañáis.

—¿Acaso os habíais fijado en mi persona antes de ahora?

—Muchas veces.

—No recuerdo, aunque me precio de tener buena memoria.

—Sin embargo, no lo acreditáis en esta ocasión, sin duda por la indiferencia con que me mirasteis.

—¿Dónde me conocisteis?

—En el Albaicín.

—¿Tal vez al salir de mi casa?

—No.

—¿Dónde pues?

—Tuve la felicidad de veros una hermosa mañana en que rezabais de hinojos en San Salvador.

—Con efecto, es la iglesia á que asisto los días de fiesta.

—La segunda vez que os hallé en mi camino, no sólo me visteis, sino que cambiamos algunas palabras.

—¡Será posible!

—¿No recordáis la tarde que os sentasteis á descansar en el patio de los Naranjos?

—¡Ah! Tengo una idea vaga. Con efecto, un caballero que recogió mi pañuelo y...

—Aquel caballero era yo.

Teresa dirigió una mirada á don Diego.

—No os extrañe,—le dijo;—todos esos han sido detalles sin importancia, y no tiene nada de particular que no hayan quedado impresos en mi imaginación.

—Sin embargo, yo no he podido olvidarme de ellos, señora.

—Pura casualidad. Ya veis, ¡son tantas las cosas graves que á una le preocupan!

—¿Qué preocupaciones podéis tener siendo casi una niña?

—¡Ay, caballero; yo no soy una niña más que por mis pocos años!

—En verdad que muchas veces he advertido que vuestro rostro tiene grabadas las huellas de una tristeza profunda.

—No es extraño, porque he padecido mucho.

—Eso es un título más para que os aprecie.

—¿Os agrada consolar á las almas que sufren?

—Sí; pero al deciros que es un título más que me impulsaba á apreciaros, aludía á que yo también me encuentro en circunstancias muy anormales.

—¿Tampoco sois dichoso?

—Tampoco.

—Creo, sin embargo, que por mucho que hayáis sufrido, vuestra desgracia no será comparable á la mía.

—Todos pensamos siempre de ese modo.

—No; yo me encuentro en condiciones muy especiales, porque no tengo ni el recurso de la esperanza.

—No obstante, vos tenéis en el mundo alguna persona que os ama.

—¿Yo?—preguntó doña Teresa con incredulidad.

—Recuerdo perfectamente que el día en que tuve el honor de hablaros, me dijisteis que erais casada.

—Con efecto, lo soy.

—¿No os ama vuestro marido?

Doña Teresa guardó un prolongado silencio.

Deza advirtió que asomaban dos lágrimas á sus pupilas.

—Señora,—la dijo,—sé bien que no tengo ningún título para la indiscrección que voy á cometer; pero os ruego que no lo toméis á mal.

—Podéis preguntarme cuanto queráis. Aunque apenas tengo el honor de conoceros, vuestro porte y vuestras acciones me acreditan que sois un caballero, y que es imposible, por lo tanto, que me hagáis ninguna pregunta que pueda ofenderme.

—Cuando os he preguntado si os amaba vuestro esposo, no me habéis querido contestar.

—Son asuntos de la vida privada, cuya revelación me hace daño.

—En ese caso, os ruego que guardéis silencio.

—No; después de todo, yo no tengo necesidad de guardarle unas consideraciones que él no me guarda. Mi marido es un hombre incapaz de amarme, y que, por lo tanto, me ha hecho muy desgraciada.

—¿Vive en esta ciudad?

—No, señor.

—¿Quizá en Córdoba, donde residíais antes de venir aquí?

—Tampoco; no puedo precisaros su paradero.

—¿De modo que no tenéis noticias suyas?

—Las últimas que recibí fueron hace dos ó tres meses.

—¿Y hace mucho que os casasteis?

—Dos años.

—Parece imposible que en tan corto espacio de

tiempo haya dejado de admirar vuestras virtudes y vuestra hermosura.

—Los hombres son muy variables.

—Sin embargo, no me negaréis que hay excepciones.

—Casi estoy por deciros que es la única regla que no las tiene.

—Estáis despechada, y por eso habláis de esa manera.

—No lo creáis; pero vos mismo, que tomáis en este momento la defensa de los hombres, ¿no habréis tenido alguna mujer amada á quien hayáis olvidado?

—No.

Teresa miró á don Diego con incredulidad.

—No he querido más que una mujer en mi vida, —prosiguió Deza,—y he procurado hacerla dichosa, aunque sin conseguirlo.

—¿Luego también tenéis una historia amarga?

—¡Quién no la tiene!

—¿Y vive esa mujer?

—Lo ignoro, aunque su silencio me demuestra que ha muerto.

—¿No habéis hecho gestiones para averiguarlo?

—Muchas, pero todas han sido vanas.

—¡Quién sabe si vuestros temores no serán ciertos!

—Algún día os referiré esta historia, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Os va á parecer demasiado la exigencia.

—Os lo diré con franqueza si fuese así.

—Os referiré mi historia,—prosiguió Deza,—á cambio de que vos me narréis la vuestra.

—No tengo inconveniente; aunque muchos de sus principales episodios se hallan relacionados con otras personas.

—Eso implica poco. Yo no he de repetir lo que me digáis.

—Lo sé. Aunque no he tenido el honor de conoceros hasta hace pocos momentos, os soy deudora de un señalado favor, y quiero recompensároslo con mi confianza.

—Es el mayor premio que podéis ofrecerme.

Deza no podía reprimir su curiosidad.

Pasado un instante, continuó:

—Ya que tenéis ese pensamiento, voy á suplicaros una cosa.

— Cuantas queráis.

—Si ha de llegar un día en que descubráis para mí los arcanos de vuestra historia, ¿por qué no ha de ser hoy mismo?

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque estamos en una casa desconocida.

—Tenéis razón; cualquiera otra persona pudiera escucharnos.

—Mañana mismo pienso instalarme en una nueva vivienda y tendré el gusto de comunicároslo.

—¿En el mismo Albaicín?

—Creo que sí; el Albaicín es el barrio de Granada que más hermoso me parece.

—Para mí tiene también muchos encantos.

—¿Acaso vivía aquí la mujer que amabais?

—Sí, aunque estaba en la vega cuando desapareció.

—¿Hace mucho tiempo?

—No lo sé, porque yo he estado algunos meses en la guerra de la Alpujarra.

—¿Y á vuestro regreso supisteis la fatal nueva?

—Precisamente; á mi regreso la busqué en balde por todos lados. No tengo duda que la desdichada ha muerto en un lóbrego calabozo de la Inquisición.

—¿Qué falta había cometido?

—Ninguna.

—Eso es horrible.

—Sí, señora; es horrible, y lo peor de todo es que no me resta ni la satisfacción de la venganza.

La hora era avanzada.

Don Diego comprendió que no debía molestar por más tiempo á la dama.

Se puso en pie.

—Señora,—la dijo,—ya sabéis que podéis contarme en el número de vuestros amigos.

—Muchas gracias; yo, por mi parte, os encarezco nuevamente mi agradecimiento por lo que habéis hecho por mí.

—No me habléis más de ello; ya os he dicho que no he hecho más que cumplir con un deber sagrado. Pero si algo estimáis mi conducta, no os perdono que me cumpláis vuestra promesa.

—Os la cumpliré.

—¿Cuando me habéis dicho?

—Sí; mañana haré llegar hasta vos las señas de mi nueva casa.

—¿De modo que me permitís que vaya á veros?

—Desde luego.

Deza se inclinó respetuosamente.

La joven correspondió á su saludo.

Un momento después se separaron.

—¡Qué hermosa es!—murmuró don Diego apenas estuvo en la calle.

Entretanto la joven, que se había quedado un instante pensativa, se dijo:

—¿Por qué no habrá sido mi esposo como él?

Doña Teresa se colocó disimuladamente tras una de las celosías de la vivienda de Marta.

De este modo consiguió ver á Deza sin que éste lo advirtiera.

Don Diego se alejó.

Sigámosle á su casa, donde había de entregarse á los más dulces pensamientos.

Tan abstraído iba, que al pasar por delante de la vivienda que en otros tiempos habitaba doña Marina, no lo advirtió siquiera.

Era la primera vez que cruzaba por aquellos lugares sin dirigir una mirada á los balcones.

Don Diego subió la escalera de su casa lentamente.

Después llamó.

Un viejo criado salió á recibirle.

—¿Deseáis alguna cosa?—le preguntó.

—Nada; puedes retirarte.

Cuando entró en su estancia, se asomó á la ventana. Desde ella se descubría perfectamente la habitación de Marta.

Aun brillaban luces en el interior.

¿Pensaría en él aquella mujer cuya memoria le perseguía tan dulcemente?

¿Llegaría un momento en que Deza, olvidando sus desventurados amores con doña Marina, se decidiera á declarar á la joven sus enamorados pensamientos?

Luego recordaba don Diego los indisolubles lazos que la unían á otro hombre.

Teresa le había dicho que su esposo no la amaba; ¡pero quién sabe si este mismo desdén sería un incentivo para ella!

Deza no podía conciliar el sueño.

Deseaba conocer la historia que la dama había prometido contarle.

También estaba dispuesto á referir la suya.

Una vez que ambos estuvieran enterados de los arcanos de su existencia, habían de sentirse unidos por el estrecho lazo de la amistad.

De la amistad al amor no hay más que un paso.

Don Diego, que conocía perfectamente estas máximas, no quería perdonar ocasión de conseguir la primera para obtener después el segundo.

CAPITULO LXI

LA CITA

Al siguiente día levantóse doña Teresa con los primeros resplandores de la aurora.

El cielo conservaba su limpidez.

Millares de pajarillos cantaban en los vecinos cármenes.

La hermosa joven, después de vestirse, abrió la ventana de su modesta habitación.

Esta se hallaba cubierta por una espesa enredadera, entre cuyo verde follaje se descubrían multitud de campanillas rojas y blancas.

El ruido que produjo la falleba al abrirse fué advertido por la madrugadora Marta, que no había querido que su nueva señora no encontrase al levantarse un buen desayuno.

Teresa estaba á la ventana como hemos dicho, con un brazo apoyado en el cerco y la mano en la mejilla,

cuando escuchó que daban en la puerta unos ligeros golpecitos.

—Entrad,—dijo la joven.

Marta obedeció.

Al ver doña Teresa los extraordinarios cuidados de aquella pobre mujer, la dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Es necesario que pongáis mucho esmero en conservar vuestra salud,—dijo Marta dejando sobre una mesa lo que traía,—pues se conoce que os ocupáis demasiado poco de vuestra persona.

—Me hacía falta, con efecto, tener á mi lado una amiga como vos.

—Pues si no la tenéis será porque no queráis.

—¿Por qué?

—Porque mi casa, aunque muy modesta, se halla á vuestra disposición durante todo el tiempo que queráis honrarla.

—He olvidado haceros una pregunta.

Marta miró á la joven como interrogándola.

—Desde que he venido á vuestra casa no he visto á nadie más que á vos.

—¿A quién más habíais de ver?

—¿Acaso vivís sola?

—Sí, señora; mi marido murió hace mucho tiempo y la única hija que tuvimos era un ángel, y voló al cielo en los primeros años de su infancia.

La madre, al decir estas palabras, enjugó las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

—¡Pobre niña mía!—prosiguió después de un ins-

tante;—era tan rubia como vos, y sus ojos también azules como los vuestros.

—¿De modo que vivís completamente sola?

—Por mi desgracia, sí; juzgad ahora de lo mucho que celebrará mi corazón las circunstancias que os han conducido á mi lado.

—¿Y en qué os ocupáis?

—Es difícil que responda á vuestra pregunta, porque ni yo misma lo sé. Los vecinos que conocen mi situación me llaman para que asista á sus casas cuando despiden algún doméstico; otras veces me envían con algún recado; en una palabra, me proporcionan los medios de vivir, y gracias á Dios no me falta un pedazo de pan.

—Si yo os propusiera una cosa, ¿la aceptaríais?

—Desde luego, porque una señorita como vos nunca podría exigirme nada malo.

—¿Queréis veniros conmigo cuando encuentre una nueva vivienda?

—¿Que si querría? ¡Eso sería mi felicidad!

—En ese caso ya sabéis que podéis contar conmigo.

Teresa se sentó un momento; apenas probó lo que había llevado Marta y en seguida dijo á ésta:

—Ahora es preciso que tengáis la bondad de acompañarme.

—¿Vais á salir?

—Sí.

—Pero todavía es demasiado temprano; el ambiente de la mañana pudiera seros nocivo.

—No lo creáis. Quiero salir á estas horas, porque de este modo no nos molestarán los transeuntes ni el calor.

—Como queráis.

Doña Teresa se puso el manto.

Marta se dirigió un momento á su habitación, y en seguida volvió á entrar en el dormitorio de la joven.

—¿Hacia dónde vamos?

—Creo que no tenemos necesidad de salir del Albaicín.

—¿Tratáis de buscar casa?

—Precisamente.

—En ese caso me parece lo propio. Desde que sus antiguos moradores fueron víctimas de los horrores de la guerra, todos los hijos de Granada demuestran su profunda aversión á vivir en este barrio.

—No deja de ser una superstición.

Doña Teresa y Marta salieron de la casa.

Al pasar por delante de la vivienda de don Diego, Marta se encargó de designársela á su señora.

Aunque ésta había permanecido algunas horas en ella el día anterior, no se hallaban entonces sus sentidos en disposición de poder observar nada.

—¿Luego ese caballero vive aquí?

—Sí, señora

—¿No es verdad que es un hombre extraño?

—Parece, con efecto, apartarse de lo vulgar. Si vos le hubieseis visto cuando se precipitó entre las llamas para salvaros, abundaríais todavía más en vuestras ideas.

—Dice que ha llegado hace poco de la Alpujarra.

—No lo dudo; pero si he de hablaros con franqueza, yo le conocía desde antes de su partida.

—¿Sí?

—Muchas veces le he visto entrar en un hermoso palacio de estos barrios.

—¿Vivía en él?

—No; don Diego no vivía allí, pero tenía amores con la propietaria de aquella hermosa mansión. Si sobrenatural os parece este joven, quizá ella os lo hubiera parecido mucho más.

—¿Era hermosa?

—Mucho, aunque sus facciones no recordaban en nada á las vuestras. Sus ojos y sus cabellos eran negros como la noche, su tez ligeramente morena; en una palabra, desde luego revelaba su tipo el origen de sus antepasados.

—¿De sus antepasados?

—Aseguraban por entonces todos los del barrio que doña Marina, que era como se llamaba, descendía de una de las más ilustres familias moras.

—¿Pero conservaba sus inclinaciones mahometanas?

—Nada de eso; doña Marina oía misa diariamente.

—¿Y cómo terminaron aquellos amores?

—No lo sé; lo único que puedo aseguraros es que la joven hacía una vida ejemplar. Todos admirábamos su recogimiento, y jamás se la veía en la calle más que recatada en el manto y acompañada de su dueña.

Yo observé algún tiempo después que don Diego la seguía.

Sin embargo, debió sufrir durante algunos meses los desdenes de doña Marina.

—Eso sería un estímulo para acrecentar su pasión.

—Sin duda alguna. Pero después el caballero entraba en su casa á la hora que mejor le parecía, y hasta pude observar que muchas noches no abandonó el palacio.

—Anoche me hablo don Diego de unos amores, é indudablemente aludía á los que ahora me referís.

—Las malas lenguas, que nunca pueden estar ociosas, aseguraban que en las pocas veces que habían visto á la joven antes de su desaparición, habían advertido que su talle no tenía tanta gentileza.

—¿Estaba en cinta?

—Ya os digo que esa opinión no era mía, que no observé nada, sin duda por no ser asunto que pudiera importarme. Hartas cosas me preocupan para que trate de investigar las de los otros.

—¿Y decís que el palacio de doña Marina está situado en el Albaicín?

—Sí, señora.

—¿Quién le ocupa hoy?

—Creo que nadie. Su dueña se marchó á la vega el mismo día en que salió su amante para la Alpujarra.

—Pero alguna persona estará encargada de su custodia.

—Es indudable; aunque muchas de las casas que habitaban los moros han sido embargadas por la justicia y pertenecen á ella.

—¿Creéis que esa se halle en semejantes condiciones?

—Casi me atrevería á aseguráros lo.

—De todas maneras, ¿habría medios de alquilarla?

—Indudablemente que sí.

—¿Queréis guiarme hacia ese sitio?

—¿Pensáis acaso que habitemos ese palacio?

—¿Por qué no?

—Estaba rodeado de un hermoso carmen, quizá de los mejores del Albaicín.

—Eso es un nuevo atractivo.

Marta y doña Teresa cruzaron algunas calles.

Un momento después, la primera se detuvo delante de una puerta.

—Aquí tenéis el lugar que buscabais.

La joven llamó.

Perdióse el eco del aldabón al caer sobre la puerta.

Nadie respondió.

Entonces doña Teresa se disponía á segundar el llamamiento, cuando uno de los vecinos, á quien había extrañado que alguien tratase de penetrar en la desierta morada de doña Marina, la dijo:

—No os molestéis, señora; en esa casa no vive nadie.

—¿No sabéis á quién pertenece hoy día?

—Creo que á un familiar del Santo Oficio, llamado don Ramiro Crespo.

—¿Vive muy lejos?

—A la salida del Albaicín.

La joven le dió las gracias, y después de adquirir noticias más concretas del nuevo propietario, se dirigió hacia aquellos sitios acompañada de Marta.

Poco tiempo después llegaban á la casa del familiar.

Este era un hombre de unos cuarenta años.

Hablaba poco, pero observaba mucho.

Vió desde luego que doña Teresa, á pesar de su modesto traje, acusaba, por su natural elegancia, que pertenecía á una familia ilustre, y no tuvo inconveniente en escuchar sus propósitos.

—El arrendamiento del palacio será bastante subido,—la dijo,—porque habéis de saber que se halla amueblado con ese lujo que emplean los hijos de Oriente.

—Eso no me importa. Sólo espero merecer de vos un señalado favor.

—¿Qué deseabais?

—Ayer ha habido en mi casa un espantoso incendio, que ha reducido á cenizas cuanto poseía en esta ciudad. Hoy mismo escribiré á Córdoba, y en un breve plazo obtendré los medios de satisfaceros lo que me exijáis.

—Perfectamente. En ese caso podéis disponer de la casa cuando gustéis, aunque sea hoy mismo.

El familiar sabía que no arriesgaba nada con aquella confianza.

Doña Teresa y Marta salieron de la casa, acompañadas de un viejo criado que llevaba las llaves del palacio.

Poco tiempo después estaban delante de su puerta.

Rechinó la enmohecida cerradura y entraron.

Aunque la joven estaba acostumbrada á vivir en medio de las mayores comodidades, y no desconocía ninguno de los encantos de lo superfluo, no pudo menos de sorprenderse al hallarse en presencia de aquel templo del lujo.

Halló una galería cuyo balcón corrido daba al carmen.

Allí habían pasado juntos muchas horas felices don Diego y la desventurada doña Marina.

Pasadas las primeras impresiones, Teresa se sentó en un diván de seda azul recamado en oro, y dijo á Marta:

—Ahora tengo que pediros un favor.

—Cuantos queráis; ya sabéis que estoy dispuesta á serviros.

—En primer lugar, es necesario que transportéis á esta casa cuanto tengáis en la vuestra que os inspire algún interés ó lo consideréis útil.

—¿De modo que estáis decidida á quedaros aquí?

—Desde luego; esta vivienda colma mis deseos.

—¿Y qué más me ordenáis?

—Quiero además que llevéis á don Diego una carta.

—Mucha va á ser su sorpresa al saber que vivís en la última morada de sus amores.

Doña Teresa se sentó, y su mano de nieve trazó unas cuantas líneas sobre el papel.

Estas líneas decían así:

"Esta noche os aguardo á las ocho."

Luego consignaba las señas de su nueva vivienda, y firmó con iniciales.

Marta salió en seguida del palacio para cumplir encargos de su nueva señora.

Un momento después, llamaba á la puerta de don Diego.

—¿Está vuestro amo?

—Sí.

—Tened la bondad de entregarle esta carta lo antes posible.

—¿Precisa la contestación?

—Creo que no.

Marta se alejó.

El criado observó que la letra del sobre estaba trazada por una mano femenina.

Sonrióse maliciosamente, y se dijo:

—Me parece que aunque el amo está triste hace algún tiempo, su melancolía va á ser poco duradera.

Deza estaba leyendo.

Apenas vió el papel que el criado traía, se lo arrebató de las manos con impaciencia.

Luego rasgó el sobre.

No pudo contener una exclamación de sorpresa al saber dónde se había mudado la joven.

—¡Es extraño!—murmuró.—Sin embargo, no dejaré de ir. Además de los deseos que abrigaba por tener una segunda entrevista con esa mujer encantadora, tendré la satisfacción de contemplar una localidad donde ratos tan agradables he pasado.

Su impaciencia fué inmensamente mayor desde aquel instante.

Sin embargo, era preciso aguardar á que pasara todo el día y que llegaran las ocho de la noche, que era la hora indicada por doña Teresa para recibirle.

CAPITULO LXII

EL PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

Por fin llegó la noche.

Deza salió de su casa para dirigirse á la de la dama.

Como el trayecto que tenía que recorrer era muy corto, no tardó en hallarse delante del portón donde tantas veces le había acompañado doña Marina para despedirle.

Un mundo de ideas cruzó por su imaginación.

Don Diego ignoraba completamente el diálogo que había mediado entre Teresa y Marta, el cual había dado origen á que aceptasen la resolución de vivir en aquel palacio del Albaicín.

Miraba Deza hasta los más insignificantes detalles del interior de las habitaciones.

Todo se hallaba completamente igual, y casi no había un objeto que no trajese algún recuerdo á su memoria.

Sin embargo, faltaba lo principal.

Su hermosa moradora no había de salir, como en tiempos más felices, enlazando su cuello con los ebúrneos brazos y colmando su frente de cariñosos besos.

Deza sintió por un instante que despertaban sus dormidos amores.

El criado que le acompañaba abrió una puerta y le hizo pasar.

Precisamente la habitación en que esperaba á Teresa era una de las que su amada frecuentaba más.

Don Diego se sentó en un diván.

Sus ojos vagaron alrededor de la estancia.

A la pálida luz de la luna divisó un retrato que le hizo palidecer.

Era el retrato de doña Marina, fielmente trasladado al lienzo por un hábil pintor.

Levantóse don Diego como galvanizado, y fijó sus pupilas en aquella hermosísima mujer.

Parecía dirigirle una sonrisa.

Muchas veces había visto aquel retrato, pero jamás lo observó con tanta tenacidad.

Verdad es que el original le abstraía entonces mucho más que la confección del artista.

Deza no sintió que doña Teresa acababa de entrar en la estancia.

Esta le observó largo rato, y no quiso despertarle de sus abstracciones.

Sin embargo, un criado penetró en la habitación con una lámpara que colocó sobre una mesa.

Entonces el preocupado joven volvió la cabeza, y

hallándose en presencia de Teresa la saludó respetuosamente.

—¿Sois aficionado á la pintura?—le preguntó la joven dando á su frase una inflexión de naturalidad.

—Sí, señora, me agrada mucho.

—Sobre todo,—continuó Teresa,—cuando el artista ha sabido trazar con su pincel una hermosura tan delicada como la que debía tener esa joven. ¿No es cierto?

—Con efecto, es muy hermosa.

—¿De seguro que sentís que esa creación del artista no sea una verdad?

—A esa pregunta pudiera daros dos respuestas.

—Veamos la primera.

—La primera es que este lienzo no es otra cosa que un precioso retrato de la mujer de que os he hablado, y que, por lo tanto, aunque no es la creación de un artista, como vos me decís, la desgracia la ha conducido á la tumba. Para mí no es mera creación, es una perfecta reproducción de su imagen.

—¿Y la segunda?

—Mi segunda respuesta se relaciona con vos.

—¿Conmigo?

—Sí.

—Veámosla.

—Mal podría sentir que la belleza de ese lienzo fuese una idealidad del pincel, cuando os contemplo á vos, que sois por lo menos tan hermosa.

—Esa frase no es más que una galantería, por la que os doy las más expresivas gracias.

—Ahora debo deciros otra cosa. Desde que he entrado en esta casa no puedo salir de mi asombro.

—¿Os agrada el gusto oriental?

—Mucho; pero no es á esos detalles á lo que me refería.

—¿A qué entonces?

—A que la casualidad ha hecho que vengáis á vivir en la misma casa en que ella vivía.

—Según eso, ¿creéis todavía en las casualidades?

—En virtud de lo que ahora ha ocurrido, no puedo dudar.

—Caballero,—dijo la joven,—esta mañana supe incidentalmente que la antigua morada de doña Marina estaba abandonada, y que pertenecía á un señor llamado don Ramiro Crespo.

—¿Don Ramiro Crespo?

—Sí. Vine á verla, y como la he encontrado bastante cómoda, la he aceptado para residir en ella.

—Pero ¿cómo ha podido ese don Ramiro Crespo hacerse propietario de esta finca?

—No lo sé.

—Verdad es que casi todas las propiedades del Albaicín han sido embargadas.

—¡Parece que os disgusta que viva aquí otra persona que no sea doña Marina!

—Me disgustaría si esa persona no fueseis vos.

Deza quedó un momento pensativo.

Al cabo de un instante, le dijo á la dama:

—Ayer me hicisteis una promesa.

—Que estoy dispuesta á cumpliros.

—En ese caso, os escucho.

—¿No preferís que pasemos al jardín?

—Desde luego; á estas horas está muy agradable.

Don Diego ofreció su brazo á la joven.

Esta se apoyó en él suavemente.

En la misma estancia que ocupaban había una puerta de vidrios de colores que conducía al jardín por medio de una pequeña escalera de mármol.

Delante de la casa había una plazoleta encantadora. Alrededor de su circunferencia se elevaban corpulentos árboles, cuyo follaje estaba iluminado por los rayos de la luna.

Multitud de macetas cuajadas de flores rodeaban una fuente, cuya pila de alabastro sostenía sobre un pedestal un cisne de bronce.

Algunos bancos colocados junto á la fuente parecían brindar á los jóvenes á que tomasen asiento.

—¿Queréis que permanezcamos aquí?—preguntó Teresa.

—Donde queráis.

La joven se sentó.

En cuanto á Deza, no podía apartar sus ojos de aquella deidad.

Poco á poco fueron desvaneciéndose de su mente los tristes recuerdos que le habían asaltado al principio de aquella noche.

—Ahora ya no tenéis excusa para empezar,—dijo Deza.

—Tampoco la he buscado. Comprended que si no tuviera gusto en que conocieseis hasta los más peque-

ños detalles de mi historia, no hubiera tenido necesidad de contárosla.

—Es cierto.

Doña Teresa guardó un momento silencio.

Parecía que trataba de recordar algunas épocas lejanas.

Después de esta breve reflexión, fijó en los ojos del joven sus pupilas azules, y le dijo:

—Creo que no tengo necesidad de recomendaros discreción, porque sois un caballero.

—Lo que me digáis esta noche no saldrá jamás de mi pecho.

—No os lo encargo tanto por la historia que voy á referiros, cuyos detalles, después de todo, han pasado muchos de ellos al dominio público, sino porque las gentes censurarían que tuviese con vos una franqueza que tal vez daría lugar á interpretaciones.

—Tenéis razón.

Teresa se acomodó en el banco y empezó á hablar de esta manera:

—Ya os he dicho que soy natural de Córdoba.

Mi padre era un altivo caballero que gozaba de la estimación del emperador Carlos V.

Cuando estuvo cansado de recoger laureles en más de cien combates, si es que el hombre se cansa alguna vez de gloria, se decidió á cambiar de estado y retirarse de la vida pública.

Había muchas circunstancias para que así lo hiciese.

El magnánimo rey había trocado su regio manto y

su corona por un modesto hábito de jerónimo en el fondo del claustro.

Hacía algún tiempo que mi padre conocía á una hermosa joven, cuya ilustre cuna era tan elevada como la suya.

Casáronse en Córdoba, y ambos vivieron en una apartada alquería, donde yo nací.

—Perdonad que os interrumpa,—dijo Deza,—por ser extrañas todas las circunstancias que en vos concurren; hasta habéis visto la luz primera en el mismo lugar que la mujer que tanto he amado.

—¿También era hija de Córdoba?

—Sí.

—Excuso deciros lo feliz que fuí en mi infancia; mis padres, como ya os he dicho, se hallaban en una excelente posición y yo no carecía absolutamente de nada. Sin embargo, como el bien no es duradero; como no es posible que el horizonte conserve su límpido azul durante muchos días, una nube vino á empañarlo.

Mi madre cayó enferma.

Los médicos opinaron que no estaba la ciencia para conseguir su curación, y la vi expirar cuando sólo contaba siete años.

Mi padre estuvo á punto de volverse loco.

Desde aquel día, su carácter, antes amable y bondadoso, se tornó en brusco y desabrido.

La gran mayoría del tiempo se lo pasaba en el campo, y no queriendo aceptar de nuevo la vida de campaña, con lo que se exponía á perder la existencia y dejarme sola en el mundo, buscó un antídoto en

la imagen de la guerra, pasándose casi todo el día en la persecución de los ciervos y jabalíes que pueblan aquellos agrestes jarales.

Una tarde advertí en mi casa una gran confusión. Todos los criados transitaban con rapidez por los dilatados corredores de la alquería. Aunque era muy niña no dejó de excitar mi curiosidad aquel movimiento, y le pregunté á una antigua dueña lo que ocurría. La pobre mujer me cogió en sus brazos, y cubriendo mi frente de besos, porque me quería mucho, me dijo:

—¡Ay, pobre hija mía, ya te has quedado sin padre!

Yo no tenía una idea exacta de lo que era la muerte. Sin embargo, me estremecí. Me acordé de mi madre, á quien había visto inmóvil y pálida sobre negros paños y cercada de luces, sin que jamás hubiese podido borrarse de mi imaginación aquel terrible cuadro.

Mi padre había salido de caza aquella misma mañana.

¿Qué había originado tan rápidamente su muerte?

No pasó mucho tiempo sin que lo supiera.

Cuando la dueña me soltó, me dirigí hacia el dormitorio del autor de mis días.

La puerta estaba entornada.

Entré en la estancia.

Algunos médicos y muchos criados rodeaban el lecho.

Como yo era muy pequeña, me deslicé entre ellos y no tardé en hallarme junto á mi desventurado padre.

Este tenía una profunda herida en el pecho, por la que brotaba la sangre á borbotones.

Guardó silencio un instante doña Teresa.

Un hondo suspiro se escapó de sus labios.

Deza respetó su dolor.

Un momento después, la joven prosiguió:

—A mi padre, siempre que iba á cazar, le acompañaba un viejo escudero y algunos criados que le servían de ojeadores.

El buen Garcés, que así se llamaba, sentía por su amo ese respetuoso cariño de los hombres que han encanecido en una casa.

Competente como ninguno en lances venatorios, era el consejero de mi padre en este noble ejercicio.

Aquella tarde, según supe después, apenas habían conseguido ver la caza, á pesar de los esfuerzos de los criados que la hostigaban con sus voces entre la jara.

Sin embargo, cuando ya pensaban en el regreso, vió mi padre un hermoso ciervo que no estaba al alcance de su arcabuz.

El práctico Garcés le dijo que no se moviese de aquel sitio, y él se marchó hacia las asperezas de la sierra, con objeto de ojear la res y obligarla á acercarse á mi padre.

Pasó media hora.

Mi padre estaba dotado de una impaciencia que se revelaba en casi todos los actos de su vida.

A pesar de las prescripciones del escudero, abandonó su puesto temerariamente, y no tardó en hallarse en las escabrosas espesuras de la montaña.

De pronto sintió cerca las pisadas del cuadrúpedo.

Venía hacia él. Preparó su arcabuz, pero no pudo dispararle.

Otra detonación sonó, y una bala partió el pecho del autor de mis días.

Mi padre lanzó un grito y cayó desplomado.

El viejo Garcés, que ignoraba completamente que su señor estaba allí, al advertir que se agitaban las jaras con una fatal impremeditación había hecho fuego.

Cuando escuchó el grito de muerte que lanzó su señor, se quedó petrificado.

Un sudor frío corrió por su frente.

Dudando, sin embargo, todavía de aquella terrible verdad, se dirigió hacia el sitio.

Entonces su desesperación no tuvo límites.

Sólo os diré que la misma noche en que mi padre dejó de existir, Garcés se ahorcó de una de las almenas del castillo, alegando que un escudero no podía derramar la sangre de su señor, aunque lo hubiera verificado inconscientemente.

Cuando supe que mi padre ya no existía, las lágrimas quemaron mis ojos.

Aunque era muy pequeña, no parecía sino que una voz secreta me aseguraba que desde aquella época habían de empezar mis mayores desgracias.

Todos los servidores de casa, y muy especialmente la dueña de que os he hablado, querían que permaneciese en el castillo; pero un hermano de mi padre,

que estaba en Córdoba, se apresuró á pasar á la alquería en cuanto supo la desgracia que había ocurrido.

Comprendiendo mi tío que era imposible que siguese allí, y no determinándose tampoco á llevarme á su casa, porque era padre de una numerosa familia, decidió instalarme en uno de los mejores conventos, con el doble objeto de que me hallase al abrigo del claustro y adquiriese una educación de que me había visto privada por el extraordinario cariño de mis padres, que temían resentir mi débil imaginación.

Allí permanecí algunos años sufriendo el enojoso contacto de mis severas profesoras.

Sólo tenía una amiga que se llamaba Cecilia. También descendía de una familia ilustre, y era huérfana de padre y madre como yo.

Tal vez estas circunstancias fueron la base de nuestra simpatía.

Cecilia tenía dos años más que yo.

Una hermosa mañana en que ambas paseábamos juntas por la extensa huerta que rodeaba el edificio, sentimos que, á través de la tapia que lo defendía, se escuchaba el rumor que producen dos personas que sostienen un diálogo.

Sentimos curiosidad, y acercándonos á la vieja puerta, cuyas maderas estaban desunidas por la acción del tiempo, por sus intersticios pudimos descubrir dos apuestos mancebos cuya hermosura y elegancia llamaron desde luego nuestra atención.

Uno de ellos, en particular, se atrajo desde luego nuestras simpatías.

Sus ojos eran negros y expresivos, ancha y despejada su frente, su tez morena, y su labio superior apenas se hallaba sombreado por un ligero bozo.

Su compañero era rubio, y aunque acusaba en todas sus facciones la dulzura de su carácter, no podía competir con su amigo.

Tanto Cecilia como yo estuvimos unánimes en estas apreciaciones.

Los dos jóvenes, como ya os he dicho, sostenían un amistoso diálogo.

—¿No es ésta la huerta del convento?—preguntaba el primero á su interlocutor.

—Sí,—respondió éste.

—¿Conoces á las colegialas?

—No las conozco, ni es fácil de realizar esta empresa.

—¿Por qué?

—Porque están bajo la custodia de las monjas, y éstas ponen un escrupuloso esmero en que no salgan jamás.

—Eso no significaría mucho, amigo Guzmán; todo sería que yo desease verlas en alguna ocasión.

—¿Y cómo te las compondrías para ello, mi buen Velázquez?

—Saltando las tapias del jardín.

Cecilia y yo nos miramos con asombro al oir aquellas frases.

La decisión del joven Velázquez nos parecía encantadora.

—No te parece,—prosiguió éste,—que tras las pa-

redes del colegio encontraríamos algunas jóvenes muy lindas?

—Desde luego.

—Si algún día me caso ha de ser con una colegiala.

Ambos rieron un momento, y después Velázquez, que era el que principalmente llamaba nuestra atención, le dijo á su amigo Guzmán:

—¿Quieres que pongamos en práctica nuestro proyecto?

—¿El de escalar la tapia?

—Sí.

—No me parece oportuna la hora.

—¿Por qué?

—Porque muchas veces he observado desde las ventanas de mi casa, que está muy próxima, como sabes, que el jardinero entra á estas horas.

—¿Y qué nos importa el jardinero?

—Mucho.

—¿Acaso le temerías?

—Yo no temo á nadie, como te he acreditado en distintas ocasiones; pero ese hombre sería suficiente para impedir nuestros planes.

—Con efecto, tienes razón; daría aviso á la madre abadesa de nuestro asalto.

—Y la madre abadesa pondría á las colegialas en terreno seguro.

—¿Qué hora te parece oportuna?

—Esta misma tarde.

—Es necesario que busquemos en estos sitios la idealidad de nuestros amores.

—Aceptado.

Ambos jóvenes se dieron un apretón de manos en señal de alianza y partieron.

Cecilia y yo nos quedamos pensativas.

Las dos habíamos entrado en el colegio en esa edad en que todas las aspiraciones se satisfacen con un juguete.

Sin embargo, yo ya tenía quince años, y mi amiga dos más, como os he dicho.

No nos dijimos una palabra á pesar de la mucha confianza que entre ambas existía; pero las dos formamos el proyecto de bajar aquella tarde al jardín.

Cecilia se retiró al edificio del colegio.

Yo permanecí todavía cerca de una hora en aquel mismo sitio.

Velázquez había pronunciado una frase que no se apartaba de mi mente.

—Es necesario que busquemos aquí la idealidad de nuestros amores.

¿Qué era el amor? Os juro que tenía un absoluto desconocimiento de él. Criada con mis padres en una alquería, sepultada después entre los espesos muros del claustro, no era fácil que conociese sus dulces impresiones.

Sin embargo, una voz secreta me advertía que el amor era la esencia de la felicidad.

Incliné la cabeza sobre el pecho y me quedé pensativa.

CAPITULO LXIII

EL AMOR

Doña Teresa hizo una breve pausa.

Don Diego guardó un profundo silencio.

La joven continuó:

—Me hallaba abismada en mis reflexiones, cuando vi que se posaba una mariposa sobre una flor.

Un instante después acudió al mismo sitio otro de esos preciosos insectos. Ambos partieron juntos, tendiendo en el espacio sus pintadas alas.

Recordé también que muchas veces había visto dos pájaros en una misma rama.

Indudablemente aquello era el amor.

Y si este afecto imperaba en esos seres, ¿cómo era posible que no lo experimentásemos nosotros?

Miré al cielo, y lo encontré más hermoso que nunca.

Las flores y los árboles me parecían más lozanos.

Todo lo contemplaba bajo un prisma más encantador.

Mi alma se asemejaba á la mariposa que rompe su oscura crisálida y sacude sus húmedas alas para lanzarse á los espacios de la luz y de la libertad.

El sol me advirtió que debía volver al colegio.

Cuando estuve en él, me dirigí á mi pequeña celda, y sacando del arca un espejito que contenía parte de mi ajuar, me contemplé en él.

Os confieso ingenuamente que tuve la debilidad de encontrarme hermosa, y que, estableciendo comparación con mi amiga, adquirí la certeza de que no podía competir conmigo.

No es fácil que pueda pintaros la impaciencia con que esperé la llegada de la tarde.

Cecilia debía hallarse también presa de la propia inquietud, pero no me dijo una palabra.

Había una razón para que las dos guardásemos este silencio.

Aunque los jóvenes que habían rondado las tapias del jardín eran dos, ambas habíamos fijado nuestra atención en el mismo.

No pudiendo esperar á que llegase la hora crítica, burlé la vigilancia de las profesoras, y subí á la torre del edificio que estaba destinada á palomar.

Las cándidas palomas revolotearon asustadas al sentir que yo abría la puerta de su tranquila morada.

En seguida me asomé á la pequeña ventana, desde la que se descubría una gran extensión de horizonte.

Buscaba, como comprenderéis, la casa de Guzmán, que había asegurado que vivía junto al colegio.

Con efecto, cerca de las tapias de éste se elevaban las de un hermoso jardín, en cuyo centro había una casa que merecía los honores de palacio.

Era indudable que tanto Velázquez como Guzmán pertenecían á una familia elevada.

La hora crítica iba á llegar.

El sol empezaba á esconderse detrás de los altivos picos de las montañas cordobesas.

Volví á cerrar con cuidado la puerta del palomar, y esquivando la presencia de las profesoras, me dirigí á la huerta.

Mucho antes de llegar al sitio en que había estado aquella mañana, descubrí á Cecilia.

Esta estaba de pie, apoyando su espalda en una hermosa encina, cuyo espeso ramaje la preservaba de los últimos rayos del sol.

Pareció sorprenderse con mi visita.

—¿Qué haces aquí?—la pregunté.

—¿Y tú?—me respondió.

—Cecilia,—la dije,—siempre han existido entre ambas los lazos de la amistad, y por lo tanto, no es posible que no tengamos una absoluta franqueza.

—Es verdad.

—Yo he venido con el objeto de ver si realizan su temerario propósito los jóvenes que hemos conocido esta mañana.

—Y yo también.

—¿Cuál te ha sido más simpático?

—Ya te he dicho que el llamado Velázquez. La palidez de su rostro le hace más interesante.

—Es verdad.

—Si ese joven te hablase de amores, ¿qué harías?

—No lo sé; ¿y tú?

—Tampoco puedo responderte.

—En ese caso vamos á hacer un convenio.

—Veamos qué convenio es ese.

—Si tú le pareces más hermosa, yo me resignaré, sin que por eso se entibie lo más mínimo nuestra amistad.

—Perfectamente.

—En cambio, si ocurre lo contrario, tú harás lo propio.

Hecho este convenio, las dos callamos.

Acabábamos de escuchar por la parte de fuera la voz de los jóvenes.

Un momento después Velázquez estaba subido en la tapia y saltó al jardín.

Guzmán le siguió.

Nosotras no sabíamos qué partido tomar.

Una vez que vimos que habían puesto en práctica su atrevido proyecto, se nos figuraba que las profesoras iban á sorprendernos.

Velázquez se acercó á mí, y con acento muy cortés y cariñoso me dijo:

—Señorita, veo que os habéis asustado con nuestra repentina aparición; pero yo os ruego que recuperéis vuestra tranquilidad, pues tanto mi amigo como yo no hemos querido más que admirar vuestra hermosura.

Yo no sabía qué responder.

Entretanto el joven Guzmán decía frases semejantes á mi amiga Cecilia.

Velázquez, á quien no sorprendía mi silencio, continuó:

—Si os somos molestos, nos marcharemos en seguida.

—Comprended,—le dije con acento turbado por la emoción que experimentaba,—que puede venir alguna de las profesoras.

—Eso no es fácil; desde aquí se divisa perfectamente la puerta del colegio y junto á nosotros hay un bosquecillo que nos ocultaría á sus miradas.

Las razones que me daba eran muy convincentes para una niña de quince años, que por primera vez se encontraba al lado de un joven.

No volví á insistir en que se marchase, y ambos entablamos un animado diálogo.

Sólo os diré que sus palabras herían las fibras más delicadas de mi corazón, y que cuando hubo necesidad de separarnos, habíamos tratado una nueva cita para la siguiente tarde.

Velázquez y Guzmán salieron del jardín del mismo modo que habían entrado, y Cecilia y yo nos dirigimos al colegio.

Yo iba radiante de alegría.

En cambio, mi compañera se hallaba triste.

—¿Qué te ha dicho Guzmán?—la pregunté.

—No puedo decírtelo, porque apenas me he fijado en sus palabras.

—¿Será posible?

—A mí no me gusta ese joven.

—Parece, sin embargo, muy amable.

—No lo dudo, pero no es tan simpático como Velázquez.

—Ya sabes lo que hemos convenido.

—Lo recuerdo perfectamente; yo sigo siendo tu mejor amiga; pero ya que has tenido la suerte de que ese joven se dirija á ti, déjame por lo menos conservar el derecho de no amar al otro.

—¿Quién sabe si sus prendas morales son tan superiores como las de su amigo?

—Difícil es de adivinar; pero lo cierto es que no me gusta.

Cuando llegamos al colegio, las profesoras se disponían á buscarnos.

—Ya os he dicho, hijas mías,—dijo la abadesa con acento de cariñosa reconvención,—que no quiero que estéis en el jardín hasta tan tarde, pues el relente de la noche es malsano.

La pobre señora creía que no existían en el jardín más peligros que el relente de la noche.

Ignoraba que había para nosotras unos mucho mayores.

La campana del refectorio anunció con sus vibraciones que había llegado la hora de la cena.

Me senté junto á la mesa por pura fórmula, pues no quise comer.

A Cecilia le pasó lo propio.

Habíamos experimentado demasiadas impresiones.

Terminada la cena, pasamos al oratorio, como de costumbre, para rezar el rosario.

Después las monjas nos ordenaron que nos retirásemos á nuestras habitaciones.

Al siguiente día era necesario madrugar.

En vano quise conciliar el sueño.

La imagen de Velázquez me perseguía.

Cuando estaba próximo el amanecer pude dormirme un instante y soñé con él.

Parecíame en las fantásticas creaciones de mi sueño que el joven me conducía del brazo por uno de los principales paseos de Córdoba.

Me había libertado del penoso yugo del colegio, haciéndome su esposa.

Las dulzuras de este sueño fueron interrumpidas por la profesora encargada de despertarnos.

Jamás he dirigido á nadie una mirada más rencorosa.

Desde aquel instante, mis mejillas palidecieron, y siempre estaba abstraída.

La madre abadesa y demás religiosas no podían darse una explicación de esta metamorfosis.

Sólo había en el convento una persona que lo comprendía, y ésta era Cecilia.

Diariamente nos veíamos en el jardín Velázquez y yo.

En cuanto á Guzmán, menos afortunado en sus

amores, había desistido, en presencia de los desdenes de mi compañera.

La pobre Cecilia amaba á Velázquez con toda su alma.

El no lo advirtió siquiera; pero mis ojos, más perspicaces que los suyos, no dejaron de notarlo.

Tuve una debilidad censurable, pero propia de mi sexo.

La tristeza de Cecilia me ocasionó celos; yo sabía que aquella mujer amaba al mismo hombre que yo, y mi simpatía hacia ella se fué debilitando.

Prohibí terminantemente á mi amante que la dirigiese la palabra, y éste no dudó un momento en cumplir una exigencia que no le costaba gran trabajo.

Mi amiga advirtió bien pronto el cambio que en ambos existía, pero ella calló prudentemente.

Era uno de los ángeles que Dios manda á este mundo para sufrir y volver al cielo después de redimidas sus pequeñas culpas.

El día en que yo cumplí los diez y seis años, ó sea uno después de haber conocido á Velázquez, recibí una desagradable noticia.

Considerando mi tío que mi educación estaría completamente terminada, y que, por lo tanto, me hallaba en disposición de salir del convento, escribió una epístola á la madre abadesa, en la que le decía que aquella misma tarde iría á buscarme para que viviese á su lado.

Hay que advertir que mi tío había perdido recientemente á su hija mayor, que, según aseguraban, tenía un extraordinario parecido conmigo.

Esto debió inducirle á llevarme á su casa.

Aquella tarde bajé al jardín muy disgustada, porque comprendí desde luego que mis entrevistas con Velázquez habían de hacerse muy difíciles, si no imposibles.

El joven me aguardaba ya.

No tardó en comprender que alguna cosa me ocurría.

—¿Qué tienes, mi querida Teresa?—preguntó.

—Tengo que darte una mala noticia.

—¿Se han enterado en el colegio de nuestros amores?

—No.

—Entonces ¿qué ocurre? Habla pronto; ya sabes que soy impaciente.

Le referí cuanto ocurría, y se quedó un momento pensativo.

Pasadas las primeras impresiones, me dijo:

—Y después de todo, ¿qué nos importa eso?

—¿Que, qué nos importa? ¿No comprendes que mi salida del colegio será un obstáculo para nuestros amores?

—¿Por qué?

—¿Dónde nos veremos?

—En tu propia casa.

—Tú no conoces el carácter de mi tío.

—Aunque sea más severo que mi propio padre, que lo es mucho, no creo que me cierre las puertas de su morada.

—¿Y si lo hiciese?

—No lo hará, porque yo le hablaré de nuestras relaciones, enterándole de mis propósitos.

—¿Tus propósitos?

—Sí. ¿Acaso imaginas que siempre hemos de estar como hoy? Yo te amo demasiado, Teresa, para que no piense en unirme en lazo eterno.

Al escuchar aquella frase me estremecí de placer.

Deza, yo le amaba con ese amor puro y santo de la primera juventud.

Tranquilizada con su promesa, me despedí de él, encargándole que no volviese por el colegio, pues debía abandonarle aquel mismo día.

Cuando me retiraba á mis habitaciones encontré á Cecilia.

Esta tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¿Qué tienes?—la pregunté.

—Acaban de asegurarme que hoy nos abandonas.

—Con efecto, mi tío quiere que me vaya á vivir á su casa.

—Yo no podré acostumbrarme á morar entre estos lóbregos muros sin el aliciente de tu amistad.

La besé la frente, y cogiendo sus manos entre las mías, la dije:

—Yo te prometo que vendré á verte con frecuencia.

Nuestro diálogo fué interrumpido por la llegada de la abadesa.

Esta buena señora iba á manifestarme que mi tío acababa de llegar.

Cuando entré en la estancia en que me aguardaba,

no pude contener mi turbación, porque apenas le conocía.

Era un hombre de unos cincuenta años, aunque parecía hallarse en todo el vigor de su juventud.

Había pertenecido muchos años á la carrera de las armas, y aun se preciaba con razón de saber regir el potro más brioso y de blandir como el primero una pesada lanza.

Me presenté á sus ojos con el modesto traje de colegiala, y me estrechó entre sus atléticos brazos.

—Eres un retrato de mi pobre Margarita,—me dijo aludiendo á la hija que había perdido,—y esto, además de tus virtudes, será un título para que yo te quiera con toda mi alma.

Despedíme de mis profesoras y condiscípulas, y muy en particular de Cecilia, que se arrojó en mis brazos deshecha en un mar de lágrimas.

Yo también sentí abandonar aquellas sombrías paredes, pero no quise demostrárselo al hermano de mi padre.

Junto á la puerta del edificio que daba al campo, esperaba el coche de mi tío.

Me hizo subir á él, subió después, y los caballos partieron al trote.

Yo iba muy cortada, lo que no extrañó á mi tío, que no veía en mi timidez más que los naturales resultados de la mística educación que había recibido.

Transcurrida una media hora entramos en la ciudad y nos detuvimos delante de un palacio.

Era la morada del hermano de mi padre.

Su esposa era una excelente señora, en cuyas facciones se adivinaban desde luego sus buenas cualidades morales.

Don Antonio Montemar, que este era el nombre de mi tío, tenía tres hijos.

El primogénito se llamaba Fadrique, y contaba veinte años.

Estaba dotado de una hermosura varonil y de una extraordinaria elegancia.

Sin embargo, en los negros ojos de mi primo existían casi siempre irradiaciones que acusaban su alma pérfida.

Dedicábase, como lo había dicho su padre, á la noble carrera de las armas, por la que sentía una verdadera inclinación.

Fadrique era alférez, y esperaba medrar en poco tiempo bajo la poderosa influencia de su padre.

Llamábase Isabel su hermana, que tenía la misma edad que Cecilia.

Era una encantadora joven, en quien desde luego deposité mi confianza más absoluta.

La tercera hija de Montemar era una niña de diez años, cuya débil complexión hacía creer á sus padres que no conseguirían que llegase á la juventud á pesar de sus muchos desvelos.

Mi tío me presentó á sus hijos, que me saludaron con demostración de verdadera alegría.

Cuando dieron las diez de la noche, todos nos despedimos hasta el día siguiente.

Yo tuve un disgusto al saber que debía dormir en el mismo cuarto de mi prima mayor, porque esta circunstancia me incapacitaba por el pronto para asomarme al balcón, desde donde podría á las altas horas de la noche hablar con mi amante.

Nuestro dormitorio era encantador. En él no faltaba ninguno de esos objetos caprichosos que constituyen las delicias de las mujeres.

Acostóse mi prima en su lecho, blanco como una paloma, y yo hice lo propio en el mío.

Después de un breve diálogo, se entornaron sus ojos y se quedó dormida.

Los rubios cabellos flotaban por la almohada como una cascada de oro.

Entonces me levanté haciendo el menor ruido posible, y caminando sobre las puntas de los pies, cubrí mi pecho y mi espalda con un chal y me asomé á la ventana.

Aunque los vidrios estaban cerrados, se descubría perfectamente la calle, cuya arena estaba iluminada por los pálidos rayos de la luna.

Pensé en Velázquez. Mi corazón me decía que era posible que fuese á rondar mi nueva casa á pesar de lo avanzado de la hora.

Un instante después se descubrió en el final de la calle la sombra de un hombre.

Este iba recatado en su capa.

El regatón de su espada relucía.

—¿Será él?—me pregunté.

Sin embargo, no tardé en comprender que me había engañado.

El joven dejó caer el embozo que le cubría, y conocí á mi primo Fadrique.

Después introdujo una llave en la cerradura, lo que pude comprender por el ruido que ésta produjo.

Sentí después sus lentos pasos por la escalera y el golpe que produjo la puerta al cerrarse.

Un momento después las estrellas se disipaban para dejar paso á la aurora.

¿Qué había hecho el joven toda la noche?

Cuando mi prima se despertó le conté lo que había visto, y me respondió:

—No tiene nada de extraño; mi hermano se retira á casa á esas horas todas las noches.

De esta manera transcurrieron algunos días sin que yo lograse ver á Velázquez más que desde la ventana; pero como el cuarto de mis tíos se hallaba muy próximo, yo no me atreví á hablarle, ni él quiso comprometerme.

Supe, sin embargo, por una breve epístola que me arrojó desde la calle, que le habían prometido unos conocidos suyos presentarle á mi tío.

La casa de éste tenía también un pequeño jardín.

A él solía yo bajar acompañada de mi prima en las horas en que el sol lo permitía, dedicándonos ambas á nuestras labores.

Una mañana en que estábamos juntas, Isabel me preguntó:

—¿Estás triste á nuestro lado?

—No lo creas.

—A pesar de que tú no lo confiesas y que soy casi una niña, no se me puede ocultar que hechas de menos el colegio.

—¿Qué encantos podía ofrecerme ese sitio?

—¿No tenías en él una amiga?

—Sí.

—Quizá su separación te preocupa.

Yo guardé silencio: mis labios no han podido mentir jamás.

Siguió nuestra conversación, y no pudiendo ocultar por más tiempo las causas que originaban mi tristeza, le hice saber á mi prima los amores que hacía un año sostenía con Velázquez.

—Mucho me alegro que me hables con esa franqueza, que no debo extrañar, pues yo también voy á corresponder á ella con la mía. Has de saber que yo también tengo amores con un amigo de tu novio.

—¿Se llama Guzmán?

—Precisamente.

—¿Y le conoce tu padre?

—Todavía no. Le he visto por primera vez en una reunión donde ambas concurriremos dentro de unos días.

—¿Y crees que tu padre no se oponga á esas relaciones?

—Creo que no. Mi padre adora á todos sus hijos, y no existen motivos para que censure mi elección. Guzmán pertenece á una familia tan noble como la

muestra, y será heredero de una cuantiosa fortuna.

—¿Y si mi tío supiese las aspiraciones de Velázquez?

—Si he de contestarte con franqueza, no sé cómo lo tomará.

—¿Por qué? ¿Acaso no es noble también?

—Mucho; pero mi padre tenía un proyecto que se desvanece con tus amores.

—¿Qué proyecto era ese?—le pregunté.

—Quería que fueses esposa de mi hermano.

—¿De Fadrique?

—Sí.

—Pero ¡si jamás se ha fijado en mi persona!

—No lo dudo, aunque me consta que le has parecido muy hermosa.

—Eso no es bastante para que nos uniésemos.

—Es verdad; y desde el momento en que yo sé que amas á otro, he de interponer toda mi influencia para que abandone sus proyectos.

Las dos guardamos silencio.

En una de las cercanas alamedas del jardín se escucharon los rumores que producían los pasos de una persona que se acercaba.

No tardamos en divisar á Fadrique.

Este venía entonando una canción.

Se acercó á nosotras, y después de depositar un beso en la frente de su hermana, me saludó con mucha cortesía.

—¿Has abandonado ahora el lecho?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las once.

—Para el que no tiene quehaceres, no es muy tarde.

—Los que se acuestan con el alba no pueden ser muy madrugadores.

—Con efecto; más valía que anoche me hubiese venido á casa temprano.

—¿Te ha ocurrido alguna cosa desagradable?

—He perdido mil ducados.

El joven nos saludó de nuevo y se alejó.

Un instante después repetía el tema de la canción que había entonado al aproximarse á nosotras.

CAPÍTULO LXIV

UNA TRAICIÓN INDIGNA

—Os confieso ingenuamente,—prosiguió Teresa sin interrumpir su empezada historia,—que las palabras de mi prima Isabel me preocuparon.

Sabía muy bien que mi tío, á pesar de ejercer sobre mí su noble cargo de tutor, no conseguiría que se celebrase una alianza que no era de mi agrado; pero no por eso dejé de comprender que mi negativa sería un poderoso motivo para perder el afecto de los individuos de aquella familia, que eran los únicos que quedaban en el mundo para velar por mí.

Aquella noche pretexté que me hallaba un poco indispuesta, y mientras mis tíos y sus hijos cenaban, me asomé á la ventana de mi habitación.

Velázquez había recibido mi aviso por medio de una corta misiva que le eché aquella misma mañana.

Cuando vi á mi amante le expresé mis deseos de

que se hiciera presentar á mi tío lo antes posible, aunque tuve buen cuidado en no decirle los móviles que me inducían á suplicarle esta urgencia.

Velázquez me respondió que había tenido noticia de que dentro de unos días se celebraba en Córdoba un baile en casa de una marquesa, á cuya fiesta asistiría mi tío conmigo y su hija mayor.

Comprendí que aquel baile era el mismo de que me había hablado Isabel, y tanto Velázquez como yo quedamos de acuerdo en que nos veríamos aquella noche. Nuestro coloquio amoroso no pudo seguir.

Sentí la proximidad de los pasos de mi tía, y cerrando la ventana repentinamente, apenas tuve tiempo de reclinarme en un sillón.

La noble señora se sorprendió de no hallarme en el lecho, y ella misma me ayudó á acostarme.

Llevaba muchas noches de insomnio, y la naturaleza no tardó en exigirme el tributo del sueño.

Sin embargo, como anticipé el descanso, al siguiente día me hallaba despierta antes de que se advirtiesen en el cielo los primeros resplandores del alba. Isabel dormía tranquilamente.

Salté del lecho y me vestí.

Un instante después descorrí el pestillo de la puerta, y cerrándola con cuidado de nuevo, bajé á tientas la escalera que conducía al jardín.

Al rumor de mis pasos ladró el lebrel.

Yo le llamé al entrar en el pequeño parque, y el pobre animal se acercó á mí haciendo demostraciones de alegría.

En aquel instante empezaba el crepúsculo matutino.

La tierra estaba húmeda por el rocío de la noche.

Fueron ocultándose las estrellas, y los pájaros entonaron su alegre concierto. De pronto sentí el ruido que produce una llave al girar en la cerradura.

En el jardín había una pequeña puerta que daba salida al campo.

Abrióse ésta, y apareció en sus umbrales mi primo Fadrique que se retiraba á aquellas horas.

Quise ocultarme, pero ya no era posible.

El joven traía la capa mal colocada sobre los hombros y el sombrero echado hacia atrás.

Desde luego advertí en su fisonomía algo extraño, pero no pude explicarme hasta después lo que lo producía.

La mañana estaba fresca; sin embargo, mi primo tenía en las mejillas un subido carmín, lo que contrastaba con su natural palidez.

Acercóse á mí con paso inseguro, y tomando mi mano entre las suyas, me dijo:

—No había observado hasta ahora que eres muy bella.

Al decir esto trató de rodear mi talle con su brazo, pero pude evitarlo con una ligera ondulación.

Clavó entonces en mis ojos su ardiente mirada, que brillaba por los efectos de la fiebre.

Luego me dirigió una sonrisa, y le vi alejarse.

Fadrique iba bajo los efectos de la embriaguez.

—¿Y es este el hombre que quieren destinarme para esposo?—me pregunté.—Ayer ha perdido mil ducados en el juego, y hoy viene ebrio. ¡Con estas dos cualidades no dejaría de hacerme dichosa!

No quise decir á nadie lo que me había ocurrido, porque mis tíos me hubiesen regañado al saber que había bajado al jardín á semejantes horas.

Desde aquel día, mi primo me causó una profunda aversión.

El no dejaba de advertirlo, y esta causa fué más que suficiente para que naciera en su alma el deseo de contrarrestar mi antipatía.

El voluntarioso joven, acostumbrado á no sufrir jamás las reprensiones de sus padres, que le idolatraban, avezado á andar entre mujeres que le vendían un amor mercenario, no pudo resignarse con mis desdenes y brotó en su pecho una de esas pasiones que dimanan del amor propio menospreciado.

Este fué el origen; pero al poco tiempo, bajo el incentivo de mi indiferencia, aquel amor se convirtió en locura.

A todas horas me perseguía; y sus padres, á quienes no trató de ocultar lo que experimentaba, vieron con satisfacción que Fadrique pasaba las veladas á nuestro lado, en vez de dedicarse á la disipación de sus bienes con los turbulentos amigos que hasta entonces le habían acompañado.

El baile de la marquesa iba á verificarse.

Las cosas habían llegado á tal punto, que yo necesitaba hablar con Velázquez.

Si él me amaba no tendría inconveniente en hablar á mi tío, y nuestras relaciones se santificarían ante el altar, aunque se opusiera mi tutor, pues yo estaba decidida á todo.

Llegó la noche del baile, y yo creí que Fadrique nos acompañaría, pero me equivoqué.

Ya podréis comprender las impresiones que experimentaba mi alma.

Iba á ver á mi amante con libertad, después de mucho tiempo, y además iba á ser presentada en un mundo que desconocía por completo.

Mi corazón latió con violencia cuando vi que el carruaje que había de conducirnos á casa de la marquesa se detuvo delante del palacio.

Fadrique me ofreció el brazo para bajar la escalera. Yo le di las gracias, pero insistió de nuevo, y no me atreví á desairarlo en presencia de mi tío.

Este, Isabel, Fadrique y yo nos encontrábamos un momento después instalados en el coche.

Mi tía se había quedado acompañando á su hija menor.

Durante el trayecto mi primo fué silencioso, pero sin apartar de mí sus miradas.

Llegamos á casa de la marquesa.

Nuestros pies se hundían en la alfombra que cubría los peldaños de mármol.

Todos los criados vestían espléndidas libreas.

El salón era un magnífico conjunto de tapices, de flores y de luces.

Me presentaron á la dueña de la casa, que estuvo

conmigo muy cariñosa, y me tributó todo género de elogios.

Después mi prima y yo nos sentamos juntas.

Yo dirigí una mirada alrededor del salón.

Velázquez no estaba todavía.

Las damas, ricamente vestidas y cubiertas de piedras preciosas, parecían flores cuajadas de gotas de rocío. De pronto mis mejillas palidecieron y sentí que mi corazón palpitaba.

Acababa de entrar mi amado.

Saludó cortésmente á la marquesa, y después sus ojos se fijaron en los míos.

Yo me ruboricé.

Me parecía que todos iban á comprender el amor que por él experimentaba.

Sonaron los primeros acordes de la danza.

Dos personas llegaron á mí al propio tiempo.

Eran Velázquez y mi primo.

La elección no era difícil para mí.

Alargué mi mano al primero, y no tardamos en hallarnos enfrente de las demás parejas.

Fadrique se puso lívido.

Había podido sufrir mis desprecios en el fondo de su palacio, pero jamás en presencia de gentes desconocidas.

—Velázquez,—le dije á mi amado,—es necesario que hoy te hable con entera franqueza, pues de no hacerlo ahora, es muy posible que no hallemos otra ocasión tan propicia.

—Es verdad,—me respondió;—aunque esta noche me han prometido presentarme á tu familia.

—¿Piensas decirle á mi tío nuestras relaciones?

—Desde luego. Ya he hablado con mi padre, y no tiene el menor inconveniente en que se verifique nuestra unión.

—En ese caso me libras de la presencia de un importuno que á todas horas me solicita.

Velázquez me miró con sorpresa.

—¿Quién es ese importuno?—me preguntó.

—Mi primo.

—¡Tu primo! Buena persona; es uno de los jóvenes más relajados de la ciudad.

—Lo sé.

—¿Conoce tu tío sus aspiraciones?

—Creo que sí.

—Pero no querrá depararte tan mala suerte.

—Lo ignoro.

—De todas maneras, él no es tu padre, y si me amas, como creo, poco te importa su opinión.

—Sentiría disgustarle, pero no hasta el punto de aceptar el sacrificio de no ser tu esposa.

—Yo lo arreglaré todo; pero exijo de ti un pequeño favor.

—Cuantos quieras.

—Deseo que no bailes con Fadrique en toda la noche.

—Te complaceré.

—Sabiendo que trata de robarme tu amor, yo no podría mirar con calma que estabas á su lado.

Terminó la danza.

Velázquez me condujo á mi asiento.

Luego saludó á un caballero de edad respetable, y ambos se acercaron á mi tío.

En cuanto á mi prima Isabel, estaba poco animada.

Guzmán, su joven amante, se hallaba ausente de Córdoba hacía una semana.

Respecto á Fadrique, permanecía solo en uno de los ángulos del salón.

Sin embargo, un poco antes de que empezara el segundo baile, se acercó á mí.

—Supongo, prima mía, — me dijo con cierto énfasis,—que ahora no tendrás compromiso para bailar.

—Te equivocas.

—¡Ah! ¿Luego estás comprometida para toda la noche?

—Sí.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque veo que te decides por el peor camino que debías emplear conmigo.

—No te entiendo.

—Soy tenaz y no abandono mis propósitos tan fácilmente.

—¿Y qué propósitos has formado?

—Que seas mi esposa.

Al escuchar aquellas palabras, no pude contener una sonrisa.

No comprendía entonces que pronto había de convertirse en un mar de lágrimas.

Un momento después Velázquez se acercó á mí.

No habiendo podido contener su impaciencia había hablado á mi tío, enterándole de nuestras relaciones.

Mi tío conocía bastante al padre de Velázquez, y aunque viese defraudadas sus esperanzas de unirme á su hijo, no podía negarse á mis deseos de permanecer á una familia tan ilustre como la mía.

Le respondió que consultaría mi opinión.

Todo parecía demostrar que las aspiraciones de Fadrique no habían de realizarse.

Terminó la noche.

Me despedí de mi amado.

Cuando entré en el carruaje no me atreví á mirar á mi tío.

Este no quiso decirme una palabra soble el asunto.

Era demasiado grave para tratarlo en presencia de sus hijos.

Al llegar á nuestra casa me acosté.

Había llegado el momento que tanto deseaba, y, sin embargo, tenía vagos temores de que no se realizara.

Al siguiente día mi tío me hizo entrar en sus habitaciones.

—Hija mía,—me dijo,—anoche he sabido que hace más de un año que tu corazón no te pertenece. Siento haber conocido este secreto por otros labios, pero comprendo que tu falta de franqueza está justificada por el rubor natural en toda joven.

—Tío, — le respondí con voz turbada, — yo temía que os enfadaseis.

—No; Velázquez pertenece á una ilustre familia, y aunque con esa boda se deshacen los planes que yo tenía, no trataré de oponerme á vuestra voluntad.

—Gracias, tío,—murmuré.

—Sin embargo, todavía no has cumplido los diez y siete años, y creo que debieras esperar algún tiempo. El matrimonio es un lazo eterno, y por lo tanto, merece serias meditaciones.

—Yo tengo la certeza de que le amaré siempre.

—No lo dudo; pero tanto el padre de Velázquez como yo, que soy tu tutor, estamos de acuerdo sobre ese punto.

Guardé silencio; después de todo, si nuestros amores no eran desaprobados, era lo principal.

Me separé de mi tío con la alegría en el alma.

Velázquez había adquirido un derecho para visitarme.

Con estas noticias tan gratas me olvidé en absoluto de las tristes predicciones de mi primo Fadrique.

Este, por su parte, censuró agriamente la debilidad de mi tío al consentir en mi unión.

Sin embargo, no volvió á molestarme con sus súplicas.

Era indudable que estudiaba otro plan, pues no era hombre que abandonaba tan fácilmente sus propósitos.

Velázquez iba á verme casi todos los días.

Ambos estábamos radiantes de felicidad.

Había conseguido de mi tío que nuestro matrimonio se realizara en un plazo breve.

Así marchaban las cosas, cuando vino una nube á manchar el cielo de nuestra dicha.

Haría unos dos meses que habíamos asistido al baile de la marquesa, cuando mi prima menor, que, como ya sabéis, estaba muy delicada, cayó gravemente enferma.

Los médicos que la asistieron la recomendaron que si llegaba al estado de convaleciente, sería muy bueno que cambiase de aires.

Mi tía, que idolatraba á la niña, hizo poderosos esfuerzos por conseguir lo que los médicos indicaron, y cuando estuvo en condiciones de abandonar el lecho, se decidió á marchar con Isabel y su hermana á una de las ciudades del Norte.

Yo no tomé parte en aquella excursión, porque, como es natural, no quería verme privada de las visitas de mi futuro.

Aquella tarde, en que debían partir, las acompañé con mi tío hasta la salida de la ciudad.

Partieron, y los dos regresamos á casa.

Debo advertiros que mis bodas estaban próximas.

Aquella noche, después de cenar, mi tío salió á dar un paseo por la ciudad.

Yo permanecí en el jardín hasta una hora conveniente, y después me retiré á mis habitaciones.

El insomnio me dominaba, y una extraña melancolía laceraba mi corazón.

Sentí los pasos de mi tío que entraba en la casa.

Luego todo quedó sumido en el más profundo silencio.

Me asomé á la ventana.

Los árboles parecían gigantescos espectros que extendían sus movibles brazos.

La noche era oscura.

A largos intervalos llegaba hasta mi oído el lúgubre canto de la corneja.

De pronto me estremecí.

Aunque no he sido jamás supersticiosa, me sentí dominada por el espanto.

Un sudor frío bañó mi frente.

Entre las lóbregas espesuras del parque divisé una sombra.

Aquella sombra se deslizaba cautelosamente como un fantasma.

¿Era algún alma en pena?

¿Era algún espíritu infernal?

Mi imaginación recordó en aquel instante todos los fantásticos cuentos que nos referían en la niñez.

La sombra se aproximaba.

Quise gritar, pero mis labios enmudecieron.

Quise huir, pero todas mis acciones estaban paralizadas.

El fantasma desapareció.

Era indudable que había entrado en la casa.

Entonces me arrojé en el lecho y oculté mi cabeza entre las almohadas.

Si grande había sido mi terror al divisar el pavo-

roso espectro entre las enramadas del jardín, mucho mayor lo fué al escuchar el ruido que produjo la puerta de mi cuarto al girar sobre sus goznes.

En mi turbación no había pensado en correr el cerrojo.

Sin embargo, esta precaución hubiera sido inútil, en mi concepto, pues las sombras penetran á través de los muros ó por los agujeros de las cerraduras.

Mi espanto creció de punto al observar que se había apagado la luz.

Una mano se posó sobre mi frente.

Pero aquella mano no estaba helada como yo creía que debían estarlo las de los seres que no pertenecen á este mundo. Por el contrario, me pareció febril.

Luego sentí que unos labios calenturientos me besaban.

Hice un esfuerzo para huir del lecho.

Entonces me detuvieron con estas palabras:

—Calla, prima, no tengas miedo.

Era Fadrique.

Mi temor se cambió bruscamente en desprecio. Salté de la cama como la corza que escucha los cautelosos pasos del lobo, y con acento entrecortado por la emoción, exclamé:

—¿Qué quieres?

—Perdóname,—me dijo con voz trémula;—sé que no me amas, y estoy loco.

—Y al saber que nuestro amor es imposible y que

jamás has de conseguirlo, ¿cómo te has atrevido á traspasar los umbrales de mi habitación?

—Por eso mismo; si tú me amases, si yo supiese que habías de ser mi esposa algún día, hubiera respetado el santuario donde duermes; pero como no ignoro que me desprecias y que pretendes casarte con ese joven, busco los medios de evitarlo.

—Eres un infame, pero no lo conseguirás.

Entonces corrí hacia la ventana con objeto de arrojarme al jardín antes que ceder á sus torpes deseos. Sin embargo, Fadrique, comprendiendo mis intenciones, se apoderó de mi cintura antes de que llegase al sitio que me proponía.

—Prima,—me dijo, estrechándome con pasión entre sus brazos,—yo he pasado una juventud relajada; yo he preferido los placeres del juego y de la embriaguez á las dulces caricias de mis padres; en una palabra, yo no he cumplido con las exigencias de la familia y de la sociedad; pero si tú me amas, puedes ser el ángel regenerador que me conduzca á la senda de la virtud. Mira, Teresa, tan violentamente como me he dejado arrastrar por mis vicios, me dejaré guiar por tus santos consejos; pero ámame, prima mía, que yo no puedo vivir sin tu amor.

En los ojos de Fadrique brillaron dos lágrimas.

Aquel joven era exagerado en todos sus afectos.

Quizás sin la condescendencia de sus padres hubiera podido hacerse de él un hombre honrado.

—Eres un miserable,—le respondí.

—Lo sé, y acepto todos los calificativos que me des, por duros que sean; pero la desesperación es capaz de sugerir las mayores infamias.

—¿De modo que no sales de mi habitación?

—No.

—Daré voces para que acuda tu padre y también vendrán los criados.

—Eso es lo que yo deseo.

—¿Para qué?

—Cuanto mayor sea el escándalo, más necesario será que tu honra tenga una reparación.

—¿Una reparación?

—Sí; ¿no comprendes que mañana sabrá todo el mundo que he estado en tus habitaciones á las altas horas de la noche?

Al escuchar esto, incliné la cabeza sobre el pecho.

Fadrique había dicho la verdad.

La alarma que produciría en la casa un llamamiento mío, era la publicación de mi deshonra.

Fadrique había encendido de nuevo la lámpara.

Yo no sabía qué partido aceptar.

De pronto me ocurrió una idea.

—Mira,—le dije,—de todas maneras nada conseguirás de mí y te expones á muchas cosas.

—¿A qué me expongo?—me preguntó.

—Velázquez castigará tus infamias.

—No le tengo miedo.

—Es tan esforzado como el que más.

—No lo dudo; pero Velázquez es de una familia ilustre, y mañana te despreciará.

—¿Por qué ha de despreciarme?

—Aun suponiendo que me diese la muerte, lo cual había de costarle gran trabajo, pues yo vendería cara mi vida, ¿no comprendes que nunca consentiría en unirse á una mujer cuyo honor era muy dudoso?

—Eres el hombre más satánico que he conocido.

—No lo creas; soy un pobre loco que te ama mucho.

Los ojos de Fadrique brillaban como carbunclos.

Yo sentí que mi cabeza se desvanecía.

Quise ponerme en pie, pero fué en vano.

Entonces mi primo se acercó á mí, y colocándome sobre sus rodillas, acercó su boca á la mía.

Lancé un grito y me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento, la luz del día bañaba mi frente.

Mi tío se hallaba junto á mi lecho.

Otro señor, á quien yo no conocía, tenía mi mano entre las suyas.

Era el médico, que calculaba por mis pulsaciones la violencia de mi fiebre.

Mi tío me dirigió una compasiva mirada.

Yo no pude contener el llanto.

Entonces el pobre señor separó los rizos de mi frente, y me dijo:

—¡Pobre hija mía!—comprendo que las infamias de ese turbulento Fadrique han podido costarte la existencia.

—¿Luego todo lo sabéis?

—Todo; y estoy dispuesto á que en seguida seas su esposa.

Al escuchar aquellas palabras me estremecí.

Mi casamiento con Velázquez era imposible.

En cambio me veía obligada á unirme á un hombre odioso, á menos que prefiriese el deshonor.

Aquel día permanecí en el lecho.

Temía que llegase el instante de ver á Velázquez.

Sin embargo, la entrevista era necesaria.

Por la noche, que era la hora en que acostumbraba á visitarme, me vestí y le rogué á mi tío que me dejase hablar con él algunos momentos.

Este accedió á mis justas pretensiones.

Entonces aguardé á que llegase la hora crítica.

CAPITULO LXV

BORRASCAS DEL CORAZÓN

Excuso deciros cómo palpitaba mi corazón cuando vi á Velázquez.

Un vivísimo carmín cubrió mis mejillas.

Mi amante advirtió desde luego que algo extraño me ocurría.

Pretexté que me hallaba enferma, y se sentó á mi lado.

Yo no sabía de qué manera empezar el diálogo.

A los dieciséis años tiene la mujer pocos recursos de imaginación.

—Velázquez,—le dije pasado un instante,—tengo que darte una mala noticia.

El joven palideció.

—Una mala noticia,—añadí,—porque se relaciona con nuestros amores.

—¿Acaso es preciso que se dilate nuestra boda?

—Sí; pero la dilación es muy larga.

—¿Muy larga?

—Tanto, que no se realizará jamás.

Al escuchar estas palabras, que yo pronuncié entre sollozos, mi amado se puso en pie.

Mis frases le habían herido en el corazón con la rapidez del rayo.

Se pasó la mano por la frente, como el hombre que trata de despertar de un penoso sueño, y después me dijo:

—Teresa, yo no puedo creer lo que me acaban de decir tus labios.

—Sin embargo, es la triste realidad.

—¿Qué motivos tienes para haber cambiado tu decisión?

—Ni siquiera puedo revelarlos.

—¿Acaso se opone tu tío?

—Ya sabes que aprecia tus buenas cualidades.

—Entonces quiero saber lo que ha ocurrido. Yo tengo un perfecto derecho para conocer las causas de esa repentina mudanza.

—Dentro de pocos días me caso con mi primo.

—¿Con Fadrique?—preguntó Velázquez rugiendo como un león herido.

—Sí.

—Eso no es posible.

—Desgraciadamente lo será.

—Yo me opondré á ello.

—No conseguirás nada.

—¿De modo que tus juramentos de amor fueron va-

nos; y mientras yo te adoraba, tú me engañabas pérfidamente.

—Ni han sido vanos mis juramentos, ni he tratado de engañarte.

—Entonces, habla; trata de justificar á mis ojos tu extraña conducta.

—No puedo.

—¿No comprendes que concluiré por volverme loco?

—Lo único que puedo decirte, por última vez, es que mi corazón es solo tuyo; pero que, á pesar de esto, dentro de unos días no te veré jamás.

Velázquez hizo esfuerzos sobrenaturales por arrancar de mis labios la clave del enigma.

Todas sus gestiones fueron inútiles.

Mi decoro me impedía hablar de un asunto en que se jugaba mi honra.

Entonces me dirigió toda clase de recriminaciones.

—Velázquez,—le dije,—eres injusto; pero comprendo que mi silencio te desespera; sin embargo, puede ser que algún día te convenzas de que soy inocente.

—¿Qué va á ser de mí sin tu amor?—exclamó el joven.

—Mi deseo sería imposible de realizar. Comprendo que uniéndome á otro hombre, no has de guardarme una fe que hubiera sido mi ventura.

—¡Quién sabe!

—Si algún día te casas, voy á darte un consejo. Hay en Córdoba una mujer que te adora con toda su alma,

y que te hará olvidar mi desventurado amor. Jamás te lo hubiese dicho; pero hoy debo aceptar este nuevo sacrificio para apurar el cáliz hasta las heces.

—¿Qué mujer es esa?—me preguntó.

—Cecilia, mi compañera de colegio.

Velázquez hizo un movimiento de indiferencia.

—¿De modo que estás decidida á casarte con Fadrique?

—No hay otro remedio.

—Te auguro un porvenir desastroso, porque es un hombre vicioso y depravado.

—Lo sé.

Entonces Velázquez salió de mi casa sin despedirse.

Me asomé al balcon.

Le ví salir, y mis ojos se inundaron de lágrimas.

Acaso era la última vez que pudiese contemplarle.

A los siguientes días, todos se ocuparon de mi boda.

Fadrique trataba por todos los medios posibles de granjearse mi estimación.

Pero esto no era posible.

Mi alma no podía querer más que á Velázquez.

Supimos que el joven se había retirado completamente de la vida social, y que sólo se reunía con Guzmán, que ya había regresado de su excursión.

También tuvimos noticias de que mi tía y mis primas estarían en Córdoba muy en breve.

Con efecto, una mañana llegaron, siendo recibidas por mi tío con las mayores demostraciones de júbilo.

La niña se hallaba restablecida de su enfermedad. Yo abracé á Isabel, con quien no tuve inconveniente en explayarme.

Deploró la conducta de su hermano, pero me aconsejó, como todos, que debía unirme á el.

—Quién sabe,—me dijo,—si su conducta cambiará después de casado. Estos ejemplos suelen verse con mucha frecuencia.

Yo no quise responder, aunque sabía perfectamente que mi primo no cambiaría jamás sus malos instintos.

Por fin llegó el día señalado para la boda.

Fadrique estaba radiante de felicidad.

Confiaba en que mi antipatía desapareciese con la familiaridad del matrimonio.

Yo, en cambio, me hallaba poseída de la mayor angustia.

¡Reflexionad un momento en lo difícil de la situación en que me hallaba!

Por un lado, sacrificaba el nombre de mi familia, cuyo blasón no ostentaba más que su refulgente brillo.

Por otro, la eterna esclavitud de unos deberes que iba á jurar ante el ara.

Cuando llegó la noche me vistieron las doncellas de la casa el traje de desposada.

Isabel fué la encargada de arreglar mis cabellos.

Cuando terminó el tocado, me dijo:

—¡Qué hermosa estás!

Y acompañó su frase con un beso.

Yo no podía contener las lágrimas.

Mis tíos hallábanse en la próxima estancia con las personas que debían asistir al acto solemne de mi desposorio.

Un instante después salimos del palacio para dirigirnos á la iglesia.

Esta se hallaba profusamente iluminada.

Crucé el espacio que mediaba entre la puerta y el altar mayor, sin atreverme á levantar los ojos del suelo.

Me faltaba aire.

Mi corazón latía bajo mi rico vestido de desposorio.

Fadrique se acercó á mí.

Sus mejillas estaban pálidas.

—No llores,—me dijo en voz baja,—yo te juro que he de hacerte dichosa.

Entonces tomó mi mano entre las suyas y nos arrodillamos delante del sacerdote.

Este comenzó la ceremonia.

Cuando me preguntó si admitía por esposo á mi primo, dudé en responder.

Sin embargo, la casualidad hizo que fijase mis ojos en los de mi tío.

Este me miraba con alguna severidad.

Más que una respuesta afirmativa lancé un suspiro.

Bendijeron nuestra unión, y mi alma murió desde aquel día.

Como si no fueran suficientes las impresiones que

acababa de experimentar, al ponerme en pie para salir de nuevo de la iglesia descubrí junto á una columna la pálida figura de Velázquez.

Dudando todavía de mi resolución, había querido apurar el cáliz hasta las heces, presenciando mi boda.

Al pasar junto á él me dirigió una mirada de cólera, y escuché que sus contraídos labios me daban el calificativo de ingrata.

Un carruaje me condujo á casa en unión de mi tía y de Isabel.

Cuando llegué á ella, me arrojé en sus brazos.

Al llegar á este punto de su relato, doña Teresa se detuvo como si la agobiase el peso de la triste historia que refería á don Diego.

Este respetó su silencio.

Un instante después la joven prosiguió:

—Desde aquel momento, mi vida fué una horrible lucha entre mi corazón y mi cabeza.

Sentíase el primero inclinado al amor de Velázquez, de aquel gallardo joven que había pronunciado á mi oído las primeras palabras de amor.

Recordaba con verdadero embeleso las horas que habían transcurrido en el colegio, y los sencillos encantos que para mí tenían aquellas épocas tan efímeras como halagadoras.

Luego pensaba en Fadrique.

Mi primo se hallaba dotado de un carácter ardiente é impresionable.

Si en aquellos primeros días le hubiese exigido que sacrificase su existencia por mí, tengo la certeza de que no hubiera vacilado en complacerme.

Sin embargo, aquel turbulento carácter, cuya repentina templanza extrañaba á todos, no era posible que olvidara sus naturales inclinaciones.

El mar presenta á veces su superficie mansamente rizada por la brisa primaveral, pero con frecuencia eleva sus encrespadas olas, que hacen zozobrar la débil barquilla que acariciaban.

Yo me dispuse á aceptar una vida de sacrificios.

Supe casualmente que Velázquez había partido.

Fadrique era mi esposo.

Mis deberes eran depositar en él mi confianza y mi dulzura, ya que no pudiese otorgarle mi amor.

Difícil era lo que me proponía.

En la vida pueden torcerse nuestras inclinaciones durante un espacio de tiempo más ó menos largo, pero ahora se trataba de una ficción que había de durar tanto como cualquiera de nosotros.

Así pasó un año, sin que tuviese la menor queja de mi marido.

Sin embargo, transcurrido este plazo, pasó lo que no podía menos de pasar.

Fadrique salía de casa con más frecuencia.

Por las noches volvía á casa muy tarde.

Reunióse con sus antiguos compañeros, y no tardó en hacer la propia vida que hacía antes de casado.

Sus padres le reprendieron enérgicamente aquella conducta.

Todo fué en vano.

No había respetado los consejos de soltero y mucho menos había de seguirlos después.

Yo, aunque no le amaba, me sentí ofendida.

Nada disgusta tanto á las mujeres como el convencimiento de que son engañadas.

Dí mis quejas al esposo infiel, y éste se disculpó buscando fútiles pretextos.

Entonces me decidí á espiar sus acciones.

Una mañana que Fadrique no había abandonado el lecho, oí la voz de uno de los criados, que hablaba en la puerta con una persona desconocida.

La curiosidad, propia de las mujeres, me hizo escuchar.

—Dale esta carta á tu amo sin que se entere la señora,—decía el intruso.

Después sentí el ruido que produjo la puerta al cerrarse.

Sentí los impulsos de la indignación, y saliendo al encuentro del criado, le pedí la epístola que acababa de recibir.

Quiso negármela; pero la exigí de tal manera, que no pudo resistirse.

Excuso deciros que le manifesté que si no guardaba el mayor secreto, no había de permanecer á nuestro servicio un solo instante.

Me entregó el perfumado billete.

No me había engañado.

El carácter de letra era de mujer.

Una ola de sangre subió á mi cabeza.

Mi esposo, después de labrar mi infelicidad, buscaba el nuevo calor de las caricias ajenas.

Rasgué el sobre con mano temblorosa. y leí.

La carta era muy breve. En ella daban una cita á Fadrique para aquella noche. Aquel escrito estaba sólo firmado con iniciales.

Entonces concebí un plan.

Cerré de nuevo aquella carta, y después le dije á un criado que se la entregase á su señor.

Este criado era de mi confianza y sabía que había de cumplir mis órdenes.

Cuando Fadrique abandonó el lecho me saludó tan fríamente como de costumbre.

No podéis imaginar la impaciencia que experimenté durante todo el día.

Una hora antes de la que marcaba la carta salí de casa con el pretexto de oir una novena.

Nadie sospechó mis propósitos.

Tomé un carruaje y le dije al cochero el punto á que deseaba llegar.

Este se hallaba distante de la ciudad.

Era una hermosa quinta que constituía parte de mi dote.

Mi marido había elegido aquella mansión para templo de sus liviandades.

Su custodia estaba á cargo de un viejo sirviente, al

que habéis visto acompañarme en diversas ocasiones. Me conocía desde que vine al mundo, pues había sido escudero de mi padre.

Ya comprenderéis que la entrada en el palacio no había de presentarme dificultades.

Con efecto; una vez que estuve en el interior, me oculté detrás de un tapiz.

El comedor estaba espléndidamente alumbrado. En el centro había una mesa, sobre cuyos manteles había multitud de búcaros cuajados de flores.

Estas embalsamaban el espacio.

La media hora que tuve que esperar, me pareció un siglo.

Casi empezaba á creer que no irían, cuando llegó hasta mi oído el rumor producido por un traje de mujer.

Contuve el aliento.

Latió mi corazón.

Un segundo después mi rival entraba en la estancia.

Era una mujer encantadora, pero su hermosura tenía algo de repulsiva.

Sus grandes ojos negros contrastaban poderosamente con sus rubios cabellos.

Una palidez extraordinaria cubría su rostro. Pero aquella palidez no era debida á las emociones que sintiese, sino á ese sello característico que imprimen la vigilia y los abusos.

Aquella mujer iba lujosamente vestida.

El collar de brillantes que circuía su esbelto cuello valía una fortuna.

Dejóse caer negligentemente en un diván, y dirigiendo una furtiva mirada hacia un espejo, se sonrió como complacida de su hermosura.

Un instante después entró Fadrique.

En seguida se acercó á su amada y rodeó su talle con los brazos.

—¿Cómo estás, mi amada Corina?—la preguntó.

—Ya me encuentro restablecida.

—¿De modo que pronto tendremos el gusto de oirte cantar de nuevo?

La joven hizo un movimiento afirmativo.

Corina era una cómica.

Pertenecía á ese despreciable gremio social que no alcanza ni el honor de una sepultura en terreno sagrado.

Mi esposo, según supe después por algunas lenguas caritativas que siempre se gozan en proporcionar malas noticias, la había conocido en un teatro cuando sostenía relaciones con un opulento señor que contaba más de setenta años.

Fadrique se sentó junto á la mesa después de haber conducido á Corina al sillón que la destinaba.

Entonces dos criados empezaron á servirles los más exquisitos manjares.

Se escanciaron algunas botellas.

Esto hizo que el diálogo se animase.

Terminada la cena, mi esposo, con los ojos brillantes por el alcohol y el deseo que aquella mujer le inspiraba, se sentó en un diván é hizo señas á su querida para que se acercase.

Esta se sonrió y precipitó en sus brazos.

Crujió un beso.

Aquella escena me exasperó, y salí de mi escondite.

Corina hizo que se desmayaba.

La costumbre de hacer comedias dominaba en ella hasta en la vida real.

En cuanto á Fadrique, se puso en pie.

Me dirigió una mirada, en la que no sé deciros si estaba pintada el asombro ó la estupidez.

Pasados los primeros momentos se acercó á mí.

—¿Qué haces aquí?—me preguntó con severidad.

—Y tú ¿qué haces?

—¿Acaso necesito darte cuenta de mi conducta?

—Yo he venido á mi casa, y creo que no puedes censurarlo.

—Tú has querido sorprenderme, y ese comportamiento no es digno de tu persona.

—Menos digno es que pases las noches lejos de tu hogar para consagrarlas á una meretriz.

Corina se estremeció al escuchar estas palabras.

Sin embargo, no se atrevió á abandonar su actitud de final de drama, porque comprendió que le faltarían argumentos para controvertir conmigo.

—Señora,—me dijo Fadrique, á quien habían herido mis palabras,—estáis abusando de mi paciencia; esta dama no es una meretriz, ni yo puedo alabarme de nada respecto á su persona.

Al escuchar aquello lancé una carcajada.

—¿De modo que venís á esta quinta sin que os guíen

los móviles del amor? Verdaderamente sois un hombre poco ingenioso para vuestras tramas.

—De todas maneras, es necesario que no permanezcáis aquí un solo momento más.

—Tenéis razón, yo debo marcharme, puesto que ya he averiguado cuanto quería.

Volvíme de espaldas y salí.

Un instante después me hallaba dentro del carruaje.

Entonces no pude contener las expansiones de mi tristeza y empecé á llorar.

—Mi presentimiento se ha cumplido,—me dije entre sollozos;—Fadrique no puede olvidar sus antiguas costumbres.

Cuando llegué á mi casa, me encerré en mi habitación.

Necesitaba la soledad.

CAPITULO LXVI

LA SEPARACIÓN

Creo innecesario deciros que la poca tranquilidad conyugal que gozábamos desapareció.

La conducta de mi esposo no podía ser más reprochable, supuesto que me abandonaba por una mujer cuya mala fe era notoria.

Entonces pensé en Velázquez.

Establecí comparaciones entre él y Fadrique, y la desventaja fué del segundo.

¡A esto se exponen los hombres que hieren la susceptibilidad de sus mujeres!

Transcurridas dos horas, sentí que llamaban á la puerta de la habitación.

Era mi marido.

Creí que vendría á hacerme promesas de arrepentimiento, pero me engañé.

Fadrique, por el contrario, censuró ágriamente mi

conducta, manifestándome que ninguna mujer que estimara su decoro debía abandonar su casa á las horas que yo lo había hecho.

Le contesté con el mayor desprecio.

Esto encendió su cólera, y creo que hubiese llevado las cosas hasta el último término, á no entrar en la estancia mis tíos.

Los dos comprendieron los móviles que me impulsaban á estar enojada, y le dieron provechosos consejos, que escuchó con la risa en los labios.

Fadrique no cambió su modo de vivir.

Todas las noches se retiraba media hora antes de nacer el sol.

Algunas veces me encontré á Corina en su carruaje.

Esta me dirigía miradas burlonas que herían mi corazón como punzantes dardos.

Mi tía procuraba darme fuerzas para que no me apartase del escabroso sendero de la virtud, y digo escabroso, porque en las condiciones que yo me encontraba, había de hallar necesariamente muchos obstáculos que se opusieran á él.

Yo no era pobre. Poseía una crecida fortuna, y la naturaleza me había dado algunos encantos, aunque no fuese más que debidos á mi juventud.

Sin embargo, os juro que no descendí del pedestal de mi fe.

Estaba dispuesta á sufrir mi martirio.

Sólo abandonaba mi casa para ir al templo, y eso casi al amanecer.

Un día, sin embargo, estuve á punto de faltar á mis propósitos.

Al salir de la iglesia, un hombre me ofreció agua bendita.

La acepté como exige la cortesía.

Al fijarme en su rostro, palidecí.

Aquel hombre era Velázquez.

Quise continuar mi camino, pero una fuerza imperiosa me detuvo.

El pobre joven llevaba grabadas en su fisonomía las huellas de una de esas enfermedades del espíritu que matan más que las del cuerpo.

—¿No os acordáis de mí?—me preguntó

Por toda respuesta lancé un suspiro.

—¡Cuán desgraciados somos los dos!—exclamó Velázquez.—¡Con vuestra boda habéis labrado vuestro propio infortunio y dado muerte á mis ilusiones!

—¿Por qué no seguísteis mi consejo?

—¿Casarme con vuestra amiga? ¿Acaso podía yo amar á otra mujer que no fuéseis vos?

La gente que salía del templo nos miraba.

Comprendí que, si continuaba en aquel sitio, me exponía á la censura de los que me conocían, y me despedí de mi antiguo amante.

Sin embargo, éste me dijo antes de que nos separáramos:

—Teresa, yo necesito hablar contigo un momento. He abrazado la carrera de las armas resuelto á buscar

la muerte en las balas del enemigo, y mañana parto para la guerra.

—¿Y cómo queréis que yo os dé una cita?—le pregunté.

—¿Por qué no?

—Aunque mi esposo no observa la conducta que desearía, yo no puedo faltar al juramento que le he prestado.

—Esta noche saltaré las tapias del jardín.

—No lo haréis; eso sería comprometerme.

—Es el último favor que te pido.

—Pero no puedo otorgarlo.

—Saltaré al jardín.

Velázquez y yo nos separamos.

Sin embargo, comprendí que no había abandonado su propósito.

Excuso deciros la lucha que sostuve durante el día.

Yo le amaba.

Antes de entrar en mi casa, hubo un incidente que vino á recordarme mi triste situación.

Corina pasaba junto á mí, indolentemente recostada en su carruaje.

Las ruedas de éste me salpicaron de lodo.

Esto la hizo prorrumpir en sardónicas carcajadas.

La dirigí una mirada de odio, y entré en mi casa mordiéndome los labios hasta enrojecerlos por la sangre.

Aquella noche presencié un drama horrible, con el que terminaré mi historia por no fatigaros.

Yo tenía la certeza de que Velázquez no dejaría de rondar mis ventanas, como me había dicho.

No pensé un instante en hablarle, pero la curiosidad me indujo á que me asomase á través de los vidrios.

De este modo, procurando no tener luz encendida en la habitación, era imposible que me viese.

¡Cuánta impaciencia sentí!

La noche estaba oscura.

Mi corazón latía como si quisiera salírseme del pecho.

De pronto descubrí entre las enramadas la silueta de Velázquez.

No podía dudar que era él.

Su aspecto varonil y su natural elegancia no podían confundirse con las de ningún otro.

El joven tenía los ojos fijos en mi ventana.

Parecía que su enamorada pupila acertaba á verme á través de las sombras.

Olvidéme entonces de los deberes que había jurado ante el sacerdote, y cediendo á mis instintos me disponía á abrir la ventana; pero cuando iba á verificarlo me quedé inmóvil.

Un misterioso embozado se acercaba al sitio donde estaba Velázquez.

Este se hallaba tan abstraído que no lo advirtió.

El encubierto le puso la mano en el hombro.

Después dejó caer su capa.

Era Fadrique.

Breve fué el diálogo que hubo entre ellos.

Vi que los dos llevaron la diestra al pomo de la espada.

Los aceros brillaron.

Se chocaban como dos serpientes luminosas.

En el ardor del combate retrocedieron hacia lo espeso del jardín.

Las sombras de la noche impedían que los viese.

Sólo llegaban hasta mis oídos los choques de sus armas.

Estos cesaron.

Escuché un lamento.

Luego el golpe que produce un cuerpo al caer.

Lancé un grito y caí desmayada.

Al siguiente día supe que en las cercanías del palacio se había encontrado el cadáver de un hombre.

Velázquez había muerto.

Su vencedor había tenido buen cuidado de sacarle del parque para no comprometerse.

Pasados los primeros transportes del dolor, quise saber si mi esposo tenía sospechas de mí, pero no tardé en convencerme que su encuentro con Velázquez no había sido premeditado.

Al regresar á casa, después de sus entrevistas con Corina, había hallado á Velázquez y le dió la muerte.

La existencia se me hizo más insoportable todavía.

Aunque no podía ocultárseme que el amor que profesaba al joven desde mi adolescencia era criminal desde el momento en que me había casado, su recuerdo

era el lenitivo que daba consuelo á mi desesperación.

Poco tiempo después supe por mi prima que Fadrique había terminado sus relaciones con la cómica.

Todavía brilló en mi alma un rayo de esperanza; pero todo fué en vano.

Corina había sido sustituída por una señora de la aristocracia, cuyo esposo se hallaba ausente.

Entonces llamé á mi esposo.

—Fadrique,—le dije,—yo comprendo que mi presencia te hastía; y en cuanto á mí, no puedo ser dichosa viendo el género de vida que haces. Como sé que no has de cambiar, quiero pedirte un señalado favor.

—Lo que quieras.

—Desearía que ambos no separásemos. Creo que me conoces lo suficiente para que no dudes que he de saber guardar tu honra.

Fadrique hizo una leve resistencia, pero desde luego comprendí que mi proposición le halagaba.

Mi primer proyecto fué pasar el resto de mi vida al lado de las monjas que fueron mis maestras.

Aquel colegio tenía muchos encantos para mí, pues en él habia conocido á Velázquez, y además se hallaba Cecilia, que según supe, había profesado como sierva del Señor.

Sin embargo, mi tía me dijo que era más conveniente que pasase una temporada en Granada.

En el Albaicín teníamos una casa.

Esta ya no existe, como sabéis, pues ha sido consumida por el fuego.

Al poco tiempo de residir en esta poética ciudad

supe que Fadrique había concluido sus relaciones con la dama de que os he hablado.

Las aventuras de Córdoba le cansaban, y partió.

Algunos afirman que se ha marchado á Flandes, donde arde la guerra.

Otros dicen que ha dirigido sus pasos hacia América.

Lo cierto es que no ha dado cuenta de su paradero.

Mis tíos me han escrito inmediatamente para que me vuelva á su lado.

En cuanto á mí, no sé qué hacer.

Aquel palacio me inspira horror.

Por el pronto les he contestado que me hallo enferma, y que no quiero abandonar esta localidad hasta hallarme completamente restablecida.

Ahora comprenderéis, amigo Deza, si he aventurado mucho al deciros que soy una mujer muy desgraciada.

Teresa había concluído su historia.

Don Diego, que había permanecido silencioso durante todo el tiempo que tardó en referirla, la dijo:

—Verdaderamente sois acreedora á una suerte mejor que la que habéis tenido. Ese don Fadrique os ha puesto en condiciones de faltar mil veces á vuestro deber.

—Es indudable que no todas hubiesen tenido mi virtud.

—Desde luego; mal puede exigirla un esposo que olvida sus deberes de la manera que él lo ha hecho.

—Os aseguro que me preocupa mi regreso á Córdoba.

—Sin embargo, la causa de vuestra tristeza ha desaparecido.

—Es cierto; Fadrique no se encuentra allí. Pero ¿quién me asegura que no regrese pronto? Él se halla dotado de un carácter veleidoso, y si hoy no encuentra placeres en el sitio en que se halle, es probable que no tarde en volver.

—¿De modo que estáis decidida á no uniros á él?

—Desde luego; aunque solicitara mi perdón, lo que es imposible en un hombre tan altivo, yo no creería en sus protestas de arrepentimiento. Me ha engañado demasiadas veces para que pueda dar crédito á sus palabras.

—Y siendo tan joven y tan hermosa, ¿renunciaréis para siempre á las dulzuras del amor?

—Tengo dos motivos para hacerlo así.

—¿Cuáles son?

—El primero es que soy casada.

—¿Y el segundo?

—El segundo es el convencimiento que abrigo de que todo hombre que me ame ha de participar de mis desgracias. Ya pagó Velázquez con su existencia el tributo de mis afectos, y no quiero exponer á ningún otro á iguales desgracias.

—Eso no es más que una superstición.

Teresa movió la cabeza en señal de duda.

Un instante después empezó á rayar el día.

La joven dirigió sus ojos al cielo.

—¡Qué tarde es!—exclamó.—Refiriéndoos los pormenores de mi historia se ha pasado la noche.

—Es verdad; y os juro que la he pasado muy agradablemente.

Don Diego se puso en pie al pronunciar estas palabras.

—¿Cuándo me permitiréis que vuelva á visitaros?—preguntó.

—Cuando queráis; yo no puedo negar ese pequeño favor al hombre que me ha salvado la vida arriesgando la suya.

—Entonces voy á usar de vuestra concesión con una frecuencia que quizás os sea importuna.

—Eso jamás, caballero.

—¿Queréis que vuelva mañana?

—Sí; vos tenéis conmigo una deuda que cumpliréis.

—¿Una deuda?

—Me habéis prometido contarme vuestros amores con doña Marina.

—Es cierto, y lo cumpliré.

—Hasta mañana, Deza.

—Adiós, señora.

Don Diego se inclinó respetuosamente y se puso en marcha.

Luego se embozó en su capa y salió por la puerta del jardín cuando habían desaparecido todas las estrellas del cielo.

Durante el trayecto que recorrió hasta llegar á su casa, no pudo separar de la memoria los episodios que acababa de referirle la hermosa joven.

Los desgraciados sucesos de su vida eran un incentivo para su amor.

Don Diego pensó hablar á Teresa al siguiente día sobre este sentimiento.

Aquellas almas que sufrían era necesario que mutuamente se consolaran.

Las desgracias simpatizan siempre.

CAPITULO LXVII

—

PROTESTAS DE AMISTAD

Cuando terminó la tarde del siguiente día, Deza se dirigió hacia la casa de doña Teresa.

Aquella noche estaba más desapacible, y por lo tanto, no quisieron bajar al jardín, prefiriendo estar en las habitaciones, cuyas paredes, cubiertas de sendos tapices, las hacían más confortables.

Teresa se sentó junto á una ventana.

De este modo podía gozar de las agradables vistas del parque, en cuyas blancas arenas se proyectaban los espesos ramajes de la arboleda al sentirse heridos por los pálidos rayos de la luna.

—Hénos de nuevo en condiciones de que correspondáis á mi confianza,—dijo Teresa;—hoy os toca hablar y yo escucharé.

—Si he de seros franco,—dijo don Diego,—mi historia, que no tengo inconveniente en narraros, no ha de conseguir más que fatigar vuestra imaginación.

—¿Por qué?

—Porque insensiblemente os he ido enterando de todos sus detalles.

—Con efecto, Deza, aquellos que vos no me habéis dicho los he sabido yo.

—¿Por quién?

—¿Acaso no pertenecen al dominio público? Los tranquilos moradores del Albaicín no dejaban de notar que vuestras visitas á doña Marina se reproducían con una frecuencia extraordinaria y que éstas solían prolongarse hasta las altas horas de la noche.

—Es verdad.

—Vecino hubo que también advirtió que vuestra amada iba á ser madre.

Don Diego lanzó un suspiro.

—En cuanto á su trágico fin,—continuó Teresa,—me habéis dicho que es un enigma para vos, aunque suponéis con bastante certeza que debe haber muerto.

—Esta es la opinión de mi tío el inquisidor.

—¿Tenéis alguna otra cosa que decirme respecto á esos amores?

—Nada absolutamente; estáis tan enterada de ellos como pueda estarlo yo mismo.

—En ese caso, voy á haceros una pregunta.

—Cuantas queráis.

—¿Qué móviles os han inducido á visitarme esta noche?

Deza se encontró perplejo para responder.

Buscó un recurso de imaginación, y no hallándole, se apresuró á decir la verdad.

—Señora,—la dijo,—si he de seros franco, el venir esta noche con objeto de referiros lo que ya sabéis, no ha sido más que un pretexto.

—¿Un pretexto?

—Sí.

—¿Y para qué necesitabais buscarlo?

—Temía que no me concedieseis el honor de permanecer algunas horas á vuestro lado.

—Desechad esa idea; yo os debo muchos favores, y siempre tendré gusto en recibiros en mi casa.

Deza la dió las gracias.

—Mi visita,—dijo después,—reconoce un principio interesado.

—¡Interesado!

—Sí, señora. Cuando supe la desaparición de Marina, que había tenido lugar, según os dije, durante mi permanencia en la Alpujarra, la busqué por todas partes. La fatal coincidencia de la capitulación de los moros del Albaicín y de la vega me hizo comprender que la mujer que amaba no existía. Entonces quise lanzarme á una vida de crápula, y para ello busqué á mis antiguos amigos. No tardé mucho tiempo en hastiarme. A este estado llegaban las cosas cuando os conocí.

—¿Fué el día que me visteis en la Alhambra?

—No; antes de encontraros en la Alhambra os había visto una mañana en San Salvador. No podéis imaginaros la sorpresa que en mí causasteis. Ibais completamente vestida de negro, y estábais en una localidad que conocía mucho.

—¿Tal vez os recordé á doña Marina?

—¿Por qué negároslo? El origen de mi simpatía hacia vos no fué otro.

—Vuestra desilusión sería grande al ver que en nada se parecían mis facciones á las de la ardiente morena de ojos negros.

—No puedo deciros que tuve una desilusión, porque mentiría. Si bella era la desgraciada morisca, no me lo parecísteis menos con vuestra mirada de ángel y vuestros cabellos rubios como el sol.

—Eso no deja de ser una galantería.

—No lo creáis. Como confirmación de esta verdad, os diré que desde aquel momento no os apartásteis de mi memoria; fuísteis, por decirlo así el bálsamo que cae sobre las heridas del enfermo.

—No comprendo.

—Quiero deciros que abandoné la vida turbulenta, comprendiendo que aún existia en el mundo un móvil que me podía hacer soportable el vivir. Desde entonces os seguí á todas partes. Vos correspondíais á mis saludos con leves demostraciones. Ni siquiera recordábais haberme visto.

Vuestro conocimiento en la Iglesia, y la extraña casualidad de venir á esta casa unido á la satisfacción que recibí al arrancaros de los brazos de una muerte segura, han sido suficiente base para que yo os mire bajo un prisma distinto que á las demás mujeres.

—Deza, debo haceros una advertencia : mi estancia en esta casa no es casual, como creéis.

Don Diego interrogó á la joven con una mirada.

Ella prosiguió:

—Marta, ó sea la mujer á quien recurristeis en Albaicín para que custodiase mi lecho cuando me hallaba en vuestra vivienda, me dijo, hablando de vuestros amores, que el palacio de doña Marina estaba desierto desde que su dueña salió de él. Entonces tuve curiosidad de verle, y me decidí á proporcionaros una sorpresa.

—¿De modo que sabíais que esto había de halagarme?

—¿Cómo no? Supongo que la localidad donde habéis pasado horas tan felices, nunca perderá sus encantos para vos.

—No solamente es imposible que los pierda, sino que se aumentan por instantes.

—¡Bien triste es vivir de recuerdos!

—¿Por qué decís eso?

—Porque ¿qué significa un palacio cuando falta su moradora?

—¿Acaso la que hoy lo ocupa no es digna de despertar cualquier afecto?

—¡Ay Deza, por desgracia no!

—¿Lo creéis así?

—Dos hombres se han relacionado con los sucesos de mi vida, como sabéis; el uno ha muerto; es un amor sin esperanzas, porque media entre ambos la insuperable barrera del sepulcro. El otro es mi esposo, á quien siempre tuve una marcada aversión, pero al que tengo que guardar consideraciones, á pesar de su mal comportamiento.

—De modo que si mañana encontraseis en vuestro camino un hombre que os amase, ¿le despreciaríais?

—¡Ojalá no suceda así!—murmuró Teresa lanzando un suspiro.

—¿Por qué?

—Porque esto no contribuiría más que á aumentar las desgracias que nos rodean.

—¿Y por qué no había de hacéroslas olvidar?

—Me extraña vuestra pregunta. ¿Creéis acaso que una mujer casada se halla en aptitud de amar á otro que no sea su marido?

—Cuando esa mujer ha sido lanzada al precipicio por él, encuentro justificaciones para su conducta.

—No lo creáis.

—¿Qué debe hacer entonces?

—Debe sacrificarse y cumplir el juramento que prestó ante el sacerdote.

—Vuestras teorías son justas, pero desgraciadamente no son ciertas.

—¿Por qué?

—Porque es muy triste que una mujer que tiene vuestra hermosura y vuestra juventud se vea obligada á prescindir del amor, ese sentimiento que llena el vacío del alma.

—Es verdad.

Don Diego no separaba sus cjos de las pupilas de Teresa.

Ésta, por el contrario, las esquivaba.

Un tenue carmín se extendía por sus mejillas,

que prestaba realce á su incomparable hermosura.

Hubo un instante en que los dos guardaron silencio.

Pasado éste, Deza hizo un movimiento como el que se decide á aceptar una resolución.

—Señora,—la dijo,—nuestras historias tienen una extraña semejanza; ambos hemos querido á seres que ya no viven en este mundo; ambos nos hemos visto obligados por la suerte á no realizar nuestras queridas ilusiones; las circunstancias os obligaron á uniros con vuestro primo. Sin ese enlace, vuestra honra peligraba; yo, á mi vez, he tenido que sufrir las reprensiones de mi tío, que miraba con espanto que me uniese con una mujer cuyo origen era mahometano.

—Es cierto; no hay duda que existe similitud entre nuestras desgracias.

—Si es así, ¿por qué no ha de haberla en nuestros afectos?

—No os comprendo, don Diego.

—Ni Velázquez ni doña Marina han de abandonar sus tumbas con el calor de nuestras lágrimas; yo he conseguido no sentir por ella más que un recuerdo respetuoso que jamás olvidaré; haced vos lo mismo.

—¿Y qué conseguiré con ello?

—Conseguiréis lo que he logrado yo, que es amaros con toda la efusión de mi alma.

Don Diego pronunció estas palabras con acento tan vehemente, que doña Teresa no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Pasado un instante, don Diego prosiguió:

—Sí, yo os amo como no podré amar á ninguna

otra mujer. Si os he arrancado de las voraces llamas del incendio, vos me habéis hecho volver á la vida; ambos hemos recibido un favor recíproco, y por lo tanto debemos unir nuestros corazones.

Doña Teresa no respondió.

Había ocultado su rostro con ambas manos para que Deza no viese sus lágrimas.

Como el joven insistió en que le otorgase una respuesta, le dijo:

—Don Diego, lo que pretendéis es imposible.

—¿Por qué?

—No quiero exponeros á la desgraciada suerte de Velázquez.

—Si vos me amáis, eso es lo que menos debe preocuparos.

—Ya os he dicho que mi esposo debe volver de un momento á otro.

—Quizás os engañéis.

—Pero ¿y si volviera?

—Si volviera, él ha renunciado con su mala conducta á todos los derechos que sobre vos tenía.

—¿Y si os retase?

—Nos batiríamos.

—No, eso sería horrible.

—Mucho más me lo parece vivir sin vuestro amor.

—Deza, yo no puedo ocultaros que me inspiráis una simpatía cuya intensidad pudiera recibir el nombre de amor; pero comprended que nuestras relaciones son imposibles.

—Decidme por qué.

—En primer lugar, yo deseo no manchar su nombre; además, os repito que no quiero exponeros á recibir muchos disgustos.

—Yo los acepto.

—Contentaos con que medie entre ambos una verdadera amistad.

—Poco me ofrecéis.

—Yo seré vuestra hermana, vuestra compañera, que tendrá satisfacción en veros siempre que lo solicitéis, pero nada más que para otorgarnos consuelo en nuestras aflicciones.

Don Diego guardó silencio.

—Comprendió que aquella amistad que le ofrecían era ventajosa para sus planes.

No era posible, con efecto, que una mujer de veinte años pudiese sostener la actitud que le prometía.

La amistad, unida á la concesión de visitarla cuando mejor le pareciese, eran las suficientes para llegar á las cúspides que anhelaba.

—¿Aceptáis lo que os propongo?—preguntó Teresa.

—Sí.

—En ese caso me hacéis la más dichosa de las mujeres, porque yo también buscaba un alma que comprendiera los dolores de la mía. ¿Cuándo volveréis por esta casa?

—Mañana.

—¿A la misma hora?

—A la misma.

—Entonces retiraos, ya es muy tarde, y no es con-

veniente que los curiosos vecinos del Albaicín os vean salir á la hora de ayer.

Don Diego se puso en pie.

—Hasta mañana, pues,—dijo á la joven.

—Adios, Deza,—respondió ésta.

Un momento después don Diego salía cautelosamente de aquella morada.

Doña Teresa le vió partir desde una ventana.

Cuando el caballero se alejó, se dejó caer en un diván, y cubriendo su rostro con ambas manos, se dijo:

—¡Dios mío! ¿por qué me ha declarado su pasión? Yo hubiese tenido fuerzas para soportar mi martirio.

Teresa amaba á don Diego.

La singular manera que había tenido de conocerle era suficiente para impresionarla.

Sin embargo, estaba dispuesta á conservar su virtud.

CAPITULO LXVIII

DOS ALMAS APASIONADAS

Así transcurrieron dos meses.

Durante este espacio de tiempo, don Diego no dejó de ver un solo día á la joven.

Al principio entraba en su casa cautelosamente, con objeto de que el vecindario notara lo menos posible aquellas cotidianas visitas.

Teresa, siempre celosa de su honor, era la primera en advertirle cuándo debía abandonar la casa. Esto es, á una hora de la noche en que prudentemente pudiera terminarse una visita.

Sin embargo, poco á poco fué retrasándose el joven y ocasiones hubo en que don Diego se retiró cuando todos los moradores del Albaicín se consagraban á las dulzuras del reposo.

Doña Teresa se negaba en absoluto á que el joven la acompañase cuando iba al templo ó á dar un paseo por las hermosas márgenes del Darro.

Un día obtuvo la gracia de ir con ella á la Alhambra con pretexto de visitar el patio de los Naranjos, donde había tenido la fortuna de conocerla.

Desde entonces, Deza fué su asiduo acompañante.

En una palabra, aquellos corazones se unieron con los lazos del amor, sin que ninguno de los dos pudiese concretar el día en que esto se había verificado.

Don Diego había cambiado su ceremonioso modo de hablar.

La joven no tardó en tutearle también.

La historia del amor es siempre la misma.

Una noche don Diego reclamó un beso de sus labios.

Doña Teresa se puso muy ofendida con su petición.

No obstante, al día siguiente, poco antes de que ambos se separaran, su boca se unía á la del caballero.

Sus relaciones amorosas no habían llegado al límite de la familiaridad, pero todo acusaba que no tardaría mucho tiempo en escalar su cumbre.

Había muchas razones para ello.

Doña Teresa era joven y hermosa.

Deza la amaba.

La gentil cordobesa vivía completamente sola, si se exceptúa al viejo servidor y la buena Marta, que se hubieran guardado muy bien de abandonar su humilde esfera inspeccionando los actos de su señora, y mucho más de darla el menor consejo.

Añádase á esto una ciudad como la del Genil, cuya temperatura es deliciosa, cuya atmósfera está perfu-

mada por las flores de sus incomparables cármenes, cuyo cielo es límpido y azul; en una palabra, donde la naturaleza entera parece convidar á las dulzuras del amor.

Don Diego no podía tener esperanzas de conseguir aquella mujer legalmente.

Había para ello una barrera insuperable, uno de esos obstáculos invencibles, pues Teresa era casada.

Los buenos propósitos de que no existiese entre ambos más que una pura amistad, más que un afecto de hermano, no podían ser duraderos.

Llegaba el invierno.

Las hojas de los árboles caían, formando en el jardín una amarillenta alfombra.

Las macetas se habían trasladado á los invernaderos.

Los coloquios de los amantes no podían verificarse en los cármenes.

Era preciso que buscaran un sitio más confortable, como lo eran las orientales habitaciones del palacio del Albaicín.

En cuanto á la memoria de doña Marina y de Velázquez, si no habían desaparecido de sus corazones, por lo menos se debilitaban por momentos.

Extraño parecerá á nuestros lectores que el enamorado don Diego, aquel joven que hemos visto tantas veces postrado á los pies de Marina, aquel hombre que partió á la guerra con lágrimas en los ojos al verse

separado del ser que más quería, pudiese haber sufrido tan rápida transformación.

Sin embargo, esta es la historia del amor.

¡Cuántas veces hemos visto pasar con indiferencia á la mujer que en otros tiempos nos indujo á las mayores locuras!

¡Cuántas veces nos hemos sorprendido de la volubilidad del corazón, pareciéndonos imposible que aquella mujer á la que revestíamos con los caracteres de un ángel, fuese la que acabábamos de mirar como á uno de los transeuntes que hallamos en nuestro camino!

Quien afirma que en el mundo no existe más que un amor, lo asegura bajo impresiones del momento, ó dejándose arrastrar por los impulsos de un romanticismo exagerado.

El amor existe mientras hay una fibra en el corazón y una mirada en nuestros ojos.

Una hermosa noche en que ambos amantes se hallaban juntos sentado el uno al lado de otro, don Diego tomó la mano de Teresa entre las suyas.

Su contacto suave como el terciopelo le hizo estremecerse.

—Y bien, querida mía,—murmuró el joven en voz baja,—¿no te hallas suficientemente convencida de mi amor? ¿No sabes también que jamás hemos de separarnos?

—¡Ojalá!—exclamaba Teresa.

—Quiero decirte que, por mi desgracia, no puedo asegurar con la firmeza que tú que siempre estaremos juntos.

—¿Por qué?

—Porque en mí existen lazos indisolubles que me privan de libertad.

—Pero esos lazos, ¿impedirán que tu corazón sea mío?

—Eso, nunca.

—Entonces, ¿qué significan unas cadenas que no logran aprisionar el alma?

—Te aseguro,—proseguía la joven,—que siempre me hallo pesarosa con el porvenir. Yo creo que, como la felicidad completa no es posible que se alcance en el mundo, esa es la nube que viene á enturbiar lo diáfano de nuestro horizonte.

—¿Y por qué?

—Yo quisiera ser muy libre, para encadenarme de nuevo.

—¿Y acaso no lo eres?

—Bien sabes que no.

—Yo abrigo, sin embargo, esperanzas de que algún día serás mi esposa.

—Eso es un delirio. Fadrique es tan joven como nosotros.

—Es tan joven como nosotros, pero su vida es más peligrosa. ¿Piensas que todos han de sucumbir á su espada como tu primer amante?

—No lo sé; lo único que puedo decirte es que está dotado de un valor irresistible.

—¿Le bastaría todo su valor para arrancarte de mis brazos?

—Sí; porque como yo no querría exponerte á sus asechanzas, preferiría sacrificarme volviendo á su lado.

—No, tú no harías eso. ¿No comprendes que de esa manera me dabas una muerte mucho más cruel y más dolorosa?

—¿Que había de hacer entonces?

—Si algún día supiésemos que Fadrique regresaba á España, partiríamos al extranjero. El cielo de Italia, por ejemplo, no había de parecerte menos hermoso que el de tu poética Córdoba.

—¿Y que haríamos allí?

—Amarnos y hallar los medios de evitar una separación.

Teresa guardó silencio.

Siempre que hablaban de su esposo se encontraba dominada de la mayor tristeza.

Deza lo observó.

Sin embargo, no convenía á sus planes cambiar el giro que tomaba el coloquio.

—Dime,—prosiguió,—¿no me amas lo bastante para aceptar lo que te propongo?

—Muy doloroso sería para mí manchar el nombre de mis padres, pero lo aceptaría.

—Todo es preferible á que nos separásemos.

—Es verdad.

—Como comprendes, yo no podía conformarme con la idea de que vivieses junto á él. Sé que no le amas,

pero es tu esposo y tendrías que someterte á sus exigencias.

—Es cierto.

—¿De modo, Teresa, que siempre estaremos juntos?

—Siempre.

—En ese caso, ¿por qué te abruma la opinión del mundo? ¿Por qué me sacrificas á tu recato?

—No comprendo lo que quieres decirme.

—Quiero decirte que desde el instante en que aceptas mis relaciones para toda la vida, yo creo que no debía existir entre los dos ese respeto que preside nuestras más insignificantes acciones.

Doña Teresa jugaba con su blanco lenzuelo.

En cuanto á Deza, no apartaba los ojos de su amada.

—Bien sé,—prosiguió éste,—que Fadrique ha adquirido ante el altar derechos á tu amor y á tus concesiones, pero los ha perdido con su mala conducta. Sin embargo, los tuvo en otro tiempo, y esta idea me hace sufrir.

—¿Cómo quieres que evitemos lo que ha pasado?

—Es verdad; es para lo único que no hay remedio.

—Si lo hubiese habido, yo lo pondría por complacerte.

—No hay remedio de evitar este daño, pero puede dulcificarse.

—¿De qué manera?

—Antes de nada debo advertirte que muchas veces he tenido celos de tu esposo.

—¡Qué locura!—exclamó la joven sonriendo.

—Sí, he tenido esos terribles celos del pasado, que son más crueles que los que se experimentan en presencia del hombre que ama á la misma mujer que labra nuestra felicidad. Si hoy tratase un rival de arrebatarme tu cariño, procuraría darle la muerte antes de que lo consiguiera; pero lo que ha tenido lugar es inevitable, es lo único que no puede borrar el mismo Dios con todo su poder.

—¿Y qué celo puedes tener hacia un hombre que ni siquiera conoces?

—¿Es acaso necesario conocerle? Yo le veo con mi imaginación, me lo figuro ebrio de felicidad al sentir en sus ojos la acción de tus pupilas, y todo lo contemplo bajo los efectos de lo desconocido y de lo impalpable. ¿Puedes negarme que las ficciones suelen ser más detalladas que la realidad misma?

Diego, todo eso no es más que una locura. Si no, dime, ¿qué remedio encuentras para dulcificar esos incomprensibles celos?

Don Diego rodeó con su brazo el flexible talle de Teresa, y atrayéndola hacia su pecho, depositó un beso en su boca.

La respuesta no podía ser más explícita.

La joven lo rechazó suavemente, y apartándose de sus brazos con una flexibilidad encantadora, se alejó de su lado.

—¡Eso nunca!—exclamó después con voz turbada por la emoción;—el amor que me pides es un crimen.

—¿De modo que jamás serás mía?

—Nunca; te lo repito.

—¿No comprendes que estoy loco por tu amor, Teresa de mi alma?

—Deza, reflexiona lo que pudiera sobrevenir por la realización de un torpe capricho. Yo te amo con toda mi alma, pero este amor no se arrastrará jamás por el inmundo lodazal de las pasiones.

—¿De modo que debo renunciar á toda esperanza?

—Si tus esperanzas estriban en labrar nuestra mutua desgracia, debes abandonarlas desde luego.

Deza se quedó pensativo.

Teresa se acercó de nuevo al sitio en que éste se hallaba.

—Suponte por un momento, Diego mío,—le dijo con las más dulces inflexiones de voz,— que ocurriera en nuestros amores lo propio que cuando doña Marina.

—No comprendo lo que quieres decirme.

—Tu amada llevaba en el seno un fruto de tu amor. ¿Qué sería de la desventurada criatura que naciese del nuestro? Jamás podría recibir el nombre de su madre.

Don Diego ocultó el rostro entre ambas manos.

Aquellas consideraciones que hacía su amada eran, con efecto, transcendentales.

Sin embargo, ¡cuán poco reflexiona la juventud!

¿Quién pone diques al torrente?

¿Quién puede contener la hirviente lava que brota del irritado cráter del volcán?

¿Quién detiene las violentas rachas del viento?

Las pasiones humanas, todavía más poderosas, no reconocen obstáculos.

Son río desbordado, lava abrasadora y huracán invencible.

Teresa y Diego estaban solos.

Ambos se amaban con locura.

Ella era una débil mujer.

Hubo nuevas luchas en que ésta procuró salir vencedora.

Sin embargo, aquellos esfuerzos eran inútiles.

La castidad de la esposa descendió de su pedestal.

Al siguiente día hubieran podido ver á don Diego los vecinos del Albaicín abandonar la morada de doña Teresa cuando empezaba á brillar la aurora.

Sin embargo, las puertas del barrio permanecían herméticamente cerradas.

Envolvióse en su capa, y se dirigió hacia su vivienda.

Entre tanto doña Teresa lloraba amargamente.

Sus pupilas azules estaban enrojecidas por las lágrimas.

Se arrodilló delante de una Virgen, sobre la que vertía sus resplandores una lámpara.

—¡Perdóname, Madre mía,—la dijo;—he procurado seguir la senda del bien, pero le amo demasiado!

Cuando Marta se levantó, encontró á su señora en aquella religiosa actitud.

Entonces la obligó á que se retirase á su cuarto.

La joven se acostó, pero no pudo conciliar el sueño.

CAPÍTULO LXIX

TEMORES FUNDADOS

¡Cuán rápidas pasan las épocas de nuestra dicha!

Repuesta la joven de las primeras impresiones que había experimentado al abandonar su circunspección para con don Diego, se lanzó por la senda del amor.

Sin embargo, una nueva nube vino á manchar el cielo de su existencia.

Los pronósticos que hizo á su amante para verse libre de sus exigencias no tardaron en realizarse.

La joven se hallaba en cinta.

Desde aquel momento tuvo que luchar Teresa con dos sentimientos encontrados.

Aquel nuevo ser que iba á venir al mundo era fruto de un amor que invadía toda su alma.

Por otra parte, pensaba en que la pobre criatura vendría á este mundo sin un nombre legítimo, y que jamás podría proferir el nombre de su madre sin que la sociedad la despreciara.

Ni siquiera podía considerarse como el fruto del amor de dos seres libres que se hallasen en actitud de reparar su falta.

Era el hijo de una mujer casada.

Era el hijo del adulterio.

Si bien es verdad que en doña Teresa existían poderosos motivos que atenuaban su falta, el mundo no los conocía.

Para ese mundo, siempre dispuesto á la maledicencia, no podía ser considerada más que como una mujer lasciva, que se aparta de sus deberes quebrantando el juramento que hizo ante el altar.

La joven no dejaba de comprenderlo así.

En cambio, Don Diego, pensando con esa libertad que lo hacemos los hombres, sentía el regocijo en el alma.

Una vez había sido padre, pero lo ignoraba, como recuerdan nuestros lectores.

Para él, el hijo que tuvo de doña Marina había dejado de existir al propio tiempo que su desgraciada madre.

No podía sospechar que del otro lado de las playas andaluzas, ó sea en el Africa septentrional, lloraba aquella infeliz las desventuras de su destino.

Cuando un hombre es joven, y no sabe, por lo tanto, leer en el libro del porvenir, que es lo que constituye la experiencia, no medita las consecuencias de sus acciones.

Esto le pasaba á Don Diego.

Él no veía más que la satisfacción de tener un hijo.

Sentimiento que le halagaba, porque había llegado á enamorarse con locura de aquella hermosa mujer.

Sin embargo, las lágrimas de Teresa le impresionaban.

Esta, por su parte, apenas salía de casa.

Se le figuraba que todos iban á conocer su estado.

Para que la situación fuese más grave, una mañana que la joven esperaba á Deza, sintió que el aldabón de la puerta sonó dos veces.

Creyendo que era su amante, se asomó á la ventana.

Desde allí pudo ver que era un desconocido.

Aquel hombre la traía una carta.

Marta la tomó.

Un momento después se la entregaba á su señora.

Ésta rasgó el sobre con mano trémula.

La epístola era de su tío.

En ella le manifestaba que su prima Isabel debía casarse con Guzmán pasados algunos días, y que esperaba que asistiese al acto solemne de su matrimonio.

Añadía además que había tenido noticias concretas de don Fadrique, el cual, como siempre habían sospechado, se hallaba en las guerras de los Países Bajos, guerras próximas á terminarse, lo que le hacía creer que su regreso sería breve.

La carta se escapó de las manos de Teresa.

No es más rápida la acción del rayo que lo fué su lectura.

Bajo estas malas impresiones se hallaba la joven, cuando sintió que llamaban de nuevo.

Un momento después conoció los pasos de Deza.

Éste entró en la estancia.

En seguida comprendió que algo grave sucedía.

Acercóse á su amada, tomó una de sus manos con cariño y la preguntó qué ocurría.

—Acabo de recibir una carta de mi tío,—le respondió.

—¿Y qué te dice en esa carta?

—En primer lugar, me manifiesta su vivo interés de que vaya á Córdoba para asistir al desposorio de Isabel.

—¿Se casa con Guzmán?

—Sí.

—¿Y es eso sólo lo que te preocupa?

—Comprende, Diego, que hace muy cerca de un año que estoy en Granada; mi ausencia les sorprende, y mucho más ha de extrañarles cuando vean que no asisto á la boda de mi prima.

—Puedes alegar que sigues enferma.

—Así lo haré, pues no sería posible en semejantes circunstancias abandonar esta ciudad.

—¿Pueden tus tíos extrañar una cosa tan posible?

—No lo sé. Temo que alguno de ellos se decida á venir.

—¿Y qué más te decían en la carta?

—Me dicen, además, que han tenido noticias concretas del paradero de Fadrique.

—¿Dónde se halla?

—En los Países Bajos.

—¿Acaso forma parte del ejército del duque de Alba?

—Creo que sí.

—Entonces no es fácil que venga tan pronto.

—¿Por qué?

—Porque los reformistas son fanáticos que se baten con la fe que imprime en el corazón cualquier secta religiosa.

—Aseguran, sin embargo, que la guerra durará poco.

—Y aun cuando así fuese, ¿sabemos nosotros si por esa circunstancia volverá á Córdoba tu marido?

—Es posible que sí.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En que siempre doy crédito á la fatalidad

—Aun suponiendo que Fadrique fuese á Córdoba en un plazo breve, ya tendrías noticias de su llegada.

—¿Por quién?

—Por tus tíos.

—Posible es que no. ¿Quién sabe si Fadrique querrá venir á Granada directamente?

—No lo creo.

—Yo sí, y tengo mis razones para pensar de este modo.

—¿Cuáles son esas razones?

—Si Fadrique hubiese quedado conmigo en una buena actitud cuando tuvo lugar nuestra separación, sería posible que aconteciese como tú dices. No tenía entonces necesidad de venir á buscarme; bastaba con que me llamase para que pudiera verificarse nuestra

unión; pero ya recordarás de qué modo se alejó de mí; yo estaba despechada, y en caso de que desease volver á mi lado, había de procurar los medios de una entrevista conciliadora.

Don Diego no supo qué contestar.

Los argumentos que exponía doña Teresa eran poderosos.

De todas maneras, no hay razón para que te preocupes tanto.

—¿Te parece que no es suficiente motivo?

—No.

—¿Qué haremos si se realiza lo que te he dicho?

—En primer lugar, yo no creo que tu esposo vuelva á España tan pronto; pero, suponiendo que así ocurriese, pondremos en práctica mis proyectos en cuanto sepamos que ha terminado la guerra.

—¿Qué proyectos son esos?

—¿No recuerdas lo que te dije al principio de nuestros amores?

—Hemos imaginado tantos planes, que no sé á cuál de ellos te refieres.

—El mundo es muy ancho. Si Granada no nos concede un asilo seguro, otro país habrá más hospitalario.

—Sentiría tener que abandonar esta ciudad.

—¿Por qué?

—Diego,—dijo la joven,—yo te amo con todo mi corazón; creo que no puedas dudar de ello, pues has recibido demasiadas pruebas; pero al salir de Granada publico mi deshonra.

—¿Por qué?

—¿No comprendes que entonces llegará la noticia de nuestros amores hasta mis tíos, los cuales se avergonzarán de que pertenezca á su familia?

—¿De modo que prefieres que tu nombre permanezca ileso?

—Querría conciliarlo todo.

—Yo desearía que, al tratarse de mí, lo mirases con indiferencia.

—No, Diego; yo no soy una de esas miserables meretrices que se lisonjean con el escándalo; yo soy una pobre mujer que te ama mucho, pero que trata de guardar las conveniencias sociales. Bien sabes que he tenido amores con Velázquez; nuestro amor era un santuario; sin embargo, prescindí de él, ahogué mis sentimientos, y me casé con mi primo para evitar la maledicencia de los demás.

—En ese caso buscaremos un medio para conciliarlo todo como deseas.

—Es muy difícil.

—No lo creas.

—Si hubiese nacido nuestro hijo, aun podríamos hacer una ocultación de nuestras relaciones; pero lo que es ahora me parece imposible.

—Podemos salir Granada, y antes de verificarlo escribes á tus tíos manifestándoles que temes que vuelva tu esposo, cuya mala conducta no has olvidado.

—¿Y qué lograremos con eso?

—Lograremos que imaginen que tu salida de esta ciudad no reconoce más causa que el espanto que te produce su presencia.

Doña Teresa movió la cabeza con incredulidad.

—No creo que se quedarán satisfechos con esto.

—Algún partido hay que tomar.

—Eso desde luego.

—Y ese partido será cualquiera que no se relacione con nuestra separación.

—Es verdad; eso sería lo peor de todo.

Desde aquel día doña Teresa no pudo desterrar sus temores.

Don Diego, menos impresionable, sólo pensaba en su amor.

Los días pasaban.

La joven había escrito á sus tíos que se hallaba enferma, é incapacitada, por lo tanto, para asistir á la boda de Isabel.

Precisamente el día en que deberían celebrarse las bodas de ésta, doña Teresa se hallaba próxima á dar á luz.

Marta llamó inmediatamente á Don Diego.

Éste buscó á un amigo suyo que era médico.

—Tengo que pedirte un señalado favor,—le dijo.

—Cuantos quieras.

—Sé que por tu carácter y tu profesión eres un hombre reservado, é incapaz, por lo tanto, de decir nada de lo que ves y oyes.

—En eso me pruebas que me conoces.

—Se trata de asistir á un alumbramiento.

—¿De una soltera?

—No lo sé.

—¿Quieres que la asista?

—Desde luego; pero como la enferma es bastante conocida en Granada, permitiría dejarse morir antes de que la vieses.

—Eso es fácil de evitar.

—¿Cómo?

—Que se cubra el rostro con un velo.

—Pero esta mujer está en su casa, y poco conseguiría con recatarse, cuando tienes necesariamente que conocer su vivienda.

—También existen medios para evitarlo.

—Dímelos.

—Haz venir un carruaje hasta la puerta de mi casa, me vendas los ojos, y me sirves de lazarillo hasta que nos hallemos en la habitación de la enferma.

—Siempre encuentras recursos de imaginación.

—Cuando haya dado á luz,—prosiguió el doctor,—vuelves á vendarme y me conduces hasta el carruaje.

—Soberbio. Tu plan es incomparable. Ya comprenderás que todo esto se hace por no herir la susceptibilidad de una mujer.

—Sea por lo que fuere, yo no soy curioso, y basta que medies tú en este asunto.

Un momento después don Diego salía de la estancia del galeno.

Pasados algunos minutos, el carruaje se detuvo delante de la puerta.

Deza y el doctor entraron en él.

El primero dobló su pañuelo en tres partes, y colo-

cándoselo á su amigo delante de los ojos, ató sus extremidades por detrás.

El carruaje se puso en movimiento.

Cruzaron la ciudad de Granada, y entraron en el Albaicín.

Cuando estuvieron en el portal de la casa de doña Teresa, don Diego dió la mano á su amigo.

Éste obedeció para dejarse orientar.

—Puedes descubrirte,—le dijo pasado un instante.

El doctor se encontró en una magnífica estancia.

Hubiera mirado con mucho detenimiento los objetos de arte que allí se encontraban, pero tuvo sobradas razones para no hacerlo.

No quería que Deza imaginase que deseaba conservar algún recuerdo de la misteriosa vivienda en que se hallaba.

Un instante después entró en el dormitorio de la joven.

Ésta se hallaba recatada, como habían convenido, con un espeso velo.

Una hora después, Teresa era madre de una preciosa niña.

Entonces don Diego, disimulando mal su emoción, vendó de nuevo los ojos de su amigo y le hizo entrar en el carruaje.

Los caballos partieron al trote.

Cuando estuvo á una buena distancia del Albaicín se quitó el lienzo.

El honor de doña Teresa estaba salvado.

CAPÍTULO LXX

LA SITUACIÓN SE COMPLICA

Tres días después, la niña recibía el agua bautismal, al propio tiempo que el nombre de Esperanza.

Doña Teresa olvidó en absoluto sus temores.

Ya no era más que madre.

Los que recientemente le parecían caminos poco admisibles, eran aceptados entonces por ella.

Todo lo hubiera sacrificado con tal de no separarse de su hija y del hombre á quien amaba.

Mientras esto ocurría, don Diego había puesto en juego sus planes.

Supo que las guerras de Flandes estaban próximas á terminar, y que el duque de Alba regresaba á España con su ejército victorioso.

Entonces se decidió á visitar á don Juan de Austria, ó, si era necesario, al mismo don Felipe II, á quienes no había querido recordar los buenos servicios que prestó durante la guerra con los mahometanos.

Contaba también con las influencias de su tío el presidente.

Su objeto era obtener algún cargo en cualquiera de las posesiones que tenía el rey en Italia.

El inquisidor y don Juan le habían prometido en otros tiempos lo que las circunstancias le obligaban entonces á reclamar.

Sin embargo, estas gestiones se dilataban.

Don Juan de Austria había partido de Granada poco tiempo después de concluir la insurrección morisca.

Según noticias que adquirió Deza, el valeroso joven se hallaba en Córdoba, al lado del rey.

Esta circunstancia hizo que abandonase sus buenos propósitos de salir de Andalucía.

Mientras esto pasaba en la poética ciudad del Genil, traslademonos á Córdoba, donde moraba la familia de doña Teresa.

Isabel se había desposado con Guzmán, joven al que conocen nuestros lectores por haberle oído nombrar en la historia que refirió á don Diego la esposa de Fadrique.

Pertenecía á una ilustre familia de origen portugués, y se dedicaba á la noble carrera de las armas.

Los padres de Isabel olvidaron por un instante los disgustos que les ocasionaba la ausencia de su hijo mayor, para dedicar todo su celo á la felicidad de la recién casada.

Una vez verificado el enlace, los dos esposos habían partido hacia el Escorial.

Deseaban los novios admirar el monasterio, cuya construcción acababa de terminarse.

Era muy frecuente en aquella época hacer lo propio entre las gentes acomodadas.

El monasterio de San Lorenzo recibía el nombre más ó menos razonado de la octava maravilla del mundo.

Los novios partieron.

Aunque su regreso debiera verificarse en un breve espacio de tiempo, los padres de Isabel sintieron mucho aquella separación.

Entonces fué cuando se abrieron de nuevo sus mal cerradas heridas, y cuando desearon más ardientemente la compañía del hijo expatriado.

—Si tuviéramos siquiera junto á nosotros á Teresa, —decía el noble anciano,—no nos parecería tan dolorosa la ausencia de nuestros hijos.

—Es verdad,—contestaba la esposa de Montemar.

—¿No te parece extraña la conducta de Teresa?

—¿Por qué ha de parecérmelo?

—Hace más de un año que salió de Córdoba, y cuantas veces la hemos escrito que volviera se ha negado á hacerlo.

—Ya sabes que se halla enferma.

—Si no fuese por las muchas ocupaciones que me asedian, y por la permanencia del rey en esta ciudad, iría á buscarla. Pero Felipe II no quiere que me aleje de su augusta persona.

—Mucho debemos agradecer sus regios favores.

—Lo cierto es que la enfermedad de Teresa debe ser muy grave, pues de no ser así, hubiera asistido á las bodas de su prima.

—Bien sabes que siempre la ha querido mucho.

Los dos esposos guardaron silencio.

Montemar miraba con ojos distraídos la leña que ardía en el hogar.

Desde aquella confortable habitación se escuchaban los gemidos del viento.

Los cristales de las ventanas estaban empañados por la acción del hielo.

—¡Qué noche tan mala!—exclamó la esposa de Montemar.

—Con efecto; desgraciados de aquellos que no tengan donde ampararse.

Ambos quedaron pensativos.

Los lamentos del huracán despertaron la curiosidad del anciano.

Aproximóse á la ventana.

Los árboles del jardín que cercaba su palacio se inclinaban á la tierra, mientras sus ramas, cubiertas todavía de amarillentas hojas, producían un rumor semejante al de las olas irritadas.

Montemar se refregó las manos como si advirtiera el helado cierzo de la noche.

Iba á retirarse de aquel sitio para volver al lado del fuego, cuando advirtió en el jardín algo que excitó su atención.

—¿Qué miras?—le preguntó su esposa.

—Juraría que entre las enramadas había descubierto una sombra.

—¿Una sombra?

—¡Vanos delirios de la imaginación!—exclamó el anciano, no queriendo despertar en su compañera ideas pavorosas.

Pero lo cierto es que no se apartó de aquel sitio.

La ilustre dama, que no se había quedado satisfecha con las tranquilizadoras palabras de su marido, se acercó á la ventana, y miró á través de sus helados vidrios.

Entonces pasó el pañuelo por la superficie, y las frondosidades del jardín pudieron apreciarse mejor.

Montemar no se había engañado.

Una sombra avanzaba hacia el palacio.

La dama se sobrecogió.

¿Quién podría ir á aquellas horas y en una noche tan cruda?

Disponíase Montemar á salir con sus criados en busca del intruso, cuando escucharon en la puerta el golpe del aldabón.

Este fué repercutido por el eco.

—Quizá es algún mensajero del rey.

Como esta creencia era posible, Montemar y su esposa no se movieron de la estancia.

Un momento después entró aceleradamente un caballero. Este dejó caer la capa de sus hombros.

Montemar y su esposa abandonaron el asiento que ocupaban, y lanzando una exclamación de sorpresa y alegría, se precipitaron en sus brazos.

El recién llegado era su hijo Fadrique.

Pasados esos primeros transportes de felicidad que sienten los padres al estrechar contra su corazón al hijo que viene de la guerra, le hicieron sentar á su lado.

Las mejillas del joven estaban atezadas por el sol y el humo de la pólvora.

¡Qué satisfacción sentía aquella madre!

¡Cuántas veces le había creído muerto!

La noble señora lloraba de alegría.

Sus pupilas derramaban esas lágrimas bienhechoras tan necesarias al corazón como el rocío á las flores.

—¡Hijo mío!—exclamó entre sollozos.—¡Dios te trae de nuevo á mis brazos para no separarnos más!

—Es cierto, madre mía; comprendo que he sido un loco al abandonar los tiernos lazos de tu cariño; pero hoy vuelvo á ellos completamente regenerado.

Fadrique, al pronunciar estas palabras, dirigió una escudriñadora mirada á su alrededor.

Viendo que en la habitación no estaban más que sus padres, preguntó:

—¿Y Teresa?

—Teresa no se halla en Córdoba.

Frunció las cejas el joven al escuchar aquella respuesta.

—¿Dónde se halla entonces?

—En Granada.

—¿De modo que no ha regresado todavía?

—No.

—¿Cómo no la habéis llamado? La única causa que

podía tener para no estar aquí era mi enojosa presencia, y esa desapareció á los pocos días de salir de la ciudad.

—La hemos llamado en distintas ocasiones, pero su salud no la permite ponerse en viaje.

—¿Luego está enferma?

—Sí.

—En ese caso, mañana mismo salgo para Granada.

—Es lo mejor que debes hacer, hijo mío; ella es muy buena, y es seguro que olvidará tu mal comportamiento.

—Animos traigo de que lo olvide.

—Mucho se lo he pedido á Dios en mis oraciones.

—¿Y mis hermanas?

—Isabel se ha casado.

—¿Con Guzmán?

—Sí.

—Es un hombre que la hará dichosa.

—En cuanto á tu otra hermana, se halla bastante mejor.

—Mucho lo celebro. Yo vengo hastiado de la guerra, y sólo ambiciono la paz de la familia.

Fadrique se desciñó la tizona, y después de colocarla en un ángulo de la habitación, arrojó al fuego un tronco de roble y dirigió una cariñosa mirada á sus padres.

—¿Es cierto que vienes de Flandes?

—Sí; allí he sostenido una victoriosa campaña á las órdenes del duque de Alba.

—Aseguran que ha terminado la guerra.

—Lo aseguran, pero no es verdad; aún falta que París presencie muchos horrores. Los reformistas aumentan por momentos y se baten con el valor de la desesperación.

—¿De modo,—preguntó Montemar, —que, en concepto tuyo, esa guerra tiene más importancia que la rebelión de los moriscos?

—Desde luego; esa guerra durará muchos años. Yo quise ir á ella porque estaba sediento de aventuras; pero hemos pasado muchas vicisitudes y me dije: "¿Dónde puedo encontrarme mejor que al lado de mi esposa y de los seres á quienes debo la vida?„

—Es verdad, hijo mío. ¡Ojalá hubieses pensado siempre así!

—Qué queréis; todos los hombres tenemos una época más ó menos larga, en que cometemos toda clase de desaciertos.

—En ti ha sido menos perdonable que en otros.

—¿Por qué razón?

—Porque tienes una esposa angelical.

—Es verdad. ¡Pobre Teresa! Estoy deseando verla en mis brazos.

—Digna es de que la hagas muy dichosa.

—¿Creéis, madre mía, que me perdonará mis muchos errores?

—Desde luego.

—¡Ha sido tanto el daño que la hice, que á veces dudo del resultado de mis súplicas!

—Desde el momento en que trates de demandar su perdón, has de justificarte á sus ojos.

—¡Dios lo quiera!—exclamó Fadrique.

Lo avanzado de la hora interrumpió aquel coloquio.

El joven conocía perfectamente las patriarcales costumbres de la casa.

Abrazó á sus padres y les rogó que se consagrasen al sueño.

En cuanto á él, se dirigió á la antigua estancia de Teresa.

Todo permanecía en ella exactamente igual que cuando la abandonó su encantadora dueña.

Sin embargo, ¡cuántas novedades había de hallar después el expatriado esposo!

Aquella noche, á pesar de la fatiga que experimentaba por el largo viaje que acababa de hacer, no pudo conciliar el sueño.

Algo le advertía que su arrepentimiento era tardío.

Cuando brilló el alba, dió órdenes á uno de los criados de la casa que le siguiese.

No quería perder un solo momento en dirigirse á la ciudad del Genil.

Despidióse de sus padres y partió.

No haremos los detalles de su viaje largo y penoso por el imperfecto sistema de transporte que entonces había.

Una nebulosa mañana descubrió las escabrosas cúspides de la sierra.

Después pudo apreciar la torre de la Vela y el cerro del Albaicín.

La ciudad no podía ser descubierta por sus ojos, por hallarse en un valle.

Hemos olvidado advertir á nuestros lectores que doña Teresa, siempre celosa de su honor, había tenido una precaución.

Cuando tuvo lugar el incendio de la casa, comprendiendo que su tardanza en regresar á Córdoba pudiera despertar sospechas en su tío, hasta el punto de ir en su busca, había dado las señas de su casa muy distintas de las verdaderas.

Para ello eligió una morada del centro de la ciudad donde vivía una amiga de Marta.

Estas señas eran las que conocía Fadrique por referencia de sus padres.

Allí era también donde la enviaban las cartas que luego llegaban á sus manos por un propio de la localidad, como hemos visto en uno de los capítulos anteriores.

Fadrique llegó á Granada.

Sin detenerse un solo instante cruzó un laberinto de calles, dirigiéndose á la en que creía que se hallaba la vivienda de su esposa.

No dejó de extrañarle el aspecto pobre que la casa tenía.

Sin embargo, llamó á la puerta sin vacilación alguna.

Cuando preguntó por doña Teresa, la buena mujer que allí vivía, advertida por Marta anteriormente, no sólo le dijo que no moraba allí la persona por quien preguntaba, sino que pretextó ignorar las señas de su casa.

Esta respuesta contrarió sobre manera al arrepentido mancebo.

—¡Es extraño!—murmuró Fadrique;—¿habré equivocado las señas que mis padres me dijeron? Pero no, estoy seguro que las grabé bien en mi memoria.

El jóven se quedó un momento pensativo.

No sabía qué partido tomar.

En esta indecisión empezó á vagar al acaso por las angostas calles de la ciudad.

CAPITULO LXXI

UN AMIGO ANTIGUO

Difícil hubiera sido en cualquier ocasión que la casualidad le hubiese deparado los medios de encontrar en su camino á doña Teresa, pues raras veces abandonaba su casa del Albaicín, pero mucho más lo era en aquel día.

Doña Teresa todavía se hallaba convaleciente, y si bien es verdad que no permanecía en el lecho, no había salido de su morada ni para ir á San Salvador, como tenía por costumbre.

En cuanto á don Diego, permanecía constantemente á su lado desde que había nacido su hija.

Cansado don Fadrique de dar vueltas por la ciudad, y temiendo que le sorprendiera la noche en el mismo estado, se dedicó á buscar una hostería.

Su carácter era demasiado enérgico para retroceder ante las dificultades que se le presentaran. Muy por el

contrario, era uno de esos hombres á quienes agrada vencer los obstáculos.

A la falda del cerro del Albaicín vió un edificio bastante espacioso, sobre cuya puerta se leía en gruesos caracteres el siguiente título: *El Aguila de Oro.*

Encima de los caracteres estaba pintada la reina de las aves, que justificaba el nombre de la hostería.

Don Fadrique acababa de encontrar el paraje que deseaba para pasar la noche.

Empujó la puerta, que estaba entornada, y penetró en el interior.

El hostelero, que desde luego conoció en su distinguido porte que el recién llegado podía constituir un buen parroquiano, se puso en pie respetuosamente y le preguntó qué deseaba.

—¿Tienes alguna habitación donde pasar la noche?

—Sí, señor; precisamente hay una muy á propósito, que parece haber sido construída y alhajada para vos.

—Más vale así,—contestó sonriéndose.

—¿Queréis que os conduzca á ella?

—No; me fío en tus palabras para adivinar sus excelentes condiciones, y queda desde luego por cuenta mía.

—Como queráis.

—Ahora lo que necesito es que me sirvas alguna cosa de comer, y una botella del vino más añejo y mejor que tengas.

Y diciendo esto se sentó en una banqueta que había delante de una mesa.

Un momento después el solícito hostelero tendió el

mantel y colocó el servicio que había de utilizar el mancebo.

Mientras verificaba estas operaciones, su lengua no estuvo ociosa como no lo estaba casi nunca.

—¿Venís á Granada por mucho tiempo?—le preguntó.

—No lo sé: depende de muchas circunstancias.

—¿No conocíais esta ciudad?

—Aunque he vivido en ella dos años, era muy niño y no conservo más que ligeros recuerdos.

—¡Ah! ¿Estuvisteis aquí en vuestra infancia?

—Precisamente.

—Ya no la conoceréis. Granada ha mejorado muchísimo.

—Siempre ha sido una perla.

—Con efecto; pero desde que nos libertaron de la pesada compañía de los moros, todo se ha quedado como una balsa de aceite.

El hostelero colocó sobre la mesa un humeante plato con unas doradas chuletas que excitaban el apetito.

Fadrique llenó un vaso de vino y lo bebió de un solo trago.

Iba á empezar á comer, cuando la puerta giró de nuevo sobre sus goznes, y entraron en la hostería dos embozados.

Desde luego comprendió Fadrique que uno de ellos era noble.

Anbos se desembozaron.

Entonces el marido de doña Teresa hizo un movimiento, como el hombre que se sorprende de algo.

Lo propio hizo el desconocido.

Uno y otro creían reconocerse.

Con efecto, el que acababa de entrar era un joven de Granada que había tomado parte en las orgías de Fadrique durante su permanencia en Córdoba.

—¡Gastón!—exclamó el uno.

—¡Fadrique!—contestó el desconocido, estrechando sus manos con alegría.

—Ignoraba completamente que estuvieses aquí.

—¿Acaso no recuerdas que soy hijo de esta ciudad?

—Mi estancia en Córdoba no duró más que un año.

—Mucho celebro hallarte.

—Lo creo.

—Aparte de la satisfacción qne se recibe al ver á un amigo, es posible que puedas proporcionarme los datos que deseo adquirir.

—Tú me dirás.

—Antes que nada siéntate, y comamos juntos.

—Traía el propósito de hacerlo.

Gastón se sentó é hizo una seña al criado que le acompañaba para que hiciese lo propio junto á otra mesa.

—¿De seguro que no esperabas encontarme en *El Aguila de Oro?*—dijo Fadrique después de un momento.

—En efecto que no; pero esta misma sorpresa constituye mayores encantos.

—¿Qué hiciste de Inés, aquella muchacha por la que te alucinaste hasta el último extremo?

—Al cabo de dos meses la abandoné.

—¿Viviste dos meses en su compañía?

—Muy cumplidos.

—Siempre has sido, respecto á las bellas, un modelo de constancia.

Los dos amigos rieron de aquella ocurrencia.

—¿Y Corina?

—No sé de ella. Mi mujer me sorprendió un día en sus brazos; esto fué causa de nuestra separación, y al poco tiempo me dirigí á los Países Bajos, donde he luchado con los reformistas á las órdenes del duque.

—¿Y cómo has vuelto tan pronto?

—Debo advertirte que he sostenido una campaña que ha durado más de un año.

—¿ Y qué tal lo has pasado?

—Bastante bien, si he de decirte la verdad. El duque de Alba no daba descanso á los soldados de la Reforma, y teníamos sobre ellos la indiscutible ventaja del número.

—¿De modo que no contáis más que victorias?

—Casi puedo decirte que sí.

—Y durante ese tiempo, ¿no has tenido algunos amores?

—¡Parece imposible que me hagas semejante pregunta!

—Es verdad; me había olvidado de tu competencia en este asunto.

—He tenido amores con una calvinista encantadora.

—¿De veras?

—Como sus convicciones religiosas implicaban poco

para lo que yo deseaba, la hice el amor, y saqué una consecuencia que voy á decirte.

—¿Cuál?

—Que las protestantas son exactamente lo mismo que las católicas.

Gastón lanzó una carcajada al escuchar las bromas de su amigo.

—Y ahora ¿qué te trae á Granada?

—Ahora me traen á tu patria asuntos graves.

—No lo serán mucho siendo tuyos.

—Te equivocas en esta ocasión.

—Cansado de las hijas del Norte vendrás en busca de nuestras ardientes andaluzas.

—Vengo en busca de mi mujer.

—¡De tu mujer!

—Sí.

—Ignoraba que estuviera aquí.

—¿Tú la conoces?

—No; bien sabes que no nos hemos visto más que en parajes que le estaban vedados á una señora.

—Es verdad.

—¿Piensas unirte á ella de nuevo?

—Sí.

—¿De manera que vas á dedicarte á la vida tranquila?

—Al menos, por una breve temporada tengo ese proyecto. Mi esposa hace un año que no me ve; en ese espacio de tiempo ha adquirido para mí cierta novedad, y mientras no me hastíen otra vez sus caricias, me prometo pasar unos días felices.

—Eres incorregible.

—No lo creas; yo no amo á Teresa, porque no ha sabido comprenderme.

—¿Y quién sería capaz de hacerlo?

—Cualquiera que no fuese ella.

Gastón se sonrió con escepticismo.

Conocía demasiado á Fadrique para dar crédito á sus palabras.

—¿Y cuándo piensas ir á verla?

—Eso es lo que no puedo especificarte, á menos que tú me des algún rayo de luz.

—No comprendo lo que quieres decirme.

—Antes de venir á esta ciudad he preguntado á mis padres dónde vive mi esposa.

—Perfectamente.

—Me he dirigido á la calle que me indicaron, y me he encontrado con una casa de modesta apariencia, cuya moradora no ha sabido darme razón de dónde vive mi esposa.

—Habrás equivocado las señas.

—Es posible; aunque siempre me he preciado de tener una excelente memoria.

—El caso es original. También puede ser que haya cambiado de domicilio.

—Es indudable.

—De todas maneras no tardarás mucho tiempo en encontrarla, pues en Granada se conoce todo el mundo.

—Sin embargo, tú no la conoces, aunque vives aquí.

—¿No tenías tú una hermosa finca en esta ciudad?

—Sí; pero fué pasto de las llamas, según me han asegurado mis padres.

—De todas maneras, tu mujer viviría en ella antes de la catástrofe.

—Es indudable.

—¿Dónde estaba situado el palacio?

—En el Albaicín.

—Entonces yo creo que lo más concreto es que preguntemos á los vecinos, los cuales nos darán alguna razón de su nuevo albergue.

Don Fadrique aprobó desde luego el plan de su amigo.

Era indudable que con aquel procedimiento lograrían encontrar el paradero de doña Teresa.

—En ese caso espero que me acompañes cuando termine nuestra cena. De ese modo me parecerán menos pesadas las gestiones que tengo que hacer.

—El caso es que no hemos tenido en cuenta al formar nuestro propósito lo avanzado de la noche.

—Es verdad; para reconciliarse con una esposa no es la más oportuna.

—¿Luego tú estás en mala actitud?

—No sé si me habrá perdonado mis devaneos con Corina.

—En ese caso, creo que lo más oportuno es esperar á que luzca el día.

—Como tú quieras.

—Estarás, sin embargo, molido con el viaje.

—Ya sabes que tengo una excelente naturaleza.

Nunca he sentido la acción de la vigilia, y mucho menos ahora, que vengo acostumbrado á la vida de campaña.

—¿Quieres venir á mi casa?

—Como quieras. Todo consiste en dar una gratificación al hostelero, á quien había alquilado un dormitorio.

Fadrique y Gastón se pusieron en pie.

El primero arrojó desdeñosamente sobre la mesa unas cuantas monedas de plata.

Cuando el hostelero fué á darle la vuelta, el joven le dijo que la guardase.

—¿A qué hora volveréis á acostaros?—le preguntó.

—A ninguna: prefiero ver el aspecto que presenta Granada entre las sombras de la noche.

—Como queráis.

Un momento después los dos amigos salían de la hostería.

El criado de Gastón se hallaba dormido profundamente.

Su señor no quiso despertarle.

Su presencia les hubiera sido enojosa.

—Ya que no podemos realizar mis planes hasta que nazca el día, porque, á la verdad, es una hora intempestiva para que me abran la puerta, daremos, si te parece, un paseo por el Albaicín.

—¿Recuerdas dónde se hallaba tu casa?

—Yo era muy niño cuando estuve en ella; pero ¿quién sabe si sobre el terreno podremos hallar algo que nos indique lo que buscamos?

—Como tú quieras.

Fadrique y su compañero empezaron á subir la cuesta que conduce al barrio morisco.

La noche estaba muy oscura.

En su camino encontraron á la ronda.

Los individuos que la componían los miraron con desconfianza.

Uno de los alguaciles se acercó á ellos, y al reconocer que eran dos hidalgos, los dejaron continuar su paseo.

Una vez en el Albaicín empezaron á recorrer sus desiertas calles.

Todas las ventanas de los edificios estaban herméticamente cerradas.

Sus pasos resonaban poderosamente en medio del silencio nocturno.

Al volver una calleja vieron á un embozado que sin duda se retiraba á su casa después de alguna aventura amorosa.

Fadrique se aproximó á él.

El desconocido, no sabiendo cuáles serían sus intenciones, colocó su diestra sobre el pomo de la tizona.

—Desearía haceros una pregunta.

—Malas horas son para responderos, hidalgo.

—Siempre son buenas cuando no se trata de alguna asechanza.

—¿Qué queréis? Hablad, que llevo prisa y muy poco humor de gastar tiempo.

—¿Sabéis si cerca del sitio en que nos hallamos

se encuentran las ruinas del palacio de Montemar?

—Torced esa calleja, y os encontraréis donde deseáis.

Fadrique dió las gracias al transeunte.

Un instante después ambos siguieron su camino.

CAPÍTULO LXXII

LAS COMPLICACIONES AUMENTAN

Fadrique y Gastón torcieron la calleja según les había indicado el caballero.

No tardaron en descubrir los ennegrecidos muros del palacio de Montemar.

—Hé aquí lo que buscábamos,—dijo Fadrique;—lo reconozco á pesar de los años que hace que no lo he visto y del deterioro que ha sufrido por las voraces llamas.

—Hoy sólo quedan en pie sus paredes.

—Es lo suficiente para comprender la gallardía de su arquitectura. Mira, en aquella almena que amenaza derrumbarse, me asomaba yo muchas veces con un viejo escudero, para ver la perspectiva del Albaicín. En aquella ojiva, cuyo cerco está carbonizado, aguardaba mi madre la llegada de su esposo. No tengo duda que es el mismo edificio. Van brillando los recuerdos en

mi memoria, como brilla el sol á través de las pardas nubes del amanecer.

Durante este diálogo habían llegado los dos amigos hasta el pie de las ruinas.

El fuego había sido de tal consideración, que nadie había pensado en reparar el edificio.

Verdad es que hubiese costado mucho más que hacerlo de nuevo.

—¿Quieres que entremos?—dijo Fadrique.

—¿Para qué diablos te ocurre esa idea? Ya te he dicho que no existen en pie más que los muros y algunas vigas que amenazan desplomarse sobre nuestras cabezas.

Fadrique se acercó á las tablas que habían colocado provisionalmente para que sirviesen de puerta.

Por entre las rendijas de su imperfecta unión pudo dirigir una escudriñadora mirada.

Como el techo del edificio se había venido abajo, penetraba la escasa refracción del cielo, descubriéndose un hacinado montón de escombros.

Fadrique parecía hallarse triste.

Esta circunstancia, poco común en su carácter jovial, llamó la atención de su amigo.

—¿Acaso te preocupa la ruina del edificio?—le preguntó.

—No es que me preocupe su desdichada suerte, pero acaba de ocurrírseme una idea que me mortifica.

—Veamos esa idea, si no es un secreto.

—Bien sabes que no los guardo para ti. Estaba contemplando las ruinas de la mansión donde pasé los

primeros años de mi infancia. Entonces todo era lujo y riquezas; sus paredes estaban cubiertas con magníficos damascos; sus muebles eran soberbios; mis padres habían querido adornarle con un esplendor asiático. En cambio hoy no es más que un miserable montón de cenizas.

—¿Y qué consecuencias sacas de eso?

—Saco la consecuencia de que todo es igual en la vida. ¡Quién sabe si mis ilusiones más doradas se verán en breve como lo que contemplan mis ojos!

—Veo que la noche te predispone á filosofar.

Aquellas impresiones no duraron más que un instante.

Fadrique, como burlándose de sí propio, lanzó una carcajada, y dijo:

—Esto no son más que quimeras, que duran en mi pensamiento lo que el relámpago en el espacio.

Un momento después se advirtió el primer albor de la aurora.

Las sombras de la noche fueron perdiendo su pavorosa oscuridad.

Hacia la parte de Oriente se dibujaba una franja rojiza.

Abriéronse algunas ventanas de los madrugadores del barrio morisco.

Luego rechinaron los cerrojos de las puertas.

La gente labradora se puso en actividad.

Sin embargo, los dos jóvenes esperaron todavía.

Desde luego comprendieron que no eran aquellos sencillos campesinos los que habían de indicarles el paradero de doña Teresa.

—¡Qué largas parecen las horas de la noche cuando se pasan en la calle!—exclamó Fadrique.

—Con efecto, no opinarías lo mismo si hubieses estado al lado de Corina.

Ambos ahogaron un bostezo.

Era esa hora crítica en que los párpados pugnan por cerrarse, y en que Morfeo bate sus apacibles alas con más dulzura.

Pasó media hora.

Entonces iluminó el sol las crestas de los montes.

La campana de San Salvador dejó escuchar sus sonidos.

—Se me acaba de ocurrir una idea,—dijo Fadrique.

—¿Cuál?

—¿Quieres que vayamos al templo?

—¿Para qué? A estas horas no irán á misa más que labradores y viejas devotas.

—Pero en cambio podremos esperar á que llegue una hora conveniente, sin estar aquí como dos postes.

—Sea como quieras.

Un momento después los dos amigos se pusieron en marcha.

El sacerdote acababa de empezar la misa.

Fadrique y Gastón se colocaron en un ángulo cerca del altar.

De pronto las mejillas del primero palidecieron.

Acababa de descubrir entre los fieles que oraban de rodillas la pálida figura de una mujer.

Aquella mujer era doña Teresa.

Después de haber dado á luz, era la primera vez que abandonaba su palacio del Albaicín.

Esto lo había hecho sin conocimiento de don Diego, que hubiera temido por su salud.

La joven iba acompañada de Marta.

Gastón advirtió el movimiento de sorpresa que había hecho su amigo.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó.

—Ya no es necesario que busquemos la morada de mi esposa.

—Pues ¿cómo?

—Porque está aquí.

Gastón dirigió una mirada á los circunstantes que allí se hallaban.

—¿Es aquella joven vestida de negro que está junto á la balaustrada del altar mayor?

—La misma.

—Verdaderamente es muy hermosa, y parece imposible que hayas podido soportar una ausencia tan larga.

—Sin embargo, la palidez de su rostro acusa las noticias que yo tenía. Teresa debe hallarse muy enferma.

—¿Y qué piensas hacer?

—Acercarme cuando termine la misa.

—¿No te parece mejor que la sigamos?

—¿Con qué objeto?

—Con objeto de evitar una sorpresa en la calle

—Después de todo, tienes razón.

—Yo te acompañaré hasta su puerta, y después dejaré que goces á solas de la ventura de la reconciliación.

—Como tú quieras.

En aquel instante acabó la misa.

Doña Teresa y Marta se pusieron en pie, y después de hacer una reverencia ante la imagen sagrada que había en el altar, se dirigieron hacia la puerta de salida.

Entonces los dos amigos la siguieron á una respetuosa distancia.

—¡Pardiez!—exclamó Gastón,—si no fuera por herir tu susceptibilidad, te diría una cosa.

—Ya sabes que nada tuyo me incomoda; puedes, por lo tanto, hablar con entera franqueza.

—Si yo hubiera tenido á mi lado una mujer tan encantadora como la tuya, no sería tan escéptico sobre la felicidad matrimonial.

—Con mucha más razón lo dirías si supieses lo angelical de su carácter.

Doña Teresa caminaba al lado de Marta.

Los dos jóvenes se habían embozado.

Esta precaución no hubiera sido necesaria, pues ni la dama ni la sirvienta volvieron la cabeza para mirar hacia atrás.

Un momento después se detuvieron delante de su casa.

Teresa entró seguida de su criada.

Como la distancia que les separaba de ellas no era muy corta, cuando llegaron los jóvenes la puerta estaba cerrada.

—Es indudable que vive aquí.

—El edificio tiene una soberbia exterioridad.

—Con efecto, y al otro lado se halla cercado de un magnífico carmen.

—Tengo deseos de saltar las tapias y aparecerme como una sombra.

—¡Siempre fantástico!

—Siempre huyendo de las vulgaridades.

—De todas maneras yo te abandono.

—¿Dónde podremos vernos más tarde?

—En la Alhambra.

—Perfectamente. Te aguardo á las tres en el patio de la Justicia.

Ambos amigos se estrecharon las manos con efusión y se separaron.

Fadrique le vió dar la vuelta á la calle.

Su corazón palpitaba.

Tenía la diestra en el aldabón de la puerta, pero no se determinaba á dejarlo caer.

Jamás se había notado tan perplejo.

El turbulento joven, acostumbrado á las contiendas y á los devaneos, temía encontrarse en presencia de aquella mártir, á la que tanto daño había hecho.

—¡Llévese el diablo mi timidez!—exclamó después de unos minutos de vacilación.

Entonces dejó caer sobre la puerta el pedazo de hierro.

El golpe retumbó en el interior.

Sintió después Fadrique los pasos de una persona que se acercaba.

Abrióse el postigo.

—¿Quién es?—preguntó una voz.

—¿Vive aquí doña Teresa Montemar?

—Sí, señor.

—Deseaba verla.

—Un poco temprano me perece para visitas.

—Cuando yo elijo estas horas será porque me urge hablarla ó porque tengo derecho para hacerlo.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento varonil.

Marta, pues no era otra la que se había asomado para ver al intruso, le rogó que esperase un momento.

Fadrique, aunque dominado por la impaciencia de su carácter, se decidió á esperar.

La sirvienta de doña Teresa se dirigió á las habitaciones de su señora.

Esta estaba quitándose el manto.

—Señora,—la dijo,—un gallardo joven pregunta por vos.

—¿Un joven?—preguntó Teresa palideciendo.

—Sí, señora.

—¿No le conoces?

—Viene embozado hasta los ojos, pero me parece que me es absolutamente desconocido.

Una vaga sospecha brotó en el alma de aquella hermosa mujer.

Aproximóse á la ventana.

Abrió los vidrios, procurando hacer el menor ruido posible, y se asomó entre los calados de la ojiva.

Aunque don Fadrique recataba el rostro, no era posible que no le conociese.

La joven hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Es él! ¡No abras la puerta, por María Santísima! ¡Diego no puede tardar, y esto sería un compromiso!

—Mirad, señora, que el joven parece hallarse decidido á todo.

—Por eso mismo no quiero que me vea.

—¿Queréis que le diga que no estáis en casa?

—Sí; busca cualquier pretexto, ¡pero que no entre, por Dios!

En aquel instante sonó un nuevo aldabonazo.

—¡Veis! Ya se ha cansado de esperar, y será capaz de echar la puerta abajo.

—Dile que esta tarde le recibiré; que ahora estoy en el oratorio; que he salido; lo que te aconseje tu imaginación...

Marta corrió de nuevo al portal.

Se disponía don Fadrique á llamar por tercera vez, cuando sintió que abrían de nuevo el postigo.

—¡Satanás te lleve, dueña de los demonios!—exclamó el joven, que estaba poco acostumbrado á que le contrariasen en lo más mínimo.

Marta se persignó al escuchar aquellas palabras,

—No puedo abrir la puerta, porque la señora no está en casa.

—¿Cómo que no está en casa si acabo de verla entrar?

—Os aseguro que ha salido por la puerta del jardín.

—¿Y es acaso el palacio una fortaleza inexpugnable, que no permite que penetre en su interior una persona que desea esperarla?

—Yo no soy más que una servidora, y por lo tanto, no puedo responder á vuestras preguntas.

El joven arrojaba espuma por la boca.

Sin embargo, comprendió que sus gestiones serían inútiles.

—¿A qué hora volverá la dueña de esta casa?

—Creo que esta tarde la podréis ver.

—Poco concreta es la contestación, pero volveré,—repuso, y se alejó de aquellos sitios con mal humor.

—¡Vive Dios!—exclamaba durante el camino,—que he de ahogar á esa maldita dueña.

De pronto frunció el ceño.

Un extraño pensamiento acababa de surgir en su mente.

—No tengo duda que Teresa se hallaba en casa. ¿Por qué no habrá querido recibirme?

Su desconfianza no tardó en disiparse.

Después de todo, aunque la joven no hubiese tenido sobradas razones para obrar como lo había hecho, su comportamiento hubiera sido exactamente igual.

Don Fadrique no había pronunciado su nombre, no había hecho constar sus derechos de marido, y no era,

por lo tanto, lógico que una joven recibiese en su casa á horas intempestivas.

El caballero pensó volver; pero comprendiendo que Teresa no debía conservar de su persona los mejores recuerdos, no quiso presentarse en una actitud hostil.

Antes bien, se resignó á esperar la llegada de la tarde, hora en que había sido citado.

Dejémosle vagando por las calles de Granada, y veamos lo que doña Teresa hacía en el interior de su casa.

CAPITULO LXXIII

EL AMANTE ESPÍA

Doña Teresa se había quedado muda de espanto.

Cuando Marta volvió á entrar en la habitación en que se hallaba su señora, la encontró reclinada en un diván.

Una palidez marmórea cubría su rostro.

Al ver á Marta clavó en ella sus pupilas azules.

—¿Qué le habéis dicho?—preguntó.

—He cumplido al pie de la letra vuestro encargo.

—Ni siquiera recuerdo lo que os ordené.

—Viendo su decidido empeño por entrar, y después de sufrir sus blasfemias y sus insultos, le he dicho que viniera esta tarde á las tres.

Doña Teresa se quedó pensativa.

En cuanto á Marta, no podía sospechar quién era aquel intruso que con tantos fueros llamaba á la puerta de la casa.

Aunque su confianza en la señora á quien servía no tenía límites, no pudo menos de creer que sería algún antiguo amante, explicándose de este modo la consternación que había experimentado.

—¿Ha dicho que volverá á las tres?

—Se ha marchado como el lobo que siente la acción del hierro; pero yo creo que no faltará á vuestra cita.

—Desgraciadamente no faltará.

—Lo cierto es que el mancebo parece hallarse decidido á todo, y llamaba como hombre que pretende entrar en hacienda propia.

—Afortunadamente no estaba en casa Diego.

—Con efecto; de lo contrario, hubiera sucedido una catástrofe.

En aquel momento resonó en la puerta el golpe que produjo un nuevo aldabonazo.

Doña Teresa se estremeció.

Marta miró á su señora.

—¿Será de nuevo ese Satanás?—preguntó.

—No lo sé; pero no abras sin mirar antes por el postigo.

La anciana salió de la estancia.

Pasado un instante, doña Teresa oyó que la puerta giraba sobre sus goznes.

Indudablemente no era Fadrique.

Con efecto, era don Diego de Deza.

Este entró en la habitación de la joven.

Desde el momento en que traspasó sus umbrales, advirtió la palidez que cubría el rostro de la dama.

—¿Estás enferma?—la preguntó con esas dulces inflexiones de voz de un hombre enamorado.

—Sí, Diego, no puedo ocultarte que acabo de recibir una emoción desagradable.

Deza dirigió con ansiedad una mirada á su alrededor.

Sabía demasiado la clase de vida que hacía su amada, y creyó que le había acontecido á su hija alguna desgracia.

Pronto se tranquilizó al ver á la niña que dormitaba en la cuna con la sonrisa de los ángeles.

Deza se aproximó á ella y cubrió de besos su frente y sus manitas blancas como los ampos de la nieve.

Después se acercó de nuevo á doña Teresa.

—¿Qué ha ocurrido?—le preguntó.

—Mis pronósticos se han realizado.

—¿Has recibido alguna nueva carta de tus tíos?

—¡Ojalá fuera eso lo que me preocupa!

—Te ruego que no me tengas en esta incertidumbre.

—Fadrique está en Granada.

Las facciones de Deza sufrieron una extraña contracción, con la que expresaba su sorpresa y su cólera.

—¿Ha venido á esta casa?

—Sí.

—¿Y has hablado con él por lo tanto?

—Eso no.

—Explícame lo que ha sucedido.

Entonces doña Teresa enteró á su amante de todo lo que acababa de ocurrir.

Deza quedó pensativo.

—Yo creo,—dijo la joven con esa rapidez de pensamiento que poseen las mujeres,—que lo mejor es que nos pongamos en camino ahora mismo; de este modo, cuando Fadrique vuelva, ya podemos hallarnos á una buena distancia de la ciudad.

—No apruebo tu plan.

—¿Por qué?

—Porque es muy probable que ese hombre sospeche tus intenciones, y esté rondado alrededor de tu casa.

—¿Qué hacer entonces, Diego?

—Lo mejor, en concepto mío, es que procuremos atacar de frente las dificultades.

—¿De qué manera?

—Yo sé que existe en este palacio una habitación secreta donde doña Marina me ocultaba cuando temía que me viesen las indiscretas miradas de sus pocos conocimientos.

—En ese caso te ocultas en ella con nuestra tierna hija.

—Nada de eso; yo no escondo mi rostro delante de nadie.

—Entonces, ¿para qué necesitas esa habitación?

—Para ti.

—¿Y cuando venga Fadrique?

—Se le abrirá la puerta.

—¿Vas á recibirle tú?

—¿Por qué no?

Doña Teresa rompió á llorar.

La solución que proponía su amante no era muy tranquilizadora.

—¿Y qué te propones con eso?—preguntó la joven con acento alterado por los sollozos.

—Me propongo saber lo que desea.

—No te lo dirá.

—Entonces tanto peor para él, pues no ha de conseguir que lo escuches tú.

—Eso es una locura, Diego; no agraves la situación.

—Estoy cansado de abrigar temores. Ese hombre tuvo contigo un comportamiento infame; ese hombre te ha desviado del camino que te proponías seguir; y supuesto que ha roto los juramentos que te hizo ante el altar, ya no tiene derecho á adquirir tu amor.

—Diego, ese amor sería imposible para él.

—Por eso mismo quiero convencerle de ello.

—¡Pero no comprendes que labras mi perdición!

—No lo creas; quizás te redimo de sus horribles asechanzas.

—Diego,—dijo la joven enjugando su llanto,—todo eso no es más que una locura; es mucho mejor lo que yo te propongo; y si no quieres que partamos tan precipitadamente, acepta el consejo que voy á darte.

Deza escuchó.

Amaba demasiado á aquella mujer para no hacerlo así.

—Tú sabes la aversión que ese hombre me ha inspirado siempre. Sabes muy bien que si le concedí el título de esposo, no fué más que obligada por las circuns-

tancias. Une á esto el amor que voluntariamente he depositado en ti, amor que acaba de acrecentarse con el dulcísimo lazo de nuestra hija.

—No comprendo lo que deseas al evocar nombres tan respetables para mí.

—Quiero decirte que tú debes tener en mí la más absoluta confianza.

—¿Acaso no la tengo?

—No, Diego; no la tienes desde el instante en que no quieres que hable con Fadrique.

—¿Y para qué quieres hablarle?

—Para desengañarle, para decirle que sus gestiones son inútiles, y que yo no puedo olvidar sus ofensas.

—De ese modo no conseguirás más que avivar su deseo.

—Eso sucederá al principio; pero conozco su carácter demasiado altivo ë inconstante para rogar durante mucho tiempo á una mujer.

—¿Y si te equivocas?

—Aun suponiendo que así fuese, yo jamas cedería á sus pretensiones de unirme á él.

—Haré lo que me pides, aunque en contra de mis deseos.

—Sí, Diego; una entrevista entre vosotros dos era peligrosa. Supón por un momento que le arrebatabas la vida; eso daría lugar á un escándalo en el que perdería mi nombre.

—No lo creas; en ese caso serías mi esposa, y nadie se atrevería á censurarte.

—No lo harían en tu presencia; pero el mundo es

un monstruo que, como el vampiro, vive de la sangre de los demás. En cambio, imagina por un momento que él te diese la muerte. ¿Qué sería de mí sin tu amor? ¿Qué sería de esta desgraciada inocente que duerme en la cuna?

Al decir esto, doña Teresa se acercó á su hija y la cubrió de besos.

La niña entreabrió sus párpados, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Don Diego no dudó en aceptar el partido que le proponían.

No quería exponer á una eventualidad los dos únicos seres que amaba en el mundo.

Así lo expresó á doña Teresa.

—Sólo una pequeña modificación debo introducir en los planes que me propones.

—¿Cuál es?

—No quiero ocultarme en la habitación secreta.

—¿Dónde entonces?

—Detrás de un tapiz; de ese modo podré escuchar vuestro diálogo.

—Tampoco me parece oportuno que lo hagas así.

—¿Por qué?

—Supón por un instante que á Fadrique le diese la gana de registrar la casa.

—¿Habías de consentirlo?

—Creo que no nos conviene adoptar una actitud hostil hasta que consigamos vernos libres de sus gestiones.

—En eso no puedo complacerte.

—¿Y si Fadrique me dirigiese alguna ofensa al mirar mi desdén?

—Entonces le arrancaría la lengua.

—Precisamente poreso no quiero que estés cerca de nosotros.

—Sea como tú quieras,—murmuró Deza, fingiendo acceder á los deseos de la dama.

Sin embargo, no pensó un solo instante en hacerlo como lo decía.

Comprendiendo que doña Teresa había de salir vencedora en las discusiones que entablasen, quiso cortarlas de aquel modo, aunque estaba resuelto á obrar como su razón le dictaba.

La hora crítica se acercaba.

Don Diego, acompañado de la joven, subió la estancia que en otros tiempos servía á los antepasados de doña Marina para ocultarse de sus enemigos.

Era una habitación muy parecida á la que ocupó Alfar en el palacio de la vega cuando cayó con su corcel, siendo recogido por su hermana.

Teresa cuidó también de dejar allí á su hija.

Después se volvió á su estancia, dando órdenes á Marta para que hiciese pasar á Fadrique cuando llegase.

Deza no era hombre que podía conformarse con aquella situación.

La costumbre que había adquirido de ver á doña Teresa con entera libertad, le hacía imposible comprender que existiesen en ella otros lazos que los de su amor.

Al propio tiempo tenía demasiada confianza en su acero y en su corazón.

Dirigió una cariñosa mirada á la niña, y abrió la puerta de la estancia, procurando hacer el menor ruido posible.

Luego la cerró de nuevo, y deslizóse silenciosamente por la escalera de mármol que conducía al piso bajo, que era el que ocupaba doña Teresa en aquel momento.

Don Diego se detuvo en la estancia contigua.

La joven parecía estar preocupada.

Apoyaba su linda cabeza en la mano derecha.

Tan abstraída se hallaba, que no advirtió los cautelosos pasos de Deza.

Este se colocó detrás del tapiz que revestía el muro.

Desde aquel sitio podía escuchar perfectamente cuanto se hablase en la habitación.

Llamaron á la puerta que daba entrada al palacio.

El corazón de don Diego latió con violencia.

Sin el tapiz que le ocultaba hubiese podido ver la expresión que tomaron los ojos de la joven.

Deza buscó á tientas el pomo de su espada.

Sentía un indecible deseo de abandonar su escondite y salir al encuentro del intruso antes que éste llegase á la estancia.

Sin embargo, comprendiendo que aquello era una temeridad, cuyos resultados pudieran ser fatales para la mujer que quería, se resolvió á presenciar oculto aquella escena que iba á verificarse entre los dos esposos.

Marta acudió al llamamiento.

Cuando se hubo convencido desde el postigo que era don Fadrique, abrió la puerta.

El joven, fuese que se hubiera serenado ó que no quisiese entrar en la casa haciendo de las suyas, procuró dominar la antipatía que había despertado en su alma aquella pobre mujer.

—¿Ha venido ya tu señora?—la preguntó.

—Sí, señor, vino al poco tiempo de marcharos.

—¿Y qué te ha dicho?

—Después de indicarle vuestros deseos, me dió órdenes para que os hiciese pasar.

El caballero dejó caer sobre los hombros los embozos de su capa, y penetró en el portal, después de quitarse el sombrero.

—Puedes decirla que estoy aquí.

—No hace falta, pues os espera en sus habitaciones.

Marta echó á andar, haciendo al joven una seña para que la siguiese.

Un instante después, don Fadrique entraba en la estancia de doña Teresa.

CAPÍTULO LXXIV

EL MARIDO Y EL AMANTE

Si enojoso era el principio de aquella entrevista para la joven, no lo era menos para su esposo.

Ignoraba el mancebo cómo iba á ser recibido, y tenía necesariamente que violentar su carácter.

Por muchas infamias que haya cometido un hombre, siempre se encuentra humillado en presencia de su víctima.

Teresa había sufrido con resignación la mala conducta de su esposo durante una temporada.

¿Habría olvidado su martirio durante la ausencia para aceptar de nuevo el yugo matrimonial?

Esta era la pregunta que se hacía el joven.

Don Fadrique entró en la estancia, como hemos dicho.

Doña Teresa permaneció sentada.

Ni siquiera levantó los ojos de la labor que por figurar que hacía algo había cogido.

Sin embargo, advirtiendo que el caballero se había quedado como una estatua, sin avanzar un paso ni salir de su actitud contemplativa, dejó caer sobre sus rodillas el blanco lienzo en que trabajaba, y dirigiéndole una mirada indiferente, le preguntó:

—¿Qué deseabais, caballero?

Aquella pregunta fué hecha con ceremoniosa frialdad, como si no le conociese.

El joven, cuyo carácter irascible necesitaba poco para darse á conocer, se mordió los labios.

Sin embargo, no le convenía por entonces desbordar el torrente de su cólera, y con un acento cariñoso contestó:

—¿Tantos estragos han producido en mi persona los sufrimientos y la guerra, que ni siquiera me conoces?

—Yo he conocido á un esposo que se parecía mucho á vos, pero que murió para siempre en mi alma.

—Teresa, reflexiona lo que dices.

—No pueden sorprenderos mis palabras, pues es natural que las profieran mis labios después de los muchos desprecios que me hicisteis.

El caballero se aproximó al sitio en que se hallaba la joven.

Esta hizo una leve demostración de disgusto.

Permaneció, sin embargo, en el lugar que ocupaba.

—Teresa,—prosiguió el joven,—yo comprendo que no puedes guardar buenos recuerdos míos, aunque las personas siempre encontramos medios de justificar

nuestros actos; yo no puedo negarte que he tenido contigo el proceder más infame que tener se puede.

—Y si lo comprendes así, ¿cómo te atreves á buscarme de nuevo?

—Por muchas razones que te explicaré.

—Todos los criminales huyen instintivamente de sus víctimas; tú, ni siquiera lo haces así.

—Estoy resuelto á sufrir con paciencia tus insultos; me hallo persuadido de que tienes razón, y la razón es muy poderosa.

—Yo creo,—prosiguió Teresa,—que si abrigas ese íntimo convencimiento, no debieras haber venido jamás.

—Si he venido á buscarte,—contestó el joven con voz trémula,—ha sido porque mi conducta ha cambiado y estoy dispuesto á hacerte feliz.

—Te doy las gracias, pero no puedo aceptar ese ofrecimiento.

—¿Por qué?

—Porque no creo en tus palabras.

—Yo te juro que son sinceras.

—¿Y cómo he de creer en tus juramentos? ¿Acaso me cumpliste el que en otros tiempos me hicieron tus labios?

—Yo entonces era casi un niño.

—No lo fuiste para hacerme sufrir.

—¿De modo que no quieres ni escucharme?

—Te escucharé, pero no conseguirás más que perder el tiempo.

—Reflexiona que soy tu esposo.

—Desgraciadamente no puedo olvidarlo.

Don Fadrique sentía alzarse en su cabeza una ola de sangre.

Apretaba las manos con crispación nerviosa.

Sin embargo, todavía no había llegado el apogeo de su cólera.

Hizo un poderoso esfuerzo para dominarse, y prosiguió:

—Mira, Teresa, he entrado en esta casa contrariando mi carácter; te consta demasiado que nunca pequé de sufrido, y que jamás se entreabrieron mis labios para reclamar perdón por mis injusticias.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Acaso he solicitado que vengas á esta casa? ¿Acaso te he dicho que trates de justificar á mis ojos tus faltas?

—No lo has hecho, pero yo estoy en el deber de hacerlo así.

—¿Desde cuándo sigues el camino de tus deberes?

—Desde que he comprendido que no puedo ser dichoso sin la tranquilidad del hogar.

—¿Luego me buscas bajo el impulso del egoísmo? ¿Luego pretendes que yo te haga olvidar tu cansancio mundano?

—¿Acaso no eres mi esposa?

—Lo soy, pero creo que debes buscar á tus antiguas mancebas. Ellas supieron con sus torpes halagos arrancarte de mi lado; quién sabe si hoy cicatrizarán las heridas de tu corazón.

Don Fadrique lanzó un rugido como una fiera.

Comprendió que todos sus ruegos se estrellarían contra la glacial indiferencia de aquella mujer, y apoderándose de la mano de su esposa, la apretó entre las suyas diciendo:

—Veo que es inútil cuanto te diga. Contra mi costumbre, he tratado de seguir una vez una conducta bondadosa; pero supuesto que veo que no me da resultados, sabe que soy el mismo Montemar que cuando me conociste.

Teresa no se inmutó por la actitud que adoptó el joven.

Las mujeres que se hallan en las circuntancias en que ella se hallaba, pocas veces pierden su sangre fría.

Su hermosura y su debilidad l:s dan aliento para defenderse contra la fuerza y el valor.

Teresa estaba ofendida.

Además, había contraído serios compromisos con otro hombre.

De estos amores había tenido una hija.

Era imposible que cediese á las pretensiones de don Fadrique.

Su reconciliación era más difícil que la conquista de una fortaleza inexpugnable.

Comprendió el joven que su actitud violenta había de ser infructuosa, y soltando la mano que había asido, guardó un prolongado silencio.

Doña Teresa no trató de interrumpirlo.

—¿De modo que estás decidida á que sigamos separados?—la preguntó después de una dilatada pausa.

—Completamente decidida.

—Pero ¿no comprendes que tu honor se resentirá de esa manera?

—¿Has pensado en semejante cosa cuando has estado en Flandes sin más obligación que la de realizar tu capricho?

—Las circunstancias eran distintas.

—¿Por qué?

—Porque entonces estaba en la guerra, y un caballero puede alejarse de su esposa con este noble fin, sin que á nadie le extrañe.

—Si en tanto tienes mi honra y la tuya, hay un medio para evitar la maledicencia del mundo.

—¿Cuál?

—Supuesto que la guerra no ha terminado, vuelve á Flandes.

—Eso no es posible; he encontrado á mi madre anciana y enferma, y no quiero proporcionarla nuevos disgustos.

—Más valiera que hubieses pensado en eso antes de que llegara á ese estado.

—Veo que mis ruegos son inútiles.

—Por eso no debes hacerlos.

—Seguiré tu consejo, y ya que me desprecias y no quieres que nos unamos para siempre, tomaré otra determinación.

—Puedes hacer lo que te plazca.

—¿Luego no me temes?

—Tengo la conciencia tranquila, y por lo tanto nada puede inquietarme.

—Supuesto que no aceptas el camino que te he indicado, hoy mismo saldrás de Granada.

—¿Con qué objeto?

—Con el de entrar en un convento. A esto no puedes oponerte, pues tengo derechos sobre ti.

—Tienes derechos y no puedo negártelos, pero me rebelo contra esa idea.

—¿Por qué?

—Porque no quiero pasar mi juventud en el fondo de un claustro.

—Pues la pasarás.

—¿Emplearás la violencia?

—La emplearé. Por el pronto te ordeno que ahora mismo salgas de esta casa.

Doña Teresa permaneció inmóvil.

No sabía qué partido tomar.

Indignado el irascible joven con aquella inacción, dirigió una severa mirada á su esposa.

—Fadrique,—le dijo ésta con acento suplicante,—yo te ruego que me dejes permanecer en esta ciudad.

—¿Y qué empeño puedes tener en no salir de Granada?

—Ninguno; pero yo me considero feliz con esta vida tranquila.

—Yo también me consideraría dichoso con estar á tu lado.

—No puede ser.

—Entonces tampoco es posible que yo te complazca.

Don Fadrique se acercó á la joven.

Esta procuró asirse al sitial que ocupaba.

Entonces su irritado esposo se apoderó de ella, y levantándola en sus brazos, exclamo:

—El diablo me lleve si de buen grado ó por tuerza no me sigue.

No bien había pronunciado estas palabras, se levantó el [illegible] dando paso á un hombre cuyo rostro estaba [illegible]o, y que con voz alterada por la ira, exclamó:

—[illegible]ás, miserable!

Era don Diego de Deza.

Fadrique colocó á su esposa sobre un diván.

Luego llevó la diestra á la empuñadura de la espada.

Su febril imaginación pensó por un instante que aquel hombre, que tan de improviso acudía, era el espíritu infernal á quien acababa de evocar.

Deza tenía en su mano su refulgente acero.

Doña Teresa lanzó un grito.

Hizo un esfuerzo para abandonar el diván, y cayó desmayada.

—¿Quién sois? —preguntó don Fadrique con acento alterado por la emoción.

—Un hombre que acude siempre que puede otorgar su protección al débil.

—Antes que se vierta la sangre de cualquiera de nosotros, debo advertiros que esta mujer es mi esposa.

—Razón de más para que no la hagáis sentir las opresiones de vuestra tiranía.

—Esas frases no las proferirían vuestros labios al aire libre.



Imp. y Lit. González, Princesa, 19, Madrid.

—¡Atrás miserable!

—Las pronuncian en el estrecho recinto de una habitación, y mucho más lo harían en el jardín.

—Veámoslo.

Don Diego salió de la estancia sin volver la espalda á su adversario.

Este le siguió.

Un momento después se hallaban en el parque con los aceros en la mano.

Con la rapidez del rayo se acometieron.

Una voz secreta advertía á don Fadrique que aquel hombre, desconocido para él, era un enemigo temible.

Pasado un instante, se tiró á fondo.

Deza, flexible como una serpiente, pudo evadir la estocada.

Los aceros se chocaban.

Ambos combatientes eran diestros y serenos.

El cansancio los rendía.

Sin embargo, un incidente vino á decidir aquella terrible lucha.

Deza dió un quite tan poderoso, que la espada de su contrario se le escapó de la mano.

Entonces, ligero como el tigre que se lanza sobre la presa, se tiró á fondo.

Se escuchó un gemido.

Fadrique cayó á tierra.

De su pecho brotaba la sangre á borbotones.

Dirigió una última mirada á su vencedor, y espiró.

Entonces don Diego miró hacia todos lados.

Estaba solo.

Era indudable que doña Teresa no había recuperado el conocimiento.

Como la lucha se había verificado á una buena distancia del palacio, no era probable que ningún sirviente se hubiera apercibido de aquella horrible escena.

—Haré lo que hizo este miserable en una ocasión,— se dijo, recordando la historia que le había referido doña Teresa.

En seguida se apoderó del cadáver.

El jardín tenía una puerta que daba salida al campo.

La tarde espiraba.

Deza se dejó al muerto junto á la puerta.

Luego abrió ésta y dirigió una escudriñadora mirada.

Nadie podía inspeccionar sus actos.

Entonces se apoderó de nuevo del cadáver y lo dejó en el campo.

Una vez verificada esta operación, regresó al sitio en que había tenido lugar el combate.

Las huellas de sangre no tardaron en desaparecer bajo una capa de movible arena.

De esta manera, don Diego evitaba las persecuciones de los tribunales.

Cuando volvió al lado de doña Teresa, ésta permanecía desmayada.

La impresión que había experimentado fué tan violenta, que no recuperó el sentido hasta muy entrada la noche.

CAPITULO LXXV

AL FIN FELICES

Cuando doña Teresa recuperó el conocimiento, dirigió una mirada á su alrededor.

Luego que estuvo convencida de que estaban solos, tendió sus brazos al cuello de don Diego.

—¿Y nuestra hija?—le preguntó.

—No temas, Teresa mía: nuestra hija está á salvo de las asechanzas de ese infame.

Entonces doña Teresa recordó todo lo que le había ocurrido antes de su desmayo, y atrayendo de nuevo al joven hacia su pecho, le dijo:

—¿Y Fadrique?

—Ya lo ves, no está aquí.

—¿Que no está aquí?

—No.

—¿Cómo es posible que se haya marchado? Conozco su carácter impetuoso y su tenacidad.

En aquel instante la joven advirtió que la ropa de Deza estaba manchada de sangre.

Instintivamente lanzó un grito de horror.

—¡Estás herido!—exclamó.

—No.

—Tu traje está manchado de sangre.

Con efecto, al apoderarse del cuerpo de Fadrique no había podido evitar que se enrojeciera la trusa que vestía.

Don Diego no hubiera querido comunicar á la joven la desastrosa muerte de su esposo hasta que se hallase más restablecida.

Sin embargo, acababa de ser descubierto.

—Esta sangre no es mía,—la dijo.

—¿De quién es entonces?

—Ya debes comprenderlo.

—¿Has muerto á Fadrique?

—Sí.

Doña Teresa cerró los ojos.

Aunque aquel hombre la había ocasionado muchos daños, todos sus crímenes se justificaban con la muerte.

—¡Dios mío!—exclamó —Yo no hubiera querido jamás que manchases tus manos con sangre.

—No había más remedio que hacerlo así.

—Diego, has obrado con demasiada ligereza.

—No lo creas. Si yo hubiera permanecido oculto en la habitación que me indicaste en lugar de hacerlo tras ese tapiz, á estas horas estarías camino de Córdoba.

—Yo no pude contestarle con más indiferencia.

—Lo sé, pero ese miserable apeló á los medios extremos, y trataba de arrancarte de mis brazos.

—Pero ¿no comprendes, desgraciado, que ahora sufrirás las persecuciones de la justicia?

—No lo creas.

—¿Qué has hecho, pues?

—Recordando lo que él hizo con Velázquez en otra ocasión, he colocado su ensangrentado cuerpo fuera de los límites de tu jardín. De ese modo no es fácil que nadie sospeche de mi persona; y aun suponiendo que lo hiciesen, no podrían justificarlo.

—Debes tener en cuenta la sagacidad de los tribunales.

—Tengo un tío que es presidente de la Chancillería; este tío es el inquisidor don Pedro de Deza, que no dejaría de favorecerme en caso necesario, aunque no fuese más que por evitar á su nombre el borrón de una causa criminal.

—De todas maneras, yo no quiero permanecer aquí más tiempo.

—¿Por qué razón?

—Me parecería que contemplaba á través de los muros el ensangrentado cadáver de Fadrique.

—Eso no es más que una superstición.

—Será lo que quieras, pero tengo la seguridad de que mi sueño no sería tranquilo.

—En ese caso, ¿dónde quieres que vayamos?

—Adonde mejor te plazca.

—Italia nos espera; es un magnífico país, que siempre he pensado visitar.

—Vayamos, pues, á él.

—Allí pasaremos una temporada hasta que se hayan desvanecido por completo tus impresiones, y después volveremos al país natal para no separarnos nunca, Teresa de mi alma.

—Eso desde luego.

—Las trabas que nos inpedían santificar nuestros amores han desaparecido.

—Diego, no me hables hoy de esa unión.

—¿Acaso no la deseas tanto como yo?

—Indudablemente que sí; pero todavía está húmeda la tierra con la sangre del que fué mi esposo.

—Tu alma tiene una grandiosidad incomparable: siempre estás dispuesta á perdonar aun á los seres que más daño te hicieron.

—¡Esos seres tienen que alcanzar mi perdón cuando dejan de existir!

—Es verdad; la muerte nos redime de todas nuestras faltas.

—Y nuestra hija, ¿dónde está?

—Nuestra hija permanece en la habitación donde la dejaste.

—¿Quieres que vayamos en su busca?

—Sí, vamos.

—Cuando no la tengo junto á mí, no comprendo la felicidad.

Don Diego ofreció el brazo á la joven.

Esta se apoyó en él.

Ambos subieron la escalera de mármol que conducía á la estancia secreta.

La pequeña Esperanza se sonreía mientras extendía hacia sus padres sus brazos.

—¡Pobre hija mía!—exclamó Teresa cubriendo su frente de besos.

—¡Tiempo es de que sus padres puedan unirse con el sagrado lazo del matrimonio!—dijo don Diego, que no podía abandonar aquella halagadora idea.

Mientras esto ocurría en el antiguo palacio de doña Marina, el ensangrentado cadáver de don Fadrique fué descubierto por unos hortelanos, que se apresuraron á dar parte, temiendo que la justicia les mezclase en un crimen del que hasta entonces no tenían la menor noticia.

Ellos trabajaban ordinariamente en aquella localidad, y nada de extraño hubiese tenido que los alguaciles les prendieran.

Sin embargo, existía una poderosa razón en su abono, razón por la cual pudo Deza poner en práctica su proyecto sin que lo advirtiesen aquellos honrados trabajadores.

Aquel día había sido de fiesta, y, por lo tanto, no se hallaban en la localidad.

Don Diego no había meditado mal sus planes.

Nadie sospechó de él, porque nadie conocía al forastero.

Enterada la justicia de sus antecedentes, supo que el joven cordobés había pasado su existencia entre quimeras y bacanales, y creyó que aquella muerte era el fruto natural que recoge todo temerario.

Aquella noticia no tardó en llegar á Córdoba.

Cuando sus nobles padres supieron el desastroso fin de Fadrique lloraron amargamente.

Los padres no olvidan nunca á sus hijos, aunque éstos estén plagados de defectos.

Convencido don Diego de que nada podía temer, y llevando en el alma la tranquilidad de que había dado la muerte á su adversario en una lid franca y leal, no pensó más que en hacer los preparativos de su viaje para Italia.

En cuanto á doña Teresa, pasados los primeros días, en que su alma combatió con las sombras del remordimiento, también se arrojó en los brazos de la alegría.

Después de todo, esto es perfectamente comprensible.

Ella no había amado jamás á su esposo.

Las circunstancias le obligaron á darle este título.

Quizá si Fadrique hubiera sabido granjearse su amor y hubiera observado con ella una conducta ejemplar, se hubiese posesionado de su alma. Pero, por el contrario, ya conocen nuestros lectores lo efímero de su pasión.

Realizado el voluptuoso deseo que aquella mujer le inspiraba, se alejó de su casa para consumir la salud y la fortuna entre impuras meretrices.

En cambio, don Diego había aparecido á sus ojos como su salvador.

Por ella había arriesgado la vida.

Siempre estaba leyendo en sus pupilas el medio de adivinar sus más insignificantes deseos.

Mientras viviese Fadrique era imposible que aquellos amores se santificaran.

En cambio, entonces iba á ser su esposa legítima, iba á poder ostentar á la faz del mundo sus amores con Deza sin necesidad de vergonzosas ocultaciones, que tanto herían el alma de aquella mujer que había nacido para la virtud, aunque las circunstancias la hubiesen desviado de su camino.

Ambos amantes abandonaron una mañana la ciudad del Genil, en compañía de su tierna hija y llenos sus corazones de risueñas esperanzas.

Italia, con su espléndido cielo y sus fértiles campiñas, les aguardaba.

Visitaron á Roma, admirando sus gigantescos monumentos; Nápoles, con su grandiosa naturaleza; Florencia, esa incomparable mansión de jardines y palacios, y, por último, Venecia, la ciudad de la poesía, donde se mecen las elegantes góndolas al blando beso del Adriático.

Un año permanecieron en la patria del Dante. Un año, que fué tan breve como siempre que se mide el tiempo bajo las expansiones de la felicidad.

Pasado éste, don Diego quiso desposarse con Teresa.

Esta no podía oponerse á la felicidad propia.

Volvieron á Roma, donde un sacerdote bendijo su unión.

Entonces, creyéndose ya dichosos, pensaron en regresar á la madre patria.

Granada les ofrecía muchos recuerdos. Si bien es

verdad que algunos de ellos eran desagradables, en cambio se habían conocido en aquella localidad.

Dejémosles gozar de la tranquilidad de una vida sembrada de dulzuras y volvamos en busca de doña Marina, á quien dejamos en Marruecos bajo la tutela de su tío Mahomet-Alcor.

CAPITULO LXXVI

AMOR DE MADRE

Mahomet-Alcor era un hombre de unos cincuenta años.

Era hijo de un caudillo cordobés, y descendía, como todos los antepasados de doña Marina, de aquellos ilustres Gomeles de que tanto nos habla la historia.

Mahomet sólo había tenido un hermano.

Este fué el padre de nuestra protagonista.

Ambos tomaron distintos senderos.

El mayor, que era el padre de la joven, quiso permanecer en la comarca andaluza, donde había contemplado la luz primera.

En cambio, Mahomet, dotado de una imaginación más fantástica y emprendedora, ó quizá comprendiendo que algún día serían expulsados los de su raza de aquella parte meridional, prefirió fijar su residencia en Marruecos.

Acérrimo creyente de su secta, indomable soldado de Mahoma, él no podía vivir en una patria donde imperaba el cristianismo.

Mahomet, como su hermano mayor, fueron herederos de una cuantiosa fortuna. Una de esas fortunas de los árabes, con la que pueden mantener el sibaritismo que les es proverbial y el lujo fastuoso de los hijos de Oriente.

Instalóse en el corazón de Marruecos; y aunque al principio le miraron los bárbaros indígenas con alguna desconfianza, creyendo que, como otros muchos, se hubiese afiliado á las banderas del cristianismo, no tardaron en convencerse de su error.

Mahomet era un verdadero creyente.

Sus facciones angulosas y su piel amarillenta lo acreditaban respecto á la parte física.

La tenacidad de su carácter rígido, en la parte moral.

Creemos haber dicho á nuestros lectores que vivía con sus cuatro mujeres legítimas, que le permitía su religión, y un considerable número de esclavas.

Mahomet, á pesar de no hallarse en su primera juventud, se hallaba en el apogeo de su vigor.

Su barba, negra como el ala del cuervo, era más espesa que la que generalmente tienen los hijos de aquella raza.

Las cejas arqueadas.

Sus ojos negros y melancólicos.

Era extremadamente alto y delgado, lo cual no impedía que sus piernas tuviesen la resistencia del acero

para manejar un corcel, ó que cualquiera temiese el poderoso golpe de su cimitarra.

Mahomet era un hombre hercúleo.

Sus goces podían circunscribirse á dos.

El principal era la guerra.

Quizás sus horrores era lo único que hacía que brotase una sonrisa entre sus sagaces labios.

Después de la guerra amaba á las mujeres.

Sin embargo, aquel amor era más bien el deseo de sus torpes caprichos.

Jamás hubo entre sus favoritas quien ejerciese sobre su persona la más leve influencia.

Para él, una mujer hermosa no era más que un mueble de lujo, un objeto agradable ó un irracional formado por la naturaleza para sus deleites.

Aquellas mujeres no salían jamás del harén.

Cuando el esposo penetraba en sus dominios, no se escuchaba una palabra más alta que otra.

En cambio, cuando el caudillo abandonaba la localidad, se despertaban los rencorosos celos y las implacables envidias.

Mahomet había llegado á ser uno de los jefes más poderosos de aquellas comarcas.

Gozaba de la consideración del soberano de aquel país.

Esto le había dado una preponderacia tal, que ningún vasallo se determinaba á mirarle frente á frente.

El árabe, que siempre había estado propicio á domi-

nar á los que le rodeaban, no tardó en advertir esta superioridad y pensó aprovecharse de ella.

Ya hemos dicho que cuando doña Marina acudió á pedirle protección, la reprendió severamente su cambio de ideas religiosas.

La joven guardó silencio, esperando que aquello desapareciese, como aguarda el marino desde la frágil embarcación que se disipe la tempestad.

No hubiera podido hacer otra cosa.

Los desventurados moriscos que fueron abandonados en la playa al mismo tiempo que ella, ó habían sido víctima del alfange enemigo, ó tenían que sufrir los rigores de una esclavitud ignominiosa.

Doña Marina, aunque no pensó un solo momento en abandonar sus religiosas ideas, comprendió perfectamente que no le convenía por entonces darlas á conocer, y prometió solemnemente á su tío que volvería á ser una ferviente sierva de Mahoma.

Como la joven no hacía vida comun con las mujeres que constituían el harén de Mahomet, sino que, por el contrario, apenas se relacionaba con aquella pléyade de envidiosas, no era fácil que la sorprendieran nunca cuando, al través del calado de la ojiva, dirigía sus hermosos ojos al firmamento mientras sus labios murmuraban una oración.

La pobre joven no tenía más que dos consuelos, que la ayudaban á sufrir resignada el alejamiento de la patria.

El principal era su hijo.

Después el recuerdo de don Diego.

¿Llegaría un día en que volviese á ver al caballero?

Aquello era casi imposible de realizar.

Entonces la joven estrechaba contra su pecho al fruto de su amor.

Así transcurrió un año.

Marina había llegado á acostumbrarse á aquella esclavitud.

Si no era feliz, estaba tranquila.

Sin embargo, una circunstancia inesperada vino á turbar su sosiego.

Grazalema, una de las esposas de Mahomet, á quien demostraba más consideraciones, cayó gravemente enferma.

Era una hermosa georgiana de ardientes ojos y tez morena.

La joven luchó unos cuantos días con la muerte, pero todo fué en vano.

Una noche dejó de existir.

Mahomet lo supo con disgusto.

Era una mujer que sobresalía por su hermosura entre el ramillete que él tenía.

No obstante, aquella pena tuvo semejanza con la que experimenta el propietario de una alhaja cuyos desengarzados brillantes se extravían.

Mahomet pensó en buscar una nueva esposa.

Ninguna de las esclavas que poseía le parecieron dignas de tan alto honor.

En el mercado no encontró tampoco una hermosura comparable á la de Grazalema.

Entonces pensó seriamente en unirse á Marina.

Con objeto de manifestarle la honra que iba á hacerla creyendo que la joven quedaría anonadada de sorpresa y satisfacción, la hizo acudir á su estancia.

Doña Marina, ó sea Fátima, como allí la llamaban, no se explicó aquel llamamiento, pero se apresuró á dirigirse á la habitación de su tío.

Este se hallaba sentado sobre un riquísimo almohadón de seda y oro.

A su alrededor estaban las esclavas.

Mahomet dirigió una mirada á su futura esposa, y la dijo con tono solemne:

—Fátima, yo creo que habrás abandonado en absoluto tan falsas ideas para profesar de nuevo las de Mahoma.

—Ya os he dicho que, comprendiendo mis errores, hoy no creo más que en las prescripciones del Corán.

—En ese caso, tengo que comunicarte una noticia de mucha transcendencia para ti.

La joven clavó en Mahomet sus ojos, sin sospechar lo que iba á decirla.

—Mahoma,—prosiguió éste,—que siempre recompensa á los hijos que vuelven á su seno, quiere demostrártelo por mis labios, y me ha tocado en el corazón para que me decida á hacerte mi compañera y mi esposa.

Doña Marina no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, comprendiendo la difícil situación en que se hallaba.

Una negativa era igual que decretar su muerte.

Si, por el contrario, permanecía callada, no tenía

más remedio que ser esposa de su tío, con lo cual mataba las esperanzas de su porvenir.

Mahomet interpretó su silencio como que no se determinaba á dar crédito á la ventura que le proponía.

—Verdad es,—prosiguió,—que para ser mi esposa tienes que hacer un pequeño sacrificio; pero no es comparable con el honor que te propongo.

La joven permaneció muda.

—Tú tienes un hijo. Es el torpe fruto de tus amores con un cristiano, y ese hijo será ahogado en el río para que no revele más tarde sus malas inclinaciones.

Fátima lanzó un grito.

Sus mejillas palidecieron, y cayó desplomada á los pies de Mahomet.

Cuando recuperó el conocimiento se encontró en el diván de su habitación.

Dos esclavas negras la hacían aire con sus enormes abanicos de pluma.

Doña Marina dirigió una ávida mirada á su alrededor.

Su alegría no tuvo límites cuando vió cerca del sitio que ocupaba á su hijo.

Entonces suplicó á una de las mujeres que la acompañaban que se lo acercasen.

Cuando le tuvo entre sus brazos le cubrió de besos.

—¡Hijo de mi vida!—exclamó, dando rienda suelta á su llanto;—todos tratan de separarnos, pero no lo conseguirán mientras quede una gota de sangre en mis venas.

Aquella tarde supo con gran sentimiento doña Marina que Mahomet no desistía de sus propósitos de hacerla su esposa.

La joven se esforzaba en vano por hallar un medio que evitase aquella resolución.

El harén no permitía pensar en la fuga.

Una de las ojivas de la estancia que la habían destinado, daba á una plaza muy concurrida por los mercaderes árabes.

Las que estaban situadas al otro lado estaban defendidas por el río, que lamía los muros del edificio.

Aun suponiendo que la joven hubiese intentado arrojarse á él con esperanzas de llegar á la orilla, no era posible que pusiese en práctica aquella difícil empresa llevando á su hijo en los brazos.

Sin embargo, era necesario pensar alguna cosa.

Ya no se trataba de casarse con Mahomet y renunciar para siempre al amor de don Diego; ya no se trataba del alejamiento de la madre patria, sino que iba en ello la existencia de una débil criatura á quien había dado el ser.

El harén estaba cerrado á todas horas.

Aquello era una fortaleza cuya entrada era tan difícil como su salida.

Doña Marina se encontraba en un círculo de hierro.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Sus párpados estaban abrasados por las lágrimas.

Se asomó á la ojiva.

Desde allí se descubría la inmensidad del cielo, tachonado de resplandecientes estrellas.

—¿Qué haré, Dios mío?—se preguntaba la infeliz entre sollozos.

El río que murmuraba era el único rumor que llegaba á sus oídos.

—Aun suponiendo que lograse salir del harén,—pensaba luego,—no conseguiría nada, porque todos los moradores de este lugar conocen y respetan á Mahomet.

Con efecto, la joven pensaba con acierto.

Una evasión hubiera sido casi imposible.

Así pasó la noche.

Cuando brillaron los primeros rayos de la aurora, no sabía qué partido tomar.

Sin embargo, comprendiendo que era preciso decidirse por alguno, se resolvió á hablar con franqueza al que pretendía ser su esposo.

Antes de que Mahomet saliese del harén para cazar jaguares y leones, como tenía por costumbre, le aguardó en ua galería por donde irremisiblemente tenía que pasar.

Con efecto, transcurrido un instante, vió que su potro de pura sangre árabe piafaba en el portal.

El moro, acompañado de sus esclavos, salió de la estancia.

Entonces doña Marina se arrojó á sus plantas.

—¿Qué quieres?—le preguntó contrariado por aquella interrupción imprevista.

—Deseaba hablaros un momento.

Mahomet hizo una seña á sus acompañantes indicándoles que esperaran.

Luego dió la mano á la joven para que se levantase, y la condujo á su estancia.

—Señor,—dijo Marina procurando dar á su acento las más dulces inflexiones,—ayer me habéis indicado el deseo de hacerme vuestra esposa.

—Es verdad; dentro de unos días tendrás ese honor como recompensa de tu hermosura y en prueba del cariño que te profeso.

—Yo no tengo inconveniente en ser vuestra esclava más humilde, pero vengo á suplicaros la vida de mi pobre hijo.

—¿Acaso puedes tener afección á ese vástago, fruto del amor de un maldito enemigo de nuestra ley y nuestra raza?

—Señor, es mi hijo.

—No importa; la mala simiente debe desaparecer de este mundo. Pídeme cualquiér otro favor, y te será otorgado. En cuanto al chico, morirá ahogado sin remisión alguna.

Mahomet dió la entrevista por terminada.

Dirigió una severa mirada á la pobre madre, como censurando las lágrimas que rodaban por sus mejillas, y salió de la estancia dejándola sola y sumida en el mayor desconsuelo.

Un momento después, doña Marina vió desde la ventana que Mahomet y sus esclavos montaban en sus briosos corceles.

Luego desaparecieron en lo más intrincado de la sierra.

No era posible abrigar la menor esperanza.

Era indudable que su hijo tenía que morir, y que ella sería la favorita de su verdugo.

Doña Marina salió de la habitación de Mahomet, y se dirigió á la suya.

Colocó á su hijo en su regazo, y cubriendo su frente de besos, rompió á llorar con un desconsuelo desgarrador.

Aquella madre, como todas, hubiera dado gustosa su vida en cambio de la de su hijo.

CAPITULO LXXVII

UNA DETERMINACIÓN HEROICA

Transcurrieron tres días de horrible ansiedad.

En toda la comarca se advertía ese movimiento que imprime en las gentes la proximidad de una fiesta.

Las bodas de Mahomet debían verificarse muy en breve.

Doña Marina no había encontrado ninguna solución para evitarlo.

Después del casamiento, los esposos presenciarían desde la plaza pública las apuestas que harían sus esclavos corriendo fogosos con sus cimitarras.

Era una hermosa tarde de primavera.

El sol se ocultaba coloreando las vecinas cúspides.

Todo anunciaba la proximidad de una noche tranquila y espléndida.

Sin embargo, Fátima estaba muy triste.

Sabía que dos días después debieran separarla de su hijo y unirse á Mahomet.

La única concesión que había conseguido del implacable moro, era que la criatura no fuese sacrificada hasta el momento crítico en que se celebrasen sus desposorios.

Doña Marina se asomó á la ojiva que daba al río.

Este se deslizaba al pie del edificio como una serpiente de plata.

Su hijo dormía.

La inocente criatura no podía comprender la crueldad de su destino.

Marina vió regresar á Mahomet.

Todas las puertas del harén se cerraron.

Un instante después se advertía en la casa el silencio del sueño.

Era indudable que todos se habían consagrado al reposo.

De pronto doña Marina se pasó la mano por la frente, como la persona que intenta desechar una idea.

Con efecto, en aquel momento su imaginación se formaba extrañas quimeras.

—¡Dios mío!—exclamó,—este pensamiento no puedes habérmelo sugerido tú!

Sin embargo, como las aguas del torrente que no hallan dique en su camino, doña Marina se puso en pie.

Luego colocó á su hijo en un diván.

Aproximóse á un arca y la abrió.

Un momento después halló el objeto que buscaba.

Era un pequeño puñal de hoja acerada y puntiaguda.

La joven lo tomó con mano nerviosa.

Acababa de meditar un crimen.

Antes que Mahomet diese la muerte á su hijo, quería sepultar aquel arma en el corazón del implacable moro.

Ocultó la daga en su seno.

Luego beso repetidas veces la frente de su hijo, y salió cautelosamente de la estancia.

Muchas eran las dificultades que habían de oponerse á la realización de sus planes.

En la estancia contigua á la de Mahomet velaban cuatro eunucos.

Además, en el dormitorio se hallaban sus tres esposas y todas las esclavas.

¿Cómo era posible que sus propósitos llegasen á vías de realización?

Doña Marina se detuvo.

No podía dar un paso sin sentir la repugnancia más visible.

Sus delicadas manos no habían sido educadas para esgrimir un puñal homicida, y aun suponiendo que matase á Mahomet, no por esto conseguiría el bienestar de su hijo.

Es indudable que las personas que vivían bajo el mismo techo tomarían venganza de aquella muerte, y quedaba su pobre niño abandonado á la escasa caridad de aquellas arpías.

La joven volvió á su cuarto.

Una vez en él, cerró la puerta y arrojó el puñal, cuyo pomo abrasaba sus manos.

Luego rompió á llorar.

Se veía cercada por un anillo de hierro.

No era posible esperar la salvación.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró;—tu muerte es segura, pero tu madre te seguirá. Hoy aliento porque tú vives; hoy no he querido arrancarme la existencia porque todavía me miran tus ojos y sonríen tus labios, pero yo no podré sobrevivirte.

Como si las palabras de la pobre madre hubiesen llegado hasta Dios, doña Marina oyó cerca del sitio en que se hallaba un vago rumor.

Aquel rumor era producido fuera del harén.

¿Qué causa podía promoverlo?

La joven se asomó á uno de los ajimeces que daban sobre el río, y á la melancólica luz de la luna vió sobre las aguas una barca.

El golpe de sus remos era el que alteraba la tranquilidad de la noche.

En la barca iba un solo hombre.

No era difícil comprender que era moro.

Su vistoso turbante y su blanco alquicel lo revelaban.

Doña Marina sintió que su corazón latía.

Un secreto presentimiento le advirtió la proximidad de un enemigo.

La luna rielaba en las aguas.

Cuando la frágil embarcación pasó por debajo de su luminosa escala, la joven lanzó un grito.

Acababa de reconocer á su hermano Alfar, al que ya han visto nuestros lectores cuando cayó herido en la vega granadina.

¿Quién le había conducido hasta allí?

¿Era la mano de la Providencia?

Doña Marina no podía explicárselo de otro modo. Sin embargo, no dejó de extrañar que el recién llegado no experimentara una gran sorpresa al verla.

La joven sintió renacer la fe en su alma.

Elevó sus ojos al cielo, y sus labios murmuraron una oración

Entre tanto Alfar había llegado con su barca al pie del edificio.

La ventana donde estaba la joven se hallaba á una buena altura de la superficie del río.

Pronunciar una sola palabra valía tanto como inutilizar los medios de la fuga.

Doña Marina hizo una seña á su hermano, indicándole que arrojase una escala.

Alfar no la traía.

Entonces la desesperación de la madre rayó en locura.

—Es necesario adoptar un medio extremo,—dijo Alfar en voz baja, en la seguridad de que su voz no sería oída por los tranquilos moradores del harén.

Doña Marina preguntó con un movimiento de cabeza lo que debía hacer.

—Primero arrójame á tu hijo.

La pobre madre hizo un movimiento de horror. Sin embargo, comprendiendo que aquella era la úni-

ca esperanza de salvación para la pobre criatura, se decidió á exponerle á los peligros que Alfar la proponía.

Tomó al débil niño entre sus brazos, y después de besarle repetidas veces, lo sacó fuera de la ventana.

Alfar estaba de pie sobre la barca, y esperaba al niño con los brazos abiertos.

La joven dudó aún un momento.

Después abrió las manos, y cerrando los ojos para no presenciar aquella escena crítica, lo dejó caer al abismo.

El hermano de doña Marina lo recogió antes de que pudiera tropezar su débil cuerpo contra las muras de la barca.

Entonces fué cuando la joven se sintió aliviada de un gran peso.

¡Su hijo estaba á salvo!

Su hijo ya no podía sufrir los rigores de Mahomet.

¿Qué le importa á una madre su propia suerte, cuando consigue el bienestar y la salvación del fruto de sus entrañas?

Sin embargo, Alfar no era hombre que hacía las cosas incompletas.

Despojóse de su albornoz, después de colocar al niño en el fondo de la barquilla, y desviando ésta de las paredes del edificio, le dijo á doña Marina que se arrojase al agua.

Esta no dudó un instante.

Sabía que su hermano era un hábil nadador.

Dominado el sobresalto que produce la altura, arrojóse desde la ojiva.

Un momento después, Alfar la colocó sobre sus hombros, y en dos brazadas se puso junto á la barca.

Doña Marina y su hijo estaban fuera del harén.

Marina y Alfar no pensaron más que en separarse de aquel sitio.

Cualquiera de los servidores de Mahomet podía haber escuchado el ruido que produjo la joven al arrojarse al agua, y esto era lo que necesariamente debían evitar.

La barquilla bogaba con una rapidez asombrosa, impulsada por los vigorosos remos.

Un momento después se hallaban á una buena distancia del edificio.

Afortunadamente la luna se había envuelto en los pliegues de una parda nube.

Entonces pudieron advertir que en el interior del castillo de Mahomet brillaban muchos resplandores.

Era indudable que, avisado el implacable moro por alguno de sus esclavos, trataba de impedir la fuga.

—Si logramos arribar á la orilla opuesta, nos hemos salvado,—dijo Alfar, á quien la fatiga de su ruda tarea empezaba á cansar sus brazos.

Doña Marina no respondió.

Sus ojos estaban fijos en el iluminado castillo.

En las circunstancias graves, la lengua enmudece.

Sin embargo, su corazón se dilató en el pecho cuando descubrió la falda de un monte.

Aquel era el sitio de salvación.

Las espesuras que formaba la jara, unidas á las grietas de los peñascales, podían indudablemente prestarles un asilo relativamente seguro.

Un momento después, Alfar saltó á la orilla con la ligereza del tigre.

Cogió después en sus brazos al débil niño y ayudó á su hermana para que saliese de la barca.

Doña Marina quiso huir, pero Alfar la detuvo.

Aun faltaba hacer una operación esencialísima.

El astuto Alfar apoyó su pie en el borde de la barquilla hasta colocarlo más bajo de la superficie de las aguas.

Estas se desbordaron en el interior.

Un instante después, la barca se fué á pique.

Su objeto no era difícil de comprender.

De este modo no encontrarían sus enemigos ningún indicio de que habían pasado por el río.

También recomendó á doña Marina que procurase caminar entre los jarales, paso mucho más difícil, pero que hacía inapreciables sus huellas.

Pasada media hora, Alfar se detuvo.

Acababa de descubrir una grieta en una enorme peña.

—Aquí podremos refugiarnos hasta que esos infames no nos persigan,—dijo la joven.

—Quizá lo has dicho demasiado pronto,—respondió el árabe, desnudando su puñal y acercando el oído á la grieta.

—¿Por qué?—preguntó Marina, estremeciéndose ante la perspectiva de un nuevo peligro.

—Porque no sabemos lo que se oculta en el interior de esta caverna.

Entonces Alfar, con una sangre fría que jamás se alteraba, aplicó de nuevo el oído á la tenebrosa peña.

Algo debió escuchar que le hizo estremecer.

Entonces salió del interior un espantoso rugido, que hubiera hecho temblar á las águilas que estuvieran en las cumbres más elevadas.

Doña Marina oprimió á su hijo contra el seno.

Aquella caverna era la madriguera de un león.

El rey de las selvas estaba en las horas de la fiebre.

Esta circunstancia hizo que no advirtiera con su exquisito olfato la presencia de aquellas tres personas.

Aunque el tránsito por aquellos lugares se hacía casi imposible, tanto Alfar como doña Marina comprendieron que no era conveniente esperar á que se le pasase á la fiera aquel cotidiano sopor que sufren los de su raza, y dejándose las ropas entre las zarzas, apretaron el paso huyendo de aquellos inhospitalarios parajes.

Alfar se detuvo junto á una sinuosidad del terreno.

Detrás de ella podían esperar la venida del nuevo día.

Era imposible pensar en dormir, aun cuando sus cuerpos lo hubiesen apetecido.

Doña Marina se sentó en la tierra.

Desde allí divisaban perfectamente el castillo de Mahomet.

En la comarca se veían las luces que esparcían las teas.

Era indudable que no habían cesado en su persecución.

Sin embargo, no parecían haber comprendido que la fuga había tenido lugar por el río.

Más sereno el ánimo de doña Marina, dirigió á su hermano una mirada de agradecimiento, y le dijo:

—Alfar, te debo más que la vida, porque te debo la de mi hijo.

—No he hecho más que pagar un favor que te debía desde el momento en que me recogiste herido.

—¿Cómo has podido averiguar mi paradero?

—Eso será objeto de nuestra conversación cuando gocemos de más tranquilidad. Ahora, lo único que deseo es que brille el sol.

—¿Piensas que permanezcamos aquí mucho tiempo?

—De ningún modo: eso sería imposible. Estamos en el corazón de una sierra poblada de bestias feroces, y no sería tampoco extraño que Mahomet, no encontrándonos en la ciudad, tuviera ideas de buscarnos por aquí.

—En ese caso no nos detengamos un instante.

Poco después empezaron á advertirse los albores del día.

Entonces Alfar dijo á doña Marina que la entregase el niño.

La pobre joven se vió libre de aquella carga, que, aunque muy dulce para ella, no dejaba de fatigarla.

Ambos emprendieron su camino hacia el Sur.

CAPÍTULO LXXVIII

DONDE SE CUENTA CÓMO SUPO ALFAR EL PARADERO DE SU HERMANA

La marcha por aquellos lugares se hacía por momentos más difícil.

Unas veces la jara era tan sumamente espesa, que había necesidad de abrir camino, lo que se conseguía á fuerza de golpes de alfanje.

Otras hallábanse sitios tan húmedos, que los pies se enterraban en la tierra, lo cual producía un horrible cansancio.

El infatigable Alfar, comprendiendo, sin embargo, que todavía no se hallaban fuera del alcance de Mahomet, no quiso ni detenerse una hora, tiempo que necesitaban para cruzar al otro lado de la sierra.

Con el niño á horcajadas sobre el hombro izquierdo, y empuñando la cimitarra con la diestra, seguía su derrotero hacia el Sur.

A veces se veía obligado á detenerse para esperar á la joven, que más débil por razón natural, se quedaba rezagada.

Doña Marina, la hermosa cordobesa, acostumbrada á las comodidades de los palacios, se veía entonces en la absoluta precisión de caminar entre espesos breñales y dilatados pantanos.

Pasada una hora, la vegetación fué más espesa.

Las jaras tenían un verde esmeralda.

El terreno se hizo pedregoso.

Estas tres circunstancias indicaron á Alfar la proximidad del agua.

Los guijarros eran tan puntiagudos, que herían los pies de los fugitivos.

Con efecto, Alfar no se había equivocado.

El monte formaba una cañada, en la que se precipitaba un torrente.

Los indígenas habían tendido un árbol de un lado á otro.

Este puente, de tan sencilla construcción, no era accesible más que para la planta del acostumbrado africano.

Sin embargo, era necesario pasar.

Una vez verificada esta difícil operación, podían hallarse casi seguros de las asechanzas de Mahomet.

Alfar fué el primero que puso el pie en el redondo tronco.

Luego le dió la mano á doña Marina.

Esta cerró los ojos para evitar el vértigo que le producía el abismo.

Las circunstancias obligan á todo.

Afortunadamente, aquel peligroso trayecto era corto.

El torrente rugía á sus pies.

El árbol, mal sujeto en la opuesta orilla, se inclinaba á derecha é izquierda, según el sitio en que cargaba el peso de los que se hallaban sobre su redonda superficie.

Cuando la joven advirtió bajo su planta terreno firme, lanzó un suspiro de satisfacción y dirigió una cariñosa mirada á su hijo.

Una vez en aquellos lugares, Alfar se detuvo.

El sol abrasaba.

Entonces dirigió una mirada á su alrededor.

Como el monte en que se hallaba era menos elevado que el que acababan de cruzar, no era fácil que descubriesen la ciudad, é imposible, por lo tanto, que pudieran verlos.

A pocos pasos de aquel sitio había una pequeña rotonda formada de palmeras, entre cuyos troncos serpenteaba un riachuelo.

Alfar hizo señas á su hermana para que le siguiese.

Tendidos ambos sobre la hierba, acordaron permanecer allí hasta que la fuerza del sol les permitiese continuar su camino.

Sin embargo, no tardaron en sentir las imperiosas necesidades de tomar alimento.

Alfar trepó como una ardilla por el elevado tronco de las palmeras.

Un momento después descendió con una buena provisión de dátiles.

En cuanto al agua, la tenían en abundancia.

Doña Marina colocó á su niño sobre la alfombra de césped.

Poco después dormía con la tranquilidad de los ángeles.

—Creo que aquí podemos permanecer tranquilos,— dijo Alfar.

—En ese caso, refiéreme de qué manera has sabido encontrar mi paradero.

—No tiene nada de sobrenatural, si bien es cierto que en esto, como en todo, he visto la mano de la Providencia.

Doña Marina se dispuso á escuchar.

Su hermano la dijo:

—El mismo día en que fuiste arrancada de tu palacio de la vega, supe lo que había acontecido por tu viejo criado. Mi primer impulso fué lanzarme en persecución de aquellos miserables, pero tuve dos poderosos motivos para no hacerlo. El primero eran mis heridas, que me incapacitaban para defenderte. El segundo fué la reflexión que me hice de que necesariamente había de sucumbir al número de enemigos, sin conseguir por ello tu libertad.

Cuando todavía no estaban cicatrizadas las heridas que recibí, me lancé á la calle, dispuesto á encontrarte.

Todas mis gestiones fueron inútiles.

Parecía que te había tragado la tierra.

Yo sabía, sin embargo, que tenías un encarnizado enemigo. Este era el inquisidor don Pedro de Deza. Pensé hablarle, arrancándole su secreto por cualquier medio. Pero el inquisidor no estaba solo jamás, y para realizar mis propósitos era preciso tener con él una entrevista.

Entonces sentí desfallecer mis ánimos ante aquellas contrariedades.

Supe que la mayoría de las familias moras que habitaban el Albaicín y la vega habían sido pasadas á cuchillo.

Te lloré por muerta.

Emprendí de nuevo mis asuntos comerciales en las *tobas* de la Alpujarra, é hice algunas excursiones á la costa septentrional del Africa.

Allí supe que algunos moros se habían salvado de los cristianos, refugiándose en estas regiones que pisamos.

Tuve un rayo de esperanza.

Las circunstancias me hicieron volver á Andalucía.

Me habían asegurado que los hijos de Mahoma ya no sufrían los rigores de la pragmática de Felipe II desde que la guerra terminó.

Entonces no dudé en volver á Granada, lo que convenía á mis intereses.

Un día tuve un altercado con algunos soldados.

Acostumbrados éstos al botín que hacían en la Alpujarra con nuestros bienes, quisieron hacer lo propio con las mercancías.

Les eché en cara su mala acción.

Desenvainaron los aceros y yo no tardé en encontrarme con la daga en la mano.

Tuve la suerte ó la desgracia de herir á uno de ellos á tiempo que pasaba una ronda.

Entonces fuí calificado de rebelde á la religión y al rey, y me encerraron en una mazmorra de la Alhambra.

Allí sufrí mi prisión algun tiempo.

Mi carcelero era un hombre inflexible. Tenía uno de esos corazones que no se dejan subyugar más que por el oro. Procuré sondearle.

Una mañana que me entregó mi mezquina ración me lamenté de mi desgraciada suerte, alegando que parecía imposible que un hombre que poseía medios de fortuna se viera reducido á tal estrechez.

Me preguntó á qué me dedicaba antes de mi prisión, y le manifesté mi tráfico de alhajas.

—¿Luego seréis hábil conocedor de las piedras preciosas?—me dijo.

—Desde luego.

—Yo poseo un anillo de gran valor que pienso vender. Sin embargo,—continuó,—ya que sois competente en esta materia, voy á mostrároslo para que lo taséis y no sufra el engaño de algún miserable judío.

El carcelero sacó un estuche de su capotillo, y me entregó la sortija.

No pude contener una exclamación de sorpresa. Aquel anillo era el mismo que tú llevabas en el anular desde los primeros años de tu infancia.

—Con efecto,—dijo doña Marina,—lo perdí en una

de las mazmorras de la Alhambra, ó quizás me lo quitaron aprovechando las horas de mi sueño.

—Yo pregunté á aquel hombre cómo había llegado aquella prenda á sus manos.

Me dijo que lo había adquirido muy barato, siendo su vendedor un viejo israelita; pero conocí desde luego que me ocultaba la verdad.

Entonces le prometí que le entregaría otras dos sortijas que adornaban mis dedos á cambio de que fuese sincero.

Le deslumbré con mi oferta, y supe que habías estado en una mazmorra contigua á la que yo ocupaba, en cuyo miserable recinto habías sido madre de un hermoso niño.

Aquella mazmorra estaba también vigilada por él.

Sólo me hizo una ocultación, que no pude extrañar.

El carcelero me aseguró que no había descubierto la alhaja hasta después que saliste de aquellos oscuros lugares.

Yo afecté creerle.

No me convenía crearme un nuevo enemigo.

Le entregé las dos sortijas prometidas y algunas monedas de oro que conservaba.

Desde entonces me granjeé todas sus simpatías.

El oro es la gran palanca para conmover los corazones mezquinos.

Mi ración de presidiario fué mayor que la de mis infelices compañeros.

Pregunté á mi guardián qué había sido de ti, y me

respondió que sus noticias no eran muy concretas. pues únicamente podía decirme que una mañana recibió órdenes para conducirte con otros muchos cautivos á la plaza, donde fuisteis entregados á las tropas del rey.

Sin embargo, aquello me hizo cobrar esperanzas.

Era indudable que habías sido desterrada al Africa septentrional

Por aquellos tiempos recibió mi carcelero una desagradable noticia.

En los Países Bajos había alcanzado el duque de Alba una gran victoria contra las huestes reformistas.

El soberano dispuso muchos festejos con este motivo, y otorgó una amnistía parcial á los presos que no hubieran cometido delitos graves.

En este número me hallaba yo.

Pude de nuevo ver las calles de Granada y aspirar con toda la fuerza de mis pulmones el aire de la libertad.

Sin embargo, aquella libertad era relativa.

La orden del monarca no me dejaba vivir en la ciudad del Genil, hasta que cumpliese mi destierro fuera del sitio en que había cometido la falta por que fuí reducido á prisión.

¿Dónde había de ir?

Era indudable que las noticias que de ti tuve me llevarían al Africa septentrional

Una vez en aquellos parajes, sufrí las asechanzas de los indígenas.

Estos me saludaron con una verdadera lluvia de piedras y flechas envenenadas.

Sin embargo, tuve la suerte de que uno de los agresores me conociera.

Precisamente aquellos bárbaros eran súbditos de nuestro tío Mahomet.

Mi salvador era un aventurero que había vivido en Córdoba antes de incorporarse á aquella horda de salvajes.

Supe por él que se hallaban en guerra contra una tribu de beduinos, no siendo capitaneados por Mahomet, que se hallaba en las cercanías de Marruecos y que en aquellos días iba á celebrar sus bodas con una sobrina suya llamada Fátima.

Comprenderás que no me fué difícil sospechar que eras tú de quien se trataba.

Los soldados de Mahomet quisieron que yo contribuyese con mi cooperación al éxito de la campaña; pero yo tenía necesidad de buscarte, y aquella misma noche, cuando estaban recogidos en el campamento, aprovechando su sueño y uno de sus caballos, partí hacia la morada de nuestro tío.

Al llegar al río encontré una barca en la orilla, y la utilicé hasta llegar al sitio que me proponía. Al embarcarme dejé en libertad al potro, que no tardó en sus instintos salvajes en perderse en las sinuosidades de la sierra.

Hé aquí por qué razón me has visto llegar en tu socorro.

Alfar guardó silencio.

Doña Marina había escuchado su larga relación sin interrumpirle.

Cuando ésta terminó, le dirigió una mirada para expresarle su agradecimiento.

Un instante después le preguntó.

—Cuando has estado en Granada, ¿no tuviste ninguna noticia de don Diego?

—Pensaba buscarle para que me ayudara á encontrar tu paradero, pero ya te he dicho la desgracia que me aconteció.

—¿De modo que caiste preso á los pocos días de tu llegada?

—Sí.

—Al terminar la guerra, es indudable que don Diego me habrá buscado por todas partes, aunque con menos resultados que tú.

—Ahora lo preciso es que salgamos bien de la difícil empresa en que estamos empeñados: tiempo tendremos de que ponga á salvo tu honor algún día ese hombre cuyo amor te enloqueció.

—¡Dios te oiga!—exclamó la joven.

En aquel instante el niño se despertó.

Doña Marina le cogió en sus brazos.

—¿Cuál será la suerte de este pobre inocente?

—Por el pronto es necesario que busquemos el medio de no exponerle á la ruda campaña que vamos á hacer.

—No comprendo lo que quieres decirme.

—Quiero buscar un paso hacia el Sur, donde hemos de hallar muchos peligros.

—¿Y dónde quieres que le dejemos? Eso es imposible; antes preferiría morir.

—¿Acaso imaginas que te aconsejo que le abandones?

—No, eso no cabe en un corazón tan noble como el tuyo.

El sol lanzaba sus rayos con menos intensidad.

Doña Marina y Alfar se dispusieron á seguir su camino.

Un momento después abandonaron aquellos lugares.

CAPITULO LXXIX

LOS FUGITIVOS

De este modo caminaron más de una hora.

Los delicados pies de doña Marina se negaban á dar un paso más.

Alfar, comprendiendo que se hallaban fuera del límite hasta donde era probable que llegaran las persecuciones de Mahomet, se decidió á elegir un sitio á propósito para descansar aquella noche.

El suelo feraz de aquellas zonas no tardó en presentárselo.

—Un paso más, hermana mía,—dijo el moro procurando alentar á la joven.

Doña Marina hizo un esfuerzo y siguió andando.

Desde aquellas cúspides se divisaba un hermoso valle.

Era indudable que en aquel sitio se sentiría menos el helado cierzo de la noche, pues estaba rodeado de altas colinas.

Como la marcha se verificaba en descenso, era menos penosa.

Poco después se hallaban en el valle.

Entonces Alfar hizo alto.

Enpezaban á advertir de nuevo las exigencias del estómago.

Los dátiles que había cogido Alfar se habían acabado. No había sido posible hacer acopio de ellos, porque precisamente en aquella época era la terminación de la cosecha y abundaban poco.

Afortunadamente no acompañarían á esta natural exigencia los efectos de la sed, porque en el valle corrían multitud de arroyos de aguas puras y transparentes.

Los árboles de aquellos sitios no tenían fruto.

Fué necesario conformarse con una abstinencia forzosa.

Doña Marina estaba rendida.

Empezó por reclinar su linda cabeza en el tronco de un árbol, y poco á poco la obligó el sueño á que instintivamente buscase su cuerpo una postura horizontal sobre el menudo césped, que cubría el suelo como una alfombra.

Alfar se quitó el alquicel, y, doblándolo por la mitad, lo colocó junto á su hermana, poniendo encima el niño, que también estaba profundamente dormido.

En cuanto á él, no pensó un solo instante en consagrarse al reposo.

Cierto es que le hubiera sido muy conveniente para emprender á los primeros rayos del día el camino ha-

cia el Sur; pero era necesario que alguno velase, y esta obligación le correspondía á él como más fuerte.

Alfar dudaba entre dos medios de salvación.

El más concreto hubiera sido dirigirse al Norte, punto más frecuentado por las galeras europeas; pero temía, con sobrada razón, que una vez que se hallasen en aguas españolas, doña Marina había de querer ir á Granada en busca de don Diego.

Aunque Alfar deseaba con todo su corazón que Deza reparase la honra de su hermana, no se le ocultaba que el presidente de la Chancillería había de oponer su voluntad para la realización de aquellos planes, armando de nuevo alguna trama que perjudicase á la joven. En cambio, si se dirigía hacia la costa occidental, podría encontrar alguna toldería, y malo había de ser que en un corto espacio de tiempo no arribase á aquella playa alguna carabela de negreros, cuyo capitán, no pudiendo agregarlos á su mercancía, no se decidiese á sacarlos de aquella situación tan difícil como penosa.

Otra causa, quizá la más transcendental, obligaba al hermano de doña Marina á aceptar aquella segunda solución.

Aun suponiendo que los buques que llegaban á la parte septentrional, que, como hemos dicho, eran europeos y casi todos procedentes de España, hubieran descubierto sus señales solicitando socorro, era casi seguro que no se lo otorgasen.

Ya hemos visto la actitud hostil con que recibieron los indígenas á la embarcación que condujo á doña Marina.

Esta brusca salutación de pedradas y dardos se reproducía siempre que los moradores veían en sus costas una vela.

Todos eran merodeadores que vivían del botín.

Probable, por no decir seguro, era que los tripulantes europeos hubieran visto en la demanda de Alfar una asechanza dirigida á su seguridad.

En estos pensamientos estaba ensimismado el árabe, cuando fué interumpido en su meditación.

Por el mismo sitio que ellos habían bajado una hora antes, se escuchaban rumores de pasos.

Alfar desnudó su alfange.

Luego dirigió una ávida mirada.

Sin embargo, la observación era infructuosa.

Además de que la noche estaba muy oscura, la intrincada maleza de aquellos terrenos impedía descubrir lo que pasaba á diez pasos del lugar en que habían acampado.

Alfar prestó su atento oído. Tuvo intenciones de despertar á su hermana, previniéndola de la proximidad de un nuevo peligro, pero no tardó en desechar aquella idea.

Con efecto, era muy probable que la joven, al despertar, pronunciase alguna palabra, que irremisiblemente tenía que ser oída por el que se acercaba.

Los pasos eran cautelosos.

Apresurábanse á veces.

Cesaban otras.

Era indudable que el que venía se hallaba muy cerca.

Un pensamiento surgió en la mente de Alfar.

Se acordó del paraje en que se hallaban.

¿Sería una fiera?

Esto, después de todo, hubiese sido la mejor solución.

No obstante, aquella idea desapareció bien pronto de su cabeza.

Entre los intersticios del follaje descubrió una figura humana.

Era un hombre.

Por el rápido examen que pudo hacer Alfar desde su escondite, comprendió que aquel hombre pertenecía á una raza distinta á la suya.

Con efecto, era un negro.

Aparte de su color, la redondez de sus formas no puede confundirse con las angulosas del árabe.

Indudablemente aquel negro era hijo de la costa occidental; era un guineo.

Esta particularidad llamó desde luego la atención de Alfar, porque á su patria era donde pensaba dirigirse con su hermana.

La luna se asomó en aquel instante entre los pliegues de una nube.

Entonces pudo ser más exacta la observación de nuestro protagonista.

El negro se había sentado á poca distancia del sitio que éste ocupaba.

Su respiración agitada acreditó desde luego á Alfar que era víctima del más horrible cansancio.

Sus labios eran prominentes y gruesos.

Sus dientes blancos é iguales.

Llevaba una calzona de vistosos colores, que dejaba descubiertas sus musculares pantorrillas, y que se adhería á la cintura por medio de un cinturón, del que pendía un alfanje.

En cuanto al resto del cuerpo, se hallaba completamente desnudo, si se exceptúa una manta de abigarrados colores que llevaba sobre el hombro izquierdo.

El negro dirigía sus ojos á todas partes.

Era indudable que aguardaba alguna cosa y que aquella cosa no le satisfacía.

Alfar tuvo intenciones de abandonar su escondrijo.

Sin embargo, aquello hubiera sido una temeridad.

Transcurrieron elgunos instantes.

El negro acercó su oído á la tierra.

Escuchaba.

Sus facciones sufrieron una contracción.

Entonces desnudó el alfanje y se puso en pie.

Sus enemigos se aproximaban.

Con efecto, llegaron hasta Alfar nuevos rumores de pasos.

Entonces el negro se dirigió hacia el sitio que ocupaba el hermano de doña Marina, el cual le proporcionaba más seguridades.

Esto se verificó con tal prontitud, que Alfar se encontró de pronto al lado del desconocido.

Este le dirigió una mirada de sorpresa.

Iba á huir, pero el árabe le detuvo.

—Nada temáis de mí,—le dijo en voz baja para que no pudiesen oirle los perseguidores.

El negro le miró con agradecimiento.

No dudó de la sinceridad de sus palabras.

El lenguaje de la verdad siempre es comprensible.

Un momento después ambos estaban agazapados entre la espesura.

A poca distancia del sitio que ocupaban pasaron tres moros vestidos con sus blancos alquiceles.

Todos empuñaban sus corvos alfanjes.

Dirigieron alrededor sus escudriñadoras miradas.

Era un momento de verdadera ansiedad.

Alfar y el fugitivo procuraron contener la respiración.

Los tres moros pasaron sin advertir por entonces la proximidad de la persona que buscaban.

Poco después escucharon el rumor de sus voces que se alejaban.

Entonces Alfar iba á ponerse en pie.

El negro le detuvo.

—No hagas semejante cosa,—dijo;—esos perros no se habrán alejado mucho, y es seguro que tienen que volver.

—Afortunadamente no han podido descubrir nuestras huellas, porque la jara y el césped lo impiden.

—No importa; son demasiado sagaces para desistir de sus propósitos de encontrarme.

—¿Les has ocasionado agún daño?

—Ninguno.

—Entonces ¿qué interés pueden tener en hallarte?

—Son piratas beduinos y me conocen hace tiempo.

—Pero ¿qué pueden apetecer? Fuera del alfanje y

la manta que llevas, no creo que conduzcas objetos de valor.

—Ya te he dicho que me conocen, y por lo tanto, que saben perfectamente que si me hacen su esclavo podré valerles un gran rescate.

—¿Dónde has nacido?

—En el Congo.

—¿Y venías solo cuando los has encontrado?

—Iba á incorporarme á mi caravana para cruzar el desierto.

—¿Y no te persiguen más que los tres que hemos visto?

—¿Te parecen pocos para un solo hombre?

—No; pero creo que podremos defendernos contra ellos.

—¿Luego estás decidido á prestarme tu ayuda?

—Desde luego.

—Quizás no te arrepientas de hacerlo así.

—Yo te lo he dicho sin esperanzas de obtener recompensa.

—Lo sé; pero en mi deber está otorgártela.

—Parece que los rumores han cesado.

—Es verdad; pero temo que los astutos beduinos nos tiendan algún lazo.

—¿No te parece que despierte á mi hermana y emprendamos el camino hacia otro paraje más seguro?

—No sé qué decirte.

—¿Te han visto descender al valle?

—Sí.

—Entonces no cabe duda que no tardarán en volver.

—Vámonos, pues.

Alfar despertó á doña Marina.

Esta se estremeció al ver al negro. Sin embargo, recuperó de nuevo la calma cuando supo por su hermano lo que había ocurrido.

Tomó á su hijo en los brazos, y se dispuso á seguir el derrotero que le marcaran.

El negro, como hábil conocedor de aquellas localidades, no demostraba un gran interés por partir.

Alfar indicó la conveniencia de dirigirse al lado opuesto al que habían tomado los perseguidores.

No habían dado cuatro pasos cuando sintieron detrás de ellos un gran movimiento acompañado de una infernal gritería.

—¡La lucha es inevitable!—exclamó el negro desnudando su cimitarra.

Alfar se colocó delante de doña Marina, que oprimía á su hijo contra el seno, procurando resguardarle bajo aquel débil escudo.

Uno de los adversarios llegó el primero.

Sorprendióse con la presencia de aquel nuevo enemigo que se hallaba unido al guineo, pero no por esta razón acortó el paso.

Alfar esperaba impasible.

Trabóse entre ambos un rudo combate.

Este no tardó, sin embargo, en decidirse.

El hermano de doña Marina, ágil como el jaguar de aquellas zonas, dió un poderoso salto, y aprovechando un descuido de su adversario, le asestó un terrible golpe en la cabeza.

El beduino cayó al suelo.

Entre anto el negro tampoco había estado ocioso.

Revolvíase contra los dos enemigos, y no tardó en poner á uno de ellos fuera de combate.

Entonces el que todavía se hallaba en actitud de defenderse, viendo que sus dos compañeros habían mordido el polvo, emprendió la fuga, no sin que el negro le demostrase el poderoso empuje de su brazo.

La lucha había terminado.

Era indudable que el hermano de doña Marina acababa de hacer un señalado favor al guineo.

CAPITULO LXXX

UN COMPAÑERO DE INFORTUNIO

Repuestos del cansancio que les produjo aquel rudo combate que había tenido lugar en el solitario valle formado entre dos montes, el negro fué el primero en romper el silencio.

—Ante todo, debo haceros una pregunta,—dijo dirigiendo sus ojos alternativamente á doña Marina y á su hermano.

—¿Qué quieres?—respondió el segundo.

—Veo en vuestros trajes y vuestras facciones que sois del Africa septentrional, ó por mejor decir de las comarcas andaluzas, que, según afirman, pertenecen á un monarca muy opulento y poderoso.

—No te has engañado; ambos somos hermanos y hemos nacido en Córdoba.

—¿Qué circustancias os han conducido á las cercanías de Marruecos?

—Mi hermana ha venido antes que yo desterrada del suelo patrio. En cuanto á mí, he venido á salvarla de los torpes atentados de nuestro tío.

—¿Quién es vuestro tío?

—Mohamet Alcor.

—Le he oído nombrar como uno de los caudillos más poderosos, pero no le conozco personalmente; lo que no es extraño, pues mi estancia en estas zonas inhospitalarias siempre fué corta.

—Ahora,—prosiguió Alfar,—nos dirigíamos al Sur, esperando allí la llegada de algún buque que nos conduzca á otros parajes.

—¿Y por qué no preferisteis el camino del Norte, que os ofrecía más seguridades?

Entonces Alfar explicó al negro las causas que se lo impedían.

De todas maneras vuestra estancia en el Sur hubiera sido muy peligrosa.

—¿Por qué?

—Veo que no tienes un conocimiento exacto de aquellas localidades.

—Con efecto, no las conozco más que de referencias.

—Tú no puedes comprender la inmensa distancia que existe entre lo que se dice y lo que allí ocurre.

—Pero ¿acaso no visitan aquellas costas buques negreros?

—Sí.

—Pues en ser admitido á bordo de cualquiera de ellos fundo mis esperanzas.

—No vas descaminado en ese punto, pero ante todo

debiste tener en cuenta que los buques negreros no visitan las costas todos los días, y que necesariamente habíais de caer en manos de los indígenas.

—Pensaba imponerme á ellos.

—¿De qué manera?

—Valiéndome de la superioridad que sobre ellos me dan mis conocimientos y mi experiencia.

—Es indudable que la tienes, pues habrás adquirido en tu país muchos conocimientos que los deslumbrarían, porque están muy atrasados; pero los caciques de Guinea son demasiado orgullosos para reconocerlo así. Tus buenos propósitos se hubieran estrellado contra la ferocidad de los indígenas, y tanto tú como tu hermana y el niño hubierais tenido que sufrir la más ignominiosa esclavitud.

—¿Qué me aconsejas entonces que haga?

—Hoy las circunstancias han cambiado totalmente, y casi me atrevería á asegurarte que estáis fuera de peligro.

—No te comprendo.

—Me has hecho un señalado favor, y quiero demostrarte mi agradecimiento.

—Poco me debes por el servicio que te presté.

—No lo creas; te debo la vida, porque sin tu cooperación es indudable que esos malditos perros me la hubieran arrebatado.

—Comprendo que de todas maneras me hubiese visto en la necesidad de luchar con ellos, pues más pronto ó más tarde me hubieran descubierto.

—A no haberme ocultado en el valle en que os en-

contrabais escondidos, no era fácil que hubiesen sospechado que estabais allí.

—Sea como fuere, yo he cumplido con lo que mi conciencia me exigía.

—Eso es aparte; quizá por la misma razón yo quiero encontrar los medios de salvaros como reciprocidad de tus favores.

—Dime lo que piensas hacer para conseguir lo que me prometes.

—Yo he nacido en la costa occidental del Africa, y me llamo Tupy Cadal.

Me crié en lo más espeso de sus bosques, dedicado á la caza y á la pesca, que me proporcionaban el sustento.

Debo advertirte, sin embargo, que bien fuese porque mi inteligencia era superior á la de mis compañeros, ó porque hubiera escuchado en distintas ocasiones hablar de remotos países, yo tenía ideas vagas de que los extensos parajes en que residía no eran más que una pequeña parte del mundo.

Alimenté por algún tiempo la esperanza de abandonar mi vida errante.

Esto no podía conseguirlo en el país natal.

Entonces formé una pequeña partida de hombres, cuyos ánimos fueron excitados por mi palabra, y me dirigí con ellos á ese gigantesco mar de abrasadas arenas que conocemos con el nombre de Sahara.

Ni la rivalidad de los árabes, ni los terribles estragos del simoun, ese viento que atemoriza á los indígenas, pudieron debilitar mi decisión.

Allí vivimos algún tiempo, esperando la llegada de los náufragos que constituían nuestro botín.

Como yo había sido el iniciador de aquella idea, y me hallaba dotado de un carácter enérgico, excuso deciros que fuí el capitán de aquella gente.

No tardaron en germinar en mi alma las ideas del mando, y cuando volvimos al país natal me proclamé cacique de aquel pequeño ejército, que no tardó en engruesar sus columnas.

Entonces me dirigí á una toldería, y aprovechando el descuidado sueño de sus moradores, los hice pasar á cuchillo.

Desde aquel momento fuí el soberano de aquella comarca.

Un día divisé entre la bruma del mar las blancas velas de una galera. Hice que mis gentes se pusieran sobre las armas, y dándoles órdenes para que no fueran vistos ni revelasen su actitud hostil hasta que yo les avisase, esperé en la playa.

La galera no tardó en echar el ancla.

Después vi que sus barquillas se acercaban á todo remo.

No traté de ocultarme.

En las barcas venía un capitán y catorce marineros.

El primero me preguntó si yo era el cacique de aquellas comarcas.

Respondí afirmativamente.

Entonces me propuso que le vendiera los cautivos que se hallasen en mi poder.

No tenía casi ninguno, pero me comprometí á bus-

carlos en un breve plazo, siempre que me garantizase las seguridades del pago.

Con efecto, aquella noche salí á la cabeza de mi ejército, y di un asalto á la vecina toldería.

Estos opusieron una enérgica resistencia, pero tuvieron que ceder al número, no sin hacer considerables bajas en las huestes que mandaba.

Conduje á los prisioneros maniatados, y los vendí.

Este fué mi comercio durante algunos años.

Al cabo de ellos, llegó una época en que las carabelas no llegaban á la costa con tanta frecuencia.

Esto obedecía á dos razones. Según me aseguraron, la principal de ellas fué la severa actitud que tomaron los reyes extranjeros para evitar semejantes abusos.

Además se había establecido en la vecina comarca un poderoso cacique, que obtuvo el monopolio de aquellas negociaciones.

Temiendo yo sufrir sus asechanzas y verme cautivo, me determiné á levantar mis tiendas y volver al desierto.

Para llevar á cabo este plan escogí de mis soldados una veintena de hombres decididos, y recomendando á los otros que procuraran mantener la paz en mis Estados, me fuí al Sahara.

Mis negocios me habían traído recientemente á Marruecos, á pesar de los sabios consejos que me dió un amigo de lo peligroso que era que viniese á este país.

No queriendo exponer la caravana, he venido sólo, pero no ha pasado mucho tiempo en cumplirse la profecía de mi amigo.

Aquí tienes la explicación de hallarme á tu lado.

Tupy Cadal guardó silencio.

Habia referido á grandes rasgos lo pormenores de su historia.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?—pregunto Alfar.

—Ahora quiero incorporarme á mis gentes, que me aguardan á pocos días de aquí.

—¿Para ir al Sahara?

—Por el pronto, sí.

—¿Y luego?

—Luego me dirigiré de nuevo á la costa occidental.

—¿Y no tienes inconveniente en que te acompañemos?

—No sólo no tengo, sino que te lo iba á proponer.

—Con los veinte hombres que constituyen tu caravana y nosotros dos, me parece que no será fácil que se atrevan á atacarnos los beduinos.

—No parece probable.

—Lo único que me preocupa es cómo nos arreglaremos para que mi pobre hermana, que está rendida por las fatigas de la noche anterior, pueda hacer una travesía como la que debemos emprender.

—Yo he perdido mi caballo en la escaramuza con esos infames.

—Yo también he dejado en libertad al que me condujo hasta la orilla del río.

—Además de esas dificultades,—añadió doña Marina,—carecemos en absoluto de víveres, y mi pobre niño se morirá de hambre.

—No lo creáis; esa es una dificultad resuelta.

—¿De qué modo?

El negro dejó caer al suelo la manta que llevaba en el hombro.

Esta prenda tenía un ancho bolsillo en una de sus extremidades.

Tupy Cadal sacó un odre lleno de un licor blanco y espeso.

Era leche de camella.

Aplicó la abertura á los labios del niño, que bebió con ansia.

Doña Marina sintió dilatarse su corazón.

Poco le importaban las fatigas propias, con tal de evitar las de su hijo.

El negro sacó además una especie de tortas hechas de maíz y leche, y entregó á sus compañeros aquel manjar, que, aunque no tenía mucho de agradable, reparó sus extenuadas fuerzas.

—Ahora es necesario seguir el camino,—dijo Tupy, cargando de nuevo con la manta.

Alfar cogió al niño.

Doña Marina se dispuso á andar.

Un momento después salieron del valle.

Sin embargo, no habían recorrido más que un corto trayecto, cuando un inesperado incidente les hizo detener el paso.

Cerca del sitio en que se hallaban se escuchó el relincho de un caballo.

—¡Somos perdidos!—exclamó Tupy, dirigiendo su diestra á la empuñadura del alfanje.

Alfar hizo lo propio.

Doña Marina retrocedió á las espesuras que acababan de abandonar.

Después escucharon el trote del corcel que se aproximaba.

Tupy se ocultó detrás del tronco de un árbol corpulento, é hizo señas á su compañero para que le imitase; pero éste, impresionado por la desaparición de su hermana, corrió en busca de ella.

El negro observó.

La noche estaba bastante clara.

¡Cuál fué la sorpresa de Tupy, cuando descubrió la gallardía de un hermoso corcel!

Ningún jinete lo montaba.

Era indudable que se había escapado después de derribarle.

El animal se detuvo.

Las bridas le impedían correr á su satisfacción.

Estaba en un hermoso prado que le convidó á pacer.

Entretanto, Alfar, que había procurado devolver la tranquilidad á su hermana, fué á incorporarse á su compañero, cuyos ojos no se apartaban del corcel.

—¿Qué observáis?—preguntó al guineo.

Este le designó con el índice el prado en que pacía el animal.

—¡Pardiez!—exclamó Alfar.—Juraría que ese caballo es el que me ha conducido hasta el harén de Mahomet! Sí, no hay duda, es el mismo; se conoce que el pobre animal anda errante por estas espesuras.

Con efecto, el caballo era el mismo que Alfar ha-

bia arrebatado á las tropas de su tío cuando se hallaban en el campamento.

—Es preciso que nos apoderemos de él, porque nos reportaría muchas utilidades.

—Ya lo creo,—dijo el negro;—puede conducir á tu hermana, ó evitar que nos muramos de hambre si llegásemos á perdernos en estas espesuras.

Alfar quería salir en busca del caballo.

Sin embargo, el negro le detuvo.

—¿Te conoce ese animal?—le preguntó.

—No lo he montado más que dos días.

—En ese caso, es inútil que intentes apoderarte de sus bridas.

—Hagámoslo por sorpresa.

—Esto nos conducirá á mejores resultados.

Alfar y el negro partieron en distintas direcciones.

La hierba del prado en que se hallaba el animal no hubiera cubierto á un hombre, á menos que éste marchase como los reptiles.

Tupy, como más práctico, llegó antes que Alfar.

El caballo empinó las orejas, como presintiendo algún peligro cercano.

Después lanzó un nuevo relincho, y se dispuso á partir al galope.

Ya era tarde para verificarlo.

El astuto negro se había apoderado de la extremidad de las bridas, y lo impidió.

Acostumbrado el noble bruto en aquellas dos noches á las dulzuras de verse libre, no fué de muy buen grado al sitio que le conducían.

Doña Marina montó, llevando á su niño entre los brazos.

Alfar tomó la rienda.

En cuanto á Tupy, iba delante explorando el terreno.

De vez en cuando dirigía sus ojos al cielo.

Buscaba su orientación en las estrellas.

CAPITULO LXXXI

ENCUENTRO DE LA GENTE DE TUPY

Los principales inconvenientes del viaje estaban vencidos, en concepto de Alfar.

No era probable que Mahomet Alcor pudiese hallar la pista de aquella pequeña caravana, porque los separaba algunas leguas.

Doña Marina iba á caballo, lo cual hacía que pudiese recorrer la distancia que les separaba de los amigos del negro con más facilidad, pues aquella distancia no significaba mucho cuando apremiaba la necesidad, y mucho menos para la experimentada planta del africano y el árabe.

En cuanto á los nuevos peligros que pudieran surgir hasta incorporarse con la gente de Tupy Cadal, serían menos terribles á la luz del día.

Lo que preocupaba más seriamente las imaginaciones de los viajeros era el temor de encontrar alguna partida de árabes qne les hiciese cautivos.

Para evitar esto, Tupy aconsejó á sus compañeros que no abandonasen el monte mientras les fuese posible.

Estos terrenos cubiertos de espesura les preservaban de las escudriñadoras miradas de los árabes.

Sintióse en la atmósfera esa frialdad que antecede al día.

Las estrellas fueron desapareciendo y el sol brotó en Oriente como un globo ígneo.

Los tres caminantes le saludaron con alegría.

Hasta el niño parecía sentir su agradable influjo.

Tupy sacó del bolsillo de su manta algunos higos secos y el odre con el resto de la leche de camella.

Esta fué bebida por el pequeño César, que así se llamaba el hijo de doña Marina.

Los higos fueron repartidos en porciones iguales y cada uno los comió con apetito, si bien supieron con desagrado por Tupy que constituían los únicos víveres que tenían hasta incorporarse á la caravana.

Los rayos del sol eran abrasadores.

Sin embargo, ninguno de los caminantes propuso que se descansara un momento.

Ni á doña Marina, que se sentía rendida con el movimiento del caballo, que unas veces subía á las cúspides y otras bajaba á los valles, se la ocurrió la idea de detenerse; era tal el deseo que abrigaba de incorporarse á las gentes de Tupy.

Como el negro era un hábil conocedor de aquellos terrenos, ya hemos dicho que avanzaba mucho más que sus amigos.

—Se me ocurre una idea,—dijo Alfar aprovechando la distancia que les separaba de Tupy.

—¿Cuál?—preguntó doña Marina.

—Yo soy muy desconfiado, y quizá no tenga razón para dejarme llevar de semejante defecto.

—¿Qué desconfianza abrigas ahora?

—¿No te parece demasiada la bondad de este hombre?

—¿Por qué ha de parecérmelo? Está agradecido á tus servicios.

—He oído decir muchas veces que los hijos del Africa Occidental no son muy susceptibles de apreciar los favores que se les hacen.

—Y qué motivos podía tener Tupy para demostrarnos una falsa amistad?

—Podría,—dijo el desconfiado Alfar,—querer que nos uniésemos á su caravana para reducirnos á la esclavitud.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque ese negro, por las condiciones de su raza, es más fuerte que tú, y si sus intenciones no fueran buenas, no dudaría en emprender una lucha contigo. como lo ha hecho con los dos beduinos.

—Puede considerar más segura la presa cuando se halle con sus gentes.

—Eso es verdad; pero no sé por qué el corazón me dice que te engañas.

Doña Marina estaba en lo cierto.

Jamás Tupy Cadal, que tenía fama de inflexible y

hasta de feroz entre sus vasallos, había obrado con más buena fe que lo hacía entonces.

Alfar quiso, sin embargo, sondear al negro y conocer de un modo cierto sus intenciones.

Como en aquel instante atravesaban por una explanada cubierta de césped, y no era probable que el caballo encontrase obstáculos en su camino, entregó la rienda á su hermana y apresuró el paso hasta colocarse al lado del negro, que dirigía hacia todas partes sus escudriñadoras miradas.

—¿Observas algo?—le preguntó.

—Nada absolutamente. Me parece que vamos á tener la fortuna de llegar al sitio que nos proponemos sin ninguna dificultad.

—Una vez incorporados á la caravana, ¿marcharemos al desierto?

—Desde luego. Tengo esperanzas de hacer un buen botín antes de regresar á mis dominios.

—¿En qué te fundas para abrigar esa creencia?

—En primer lugar, estamos en la época de las tempestades, y por lo tanto, de los naufragios; pero aunque esto no fuese así, lo que más me induce á estas creencias son los presagios del gran Abdel-Mumén.

—¿Quién es Abdel-Mumén?

—Un alfaquí respetable, un hombre sobrenatural á quien Mahoma ha concedido el don de adivinar las cosas sin recurrir á los medios que usan los demás para sus profecías.

—¿Y es amigo tuyo ese alfaquí?

—Mucho. Ambos nos debemos buenos servicios, y yo

daría por él hasta la última gota de sangre que círcula por mis venas.

—¿Y vive en el desierto?

—En uno de sus oasis. Es el encargado de la educación de mis hijos; y si te decidieses á permanecer á mi lado en vez de marchar á Europa, te daría un consejo.

—¿Qué me aconsejarías?

—Que le encargases también la educación del hijo de tu hermana.

—Ella no querría separarse de él.

—Posible es que no dude cuando le conozca.

—Y, caso de quedarme á tu lado, ¿qué beneficios podría yo reportarte?

—Muchos.

—Házmelos saber.

—En primer lugar, serías capitán de mis tropas. He conocido desde luego que estás dotado de un valor poco común.

—¿Y en qué más me emplearías?

—En la caza de esclavos, y en que me dieses tus consejos que yo atendería, porque sé menos que tú por no haber visitado los países civilizados que tú conoces.

Alfar se quedó pensativo.

El porvenir que le ofrecía el negro era bastante risueño para sus aspiraciones.

Por entonces no podía volver á las comarcas andaluzas, porque hubiera sido acusado de rebelde á las disposiciones de Felipe II, que había decretado su des. tierro.

Era necesario buscar un paraje donde cumplirlo.

¿Cuál más á propósito que el que Tupy le ofrecía?

Por otra parte, trataba, como ya hemos dicho á nuestros lectores, de evitar que doña Marina quisiese volver á Granada en busca de don Diego, temiendo, con sobrada razón, que sufriese las asechanzas del inquisidor don Pedro de Deza.

Los medios de evitar esta catástrofe estaban en su mano.

Era indudable que si Alfar ingresaba en las tropas de Tupy, y dejaba á su pequeño sobrino bajo la tutela de aquel hombre extraordinario llamado Abdel-Mumén, la joven no se determinaría por sí sola á cruzar las revueltas aguas del Océano.

—Voy á aceptar tu proposición,—dijo Alfar después de un momento,—siempre que tú convengas en hacer un trato conmigo.

El negro le indicó con un movimiento de cabeza que estaba dispuesto á escuchar.

—Yo no tengo inconveniente en acceder á lo que me pidas, siempre y cuando que si algún día deseo volver á mi patria no te opongas á ello.

—Te lo prometo.

—En ese caso puedes presentarme á tus soldados como capitán de tu ejército.

—Lo haré tan pronto como veamos á los individuos que constituyen la caravana.

—También deseo que el alfaquí Abdel-Mumén se encargue de la educación del tierno hijo de mi hermana Marina.

—El ha de hacerle un hombre.

—Lo espero, y ya ves que me arrojo en tus brazos con la más ciega confianza.

—Ciertamente que no has de arrepentirte.

Los dos caminantes guardaron silencio.

El trato estaba hecho.

Entonces Alfar volvió á separarse de Tupy, y aguardando á que llegase su hermana, tomó de nuevo las riendas del caballo que la conducía.

A pesar de los buenos propósitos que todos abrigaban al emprender el camino, Alfar y su hermana advirtieron la necesidad de hacer uu breve descanso.

El único que no había debilitado el paso era el incansable Tupy Cadal.

Se hallaban en un bosque muy espeso.

Esta circunstancia les daba seguridades de que no habían de ser descubiertos por los enemigos.

Doña Marina detuvo su caballo.

Alfar llamó á Tupy.

Este, comprendiendo que la jornada era demasiado ruda, no tuvo inconveniente en acceder á los deseos de sus amigos.

Aplacaron la sed en un manantial.

Allí permanecieron dos horas.

Pasado este tiempo, fué necesario emprender nuevamente el camino.

Doña Marina volvió á montar en el caballo.

Desde aquel instante tenían irremisiblemente que abandonar la arboleda, marchando á campo raso.

Faltaban unas cuantas millas para llegar al sitio que se hallaba la caravana, según el cálculo de Tupy.

Empezaban á sentir la imperiosa necesidad de comer algo, sobre todo el pequeño César, á quien las razones no bastaban á convencer de la necesidad que existía para aquella abstinencia.

No daremos los detalles de su viaje, que cada vez se hizo más penoso, limitándonos á la narración de una pequeña contrariedad que sufrieron.

Este suceso les obligaba á desviarse de su camino.

Una hora hacía que habían emprendido de nuevo la marcha, cuando Tupy se detuvo.

Sus compañeros hicieron lo propio.

El negro acababa de vislumbrar un nuevo peligro.

Interrogado por el árabe sobre la causa que producía la detención, Tupy le hizo saber que acababa de descubrir detrás de un pequeño monte la espiral azulada que despedía una hoguera.

—Es indudable,—continuó,—que nuestros enemigos se encuentran muy cerca.

Con efecto, poco después escucharon sus desaforados gritos acompañados del monótono sonido que producían sus toscos instrumentos.

—Están bailando,—dijo Tupy.

—¿No encontraremos otro camino que nos conduzca á la caravana?—preguntó Alfar.

—Sí; pero esto nos obliga á tener que dar un buen rodeo.

Doña Marina recibió aquella noticia con desagrado.

Sin embargo, las circunstancias lo reclamaban así.

En seguida se encaminaron hacia el Oeste.

De esta manera se desviaban del aduar de los indígenas.

Por último, hallaron la senda que buscaban.

Entonces caminaron directamente hacia el Sur.

La noche avanzaba.

Una hora antes de la que Tupy calculara hallar á su gente, se descubrió en la extensión de terreno que abarcaba la vista un enorme animal que caminaba hacia ellos con una rapidez asombrosa.

Sobre este animal iba un hombre.

Tupy se detuvo un instante, creyéndose en presencia del enemigo.

Sin embargo, no tardó en comprender que se había engañado.

—Es uno de mis esclavos que nos ha visto y sale á nuestro encuentro. De este modo montaremos en el camello que le conduce y no tardaremos en hallarnos con la caravana.

La alegría se dibujó en todos los rostros al oir estas palabras.

Con efecto, jinete y dromedario llegaron junto á los caminantes.

El que lo montaba era un hijo del Senegal, negro como el ébano.

Vestía un alquicel de abigarrados colores.

Saltó á tierra con una ligereza asombrosa.

Entonces Alfar se dispuso á montar.

El dromedario abrió sus patas tan pronto como lo comprendió.

De este modo era más facil el ascenso sobre su joroba.

Es verdaderamente asombrosa la docilidad que adquieren estos animales, tan útiles para el paso del desierto.

Aunque el camello hubiera resistido por algún tiempo el peso de Tupy, éste prefirió caminar á pie.

Aquel hombre de acero no parecía rendirse jamás á la fatiga.

El recién llegado y el jefe de la caravana siguieron sin dificultad á los jinetes.

Poco después se descubría sobre el arenal la caravana de Tupy, y el contento renació en todos los corazones.

Era indudable que ya no debían temer ningún peligro.

Miraban nuestros protagonistas aquel oasis como mira el marinero el primer rayo de sol después de la tormenta.

El esclavo de Tupy se sorprendió mucho de ver á su amo en el estado en que iba.

El cacique había perdido su alquicel y su turbante, é iba desnudo de medio cuerpo arriba, como ya dijimos.

Esta pérdida era perfectamente comprensible.

Cuando Tupy advirtió la proximidad de sus enemigos estaba completamente descuidado, hallándose á la sombra de la arboleda.

Su sueño fué interrumpido por los pasos de los que llegaban, y huyó sin entretenerse en apoderarse de las

prendas citadas, las cuales constituyeron el único botín de los beduinos.

Afortunadamente tuvo la precaución de coger la manta sobre la que estaba tendido, en cuya bolsa tenía las provisiones que les hemos visto consumir.

Diez minutos después los cuatro viajeros y el niño llegaron al lugar que ocupaban los soldados y las mujeres de Tupy Cadal.

CAPITULO LXXXII

LA CAZA DE LA HIENA

La caravana, según había dicho su jefe, se componía de veinte soldados, todos negros, dos mujeres, cinco camellos y tres caballos.

También había un enorme perro, que era el compañero inseparable de Tupy.

El hermoso animal gruñó al ver á los desconocidos, enseñando sus blancos dientes y sus rojas fauces; pero apenas divisó á su amo, se acercó á él, moviendo la cola y dando cabriolas, con cuyos movimientos demostraba su satisfacción.

Tupy le acarició su enorme cabeza, y le ordenó con el gesto y la voz que se echase á sus pies.

Las dos mujeres del negro eran dos monstruos de obesidad, lo que constituye la belleza en aquellos países.

Su pelo corto y ensortijado, y sus labios, gruesos y

prominentes, no desmentían el origen de su nacimiento.

Ambas eran madres de un buen número de chicuelos, que no se hallaban allí por estar á cargo del sabio Abdel-Mumén, como había dicho el autor de sus días.

Alfar se convenció entonces de lo injusta que había sido su desconfianza.

No solamente no había pensado Tupy en reducirlos á la esclavitud, sino que en seguida les presentó á sus mujeres y servidores, encargando á estos segundos que vieran en Alfar á su capitán.

Preguntó después si el alfaquí Abdel-Mumén había llegado ó permanecía en el oasis.

Como el negro que había salido á buscarles les respondió que el sabio no había parecido, Tupy decidió ir á buscarle tan pronto como hubiesen descansado sus compañeros.

Lo más esencial era atender á las necesidades del estómago.

El jefe de la caravana dió órdenes á dos esclavos para que ordeñasen á las camellas.

Sacó también de un saco una buena cantidad de harina de maíz.

—Estas dos sustancias, unidas en una vasija, forman un alimento conocido por los indígenas con el nombre de *sangleh.*

Colocada á las alegres llamas de una hoguera, no tardó en adquirir alguna solidez, é inmediatamente fué separada del fuego.

Después todos se sentaron, formando dos corros.

El más pequeño estaba constituído por Tupy y sus dos esposas, que invitaron á Alfar y su hermosa hermana á que ocuparan un puesto á su lado.

A poca distancia se colocaron diez y ocho soldados.

Los dos restantes debían encargarse de servir á los señores.

Púsose en medio del círculo la vasija del *sangleh*: Tupy introdujo sus negras manos en ella, y á pesar de que no acusaban la mayor limpieza, fué haciendo divisiones, que entregó á cada uno de los individuos de su caravana.

Doña Marina sintió alguna repugnancia al ver aquel extraño modo de servir: pero tanto era su apetito, que no tuvo más remedio que aceptar lo que el negro la dió.

A Alfar no dejó de sorprender que las raciones repartidas para sus mujeres y esclavos, y aun la misma que Tupy destinó para su consumo, eran infinitamente menores que las otorgadas á su hermana y á él.

Se negó á establecer aquella ventajosa diferencia, pero supo por el negro que los de su raza estaban dotados de una frugalidad que asombraba á los europeos.

Con efecto, el hijo de doña Marina no se hubiera contentado con lo que cualquiera de ellos comió.

Terminada aquella cena, bebieron agua de un arroyuelo.

En seguida Tupy se acercó á la hermana de Alfar, y entregándole uu pequeño saquito que tomó de las manos de una de sus esposas, le dijo:

—Te hago este regalo, que consiste en unas cuantas

frutas secas, para que dispongas de ellas como mejor te cuadre, bien dándoselas á tu hijo durante el camino ó para que las consumas tú.

Extrañando Alfar aquel raro donativo, supo por los propios labios del negro que ninguno de los individuos que constituían la caravana podía disponer de los víveres y el agua sin su autorización.

Añadió que las leyes del Sahara castigaban enérgicamente la menor ocultación de los alimentos, siendo condenados á pena de muerte los que contravenían estas reglas.

Comprendiendo Tupy que doña Marina había de sufrir mucho con su cumplimiento respecto al pequeño César, le hizo aquel regalo, que la evitaba serios disgustos.

En seguida se dió orden de seguir el camino.

Levantáronse las tiendas de campaña, se llenaron las odres de agua y se obligó á todos los camellos á que bebiesen.

Estos animales tienen un gran depósito en el estómago, donde conservan ese precioso líquido, que en caso de apuro bebe el árabe para templar los efectos de su abrasadora sed.

Después que los pobres animales bebieron mucho más que lo que apetecían, dióse la orden de partir.

La marcha duró hasta cerca del amanecer.

El negro no quería detenerse hasta encontrar al alfaquí.

Sin embargo, aquel proyecto no pudo realizarse.

El sabio Abdel-Mumén no se hallaba en el lugar que creían, y para llegar al oasis en que supusieron había de hallarse, necesitaban recorrer muchas millas.

Entonces el negro mandó que se detuviera la caravana.

En un instante todos se apearon, y los soldados, que habían seguido á pie el acelerado paso de los camellos, armaron las tiendas con una facilidad extraordinaria.

Un momento después todo acusaba la mayor regularidad.

El aduar era completo.

Doña Marina y su hermano ocupaban una de las tiendas.

En otra debían dedicarse al reposo Tupy y sus dos monumentales mujeres.

Los soldados preferían dormir al campo raso.

Unicamente los que no gozaban de buena salud buscaban el abrigo de la tienda.

Dos de ellos debían vigilar el sueño de los otros.

A la media hora el aduar estaba silencioso.

Sólo el hermano de Doña Marina no podía dormir; se sentía atacado de un pequeño dolor de cabeza.

Entonces, viendo que su hermana dormía tranquilamente, se dispuso á salir de la tienda, esperando que la frescura de la atmósfera le aliviase.

Los dos soldados que velaban le dirigieron una mirada de sorpresa.

Creyendo Alfar que pudiera perjudicarle el alejamiento del aduar, sin previo permiso de Tupy, se aproximó á uno de los centinelas.

—¿Está prohibido por las leyes del Sahara que un individuo salga del campamento?—le preguntó.

—Vos, que sois nuestro capitán, tenéis autorización para hacerlo; pero antes me atrevería á daros un consejo, si no lo tomáis á mal.

—Habla con franqueza.

—Los parajes vecinos están habitados por tribus enemigas y por multitud de fieras.

—Lo de menos serían las segundas; pero, sin embargo, acepto tus consejos y me quedo aquí.

No haría media hora que había tenido lugar este diálogo, cuando Alfar escuchó en el monte un extraño ruido.

Era una carcajada nerviosa y estridente.

Volvióse sobresaltado.

Después llevó la diestra al alfanje.

Cuando miró á los dos negros que servían de vigías vió que conservaban una actitud tranquila.

Sus rostros estaban impasibles.

—¿No habéis escuchado esa carcajada?—les preguntó.

—Sí,—respondieron ambos á la par.

—¿Y permanecéis tranquilos?

—Como en el aduar no hay más que una criatura, y esa está bien resguardada en los brazos de su madre, no hay que temer ningún peligro.

—No comprendo lo que decís.

—Esa carcajada ha sido lanzada por una hiena.

—¿Por una hiena?

—¿Ignorabais que ese es su aullido?

—Completamente.

En aquel instante Alfar vió un cuerpo que vagaba por las cercanas cúspides de un monte.

Alfar observó al cuadrúpedo con curiosidad.

Tan abstraído se hallaba, que no advirtió que Tupy salió de su tienda.

Había escuchado la conversación que el árabe sostenía con los centinelas, y no quiso desperdiciar la ocasión de enriquecer sus víveres.

—¿Queréis acompañarme para que cacemos esa fiera?

—Desde luego.

—Entonces tomad este mosquete.

Al pronunciar estas palabras el negro le entregó el arma que acababa de nombrar.

—¿Cómo habéis podido adquirir esto?

—Es el fruto de un excelente botín que hice hace poco.

—¿Algún buque europeo?

—Español, según me aseguraron.

—¿Y no será peligroso hacer fuego?

—¿Por qué?

—Porque es posible que la detonación excite la curiosidad de las tribus próximas.

—Eso importaría mucho si hubiese sido cuando veníamos solos; pero ahora somos bastantes para hacernos respetar.

Tupy entró en la tienda.

Un instante después salía armado de un enorme arcabuz.

La hiena seguía paseándose por la cúspide.

Al ver á sus dos perseguidores lanzó una nueva carcajada.

—¿Nos dejará acercarnos lo suficiente?

—Creo que sí.

—¿Y no sería posible que nos atacara?

—Eso es mas difícil: la figura perpendicular de los hombres infunde pavor á todos los seres de la creación.

Tupy había dicho la verdad.

La hiena miraba á los que se acercaban, é hizo una demostración de huir.

Entonces el negro apoyó en el hombro la culata del arcabuz.

Por rápida que quiso ser la marcha del cuadrúpedo, mucho más lo fué la acción de Tupy.

Sonó la detonación.

Una nube de humo cegó á los cazadores durante algunos momentos.

Cuando ésta se desvaneció, Alfar miró con ansiedad.

El animal había desaparecido.

Este detalle no acusaba, sin embargo, que no estuviese muerta.

Lo lógico era que, al sentir la acción del plomo, hubiese caído su cuerpo al otro lado de la cúspide que ocupaba.

Tupy y el árabe desnudaron sus alfanjes y corrieron hacia aquellos sitios.

Escalaron el monte.

Cuando estuvieron en las sinuosidades, descubrie-

ron en el fondo del lado opuesto un cuerpo que se revolvía.

Era la hiena.

Alfar fué el primero que se lanzó sobre ella.

De un poderoso golpe que la asestó en la cabeza concluyó de matarla.

—¿Y para qué ha de servirnos este asqueroso cuadrúpedo?—preguntó al negro mientras la arrastraba por su peluda cola.

—¿Te parece que no pudiera sernos útil en el desierto?

—¿Para qué?

—En primer lugar, su piel es bastante estimada; quizá su carne salada y seca al sol nos reporte buenos servicios aplacando el hambre, y además hemos hecho desaparecer del mundo una de las más terribles alimañas de estas regiones.

—En todo me hallo conforme, menos en probar un bocado de esa asquerosa carne.

—Es, sin embargo, un manjar exquisito.

—He oído á personas que me merecen crédito que la hiena desentierra los cadáveres y se alimenta de su carne.

—No te diré que no; pero eso significa poco para mis proyectos.

—¿Serías capaz de comerla á pesar de la circunstancia que te he dicho?

—Ocasiones hay en la vida, y particularmente en el paso del Sahara, en que los hombres nos vemos obligados, no digo á comer hiena, que es un suculento

manjar, sino cosas tan hediondas como lo pueda ser la propia alimentación del cuadrúpedo.

—Veo que tienes un excelente estómago.

—Pertenezco á un país donde suele haber muchos indígenas que, por la dilatación de sus caninos, acreditan á la legua sus aficiones antropófagas.

—¿Pero tú jamás habrás comido carne humana?

—Directamente, no; pero me he visto obligado á hacer una cosa muy parecida.

—No te comprendo. ¿Acaso has comido carne de mono, que es el animal más parecido al hombre?

—Te contaré lo que me ocurrió. Ya sabes que los bosques de Guinea tienen una vegetación imcomparable. Esto hace que las fieras vivan con una impunidad extraordinaria. Yo he tenido afición á la caza, y muchas mañanas salía de mi *ajupa* para buscar los tigres y los leones, cuyas pieles vendía más tarde á los europeos.

Una vez me alejé de la tolderia mucho más de lo que tenía por costumbre.

La desgracia hizo que cayese en el aduar de una tribu enemiga.

Subíme á un árbol y estuve en observación.

Los malditos no levantaban sus tiendas.

Esperaban á que estuviese curada la carne que en gruesas tiras había de servirles de víveres durante el camino.

Esta operación dura por lo menos tres días.

Yo agoté el agua del odre que llevaba, y lo propio me ocurrió con los escasos víveres que tenía.

Pasé cuarenta y ocho horas sin probar bocado.

Al cabo de este tiempo murió uno de los negros de la tribu.

Inmediatamente hicieron un hoyo sus compañeros y lo enterraron.

Aquel día sofocaba el calor.

Mis fauces estaban secas y mi lengua se pegaba al paladar por las horribles exigencias de la sed.

Varias veces estuve tentado de entregarme á aquellos bárbaros.

Sin embargo, había una cosa que me contuvo.

El tasajo adquirió su dorado color.

Era indudable que los indígenas partirían de allí muy pronto.

Con efecto, les vi doblar sus tiendas y alejarse como manada de búfalos.

Mi primer instinto fué arrojarme del árbol para devorar las escasas piltrafas que habían quedado adheridas á la cuerda que sujetaba las magras del tasajo; pero no había puesto todavía el pie en suelo, cuando escuché una carcajada.

Las hienas se acercaban.

Un momento después vi á dos de estos animales.

Escarbaban la tierra entre roncos gruñidos que acusaban su satisfacción por el festín que se les proporcionaba aquella noche.

Desenterraron el cuerpo del negro y metieron su puntiagudo hocico en las entrañas del cadáver.

Yo tenía el cabello erizado por el terror.

Sin embargo, saqué una flecha que coloqué en el

arco, y la hice partir con tan buena suerte, que se le clavó á uno de los cuadrúpedos en el brazuelo.

El animal cayó desplomado.

Le había partido el corazón.

Su compañera olfateó en el viento.

Comprendió que aquellos parajes no ofrecían mucha seguridad, y se alejó velozmente lanzando su estridente risa.

Entonces descendí del árbol.

Estaba hambriento.

Saqué mi cuchillo, y antes de despojar á la hiena de su piel corté algunas magras de carne y la devoré de una manera ansiosa.

Lo que menos preocupó á mi imaginación fué el recuerdo de que acababa de nutrirse con el cadáver del negro.

El hambre es muy imperiosa, y hay ocasiones en que los hombres más civilizados comen carne de sus compañeros.

Tupy, al pronunciar estas últimas frases, había cogido á la hiena por las patas de atrás y se la cargó al hombro.

—Vuelvo á repetir que tienes un estómago privilegiado.

—Todo es hijo de las circunstancias. Esclavos he tenido yo que devoraban su ración de *sangleh* con más gusto que si comiesen un trozo de jabalí.

El negro indicó la conveniencia de volver al campamento.

En el aduar se notaba una gran agitación.

La detonación que produjo el arcabuz de Tupy había sobrexcitado los ánimos.

Sin embargo, nadie se había movido, pues los soldados que vigilaban les advirtieron la causa de aquel disparo.

CAPITULO LXXXIII

EN BUSCA DE UN OASIS

Cuando las dos esposas de Tupy Cadal vieron la caza que había hecho, se sonrieron con cierta alegría.

Era indudable que la carne de hiena constituía uno de sus manjares favoritos.

Como el día estaba próximo, y Tupy había expresado su deseo de partir en cuanto brillaran los primeros rayos del sol, nadie pensó en acostarse de nuevo.

Aquel día esperaba el jefe de la caravana salir de los incultos límites de Marruecos y entrar en el Sahara, en cuyo primer oasis habían de hallar irremisiblemente al sabio Abdel-Mumén.

Con efecto, el sol no se hizo esperar.

Tras un breve crepúsculo lenvantó su frente de fuego.

Entonces Tupy dió órdenes para marchar.

Volvieron á dar de beber á los camellos.

Un instante después la caravana se ponía en movimiento.

A la hora de haber emprendido la caminata descubrieron en el horizonte una ilimitada franja de arena.

Era el Sahara, ese terrible desierto que ocupa la mayoría del Africa.

Se hacía preciso atravesar de Norte á Sur sus vastos arenales para llegar á Guinea Septentrional, que era el punto adonde se dirigía Tupy.

El Sahara parecía un inmenso mar.

Su calcinado suelo refractaba los rayos del sol.

Aquel desierto fué indudablemente en otras épocas un inmenso mar qne ha sufrido una metamorfosis por alguna revolución de la naturaleza.

Quizás el Atlántico, que hoy bate sus olas á sus orillas, extendió sus azuladas aguas por aquellos extensos dominios.

Todos parecían hallarse satisfechos.

Les animaba la voluntad más firme para llevar á cabo su difícil viaje.

Para ello no habían de tener grandes obstáculos en su principio.

Llevaban una buena cantidad de maíz y dos camellas, que eran dos manantiales del jugo lácteo que había de formar el sangleh.

Los camellos teníansus depósitos llenos de agua por si no les bastaba la que contenían los odres.

Los cuerpos no estaban muy fatigados, y no muy lejos de aquellos sitios estaba el oasis que habitaba el sabio alfaquí que había de educar al hijo de doña Marina.

Con tan halagüeñas esperanzas, cualquiera se hubiera determinado á empezar el dilatado viaje por aquellas abrasadas llanuras.

Sin embargo, nadie mejor que Tupy sabía que aquellas risueñas perspectivas no serían muy duraderas.

El Sahara está poblado de peligros.

Partidas de ladrones buscan su botín de esclavos y objetos en sus solitarias extensiones.

Está además poblado de fieras.

El *simoun*, ese terrible huracán del desierto, suele levantar sus gigantescas alas.

Encuéntranse á larguísimas distancias anhelados pozos de agua, que después de retrasar el viaje suelen hallarse completamente secos.

En una palabra, es necesario, para sufrir los abrasadores rayos de un sol que funde el plomo, haber nacido en aquellas regiones ó hallarse acostumbrado á su ardiente clima desde la infancia.

La satisfacción que experimentaban los rostros de doña Marina y su hermano Alfar no tardó en desaparecer.

Para llegar al oasis en que se hallaba Abdel-Mumén era necesario caminar todo el día y toda la noche sin detenerse un solo momento.

Doña Marina, acostumbrada á las comodidades que siempre había disfrutado, no podía menos de resentirse con aquella ruda caminata.

El movimiento del camello, el sofocante calor que casi impedía la respiración, y la natural molestia que le producían los constantes cuidados que reclamaba el

pequeño César, eran suficientes motivos para producirla un cansancio extraordinario.

Sin embargo, no se atrevió á decir nada.

Tupy no pudo observar nada.

Su camello iba delante de todos.

Sobre la marcha se repartieron algunos frutos secos y una pequeña cantidad de agua.

Aquella frugal comida fué lo único que tomaron los viajeros.

Era indudable que el jefe de la caravana deseaba llegar al oasis, por lo menos tanto como pudieran desearlo sus compañeros.

Aquella tarde se divisó en el horizonte una pequeña nube roja.

Alfar advirtió que Tupy y los demás negros, sin exceptuar sus dos rollizas mujeres, no apartaban sus ojos de aquel punto.

—¿Qué llama tu atención?—preguntó el árabe.

—Había pensado no detenerme hasta llegar al sitio en que hemos de encontrar á Abdel-Mumén, pero me temo mucho que no podamos realizarlo.

—¿Por qué?

—Porque esa nube roja me indica que el *simoun* está próximo.

Doña Marina, que había escuchado aquel breve diálogo, aunque ignoraba completamente el nombre que dan los africanos al terrible huésped de aquellas zonas, comprendía que debía ser un peligro, cuando podía detener el viaje.

—¿Qué es el *simoun*?—preguntó.

—El *simoun* es un huracán que suele enterrar á los viajeros en las arenas que levanta.

La joven estrechó á su hijo entre los brazos.

—¿Y no hay medios de evitar esos peligros?

—Yo no los conozco,—respondió Tupy.

Alfar quiso aprovechar aquella ocasión para convencer á doña Marina de lo ventajoso que sería que dejase á su hijo á los cuidados del alfaquí.

Cuando hizo presente este deseo, la joven se opuso terminantemente.

—¿Cómo quieres que abandone al hijo de mis entrañas?—le dijo.

—Esa respuesta sería muy natural si yo te propusiese que lo dejaras á su buena ó mala fortuna; pero todos afirman que Abdel-Mumén, además de ser un hombre de ciencia, es un anciano bondadoso.

—Es imposible que yo entregue mi hijo á una persona que no conozco.

—Si en algo vale mi opinión,—dijo Tupy para apoyar las palabras del árabe,—te diré que nadie más acreedor á tu confianza que el alfaquí. Puedo contarte algunos hechos de su vida, que acusan su inteligencia y su bondad.

El negro se dispuso á hacer la apología de Abdel-Mumén y refrenó el trote de su camello.

Cuando doña Marina y Alfar lograron poner sus caballos en línea recta á la que él ocupaba, empezó de esta manera.

—Para demostraros hasta qué punto es respetado mi sabio amigo, os diré, en primer lugar, que todos los

moradores del desierto, árabes ó africanos, bien conduzcan honradamente sus caravanas con algún fin comercial, ó se dediquen al robo, le respetan y le consideran.

Abdel-Mumén todavía no ha carecido del alimento necesario, á pesar de que hace cuarenta años que vive en el desierto.

Esto os probará que recibe espontáneos donativos de todos.

Verdad es que el sabio alfaquí les revela los secretos de su vida futura, lo cual les permite muchas veces contrarrestar grandes desgracias ó aceptarlas con resignación.

También es un hombre entendido en las ciencias médicas, y alivia los dolores del cuerpo.

Es un enviado de Mahoma, es un ser maravilloso que nos mandó el Profeta para alivio de nuestros sinsabores.

—¿Cuál ha sido el origen de la fama del alfaquí?

—Voy á decíroslo.

Abdel-Mumén no quiere poseer más que lo que estrictamente reclama su parca naturaleza.

Es frugal en sus alimentos, como buen árabe.

Todo lo que posee, á excepción de su pequeña cantidad de sangleh y su tienda, es puesto á la disposición de las caravanas que llegan á su oasis.

Él acepta las dádivas del rico para entregárselas al pobre.

Practica la ciencia para aliviar á sus hermanos, pero sin mezquinas ideas de lucro.

Conoce el corazón de los hombres, y sabe apreciar en una sola mirada lo que éstos pueden ser.

En una ocasión existía en el Sahara una beduina que tenía dos hijos.

Estos hijos eran de distintos padres.

La casualidad hizo que ambos se reuniesen.

La hija de Mahoma tenía motivos para ocultar á quién de los dos pertenecían. Esto es, que siendo uno de los amantes extremadamente rico y el otro un miserable esclavo, trató de favorecer á los dos frutos de su amor, alegando que ignoraba cuál era el hijo engendrado por el opulento.

Como los niños no tenían más que un año de diferencia en sus edades, era difícil que pudiera apreciarse cuál era el mayor.

Llegó á noticias de los rivales la sabiduría de Abdel-Mumén, y ambos se decidieron á consultar al alfaquí.

Con este objeto se pusieron en marcha hacia el oasis, acompañados de la beduina y sus hijos.

Esta no podía sospechar que hubiese en el mundo una persona que pudiera demostrar hechos tan oscuros.

Cuando llegaron á la morada de Abdel-Mumén, éste salió á recibir á los dos padres, que expusieron sus deseos.

Entonces el alfaquí se quedó pensativo.

No tardó mucho tiempo en hallar los medios que habían de suministrarle el conocimiento que deseaba adquirir.

Pidió dos huevos de gallina.

Cuando le fueron entregados, vació su contenido, procurando que ambos cascarones fuesen del mismo peso y tamaño.

Verificada esta operación, sangró á uno de los niños hasta que el líquido rojo llenase una de aquellas tazas improvisadas.

Luego hizo exactamente lo mismo con el otro.

Separada de esta manera la sangre de ambos, colocó cada uno de los cascarones en los extremos de una balanza.

A pesar de que las cantidades de sangre eran exactamente iguales, una pesaba más.

—Esta es la de tu hijo,—exclamó mirando al árabe que poseía medios de fortuna;—y esta otra del tuyo.

Interrogaron ambos padres sobre las razones en que se fundaba para abrigar esa creencia.

—Es muy sencillo,—respondió el alfaquí;—esta sangre, que pesa menos porque tiene menos cantidad de hierro, acusa descender de una naturaleza débil y linfática como la tuya; en cambio, la otra es originaria de un temperamento sanguíneo como el de tu rival.

Este detalle de suspicacia os demostrará desde luego que no son vanos mis elogios á Abdel-Mumén, y que debe merecer vuestra confianza para encomendarle la educación del niño.

Doña Marina se quedó pensativa.

—Sólo de una manera consentiré en dejarle con el alfaquí,—dijo después de un instante.

—Veamos cuál.

—Seguid vosotros el derrotero que os habéis trazado, y yo me quedaré en el oasis.

—¡Eso jamás!—exclamó Alfar;—demasiado tiempo hemos vivido separados.

—De no ser así, no consentiré.

—Harás mal, dijo Tupy.

—¿Por qué?

—Durante nuestro paso por el Sahara, vamos á sufrir muchas contrariedades. Hemos de tener encuentros con los salteadores; hemos de padecer hambre y sed; posible es que el *simoun* nos entierre en vida, ó que caigamos cautivos, en cuyo caso venderían á tu hijo como á otro cualquiera.

Las razones que exponía el negro eran tan poderosas como verdaderas.

No podían menos de pesar en el ánimo de doña Marina.

Sin embargo, todavía dudó.

No podía decidirse á una separación tan dura.

Fué necesario que aconteciese un suceso que la obligara á aceptar las proposiciones que la hacían.

Este suceso no tardó en llegar, como verán nuestros lectores.

Había cerrado completamente la noche.

Los esclavos, que caminaban á pie detrás de las acémilas, estaban rendidos.

Sin embargo, ya hemos dicho que Tupy había formado el empeño de no detenerse hasta el oasis, y que

para conseguir este objeto era necesario caminar hasta el alba.

La temperatura bajó de una manera rapidísima, operándose uno de esos cambios bruscos que tienen lugar en aquellas zonas por la proximidad del mar.

Doña Marina, que no estaba acostumbrada más que al templado y agradable clima del Mediodía de España, extrañó mucho la transición.

Nada más insalubre que el paso de un calor que abrasa el cerebro á las rudas heladas de la noche.

El pequeño César no podía conciliar el sueño, y tiritaba entre los brazos de su madre.

—¡Mi pobre niño se morirá antes de que lleguemos á Guinea!—le dijo á su hermano.—Yo querría que interpusieses tu influencia con Tupy, que parece considerarte mucho, y que esta noche descansáramos.

—Hermana mía,—contestó Alfar,—tú no quieres convencerte de lo ventajoso que sería para todos, y principalmente para él, que dejásemos á César en el oasis del alfaquí.

—Lo mismo sentiría los cambios de temperatura, puesto que ese sabio vive en el desierto.

—No lo creas; si bien es verdad que Abdel-Mumén vive en el desierto, has de tener en cuenta que pocas veces sale del oasis. La sombra que proyectan los árboles dulcifica el calor, y es indudable que de noche se albergará en alguna tienda, bajo cuyo lienzo es menos sensible la helada.

—Parece que tienes algún empeño directo que te haga desear el alejamiento de mi niño.

—No lo creas; ¿qué rencores puede inspirarme la pobre criatura?

El diálogo de los dos hermanos fué interrumpido bruscamente.

Cerca de ellos se escuchó un silbido.

La joven no se explicó lo que lo producía.

Un segundo después se vió brillar entre las sombras una franja de fuego, y llegó hasta ellos una detonación.

Era indudable que el silbido lo produjo una bala.

La distancia á que fué disparada hizo que no llegase la detonación hasta después de escucharse el proyectil que cruzaba el espacio.

Tupy había detenido su camello.

Los individuos que constituían la caravana hicieron lo propio.

Alfar iba á clavar el acicate en los ijares de su potro para dirigirse al sitio de donde partía la agresión, pero el negro le detuvo.

—Espera,—le dijo,—nada conseguirías con ir solo.

—¿Quién puede haber disparado?

—Cualquiera; ya te digo que el desierto ha de proporcionarnos muchas aventuras semejantes.

En aquel momento divisaron á una larga distancia los blancos alquiceles de cuatro árabes que se alejaban á la carrera.

Todos iban á caballo.

Era indudable que habían hecho fuego, ocultándose detrás de una prominencia del terreno.

Tupy se había encarado su arcabuz.

Hubo un instante de silencio.

Apuntaba á los fugitivos.

Sonó la detonación.

Alfar, que se hallaba algo distante del negro, pudo apreciar el resultado de la respuesta que éste daba á los enemigos porque no llegó hasta él la columna de humo que produjo la pólvora.

Vió que uno de los árabes dejó de ser jinete, cayendo desplomado sobre el arenal.

Entonces otro de sus compañeros, que iba detrás, se inclinó hasta tocar su turbante en la tierra, y subió al herido á la grupa.

Todo esto lo había verificado sin desmontarse.

—¡Bravo!—exclamó el hermano de doña Marina con admiración;—no puede negarse que monta de una manera extraordinaria.

Alfar dijo á Tupy cuanto había visto.

—A pesar de ser tan excelente caballista, no podrá negarme que no somos lerdos para el manejo de las armas,—respondió el jefe de la caravana.

Tupy no quiso seguir la marcha.

En virtud de que el enemigo podía volver, prefirió esperarle tranquilamente.

CAPITULO LXXXIV

EL SABIO ALFAQUÍ

Nadie pensó, sin embargo, en armar su tienda.

Aquel trabajo hubiera sido inútil, pues el día estaba próximo, y con sus primeros reflejos debieran partir en busca del próximo oasis.

Aquella noche todas las conversaciones versaron sobre la inesperada asechanza de los árabes.

Era indudable que su objeto no había sido más que alguno de los individuos de la caravana fuese en persecución de ellos, como pretendió hacer Alfar, en cuyo caso le hubiesen hecho su esclavo.

El hermano de doña Marina se explicó entonces por qué Tupy le había aconsejado que no se apartase de aquellos sitios.

En cuanto á Marina, estaba preocupada.

Parecía que la casualidad había querido demostrar que los peligros de que la habían hablado no eran una

invención de la fantasía para decirla á separarse del pequeño César.

Empezó á amanecer.

Entonces Tupy mandó que siguiesen la marcha.

Un momento después todos obedecieron.

Como el retraso que habían sufrido no era de gran consideración, sólo tendrían que caminar un par de horas para llegar al oasis donde habitaba el alfaquí.

Con efecto, á lo lejos se divisaba un pequeño grupo de palmeras que crecían junto á una cisterna.

Cualquiera menos experimentado en el paso del gran desierto hubiera creído que sólo faltaba para llegar á aquellos sitios una media docena de minutos.

Esto obedecía simplemente á que la llanura no presentaba el menor accidente, no había un punto más elevado que el otro, y por lo tanto, la mirada hubiese podido apreciar cualquier objeto, por pequeño que este fuese.

Tupy obligó á su camello para que acelerase el paso.

Lo propio hicieron sus mujeres.

Dos horas después llegaron al sitio que se proponían.

Entonces salió de su choza un venerable anciano.

Vestía traje talar de abigarrados colores.

Su turbante rojo estaba adornado con una media luna.

Había en aquel anciano algo de sobrenatural.

Sus ojos negros no habían perdido su brillantez con la acción de los años.

Sus mejillas eran pálidas y delgadas.

Luenga barba blanca como la plata llegaba á su cintura.

Abdel-Mumén, pues no era otro, como habrán comprendido nuestros lectores, conservaba su posición recta, sus ojos miraban al cielo, no se había encorvado, como casi todos los hombres de su edad.

Su rugosa frente era ancha.

Algunas veces se arqueaban sus cejas ó se contraían, según los pensamientos que cruzaban por ella.

Acercóse con mesurado paso á los que llegaban y les saludó, invitándoles á que descansasen.

El oasis era extenso y encontrábase poblado de palmeras y de mimosas.

A la sombra de un bosquecillo estaba la cisterna, cuyas aguas eran abundantes y frescas.

Aunque Tupy no hubiera tenido deseos de visitar á Abdel-Mumén, no hubiera podido pasar por otro punto.

En sesenta leguas no habían de hallar agua.

Era necesario proveerse de ese líquido tan esencial para la vida en todas partes, y mucho más en el desierto, cuya ardiente atmósfera seca las fauces del que recorre sus inmensos arenales.

Doña Marina dirigió una mirada á Abdel-Mumén.

Aquel hombre debía ser el encargado de su hijo durante una larga temporada.

Debió quedar satisfecha de su examen.

El alfaquí tenía un rostro benévolo, que acusaba

desde un principio que era un hombre que no se apartaba de lo justo y lo racional.

De pronto brotó en el interior de la choza una estridente algarabía.

Todos volvieron la cabeza hacia aquel sitio.

Por la pequeña puerta salieron tres muchachos negros, que, entre gesticulaciones y saltos, se lanzaron al cuello de Tupy.

Eran sus hijos.

Después abrazaron respectivamente á sus madres con gran alegría.

El alfaquí, tan pronto como entraron en el oasis, sacó de la choza algunos víveres.

—Hoy es necesario festejar vuestra llegada haciendo todo lo posible para que reparéis vuestras aniquiladas fuerzas.

Tupy se había apeado del camello.

Todos los que venían en las acémilas le imitaron.

El primer impulso de los viajeros fué lanzarse hacia la pila, que estaba llena de agua.

Si bien es verdad que no habían carecido de ese líquido, había una notable diferencia entre el que llevaban en los odres y el de la cisterna.

El alfaquí cumplió su promesa.

Comprendiendo que la caravana de Tupy llegaría en breve á sus dominios, había adquirido un camello que, aunque escuálido é imposibilitado para el trabajo, servía perfectamente para proporcionar con su carne alimento á los viajeros.

Un esclavo fué el encargado de sacrificarle.

Se le abrió la yugular y la sangre fué recogida en un caldero.

Entretanto otro esclavo había hecho lumbre.

Todos se colocaron alrededor de la hoguera.

El camello muerto fué destrozado en un instante.

Atravesaron después las tiras de carne con palos y lo pusieron al fuego.

El olor de la carne asada excitaba el apetito de los viajeros.

Cuando estuvo en sazón, el alfaquí fué el encargado de hacer el reparto.

Como el día anterior no habían comido más que algunas frutas secas, saboreaban aquel manjar que reparaba sus estómagos debilitados.

Una vez satisfechas estas necesidades, bebieron de nuevo y se trató de dormir.

Los únicos que no quisieron dedicarse al descanso fueron Alfar y Tupy.

El alfaquí les acompañó.

Aquel oasis era su casa, y era justo que hiciese los honores de ella.

Alfar le dijo al negro que era preciso que dejasen resuelto si el hijo de doña Marina debía permanecer con ellos ó quedarse con Abdel-Mumén.

—Eso depende de vuestra voluntad; yo creo que sería conveniente para su salud que permaneciese aquí. Y como prueba de que esta es mi opinión, no tienes más que ver que mis hijos no me acompañan.

—Además de esas razones, yo tengo otros motivos poderosos para desearlo.

—¿Cuáles?

—Una vez en Guinea, mi hermana querrá partir para España.

—¿Tanto amor le tiene á su país?

—Allí vive el padre de su hijo.

—Entonces es natural que desee visitar las comarcas andaluzas.

—Es natural, pero no siempre podemos cumplir nuestros deseos sin grandes perjuicios.

—¿Acaso tenéis algún enemigo en aquellas tierras?

—Tenemos un enemigo poderoso, que es el monarca.

—¿El monarca?

—Recientemente publicó una pragmática, cuyas disposiciones eran vergonzosas para los moros de su reino.

—¿Y qué hicisteis?

—Hubo una terrible campaña, pero tuvimos que sucumbir á la astucia y á la fuerza. Después fuimos encarcelados durante mucho tiempo.

—Comprendo entonces perfectamente que no desees volver por ahora.

—Debo advertirte, además, que tanto mi hermana como yo estamos desterrados.

—Supuesto que en tu patria te han tratado con tanta injusticia, vamos desde luego á la mía, donde os han de guardar todo género de consideraciones.

Abdel-Mumén se acercó á ellos.

—Voy á tener que pedirte un nuevo favor,—le dijo Tupy.

—Ojalá me encuentre en condiciones de poderlo hacer.

—Alfar,—dijo el negro designando al árabe,—me ha prestado uno de esos servicios que jamás se olvidan.

El joven iba á protestar modestamente, pero Tupy continuó:

—Aunque de distinta raza que la mía, no deja de unirme á él una amistad sincera.

—Poco significa la raza. Yo soy árabe como él, y te considero á ti sin pensar que eres etíope.

—Es verdad; todos los hombres son hermanos según tus sabias creencias.

—Veamos lo que deseas.

—Tú te has encargado de la educación de mis hijos; es necesario que tengas un nuevo discípulo.

—¿Qué discípulo es ese?

—Un sobrino de Alfar.

—¿Sin duda te refieres al niño que llevaba en los brazos esa hermosa joven blanca que duerme tranquilamente en mi tienda?

—Sí.

—No tengo inconveniente; es una obligación de todo hombre hacer la luz donde exista la oscuridad. Yo le formaré el corazón, yo haré de él un valiente guerrero, ó un buen sacerdote, según á lo que queráis dedicarle.

—Otra pregunta tengo que hacerte,—dijo Alfar.

—Te escucho,—respondió el alfaquí.

—¿Tú permanecerás mucho tiempo en el Sahara?

—Este es el punto de mi residencia, pero hago frecuentes excursiones á otros lados.

—¿Y esas excursiones llegan á Guinea?

—¿Por qué no?

—Como para llegar á ese sitio hay que atravesar todo el desierto, ingnoraba si iríais tan lejos.

—El desierto no es más que un grano de arena comparándole con las grandezas del universo.

—¿De modo que, si deseamos el día mañana, podremos recuperar el niño?

—¿Cómo quieres que yo se lo niegue á su madre?

—En ese caso no hay más que hablar sobre el asunto; desde este momento eres su mentor.

—El Profeta lo querrá así.

Hecho este trato, Alfar entró en la choza para comunicar la noticia á su hermana.

Doña Marina dormía tranquilamente.

Alfar no quiso interrumpir aquel sueño reparador, y tendiendo su manta se acostó.

Entretanto Tupy y Abdel-Mumén continuaron conversando.

Todos, á excepción de aquellos dos hombres, dormían en el aduar.

Tan grade era su cansancio, que no despertaron hasta que llegó la tarde.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer en el oasis? —preguntó Abdel-Mumén á Tupy.

—Mañana mismo te abandono.

—¿Tan pronto?

—Es necesario. Hace muchas lunas que falto de Guinea y dejé á mis súbditos en malas condiciones.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que se ha instalado en las fronteras de mi toldería un poderoso cacique, y mucho me temo que intente proporcionarnos un disgusto.

—Eres demasiado astuto para dejarte sorprender.

—Muchas veces la astucia tiene que sucumbir á la fuerza.

—¿Luego el número de sus guerreros es superior al de los tuyos?

—Además de ser infinitamente mayor, tiene mi vecino un capitán blanco que le presta excelentes consejos.

—¿Quizás por eso quieres llevarte á Alfar?

—Has interpretado mi idea.

—Alfar parece un hombre serio á pesar de su juventud.

—Y además es muy bravo. Hubiera querido que le vieses cuando nos batimos contra los árabes.

—Parece extraño que haya tomado tu defensa tratándose de unos compatriotas suyos.

—Eran tres beduinos que se dedicaban al robo.

—¿Dónde ha nacido Alfar?

—En Córdoba.

—¿Le has hecho alguna pregunta respecto á sus creencias religiosas?

—No; pero indudablemente es mahometano.

—¿En qué te fundas?

—En que tanto Alfar como su hermosa hermana

han sido desterrados de las comarcas andaluzas, donde impera el cristianismo.

—Sea lo que fuere, parece hombre que sabe cumplir su palabra, y es indudable que te será útil.

En aquel instante salieron las dos robustas esposas de Tupy.

Ambas pusieron fin al diálogo.

Luego salieron los tres negrillos.

En cuanto vieron á sus madres se colocaron en sus regazos.

Las amaban á pesar de que no se habían criado junto á ellas.

Abdel-Mumén los había educado en las mejores ideas, demostrando á sus débiles imaginaciones los sanos principios de que una madre es el ser que más amor debe merecernos.

Un momento después todos pululaban por el aduar.

CAPITULO LXXXV

EL HURACÁN DEL DESIERTO

El alfaquí se acercó á doña Marina.

En seguida la manifestó los deseos de su hermano.

La joven expuso su repugnancia.

—Hija mía,—la dijo,—yo no puedo tener en este momento ningún interés bastardo en encargarme de tu hijo. Sé que mañana he de profesarlo verdadero cariño, y que entonces le separaréis de mí. Sin embargo, comprendo que este niño es demasiado pequeño para exponerle á los peligros de una travesía por el desierto.

Había tal sinceridad de las palabras de Abdel-Mumén, que doña Marina se decidió á la separación.

—Cuidádmele mucho,—dijo la pobre madre con los ojos inundados de lágrimas.

—Ten la certeza de que así lo haré.

Al declinar la tarde los individuos de la caravana comieron de nuevo.

Después se consagraron otra vez al sueño.

Pocos fueron los desvelados aquella noche.

Sin embargo, cuando rayó el día escucharon la voz de Tupy.

Era necesario seguir la marcha.

Todos estaban dispuestos para verificarla.

Llenáronse de nuevo los odres, y se obligó á beber á los camellos hasta que no pudieran más.

En seguida se levantaron las tiendas y cada cual montó en su acémila.

Doña Marina abrazó á su hijo repetidas veces.

El alfaquí procuró consolarla con sus palabras persuasivas.

Tupy estrechó la mano de Abdel-Mumén, besó luego á sus hijos, y montando en su camello dió la orden de partir.

No tardaron en hallarse á una buena distancia del oasis.

Verdad es que todos caminaban con la energía que imprime en los ánimos un descanso reparador.

Tupy Cadal no se había engañado en sus apreciaciones de días anteriores.

Los efectos de aquella pequeña nube que tanto llamaba su atención, empezaron á dejarse sentir.

El calor era sofocante.

La naturaleza estaba en calma.

Sin embargo, no se habrían alejado dos leguas de

la morada de Abdel-Mumén, cuando se escuchó un rumor sordo.

—¡Es el *simoun*!—exclamó Tupy.

En todos los rostros se dibujó el espanto.

Con efecto, aquel terrible huésped del Sahara levantó las movedizas arenas.

Estas azotaban á los viajeros, obligándoles á cerrar los ojos.

Los camellos apretaron el paso hasta el punto de hacer imposible que la gente de á pie pudiera seguirlos.

En cuanto á Alfar, que era un excelente jinete, clavó los acicates en su caballo.

Advirtiendo, no obstante, que el que conducía á la contristada doña Marina se quedaba rezagado, volvió hacia atrás, y apoderándose de las riendas del apático animal, partió á galope para incorporarse á Tupy.

El negro no trató de cambiar el derrotero que tomó su camello.

Sabía perfectamente que estos animales tienen un poderoso instinto para huir de los peligros del *simoun*.

El viento gemía.

Algunas veces caían las arenas que había levantado y formaban enormes montañas.

Luego se desvanecían aquellas para formar otras nuevas.

Tupy no se había engañado.

Los camellos se encaminaban á una cañada que había entre dos montes.

En aquel punto era menos enérgica la sacudida del *simoun*.

Allí se instalaron el jefe de la caravana, sus dos mujeres, doña Marina y Alfar.

¿Pero qué habia sido de los guerreros y de los esclavos?

¿Volverían á reunirse con sus compañeros, ó quedarían enterrados entre aquellas olas de polvo?

No era posible salir de aquel lugar para prestarles auxilio, porque se exponían á correr la misma suerte que ellos.

Tampoco podían verlos.

Aunque la noche estuviese muy clara, las columnas de arena que se esparcían por el aire lo hubiesen impedido.

—No creí que el *simoun* estuviese tan próximo,—dijo el negro;—de haberlo comprendido, no hubiésemos abandonado el oasis.

—¿Crees,—dijo Alfar,—que no podrán salvarse?

—Es difícil responder á tu pregunta.

—Pues si ellos sucumben, no hemos de pasarlo nosotros muy bien.

—Eso desde luego; sólo quedábamos dos hombres para defendernos de las asechanzas de los enemigos.

—Y carecemos completamente de víveres.

—Eso es lo que menos debe preocuparnos.

—¿Cómo evitaríais esta desgracia?

—Afortunadamente estamos á poca distancia de la morada del alfaquí, y él nos proporcionaría cuanto tuviese.

—Pero ¿y si no tenía?

—Es muy difícil que Abdel-Mumén se encuentre en

ese caso; ya te he dicho que su bondad de carácter y los muchos beneficios que á todos presta hacen que reciba frecuentes regalos.

—Extraño una cosa,—dijo Alfar.

—¿El qué?

—En seguida que se han advertido los primeros efectos del *simoun*, tanto tu camello como los que conducen á tus mujeres se han encaminado á paraje seguro.

—Eso no tiene nada de extraño.

—¿Cómo no han hecho lo mismo los otros tres que conducían nuestras tiendas y nuestros víveres?

Tupy se quedó pensativo.

No había advertido aquella circunstancia.

—Sólo nos queda una esperanza,—dijo después de un instante;—nosotros llevábamos alguna ventaja en el camino.

—Es cierto; los tres camellos que faltan iban al paso de los que los conducían por el ramal.

—Posible es que los animales hayan divisado otro paraje seguro que estuviese más próximo.

—Ojalá sea así.

Afortunadamente los efectos del *simoun* duraron poco.

Nuestros caminantes permanecían, sin embargo, en la cañada.

La arena azotaba sus rostros al caer.

Sin embargo, el rumor del viento se hizo menos fuerte y terminó por desaparecer.

Entonces Tupy salió de la cañada.

Alfar le siguió.

Una profunda calma se advertía en el desierto.

El negro dirigió con avidez sus miradas hacia todos lados.

Sólo se descubría la blanca llanura limitada en el horizonte.

Sus compañeros habían sucumbido ó se hallaban á una distancia que no alcanzaba la vista.

Tupy dudó un momento sobre el partido que debía adoptar.

Siguiendo la marcha hacia el Sur se exponía á que los esclavos hubiesen vuelto al oasis, creyendo que esta sería la medida aceptada por el etíope.

Si aceptaba esta solución, se retrasaba en su viaje, pues quizá tuviera que regresar á aquellos sitios después de haber avanzado un considerable número de leguas.

Teniendo en cuenta esta circunstancia, ayudó á sus mujeres para que montasen, hizo él lo propio, y, acompañados de doña Marina y Alfar, se dirigieron hacia el oasis del alfaquí.

Doña Marina celebró aquella circunstancia que la proporcionaba la satisfacción de abrazar de nuevo á su hijo.

Media hora haría que habían emprendido la marcha cuando Tupy dió órdenes para que se detuvieran.

Alfar le preguntó la causa que le impulsaba á hacerlo.

El negro, por toda respuesta, designó con su índice

un monte de arena que el *simoun* había depositado pocos momentos antes de plegar sus alas.

—¿Crees que la caravana pudiera haber sucumbido en ese sitio.

—No sería difícil; pero como nunca piensa nuestra imaginación lo que no nos agrada, me inclino á creer que pueden ocultarse tras esa muralla de tierra.

—Sin embargo, eso no parece posible.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Me fundo en que lo lógico sería que saliesen á la llanura para descubrirnos.

—Lo propio dirían ellos de nosotros.

—Después de todo tienes razón.

Tupy opinó que debían acercarse á aquellos sitios.

Apenas habían recorrido una milla vieron grabadas en la arena las huellas de un dromedario.

—No tengo duda,—dijo el negro examinándolas con alegría,—que no me he engañado en mis apreciaciones. La caravana está donde te he dicho; es indudable que nos buscan, y que uno de ellos ha pasado por aquí.

—Le hubiéramos visto.

—Puede haber verificado su excursión en busca nuestra cuando estábamos en la cañada.

—De todas maneras nada perdemos con hacer lo que propones.

Desde aquel momento se estimuló á las acémilas para que apretasen el paso.

Tupy no se había equivocado.

Mucho antes de que llegasen al lugar que se proponían, apareció sobre la cúspide la desgarbada figu-

ra de un camello, en cuya joroba iba montado uno de los esclavos de la caravana.

En seguida descubrió á su jefe, y le hizo señales de haberle conocido, levantando el alfanje repetidas veces.

Tupy se detuvo, lo propio que sus compañeros.

Un momeuto después vieron á la totalidad de sus servidores que se aproximaban.

Todo habia acontecido como sospechó el jefe negro.

Cuando empezaron los efectos del *simoun*, los dromedarios que iban rezagados habían descubierto un médano que les ofrecía más seguridades por su proximidad.

Confiando los veinte hombres en que, después de pasado el peligro, hallarían á su jefe, habían buscado el refugio que les indicaron los camellos.

Como el tiempo había quedado excelente, decidieron continuar la marcha.

Poco después lo verificaban sin desviarse de su orientación al Sur.

CAPITULO LXXXVI

ANTES DEL COMBATE

No haremos á nuestros lectores la pesada relación de los incidentes de un viaje tan largo.

Era necesario cruzar el Sahara de Norte á Sur, sufriendo los rigores del sol, las heladas de las noches, las asechanzas de los enemigos y las violentas sacudidas del *simoun*.

Sin embargo, todas estas dificultades fueron vencidas, y todos aquellos poderosos enemigos se vieron humillados ante la fuerza de voluntad de Tupy Cadal.

Este no se engañó en sus propósitos.

La hiena que había matado en los límites de Marruecos, y cuya carne tuvo la precaución de salar á pesar de la repugnancia del árabe, fué aprovechada en una ocasión ccn verdadero apetito.

Verdad es que apelaron á este recurso después de pasarse treinta y tantas horas de carecer de alimentos.

Mucho tuvieron que sufrir.

Sobre todo doña Marina; la hermosa joven que había constituído los encantos de Deza, estaba completamente desfigurada.

La molestia de ir á caballo durante largas jornadas la obligó á que muchas veces se apease, prefiriendo marchar á pie como los esclavos.

Esto la produjo nuevos padecimientos.

Su calzado dejaba entrar la abrasada arena del desierto, y al tocar con su delicado cutis le producía horribles llagas.

Además, el excesivo ejercicio la hizo enflaquecer.

Los guerreros, á pesar de la fortaleza de su raza y de las consideraciones que con ellos tenía Tupy, también estaban rendidos por el cansancio.

Sólo el jefe de la caravana y sus mujeres se mostraban impasibles.

Sin embargo, una noticia que recibieron todos volvió el ánimo y la alegría á los corazones.

Tupy manifestó á Alfar que les faltaban apenas dos días para llegar á Guinea.

Todos, al oir estas palabras, como si hubieran sido movidos por un mismo resorte, apretaron el paso, sacando fuerzas de flaqueza.

Aquella tarde se consumieron los últimos víveres que quedaban, pero no los últimos odres de agua.

Sólo faltaban dos días de marcha, pero iban á ser horrorosos.

Tupy pensó el medio de que esto no fuese así.

Quería á toda costa que sus guerreros y su amigos pudieran apreciar las magnificencias de su patria, sin

que ninguna causa les atormentara, y decidió que aquella noche se consagrasen á un sueño reparador, y que, al amanecer, se diese muerte á uno de los camellos para alimentarse con su carne.

—Ten en cuenta,—le dijo Alfar,—que eso nos va á acarrear muchas dificultades.

—¿Por qué?

—Si nos comemos uno de los camellos destinados á conducir las tiendas, va á ser necesario repartir la carga entre los otros, que ya están suficientemente cargados.

—No he pensado hacer semejante cosa.

—¿Van á llevarlas tus guerreros?

—Tampoco.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Los camellos que quedan para la carga, que no serán más que dos, están demasiado débiles para resistir un exceso.

—Eso es indudable.

—En cuanto á mis guerreros, les sucede exactamente lo propio, y yo siempre he sido humano con ellos, aunque no es esto muy general entre los jefes de caravana. Sin embargo, esos infelices son de carne y hueso como nosotros, y tan buenos creyentes de Mahoma como lo podamos ser cualquiera.

—¿Acaso piensas abandonar las tiendas?

—Nada de eso. Mataremos el camello que sea más viejo, y pondremos la carga que conducía sobre los lomos del que yo monto.

—¿Y tú?

—Yo montaré á la grupa en tu caballo algunas veces, y otras marcharé á pie.

—Eso es una molestia.

—No lo creas; estoy acostumbrado á todo y no me hará mella andar dos días más ó menos.

Aquella noche se puso en práctica lo que Tupy había dicho.

Matóse el camello con el mismo procedimiento que había empleado el alfaquí en el oasis, y se asó su carne en una chispeante hoguera.

Después todos se sentaron alrededor de ésta, y comieron con apetito.

Como el terreno empezaba á ser menos estéril, lo cual acusaba la proximidad de la costa septentrional de Guinea, los cuatro camellos que habían quedado con vida tuvieron también su festín, comiendo algunas hierbas.

Armáronse después las tiendas, y todos se entregaron al descanso.

El aduar quedó tranquilo y silencioso.

Poco antes de que amaneciese cargáronse de nuevo los camellos, y Tupy dió órdenes de partir.

A las dos horas de marcha descubrieron un hermoso valle, por el que corrían cristalinos arroyos bañando un enfermizo bosque.

De todos los labios brotaron gritos de alegría. El desierto acababa, empezando otras zonas más benignas.

Sin embargo, mucho se hubiese engañado el que

hubiera creído que aquel era el límite del viaje, porque Guinea ocupa en el Africa una inmensa extensión.

Tupy tenía sus dominios en un dilatado bosque vecino á las costas del Atlántico, y era preciso llegar hasta allí.

No obstante, el viaje presentaba desde entonces mayores comodidades.

A medida que fueron internándose en la costa occidental, la vegetación era más espléndida, y si bien es verdad que el calor era irresistible en sus blancos arenales, en cambio muchas veces caminaban por bosques espesísimos, cuyos árboles enlazaban sus ramas formando una bóveda de follaje.

Además, no carecían de alimentos ni de agua, y esto les prestaba nuevo vigor.

Millares de arroyos corrían por la superficie de aquella tierra cálida.

Multitud de frutos encontraban en su camino, sin exceptuar el del baobab, ese gigante de los vegetales que produce el *pan de mono.*

Hallaban también manadas de búfalos, que eran cazados por el experimentado lazo de Tupy Cadal ó algunos de sus negros acompañantes.

Verdad es que á veces encontraban arboledas intransitables donde los troncos se unían por punzantes zarzas, pero la cimitarra se encargaba de segar sus espinas.

Luego encontraron campos cultivados, que acusaban alguna civilización.

Estos campos, sembrados de centeno, estaban pró-

ximos á las tolderías donde multitud de chozas levantaban al cielo el vértice de su forma cónica.

Además de las cabañas, que únicamente estaban destinadas á los pobres, se veían algunas casas de piedra, amuralladas, que eran las viviendas de los propietarios.

Tupy dijo á sus acompañantes que su morada era infinitamente mejor.

Cruzaron después por algunas montañas, cuyos guijarros herían sus plantas.

Otras veces atravesaban pantanos en cuyo lodo se hundían hasta la rodilla.

Sin embargo, todos caminaban con fe, porque tenían la esperanza de llegar pronto á la toldería de Cadal.

No tardó en realizarse su deseo.

Una hermosa mañana descubrieron la franja azul del Atlántico.

Cerca de su arenosa playa estaba el aduar del jefe de la caravana.

Saliéronle á recibir los pobladores, dando muestras de la mayor satisfacción.

Todos le amaban, porque Tupy, como hemos visto en varias ocasiones, era un cacique amante de sus súbditos y benévolo para todos.

Lo primero que hizo éste fué preguntar á uno de los jefes si durante su ausencia habían sufrido alguna acometida del enemigo.

Respondiéronle que no.

Entonces supo con alegría que el reyezuelo de la ve-

cina comarca, que tantos temores le había inspirado durante su ausencia, había partido para Argelia.

Como para verificar este viaje necesitaba pasar el desierto ó los países desconocidos del Africa, Tupy adquirió seguridades de que en algún tiempo nada tenía que temer.

Si no había aprovechado su ausencia atacando á sus súbditos, mucho menos probable parecía que lo hiciese entonces.

Sin embargo, aquel hombre, que estaba dotado de una finísima suspicacia, no se arrojó en absoluto en brazos de la confianza.

—Nada creo que ocurra,—le dijo á Alfar,—pero no pienses que sería imposible que su viaje sea un pretexto.

—No comprendo.

—Ese cacique es un perro viejo.

—Si tanto empeño tiene en haceros esclavos suyos, ¿por qué se aleja?

—Es probable que no esté á muchas leguas de nuestra toldería.

—¿Le crees capaz de una asechanza?

—Le creo capaz de cualquier cosa mala. A ese miserable le consta que aunque mi ejército no es numeroso se sabe batir bien.

—Tomaremos nuestras precauciones.

—Eso desde luego; nunca está demás que los hombres se prevengan.

Tupy presentó á Alfar á los que habían salido á recibirle.

Les recomendó la obediencia á él, como se debe á todo jefe.

Alguna extrañeza experimentaron los súbditos al ver que había recaído aquel elevado cargo en un hombre de distinta raza.

Alfar era árabe, y por lo general éste es el más irreconciliable enemigo del etíope.

Guardaron, sin embargo, silencio.

Tenían un concepto elevado de su cacique, y no era posible, en opinión de ellos, que Tupy se engañase.

El cacique, comprendiendo lo que pensaban, se apresuró á manifestarles de qué manera había conocido á Alfar.

Díjoles que era un buen creyente de Mahoma á quien debía la existencia, y que, árabe ó etíope, les sería de suma utilidad por las grandes cualidades que le adornaban.

Aquella creencia no tardó mucho tiempo en generalizarse.

El hermano de doña Marina tuvo ocasión de prestar un nuevo servicio á los moradores de la toldería.

Haría unos dos meses que habían verificado su paso por el Sahara, cuando una noche, en que casi todos se consagraban al sueño, salió Alfar á un bosque próximo.

Su objeto no era determinado.

Alfar padecía frecuentes insomnios, y entonces salía de la ciudad para admirar la espléndida vegetación de aquellos contornos.

La noche estaba muy clara.

Sin embargo, el bosque era tan espeso que los melancólicos rayos de la luna no podían alumbrar aquellos lóbregos recintos.

Caminaba Alfar muy pensativo, cuando hubo un pequeño incidente que le sacó de su meditación.

En medio de las tinieblas se descubría un vivísimo resplandor.

Era una hoguera.

Extrañando el árabe que en horas tan intempestivas se viesen aquellas señales de vida, se dispuso á caminar hacia allí.

Un secreto instinto le hizo que lo verificase con cautela.

Su asombro no tuvo límites cuando llegó al lugar en que ardía la leña.

Alrededor de la lumbre había media docena de etíopes.

Uno de ellos, más negro todavía que los otros, acusaba, desde luego, que era un cacique.

Llevaba un pantalón de abigarrados colores, y el resto del cuerpo pintado con extraños signos y grandes monstruos.

Los aretes que pendían de sus orejas eran de oro, lo mismo que el grueso collar que circuía su atlético cuello.

Su cabello era corto y rizado.

Su frente deprimida.

Sus ojos grandes, en cuyas pupilas se advertían irradiaciones de fiereza.

Sus demás compañeros eran guerreros.

Alfar se deslizó entre la hierba, procurando hacer el menor ruido posible, y se acercó hasta el sitio en que se hallaban aquellos hombres.

Entonces miró por los intersticios que formaba el ramaje, y después de haberlos examinado con detención, se dispuso á escuchar.

Parecían tener una conversación animada.

—Es necesario,—decía el cacique,—que ignoren completamente que yo he regresado. Sobre todo, Tupy no debe tener noticias de ello, lo cual reclama mucha discreción.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó otro de ellos.

—Pienso sorprenderle mañana mismo.

—¿De noche?

—Indudablemente.

—Debo advertirte que ahora cuenta con un jefe más.

—¿Un jefe más?

—Sí, un árabe.

—Es extraño que Tupy haya depositado su confianza en un hombre que no pertenece á su raza.

—Creo que le ha hecho algunos favores.

—De todas maneras, es conveniente que me lo hayas advertido, pues aunque le demos la muerte á Tupy, es muy probable que ese otro perro intente obtener el puesto del cacique.

—Lo mejor de todo será desembarazarse de ambos.

—Mañana no dormirán tan tranquilos como hoy.

—Dormirán mejor, porque dormirán el sueño eterno.

El cacique y sus esclavos guardaron silencio.

La hoguera lanzaba sus últimos resplandores.

Pusiéronse en pie, y Alfar escuchó el rumor de sus pasos, que se iban alejando.

Sin embargo, el hermano de doña Marina ya había escuchado lo suficiente.

Las sospechas que abrigaba Tupy resultaban ciertas.

El viaje á la Argelia del miserable jefe de aquellos lugares vecinos no se había verificado.

No era más que una estratagema para infundirles confianza.

Alfar no quiso perder tiempo.

Inmediatamente se dirigió á la casa de Tupy.

Dos centinelas custodiaban su puerta.

Alfar entró sin dificultad.

Sabían los esclavos que algo grave ocurriría, cuando su segundo jefe se determinaba á interrumpir el sueño del cacique.

Tupy se despertó mucho antes de que Alfar llegase al sitio que ocupaba.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Tengo que advertirte un grave peligro.

—¿Un grave peligro?

—No pudiendo conciliar el sueño, me dirigí á uno de los bosques que cercan nuestro aduar.

—¿Hacia el Norte?

—Sí.

—¿Y qué has visto?

—He sorprendido las malévolas intenciones del cacique de quien me has hablado.

—¡Ah perro! ¿Luego su viaje á la Argelia no ha sido más que una estrategia?

—No sospechabas en vano; pero afortunadamente podemos deshacer sus proyectos.

—¿Sabes lo que piensan hacer?

—Sí lo sé: pretende sorprendernos mañana á la noche.

—Perfectamente: en ese caso le prepararemos una emboscada, y los sorprendidos serán ellos.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Me parece que sí. Muy astuto es el lobo, y, sin embargo, cae en el lazo.

—¿Qué piensas hacer?

—Pienso dejarlos entrar en nuestra comarca y hasta en nuestra toldería.

—Prosigue.

—Es indudable que ellos confían en aprovechar mi sueño, y que lo primero que han de acometer será mi casa.

—Parece probable que así sea.

—Yo encargaré á mis guerreros que inmediatamente que descubran al enemigo, huyan fingiendo temor. Entonces entrarán confiadamente, y estaremos preparados para recibirles.

—Algo peligroso me parece tu plan.

—No te niego que lo es, pero sus resultados serán seguros.

Tupy tomó aquel día sus precauciones con la mayor reserva, y esperó.

Cuando llegó la noche, Tupy fingió acostarse.

Al alcance de su mano puso su terrible cimitarra.

Todos sus guerreros enccntrábanse escondidos y preparados.

Dos centinelas, instruídos en el papel que habían de desempeñar, paseaban por delante de la puerta de la casa.

Alfar estaba intranquilo. Y no era que aquel hombre, que en tantas ocasiones había acreditado su valor, lo sintiese desfallecer por la proximidad del enemigo, sino porque la tardanza le impacientaba.

Llegaron las altas horas de la noche.

Las huestes enemigas no parecían.

—¿Si se habrán arrepentido de poner en ejecución su plan?—se preguntaba Tupy.

Aquel hombre estaba intranquilo.

Todo lo que tenía de bondadoso para sus compañeros y sus esclavos, tenía de inflexible y feroz para los que trataban de ofenderle.

La impaciencia le dominaba.

Media hora antes de que brillara el sol, los centinelas advirtieron un leve rumor.

Era indudable que se acercaba el enemigo.

Como todavía estaban distantes, pudieron advertirlo á Tupy.

Éste se estremeció de alegría.

Tenía en la diestra la cimitarra.

Iba á saciarse con la sangre del cacique enemigo.

En aquel momento había mucho de feroz en aquel rostro.

CAPITULO LXXXVII

LA PERSECUCIÓN

Tupy recordó á los dos esclavos lo que les había encargado.

Era indudable que los enemigos estaban muy próximos.

Los centinelas paseaban, afectando confianza.

De pronto apareció en el bosque un considerable número de negros.

Uno de los centinelas huyó, internándose en las espesuras de la selva vecina.

El otro, en cambio, cayó mortalmente herido por una flecha.

Entonces se acercó cautelosamente aquella horda, precipitándose en el interior de la casa de Tupy.

Éste lanzó un agudo silbido.

Era la señal convenida para que acudiesen sus parciales.

Estos, á las órdenes de Alfar, se precipitaron sobre los acometedores.

Sorprendidos éstos con aquella inesperada agresión, trataron de salir de nuevo al campo, pero un grupo de soldados de Tupy les cerró la salida.

Entonces se trabó una lucha desesperada.

La matanza fué horrible.

Cuerpo á cuerpo luchaban los hombres con esa fuerza que presta la desesperación.

Tupy Cadal era incansable.

No dejaba de descargar terribles mandobles sobre los enemigos.

Sin embargo, sus ávidas miradas no conseguían descubrir al cacique.

Éste había tratado de penetrar en la casa después de sus soldados, pero advirtió el lazo que se le tendía, y retrocediendo apeló á la fuga.

Pocos momentos duró el combate.

La tribu enemiga consiguió abrirse paso, saliendo como una manada de jabalíes que escucha los latidos de la jauría.

Alfar y los suyos les fueron persiguiendo hasta perderlos de vista entre las espesuras de los bosques.

Tupy quedóse preocupado á pesar de la victoria.

—Es indudable,—le dijo á su amigo,—que ese maldito perro buscará nueva ocasión para vengarse de la matanza que hemos hecho en sus tropas.

—Pues procuremos evitarlo.

—Quizás no encontremos siempre medios para conseguirlo.

—¿Qué debemos hacer entonces?

—Creo que lo mejor sería atacarle resueltamente.

—¿En sus mismos Estados?

—¿Por qué no? Uno de nosotros, al frente de los mejores guerreros, puede acometer la empresa, en tanto que el otro se quedará aquí para defender la toldería contra cualquiera peligro.

—En ese caso,—dijo Alfar,—yo soy quien debe partir.

—¿Por qué razón?

—Porque siendo desconocido el territorio que ocupa para ambos, no me llevas ninguna ventaja.

—Sea como quieras,—dijo Tupy.

—¿Cuándo quieres que parta?

—Hoy mismo.

—También opino que no debemos perder tiempo.

—Como puedes comprender, han de fraguar alguno cosa para atacarnos.

—En ese caso, voy á preparar mis gentes.

—Puedes contar con cien hombres armados, con quince caballos y veinte camellos.

—Perfectamente.

—No será difícil que busque amparo en el desierto.

—Los seguiré hasta el fin del mundo, si es preciso.

—Lo sé, y por eso tengo depositada en ti mi confianza más absoluta.

—Ahora quiero pedirte un favor.

—¿Qué deseas?

—Cuando un soldado parte á campaña, no sabe si volverá ó no de ella.

—¿A qué evocas tristes presagios?

—Porque estoy en el deber de hacerlo así.

—Te escucho,—dijo Cadal, cuyas facciones adquirieron cierta expresión que solemnizaba el acto.

—Yo—prosiguió Alfar,—no poseo hoy en día ninguna riqueza, pero tengo en cambio dos personas á quien mi muerte dejaría en el más triste desamparo. Si yo muero en el combate, te ruego que veles por ellas.

—Espero no tener que acordarme de lo que me dices; pero si el Profeta decretara tu muerte y ese fuera el destino que te ha señalado, yo te juro que cumpliría fielmente tus encargos.

—Hoy por hoy,—prosiguió Alfar,—ya te he dicho que á mi hermana no la conviene volver á su patria.

—¿Y cuando pasasen algunos años?

—Entonces la dejarás en completa libertad de acción.

Alfar había terminado sus encargos.

En seguida empezó á organizar su gente.

Eligió un centenar de valientes, hizo cargar los camellos con tiendas y víveres, y ciñéndose su alfanje se dispuso á partir.

Sin embargo, antes de poner el pie en el estribo de su brioso caballo, quiso despedirse de su hermana.

Doña Marina estaba oculta en una choza.

Su rostro revelaba la ansiedad, porque ignoraba aún el resultado definitivo del combate.

Sólo sabía por algunas esclavas de Tupy que los enemigos habían huído después de una lucha tenaz.

El temor de lo que hubiera sucedido á su hermano en el combate era la causa de su ansiedad.

Cuando la joven le vió entrar en la choza se arrojó en sus brazos.

—Marina,—dijo el árabe cuando pasaron los primeros transportes de alegría,—vengo á despedirme de ti.

—¡Cómo!—exclamó la joven.—¿Dónde vas?

—Marcho al Norte en busca de los enemigos de Tupy.

—¿De modo que después que me habéis separado de mi hijo vas á alejarte tú también para que me quede completamente sola?

—Yo volveré; pero hoy es necesario que parta, pues así lo reclama la seguridad de todos.

—Yo no quiero quedarme aquí.

—¿Qué pretendes entonces?

—Me marcharé contigo.

—Eso no es posible.

—¿Por qué razón?

—Porque voy á la guerra, y no es justo que te exponga á sus peligros.

—En ese caso, me marcharé al lado de mi hijo.

—Tampoco puede realizarse tu deseo, porque requería que distrajésemos en tu viaje algunos hombres y algunas acémilas que ahora necesitamos.

—¡Dios mío!—exclamó la joven entre sollozos.—Yo no puedo dominar el espanto que me ocasiona tu partida.

Alfar abrazó de nuevo á su hermana.

Después hizo un poderoso esfuerzo y salió de la choza.

Entonces volvió al lado de Tupy.

Todo estaba preparado.

Estrechó la mano del cacique, y reiterándole su fidelidad y deseo de servirle, montó á caballo.

Un momento después se puso en marcha al frente de sus guerreros.

Entre aquellos iban algunos esclavos que conocían la localidad que ocupaba el enemigo.

De otra manera no hubiese sido posible que pudiesen orientarse por aquellos bosques, casi intransitables para la planta humana.

Alfar tenía un proyecto.

Deseaba llegar á los campos enemigos antes de que los que habían asaltado la casa de Tupy pudieran rehacerse de la derrota que habían sufrido.

Así es que se propuso no descansar aquella noche.

Los infantes caminaban detrás de los jinetes.

Sin embargo, muchas veces fué necesario colocarlos á vanguardia para que abriesen con sus alfanjes un paso para las acémilas á través de aquellas murallas de punzantes zarzas.

Mucho antes de llegar á la toldería enemiga, comprendió Alfar que no era difícil su plan.

El aduar enemigo estaba en calma.

No era fácil que si sus moradores hubiesen sabido lo que aquella mañana había pasado se consagrasen al sueño.

No obstante, Alfar tomó sus precauciones por si acaso intentaban recibirlos como ellos lo habían hecho al ser atacados.

Hizo, por lo tanto, que preparasen sus armas y que estuvieran apercibidos para repeler cualquier acometida repentina.

Deslizábase la falange de soldados por el bosque que conducía al aduar.

Antes de que llegasen á él era preciso cruzar una esplanada.

Lo verdaderamente peligroso era el paso por las espesuras, pues una vez en el llano hubieran podido descubrir una sola persona que allí se hallase, cuanto más un ejército como el del cacique.

Cruzaron el bosque sin novedad.

Entonces el hermano de doña Marina dirigió sus ojos á la toldería.

Había en ella muchos edificios amurallados y un sinnúmero de chozas.

También se descubrían muchas hogueras.

—¿Estarán dormidos?—preguntó un esclavo.

—No lo creo,—dijo Alfar.—Si es que han vuelto de los bosques donde se ocultaron después de la derrota, es indudable que nos esperan en el interior de las tiendas, como hemos hecho nosotros.

Alfar no trataba ds ocultarse á los ojos de los enemigos.

De pronto se escuchó en el aduar una algarabía.

Más parecía aullido de fieras que voces humanas.

Vieron que multitud de seres salieron de las chozas.

Los soldados de Tupy, que llevaban armas de fuego, iban á dispararlas, pero Alfar los detuvo.

—¡No hagáis fuego!—exclamó.—Los que se acercan á nosotros no son más que mujeres y niños.

Con efecto, ni un solo hombre las acompañaba.

Llegaron aquellas infelices con sus hijos en los brazos, ó cogidos de la mano, según sus edades, y creyendo que el hermano de doña Marina era el cacique de la tribu enemiga, se arrojaron á los pies de su caballo, cruzando las manos en señal de súplica.

—Señor,—dijo una de ellas,—ten piedad de nosotras, que estamos solas y desvalidas.

—¿Dónde se halla el cacique y sus guerreros?

—Han partido.

—¿Hacia dónde?

—No lo sabemos.

—Eso no es posible. Si no me dices dónde se hallan, voy á quitarte la vida.

Esta amenaza no se hubiera llevado á efecto.

Era Alfar demasiado humano para descargar su ira en una débil mujer.

—Te juro por los *fetiches*,—dijo aludiendo á sus falsos dioses, porque aquella tribu no era mahometana,—que ignoramos adónde han partido.

Quiso entonces Alfar recurrir á un medio extremo, y apeándose de su caballo arrebató á la pobre negra el niño que llevaba en los brazos.

Amagando entonces con su cimitarra á la débil criatura, exhortó á la madre para que dijese la verdad.

Esta se arrastró por el suelo, dando las mayores

muestras de desesperación, arrancóse los cabellos con las manos, pero no pudo decir el paradero del enemigo.

Convencido Alfar de la sinceridad de sus palabras, la devolvió su hijo.

—¿De modo que no han venido á la toldería?

—Sí, han venido,—contestó la negra,—pero se han marchado de nuevo.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia allí,—dijo la etíope, extendiendo su brazo derecho y designando el Norte.

Entonces Alfar penetró con sus tropas en el interior de las tiendas, no sin adoptar algunas precauciones antes de verificarlo.

Sólo encontraron algunos ancianos y mujeres que demandaron su compasión, saliendo de sus escondrijos.

Era indudable que los hombres hábiles para la guerra habían partido.

Alfar temió que Tupy sufriese algún terrible ataque.

Sin embargo, conocía demasiado la astucia de éste y lo difícil que sería no hallase alguna solución para salir airoso en la contienda.

Pensó por un momento volver al aduar de su compañero, pero hubo un incidente que le hizo variar de opinión.

Hacia el Norte, ó sea hacia el sitio que había indicado la negra, se descubrían las huellas del ejército enemigo.

Era indudable que no hacía cinco horas que habrían pasado por allí.

Entonces Alfar dió órdenes á su gente para emprender la persecución.

Si los encontraban, era indudable que podían seguir sus pasos y espiar sus acciones.

Como las tropas no estaban fatigadas, pudieron recorrer un buen trayecto.

En toda la noche se detuvieron.

A la siguiente mañana descubrieron desde la cresta de un monte una nube de polvo.

Observada ésta con detenimiento, se convencieron que era producida por el ejército enemigo.

—¡Es extraño!—exclamó Alfar.—Se conoce que han desistido de sus propósitos de volver á la toldería de Cadal.

—Con efecto,—dijo uno de los guerreros,—el derrotero que siguen es completamente opuesto.

—¿Dónde irán?

—Hacia el Sahara.

—¿Y qué motivos les conducirán allí?

—Casi, casi me atrevería á adivinarlo.

—Veamos tu opinión.

—Es demasiado vengativo el cacique para que desista de sus crueles propósitos de reducirnos á la esclavitud; pero como ha visto que nosotros no estamos dispuestos á complacerle, y que le hemos recibido como lo hace el león en su guarida, busca en el desierto brazos que le ayuden á coronar su obra.

—¿Acaso encontrará en el Sahara quien ayude sus planes?

—Indudablemente que sí.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Me fundo en que en el Sahara siempre se encuentran partidas de bandoleros dispuestas á todo lo que proporcione alguna esperanza de lucro.

—En ese caso, lo mejor es que observemos sus acciones, y si vemos que salen ciertas tus creencias, les acometeremos antes de que logren proporcionarse nuevos refuerzos.

—Lo difícil será que no nos descubran.

—Todo depende de nuestra astucia.

—Aún en los bosques, no tienen muchas dificultades para conseguirlo; pero al llegar al Sahara...

—Al llegar al desierto nos ocultaremos detrás de los médanos.

—No siempre los hay.

—Sobre todo, haremos cuanto posible sea por evitar que consigan su objeto.

—Va en ello nuestra libertad.

—Y nuestra vida.

En aquel momento advirtieron que el enemigo se detenía.

Poco después le vieron armar sus tiendas y encender algunas hogueras.

—Se conoce que ya no siguen su camino hasta mañana.

—Es indudable que se preparan á pasar la noche allí.

—En ese caso, es preciso que les observemos desde más cerca.

—Si nos aproximamos nos descubrirán.

—No he pensado que vayamos todos, porque esto sería una locura.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—La fuerza se quedará aquí con los caballos y los camellos, y tú y yo procuraremos llegar cautelosamente hasta el sitio que ocupan. Por este procedimiento conseguí la otra noche sorprender sus planes; ¿quién sabe si ahora lograremos lo mismo?

—Estoy dispuesto á seguirte.

Alfar recomendó á sus soldados que permanecieran en la falda del monte.

El y su interlocutor fueron los únicos que subieron á la cúspide para observar á los enemigos.

De este modo se explica que consiguieran su propósito sin ser descubiertos.

El hermano de doña Marina les dijo también que no abandonaran su puesto, al menos que escuchasen una detonación del arcabuz que llevaba.

Dadas estas órdenes, se dirigió con el guerrero que le acompañaba hacia el aduar enemigo.

CAPITULO LXXXVIII

EL ESPIONAJE

La maleza crecía á una altura de cuatro pies.

Esta particularidad del terreno favorecía mucho los planes de Alfar.

No tenían más que caminar ligeramente encorvados para que sus cabezas no sobresalieran de la maleza, y aun esta era una precaución casi innecesaria.

Aunque la noche estaba bastante clara, no era fácil que los enemigos pudieran observarlos.

El jaral era espesísimo hasta unos cien pasos del aduar.

Desde allí podían verse perfectamente los movimientos del enemigo, pero no escuchar lo que hablaban, á menos que hubiesen esforzado la voz.

Alfar y el guerrero llegaron al límite del jaral.

Si deseaban avanzar más era necesario que procurasen evadir las miradas de los etíopes por algún arriesgado procedimiento.

El hermano de doña Marina meditó un instante.

—No intentes que salgamos de aquí sin grave riesgo de nuestras vidas,—dijo el guerrero comprendiendo lo que pensaba.

—Desde este sitio no entenderemos lo que hablan y nos sería muy útil saberlo.

—Es verdad, pero creo conveniente que medites las consecuencias que podría acarrearnos que nos descubrieran.

El guerrero tenía razón.

Estaban cerca de un cuarto de legua del montecillo donde habían acampado sus gentes.

Aunque llegase un momento crítico y dispararan sus armas de fuego, serían irremisiblemente acuchillados antes de ser socorridos.

—Después de todo, —dijo Alfar echándose en el suero y mirando por entre las ramas,—tampoco conseguiríamos grandes resultados con aproximarnos.

—Es verdad.

—En el aduar no se descubren más que cuatro ó cinco hombres. Dos de ellos son indudablemente los encargados de la vigilancia, porque pasean á derecha é izquierda del campamento.

El que acompañaba á Alfar imitó á éste y se echó también.

De esta manera evitaban tener que estar encorvados y podían mirar mejor á través de los claros de los arbustos.

—Con efecto,—dijo después que estuvo tendido el soldado,—aquellos dos hombres son los centinelas.

—Y aquellos otros tres que están junto á la hoguera, ¿de qué tratarán?

—No habla más que uno de ellos.

—Es cierto, el más anciano.

—Quizá pasan la vigilia entretenidos en referir alguna de esas tradiciones fantásticas á que son tan aficionados.

—Es indudable que no tratan en este momento de asuntos que con nosotros se relacionen.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Me fundo en que á cortos intervalos interrumpen la narración del anciano con estrepitosas carcajadas. No tengo duda que están refiriendo alguna historia. Si hablase de la guerra, sus rostros acusarían una atención más seria.

En aquel instante salió de una de las tiendas un nuevo personaje.

Alfar y su compañero observaron con más cuidado.

Era un robusto negro que iba extrañamente vestido.

Una especie de capotillo cubría su cuerpo, dejando libres sus hercúleos brazos y sus nervudas piernas.

Llevaba en la cabeza un casco de guerrero europeo, al que habían añadido algunas flotantes plumas de brillantes colores.

Su robusto cuello estaba rodeado por un grueso collar, cuyas piedras, si no eran de un gran valor intrínseco, despedían luminosos destellos al sentirse heridas por los pálidos rayos de la luna.

Este personaje tenía una mirada altiva.

Desde luego comprendió Alfar que era uno de los je-

fes, y así se lo hizo constar á su compañero, que repuso:

—Juraría por el Profeta que es Alí-Mavén.

—¿Quién es Alí- Mavén?

—El reyezuelo de la tribu.

Alfar observó.

Con efecto, á pesar de la distancia, pudo reconocer en el que acababa de abandonar la tienda al mismo que noches anteriores había visto conferenciando con sus parciales en las cercanas espesuras de la toldería de Tupy.

—Tentaciones me están dando de hacer una cosa.

—¿Qué pretendes?

—Es sabido que todos los ejércitos del mundo se desorganizan cuando muere el jefe bajo cuyo mando combaten.

—Es cierto.

—Mi arcabuz no tiene un alcance tan poderoso como yo quisiera, pero acercándome algunos pasos más, podría atravesar de un balazo á ese miserable.

—Existen dos razones para que no hagas semejante cosa.

—Dímelas para que yo aprecie su valor.

—En primer lugar, es muy difícil, si no imposible, que avances una vara hacia el campamento sin ser visto; pero aun suponiendo que lo consiguieras, no ignoras que de noche no se apunta bien.

—Es indudable que no se dirige una bala con la seguridad que se hace de día.

—Suponte, pues, que erraras el tiro.

—De todas maneras esa sería la señal para que acudiesen los nuestros.

—Cuando ellos consiguiesen llegar aquí, no seríamos más que dos cadáveres.

—Dime la segunda razón que existe para que no dieran resultados mis propósitos.

—La segunda es que Alí-Mavén tiene tres ó cuatro jefes, que se pondrían en seguida á la cabeza de su ejército.

—¿De modo que es necesario observarlos como lo hace el tigre con la presa?

—No has podido encontrar mejor comparación; el tigre espera el momento crítico, y cuando cree tener la presa asegurada es cuando se lanza sobre ella.

Alfar, aunque con algún disgusto, se resolvió á seguir los prudentes consejos que le daban.

Otra cosa hubiera sido una temeridad.

—Mira,—dijo Alfar volviendo á dirigir sus ojos hacia el campamento,—ahora salen otros dos de la tienda cercana á la de Alí-Mavén.

—Indudablemente son los capitanes de que hemos hablado.

Los dos negros que abandonaban el reposo se acercaron al cacique.

Después que cambiaron algunas palabras, salieron del aduar.

—Parece que se dirigen hacia aquí.

—¿Nos habrán visto?

—No lo creo.

Alí-Mavén y sus dos amigos caminaban, en efecto,

hacia el sitio en que se hallaban ocultos Alfar y su amigo.

—Si llegan á ponerse al alcance de mi cimitarra, no respondo de mí.

—¿Has de cercenar las tres cabezas de un solo tajo?

—No; pero me contento con la del cacique.

—Piensa lo que haces antes de ponerlo en práctica. Aunque por sorpresa consiguiésemos vencer á los tres, teníamos necesariamente que ser observados por los centinelas del aduar, y se nos vendría encima toda la caravana.

Alfar impuso silencio á su compañero.

Los tres enemigos estaban muy cerca, y era fácil que se apercibieran del rumor de sus voces.

Sin embargo, á unos diez ó doce pasos del jaral se detuvieron.

—Ahora sí que no se me escaparía,—dijo Alfar pronunciando estas palabras al oído de su compañero y oprimiendo el arcabuz con sus manos nerviosas.

Alí-Mavén y los dos capitanes se separaban de su campamento para hablar con entera libertad, sin que su gente pudiera escucharlos.

Cuando se creyeron á distancia conveniente, miraron á su alrededor, y no observando nada que les alarmase, se sentaron tranquilamente.

—Es necesario que á la salida del sol estemos en camino,—decía el jefe.

—¿Cuál es tu proyecto?

—Llegar lo antes posible al primer oasis.

—¿Acaso te hace falta agua?

—No; pero es indudable que allí encontraremos alguna caravana que se agregue á la nuestra voluntariamente ó contra su deseo. Estoy convencido de que Tupy Cadal no se contentará con el destrozo que nos ha ocasionado, y aunque yo no tuviese idea de vengarme, sería conveniente que aumentásemos el número de nuestros soldados.

—Pero ¿piensas atacar en el mismo oasis á las caravanas que encuentres?

—Bien sabes que eso es imposible. El oasis es un sagrado, y lo prohiben las leyes del Sahara.

—Entonces ¿crees conquistarlos con promesas?

—Promesas que realizaré. Tupy es bastante rico, y si le vencemos puede ofrecernos un magnífico botín. Sus numerosos esclavos serán vendidos, y esto sólo arroja una cantidad suficiente para recompensar á los que nos ayuden.

—Te aconsejo que te quedes con el árabe que ha ingresado en las tropas de Tupy.

—¿Para qué necesito yo ese germen de discordia?

—Cuando Tupy, que es un hombre astuto, le conserva á su lado, es señal de que le considera provechoso.

—Un árabe nunca puede ser un fiel servidor nuestro.

—Debo advertirte que ese árabe tiene una hermana más hermosa que el sol.

—¿Acaso la conoces tú?

—La he visto una de las noches que me enviaste á espiar el campo enemigo.

—¿Esa hermana es también árabe, por supuesto?

—Sí; pero debe haber nacido en la parte septentrional. Sería una verdadera alhaja para tu harén.

Alfar estaba inquieto.

Sólo la idea de que la hermosa doña Marina pudiera caer en manos de aquel hombre feroz le hacía estremecer.

El que le acompañaba le indicó por señas que no cometiese ninguna imprudencia.

—¿Y cómo siendo tan hermosa,—preguntó el cacique,—no la ha elegido para su favorita el sensual Tupy?

—Esa es una pregunta á la que no puedo responderte. Sólo te afirmaré que la hermana del árabe es encantadora, y que, aun suponiendo que no la quisieses para tu harén, no había de faltarte quien te diese por ella una fortuna.

—Lo tendré en cuenta.

—Yo daría por ella los cuatro camellos que poseo y mis dos caballos, sin exceptuar mi tienda y mi alfanje.

—Demasiado precio es para una sola mujer.

En aquel instante se advirtieron los primeros indicios del nuevo día.

Entre los jarales se escuchó el confuso revolotear de algunos pájaros que, después de saludar el alba con sus trinos, se dirigieron hacia los campos buscando el alimento cotidiano.

—Si se quedan aquí,—dijo su compañero á Alfar, —van á descubrirnos con la claridad del sol.

—Nos internamos más en el jaral.

—No creo conveniente tampoco que nos movamos, porque el astuto Alí-Mavén advertirá el movimiento de las ramas.

Se hallaban indecisos sobre el partido que debían adoptar, cuando los tres caudillos enemigos se pusieron en pie.

El hermano de doña Marina los vió alejarse con tristeza.

—No será fácil que se nos presente una ocasión más propicia para desembarazarnos de esos tres jefes.

—¿Quién sabe?—dijo el guerrero.

Instantes después advirtieron en el aduar mucho movimiento.

Los camellos fueron cargados.

Las tiendas se plegaron.

Era indudable que se preparaban á partir.

—Hagamos lo mismo. Es preciso seguirlos, aunque á una distancia respetable.

Alfar y el esclavo se deslizaron por entre la jaras.

Cuando llegaron á su campamento, los enemigos habían emprendido la marcha.

Esta circunstancia no inquietó á Alfar, pues tenía la certeza de encontrarlos, aun cuando desapareciesen de su vista.

Eran muy pronunciadas las huellas que imprimía una caravana tan considerable.

Sabía además, por boca del mismo Alí-Mavén, que se dirigían al oasis más cercano.

Preguntó á su compañero si conocía la orientación

de aquel sitio, y supo que había estado en él más de veinte veces.

Adquirida esta certeza, Alfar no quiso darse prisa.

Recorrieron su campamento sin acelerarse, y dos horas después salieron siguiendo á los fugitivos.

No tardaron en encontrar sus huellas.

Era indudable que no habían cambiado su itinerario.

Durante todo el día prosiguieron su marcha.

Llegada la caída de la tarde divisaron el grupo de palmeras del oasis.

Desde entonces procuraron ocultarse detrás de los médanos, con objeto de no ser descubiertos.

Sin embargo, Alfar hizo una observación que comunicó á los individuos de la caravana, creyendo que le engañaban sus ojos.

—Juraría por mi existencia que los enemigos no están en el oasis.

—Extraño parece que no se descubran sus tiendas.

—Quién sabe si estarán ocultos y tratarán de sorprendernos,—añadió otro.

—Lo cierto es—continuó Alfar,—que las huellas de sus camellos están marcadas en la tierra y acusan que han ido en busca del agua; pero allí no se los ve ni vivos ni muertos.

—Yo creo que nada perdemos por acercarnos, siempre que se tomen algunas precauciones.

—Y aun esas serían innecesarias.

—¿Por qué razón?

—El oasis está formado por una docena de palme-

ras, y su extensión es bien limitada. ¿Cómo es posible que más de cien hombres y la cuarta parte de acémilas se oculten sin ser vistos?

La observación de aquel hombre era muy razonada.

Sin embargo, hubo otro que dijo que quizá el astuto Alí-Mavén estuviese oculto con los suyos en alguna zanja.

—Conozco perfectamente la localidad, y no existe ninguna,—replicó su interlocutor.

El hermano de doña Marina dió orden de avanzar en dirección al oasis.

Al poco tiempo llegaban, convenciéndose que estaba desierto.

No tenían duda, sin embargo, de que se habían detenido allí los enemigos.

Las huellas de las acémilas lo indicaban.

Además encontraron la cisterna seca.

¿Cuáles serían los nuevos planes de Alí-Mavén?

Alfar se sintió perplejo algunos instantes.

CAPITULO LXXXIX

EL ESCLAVO BLANCO

Distintas fueron las opiniones que hubo sobre la partida del etíope.

Decían unos que indudablemente había marchado al oasis más cercano, al que solían concurrir con más frecuencia las caravanas.

Otros aseguraban, como más factible, que se habría dirigido á unos montes que se hallaban próximos, desde los cuales podría descubrir una gran extensión de terreno.

Alfar daba más crédito á esta segunda opinión.

Lo cierto era que la caravana enemiga se había dividido.

Esto no daba lugar á dudas, porque las huellas recientes se advertían marcando distintas direcciones:

Pero ¿cuál de las dos había elegido el cacique?

Alfar no quería perder su pista.

Meditó un momento y optó por marchar hacia el monte.

—De todas maneras,—se dijo,—es indudable que la caravana ha de unirse pronto. Vayamos hacia el Norte, que parece más probable que sea el punto que él ha elegido, y si nos engañamos no tardaremos mucho tiempo en hallar la pista de los demás.

Alfar tenía también otro motivo para abrigar esta creencia.

El oasis distaba unas cuarenta leguas del que acababa de dejar, y no pudiendo recorrerse este trayecto en una sola noche, era indudable que Alí-Mavén elegiría para él y los que le acompañaban el camino más cómodo.

Pocos momentos después descubrieron en el horizonte una mancha oscura.

Uno de los esclavos aseguró que era una pequeña partida de la caravana de Alí.

—No parece probable,—respondió el que acompañaba á Alfar.

—¿En qué te fundas para dudarlo?

—En que apenas van doce hombres y tres camellos.

—¿No pueden haberse fraccionado en pequeñas partidas?

—Creo que no.

Como el número de los viajeros que acababan de descubrir era tan reducido, Alfar no tuvo inconveniente en disponer que apretaran el paso hasta alcanzarlos.

Sin embargo, esto era más difícil de lo que parecía

Apenas observó la pequeña caravana aquel movimiento, procuraron ganarles la acción, temiendo sin duda que la gran falange de Tupy Cadal fuese alguna poderosa tribu de salteadores que trataban de prenderlos.

No consiguieron darles alcance hasta muy entrada la noche, y esto fué debido á que los fugitivos estaban abrumados por la fatiga de un largo viaje.

El jefe de la pequeña caravana era un beduino.

Saludó á Alfar con desconfianza, y mandó á sus gentes que se detuvieran.

—¿Has visto pasar por aquí una caravana tan numerosa como la nuestra?—le preguntó el hermano de doña Marina.

Tranquilizado el beduino al saber que no se trataba de reducirlos á la esclavitud, le contestó que había visto el campamento de Alí-Mavén, al que conocía por haberle encontrado en el Sahara varias veces.

Supo también, por sus labios, que estaba descansando en los montes vecinos.

—¿De modo que esta noche no se moverá de allí?

—Parece probable que así sea.

—¿Habéis hablado algo?

—Yo traté de huir de la caravana, como lo he hecho al ver la vuestra, pero me gritó que venía de paz. Luego me dijo que si quería tomar participación en un gran botín que espera alcanzar.

—¿Y qué le respondiste?

—Como nunca he tenido confianza en los hombres que pertenecen á su raza, le contesté que iba al Sur á

vender mis esclavos. No pareció quedarse muy satisfecho con mi respuesta; pero yo alegué que mis esclavos estaban muy débiles por las fatigas del hambre y del cansancio, y que de poco habían de servirle para la guerra.

—¿De modo que Alí-Mavén se dejó convencer con tus razonamientos?

—No tenía más remedio que hacerlo así.

—¿Por qué?

—Porque bastaba mirar mis gentes para comprender la verdad de mis palabras.

Alfar dirigió una mirada á los esclavos del beduino.

Eran éstos diez ó doce infelices que apenas podían sostenerse en pie.

Pero el que principalmente excitó su atención fué uno blanco que se había tendido muerto de cansancio.

Una palidez mortal cubría su rostro.

Sus ojos revelaban la mayor tristeza.

Iba completamente desnudo y parecía un esqueleto.

—¿Dónde has encontrado á ese esclavo?

—En la costa, adonde llegó con otros compañeros en un trozo de buque que naufragó en el Atlántico.

—¿Y qué se han hecho sus dos amigos?

—Uno de ellos me le arrebató un pirata que me disputaba haber sido el primero en descubrir á los tres náufragos.

—¿Y el otro?

—El otro ha muerto en el viaje.

—¿Y le llevas á Guinea?

—Sí. Tengo la esperanza de que algún corsario me

lo compre para pedir después por él un buen rescate.

—¿Según eso, es persona de posición?

—El lo asegura; pero eso lo dicen todos estos perros.

—Me parece, según lo decaído que está, que ese desdichado no llegará á Guinea.

—Creo lo mismo. Hace tres días que no come ni bebe.

—¿Tan obstinado en su carácter?

—Las obstinadas son las circunstancias.

—No te comprendo.

—Se nos han acabado los víveres, y venimos del cercano oasis, donde esperábamos haber aplacado la sed.

—Pero ¿no lo habéis conseguido?

—La cisterna estaba completamente seca.

Alfar se sintió movido por un impulso de compasión.

—¿Me permites que dé á ese esclavo una ración de sangleh y un poco de agua.

—Te lo permito con una condición.

—¿Cuál?

—Que ha de compartir conmigo lo que le dés, porque yo también estoy hambriento.

Alfar hubiese deseado satisfacer el hambre de todos los individuos de aquella pequeña caravana, pero comprendió que si lo hacía así, exponía á los suyos á que sintiesen otro día las exigencias que los debilitados estómagos de aquellos viajeros experimentaban.

Acercóse, pues, al esclavo blanco, y le llamó.

Éste hizo un esfuerzo para levantarse, sin conseguirlo.

Sus espaldas, como casi todo su cuerpo, estaban sembradas de cardenales que le habían producido los golpes de su amo.

Alfar dió una cantidad de sangleh y de agua al beduino.

Este fué á devorarla entre sus esclavos, que le dirigían codiciosas miradas.

—Sería capaz de hacer el viaje á media ración por dar de comer á todos esos infelices,—dijo Alfar.

—En el desierto no se puede ser tan blando de espíritu,—exclamó uno de sus soldados.—Si mañana tenemos la desgracia de que se acaban nuestros víveres, nadie nos socorrerá.

Alfar dió al esclavo blanco el sangleh.

Apenas comió un poco, dijo con voz ronca, por la abstinencia que había guardado, que le diesen agua.

Un etíope le acercó á los labios la vasija.

El esclavo consumió el contenido.

Una vez satisfecha esta necesidad, devoró su ración.

Los efectos del alimento no tardaron en advertirse en aquella escuálida fisonomía.

Reanimáronse sus ojos, y dirigió una mirada de gratitud á su salvador.

Sin embargo, le sobrevinieron horribles torturas.

Aquel estómago, que nada había recibido en tantas horas, no podía recibir más que un alimento gradual.

El infeliz se revolcaba en el suelo, presa de los mayores sufrimientos.

Indignado el beduino con la pobreza de su salud, ó por mejor decir, por aquellos efectos naturales, se acercó al esclavo y le descargó en la espalda un terrible puntapié.

—¡Anda, perro!—le dijo.—¿Vas á hacerte el interesante para que te den más? Pues yo te juro por Mahoma que no probarás bocado hasta que llegues á la costa occidental.

Alfar se interpuso entre el beduino y el esclavo.

—No le maltrates,—le dijo;—harta desgracia tiene con haber caído en tus despiadadas manos.

—Tú no sabes lo que es este perro. Cuando conseguí apresarle había estado tres días burlando mi persecución. Luego ha mantenido su orgullo hasta que se ha convencido de que no es más que un miserable á quien voy á vender por lo primero que me ofrezcan.

Al escuchar estas palabras, el esclavo hizo una seña al hermano de doña Marina para que se acercase.

—Yo os ruego por lo más sagrado que me compréis; veo que sois humano; os tengo que agradecer muchos favores en el poco tiempo que os he encontrado, y me comprometo á restituirlos con creces lo que déis por mí.

—Había pensado hacerlo sin que me ofrecieseis nada.

Alfar se acercó de nuevo al beduino y le preguntó:

—¿Cuánto quieres por ese esclavo?

Al escuchar esta inesperada proposición, el beduino comprendió que el árabe tenía empeño en adquirir al blanco, y se dispuso á sacar todo el partido posible.

—Dame dos camellos y es tuyo.

—No puedo darte lo que me pides, porque no me pertenecen los camellos que traigo.

—En ese caso, me entregas un caballo y tu cimitarra.

—¿Es posible compartir la carga de uno de los caballos entre las acémilas?—preguntó á sus gentes.

La cosa era posible, y así se lo indicaron.

—Entonces eres dueño del corcel que monto, porque me pertenece.

Alfar sabía que Tupy le apreciaba demasiado para que le hubiese reconvenido por la satisfacción de un deseo generoso, aunque éste hubiese sido á costa de los camellos que exigió el beduino; pero su delicadeza le impidió disponer de otra cosa que de su caballo.

—En cuanto á la cimitarra,—dijo al vendedor,—es la única prenda que deseo conservar.

—Sin ella no te daré el esclavo.

—Hace un solo momento asegurabas que te desposeerías de él por lo que te ofreciesen.

—Eso no dejaba de ser una palabra vana.

Alfar sentía impulsos de precipitarse sobre aquel miserable mercader y ahogarlo.

—Dame la cimitarra, y el esclavo es tuyo.

—No te la doy hasta después de haberte segado con ella el cuello.

Estas frases fueron pronunciadas con tal energía, que el beduino se estremeció.

Cogió, pues, de la brida el caballo del árabe.

Éste sentía separarse de aquel noble animal.

El esclavo blanco lo advirtió.

—Bien pensado,—le dijo,—no teníais necesidad de haberos privado de vuestro caballo.

—¿Qué vale eso comparado con vuestra libertad?

—De todas maneras, estaba en vuestra mano conseguirla sin ningún sacrificio.

—¿Cómo?

—Empleando para ello la fuerza, que es lo que él ha empleado para hacerme su esclavo.

—Prefiero que se marche con el caballo á que me confunda con los salteadores de estas regiones.

El beduino montó, y despidiéndose de la caravana se alejó hacia el oasis que acababan de abandonar las gentes de Tupy.

Alfar dió órdenes para que continuasen la marcha.

Como los montes donde se hallaba Alí-Mavén no estaban muy lejos, no quiso tomar otro caballo, prefiriendo marchar á pie como los demás.

—Siento no poder ofreceros un caballo,—le dijo al esclavo blanco;—pero ya veis que por el pronto no le tengo.

—Por mucho que yo hiciese en la vida para serviros, no sería suficiente para pagaros lo que os debo.

—No hablemos más de semejante cosa; yo no he hecho más que cumplir con un deber de nuestra doctrina, que nos aconseja tratar al prójimo como á nosotros mismos.

Extrañó el esclavo escuchar en los labios de un árabe aquellas máximas de Jesucristo.

—¿Habéis estado en España?—le preguntó.

—Sí; he vivido en el Mediodía muchos años.

—¿Quizá sois hijo de las comarcas andaluzas?

—He nacido en Córdoba.

—¿Y qué circunstancias os han conducido al Sahara?

—Ya comprenderéis que no ha sido por mi gusto; pero la insurrección morisca fué la causa de mi destierro.

—¿Y desde entonces vivís aquí al frente de vuestra caravana?

—He tenido la suerte de encontrar á Tupy Cadal, que es el verdadero jefe.

—¿Decís que habéis tenido una fortuna en ello?

—Sí.

—¿Acaso ese árabe que habéis nombrado es menos inhumano que el beduino que me redujo á la esclavitud?

—Indudablemente que sí; no sólo es más humano, sino que tengo de él una elevada opinión.

—Y ahora ¿dónde vamos?

—Vamos en busca de la caravana que habéis visto en los cercanos montes.

—¿Acaso pertenece también á Tupy?

—Son, por el contrario, sus más irreconciliables enemigos.

—¿De modo que estáis en guerra?

—He salido en su persecución desde Guinea.

—Ojalá se me presenten ocasiones de serviros en algo.

—Ninguno es innecesario en una batalla.

—Debo advertiros que he sido militar.

—En los ejércitos de España, por supuesto?

—Sí; soy capitán de las tropas de Felipe II.

—Perfectamente; en ese caso os auguro un brillante porvenir, dado caso que os convenga por ahora permanecer en Africa.

—No tendré más remedio que hacerlo así.

—Tupy me considera mucho, y poco he de poder si no logro que alcancéis un puesto como el mío.

En aquel instante salió la luna.

Entonces hubo necesidad de tomar precauciones para no ser descubiertos por el enemigo.

Alfar no tenía gran interés aquella noche en espiar sus movimientos.

Se contentó con conocer la posición que ocupaban.

Antes de consagrarse al reposo, quiso conocer algunos pormenores de la vida del esclavo blanco.

CAPITULO XC

UN TRIUNFO COSTOSO

Sin embargo, Alfar no pudo satisfacer su curiosidad.

Después de haber tomado con el esclavo una cantidad de sangleh, se disponían ambos á relatarse sus respectivas historias, cuando uno de los centinelas advirtió que en el campamento enemigo se notaba cierta agitación.

—¿Qué diablo les ocurrirá?—preguntó el hermano de doña Marina.

—Lo único que puedo decirte,—contestó el centinela,—es que acaban de entrar en el aduar una docena de árabes.

—¿De árabes? Parece extraño que sea así.

—No puedo dudarlo, porque he visto sus blancos alquiceles.

Alfar y el esclavo blanco se colocaron en el punto más elevado que pudieron encontrar.

Desde allí, aunque con riesgo de ser vistos, descubrieron á sus enemigos.

El vigía les había dicho la verdad.

Un grupo de árabes había entrado en el campamento.

—Juraría que uno de aquellos hombres es el beduino á quien pertenecisteis.

—Con efecto.

—Sí, no tengo duda, porque el caballo que monta es el que yo le entregué por vuestro rescate.

—¿Os tratará de hacer alguna traición?

—No tendría nada de extraño; pero de todas maneras no conseguirá su objeto, pues estoy prevenido.

—Mirad, ahora salen de las tiendas los etíopes.

—Es indudable que han sido interrumpidos en su sueño, concediendo al beduino una conferencia. ¡Ah, perro viejo, de buen modo pagas la generosidad que te he concedido!

—Si la desgracia me obligase á caer de nuevo en sus manos, prefiero quitarme la vida. Vos no sabéis su crueldad hasta dónde llega.

En aquel instante apareció en el aduar enemigo la figura de Alí-Mavén.

El beduino se aproximó á él.

Ambos cambiaron algunas palabras.

En seguida vieron que los dos señalaban hacia el sitio donde habían alzado sus tiendas.

—No cabe duda que ese miserable trata de hacernos una traición. Afortunadamente estamos en condiciones mejores que ellos.

Un momento después todos los guerreros de Alí-Mavén recogían sus tiendas, colocándolas, como lo demás del equipaje, sobre los camellos.

—¿Tratarán de huir?—preguntó Alfar.

—Creo que conviene que observemos con detenimiento sus operaciones.

—Lo primero es que nos cuidemos de prepararnos.

El hermano de doña Marina dió órdenes para que todos saliesen de las tiendas, y se dispusieran para la marcha.

—¿Pensáis abandonar el campo?—le preguntó el esclavo blanco.

—Jamás; estoy, por el contrario, decidido á ser el primero que rompa las hostilidades.

Los enemigos habían terminado sus operaciones.

Con gran sorpresa de todos vieron que, en lugar de decidirse por la retirada, como habían creído, avanzaban con una perfecta regularidad hacia ellos.

Era indudable que trataban de acometerles.

—¡Salgamos á su encuentro!—exclamó Alfar.

—No hagáis semejante cosa,—interrumpió el esclavo blanco deteniéndole;—desde el sitio que ocupamos somos mucho más fuertes.

Alfar aceptó el consejo.

El enemigo se iba aproximando.

Todos los corazones latían con violencia.

Nada más terrible que los preliminares de un combate.

Tendidos en tierra y con las armas en la mano, esperaban el crítico momento de lanzarse sobre el enemigo.

De pronto se escuchó un inmenso griterío.

Las gentes de Alí Mavén acometían.

Levantáronse los que estaban ocultos, y empezó el combate de una manera terrible.

El esclavo blanco vió á Alfar que, vibrando el alfanje, se abría paso entre la guardia del cacique, que iba montado en un fogoso corcel.

Quiso seguirle, pero esto no podía verificarse sin grave riesgo de perder la existencia.

Quedóse un momento admirando el valor del árabe, pero aquella observación fué reemplazada por otra que le inspiraba mayor interés.

Acababa de descubrir al beduino, al tirano que tanto le había hecho sufrir.

Una nube de sangre pasó por delante de sus ojos.

Se acercó como la pantera que trata de lanzarse sobre el ciervo.

El beduino estaba de espaldas.

Iba el esclavo blanco á descargarle un terrible golpe de cimitarra, pero ésta se le escapó de las manos.

Al amenazar había chocado con el acero de uno de los etíopes que se hallaba á su espalda.

En vano intentó recogerla.

Era demasiado grande la confusión que allí existía.

Entonces se acercó por detrás al beduino, y oprimiéndole entre sus brazos le cortó la acción.

El miserable le lanzaba miradas de fuego unidas á

improperios que sólo excitaban la risa del esclavo blanco.

Sus esfuerzos por desasirse eran vanos.

Estaba cogido como el jabalí por el perro.

Sin embargo, hizo un esfuerzo poderoso.

Ambos perdieron el equilibrio y cayeron rodando hasta la falda del monte.

Su aprehensor no soltó por esto.

Ni las heridas que recibió al chocar contra las puntiagudas zarzas, ni los temores de aquel descenso tan involuntario como rápido, bastaron para que dejase de cercar con sus brazos la cintura del miserable.

—Suéltame, y te colmaré de beneficios—le dijo.

—¿Qué te suelte? No lo conseguirás, aunque me dieses más oro que pesas.

—Te llevaré al Norte, donde fácilmente encontrarás quien te conduzca á tu patria.

—Renuncio á la patria por la satisfacción de hacerte daño. He jurado tu muerte, y yo no hago nunca en balde mis juramentos.

El esclavo blanco no podía herirle porque no tenía armas; pero aun suponiendo que no hubiese perdido su cimitarra, hubiera sido peligroso que soltase á aquel hombre, que rugía como una fiera al verse incapacitado para hacer el menor movimiento.

—Brama, perro maldito,—exclamaba viendo los sangrientos espumarajos que se escapaban de sus labios.

De pronto escuchóse en el campo de batalla un horrible grito.

Los dos enemigos, que permanecían abrazados tan estrechamente, sintieron que la tierra se estremecía.

Este movimiento era producido por un centenar de hombres que corrían á la desbandada.

El ejército de Alí-Mavén sufrió la segunda derrota.

Rechazados por las valerosas huestes de Tupy, se habían visto obligados á apelar á la fuga.

Difícil es consignar el número de personas que pasaron por encima del beduino y el esclavo.

El primero pedía auxilio á los fugitivos que le pisaban sin compasión, pero éstos no se ocupaban más que de huir.

Sintieron después el agudo silbido de las flechas de los vencedores y algunas detonaciones de las pocas armas de fuego que llevaban.

Cuando pasaron los primeros momentos de confusión, el esclavo blanco llamó á sus compañeros.

Dos guineos le conocieron.

—Atad á este perro,—les dijo.

Aquella orden fué ejecutada en seguida.

El beduino era una buena presa.

La mortandad había sido grande de uno y otro bando.

El monte estaba sembrado de heridos y cadáveres.

Recogiéronse los primeros y se trató de dar sepultura á los segundos, aunque no habían de conseguir, ni aun de este modo, que no sirviesen de pasto á las hienas.

Sabido es que este repugnante cuadrúpedo desentierra los cadáveres, cuya carne putrefacta constituye su más apreciado alimento.

Antes de verificar estas operaciones, el esclavo blanco buscó con ansiedad á Alfar.

El árabe no estaba en el campo de batalla.

Examinó con detención los muertos y los heridos.

Todo fué en vano, Alfar había desaparecido.

Cuando lo hizo presente á sus compañeros, unos opinaron por hacer una batida en los alrededores, y otros que debían seguir el alcance de los enemigos.

Difícil era realizar lo segundo.

Los vencidos habían traspuesto la montaña en que antes se veían sus tiendas, y dada la celeridad de su fuga, estarían á una considerable distancia.

Además, el esclavo blanco no creía que Alfar hubiese sido hecho prisionero por aquella gente. Sin embargo, un buen número de los vencedores montaron en los caballos y los camellos y partieron en seguimiento de los fugitivos á ver si rescataban á su jefe.

Recordó entonces el esclavo que había visto á su salvador en el crítico momento en que se lanzaba con el alfanje en la mano hacia el cacique enemigo.

El sitio en que esto aconteció era uno de los más intrincados del monte.

El esclavo se dirigió allí.

La maleza le impedía andar.

Sin embargo, abrióse paso como pudo, aunque las zarzas herían sus carnes.

De pronto tropezó con un cuerpo humano.

No pudo contener una exclamación de sorpresa.

Contestó á ella un leve suspiro.

Se inclinó para reconocer á aquel hombre, y no pudo reprimir un grito de dolor.

El moribundo era Alfar.

Su blanco alquicel estaba enrojecido por la sangre.

Tenía una herida considerable en la cabeza y otra en el pecho.

El esclavo intentó incorporarle, pero el hermano de doña Marina le dijo con voz débil:

—No me toquéis, amigo mío; estoy herido de muerte, y todo auxilio es inútil.

—Alfar,—gritó el esclavo con desesperación,—haced un esfuerzo.

—Ya os he dicho que todo es inútil; sólo siento morir á manos de un etíope como Alí-Mavén; pero es probable que no me sobreviva mucho tiempo.

—¿Acaso le heristeis también?

—Sí, desde este sitio he oído sus sollozos. Caímos á la vez como heridos por un mismo golpe. Yo le disparé mi arcabuz, y él me dió un mandoble.

—Es necesario que hagáis un esfuerzo. Quedaos un momento solo mientras llamo á los compañeros para que me ayuden á conduciros.

—Todo es inútil. Lo único que os encargo es que veléis por mi hermana que se queda sola en el mundo.

—Os lo juro por mi vida.

—Ahora avisad para que oigan algunos lo que tengo que deciros, á fin que sepa Tupy cuál ha sido mi última voluntad.

—¿Qué deseáis decirle?

—Hasta ahora no sois en la caravana más que un infeliz esclavo; quiero que salgáis de esta triste condición.

—No os ocupéis de mí.

—Andad pronto; siento que la muerte cierne sus alas sobre mi cabeza.

Alfar cerró los ojos.

Su respiración era fatigosa.

El esclavo corrió al sitio que ocupaban sus compañeros y les comunicó la triste nueva.

Todos corrieron al lado del herido.

Verdad es que tenían que considerarle y quererle porque había sido bueno en el poco tiempo que estuvieron á sus órdenes.

Cuando llegaron al jaral, apenas respiraba. Articuló algunas palabras incoherentes, y murió sin poder comunicarles sus deseos.

El cadáver de Alí Mavén estaba, con efecto, á pocos pasos del sitio en que cayó el hermano de doña Marina.

La bala de arcabuz de Alfar le había perforado la cabeza.

Aquella noche y el siguiente día fueron tristes para todos.

La muerte de Alfar llenaba de luto los corazones.

Sólo había un lenitivo para olvidar por un momento la desgraciada muerte de su jefe.

El beduino estaba preso.

Su traición había dado origen á que se derramase mucha sangre.

Era necesario tomar venganza.

Después de deliberar sobre lo que debía hacerse, decidieron ahorcarle.

Algunos habían opinado enterrarlo vivo, dejando en la superficie de la tierra su cabeza para que muriese de hambre y de sed; pero temiendo que alguna caravana tuviese conmiseración y le salvara, optaron por ahorcarle, quemando después su cuerpo.

El beduino hizo mil protestas de arrepentimiento.

Prometió que sería el más humilde de sus esclavos, pero todo fué inútil.

Colocáronle sobre las ramas más elevadas de un árbol, y echando á su cuello un nudo corredizo, le hicieron caer, quedando suspendido haciendo horribles gesticulaciones, que despertaron la más exagerada hilaridad en sus enemigos.

Después pensaron sobre el partido que debían tomar.

Todos creyeron lo más oportuno volver á Guinea.

No tenían jefe, y los enemigos quedaron bastante escarmentados con aquella nueva derrota.

Además, Alí-Mavén, que era el enemigo más temible que Tupy tenía, había dejado de existir.

La guerra había terminado positivamente.

La probable era que los enemigos se fraccionaran repartiéndose los bienes, y formando pequeñas caravanas que se dedicarían al robo en el desierto.

La caravana, pues, se puso en marcha, empezando su camino de regreso.

El esclavo blanco, pasadas los primeras impresiones del dolor que había experimentado con la muerte de Alfar, pensó en lo triste de su situación.

Continuaba siendo un miserable esclavo.

¿Participaría Tupy de las generosas ideas que había tenido para con él Alfar?

No parecía muy probable.

Él pertenecía á otra raza distinta, y no había tenido ocasión de hacer favor ninguno al cacique.

Bajo la impresión de estas tristes ideas llegó una mañana á la residencia de Cadal.

CAPITULO XCI

EL MERCADO DE ESCLAVOS

Ninguno se atrevía á manifestar á Tupy la desgraciada muerte de Alfar.

Sabían perfectamente que, aunque había tratado poco tiempo al árabe, le apreciaba por los muchos favores que de él había recibido.

Sin embargo, como la noticia no admitía dilaciones, pues había de extrañar su ausencia, el esclavo negro, que siempre le había acompañado, le hizo saber el desgraciado fin del capitán.

Grande fué el sentimiento que experimentó el cacique.

Alfar había muerto después de hacerle un servicio de consideracion.

Él había dejado de existir, arrebatando la vida de Alí-Mavén, aquel encarnizado enemigo que tantos daños le hubiese hecho.

Tupy advirtió por primera vez, en el medio siglo

que contaba, que sus ojos se humedecieron por el llanto.

A pesar de su enemistad con Alí-Mavén, hubiera preferido mil veces sufrir sus asechanzas si á este precio hubiese podido conservar la existencia del árabe.

Aquel hombre, que no tembló jamás ante las huestes contrarias; aquel hombre, que había arrebatado tantas vidas al poderoso empuje de su cimitarra, temblaba como un niño al pensar que tenía que hacer partícipe de semejante noticia á la encantadora hermana del muerto.

—¿Qué va á decir esa desgraciada?—preguntaba.—Con razón afeará mi conducta por haber enviado á su hermano á arreglar un asunto puramente mío. ¡La infeliz se queda sola en el mundo! La hemos privado de su hijo, y ahora la suerte la aparta del único ser á quien amaba. En fin, Dios es Dios, y Mahoma su profeta. ¡Es indudable que estaba escrito!

Con estas palabras terminó sus reflexiones.

Tupy era tan fatalista como lo son todos los hijos de aquellas ardientes zonas.

El cadáver de Alfar había sido conducido á la toldería, á pesar de hallarse en putrefacción.

El cacique dispuso que inmediatamente se le diera tierra con toda la solemnidad posible.

Todavía después del entierro buscaba Tupy el medio mejor para comunicar á su hermana la desgracia acontecida, cuando doña Marina se presentó en su tienda con los ojos arrasados de lágrimas.

—Sé todo lo que ha pasado,—le dijo;—no me ha

sorprendido, porque de algunos años á esta parte parece que la suerte se complace en hacerme sufrir.

—Su destino era ese,—contestó filosóficamente el cacique.

—Ahora sólo me resta una esperanza, y esa estriba en ti.

—Aunque yo no te apreciase en lo mucho que te mereces, bastaría que fueses hermana de Alfar para que te sirviera en cuanto exijas.

—Acuérdate de las palabras que has pronunciado.

—Las tendré presentes; pero debo hacerte una advertencia.

—Cuantas quieras.

—Puedo complacerte en todo menos en una cosa.

—Quizá es la que voy á pedirte.

—No lo sé; pero la voluntad de los muertos es muy sagrada. Tu hermano Alfar me dijo al poco tiempo de conocernos que no te dejara salir de mis dominios hasta que pasasen algunos años.

—¿Por qué razón?

—Aseguraba que en las comarcas andaluzas tenías poderosos enemigos que habían de hacerte una guerra encarnizada.

—Desgraciadamente es verdad.

—Entonces ¿para qué quieres buscar el peligro?

—Porque allí existe el padre de mi hijo.

—¿Te ama todavía?

—No lo sé.

—¿Y tú á él?

—Con toda mi alma.

—Comprendo que tu corazón te aconseje que vayas en su busca; pero si piensas con un poco de calma, verás que no te conviene por ahora.

—¿Quién sacrifica el amor á la conveniencia?

—Cualquiera que medite con el juicio que tú debes hacerlo.

—Yo estaba aquí porque así lo exigía Alfar; pero una vez que mi desgraciado hermano ha muerto, la vida me será insoportable en estos sitios.

—¿De modo que prefieres la incertidumbre que tendrás en tu patria?

—Desde luego.

—Comprendería que pensases de esta manera si fueses sola en el mundo.

Doña Marina bajó la cabeza.

Comprendió Tupy que aquel era el punto vulnerable para herir su corazón, y prosiguió:

—Suponte por un instante que tu capricho acarreara la desgracia de esa pobre criatura.

La joven se quedó pensativa.

Los argumentos del negro eran muy poderosos.

—Tienes razón,—le dijo después de un momento; —una madre no tiene libre albedrío; siempre debe estar dispuesta á sacrificarse por el ser á quien dió la vida.

—Pídeme otra cosa y te la otorgaré.

—Quizás me la niegues del mismo modo.

—No lo creas.

—En ese caso, ya que Alfar ha muerto, concédeme que mi hijo venga á la toldería.

—Te lo prometo.

—¿Cuándo vendrá?

—Tan pronto como haya ocasión para avisar á Abdelmumén.

—Fío en tu palabra.

—Jamás he faltado á ella.

Doña Marina se dispuso á salir.

Había entrado en la tienda bajo tristes impresiones, pero salía complacida.

Verdad es que había perdido para siempre á su hermano.

Pero ¿qué significa un hermano comparándolo con un hijo?

Todos los afectos de las mujeres son tibios al lado del que experimentan por el ser que palpitó en sus entrañas.

Apenas había salido de la estancia doña Marina, cuando uno de los guerreros que tomó parte en el encuentro contra Alí-Mavén, se presentó al cacique á darle cuenta de los detalles de la expedición.

Entre ellos tuvo necesariamente que hablar del esclavo blanco.

Tupy no se conmovió por el relato del triste estado en que hallaron á aquel hombre.

Sólo vió la grandeza de alma de Alfar, dispuesto á socorrer y amparar siempre á los seres desgraciados.

Debemos advertir á nuestros lectores que el guerrero que hablaba con el cacique era uno de los que en la tribu le inspiraban más confianza.

Esta particularidad hacía que aquel hombre pusiese gran cuidado en no elogiar al blanco, callando además la manera cómo sujetó al beduino, siendo causa de que se le hiciera prisionero.

El negro temía que el esclavo blanco se captase las simpatías de Tupy, y esto era lo que precisamente trataba de evitar.

El cacique, á pesar de su suspicacia, no sospechó las intenciones de su súbdito, y de tal modo fué así, que ordenó que el hombre blanco sufriese la misma suerte que los prisioneros hechos al enemigo; esto es, que fuese vendido como ellos al primero que quisiera comprarlo.

Inmensa extrañeza causó al pobre joven aquella medida; pero no tuvo más remedio que resignarse, siendo encerrado con sus compañeros de infortunio.

En varias ocasiones intentó hablar con Tupy, pero su deseo no pudo realizarse.

El encargado de su custodia, que era el mismo que dió al cacique cuenta del combate, tenía mucho cuidado en que el blanco no hablase á Tupy.

Son indecibles los tormentos que aquel desgraciado experimentó.

Hacía dos años que lloraba su libertad perdida; durante este período había sufrido la más dura esclavitud acompañada del hambre y la sed; pero al conocer al humano Alfar había creído que sus desventuras cesarían.

Pero su mala estrella no lo quiso así.

El, como el hermano de doña Marina, hubiera po-

dido granjearse el aprecio del cacique y ser su consejero.

Tenía tanto valor como pudiera tenerlo el árabe.

Supo por su guardián que en un breve plazo sería vendido en la plaza pública.

Entonces su desesperación no tuvo límites.

Sabía perfectamente que ningún negrero había de comprarle, porque él no representaba un valor intrínseco para los que se dedicaban á la trata.

Era, por lo tanto, seguro que quedaría en poder de algún guineo estúpido y feroz.

Este pensamiento le desesperaba.

Una hermosa mañana en que los rayos del sol penetraban en la miserable choza que le servía de prisión, supo que el día señalado para la venta había llegado.

Atáronle las manos como á los demás, y fueron conducidos al mercado.

La noticia de la venta había cundido por los alrededores, y varios tratantes en esclavos acudieron en busca de hacer alguna adquisición ventajosa.

Uno de los compradores, que era cacique de una pequeña tolderia próxima á la de Tupy, se acercó al grupo de esclavos, y descubriendo al blanco hizo que le separasen de los demás.

El infeliz se puso en pie.

—¿Cuánto ofreces por él?—preguntó el tasador.

—Parece hallarse enfermo.

—No lo creas; precisamente es uno de los pocos que no resultaron heridos en la refriega.

—Creo que ha de servir poco para el trabajo.

—Lleva dos años en estas regiones y se encuentra acostumbrado á la fatigada vida del desierto.

—Siendo así, le compro.

Momentos después casi estaba cerrado el trato, cuando ocurrió un suceso inesperado, como verán nuestros lectores en el siguiente capítulo.

CAPITULO XCII

PROYECTOS DE VENGANZA

Aquella noche la había pasado doña Marina presa de la mayor inquietud.

No podía la joven acostumbrarse á aquella soledad.

Desde que había obtenido de Tupy la promesa para tener á su lado á su hijo tan pronto como hubiese ocasión de visitar el oasis en que habitaba Aldelmumén, creyendo la pobre madre que ninguno había de gestionarlo con más interés que ella, salía frecuentemente á la plaza, donde oía hablar de proyectos de viaje.

Otras veces se dirigía al campo y clavaba sus hermosos ojos en el Norte.

Hacia aquel lugar estaba su hijo, que era el único consuelo que le restaba en el mundo.

Una de las mañanas en que salió fué aquella en que se trataba de la venta del esclavo blanco.

La joven no había oído hablar de él.

Le llamó desde luego la atención ver lo animada que estaba la plaza, y se acercó al grupo que rodeaba las mercancías.

Sus ojos se fijaron en el desgraciado blanco de cuya venta se trataba.

La joven hizo un movimiento de sorpresa.

Aquel rostro lívido no le era desconocido.

Fijó más su atención en aquel hombre, y recordó perfectamente quién era.

—¡No tengo duda, es él!—exclamó.

Y al pronunciar estas palabras brilló en sus ojos un relámpago de odio.

El esclavo sintió también una impresión grande al ver á la joven.

Figurábasele que no era aquella la primera vez que la veía; pero se afanaba en vano queriendo recordar dónde había sido.

Terminóse el trato.

El cacique guineo era dueño del esclavo.

Comprendiendo doña Marina que iban á arrebatarle su presa, se adelantó hacia el cacique, y con voz trémula por la emoción le preguntó cuánto quería por el esclavo.

Miróla el blanco, afanándose más por reconocerla.

Su examen fué tan infructuoso como el primero.

—¿Cuánto queréis por ese hombre?—preguntó de nuevo la dama.

—Os pertenece si me entregáis el collar y las pulseras que os adornan.

Doña Marina no dudó un instante.

Quitóse las magníficas perlas que circuían su ebúrneo cuello, y abriendo el broche de los brazaletes se las arrojó con desdén al cacique.

—¡Eso es un robo!—dijo el esclavo de Tupy que se había encargado de la venta.

—No lo creas,—exclamó la joven;—tú no sabes lo que yo compro con esas alhajas.

El vendedor se quedó pensativo al oir estas frases.

Su corazón codicioso no podía interpretarlas más que bajo el punto de vista del valor intrínseco.

Pensó por un instante si aquel hombre sería un príncipe, cuyo rescate había de proporcionar á la joven pingües riquezas.

Casi estuvo á punto de arrepentirse del trato.

Entretanto el esclavo blanco no apartaba los ojos de su hermosa dueña.

Ya no era la curiosidad la que le impulsaba á mirarla.

Doña Marina estaba radiante de belleza.

Se hallaba en el apogeo de la hermosura.

Hizo una seña imperativa á su esclavo para que la siguiese, y ambos se dirigieron á su tienda.

Durante el camino ninguno de los dos pronunció una palabra.

¿Quién era aquella mujer de cuya fiscnomía conservaba su memoria vagas reminiscencias?

¿Qué motivos podía tener la hermana de Alfar para haberle comprado á costa de sus alhajas?

Poco tardarán en saberlo nuestros lectores.

La casa de doña Marina se diferenciaba de todas las que había en la comarca de Tupy, y no era que sus muros de piedra fuesen menos groseros, sino que en el interior se advertía el cuidado de una mujer civilizada.

No había podido la joven cubrir las paredes con los soberbios tapices que poseía en sus palacios del Albaicín y la vega; no poseía tampoco los blandos divanes de seda y oro; pero en cambio había adornado su estancia con multitud de macetas con flores, esos preciosos adornos de la naturaleza que con tanta prodigalidad producen las regiones ecuatoriales.

Sentóse doña Marina, y dirigiéndose al esclavo le dijo:

—¿No recordáis haberme visto antes de ahora?

—Os confieso, señora, que aunque parezca imposible que pueda olvidarse una vez vista una hermosura como la vuestra, no puedo recordar dónde he tenido esa dicha por primera vez.

—Eso consiste en que sois menos fisonomista que yo, ó en que mi rostro no se grabó en vuestra memoria tanto como en la mía quedó impreso el vuestro.

—¿Dónde me habéis visto, señora?

—En Granada.

—Con efecto, allí he servido en el ejército del rey.

—Lo sé, por desgracia. Erais capitán de uno de los tercios que hicieron la guerra contra los moriscos en la Alpujarra.

—Es verdad, señora.

—Y si mal no recuerdo, os llamáis Fernando de Lara.

El asombro del esclavo no tenía límites.

La joven prosiguió diciendo:

—¿No os acordáis de una noche en que, al frente de vuestros soldados, allanasteis una casa-palacio situada en uno de los cármenes más hermosos de la vega granadina?

El esclavo guardó silencio, y recordando el hecho que la dama le traía á la memoria, se estremeció.

Acababa de reconocer en su ama á la joven á quien violentamente condujo á las prisiones del Santo Oficio.

Entonces se explicó por qué doña Marina había tenido tanto empeño en comprarle.

—Con efecto, señora, recuerdo el suceso á que os referís, y puedo aseguraros que muchas veces he pensado con pena en lo que hice aquella noche.

—¿Qué motivos teníais para ocasionarme el daño que me hicisteis? ¿Os había yo ofendido en algo?

—Señora, comprendo que me profeséis un odio grande; pero si reflexionáis con calma, no podréis menos de conocer que yo no hice en aquella ocasión más que cumplir con mis deberes de soldado.

—Pero pudisteis salvarme cuando os lo suplicaba con las lágrimas en los ojos.

—Había recibido órdenes severas del inquisidor Deza, y tenía que cumplirlas. Además, voy á seros franco: en aquel tiempo la ambición llenaba mi alma, y sabía que aquel servicio se me había de recompensar con largueza.

—Obrasteis como un infame.

—O como un hombre sin experiencia, señora.

—Pero cuando se siembran males se cosechan desdichas. Los papeles se han trocado, y la víctima á quien arrastrasteis á las cárceles del Santo Oficio se torna hoy en vuestro juez. Sois mi esclavo, y os he comprado sólo con el propósito de saciar la sed de venganza que abrasa mi corazón, amargado por la desventura.

—¡Señora!

—Sí, tú has sido la causa de todos mis pesares, y toda tu sangre, vertida gota á gota y entre los más crueles martirios, saciará la sed de venganza que abrasa mi corazón desesperado.

Doña Marina llamó entonces á dos de sus sirvientes, y señalando al esclavo dijo:

—Encerradle en una estancia, vigiladle con cuidado.

Los sirvientes y el esclavo salieron del aposento.

Cuando la joven quedóse sola, cayó en una profunda meditación.

En su alma se había trabado una lucha grande.

Las ideas de caridad que la religión cristiana que profesaba grabaron en su corazón, luchaban con el deseo ardiente de venganza que hacia sus enemigos sentía.

Por fin levantó la frente de una manera enérgica, exclamando:

—No quiero ceder á mis impulsos generosos; es necesario que ese hombre muera. ¿Quién ha tenido la culpa de que yo me separe del hombre á quien más he

querido en el mundo? ¿Quién ha ocasionado todas mis desgracias? Ese miserable con prenderme. Si hubiera atendido á mis súplicas, si no hubiera sido un instrumento ciego del cruel inquisidor, que me aborrecía, me hubiera permitido huir y me hubiera salvado. No lo hizo, no tuvo caridad ni consideración alguna conmigo; ¿y he de tenerla yo con él? ¡Oh! Eso sería estúpido. Con cien vidas que tuviera no paga los daños que me ha hecho sufrir ese miserable. He dudado en dar órdenes para que le guarden, y he sentido impulsos de desatarle las manos. El mundo ha sido malo para mí, y yo debo corresponder con creces á sus ofensas.

Con efecto, la gentil cordobesa, acostumbrada al lujo de sus palacios y á la independencia que había disfrutado hasta que su corazón se interesó por don Diego, había tenido que sufrir muchas desventuras.

Estaba deshonrada á la faz del mundo; su hijo no tenía nombre, y lo más triste de todo, aunque ella lo ignoraba todavía, era que don Diego, creyéndola muerta, rendía culto á nuevos amores y los había santificado ante el ara.

¿Qué podía ella aguardar del mundo?

Se hallaba fuera del país natal, desterrada en unas regiones de las que no debía salir en mucho tiempo, según la postrera voluntad de su hermano.

Y aun suponiendo que no quisiera cumplirla, y que lograse burlar la vigilancia de Tupy, ¿cuántos peligros no la aguardaban en la hermosa ciudad de la Alhambra? El cacique se lo había advertido.

Cuanto mayor hubiera sido el amor que la conser-

vase don Diego, mayores eran también los inconvenientes para que residiese á su lado.

El tío de su amante, el implacable inquisidor, no era hombre que cambiaba de ideas.

Su alma era la nieve que cubre las altivas crestas de los Andes, que no se funde jamás ni con los abrasadores rayos del sol del trópico.

—¡Yo necesito saborear mi venganza!—exclamaba la joven.—Ojalá pudiera resumir en uno solo á todos mis enemigos para darles la muerte con un solo golpe de mi puñal. Tampoco han tenido ellos compasión de mí.

Buscaba doña Marina los medios de vencer su repugnancia, cuando llegó la noche.

En vano trató de conciliar el sueño.

Estaba su espíritu sobradamente agitado.

Sin embargo, cada vez que tendía una mirada retrospectiva sobre las desventuras pasadas, cada vez que establecía un parangón entre su aislamiento y la felicidad que podía haber disfrutado, su corazón latía bajo los impulsos del odio.

Acercóse á un arca, y después de revolver los distintos objetos que allí se encerraban, encontró el pequeño puñal con que había intentado en Marruecos arrebatar la existencia de Mahomet cuando quería hacerla su esposa y ahogar á su hijo.

El brillo del acero hirió sus ojos.

Trémula por la emoción, salió de la estancia y se dirigió á la de Lara.

CAPITULO XCIII

LA VENGANZA DE UN ALMA NOBLE

Difícil es expresar el mundo de pensamientos que cruzaron por aquella imaginación en el corto espacio que mediaba entre su dormitorio y la estancia ocupada por el cautivo.

Doña Marina se detuvo un instante.

Sentía vacilar su resolución.

Asomóse á una ventana que daba al campo. Desde ella se descubrían las espesuras de los bosques, cuyos ramajes estaban iluminados por los melancólicos rayos de la luna.

La bóveda del cielo estaba tachonada de resplandecientes estrellas.

Las aves nocturnas lanzaban á grandes intervalos sus lúgubres graznidos.

Aquel era el único rumor que interrumpía la calma de la naturaleza.

Doña Marina se apartó bruscamente de la ventana, y penetró en la habitación del esclavo.

Fernando de Lara dormía profundamente.

Parecía un cadáver.

Una mortal palidez cubría su rostro.

Estremecíase de vez en cuando.

Tal vez soñaba que todavía se hallaba bajo el ignominioso yugo del beduino.

Sus manos permanecían atadas.

Verdaderamente la muerte que iban á darle era el único medio de librarle de una pesada carga de recuerdos.

Doña Marina se aproximó cautelosamente.

Un rayo de luna bañaba la frente del esclavo.

A pesar de los muchos sufrimientos que le habían agobiado, su rostro conservaba los rasgos de una gran belleza varonil.

Lara se hallaba en la mejor edad del hombre, los treinta años.

Sus párpados guarnecidos de negras pestañas, su tez pálida, que contribuía á hacerle más interesante, y su barba, negra también, formaban un conjunto que hacía recordar esas imágenes del Salvador trazadas en el lienzo por hábiles pintores.

Hubiera sido un gran modelo para el inmortal Juan de Juanes.

La desgracia había esculpido en sus facciones esos caracteres indelebles que se captan la simpatía de los demás.

La joven le estuvo contemplando largo rato.

No se determinaba á levantar el puñal sobre el desnudo pecho de aquel hombre.

Sus deseos de venganza luchaban con sus pensamientos cristianos.

Acordóse de su hijo, que otro día pudiera hallarse en iguales circunstancias que aquel desdichado, pensó que tal vez el cautivo tuviera una madre cuyo corazón recibiría la muerte al saber el desastroso fin del joven; en una palabra, estuvo á punto de arrojar el arma homicida.

Pero pensó después que aquel hombre había destruído todas las ilusiones de su existencia, que él había dado origen á su desesperada situación, y acercóse á Lara dispuesta á indemnizarse de los daños recibidos.

Lara hizo un leve movimiento.

Luego brotó un suspiro de su boca y se despertó.

Al abrir sus ojos, negros como la noche, descubrió á doña Marina en el momento crítico en que levantaba el puñal, é incorporándose con dificultad la dirigió una mirada en la que se retrataba el espanto.

—¡Ah!—exclamó;—¿queréis arrebatarme la vida?

La joven sintió que la sangre se helaba en sus venas.

Quizás hubiese tenido valor para realizar su proyecto cuando Lara dormía, pero estas ideas desaparecieron al verle en la actividad de sus facultades intelectuales.

Comprendió el joven las dudas que brotaban en su alma, y reponiéndose de la emoción que acababa de



¡Ah! exclamó Aguirre: arrebatame la vida!

experimentar, la dijo con las más dulces inflexiones de voz:

—Si buscáis los medios de vengaros por los perjuicios que os ocasioné en otros tiempos, hacéis mal en arrebatarme la vida, pues esto sería el modo de quitarme la pesada carga de recuerdos que llevo en el corazón.

Doña Marina no podía articular ni una sola palabra. Arrojó el puñal que empuñaba con crispación nerviosa, y cubriéndose el rostro rompió á llorar.

Su alma necesitaba aquella expansión.

Lara aproximóse á ella.

—Idos, idos de mi lado,—murmuró la joven;—ya que no tengo la suficiente fuerza de voluntad para vengarme, no queráis gozaros en el espectáculo de mi desventura.

—No, yo no puedo gozar con ella; por lo contrario, vuestras lágrimas me hacen más daño que hubiera podido causarme la muerte.

—¡Ah! Yo no hubiera tenido valor para mataros.

—¿Acaso no lo acreditaba vuestra actitud? Pero después de todo, es comprensible el odio que me profesáis, y nada más justo que vuestra venganza.

—¿Lo reconocéis así?

—¿Cómo no? ¿Acaso se olvidan las ofensas que os hice en otros tiempos?

—Es cierto; no pueden olvidarse jamás.

—Además, morir á vuestras manos debe ser menos horrible que sentir en el alma el influjo de vuestros ojos irritados por el odio.

—Si pensáis de esa manera, ¿cómo no os compadecisteis de mí en aquella ocasión?

—Lo ignoro. Lo cierto es que entonces era un digno militar. La carrera de las armas me ofrecía un brillante porvenir, y hubiera estado en condiciones de dirigiros una frase galante. No lo hice, sin embargo; estoy por deciros que ni siquiera reparé en vuestra espléndida hermosura. En cambio, hoy que pertenezco al ignominioso gremio de esclavos, hoy que he dejado de ser un hombre para descender á la categoría de las cosas, me he atrevido á elogiar vuestra hermosura.

—Vuestro proceder es bien extraño.

—Es extraño, pero no tanto como creéis. Habéis aparecido á mis ojos en condiciones anormales, y esto influye mucho para que sea más enérgica la sensación que me habéis causado.

—¿Decís que he aparecido á vuestros ojos en circunstancias anormales?

—Desde luego. Durante los dos años que he vivido en el Sahara, no he hallado en mi camino más que miseria y esclavitud. Las mujeres de los caciques á quienes he pertenecido no tenían ningún rasgo propio de su sexo. No parece sino que su alma era tan negra como su rostro.

Sólo he conocido una mujer hermosa, y la desgraciada murió por mi causa.

Calculad, pues, si al llegar á Guinea, extenuado por el hambre y la sed, acostumbrados mis ojos á la fealdad de esas repugnantes razas, qué impresión habréis causado en mí con vuestra radiante hermosura.

Doña Marina guardó silencio.

—¿De modo,—preguntó pasado un instante,—que habéis permanecido dos años en el desierto?

—Dos años, que me han parecido dos siglos.

—¿Y cómo caisteis en manos de la tribu de Tupy? ¿Indudablemente formabais parte de la caravana de Alí-Mavén?

—No le he podido ver hasta después de muerto.

—Es extraño.

—No lo creáis. Yo tuve la suerte de conocer á un árabe llamado Alfar.

—¡Alfar!—repitió la joven.

—Sí. ¿Acaso le conocisteis?

—Era mi hermano.

—¡Es singular! Entonces vos sois indudablemente la persona que me recomendó al dar su último suspiro.

—¡Pobre hermano mío!

—¿Os llamáis Marina?

—Ese es mi nombre.

—Jamás olvidaré el servicio que me prestó vuestro hermano.

—¡Pobre hermano mío!

—Me encontró moribundo en las cercanías de Guinea, y, compadecido de mi estado, me dió víveres y apagó la sed devoradora que sentía.

—¿Y decís que su último pensamiento fué para mí?

—Pensó en vos, y quiso rescatarme de la esclavitud. Si él hubiese vivido una hora más, es indudable que yo hubiese podido volver á Granada.

—Ahora que habláis de esa ciudad, voy á haceros una pregunta.

—Soy vuestro esclavo, y mi deber es satisfacerla; pero aunque no lo fuese, yo deseo que se presenten ocasiones de demostraros mi adhesión.

—Cuando yo salí de Granada para cumplir mi destierro, ¿permanecisteis acaso mucho tiempo en esa ciudad?

—No, señora: á los pocos días recibí órdenes de salir para la Alpujarra.

—¿De modo que alcanzasteis parte de la guerra?

—Sí.

—¿No habéis oido el nombre de Deza?

—Conozco personalmente al presidente de la Chancillería.

—No me refiero al inquisidor.

—¿Habláis entonces de su sobrino?

—Precisamente.

—Sólo puedo deciros, por referencia de los demás, que es un bravo oficial que se ha coronado de gloria, y que indudablemente goza hoy de una buena reputación á los ojos de don Juan de Austria y de Felipe II.

—Pero ¿no ha muerto?

—En la guerra no.

Doña Marina lanzó un suspiro.

Aun quedaba alguna esperanza.

Aun era posible que tuviera un nombre su hijo.

—¿De modo que ningún otro dato podéis proporcionarme respecto de don Diego?

—Fuera de los que os he dado, no conozco ninguno. ¿Acaso os interesa mucho ese caballero?

—Mucho,—respondió doña Marina.

—¿Quizá he sido yo la causa de vuestra separación?

—Lo habéis sido indudablemente, como de todas las desgracias que me han acontecido.

—Me juzgáis con parcialidad; otras personas habrá habido que os hayan hecho más daño que yo.

—Es posible; aunque no me remuerde la conciencia de haber ofendido á nadie, ha habido muchos que no podrían asegurar lo propio.

—¿Llegará un día en que me refiráis vuestra historia?

—Es demasiado amarga para relatarla sin que mis ojos se aneguen en llanto.

—Tampoco es muy dichosa la mía; por eso casi os hubiese agradecido que me hubieseis privado de la existencia.

—No, Lara; vos lo merecíais, porque vuestro comportamiento fué infame; pero os perdono y os devuelvo la libertad para que conozcáis cómo se vengan los moriscos, á quien tan despiadadamente habéis perseguido.

Y al decir estas palabras, doña Marina tomó de nuevo el puñal y cortó con él las ligaduras que sujetaban las manos del cautivo.

Después arrojó el arma por la ventana.

Lara la dirigió una mirada de agradecimiento.

—Más que el proceder de una mora, como vos decís, ese rasgo es digno de una hija del cristianismo.

—¿Quién sabe si habréis acertado?

—Sin embargo, vos fuisteis desterrada por mahometana, y vuestro traje acusa que pertenecéis á la raza mora.

—Mucho podía responder á vuestras consideraciones. En cuanto á lo que decís que he sido desterrada de mi patria por no ser cristiana, os aseguro que jamás han podido cometer mayor injusticia.

Yo he conservado mis gustos orientales, porque desciendo de aquellos ilustres Gomeles de Córdoba, cuyos hechos serán eternos en la historia; pero antes de morir mi madre me hice cristiana, y cuando tuve la desgracia de perderla, recibí el agua bautismal en San Salvador.

—Siendo así, ¿por qué no hicisteis constar esos hechos?

—Porque el inquisidor Deza estaba perfectamente enterado de ello, lo cual no impidió que decretase mi destierro.

—¿Luego don Pedro tenía algún motivo de resentimiento hacia vos?

—Lo tenía, aunque yo era inocente.

—¿Quizá olvidó su carácter de sacerdote y quedó cautivo de vuestra hermosura?

—No; el presidente de la Chancillería no me conocía más que por referencias, pero le interesaba hacerme desaparecer.

—¡Es extraño!....

—No os lo parecerá cuando sepáis que su sobrino don Diego era el amado de mi alma.

—¿Y qué motivos alegaba para desear que terminasen vuestras relaciones?

—Don Pedro no podía olvidar mi origen mahometano. Aconsejó primeramente á su sobrino, pero sus palabras no tuvieron eco. Entonces interpuso sus buenas influencias con el rey, y Felipe II envió á mi amante á la guerra.

—¿Y desde entonces no le habéis vuelto á ver?

—No le he vuelto á ver, y creo que he de morirme en estas regiones sin conseguirlo.

—Eso no puede asegurarse.

—Casi me atrevo á deciros que puedo hacerlo.

—¿Creéis que siempre habéis de permanecer en este destierro?

—No sé qué contestaros.

—Pues yo tengo esperanzas de volver á nuestra patria más ó menos tarde.

—Las circunstancias que concurren en vos son muy distintas á las mías.

—No lo veo de esa manera. Al fin vos sois completamente libre; pero en cuanto á mí, estoy reducido á la esclavitud.

—Quizás soy yo más esclava que vos.

—No os comprendo.

—Desde el momento en que he cortado las ligaduras que os sujetaban, ¿no os he dicho que sois dueño de vuestro albedrío? ¿Quién tiene derecho, pues, para impediros que partáis á España?

—¿Luego habéis abandonado en absoluto vuestras ideas de venganza?

—Sí; yo creo que las almas generosas deben estar siempre dispuestas al perdón. Voluntaria ó involuntariamente habéis sido la base de mi desgracia, pero yo quiero pagaros con favores el daño que me hicisteis.

— Gracias, señora, gracias; pero de todas maneras no saldré de Guinea.

—Será porque no queráis, puesto que os dejo en completa libertad de hacerlo.

—El hombre nunca es dueño de su albedrío.

—¿Quién os ha de impedir que partáis?

—En primer lugar, las comunicaciones entre estos países y las comarcas andaluzas son sumamente difíciles.

—No lo creáis.

—¿Qué medios conocéis para efectuar el viaje?

—Me han asegurado que con bastante frecuencia llegan á estas costas buques negreros.

—Yo no puedo ir en un barco de esas condiciones.

—¿Por qué razón?

—Porque desde el momento en que me declaráis libre puedo considerarme de nuevo al servicio del monarca, y esos comerciantes opondrían dificultades para conducirme.

—No comprendo por qué.

—Desde la costa occidental del Africa parten á América, y no habían de cambiar su derrotero por la voluntad de un hombre que no posee más que su honor.

—Todo sería que os condujeran á América.

—¿Y qué hacía yo en esa parte del mundo?

—El objeto era verse libre de los muchos peligros que existen en estas zonas.

—No, Marina,—respondió Lara clavando en la joven sus negros ojos;—en vano trato de buscar justificaciones para no partir al cumplimiento de mis deberes. Comprendo que cuanto me decís es factible desde el momento en que me habéis redimido de la esclavitud más ignominiosa, pero no saldré de Guinea.

—Eso es aparte. Vos estáis en condiciones de hacer lo que mejor os parezca.

—Hace breves instantes que estaba maniatado: posible es que en esa situación hubiese encontrado algún recurso para evadirme de mi vergonzosa situación; pero hoy me encuentro más sujeto que antes.

—No os comprendo.

—Es más fácil que un hombre rompa las cadenas de hierro con que sujetan su cuerpo que los lazos de flores con que queda algunas veces presa su alma.

Doña Marina entendió perfectamente la galantería de Lara.

Bajó los ojos y un tenue carmín se esparció por sus mejillas.

Como la hora era muy avanzada, se despidió del joven y se dirigió á su estancia.

Su conciencia estaba satisfecha.

Las ruines satisfacciones de la venganza no eran comprendidas por su corazón.

CAPITULO XCIV

DONDE LARA CONOCE EL PARADERO DE UN AMIGO

Fernando de Lara no pudo conciliar el sueño en el resto de la noche.

La hermosa doña Marina le había fascinado.

Aquella mujer aparecía á sus ojos rodeada de una aureola sobrenatural.

Cuando lloraba su libertad perdida para siempre, cuando creía que iba á pasar á manos del cacique guineo, se había interpuesto ella con ideas de saciar su venganza, pero su mano no había tenido valor para esgrimir el puñal homicida.

Gracias á la joven podía disfrutar del derecho de su completo albedrío.

Sin embargo, Lara había dicho la verdad.

Nunca se sentía más encadenado que entonces.

Aquel cúmulo de detalles le habían impresionado vivamente.

Estaba en la edad en que el hombre necesita llenar los vacíos de su alma.

Lara no había amado.

Pasó su primera juventud entre frívolas relaciones, ó compartió sus caricias con alguna de esas impuras meretrices que no tienen de mujeres más que la hermosura.

¿Era extraño que doña Marina despertara en su corazón esos sentimientos que más ó menos tarde brotan en el alma de un joven?

Indudablemente que no.

Sin embargo, no dejaba de comprender que había de serle muy difícil conseguir el amor de aquella mujer.

Le había encontrado en la más baja condición.

Para ella siempre sería el esclavo redimido por su voluntad.

Además doña Marina amaba á otro.

Aunque él ignoraba las relaciones trascendentales que había sostenido con don Diego, bastábale saber que su corazón pertenecía al sobrino del presidente.

Antes de declararle sus sentimientos era necesario que se elevara mucho á sus ojos, que se hiciera digno de ella.

Tenía que demostrarle que él no era el miserable esclavo á quien la fatalidad había reducido á duro cautiverio. Tenía también que borrar de su memoria las malas impresiones de su comportamiento al ser causa de que la sepultasen en las mazmorras de la Inquisición.

Apenas brilló el primer albor del día, Lara salió de la casa completamente solo.

Hacía dos años que no gozaba de aquel placer.

Los mercaderes de la plaza le miraron con extrañeza.

Muchos de ellos se preguntaban quién sería aquel esclavo por el que doña Marina había sacrificado sus alhajas, y á quien tan pronto dejaba vagar á su albedrío.

Sin embargo, nadie trató de detenerle ni de molestarle.

Sabían demasiado lo mucho que Tupy apreciaba á la hermana de Alfar, y no quisieron exponerse á su enojo.

Lara trató de esquivar las miradas de aquellas gentes.

Necesitaba la soledad.

Dirigióse, pues, á un bosque desde el que se descubrían las azuladas ondas del Atlántico.

Después tomó asiento en un árbol caído.

Ni la satisfacción de ser libre, ni el hermoso recuerdo de la patria, ni los espléndidos reflejos de aquel cielo sin nubes, que servía de bóveda á una naturaleza exuberante en vegetación, eran suficientes á alejar de su memoria la imagen de aquella mujer encantadora.

Sin embargo, cuando más embelesado estaba, hubo un detalle que le distrajo de sus pensamientos.

En el horizonte se descubría un punto blanco.

Era una vela.

Fernando de Lara no apartó sus ojos de aquel bajel.

¿De dónde venía?

¿Cuál era su derrotero?

La primera pregunta era más difícil de contestar.

En cuanto á la segunda, era indudable que se acercaba á aquellas costas.

Dos horas después la nave echó el ancla.

Cayeron al agua sus botes, y algunos marineros se apoderaron de los remos, á cuyo impulso se deslizaron por la superficie del mar con una rapidez extraordinaria.

Cuando estuvieron próximos á la orilla, Lara pudo descubrir las fisonomías de los que se acercaban.

Sus rostros estaban quemados por el cierzo.

En sus brazos desnudos se dibujaban esas musculaturas atléticas que adquieren los hombres que se han pasado la vida suspendidos de una jarcia ó plegando una vela en los mástiles.

Extrañaron los que llegaban la presencia de un blanco en aquellas playas, pero su sorpresa no rayó hasta el punto de obligarles á cambiar su derrotero.

Poco antes de llegar á la playa, dos de los marineros se pusieron de pie sobre la frágil barquilla y pararon el golpe de su proa con una de las extremidades del remo.

Un momento después saltaban á la arena con esa agilidad que imprime la costumbre.

Acercóse uno de ellos á Lara, y con ese acento brusco del que se halla acostumbrado al mando, le preguntó si tenía noticias del paradero de Alí-Mavén.

—El cacique que buscáis ha muerto,—repuso con acento firme el interpelado.

—¡Ira de Dios! Me dais una noticia poco satisfactoria.

—No lo dudo, pero es cierta.

—¿Y los otros jefes de su toldería?

—Creo que será muy difícil que encontréis á ninguno.

—¿De modo que ya no existen en esta localidad?

—Todos sus individuos están dispersos en el Sahara.

—¿Y no sabéis de ningún otro reyezuelo con quien pudiera yo entenderme?

—Ignoro si Tupy Cadal podrá complaceros.

—Se trata de proporcionarle algunas pipas de aguardiente á cambio de cautivos.

—Lo supongo.

El recién llegado era un negrero, como desde un principio habrán comprendido nuestros lectores.

Ataron las barcas á unos palos que con este objeto clavaron en la movediza arena de la playa, y en seguida rogaron á Lara que les acompañase á la casa de Tupy.

Este no tuvo inconveniente en hacerlo.

De este modo encontraba los medios de visitar al cacique.

Confiaba que en un breve período podría conquistar sus simpatías y su amistad.

Durante el camino, Lara y el capitán negrero entablaron el diálogo siguiente:

—Me ha sorprendido encontrar en esta zona un hombre de vuestro color.

—Sin embargo, no soy el primero que se ha visto obligado á permanecer mucho tiempo entre estos salvajes.

—Desgraciadamente es verdad. ¿Cuántos años hace que vivís aquí?

—Aquí no hace más que unos cuantos días que fijé mi residencia.

—¿Dónde habéis estado entonces? Vuestro color indica que habéis permanecido en el Africa una larga temporada.

—Con efecto; he vivido dos años en diferentes puntos, si vivir puede llamarse padecer los tormentos que he experimentado.

—¿Habéis sido esclavo?

—Desgraciadamente.

—Tengo noticias detalladas del mal trato que dan á los infelices que caen en las manos de los indígenas.

—¿Quizá por vos mismo?

—No; creo que si la suerte me hubiese reducido á ese extremo, hubiera tenido valor para quitarme la existencia.

—Muchos lo hubiéramos tenido; pero el esclavo carece hasta de medios para matarse.

—Es verdad,—contestó el negrero.

—¿Y por quién habéis sabido lo que se padece en el Sahara?

—Cuando nos dirigíamos aquí hemos venido costeando. Como teníamos una gran escasez de víveres,

concebí el proyecto de desembarcar en los límites del desierto.

Me diréis, y con sobrada razón, que no es el Sahara una localidad muy á propósito para encontrar lo que buscábamos.

Apenas existen en los parajes cercanos á la costa más que algunos oasis, de vegetación tan escasa, que no bastaría para satisfacer las necesidades de un corzo.

Pero, amigo mío, yo, que tengo pocas aficiones hervíboras, no buscaba los oasis más que con un objeto.

Sabía que en ellos había de encontrar agua potable para llenar mis depósitos, y que no sería tampoco difícil que hallase alguna caravana.

Os confieso ingenuamente que buscaba sus raciones de sangleh y la carne de sus camellos.

Ante la perspectiva del hambre, cualquiera acepta un partido, por poco humano que éste parezca á los demás.

—Es cierto; puedo hablar por experiencia sobre ese extremo. Algunas veces hubiera vendido la propia existencia por una ración de centeno y leche.

—Mis esperanzas no salieron fallidas. Después de andar unas cuantas leguas, encontramos un pozo. La noche anterior había llovido copiosamente, y la cisterna nos brindó con aguas cristalinas que apagaron nuestra sed.

Verdad es que apenas hubimos satisfecho esta necesidad, nos sentimos atacados por otra no menos imperiosa como lo es el hambre.

La tripulación desconfiaba del éxito; pero yo, que

estoy dotado de una fuerza de voluntad á toda prueba, les hice esperar dos días entre aquellas palmeras.

Trascurrido este tiempo pudimos divisar en el horizonte una mancha oscura que se descubría perfectamente en los blancos arenales del Sahara.

Todos los corazones latieron con alegría.

Era una pequeña caravana.

No podíamos abrigar la menor duda de que se acercaban á nosotros, porque, además de advertir que cada vez se hallaban más próximos, ninguna partida de árabes ó etíopes deja de alterar la monotonía del viaje sin detenerse algunas horas en el oasis.

Con efecto, llegó la caravana.

Nos saludaron, como es costumbre, y respondimos con amabilidad.

Mis marineros se refregaban las manos con satisfacción.

Los recién llegados traían cuatro camellos.

Poco nos importaba quebrantar las leyes del Sahara, que prohiben terminantemente que se cometa un robo en el oasis. Nosotros no pensábamos volver al desierto.

Desenvainamos nuestras facas, y un momento después corrían los beduínos como alma que lleva el diablo, dejándonos los camellos.

Como esto era lo que nosotros apetecíamos, no nos cuidamos mucho de ir en su persecución.

Cogimos el ronzal de los cuatro animales, y los llevamos á bordo.

Apenas nos habíamos dado á la vela, volvieron los

fugitivos, que se habían agregado á otra caravana de más consideración.

Excuso deciros la salva de improperios que nos dirigieron, improperios que no conseguían más que excitar nuestra hilaridad.

Estábamos fuera del alcance de sus flechas, y mucho más, por lo tanto, de sus cimitarras.

Tuve tentaciones de bajar de nuevo á tierra para apoderarme de los víveres que traían los beduínos que se habían agregado á la caravana que sufrió nuestro ataque, pero tuve dos poderosas razones para no hacerlo.

En primer lugar, los cuatro camellos robados y su cargamento de maíz permitían á mi escasa tripulación llegar al término de su viaje.

Además, como el número de los agregados era bastante considerable, nos hubieran disputado la victoria.

Hubo, sin embargo, un incidente que nos obligó á aproximarnos á la costa, aunque no tanto que expusiéramos nuestras vidas.

Estaban los beduínos deshaciéndose en insultos, como ya os he dicho, cuando, aprovechando su acaloramiento, uno de los esclavos se arrojó al mar.

Cuando sus dueños pudieron darse cuenta de esta evasiva, se hallaba el cautivo á algunas varas de ellos. Verdad es que nadaba como un pez.

Uno de los jefes de la caravana puso una flecha en el arco. En seguida lo colocó en tensión, y el hierro partió silbando. Clavóse éste en la espalda del nadador; pero aunque un momento advirtió el agudo dolor

que había experimentado, no flaquearon por eso sus fuerzas, y siguió nadando hacia nuestro buque.

Pocas veces he pecado de compasivo, pero os confieso ingenuamente que en aquella ocasión me dejé arrastrar por los impulsos mas generosos.

Un poderoso golpe dado en la caña del timón hizo que volviera la proa de nuestra nave hacia la playa.

Entonces nos saludaron con una verdadera lluvia de flechas; pero la distancia que nos separaba nos ponía á salvo de sus crueles intenciones.

Se arrojó al mar una jarcia.

El herido se asió á ella.

Le habíamos salvado.

No fué pequeña mi sorpresa al mirar que aquel esclavo pertenecía á nuestra raza.

—¿Era blanco como nosotros?—preguntó Lara.

—Sí—contestó el negrero,—aunque el ardiente sol del desierto había curtido su piel.

Este desgraciado me hizo una detallada relación de sus desventuras.

Era español y pertenecía á una ilustre familia andaluza.

A bordo de un buque había sufrido una espantosa tempestad, cuyos furores le arrojaron con un débil despojo de la embarcación sobre las ardientes playas africanas.

—¿Sabéis—preguntó Lara—si tuvo igual suerte algún otro pasajero?

—Según me ha dicho, llegaron á la orilla otros dos más.

—¡Es extraño!—exclamó el joven.—Precisamente me estáis hablando de mi compañero de infortunio.

—¿Será posible?

—Hace precisamente dos años que pisamos el Sahara al mismo tiempo.

—El encuentro es providencial.

—¿No se llama vuestro protegido Pablo Alar?

—Precisamente.

—¿Y dónde se halla?

—A bordo de mi buque.

—Si no os ocasionase una gran molestia, tendría sumo gusto en abrazarle.

—Mostradme la casa de Tupy Cadal, y no tengo inconveniente en que paséis á bordo después.

Lara dió las gracias al negrero.

Media hora después ambos se detenían delante de la casa del cacique.

Uno de los centinelas pasó á anunciar la visita á su amo.

CAPITULO XCV

LOS DOS AMIGOS

Un momento después estaban en presencia de Tupy.

El guineo los recibió con mucha amabilidad.

Hízole saber el capitán negrero que deseaba que aumentase su mercancía con algunos esclavos que transportar á América, pero Tupy le manifestó que los pocos que tenía destinados para la venta habían sido expuestos en la plaza el día anterior.

Ofrecióles después de beber.

El guineo era un cacique cuya amabilidad era proverbial.

Cuando se retiraron les hizo todo género de ofrecimientos, y le dijo á Lara que había tenido noticias de que doña Marina le había redimido de la esclavitud.

Ambos salieron de la casa.

El capitán no sabía adónde dirigirse para verificar su cargamento de esclavos.

Tenia absoluta necesidad de remontar hacia el Sur, buscando en la Guinea Meridional lo que no había podido hallar en las cercanías del Sahara.

No era, sin embargo, el capitan hombre que se inmutaba por tan poco.

Su elemento era el mar, y es seguro que, aunque no hubiera tenido ambición buscando cuantiosas riquezas en el comercio de la carne negra, hubiese vivido como la gaviota que cierne sus alas sobre los irritados abismos del Océano.

Ambos llegaron de nuevo á la playa.

Los marineros esperaban.

Un instante después entraron en las barcas.

Pusiéronse éstas en movimiento, y con el poderoso empuje de los remos llegaron al bergantín.

Desde la cubierta echaron la escala.

Fernando de Lara subió el primero.

Sentía impaciencia por abrazar á aquel amigo de la desgracia.

Habían permanecido juntos una larga temporada, sufriendo á la par los crueles tratamientos del mismo tirano.

Más tarde las circunstancias les separaron, y la Providencia les reunía.

Pablo Alar era un joven de unos ventiocho años.

Su tez, que siempre fué morena, estaba ennegrecida por el sol de Africa.

Su rostro era simpático.

Apenas descubrió á Fernando de Lara se precipitó en sus brazos.

Ninguno de los dos creyeron haberse vuelto á ver jamás.

Y, sin embargo, ambos eran libres.

Lara había tropezado con doña Marina, que le dejaba en completa libertad.

Alar no había alcanzado menos suerte.

El negrero había tenido conmiseración haciéndole la promesa de dejarle en un punto desde el cual no tuviera grandes dificultades para regresar al país natal.

Pasados los primeros transportes de alegría, los dos jóvenes entablaron un amistoso diálogo.

—Mi buen Pablo—le dijo Lara,—he sabido cómo pudiste salvarte de tus aprehensores.

—¿Te lo ha narrado el capitán?

—Sí, y á propósito del capitán: ¿sabes que me parece una excelente persona?

—No puedes comprenderlo bien.

—¿Cuánto tiempo hace que estás á bordo de este buque?

—Próximamente un mes.

—¿Y te obligaron á cambiar mucho de dueños?

—Mucho. Desde que nos separamos he rodado más que un escudo de plata: pero el último amo que he tenido ha superado en maldades á todos los demás.

—¿Sin duda por eso te determinaste á aceptar una resolución de vida ó muerte?

—Es verdad; huyendo de él me arrojé al mar, y si mis planes hubieran salido frustrados, estaba decidido á arrebatarme la vida.

—Eso es lo último que debe hacer un hombre.

—Estoy conforme con lo que dices, pero la esclavitud es más espantosa que la muerte. Y tú, ¿qué has hecho? ¿A quién has servido? ¿Cuáles son los pormenores de tu vida desde que no nos vemos?

—He sufrido tanto como tú. Después que nos separamos volví á caer en manos del beduíno que nos encontró en la costa después del naufragio.

—Era un hombre inexorable para sus infelices esclavos.

—La fortuna es que ya no podemos temerle.

—¿Ha emigrado?

—Sí, ha emigrado para el otro mundo.

—Era lo mejor que podía suceder.

—Su muerte ha sido quizá el único goce que he experimentado desde que estoy en el desierto.

—¿Tuviste en ella una parte activa?

—Yo le entregué á sus enemigos en medio del tráfago de un combate.

—¡Magnífico! Justo era que le pagases de ese modo las escasas raciones de sangleh que nos entregaba cada dos ó tres días.

—Los hombres no siempre nos hallamos bajo el influjo de la desgracia.

—Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Lo ignoro.

—¿No eres completamente libre?

—Sí.

—¿Cómo pudiste escapar de la esclavitud?

—Mi salvación es una verdadera novela.

—No es extraño, porque en el Sahara hay muchas.

—Figúrate que una mujer encantadora me compró á costa de sus alhajas.

—¿Una hija del Africa Septentrional?

—Una hija de las comarcas andaluzas.

—¡Soberbio! ¿Se ha enamorado de ti sin duda?

—No lo creas

—¿Con qué objeto te compró entonces?

—Me compró con el objeto de darme la muerte.

—Las intenciones no podían ser menos sanas.

—Había entre nosotros algunos antiguos resentimientos.

—¿Quizá le habías hecho alguna mala partida de amor?

—No; ella tenía un amante que reside en Granada, ciudad donde la conocí.

—¿Y qué motivos la indujeron á abandonar la idea de darte muerte?

—Los motivos fueron que sus generosos instintos se opusieron á lo que intentaba.

Pablo Alar se quedó pensativo.

Un momento después prosiguió.

—Me parece que la gentil andaluza te ha hecho más daño con sus ojos que te hubiera hecho con la acerada punta de una daga.

—Es posible que no te engañes.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Respecto á ella?

—Sí.

—Por ahora nada.

—¿De modo que no la declararás tu pasión?

—Estoy incapacitado para hacerlo.

—No te comprendo.

—Debo demasiados favores á esa mujer para que tan pronto la reclame otros nuevos.

—Ese es un favor que las mujeres agradecen.

—Doña Marina tiene un amante, como te he dicho.

—Un amante es un atractivo más.

—Tú estás loco.

—No lo creas: los hombres que, como tú, se apartan de la vulgaridad, no deben buscar la realización de empresas fáciles; deben, por el contrario, vencer obstáculos, para que la victoria sea más grande. Yo siempre he pensado de esa manera. Me agradan mucho más los revueltos abismos del Atlántico que las tranquilas superficies de los lagos de Italia.

—Doña Marina no puede ver en mí más que al humilde esclavo que ella compró.

—¿No le has dicho tus antecedentes?

—Desgraciadamente sabe que fuí militar.

—No comprendo por qué razón aplicas ese adverbio.

—Porque cuando pertenecía á los tercios del rey me presenté en su palacio de la vega, y la conduje á una de las mazmorras de la Inquisición.

—¿Supongo que lo harías obedeciendo las órdenes de otro?

—Desde luego.

—¿Y á pesar de esto te ha perdonado?

—Por lo menos no ha querido sepultar en mi pecho su puñal.

—Amigo Fernando, esa mujer ha de colmar tus esperanzas algún día.

—No lo creo.

—Quizá te lo recuerde si la casualidad vuelve á unirnos.

—Respecto á mí, no puedo negarte que me ha causado una viva simpatía.

—Yo me atrevería á decirte que estás enamorado.

—Es posible.

—No obstante, como soy de opinión que un hombre no debe sacrificar su porvenir por un deseo, voy á permitirme darte un consejo

—Sabes que siempre he respetado tus opiniones.

—¿Piensas permanecer en Guinea mucho tiempo?

—Hé ahí una pregunta á la que no puedo responder tan concretamente como desearía.

—¿Por qué razón?

—¿Acaso, aunque abrigase los propósitos de partir, lo conseguiría?

—Nunca mejor que ahora.

—¿Por qué?

—Porque el capitán de este barco es amigo mío, y tengo la seguridad de que te aceptaría á bordo.

—Por ahora quiero permanecer en Guinea.

—Haces mal; es indudable que te has acostumbrado á la esclavitud, y ya te parece llevadera.

—Hoy gozo de mi albedrío más absoluto.

—No; hoy eres más esclavo que antes.

—Aun suponiendo que eso fuera verdad, mi esclavitud de ahora sería más grata por ser voluntaria.

—Y por tener un ama tan encantadora.

—No lo puedes comprender bien.

—En fin, valga por lo que valga mi consejo, creo que debes volverte á España conmigo.

—¿Tú vuelves á España?

—Sí; pienso establecerme en la ciudad que antes nombraste.

—¿En Granada?

—Allí tengo algunos parientes.

—En ese caso, voy á hacerte un encargo de gran interés para mí.

—Cuantos quieras.

—El amante de doña Marina debe residir en esa ciudad; se llama don Diego Rodríguez de Deza, y desearía que averiguases si sigue amando á la joven.

—Algo difícil me parece sondear los sentimientos que encierra el corazón de un hombre á quien no conozco

—No te exijo yo tanto; pero por la exterioridad de su vida puedes aclarar mis dudas. Supónte que don Diego tenga relaciones con otra y piense enlazarse con ella; estos son hechos públicos que puedes conocer sin grandes dificultades.

—Y aunque averigüe la vida y milagros de ese caballero, ¿qué conseguiremos?

—No comprendo lo que quieres decir con eso.

—Quiero decir que, aun cuando adquiera detalles concretos de su fidelidad ó de su olvido hacia esa señora, ignoro de qué manera podría comunicártelo.

—¡Quién sabe si el negrero regresará!

—Indudablemente que no ha de visitar estas costas por última vez.

—Entonces ya puedes comprender que están zanjadas las dificultades.

—¿Y si no veo al capitán?

—¿No has de estar relacionado con el hombre á quien debes la libertad, que vale por lo menos tanto como la vida?

—Creo que sí.

—En ese caso, puedes escribirme una carta que él me entregará, puesto que no te determino tiempo.

—Perfectamente. Haré mi papel de espía de don Diego.

En aquel instante se acercó el negrero.

—Mucho siento verme en la necesidad de interrumpir el agradable diálogo de dos amigos—les dijo.

—Vos podéis hacerlo con entera libertad—contestó Pablo,—en la certeza que vuestra compañía siempre ha de serme grata.

—Hubiera deseado que os espaciaseis durante todo el día; pero el viento es favorable para dirigirse hacia el Sur.

—¿De modo que vais á partir?

—Sólo falta que los marineros levanten el ancla.

Pablo volvió á insistir con su amigo para que abandonara aquellas zonas, pero Lara se obstinó en quedarse en ellas.

Un instante después el joven se hallaba en la barca, después de haber dado un estrecho abrazo á su compañero de esclavitud.

Cuando le dejaron en la playa volvieron los remeros á bordo del buque.

Fernando de Lara los vió partir.

Sostenía una lucha con su deseo.

El barco negrero le hubiera conducido á un puerto, desde el que hubiera hallado facilidades para volver al regazo de la madre patria; pero aquellos bosques le atraían más dulcemente.

A pocos pasos vivía doña Marina, aquella encantadora cordobesa que tanto le había interesado.

Lara vió perderse la nave.

Entonces dirigió una mirada á su alrededor.

Estaba solo.

Aquella soledad le inspiraba tristeza.

Ocurrióle ir á la casa de la mujer que amaba.

Pero ¿sería recibido en ella?

Doña Marina no había querido arrebatarle la existencia, le había redimido de la esclavitud, pero ignoraba el joven si aceptaría una amistad con el hombre que tanto la había perjudicado.

Era preciso buscar una excusa que justificara su visita.

Haciendo estas consideraciones llegó hasta la puerta de la casa.

Allí se detuvo un momento.

No atreviéndose á pasar los umbrales, iba á retirarse cuando vió que la joven salía.

Tan abstraída se hallaba en sus pensamientos, que pasó por el lado de Lara sin advertir su presencia.

El joven la siguió á una respetuosa distancia.

La tarde languidecía.

El calor, por lo tanto, era menos sofocante.

La gentil cordobesa se dirigió hacia el bosque en que momentos antes se hallaba Lara.

Este se aproximó.

Quiso demostrar que la había encontrado casualmente para apreciar la actitud en que le recibía.

CAPITULO XCVI

UN INCIDENTE DESGRACIADO

Doña Marina pareció sorprenderse de la presencia de Lara.

Siempre que iba al campo buscaba la soledad de aquellas arboledas.

Era el medio que empleaba para concentrar su espíritu y recrearse en los risueños pensamientos del pasado.

Lara se había detenido delante de la joven.

La saludó cortésmente.

Ella le correspondió con un ligero movimiento de cabeza.

—Mucho sentiría pecar de indiscreto al acercarme á vos—la dijo.

—Caballero—respondió doña Marina,—no sé por qué habéis de sentirlo.

—Tenéis sobrados motivos para no perdonarme las

ofensas que en otro tiempo pude inferiros, y siempre es desagradable encontrar en su camino á la persona que nos ha ocasionado algún daño.

—Os ruego que no hablemos más de ese asunto; he tenido en mis manos la proporción de vengarme y la he rechazado.

—¿Acaso os pesa?

—No; es mucho más grato perdonar.

—¿De modo que me habéis perdonado?

—Completamente.

—Gracias, señora. No podía esperarse otra cosa de un corazón tan magnánimo como el vuestro.

—Os he perdonado, y, por lo tanto, tengo un perfecto derecho á exigiros que no evoquéis recuerdos que me entristecen. Bastantes nubes vienen á enturbiar el horizonte de mi vida.

—Si os he hablado de este asunto, ha sido con el objeto de acreditaros que no olvido lo mucho que os debo.

—Haced lo que queráis. Cuando yo hago una buena obra, no la pongo en práctica para que me den las gracias.

—Sin embargo, la recompensa que recibe el que obra con la alteza de miras que vos lo habéis hecho...

—No lo creáis; todo el que obra bien siente la tranquilidad de su propia conciencia, y este es el premio mayor que puedan otorgarle.

—Además, yo he venido á buscaros con otro objeto.

Doña Marina clavó sus negros ojos en Lara.

—La otra noche, cuando teníais vuestro puñal

amagando mi pecho, tuve la suerte ó la desgracia de despertarme. Era la segunda vez que os había visto y os confieso ingenuamente que, á pesar de la actitud hostil en que os contemplé, lejos de sentir el temor de una muerte próxima, noté que la vida penetraba en mi alma.

—Es extraño, porque estuvo en bien poco que os equivocarais.

—No; yo sabía que vuestras manos no saben herir.

—Eso ha labrado mi desventura en más de una ocasión.

—No lo sintáis. Ambos hemos sufrido mucho; pero ¡quién sabe si en un período más ó menos largo terminarán nuestras desventuras!

—Respecto á vos, no lo dudo—dijo doña Marina acompañando su frase con un suspiro;—pero vos no podéis comprender la serie de desgracias que me persiguen desde hace algunos años.

—¿Quién se ve libre de ellas?

—Por mucho que hayáis padecido, no será vuestro infortunio comparable con el de mi alma.

—Siempre nos parecen mayores los propios.

—Es verdad: tenemos el egoísmo de pensar que nadie sufre lo que nosotros; pero, en la presente ocasión, mi creencia es bastante razonada. He nacido en medio del lujo, me han adorado mis padres, y luego me he visto encarcelada en una miserable mazmorra donde no penetraba el sol.

—Si no fuera una exigencia, á la que no tengo derecho, os haría una súplica.

—¿Qué deseáis?

—Os rogaría que me refirieseis vuestra historia.

—Mi historia ofreçe pocos detalles que pudiesen interesaros.

—Siendo vuestros, no es posible que los escuche con indiferencia.

—Además, existen en ella algunos puntos que no pueden pertenecer al dominio público.

—En ese caso, recojo la frase, arrepintiéndome de mi indiscreción.

—Puede ser que algún día satisfaga vuestra curiosidad.

—Si la narración de mi vida os interesase, yo os acreditaría que tengo en vos más confianza que la que tenéis en mí.

—Comprended que una dama necesita más recato que un joven.

—Eso es indudable.

—Pero ya que me habéis hecho el ofrecimiento de relatarme hasta los puntos más insignificantes de vuestra vida, acepto la proposición, y os escucho.

—Temo molestaros.

—Muy por el contrario, siempre es agradable saber á fondo la vida de las personas á quienes se trata.

Fernando de Lara celebró aquella circunstancia, que le permitía demostrar á doña Marina que el esclavo á quien había redimido era digno de obtener su amistad.

Doña Marina tomó asiento sobre el verde césped.

Lara hizo lo propio.

Clavó sus ojos en los de la joven, que le miraba con

interés, esperando que empezase su relato, y empezó su historia diciendo:

—He nacido en Valencia. Mi padre era dueño de un castillo que hoy pertenece á mi hermano mayor.

Todos le consideraban en aquella localidad.

Sus principios eran la rectitud y la justicia.

Pocos varones han nacido más pródigos para el premio del bueno ni más inexorables para castigar al que se apartaba de la senda de la honradez.

Poco interesante es, en verdad, el principio de mi historia.

Para que despertase la curiosidad de cualquiera, hubiera sido preciso que estuviera sembrada de páginas amorosas, de obstáculos vencidos, de galantes aventuras; pero nada de eso me ha ocurrido.

Mi primera edad la pasé al lado de mis padres siendo el objeto de todo su cariño.

Eramos tres hermanos: Juan, que era el primogénito; Lope, que por sus inclinaciones religiosas se educó en un convento de dominicos, no tomando, por lo tanto, una parte activa en la historia que os relato, y yo.

La única pena que recuerdo haber sufrido en la infancia fué la muerte de mi madre, noble dama que dejó una grata memoria, porque había sido un dechado de virtudes.

Mi padre entonces sufrió una extraña transformación que no pudieron mirar sin sorpresa todos los que le habían conocido.

Marchóse á la corte y nos dejó en el castillo.

Este hermoso edificio de piedra era una fortaleza inexpugnable. Por un lado estaba defendido por un puente levadizo, y por otro lo bañaban las azuladas ondas del mar.

Mi padre tenía allí un considerable número de servidores.

Entre ellos había un viejo escudero llamado Garcés, el cual, á pesar de su rudeza, adquirida en el campo de batalla, sentía por nosotros una verdadera idolatría.

Garcés hubiese sacrificado su existencia por cualquiera de nosotros.

Mi padre conocía perfectamente esta buena cualidad, y no tuvo inconveniente en encomendarnos á sus solícitos cuidados.

Poco tiempo hacía que había partido para la corte, cuando advertimos, tanto mi hermano como yo, que nuestro padre era censurado por sus vasallos.

Una noche que yo me había quedado profundamente dormido al calor del hogar pude sorprender cuando desperté la conversación que sostenía Garcés con otro escudero, que por su juventud había servido de paje á mi idolatrada madre.

—Desengáñate —decía el anciano,—que la conducta de nuestro señor ha sido muy extraña.

—No se concibe, con efecto, que deje á los dos niños aquí casi abandonados, en la edad precisamente en que más necesitan su cariño.

—El me ha encargado de su educación; pero ¿qué puedo enseñarles? Aunque muy viejo, no he aprendido

más que á manejar una lanza, regir un potro ó dirigir una bala:

—No es tan poco, puesto que ambos han de seguir la carrera de las armas.

—Sin embargo, dos varones tan nobles como ellos deben saber las costumbres cortesanas, y en este terreno soy tan inútil como el que más. La educación que yo puedo darles es imbuirles el santo temor de Dios y adiestrarlos en el manejo de las armas, y eso es lo que procuro.

—Mucho es para un plebeyo, pero poco para un noble en los tiempos que alcanzamos.

—Además de esto, yo disculparía la conducta de nuestro señor si hubiera tenido necesidad absoluta de partir, bien por establecer un arreglo en sus demás haciendas ó por seguir las banderas del rey.

—¿Con qué objeto piensas que ha partido á la corte?

—Según afirman, va buscando un lenitivo para su mal.

—¿Qué mal padece nuestro amo?

—Bien te consta que adoraba á su esposa.

—Tanto como que ella se lo merecía.

—Eso es indudable; quizá por eso se la llevó Dios, que nunca ha querido que los ángeles permanezcan en la tierra.

—¿De modo que nuestro amo ha partido á la corte con intención de olvidar los pesares que le han producido la desgracia de perderla?

—Eso aseguran; pero yo creo que debiera haber permanecido al lado de sus hijos.

—¿Y qué encantos puede encontrar el señor fuera de su casa?

—Todavía es joven y, á lo que se dice, procura embotar sus padecimientos entre amores livianos.

—¿Será posible?

—Eso afirma uno de los escuderos que ha tenido necesidad de ir á verle.

En aquel instante entró mi hermano Juan.

Los servidores guardaron silencio.

Aquella noche le comuniqué cuanto había escuchado.

Mi hermano tenía diez y seis años, y yo dos menos.

Aunque ambos estábamos en la adolescencia, ya podíamos comprender la importancia de aquella noticia.

—¿Qué podemos hacer en semejante caso?—me preguntó.

—No sé qué responderte.

—Se trata de nuestro padre, y, por lo tanto, no tenemos mas remedio que respetar cuanto haga.

—Eso es indudable.

—Posible es también que todo sean cuentos de la gente de la servidumbre.

—Desgraciadamente debe ser verdad cuanto dicen.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En que Garcés no sabe mentir.

Así pasó algún tiempo.

Aunque todos los servidores ponían un escrupuloso esmero en que no llegara á nuestros oídos la menor murmuración de la conducta de nuestro padre, en di-

versas ocasiones pudimos convencernos de que se habia arrojado en brazos de una vida azarosa.

En una ocasión fué á vernos.

Ya no era el mismo padre cariñoso; por el contrario, estaba adusto y contrariado.

Supimos más tarde que las circunstancias le habían obligado á recogerse una temporada en el seno de la alquería, evitando de este modo la persecución de la justicia.

Un lance de amor le acarreó estas persecuciones.

Habiendo tenido intimidades con la esposa de un amigo suyo, se enteró éste y hubo un desafío.

Mi padre le arrebató la vida.

Aunque la lucha se verificó en terreno legal, disfrutaba su desgraciado adversario del favor del monarca, y tuvo necesidad de volver á Valencia para ocultar su paradero, con objeto de no caer en manos de la justicia.

Sus buenas influencias le permitieron regresar á la corte en un breve plazo.

No pudimos dudar desde entonces que nuestro padre se había apartado de la senda que siguió durante la vida de nuestra buena madre.

Pasaron algunos años, y mi hermano y yo llegamos á ser hombres.

Los temores del escudero Garcés se realizaron.

Nosotros sabíamos herir á un ciervo con la mayor precisión, regíamos vigorosamente un potro y esgri·

míamos con valor las armas, pero apenas sabíamos leer y escribir.

Esta circunstancia nos avergonzaba de una manera grande.

Eramos hijos de la casa de Lara, y particularmente mi hermano sería mañana un altivo señor, que ignoraría hasta lo más rudimentario de la educación.

Un incidente, bien inesperado por más señas, vino á proporcionarnos lo que con tanto empeño apetecíamos.

Salimos una mañana mi hermano y yo antes de que el alba rayase en el horizonte.

No nos acompañaba más que Garcés, que, como conocedor de la vida del campo, sabía perfectamente los jarales en que se ocultaban las reses.

Armados de nuestras ballestas y seguidos de nuestros bulliciosos lebreles, abandonamos el castilllo, tomando la dirección del Norte.

La noche estaba silenciosa.

Sólo se escuchaban los choques que producían nuestros caballos al herir con sus herraduras los puntiagudos pedriscos de aquel terreno desigual.

Garcés nos prometía una buena mañana.

Con efecto, apenas nos habíamos separado una media legua del castillo, cuando penetramos en los jarales.

Ibamos al paso, conteniendo á los potros, que, impacientes, tascaban el freno.

Garcés nos aconsejó que hiciéramos alto en un ribazo mientras él daría una vuelta por los alrededores,

con objeto de levantar las reses que por aquellos sitios estuvieran encamadas.

Obedecimos, porque no ignorábamos su mucha pericia.

Poco tiempo después nos separamos.

Se escuchó el galope de su potro.

Luego llegó hasta nuestros oídos esa voz característica del ojeador.

Algunas becacinas, acostadas junto á los arroyos, levantaron su incierto vuelo en busca de parajes más seguros.

Esperábamos con impaciencia y con nuestras ballestas armadas.

De pronto aparecieron por encima de la jara las astas de un ciervo.

Como no estaba á tiro de nuestras ballestas, procuramos contener hasta la respiración.

El esbelto cuadrúpedo tenía la cabeza vuelta hacia el lado opuesto al que nos hallábamos.

Era indudable que había escuchado las pisadas del caballo que montaba Garcés.

Sus carnes se estremecieron.

Dió un poderoso salto y partió á la carrera.

Entonces mi hermano Juan disparó sobre él.

La jara se salpicó de sangre.

Sin embargo, el cuadrúpedo herido aumentó la velocidad de su carrera.

Juan y yo clavamos los acicates en los ijares de nuestros potros.

No era cosa de perder la pista al ciervo herido.

Trepando riscos y saltando zanjas llegamos á la sierra.

La espesura nos incapacitaba muchas veces el paso: pero todavía descubríamos el ciervo.

Mi hermano iba delante.

Parecía que su orgullo de cazador le daba ánimos para imprimir á su potro la velocidad de las centellas.

Así galopamos cerca de una hora.

Garcés había desaparecido de nuestra vista.

Era indudable que habíamos de hallar algunas dificultades para regresar al sitio en que le habíamos dejado, pues desconocíamos en absoluto la sierra en que nos hallábamos.

Mi hermano se detuvo.

Yo obligué á mi potro á que hiciese lo mismo.

—¿No te parece que nos volvamos al castillo?

—Jamás—me respondió,—sería vergonzoso que la primera vez que nos hemos separado de nuestro viejo maestro volviéramos á su lado con las manos vacías.

—Sin embargo, debes tener en cuenta que ya ha desaparecido la res de nuestra vista.

—Es verdad; pero eso es natural, pues por aquí está muy alta la maleza.

—Y lo mismo estará más lejos.

—No lo dudo; pero le he visto dirigirse hacia la cañada, y espero que hemos de encontrar su rastro en aquellos sitios.

En seguida llamó á uno de los lebreles!

Púsole en el rastro.

El animal olfateó el suelo, movió la cola y par-

tió hacia el lugar que me había indicado mi hermano.

Un momento después le oimos latir entre las jaras.

Era indudable que había descubierto á la res herida.

El ciervo volvió á aparecer y á huir con mayor ligereza que antes.

Entonces espoleamos de nuevo á los potros y partimos con la velocidad del rayo.

Tan violenta era la carrera y tanto nuestro deseo de apoderarnos de la res, que ya no nos cuidamos ninguno de los dos de la distancia que nos separaba del viejo escudero.

De pronto me quedé sorprendido.

Mi hermano, que marchaba delante de mí, no advirtió que una rama de encina se extendía á la altura de su cabeza en la misma dirección que llevaba su caballo, y se dió tan fuerte golpe contra ella, que le obligó á caer de los arzones sin sentido.

El potro, al sentirse libre del jinete, partió con la velocidad del vértigo.

Desmonté presa de la mayor agitación y me lancé á socorrer á mi hermano.

Tenía una herida en la frente, por la que brotaba con abundancia la sangre.

Procuré restañarla lo mejorque pude, pero mi aturdimiento era inmenso.

La primera excursión que hacíamos separándonos de Garcés nos costaba bien cara.

La noche llegó entonces con sus sombras á aumentar la gravedad de mi situación.

Jamás he conocido una noche más eterna ni más triste, y eso que el cielo se encontraba sereno y la luna lanzaba sus plateados rayos sobre la tierra.

CAPITULO XCVII

DOS SERES FELICES

Cuando hube lavado la frente de mi hermano con el agua que me ofreció un cercano manantial, me subí á una colina próxima creyendo que desde allí conseguiría descubrir el castillo; pero mis esfuerzos fueron vanos.

El castillo estaba resguardado de los vientos del Norte por una elevada montaña que me impedía ver sus altivas almenas.

Entonces grité con toda la fuerza de mis pulmones, esperando que algún pastor me prestara su auxilio.

Pero así como hay una Providencia para evitarnos á veces los conflictos, yo creo que también existe una fatalidad para mortificarnos en ciertas ocasiones.

Mis voces fueron repetidas por el eco.

No sabiendo qué hacer, coloqué á fuerza de trabajos á mi hermano Juan sobre el potro, y montando yo como mejor pude, aflojé la rienda.

Caminábamos al paso, y á cada instante temía que aquel cuerpo inerte se me escapara de los brazos.

Para un joven de diez y siete años, que eran los que yo contaba, la situación era muy grave.

Desapareció la luna.

Hubo un leve combate entre la luz y la sombra, y éstas huyeron como monstruos despavoridos.

Entonces brilló en Oriente la ígnea diadema del sol.

Aquel cambio me ocasionó alguna alegría.

Parece que la claridad presta más fuerza é nuestro espíritu.

Como la fatiga me abrumaba, quise hacer un nuevo reconocimiento de los alrededores.

Para ello, subíme de nuevo á la cresta de un monte.

A través de las jaras y de árboles, pude descubrir una espiral de humo.

Mi corazón latió de alegría.

Aquel humo debía ser producido por alguna hoguera ó por la chimenea de algún hogar.

Coloqué de nuevo á mi hermano sobre el potro, herí los ijares de éste, y me encaminé hacia el sitio de donde partía el humo.

Unos diez minutos antes de llegar descubrí una cabaña.

Era tan blanca como una paloma.

A su puerta estaba sentado un venerable anciano.

Su barba era blanca como la nieve.

Sus mejillas eran pálidas y morenas.

Antes de que llegase, se puso en pie y me saludó con mucha cortesía.

—Buen anciano—le dije,—he tenido la desgracia de perderme en el bosque, y mi pobre hermano viene sin conocimiento, porque ha recibido un fuerte golpe en la cabeza.

—¡Válgame Dios!—dijo el desconocido:—¡siempre han de pasar estos accidentes á la inexperta juventud! A ver, hijo mío, ayúdame á bajarle del caballo, que aquí no ha de faltarle lecho donde descansar ni voluntad para servirle.

El venerable anciano cogió con sus manos trémulas al herido, y, ayudado por mí, le colocamos sobre el verde césped que alrededor de la cabaña crecía.

Un momento después me dirigió una mirada.

—Veo, por vuestro porte, que sois personas de valimiento.

—¿No conocéis al señor de Lara?

—¡Quién no le conoce en veinte leguas á la redonda!

—Es mi padre.

—Tengo noticias de que es un señor muy pródigo para sus vasallos.

—Hace algunos años que se halla en la corte.

—¿Y cómo no habéis permanecido á su lado?

—Porque á nosotros nos place más la vida que se hace en nuestro castillo.

—No es muy frecuente esa opinión en mozos de vuestra edad, pero estáis en lo cierto.

El anciano, á quien conoceremos en adelante con el nombre de Anselmo, me rogó que le ayudase á conducir al herido al interior de la cabaña.

Esta era pobre, pero reinaba en ella el más escrupuloso aseo.

Juan fué colocado en una estancia bastante espaciosa.

El lecho estaba cubierto de blanquísimas sábanas y custodiado por una imagen de la Virgen, que, si bien era verdad que no era una obra de arte, acusaba las ideas religiosas de los moradores de aquella mansión.

Acostamos á Juan, y entonces el honrado Anselmo desató el pañuelo que yo le había puesto para evitar la hemorragia.

El golpe le había producido una gran hinchazón; pero la pérdida de sangre había cesado.

El anciano examinó con detenimiento la herida.

Me pareció que no era completamente extraño á la ciencia de Galeno, y así se lo indiqué.

—Hijo mío—me dijo con acento cariñoso,—los que vivimos en un destierro, porque ese nombre puede darse á los bosques que tanto distan de las grandes poblaciones, necesitamos saber de todo un poco.

—¿Y qué opináis de esta herida?

—Opino que no tendrá graves consecuencias, á no sobrevenir algún accidente inesperado.

—Hace ya muchas horas que está privado del conocimiento.

—Eso es natural. Un golpe en la cabeza siempre origina alguna perturbación.

El anciano abrió un arca de pino que había en la estancia.

Luego sacó de ella un frasco que contenía un licor viscoso.

Vertió algunas gotas de aquel bálsamo sobre la herida y la vendó cuidadosamente.

—Esto no es nada; el golpe ha roto algunos tejidos de la piel; tengo la seguridad de que no tardará este joven en recobrar el conocimiento.

—¿Creéis que podamos ponernos en camino hoy mismo?

—Hijo mío, eso es exigir demasiado. Al deciros que la herida no tiene importancia ha sido circunscribiéndome á que no dejará de sanar; pero ya comprenderéis que una rotura de la piel no puede zurcirse como se hace con el jirón de una capa.

—¿Cuánto tiempo calculáis que tendrá que permanecer en vuestra casa?

—Eso no se atrevería á precisarlo un médico con entera exactitud, y mucho menos ha de hacerlo un profano, que los únicos conocimientos que ha adquirido se los debe á la observación y á la experiencia.

—Yo os he hecho esa pregunta porque no quisiera abusar de vuestra bondad.

—Hijo mío, esas frases me ofenden. Mi casa es humilde; pero os pertenece, y tanto más cuanto que una de las obras de misericordia es cuidar á los enfermos.

—¿Y vivís aquí completamente solo?

—No, eso sería horrible. Aunque yo no tenga por mis muchos años aspiraciones de ningún género, los hombres hemos nacido para vivir en sociedad.

—¿Y cuál es vuestra sociedad?

—El cielo quiso concederme una hija, ó, por mejor decir, un ángel; es el único recuerdo que me dejó mi pobre esposa.

Anselmo, al evocar este nombre, se enjugó una lágrima con el dorso de la mano.

Después de un instante prosiguió:

—Además, tengo á mi lado una porción de seres que, aunque irracionales, constituyen mi entretenimiento. Mi hija Lucía sostiene que también están dotados de inteligencia, y que no se distinguen de nosotros más que en la forma. Es una criatura en toda la extensión de la palabra; si no, ¿como había de pensar esos absurdos?

—¿Y dónde está ahora?

—Todos los días sale al amanecer á pasear por los alrededores. Algunas veces la acompaño; pero ¿quién es capaz de seguirla? Su imaginación es lo más activa que podéis imaginar. Una mariposa que vuela, una flor que descubran sus ojos, todo excita su curiosidad, y pretende correr en pos de su capricho sin tener en cuenta mi ancianidad.

El venerable Anselmo se sonrió.

Desde luego se comprendía que su hija era su único tesoro.

Un momento después nuestro diálogo fué interrumpido.

Mi hermano Juan hizo un leve movimiento.

Después abrió los ojos y dirigió una vaga mirada á su alrededor.

Yo me aproximé.

—¿Cómo te encuentras?—le dije.

—Siento una gran perturbación en las ideas, pero relativamente estoy bien.

Después miró al anciano con extrañeza, y me preguntó quién era con un movimiento significativo.

Comprendiendo que no recordaría más que vagamente las causas que producían su enfermedad, le expliqué cuanto había pasado.

—Es necesario que partamos en seguida—me dijo; —Garcés estará con mucha impaciencia.

—Sosiégate, hermano mío. Todavía no estás en condiciones de partir, según asegura nuestro protector.

—Desde luego, eso sería una temeridad.

—Pero el escudero hará mil interpretaciones.

—Permaneced tranquilo—dijo Anselmo,—que ya buscaremos el medio de avisarle.

—¿Sería posible hacerlo?—le pregunté.

—¿Acaso hay en el mundo algo que no lo sea?

—Yo mismo iría al castillo si no fuera por el temor de extraviarme.

—Yo os proporcionaré quien os guíe.

—Mucho os lo agradeceré.

—De seguro que mi hija ha de conocer el lugar en que se halla el castillo, porque es muy aficionada á hacer visitas por todos los lugares vecinos.

—Estará muy lejos de aquí, ¿no es verdad?

—Unas dos leguas por el sitio que indudablemente habéis venido vosotros; pero existen atajos que acortan mucho el trayecto.

El anciano salió de la estancia.

Yo me acerqué de nuevo al lecho de Juan.

Este se había vuelto de espaldas al sitio que yo ocupaba, y pareció disponerse á conciliar el sueño.

Un momento después volvió á entrar Anselmo acompañado de su hija.

Era ésta una encantadora muchacha de diez y seis años.

Sus abundantes cabellos, rubios como el oro, estaban peinados en dos gruesas trenzas que ondulaban hasta su cintura.

Sus ojos eran azules, lo que contrastaba poderosamente con su tez un tanto morena por la acción de los rayos del sol.

Su nariz tenía una perfecta regularidad, así como su boca, roja como una amapola, guarnecida de dientes como perlas.

Era delgada y esbelta.

Su estatura mediana.

Pero lo que desde luego me llamó la atención fueron las distintas impresiones que se retrataban en sus pupilas.

Aquellos ojos reflejaban sus pensamientos, ora tristes y melancólicos como la caída de la tarde, ora risueños y bulliciosos como el despertar de la alborada.

Su frente tenía algo de grande, algo que demostraba que no había nacido para lo vulgar.

Era la paloma torcaz de aquellas campiñas.

Lucía me dirigió una afectuosa sonrisa.

Su padre la expresó su deseo de que me acompañase para indicarme el camino del castillo.

No tardó en complacerle.

Siempre estaba dispuesta á hollar con sus diminutos pies la alfombra de césped de los bosques.

Cruzóse un pañuelo, cuyas puntas ató á la espalda, y me indicó con un acento dulce y armonioso que la siguiese.

Yo obedecí.

En el portal estaba tendido un mastín, que despertó mal humorado, disputándome el paso.

—Calla, Morito—le dijo Lucía acercando su mano á las fauces del animal;—este caballero es un amigo nuestro.

El perro pareció comprenderla y guardó silencio. Sin embargo, no quiso separarse de su ama como si no me creyera persona de bastante confianza, y echó á andar delante de nosotros.

—Mucho siento que os molestéis por mí—la dije tan pronto como estuvimos fuera de la cabaña.

—Yo no me molesto—me contestó con una amabilidad encantadora;—por el contrario, de este modo me proporcionáis el medio de dar un paseo sin que me riña mi padre.

—¿Acaso os riñe cuando salís?

—Me riñe porque dice que me paso el día fuera de casa; pero sus enfados duran poco.

—No lo dudo; vuestro padre debe ser muy bueno.

—Nunca podréis comprender hasta dónde llega su bondad.

—¿Y hace mucho que perdisteis á vuestra madre?

—Yo no la he conocido.

—Es una desgracia.

—Dicen que la pobre murió al darme vida.

—¿Y estáis contenta en estas soledades?

—¿Por qué no?

—¿Nunca echáis de menos otra vida?

—Como no la conozco, no es posible que envidie la de los demás. Yo me paso las horas dedicada á mi padre, que cifra en mí toda su dicha, ó al lado de mis palomas y mis flores.

—¿A las que atribuís un pensamiento tan perfecto como el nuestro?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vuestro padre.

—Es cierto; mi padre se ríe de estas tonterías, pero yo creo firmemente que no lo son. Los animales tienen sus alegrías y sus pesares lo mismo que nosotros; ellos se aman, y algunos hasta serían capaces de sacrificar su vida propia por salvar la nuestra.

Al decir esto pasó su mano por la enorme cabeza del perro, que la dirigió una mirada agradecida.

Guardé silencio.

Aquella conversación tan pueril me ofrecía sus encantos.

En cuanto á Lucía, se había detenido para coger unas flores, con las que adornó sus trenzas de oro.

Pasado un instante ella rompió el silencio.

—Ese joven que habéis llevado herido á mi casa, ¿es pariente vuestro?—me preguntó.

—Es mi hermano.

—¿Y qué opina mi padre respecto á su salud?

—Asegura que la herida no es de gravedad.

—Entonces podéis estar persuadido de ello: mi padre no se equivoca en sus presagios.

—¿Os ha curado alguna vez?

—Yo no he estado enferma nunca; mi única dolencia casi no puede recibir este nombre.

—¿Cuál es?

—Algunas veces me encuentro poseída de una tristeza que inunda mi alma. Entonces trato de combatirla, y recurro á los consejos de mi padre. Otras veces voy al campo; pero ni las palomas ni las flores curan mi melancolía.

—¿Y á qué la atribuís?

Lucía se encogió de hombros.

No hubiera podido dar una explicación de aquellos síntomas tan naturales en un corazón de diez y seis abriles.

Cruzamos el jaral del monte por atajos que la joven me enseñó.

Entonces pude descubrir perfectamente la silueta del castillo.

—¿Queréis que os acompañe hasta vuestra casa?—me preguntó.

—No. Eso sería demasiada molestia.

—¿Sabréis volver?

—Creo que sí—dije examinando el paraje para orientarme al regreso.

—Entonces, adiós, caballero.



Lit. de J. M. Mateu, Azpeitia 5 y 6, Madrid

Entonces descubrí perfectamente la silueta del castillo

—Adiós, niña.

Lucía partió jugando con Moro, que daba saltos de júbilo al verse solo con su ama.

Durante algún tiempo la seguí con la vista.

Su inocencia me cautivó.

Cuando desapareció detrás de las espesuras de los breñales, seguí una senda que conducía directamente al castillo.

De este modo era imposible que me extraviase.

No tardé mucho tiempo en llegar á sitios que me eran sumamente conocidos.

La fortaleza parecía un gigante cuyos ennegrecidos muros se elevaban al cielo.

Era uno de esos colosos del arte arquitectónico donde la mano del hombre ha unido piedra sobre piedra, que se adhieren con la argamasa de los siglos.

Llegué al puente levadizo.

El encargado de su custodia preparó las cadenas, que cayeron con estruendo.

Un momento después penetraba por las arcadas de granitos.

CAPITULO XCIII

CREPÚSCULOS DE AMOR

Excusado es decir que Garcés nos esperaba con la mayor impaciencia.

Además de lo mucho que nos quería, el viejo escudero tenía poderosas razones para temer cualquier desgracia que nos hubiera acontecido, pues él era el único encargado de nuestra custodia.

Por mucho que hubiese variado el carácter de nuestro padre, siempre le hubiera exigido la responsabilidad de lo que aconteciese á sus hijos.

Su fisonomía adquirió un sello de severidad cuando me encontré en su presencia.

—¡Buen rato me habéis proporcionado con vuestra tardanza!—me dijo.

—Tampoco creáis que yo lo he pasado muy bueno.

En aquel instante Garcés dirigió una mirada á la puerta esperando la entrada de mi hermano.

—¿Y don Juan?—preguntó con inquietud cuando estuvo convencido de que no venía conmigo.

—Juan ha tenido, aunque involuntariamente, la culpa de nuestra detención.

El escudero palideció.

Yo había pronunciado mis frases con tristeza.

—¿Acaso le ha ocurrido alguna desgracia?

—Afortunadamente la cosa no entraña gravedad.

—Quizás algún jabalí...

—Nada de eso.

—Hablad pronto, por lo que más queráis en el mundo.

—Juan está herido.

—¡Fuego de Dios! ¿Y cómo pudo ocurrirle semejante desgracia?

—Ibamos corriendo á todo el galope de nuestros caballos en persecución de un ciervo, y se ha inferido una herida en la frente con una rama de encina.

Garcés se había puesto maquinalmente de pie.

—¿Dónde se halla? Es necesario que le socorramos.

—No os inquietéis por él; ya os he dicho que afortunadamente la cosa no ha tenido consecuencias tan graves como las que hubiera podido tener.

—¿Pero estará en el campo?

—No, mi viejo Garcés. Yo le coloqué en seguida sobre mi caballo, y le he dejado en la cabaña de un venerable anciano.

—Perfectamente; pero eso no obsta para que vayamos sin perder un momento junto á él. En una cabaña no puede estar tan atendido como aquí.

—No lo creáis.

—¿Hacia dónde ha ocurrido ese accidente?

—No puedo designaros el sitio.

—Entonces no sabréis ir.

—Sí; es en la cabaña del viejo Anselmo.

—¿El viejo Anselmo?

—¿Acaso le conocéis?

—¿Quién no le conoce en estos alrededores? Con efecto, hijo mío, no os habéis engañado en vuestras apreciaciones. El viejo Anselmo es un hombre que tiene mucha sabiduría unida á la honradez más indiscutible.

—¡Si vierais con qué cariño curó y vendó la herida de mi hermano!

—No lo dudo, y con certeza que no tardaría en recuperar sus sentidos.

—Es verdad; al poco tiempo se hallaba en su conocimiento.

—Es un hombre especial.

—Jamás me habíais hablado de él.

—La casualidad de no haberse presentado ninguna ocasión propicia para ello.

—¿Y hace mucho que Anselmo vive en esa cabaña?

—No hará tres años.

—¿Dónde moraba antes?

—La desgracia de don Juan ha ocurrido en los límites de la demarcación de las tierras de un altivo señor que ha muerto hace poco. Anselmo pertenecía á su servidumbre, ó, por mejor decir, era el verdadero amo.

Su honradez y buen comportamiento le granjearon la estimación del caballero, y dicen que no hacía absolutamente nada que no estuviese sancionado por Anselmo.

Cuando el caballero murió, el anciano que habéis conocido se instaló en esa cabaña.

El no podía soportar la vida bajo la pesada techumbre del castillo, donde había muerto quien le colmó de beneficios durante su peregrinación por este mundo.

—¿De modo que Anselmo gozará de alguna buena manda que le dejaría su señor?

—El caballero murió sin testar.

—¿Y quedó pobre?

—Quedó pobre, si esta palabra se aplica á la escasez de recursos; pero en cambio es muy rico, porque posee un capital en el cariño de todos los que le conocen.

—¿De manera que vos le habéis tratado?

—No; yo únicamente lo sé por referencia de los demás, lo que todavía acredita de un modo más claro su buena conducta.

—Con efecto; pocas veces estamos propicios á hablar bien del prójimo.

—En fin, creo que no es conveniente que nos detengamos; tiempo tenemos de hablar por el camino.

—Es verdad. Corramos á la casa de Anselmo.

Garcés no esperó á que se lo repitiese.

Ensilló dos caballos con la mayor presteza. Cinco minutos después galopábamos hacia la cabaña.

Aunque yo no hubiera recordado el sendero que conducía adonde se hallaba Juan, lo cual no hubiera sido muy difícil, porque la montaña estaba cuajada de pequeños caminos que habían hecho las plantas del hombre, poco hubiese importado, porque Garcés era un hábil conocedor de aquellas localidades.

Con el acicate en los sangrientos ijares del potro, llegamos á las cercanías.

Lucía esperaba á la puerta.

En seguida que nos vió corrió hacia nosotros, como hubiera podido hacerlo una niña de diez años.

—Vuestro hermano se encuentra muy bien—me dijo con alegría infantil.—Ha preguntado por vos, y hemos hablado mucho.

—No es conveniente que ahora se le obligue á hablar—dijo Garcés.—Su cabeza tiene que haberse resentido mucho.

—Lo propio me ha asegurado mi padre, y por eso he salido de la estancia.

Mientras pronunció estas palabras Lucía, nosotros nos apeamos.

Anselmo apareció en el dintel de la puerta.

Después de saludarnos con la afabilidad que le era característica, nos hizo entrar en la habitación del enfermo.

Este se hallaba muy despejado.

Estrechó la callosa mano de Garcés, y se sonrió al verse en presencia de su buen amigo.

—Señores—nos dijo Anselmo,—comprendo perfectamente el interés que os inspira á ambos el herido, y

por esta razón no quisiera que os separaseis de él. Por leve que sea la lesión, ya comprenderéis que ha de incapacitarle para volver al castillo en algunos días, y, por lo tanto, les ofrezco mi humilde morada.

—Muchas gracias, Anselmo—le dije;—eso sería ocasionaros demasiadas molestias.

—No lo creáis; las molestias serán para vosotros, que estáis acostumbrados á las comodidades y el lujo.

—En cambio aquí encontraremos cariño y hospitalidad, que valen mucho más que todas las cosas del mundo.

—Os he hecho preparar una cama en la misma habitación de vuestro hermano. De esa manera podréis atenderle durante la noche, aunque yo he de hacerle algunas visitas. En cuanto á vos—dijo dirigiéndose á Garcés,—tendréis que aveniros á dormir en mi misma estancia.

—No os inquietéis por mí—contestó el escudero;—yo estoy acostumbrado á descansar sobre las peñas. Tengo sesenta años, y cuento tantas batallas como Carlos V.

—Además, es un acreditado cazador—añadí yo,—que ha pasado muchas noches en los jarales.

Mi hermano Juan, al oir mi voz, volvió la cabeza para mirarme.

Después me hizo una seña para que me acercara.

Lo verifiqué.

—Si no he entendido mal, tú vas á ser el único que parmanezca esta noche á mi lado.

—Eso han dicho.

—Mucho lo celebro: tenía necesidad de hablarte á solas.

Anselmo me indicó la conveniencia de que no se fatigase al enfermo con la conversación.

—Ahora, mientras descansáis un rato—le dijo,—vuestro hermano y Garcés me acompañarán en la mesa.

Quisimos excusarnos, pero en balde.

Aquella hospitalidad era tan franca, había en su invitación tanta sinceridad, que una negativa hubiera sido inferirle un agravio.

Pasamos á la estancia, donde ardía un buen fuego.

La mesa estaba cubierta con un mantel blanco como la nieve.

Si los manjares que nos sirvieron no eran los más selectos, en cambio estaban perfectamente condimentados y acusaban el aseo y la pulcritud más exagerados.

Confieso que pocas veces he hecho los honores á la mesa con más satisfacción.

El pan de Anselmo era el pan otorgado generosamente por un hombre de bien.

Terminada la comida, Anselmo y Garcés se sentaron al amor de la lumbre.

Los troncos de encina se retorcían en el hogar formando caprichosos incidentes.

Ambos empezaron á evocar recuerdos de pasadas eras.

Esta conversación, tan grata para los que han sido testigos presenciales, es quizá la más aburrida para la juventud.

Cuando la cabeza está llena de canas, es muy dulce evocar la memoria de nuestra juventud; pero no es comprensible este placer para el joven, que cifra todas sus ilusiones en el porvenir.

Lucía me miraba sonriente.

Yo tampoco apartaba mis ojos de ella.

Había algo en la angelical hermosura de aquella niña que me atraía y me cautivaba.

Quizá la hubiese llegado á amar, si las circunstancias no me hubieran advertido aquella misma noche que mi deseo era imposible.

Ambos escuchábamos el relato de los ancianos.

Garcés refería las gloriosas hazañas hechas por él en los combates á que asistió.

Anselmo recordaba las bondades de su antiguo amo.

Su acento era mesurado y discreto.

Desde luego se comprendía que el caballero á quien sirvió no había obrado ligeramente al hacerle su consejero.

Lucía me hizo una seña para que me sentase á su lado.

Obedecí.

—¿Os gustan estas pláticas que sostienen mi padre y el anciano que os ha acompañado?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque yo estoy muy aburrida.

—¿De qué queréis que hablen? Los viejos no tienen más satisfacción que apelar á los recuerdos de ayer.

—Es verdad; pero nosotros somos jóvenes.

—Indudablemente.

—Y no tenemos, por lo tanto, necesidad de oirles. ¿Queréis que os enseñe mis palomas?

—Tendré mucho gusto en verlas, aunque desde luego os aseguro que no habrá ninguna tan bonita como vos.

—¡Ah, no lo creáis!—repondió Lucía ruborizándose.—Ellas son mucho más bonitas que yo. Mi cutis se ha curtido con los rayos solares; y, en cambio, ellas no han perdido su inalterable blancura.

Lucía corrió hacia su padre, interrumpiendo el diálogo que éste sostenía con Garcés.

Luego le dió un beso en la frente.

—¿Te marchas?—la preguntó.

—Sí, me voy con este joven, qne quiere conocer á mis palomas.

El viejo Anselmo se sonrió.

Un momento después salimos de la estancia.

El palomar estaba situado en un extenso desván.

Allí revoloteaban las cándidas avecillas que constituían los encantos de Lucía.

Me designó las parejas que más amaba, y me hizo sabedor de sus costumbres.

Aquellas puerilidades, que hubiesen predispuesto á la hilaridad á otro que no fuese yo, me hacían mas agradable la conversación de aquella hermosa mujer, que era una niña en sus apreciaciones.

Cuando hacía una media hora que permanecíamos en aquel sitio, advertí que la hija de Anselmo se había quedado silenciosa, contra su costumbre.

—¿Qué os pasa? —la pregunté.

—Quería pediros un favor.

—Cuantos queráis.

—¿Tenéis inconveniente en que vayamos á visitar á vuestro hermano?

—¿Qué inconveniente he de tener?

—¿Vamos entonces?

—Vamos.

—Apenas he tenido ocasión de verle más que un instante, y, sin embargo, no podéis figuraros la impresión que me ha causado su desgracia.

—Eso acusa lo buena que sois.

—¿Es vuestro hermano tan cariñoso como vos?

—Mucho más.

—¿Cómo se llama?

—Juan.

—¿Ambos os querréis mucho?

—Como no es posible que se quieran otros en el mundo.

Lucía se quedó de nuevo preocupada.

Un momento después salimos del desván y bajamos por la estrecha escalera que conducía á la planta baja.

—Andad despacio — dijo Lucía cuando pasamos por delante de la habitación donde estaban Anselmo y el viejo escudero,—porque si nos oyen entrar en la estancia del herido nos van á reñir.

Yo no pude menos de sonreirme al escuchar los temores que abrigaba.

Lucía lo advirtió.

—Os burlaréis de mis nimiedades, pero no puedo

variar mi carácter. Mi padre me dice muchas veces que parezco una niña.

—¿Acaso es eso un defecto?

—Sí, porque ya tengo diez y seis años.

—Todavía sois una flor que no ha abierto su corola.

Lucía y yo llegamos á la habitación que ocupaba Juan.

La joven abrió la puerta, procurando que no rechinaran sus goznes.

El enfermo dormía profundamente.

—¡Pobrecillo!—exclamó la hija de Anselmo.—Dios quiera devolverle pronto la salud.

—Dios lo haga, aunque entonces no tendremos el gusto de veros con tanta frecuencia.

—¿Cómo?—me preguntó clavando en mí sus expresivos ojos.

—Ahora las circunstancias nos obligan á vivir juntos; pero desde el momento en que Juan esté restablecido, nos volveremos á nuestra casa.

—Pero ¿no vendréis á vernos?

—Indudablemente que sí, porque el agradecimiento lo reclama.

—¿Vendréis todos los días?

—Siempre que nos sea posible tendremos un placer grande en visitaros.

Lucía lanzó un suspiro.

Mi respuesta no era tan concreta como hubiera deseado.

Pasado un instante me preguntó:

—¿Vivís muy lejos?

—Unas dos leguas. ¿Acaso no me habéis guiado vos misma?

—¡Ah! ¿pero el castillo es vuestra morada?

—¿No lo sabíais?

—No—dijo con tristeza.

—Mi padre es el señor de Lara, propietario del castillo hasta cuyas cercanías me acompañasteis esta mañana.

—¿De modo que vosotros seréis los dueños de sus haciendas el día en que él muera?

—Dios quiera que tarde mucho tiempo en acontecer.

—¿Pero todo os pertenecerá?

—Indudablemente que sí. Mi hermano Juan, que es el primogénito, será poseedor de la mayor parte del patrimonio de mi familia.

—¿Y vos?

—Yo seré dueño de otras posesiones.

Lucía guardó silencio.

Una lágrima brotó de sus pupilas.

Yo era demasiado niño para explicarme el origen de su tristeza.

Un momento después la joven me indicó su deseo de volver al lado de su padre.

Este y Garcés no habían interrumpido su diálogo.

CAPITULO XCIX

UNA CONFIDENCIA FRATERNAL

Declinó la tarde.

El sol se ocultó hasta el siguiente día detrás de las cúspides de las montañas.

Los troncos del roble se habían calcinado en el hogar.

Entre sus cenizas aun brillaban algunas ascuas mortecinas.

El diálogo iba siendo menos escaso en interés.

Anselmo y el escudero bostezaban á cortos intervalos.

Todo acusaba que había llegado esa hora dispuesta por la naturaleza para rendirle culto al dios Morfeo.

Anselmo y Garcés se dirigieron á la habitación de mi hermano.

Como éste seguía dormido, y su respiración acusaba tranquilidad, no dudaron en acostarse, haciéndome, no obstante, especial encargo de que les avisara si se operaba alguna crisis.

Lucía se marchó á su habitación.

Parecía estar malhumorada.

Un momento después todos descansaban bajo el humilde techo de la cabaña.

Yo era el único que no podía conciliar el sueño.

Acostumbrado al lujo de la habitación que tenía en el castillo, me extrañaba cuanto me rodeaba.

Observé detenidamente á mi hermano.

Su sueño era normal.

Entonces me dirigí á la ventana

La noche estaba espléndida.

Millares de estrellas iluminaban el firmamento.

Los árboles parecían caprichosos fantasmas.

La frescura de la noche contribuía á alejar el sueño de mis párpados.

Haría una media hora que estaba abismado en mis pensamientos, cuando escuché que mi hermano se revolvía en el lecho.

Inmediatamente me acerqué á él.

Juan abrió los ojos y los clavó en mí.

—¿Cómo estás, hermano mío?—le pregunté.

—Me encuentro bastante bien; el sueño ha reparado mucho mis fuerzas.

—¿Quién puede dudar que es una gran medicina?

—¿Estamos solos?

—Completamente.

—¿Se ha acostado Anselmo?

—Creo que sí.

—¿Y Garcés?

—También. ¿Querías alguna cosa de ellos?

—No; precisamente quería que nos hallásemos como ahora.

—Con efecto, ahora recuerdo que me indicaste antes tus deseos de hablarme á solas.

—Sí, y nunca hallaremos una ocasión más propicia.

—Te escucho, pues.

—Antes de nada debo hacerte una pregunta.

—Cuantas quieras.

—¿Conoces á la hija de Anselmo?

—¿A Lucía?

—Sí. ¿No he de conocerla? Precisamente es la persona que me ha acompañado esta mañana hasta las cercanías de nuestro castillo.

—¿Qué te parece esa niña?

—Un ángel.

—Veo que has formado de ella la misma idea que yo.

—Me parece que opinarán lo propio todos los que la conozcan.

—Figúrate, hermano mío, que me hallaba presa de una espantosa pesadilla, cuando me desperté evocando tu nombre. Extendí la mano para apoderarme de la tuya; pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver á mi lado á esa encantadora criatura!

—Con efecto, que es encantadora. Si Lucía vistiese como las damas de la corte, sería de seguro el asombro de los salones.

—No—respondió Juan,—yo no concibo á Lucía con trajes lujosos; ella es más hermosa con su humilde saya y su modesto tocado.

—No obstante, siempre las galas realzan la hermosura.

—No lo creas; la amapola que brota en los campos no debe colocarse en un búcaro de oro; es más gentil entre las rubias espigas.

—Has hablado con ella, según me ha dicho.

—Sí; hemos cambiado algunas frases, y éstas han sido suficientes para despertar en mi alma sentimientos desconocidos hasta hoy.

—No te comprendo.

—Fernando, creo que amo á Lucía.

Ne supe qué responder.

Para mí el amor era un sentimiento completamente desconocido.

—Creo que la amo, y que no podría ser dichoso más que al lado de esa mujer.

—Hermano mío—le dije,—yo creo que no puedes asegurarlo de una manera tan concreta; pero si sucediese como lo dices, tal vez esto te serviría de base para tener muchos disgustos.

—¿Por qué razón?

—Sabes que nuestro padre pertenece á una de las más ilustres familias de España, y no sería fácil que consintiera jamás unos amores con Lucía.

—¿Por qué?

—Ella es una modesta aldeana.

—Pero es muy hermosa y parece muy buena.

—No dudo que sea lo segundo, pues lo primero no puede ser mas ostensible; pero ¿se contentaría nuestro padre con esas dos prendas?

—¿Cuáles hay de más valor?

—Ninguna; pero ya sabes la diferencia que se establece entre los nobles y los plebeyos.

—La sé; pero creo que será por lo único que he de tratar de evadirme de la obediencia.

—¡Quiera Dios que no tengas que arrepentirte!

Los dos hermanos guardamos silencio.

Yo fuí el primero que lo interrumpí.

—¿De modo que estás decidido á declarar tu amor á Lucía?

—Creo que no hace falta.

—¿Acaso lo has hecho ya?—le pregunté con extrañeza.

—No; pero nuestras almas se han comprendido. Cuando me apoderé de su mano creyendo que era la tuya, tan pronto como se deshizo mi error la he llevado á mis labios, depositando en ella un ardiente beso.

—¿Y qué hizo Lucía?

—Sus mejillas se han cubierto de púrpura, pero ya no era tiempo de esquivar el beso.

—Lucía me había dicho que había cambiado contigo algunas palabras.

—Con efecto; pero apenas hablamos. No obstante, nos ha bastado mirarnos una sola vez para que los dos hayamos sentido los impulsos del amor.

—No dudo que ella se ha impresionado.

—¿Acaso lo conociste cuando te habló de mí?

—Sí; ahora me explico perfectamente la causa de su tristeza.

—¿De su tristeza?

—Esta tarde, mientras el viejo Anselmo hablaba con Garcés, me ha invitado Lucía á que fuese á ver sus palomas. Cuando estábamos contemplándolas me preguntó tu nombre, y quiso saber algunos detalles que se relacionasen con tu persona.

—¿Qué preguntas te hizo?—me interrogó Juan con marcado interés.

—Quiso saber si eras bondadoso, si me apreciabas; en una palabra, todo lo que su curiosidad le sugirió.

—¿Y qué le has contestado?

—Esa pregunta es completamente inútil. Tratándose de tu persona, yo no podía más que hacer los elogios que te mereces.

—Gracias, Fernando; no sabes lo mucho que te agradezco que hayas contribuído á que me quiera.

—Después—proseguí—le dije que éramos los hijos del señor de Lara, y que tú, como primogénito, serías el dueño del castillo feudal á que me había acompañado.

—¿Ya sabría por su padre que ambos pertenecemos á la más elevada nobleza?

—No solamente lo ignoraba, sino que la noticia de que el día de mañana has de ser poderoso pareció contrariar sus deseos.

—¿Hubiera preferido que fuese pobre?

—Quizá.

—¡Qué extrañas son las mujeres! No obstante, eso no es más que una impresión del momento.

—Pero arrancó una lágrima de sus pupilas.

—Como comprenderás, á toda mujer, por escasa que

sea su ambición, siempre le agrada tener un esposo que la cubra de galas.

—¿Pero tú has pensado formalmente en hacerla tu esposa?

—Desde luego. ¿No se lo merece Lucía?

—¿Lo consentirá nuestro padre?

Juan se encogió de hombros.

Ni siquiera quiso tomarse el trabajo de profundizar la pregunta que acababa de hacerle.

Como la noche avanzaba, y nuestra conversación podría redundar en su daño, me decidí á acostarme.

Apenas lo hube verificado, entró en la estancia Anselmo, que había escuchado el rumor de nuestras voces.

—Hijos míos—nos dijo con acento de dulce reconvención;—veo que no cumplís lo que os he encargado, y tendré que adoptar la medida de separaros. El enfermo no está en disposición de hablar mucho; y en cuanto á vos, debéis cuidar de que no se esfuerce con diálogos que pueden tener lugar durante la convalecencia.

—Tenéis razón—le dije.

—Y si lo conocéis así, ¿por qué no dejáis la lengua en reposo?

—Mi hermano ha despertado hace poco, y estaba bajo los efectos del insomnio. ¿Qué habíamos de hacer más que hablar?

—No, vuestro hermano no tardará en conciliar nuevamente el sueño; y en cuanto á vos, podéis encontrar recursos para entretener la imaginación.

—¿Cuáles?

—¿No tenéis afición al estudio?

—Sí; pero carezco de medios para hacerlo.

—No os comprendo.

—Aunque es vergonzoso decirlo, nuestra educación ha sido puramente militar. Sabemos manejar las armas, dominamos un corcel.

—¿Y qué más?

—Nada más—respondí avergonzado.

—¿De modo que desconocéis en absoluto las ciencias y las artes?

—En absoluto.

—¿Cómo ha padecido un descuido tan grave vuestro padre?

—Mi padre no reside en Valencia desde hace algunos años.

—Eso no implica para que os hubiese puesto bajo la tutela de un hombre ilustrado.

—Sólo hablamos con el escudero Garcés.

—Parece un excelente anciano, pero él no es el llamado á disipar las sombras de vuestra ignorancia.

—Demasiado lo comprende él mismo, y de ello se queja continuamente.

—Indudablemente vuestro señor padre se apoya en que mañana seréis inmensamente ricos, pero esto no implica para que os ilustréis. No porque un joven tenga asegurado su porvenir debe prescindir del estudio. El estudio, hijo mío, es el pan del alma. De poco valen las riquezas cuando se ignora hasta el medio de saberlas emplear.

—Si no fuese por cometer un abuso, os haría una proposición.

—Hacedme cuantas queráis.

—Vos sois un hombre instruído, según aseguran todos.

—No lo creáis; el hombre nunca llega á merecer ese título. Me he quemado las pestañas delante de los libros, pero no me tengo por sabio.

—¿Queréis enseñarme algo de lo que habéis aprendido?

—¿Por qué no?

—En ese caso desde mañana seré vuestro discípulo.

—Bueno. Mañana hablaremos de nuestros propósitos; ahora es necesario darle reposo al cuerpo.

Anselmo se acercó al lecho de Juan.

Este se había dormido.

Cuando se convenció el anciano de que la fiebre no era muy intensa, salió de la estancia despidiéndose hasta el siguiente día.

Yo permanecí algunos momentos bajo la impresión del insomnio; pero, á fuerza de dar vueltas en el lecho, mis párpados fatigados se cerraron.

CAPITULO C

UN BESO Y UN JURAMENTO

Transcurrieron algunos días.

Juan caminaba rápidamente hacia la salud.

Gracias al bálsamo de Anselmo y los solícitos cuidados de todos, la herida se había cicatrizado y pudo abandonar el lecho.

Una hermosa mañana obtuvo autorización del anciano para dar un paseo por los alrededores de la cabaña.

Me brindé á ser su acompañante, pero advertí que no aceptaba con júbilo mi proposición.

Una mirada que cambió con Lucía me indicó que la joven había anticipado sus ofrecimientos.

Le ayudé á vestirse.

Confieso ingenuamente que tuve curiosidad de saber lo que habían de decirse Juan y Lucía en aquel paseo matinal, y decidí seguirlos con objeto de escu-

char su diálogo si se detenían en las espesuras del bosque.

Esta curiosidad es disculpable en un joven de los años que entonces tenía.

Yo pensaba con sobrada razón que ambos habían de hablar de amores.

Aquella conversación me halagaba, porque era desconocida para mí.

Cuando mi hermano salió acompañado de Lucía, esperé observando desde la ventana de mi estancia á que se hubieran alejado un poco.

Entonces tomé mi sombrero y salí.

Grandes fueron mis precauciones para que no me descubriesen, precauciones, después de todo, innecesarias, pues tanto Juan como Lucía iban tan abstraídos en su diálogo, que no pensaron ni una sola vez en dirigir una mirada hacia atrás.

Cruzaron la verde vega, que, como una alfombra de esmeraldas, separaba la choza del monte, y no tardaron en perderse de vista entre los espesos breñales.

Entonces apresuré el paso.

Ambos se habían sentado sobre el césped.

Me deslicé como un reptil entre las espadañas que crecían á la orilla de un riachuelo, y pude llegar, sin ser visto, á unas tres ó cuatro varas del sitio en que se hallaba la enamorada pareja.

—Lucía—decía mi hermano con las más dulces inflexiones de voz,—¿á que no sabes por qué me he curado tan pronto?

La joven le miró, y no supo qué contestar.

—Habrá quien crea que ha sido por las medicinas que me ha proporcionado tu buen padre, ó por los solícitos cuidados de mi hermano y de Garcés; pero se equivocaría en sus apreciaciones. Yo me he curado, porque necesitaba verte á solas y decirte lo mucho que te amo.

Lucía miraba á Juan.

Sus mejillas estaban cubiertas de un tenue carmín.

Una encantadora sonrisa vagaba en sus labios.

Nacida la cándida gacela en la soledad de aquellas montañas, sin más compañeros y amigos que su padre y sus palomas, no sabía que existiera esa farsa social que exige que la mujer disfrace su pensamiento con una modestia ficticia.

—No había tenido ocasión de decirte mi amor—prosiguió Juan rodeando con su brazo el talle de la joven,—pero mis ojos te lo habían revelado. ¿No es verdad que tú lo sabías?

—Juan—respondió la hija de Anselmo con acento turbado,—yo no sé si lo que experimentas es lo mismo que siento en el alma. Lo único que puedo decirte es que yo era muy dichosa con las caricias de mi padre y los halagadores arrullos de mis aves?

—¿Y hoy no te sucede lo mismo?

—Hoy parece que ha entrado la reflexión en mi alma. No pienso más que en ti desde que brilla el sol entre la enredadera de mi ventana. Mi padre me encuentra distraída. Cuando hablan de ti, yo escucho con más interés que lo hago por nada, y cuando se cierran mis ojos eres la preocupación de mis sueños.

—¡Bendita seas, alma mía! —exclamó Juan con enamorado acento.

—Si esto es amor, yo no lo sé; pero ojalá no reciba este nombre.

—¿Por qué?

—Hay muchas razones para que yo lo tema.

—Dímelas.

—Tu hermano me ha asegurado que tan pronto como te encuentres restablecido te marcharás de la casa de mi padre.

—Es cierto; ya ves que no puedo permanecer en ella.

—Entonces te veré menos.

—No lo creas; yo te juro que vendré á verte todos los días.

—Nunca puede ser con tanta frecuencia.

—Además, que esta situación no ha de ser eterna.

—No entiendo lo que me quieres decir.

—Quiero decirte que llegará un día, tal vez más próximo de lo que te figuras, en que podamos permanecer juntos á todas horas.

—¿A todas horas?

—Sí.

—¿De qué modo? Mi padre no lo consentiría desde el instante en que advirtiera nuestros amores.

—¿Acaso no has de ser mi esposa?

—¡Ay, Juan, eres demasiado noble para concederme ese favor!

—¿Demasiado noble? ¿Acaso no mereces tú ser la esposa de un rey?

—Eso piensas tú; pero es posible que tu padre no abunde en semejantes ideas.

—Sería por lo único que quebrantaría su obediencia.

—De ningún modo; mi padre no lo consentiría tampoco.

—Lucía,—dijo Juan,—no anticipemos males que no sabemos si han de llegar.

—Es cierto; tiempo sobrado tendremos de deplorarlos.

Entonces entablóse entre ambos uno de esos diálogos de amor que tan naturales son en dos adolescentes.

Aquel diálogo terminó con un beso y un juramento. Lucía prometió á Juan que jamás amaría á otro que no fuera á él.

El sol empezaba á lanzar sus rayos, y la pareja pensó en el regreso.

Los vi partir juntos.

Yo me quedé solo y pensativo.

¿Encontraría alguna vez en mi camino á la mujer que había de inspirarme una pasión tan arrebatadora como la que mi hermano experimentaba?

Difícil era responder á esta pregunta; pero lo cierto es que yo advertía en mi corazón esa dulce necesidad de compartir mis placeres y mis alegrías con otra persona.

Estaba acostumbrado á ir á todas partes con mi hermano.

Juan era mi compañero de paseo.

Con Juan soñaba yo muchas veces fraguando quimeras para el porvenir.

Sin embargo, desde aquel instante él había de considerar como preferente el objeto de sus amores.

Con efecto, mi hermano mayor cambió de carácter desde aquel día.

Hízose más reflexivo y hasta fué menos franco con todos.

Procuré distraerme con el estudio.

Anselmo me daba lección todos los días, asegurándome que tenía disposición para aprender.

El me hablaba de todo, y adquirí conocimientos generales que casi todos se los debo á aquel improvisado mentor.

Un día advertí que mi hermano y Lucía se hallaban muy tristes.

Pensé por un momento que había mediado entre ambos alguna de esas pequeñas enemistades de los novios, que sólo sirven para hacer más agradable la reconciliación; pero no tardé en saber la verdadera causa que les preocupaba.

Terminada la lección de aquella tarde, Anselmo me dijo:

—Amigo mío, es necesario que conciliemos el modo de no interrumpir nuestras tareas, y esto va á ofrecer algunas dificultades desde mañana.

—¿Por qué razón?

—Vuestro hermano Juan se halla completamente restablecido, y Garcés y yo hemos convenido que volváis á vuestra casa.

—Nada más natural, pues no hemos de pasarnos la vida ocasionándoos molestias.

—No, Fernando, vosotros no me habéis molestado, y creed que os veré partir con lágrimas en los ojos.

—También hubiera deseado no separarme.

—Las circunstancias son las que lo reclaman.

—No os comprendo.

—Me explicaré con más claridad sin inconveniente, pues, á pesar de vuestros pocos años, pensáis con mucha sensatez, y sois susceptible de guardar un secreto.

Anselmo se puso en pie.

Miró después hacia la puerta para cerciorarse de que estábamos solos.

Yo no dejé de sorprenderme por aquellas precauciones.

—No podéis permanecer más en esta casa,—me dijo en voz baja,—porque la estancia de vuestro hermano es peligrosa para mi honor.

—¿Para vuestro honor?

—Sí; Juan y Lucía se aman.

No afecté sorpresa porque yo no sabía mentir; así es que cuando me preguntó si estaba enterado de aquellas relaciones, le respondí abiertamente que sí.

—Vuestro hermano,—prosiguió Anselmo,—tiene veinte años; Lucía está en la primavera de la juventud, no conoce más mundo que sus palomas y los alrededores de esta cabaña, porque yo he tenido un especial cuidado en que ignore todo lo malo que en el mundo existe, y creo que sería peligroso bajo muchos conceptos el amor que ha despertado en su alma.

—¿No os parcce mi hermano digno de ser esposo de vuestra hija?

—Quizá porque me lo parece demasiado no lo puedo aceptar.

—¿Os parece demasiado?

—Sí; mi hija es muy hermosa y muy buena, pero ha nacido en una humilde cuna.

—Juan me ha repetido más de cien veces que eso es lo que menos le importa.

—Juan obedece á impresiones del momento; pero como no ha llegado á su mayor edad, tiene que acatar órdenes superiores.

—¿Las de mi padre?

—¿Os parecen poco importantes?

—Lejos de mí asegurar semejante cosa.

—Vuestro padre no permitirá jamás que su primogénito se enlace con la modesta hija de Anselmo.

—Es una consideración que he hecho á mi hermano antes que vos.

—¿Y qué respondió?

—Que sería lo único en que desobedecería á mi padre.

—Eso jamás; los hijos que no cumplen los deseos de sus padres no pueden llegar á ser felices nunca.

—¿De modo que estáis decidido á que terminen esos amores?

—Sí; más vale que hoy, que sus raíces no son muy profundas, tratemos de extirparlos.

—Conozco el carácter tenaz de mi hermano, y os va costar trabajo conseguirlo.

—No lo creáis: Lucía es muy obediente, y no se atreverá á quebrantar una orden mía.

—¿Y respecto á mis estudios?

—Respecto á vuestros estudios no tenéis necesidad de abandonarlos.

—¿Me permitiréis venir todos los días á vuestra casa?

—¿Acaso no es vuestra?

—Gracias, Anselmo, yo os prometo que no faltaré.

El anciano y yo nos separamos.

Yo fuí en busca de Juan.

Este estaba muy mal humorado porque sabía el convenio del padre de Lucía hecho con Garcés.

—¿Sabes que hoy nos marchamos de aquí?—me preguntó.

—Acaban de decírmelo.

—¿Quién?

—Anselmo.

—¿No te ha dicho las causas?

—No; pero supongo que tu mejoría será el único motivo de ella.

—No lo creas.

Afecté sorpresa por no disgustar más á mi hermano.

—Anselmo quiere que salgamos de esta morada porque ha comprendido mis amores con su hija.

—¿Y qué piensas hacer?

—Todo menos olvidarla.

—Sin embargo, vuestras entrevistas serán imposibles.

—No lo creas.

—¿Qué medios emplearás para verla.

—Lo ignoro; pero alguno ha de ocurrírsele á mi imaginación.

—Anselmo la celará.

—No lo dudo.

—Es seguro que no ha de dejarla que vaya sola por los campos.

—También es posible.

—Entonces...

—A alguna hora ha de dormir.

—¿Y piensas entrar en su casa aprovechando su sueño?

—Pienso poner en práctica cualquier proyecto, con tal de conseguir mis fines.

—Creo que haces mal.

Juan me miró con enfado.

—¡Que hago mal!—repitió.—Bien se conoce que ignoras lo que es amar á una mujer.

—Yo creo que aun estás en condiciones de olvidarla.

—Eso, nunca; primero me arrancarán la vida que olvidar su amor.

Pronunció aquellas frases con una energía, que me estremecí.

—Quizás Anselmo, al creer que las raíces de aquella pasión eran poco profundas, se había engañado completamente.

—Mira, hermano mío,—prosiguió Juan,—todo lo que hagan es inútil. Creo que si ocultaran á Lucía en

el infierno, iría á arrancarla de los brazos del mismo Satanás.

—Tu imaginación se exalta.

—No lo creas. Ya ves si yo te he querido siempre; pues abrigo la certeza de que si mañana te enamorases de Lucía, pensaría con deleite en el fratricidio.

—¡Oh! calla,—exclamé con horror.

—Soy un loco, y á un loco no es posible llevarle la contraria sin grande riesgo de la vida del que lo intente.

Nuestro diálogo fué interrumpido por la presencia de Garcés.

Este nos anunció que los caballos estaban ensillados.

Me despedí de Anselmo hasta el siguiente día, procurando que mi hermano no lo oyese, pues no era conveniente que supiera que iba á visitarle con tanta frecuencia.

Juan abrazó á Lucía.

Su anciano padre no se opuso á esta demostración de afecto, porque abrigaba la certeza de que sería la última vez que los jóvenes se abrazasen.

La pobre niña estaba muy triste y hacía grandes esfuerzos para no llorar.

Mi hermano, Garcés y yo abandonamos aquella morada con lágrimas en los ojos.

No era fácil que ninguno olvidásemos la generosa hospitalidad con que nos habían recibido.

Montamos en nuestros respectivos corceles y partimos con dirección al castillo.

Poco animada fué nuestra conversación durante el viaje.

Juan, que marchaba muy preocupado, no cesaba de mirar hacia atrás.

Junto al dintel de la puerta de la morada de Anselmo se descubría la esbelta figura de su encantadora hija.

Poco tardó en desaparecer de nuestra vista.

El trote de nuestros caballos nos colocó á una respetable distancia de aquellos tranquilos parajes.

Pasamos al otro lado del monte por estrechos y desiguales senderos.

Entonces descubrimos la severa é imponente silueta del castillo.

Sus ennegrecidos muros estaban en aquel momento bañados por los últimos rayos del sol.

Clavamos los acicates y partimos á galope para que no nos sorprendiera la noche.

Poco tardamos en conseguir nuestro objeto.

El escudero encargado del puente levadizo lo dejó caer.

Los tres entramos en el castillo.

Todos los servidores celebraron nuestra llegada y la mejoría de Juan, que había de ser su señor algún día.

Tenían conocimiento de lo que había ocurrido, porque Garcés había cuidado de avisarles con objeto de que no se alarmasen.

Nos esperaba un fuego reparador y una buena cena.

Mi hermano no quiso aceptar la segunda.
Yo en cambio hice los honores á la mesa.
Después de conversar un rato nos acostamos.
Aquella noche Juan fué el único que no durmió.
Necesitaba buscar un medio para ver á Lucía.

CAPITULO CI

UN AMOR CONTRARIADO

—Diréis, y con sobrada razón,—exclamó Fernando de Lara dirigiéndose á doña Marina, é interrumpiendo un momento su historia,—que soy un poco pesado en describiros hasta los puntos más insignificantes y pueriles de mi relato, pero perdonad mi egoísmo. Siempre tienen encantos las épocas pasadas, y yo me deleito con su recuerdo.

—Podéis hacerlo,—respondió la joven;—yo me intereso también por lo que me contáis.

—Sentiría pecar de importuno.

—No; deseo saber cuál fué la suerte de Lucía.

Fernando de Lara volvió á tomar el hilo de su relación.

—Desde aquel día mi hermano fué repetidas veces á casa de Anselmo, pero no consiguió ver á su amada.

Tenía el anciano demasiada experiencia para dejarse engañar.

Unas veces pretextaba que su hija había salido.

Otras que se hallaba enferma.

Lo cierto es que Juan no logró verla.

Su desesperación no tenía límites.

Apeló á las súplicas con su padre.

Viendo que esto no le daba resultado, le trató con sequedad; pero todos estos medios fueron infructuosos.

El viejo Anselmo comprendía que aquellas relaciones no eran convenientes, y estaba decidido á evitarlas á toda costa.

Yo había puesto un especial cuidado en ocultar á mi hermano que iba á ver á Anselmo todos los días para dar mi lección.

Esto dió origen á que mediase entre ambos un pequeño disgusto.

Al regresar una tarde hacia el castillo, como tenía por costumbre, me encontré á Juan que caminaba en sentido inverso.

—¿De dónde vienes?—me preguntó.

La pregunta me cogió tan de sorpresa, que vacilé antes de responderle.

Juan me dirigió una mirada iracunda y me dijo:

—¡Parece mentira que le hagas ocultaciones á tu hermano mayor!

—Yo no te oculto nada.

—Eso no es verdad. Prueba de ello que ahora vienes de la casa de Anselmo.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta entereza, que no traté de alucinarle con una mentira.

—Con efecto, vengo de casa de Anselmo.

—¿Has visto á Lucía?

—No.

—¿Y es esta la primera vez que le has visitado desde nuestra partida?

—Para que no me vuelvas á echar en cara que miento, debo responderte que voy á esa casa todos los días.

—¿Todos los días?

—Sí.

Mi hermano palideció.

Un extraño pensamiento había cruzado por su imaginación.

Tuvo celos de mí.

Yo comprendí lo que le pasaba, y me apresuré á deshacer sus errores.

—Juan,—le dije,—veo que en tu alma ha brotado una sospecha injusta. Yo voy todos los días á casa de Anselmo, porque este honrado amigo es mi profesor.

—Perdóname, Fernando, y no te extrañe cualquier locura. Amo á esa mujer, y mi cerebro se extravía.

—Aunque la hubiese amado tanto como tú, para mí hubiese sido un amor imposible.

—Gracias, no lo dudo, porque sé lo mucho que me quieres y me consideras.

—Yo no había querido decirte nada, porque sabía que esto excitaría tu encono contra Anselmo.

—¿Pero has visto á Lucía algunas veces?

—Muchas.

—¿Cómo está? ¿Te habla de mí? ¿Sigue guardando mi amor como en un santuario?

—Respecto á tu primera pregunta, te diré que la pobre niña está muy pálida.

—¡Pobre paloma mía! ¡Quizá se halla enferma!

—No es imposible. Lucía es una flor que hoy carece del rocío de tus halagadoras palabras.

—¡Oh, yo te juro que pronto ha de oirlas de nuevo!

—En cuanto á lo que me has preguntado respecto á si me habla de ti, te diré que no es fácil que lo haga, pues siempre nos vemos en presencia de su padre.

—Sin embargo, yo creo que no puede haberme olvidado.

—No solamente debes creerlo, sino que puedes asegurarlo.

Juan se quedó pensativo.

Un momento después volvió á dirigirme la palabra.

—Fernando, tengo que pedirte un señalado favor, y puede ser que algún día encuentre ocasión de recompensártelo.

—Cuantos quieras.

—¿Irás mañana á la casa de Anselmo?

—Seguramente que sí.

—Es probable que veas á Lucía.

—No es, por lo menos, imposible.

—En ese caso, como no podrías decirle nada de lo que te encargase sin despertar las sospechas de Anselmo, vas á entregarla una carta mía.

—Lo haré.

—Te debo más que la vida, porque te debo la salvación de mi alma.

Nuestro diálogo fué interrumpido.

Pocos momentos antes de llegar al puente sentimos detrás de nosotros el rápido galope de un caballo.

Un impulso natural nos obligó entonces á mirar hacia atrás.

El jinete nos era desconocido.

Al llegar al sitio en que nos hallábamos detuvo su corcel, y quitándose el sombrero respetuosamente, nos preguntó si vivíamos en el castillo de Lara.

—Somos hijos de su dueño,—respondió Juan.

—En ese caso, tengo que entregaros una carta de vuestro padre, que es mi señor.

Inmediatamente echó pie á tierra y entregó á mi hermano la epístola.

Este la abrió.

Nuestro padre nos anunciaba que dos ó tres días después nos haría una visita, encargándonos que se preparasen alojamientos en el castillo, pues vendría acompañado de algunos amigos, con quienes deseaba cazar en los alrededores.

Juan y yo manifestamos al recién llegado que cumpliríamos lo que se nos encargaba.

El mensajero montó de nuevo, y después de saludarnos con mucha cortesía partió como una centella.

Un momento después cruzamos el puente levadizo y entramos por el portón.

Garcés limpiaba una tizona.

Al vernos nos saludó con la amabilidad que le era característica.

Sin embargo, no tardó en fruncir el ceño con mal humor al saber por nuestros labios que nuestro pa-

dre debiera alojarse unos cuantos días en el castillo.

Su incomodidad, mal disimulada, creció de punto cuando supo que mi padre venía acompañado de algunos amigos.

Nosotros lo comprendimos.

Aquel era el único defecto que advertíamos en Garcés.

No podía transigir con que su señor hubiese abandonado sus anteriores costumbres.

Para aquel hombre, cuyos principios eran la rectitud y la justicia, no era comprensible que se prefirieran los ecos de la bacanal á la tranquila mansión de una alquería, entre cuyas dilatadas almenas sólo se escuchaba el bronco graznido de las águilas.

Nosotros comprendimos perfectamente las malas impresiones que experimentaba; pero ninguno de los dos nos atrevíamos á motejar su conducta.

Desde la muerte de nuestra madre, aquel hombre había sido nuestra egida.

El, á pesar de su característica rudeza, era el amigo y el protector que se hubiera sacrificado por nosotros, exponiendo su existencia tantas veces como hubiera sido preciso hacerlo para librarnos de cualquier peligro.

Apenas nos separamos de Garcés, el que quedó en el encargo de preparar habitaciones para los huéspedes, mi hermano Juan se sentó delante de una mesa, y proveyéndose de pluma y papel, trazó unas cuantas líneas.

—Hermano mío,—me dijo,—en tus manos está mi

salvación. Si entregas esta epístola á Lucía, me haces el más dichoso de los hombres.

—Basta que vea tu empeño para que procure complacerte.

—Gracias, Fernando. Ya te he dicho que quién sabe si el día de mañana se presentará alguna ocasión de devolverte el favor que hoy me haces.

Aquel día lo pasé pensando en la venida de mi padre.

En cuanto á mi hermano, estaba tan profundamente enamorado, que sus ideas no podían apartarse de la hija del venerable Anselmo.

Sin embargo, había formado un propósito que se relacionaba con el autor de nuestros días.

Este propósito me le confió con la más completa franqueza.

—Fernando,—me dijo,—si algún día te enamoras con una pasión tan vehemente como la que yo experimento, no motejarás de locura lo que pienso hacer.

—¿Qué es ello?—le pregunté.

—Nuestro padre, según afirman todos, y muy en particular el viejo Garcés, se ha hecho bastante despreocupado.

—Desgraciadamente es verdad.

—Es indudable que si abandonó el camino de la rectitud que antes presidía todos sus actos, y sólo piensa en goces mundanos que le desprestigian á los ojos de la sociedad, poco ha de importarle que yo me una con una aldeana.

—¡Quién sabe! Posible es que ante tu proposición,

se despierten en él sus nobles ideas, que no pueden estar más que adormecidas.

—Sea lo que quiera, yo pienso decirle que amo á Lucía, y que mi existencia depende de esa alianza.

Guardé silencio.

Dos horas después llegó la noche.

Como tenía necesidad de abandonar el lecho muy temprano para ver á Anselmo y á su hija, me despedí de Garcés y de Juan, y me retiré á mi habitación, no tardando en conciliar el sueño.

Cuando desperté á la mañana siguiente, mi hermano dormía profundamente.

Sin duda se había consagrado al reposo muy tarde, y la naturaleza le venció en las horas de la madrugada.

Me vestí, é inmediatamente bajé al portal, donde un criado se ocupaba de ensillar mi potro.

Cuando hubo concluído esta operación, acaricié las pobladas crines del animal, y poniendo el pie en el estribo, monté.

El potro caracoleó un instante sobre los agudos pedriscos del pavimento, y después salió por el portón.

Cruzado el puente, me encontré en el campo.

La mañana estaba muy agradable.

Como era muy temprano, no tuve que obligar á mi cabalgadura.

Abandoné las riendas sin tocarla con el acicate y la dejé caminar al paso.

Algún tiempo después descubrí la cabaña de Anselmo.

El pobre anciano me aguardaba como de costumbre.

Me apeé del caballo, que él mismo se encargó de conducir al patio que le servía de cuadra.

Yo entonces entré en la estancia con objeto de ver á Lucía durante su breve ausencia.

Mi proyecto salió á medida de mis deseos.

La joven estaba hilando en una de las habitaciones.

En sus hermosos ojos se advertían las huellas de algunas lágrimas.

Indudablemente pensaba en Juan y en sus amores contrariados.

Como no podía perder un solo momento, me aproximé á la joven entregándola la carta de mi hermano.

Lucía comprendió en seguida de quién era.

Una expresión de alegría reemplazó su tristeza, y me dirigió una sonrisa.

La aparición del arco iris después de la tempestad como símbolo del buen tiempo no se opera con mayor rapidez que se efectuó aquel cambio en su rostro.

No pudimos decirnos una sola palabra.

En aquel instante entró Anselmo.

Lucía había guardado la carta en el seno y trabajaba con su rueca.

Empezó nuestra lección.

Esta, como ya hemos dicho, se limitaba á adquirir conocimientos generales.

Anselmo me aseguró muchas veces que yo tenía una gran facilidad de comprensión para todo.

Lucía, con pretexto de no distraernos, se marchó á otra estancia.

Desde luego comprendí que su impaciencia por en-

terarse del contenido de la carta la había obligado á abandonarnos.

Terminada la lección, me despedí de Anselmo, volviendo á emprender el camino para el castillo.

Al llegar al bosque descubrí á Lucía, que me esperaba.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí?—la pregunté.—¿No comprendes que te expones al enojo de tu padre?

—Lo sé perfectamente, pero yo no puedo seguir de esta manera. Acostumbrada á la libertad, es imposible que me someta al cautiverio que hoy me exigen.

—¿Tienes que darme alguna respuesta para Juan?

—Sí; precisamente he venido á estos sitios por esa razón.

—En ese caso estoy á tus órdenes.

—¿Has leído la carta de Juan?

—No.

—En ella me dice que no puede vivir más tiempo sin verme, y que es necesario que busquemos una solución para burlar la vigilancia de mi padre.

—Me parece difícil conseguirlo.

—No lo creas.

—¿Qué medios vas á emplear?

—Si Juan procurase verme sin que yo tuviese un interés en ello, no te puedo negar que sería muy difícil que lo realizase; pero los dos caminamos al propio fin.

—En resumen, ¿qué quieres que le diga á mi hermano?

—Dile que yo tampoco puedo vivir sin su amor, y que estoy decidida á cualquier locura con tal de verle.

—Pero ¿qué medios vas á emplear para conseguirlo?

—Muy sencillos. Mañana por la noche, después que mi padre se haya dormido, yo abandonaré mi lecho y saldré á este bosque, donde le aguardo.

—¿Te atreverás á poner en práctica semejante resolución?

—Sí, yo me atrevo á todo si consigo verle un momento. ¿Acaso te parece pequeña la recompensa?

—Sea como quieras.

—¿Cumplirás mi encargo?

—Te lo prometo.

—Adiós entonces. No quisiera que mi padre advirtiese que he salido de casa.

Lucía corrió como una niña hacia la cabaña.

Yo me quedé observándola un momento.

Después emprendí el camino hacia la alquería, donde debiera esperarme Juan con la impaciencia de todo enamorado.

CAPITULO CII

COMPLICACIONES

Durante el trayecto hice una serie de consideraciones.

Aunque yo tenía pocos años y no conocía prácticamente los efectos del amor, no podía oscurecérseme que desde aquel momento la hija de Anselmo se exponía á graves disgustos.

Ella era el símbolo de la inocencia.

Educada al lado de su buen padre, no sabía los peligros que pudieran esperarla.

Juan la adoraba.

Jamás había cruzado por su imaginación un pensamiento ilícito que manchase la inocencia de aquella hermosa niña.

¿Sucedería, sin embargo, lo propio cuando se le presentasen ocasiones tan propicias como las que iba á tener?

Indudablemente que no.

Tuve la intención de ocultar á mi hermano lo que Lucía me había dicho; pero comprendí que no conseguiría más que dilatar el mal que se preparaba.

Además, Juan me había motejado de poco sincero para él, y no quería que volviese á dirigirme semejante reconvención.

Llegué al castillo.

Mi hermano me aguardaba con impaciencia, como había supuesto.

En seguida me preguntó el resultado de mi entrevista con su amada.

—Juan,—le dije,—no quiero que vuelvas á tildarme de poco leal, y voy á ser explícito contigo.

—Eso espero.

—Sé, sin embargo, que quizá tenga la culpa de la desgracia de Anselmo y de su hija.

—No comprendo por qué.

—Lucía ha recibido tu carta, que leyó inmediatamente.

—¿Encontraste ocasión de dársela sin que lo advirtiera su padre?

—Sí. Anselmo no estaba en la habitación.

—Pefectamente. ¿Y qué te ha dicho Lucía?

—Me ha encargado que te diga que mañana te aguarda.

—¿A qué hora?

—Por la noche.

—¿En su casa?

—No; eso sería completamente imposible.

—¿Dónde entonces?—me preguntó sin poder reprimir su impaciencia.

—En el bosque que se halla cercano á la cabaña en que habitan.

—¡Fernando, te debo más que la vida!

—He cumplido tu encargo, pero te confieso que lo he hecho en contra de mi deseo.

—¿Por qué razón?

—Mañana verás á Lucía, y esta cita dará origen á otras muchas.

—Desde luego. No faltaba más sino que después de encontrar los medios de verla no los utilizase.

—Como comprenderás, esas citas son peligrosas para Lucía.

—¿Qué peligros pueden amenazarla?

—Ambos sois jóvenes y os amáis demasiado.

—No importa. Yo te juro que seré incapaz de profanar á la mujer que adoro.

—Eso se dice muy bien cuando la razón está en la plenitud de sus facultades.

—De todas maneras su honor quedaría indemnizado, porque pienso hacerla mi esposa, como te he dicho.

—Todavía no sabes si nuestro padre consentirá en ello.

—He de suplicárselo con tanto cariño y tanto deseo, que espero que no me lo niegue.

—No lo sé. Tú eres el primogénito, y por lo tanto, el que menos puede rebajar nuestro ilustre nombre.

—Todavía quedáis Lope y tú para tener una descendencia digna de nuestra cuna.

—No incluyas á Lope, cuyas inclinaciones le han decidido por la vida austera del sacerdocio.

—Como todavía no ha profesado, quién sabe si algún día variará de opinión.

—De todas maneras, creo que nuestro padre no consentirá en lo que pretendes, y sería muy triste que labrases la desventura del pobre Anselmo, por quien debemos sentir la mayor gratitud.

—Haría por él cuanto me exigiese, menos arrancarme el corazón la memoria de su hija.

Aquel día Juan estuvo radiante de alegría.

Iba á ver colmadas sus aspiraciones.

Cada hora le parecía un siglo.

Hubiese querido darle alas al tiempo ó paralizar su pensamiento hasta el siguiente día.

Seguro es que aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Al primer resplandor de la aurora se levantó.

Su impaciencia no tenía límites.

Necesitaba explayarse en la confianza, y vino á despertarme.

No fué muy de mi gusto renunciar á las dulzuras del sueño, pero algún sacrificio había de hacerse por un hermano.

Juan me suplicó que aquella noche le acompañase á la cita.

Deseaba que celase á Anselmo.

No estaba de más esta precaución, porque el padre de Lucía era extraordinariamente sobrio para dormir.

Por fin llegó la tarde, y en esta hora se vieron frustradas todas sus ilusiones más queridas.

Nos hallábamos en una de las habitaciones del castillo cuando escuchamos una gran algazara.

Luego sentimos el ruido que produjeron las cadenas del levadizo.

La curiosidad nos hizo abandonar la estancia.

—¿Qué ocurre?—le pregunté á un paje que se disponía á salir de la fortaleza.

—Vuestro señor padre va á llegar en este momento.

—¿Por quién lo sabéis?

—Por uno de sus criados, que acaba de traer la noticia.

El rostro de mi hermano sufrió una extraña contracción, con la que expresaba el profundo disgusto que sentía.

La cita de su amada no podía tener lugar, á menos que abandonase á nuestro padre, lo que seguramente había de predisponer mal su ánimo para las aspiraciones que abrigaba de obtener el permiso para casarse.

Cruzamos el puente y dirigimos una mirada hacia el horizonte.

Toda la servidumbre de nuestro padre sin exceptuar á Garcés esperaba formando dos hileras á la puerta del castillo.

A larga distancia se descubría una nube de polvo que levantaban los férreos cascos de los caballos.

Vendrían una media docena de caballeros, seguidos de sus correspondientes criados.

Juan y yo nos adelantamos para recibirlos.

Apenas llegamos, mi padre echó pie á tierra y los tres nos confundimos en un abrazo.

Como hacía bastante tiempo que no le había visto, sentí cierto orgullo en su presencia.

Nuestro padre tenía una arrogante figura, y desde luego se advertían en él los rasgos característicos de la nobleza.

Nos presentó á los caballeros que le acompañaban y que eran íntimos amigos suyos.

Todos eran más jóvenes que él y pertenecían á excelentes familias de la corte.

Mi padre no observó el retraimiento de Juan.

Este no sabía con quién avisar á la joven para que no le esperase.

La única persona que hubiera podido hacerlo era yo, y me encontraba tan imposibilitado para verificarlo como él mismo.

Mi noble padre hizo que sus amigos pasasen al interior del castillo.

Uno de ellos, llamado don Iñigo de Pantoja, optaba porque dieran una vuelta por aquellos alrededores tan hermosos.

—Amigo mío,—le dijo mi padre,—creo más oportuno que descansemos un rato: tiempo nos queda de pasear.

—No tanto como creéis, pues se acerca la noche.

—¿Acaso eso es un inconveniente? ¿No ha de agra-

daros mucho más admirar los bosques á los melancólicos rayos de la luna?

—Tenéis razón; eso será mucho más agradable.

—Desde luego,—añadió otro joven;—un paseo á la luz de la luna en medio del silencio de la noche es el colmo de lo ideal.

—Aprobado,—repitieron todos.

En seguida penetraron en el castillo.

Este estaba amueblado con la severidad de estilo que agradaba á mis abuelos.

Juan estaba desesperado.

La hora crítica se acercaba, y no veía modo de acudir á la cita.

Me preguntó qué debía hacer.

Yo le aconsejé que no abandonase á nuestro padre, lo que hubiera sido una cosa censurable.

Llegó la noche.

Nuestro padre nos ordenó que nos retirásemos á nuestras habitaciones, bajo el pretexto de que no quería que alterásemos nuestras costumbres, lo cual podía ser nocivo para nuestra salud.

Comprendí que deseaba quedarse solo con sus amigos, sin duda porque nuestra presencia le impedía hablar con ellos con entera libertad.

Juan y yo le besamos la mano respetuosamente y nos retiramos.

Mi hermano apenas me dirigió una palabra.

Era indudable que aunque hubiese salido del castillo, dirigiéndose á la cabaña de Anselmo, no hubiera encontrado á la joven á semejantes horas.

Estaba malhumorado, y después de una leve despedida, nos separamos.

Yo no podía conciliar el sueño.

He tenido en mi juventud el defecto de la curiosidad.

Una idea había brotado en mi imaginación.

Deseaba escuchar lo que decían mi padre y sus turbulentos amigos.

Dudé un momento en verificarlo, porque sabía perfectamente que si me descubrían habían de censurar mi conducta.

Sin embargo, mi deseo fué irresistible; y abriendo de nuevo la puerta de mi habitación, me deslicé silenciosamente por el largo corredor que conducía al salón en que los recién llegados se encontraban.

Poco antes de llegar á él escuché el ruido de las voces de los convidados.

Todos reían.

La puerta estaba entornada.

Esta circunstancia favorecía mis planes, pues á menos que saliesen de allí, no era posible que me descubrieran.

Pensé desde luego que antes de retirarse había de mediar alguna despedida, la cual me permitiría alejarme.

Me aproximé á la puerta y miré al interior.

Mi padre estaba sentado delante de una mesa cubierta de suculentos manjares.

Acompañándole se hallaban sus amigos.

Todos los rostros estaban satisfechos.

Mi padre fué el primero á quien entendí en medio de aquella estrepitosa algazara.

Cogió un vaso, y poniéndose en pie hizo un ademán para que guardasen silencio.

Esto no tardó en verificarse.

—Señores,—dijo con acento varonil,—tengo que daros una grata noticia, que abrigo la seguridad de que ha de llenaros de gozo.

—¡Venga esa noticia!—exclamaron todos.

—Antes de que pensásemos pasar una docena de días en mi castillo, don Iñigo de Pantoja nos ha convidado á permanecer en una de sus mejores quintas de recreo. Yo no procuro establecer una competencia entre lo ameno de la localidad y lo amable del anfitrión; pero en cambio he procurado buscar otros medios para que la residencia en mi castillo os parezca grata.

—¿Cómo no ha de parecérnoslo?— dijo el interpelado.

—Pudiera darse el caso de que echásemos de menos vuestro Chipre ó vuestro Borgoña.

—¿Acaso valen menos los vinos que hoy se han escanciado?

—Son menos añejos, y, por lo tanto, más inferiores.

—¿Y qué piensa hacer nuestro ilustre anfitrión?—preguntó otro.

—Pienso proporcionaros una verdadera sorpresa.

—¡Que se sepa, que se sepa!

—Iñigo Pantoja nos ha demostrado que es compatible el lujo de la corte con la vida rural; prueba de ello, su magnifica casa de Extremadura. Ha querido

además surtiros de los más exquisitos manjares, y yo á mi vez quiero proporcionaros lo único que él olvidó y que quizá es lo mas esencial.

—Me tenéis en curiosidad,—dijo Iñigo.

—Pues esa va á satisfacerse inmediatamente.

—Vos diréis...

—Yo,—continuó mi padre después de apurar el contenido de la copa que sostenía,—quiero demostraros que en un castillo feudal, donde tan sólo se han escuchado los graznidos del águila ó los ecos del combate, pueden vibrar los dulces chasquidos de un beso.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron todos con alegría.

—Con este objeto he hecho que detrás de nuestro coche venga otro conduciendo á unas cuantas amigas mías.

—¡Bravo, Lara!—dijo don Iñigo de Pantoja:—eso vale mucho más que mi Chipre de cien años.

—Es verdad,—añadió un tercero;—yo renuncio á todas las bebidas del mundo por una sola mujer.

—Debo advertiros, sin embargo, que ha ocurrido un suceso inesperado.

—¿Acaso no han llegado?

—Han venido; pero la fatalidad ha hecho que una de ellas, quizá la más hermosa, se haya visto obligada á faltar á la cita.

—Es una verdadera desgracia.

—Luisa, la encantadora mujer á quien yo cortejaba, no ha podido librarse de la tutela de su amante, una especie de cancerbero que la tiene tiranizada.

—¿De modo que uno de nosotros quedará vacante?

—No hay otro remedio.

—¡Cómo ha de ser!

—¿Y quién será ese desventurado?

—Eso lo decidirá la suerte.

—Antes debemos hacer alguna gestión por los alrededores, pues he visto durante nuestra marcha algunas muchachas encantadoras.

—Es verdad. ¡Quién sabe si hallaremos alguna paloma torcaz!

—Es posible; pero la hora me parece intempestiva.

—¿Intempestiva? Yo creo que ninguna hora lo es cuando la suerte quiere favorecer los planes que uno se propone.

—Sin embargo,—añadió Iñigo,—no me parece oportuno que vayamos todos. No se trata de un ojeo de jabalíes.

—Es cierto,—dijo mi padre;—no debemos ir más que dos.

—Sea uno Lara.

—Y el otro Iñigo de Pantoja.

Se apuraron los vasos, que estaban casi llenos sobre la mesa, y todos se pusieron en pie.

Mi padre hizo una seña á un escudero que había traído de la corte.

Este se aproximó en seguida.

Pude observar que le dijo algunas frases en voz baja, las cuales no pude oir.

Inmediatamente todos se pusieron en pie.

Entonces me alejé de aquel sitio.

Sin embargo, mi propósito no era acostarme.

Yo necesitaba saber el fin de aquella aventura, que ya me interesaba.

Sabía que en el castillo iba á tener lugar una bacanal, y deseaba ver á las mujeres que había anunciado mi padre.

Marchando sobre la punta de los pies para hacer el menor ruido posible, llegué á mi estancia.

Me asomé á la ventana.

La noche favorecía mis planes.

Aunque mi padre había anunciado que sería muy hermoso dar un paseo por los bosques vecinos á la melancólica luz de la luna, no había tenido en cuenta los fenómenos atmosféricos.

La luna estaba cubierta bajo una extensa nube que presagiaba deshacerse en lluvia.

Entonces tomé mi sombrero y mi capa, y empleando las mismas precauciones que antes, crucé el largo pasadizo y bajé al portal.

Un momento después me hallaba en el bosque, desde donde podía descubrir perfectamente á cuantos salieran del castillo.

Mi corazón latía con violencia, pareciéndome que con aquella observación cometía algún grave delito.

Poco se hicieron esperar.

Vi que cruzaban por el puente dos hombres embozados en sus anchas capas.

A pesar de lo cubiertos que iban, no pude dudar un solo instante que eran mi padre y don Iñigo de Pantoja.

Como el castillo no estaba separado del bosque más

que por una pequeña vega, no era dudoso el camino que habían de emprender.

Me escondí detrás de un arbusto.

Mi padre y don Iñigo pasaron á una vara del sitio en que me hallaba.

Luego se detuvieron un instante.

Era indudable que esperaban alguna cosa.

Con efecto, no tardó en unirse á ellos el escudero que momentos antes había visto.

Este los siguió á una respetuosa distancia.

CAPITULO CIII

EL RAPTO

Yo caminaba con mucha cautela.

Me parecía que á cada momento iban á advertir el rumor de mis pasos.

Sin embargo, si hubiese pensado con calma, no hubiera abrigado semejantes temores.

El terreno estaba humedecido por el rocío de la noche, y esto hacía que mis pisadas no produjeran el más insignificante rumor.

Además, yo caminaba por fuera de la senda de los árboles.

Así anduvimos una hora.

Nos hallábamos muy próximos á la casa de Anselmo.

De pronto mi padre y don Iñigo se detuvieron.

Acababan de descubrir un leve resplandor.

—¡Pardiez!—exclamó el caballero,—muy desvelados están los moradores de esa cabaña.

—Quizá sean algunos pastores.

—¿No os parece que nos acerquemos?

—¿Por qué no?

Combinadas sus opiniones, se dirigieron hacia aquellos sitios.

Como yo tenía un perfecto conocimiento de la localidad tomé un atajo y llegué algunos momentos antes.

La habitacion donde ardía la luz era la de la hija de Anselmo.

Desvelada la joven por los temores que debía abrigar por la tardanza de su amante, permanecía á la ventana con la cabeza apoyada entre ambas manos.

Yo iba á dirigirle la palabra; pero apenas me descubrió la joven se retiró pensando sin duda que era su amante.

Un momento después sentí que abría la puerta.

En vano quise advertirle lo que había ocurrido. Mi padre, don Iñigo y el escudero llegaban, y tuve necesidad de ocultarme tras el robusto tronco de una encina.

Como Lucía no pudo observar este movimiento, se aproximó á mi padre creyendo encontrar á mi hermano.

Una exclamación se escapó de sus labios.

—Niña mía,—la dijo mi padre,—¿qué hacéis á estas horas por estos sitios?

—Dispensad, caballero, he creído que erais mi padre.

—¿Acaso no ha regresado todavía á vuestra casa?

—No,—respondió la joven muy turbada.

—Mal hace en dejaros sola á semejantes horas.

—Yo nunca voy sola; siempre me acompañan Dios y mi virtud.

—No son malos guardianes.

—¿Cuáles mejores pudiese encontrar?

—Tenéis razón; pero entre tanto que vuestro padre llega quisiera pediros una gracia.

—Vos me diréis en qué puedo serviros.

—Muy santos son los nombres que habéis evocado, pero no estará demás que os ofrezca mi espada.

—La aceptaría si me amagase algún peligro.

—¿Qué sabéis los que pueden sobrevenir?

—Ninguno.

—Ciega es vuestra confianza.

—Como á nadie hice daño jamás, creo que tampoco han de hacérmelo á mí.

—¿No habéis hecho daño á nadie?

—Tal creo.

—Pues no deja de ser equivocada semejante apreciación. La que tiene una hermosura como la vuestra tiene que haber labrado la desgracia de muchos.

El giro que tomaba la conversación no agradaba á Lucía.

Despidióse cortésmente de los caballeros, y se retiró á su cabaña.

Mi padre la siguió con los ojos.

Cuando la joven desapareció detrás de la puerta, parecía hallarse reflexivo.

Luego se acercó al escudero.

—Fabián,—le dijo,—¿conoces á esa mujer?

—No se me olvidaría su rostro jamás.

—¿Te atreverías á realizar la empresa que yo te encomendase?

—¡Brava pregunta! Si me pidierais la sangre que circula por mis venas, no dudaría en derramarla por vos. Juzgad, después de mi respuesta, si vais á exigirme más de lo que os ofrezco.

—Eres un fiel servidor, y me has dado muchas pruebas de que es así.

—En resumen, ¿qué deseáis?

—Deseo que esa niña que acaba de separarse de nosotros sea conducida esta misma noche al castillo.

—Lo será.

—¿Fío en ti?

—Los sucesos os dirán que podéis hacerlo.

—Perfectamente, Fabián; entre personas que se entienden como nosotros no es necesario hablar una palabra más.

Don Iñigo de Pantoja, que había estado un poco distante del señor y del escudero durante el breve diálogo que habían sostenido, se aproximó.

—¿Es esa la paloma torcaz que buscabais?—le dijo.

—Creo que sí.

—No puede negarse que es hechicera.

—Tiene esa belleza de la campesina, tan natural como encantadora.

Don Iñigo y mi padre siguieron el sendero que conducía al castillo.

En cuanto al escudero Fabián, se quedó en aquellos lugares.

Era indudable que intentaba el rapto de Lucía.

Dudé sobre el partido que debía tomar.

La luna se había asomado entre los pliegues de la nube que antes eclipsaba su hermoso brillo.

Era fácil, por lo tanto, que mi padre ó su compañero me descubrieran.

Al propio tiempo debo confesar ingenuamente que los sucesos que iban á ocurrir en la cabaña de Anselmo excitaban más mi curiosidad.

Me resolví á permanecer oculto.

Apenas se alejaron los dos caballeros, Fabián tomó otro camino opuesto

¿Cuáles eran sus intenciones?

Difíciles eran de comprender; sin embargo, yo sabía positivamente que su regreso al castillo había de verificarse aquella misma noche si quería dar cumplimiento á las órdenes que acababa de recibir de labios de mi padre.

La catástrofe se venía encima.

Yo sostuve una horrible lucha con mi pensamiento.

¿Qué podía hacer para evitarla?

Mi padre había permanecido lejos de mi lado durante esos años en que hubiésemos podido adquirir mayor intimidad.

Yo no tenía con él esa confianza que media entre un padre y un hijo.

¿Cómo era posible que yo le advirtiera que aquella cándida niña en la que había fijado sus impuras miradas era la amada de mi hermano Juan?

Por un momento alimenté una idea.

Pensé correr hacia el castillo á enterar á mi herma-

no de lo que ocurría, pero no tardé en desistir de mi propósito.

Con semejante confianza desprestigiaba á mi padre á los ojos de Juan, y quizá fuera tarde para salvar á la desdichada Lucía.

No supe qué partido tomar.

De pronto me ocurrió una idea.

Aquélla era la más concreta, y me decidí á ponerla en práctica.

Yo debiera evitar lo que iba á acontecer, y nada mejor para conseguirlo que prevenir á Anselmo contra las asechanzas del escudero Fabián.

Salí de mi escondite, y ya me hallaba cerca de la puerta de la cabaña, cuando llegaron á mis oídos los rumores que producían el galope de dos caballos.

Creí que mi padre y don Iñigo volvían sobre sus fogosos corceles con objeto de ayudar al escudero, y volví á colocarme detrás del tronco de la encina.

No tardé en convencerme que me había engañado.

Sin embargo, los que llegaban incapacitaban mi propósito de hablar con Anselmo.

Eran Fabián y otro criado.

La luz que momentos antes ardía en el interior de la habitación de la joven había desaparecido.

Era indudable que, convencida de que su amante no iba á verla, buscaba un consuelo á sus pesares en las dulzuras del sueño.

La ventana permanecía abierta.

Fabián y su acompañante se detuvieron á poca distancia de la cabaña.

En seguida echaron pie á tierra.

El escudero de mi padre tomó su potro de la brida y le condujo hasta el pie de la ventana.

Luego se puso de pie sobre la silla.

De esta manera pudo asir con sus nerviosas manos el cerco de madera, y haciendo una flexión, colocó su cabeza á una altura conveniente para descubrir el interior.

Vi que dirigía una mirada á su compañero.

Indudablemente había descubierto á la joven.

Con la facilidad del cuadrumano, Fabián penetró en el sagrado recinto de la doncella.

Mi corazón latía como si quisiera salir de mi pecho.

Aquel rapto ocasionaba la desgracia de Lucía, el deshonor de Anselmo y la desesperación de mi hermano Juan.

Un lamento llegó hasta mis oídos.

Había sido lanzado por la joven.

Después vi á Fabián, que la conducía entre sus brazos.

Tan violenta había sido la impresión que experimentó la pobre niña, que se había desmayado.

El escudero, comprendiendo que la bajada por la ventana había de ofrecerle serias dificultades, y persuadido de que la joven no había de recuperar el conocimiento tan pronto, se decidió á salir por la puerta, la que no tuvo ni la precaución de cerrar de nuevo.

Apenas estuvieron en el campo, montaron en sus fogosos corceles, y clavando los acicates, partieron con Lucía, rápidos como una exhalación.

Aunque aquellas operaciones se habían hecho con el mayor sigilo, Anselmo le pareció oir el rumor que produjo la puerta al abrirse.

Corrió hacia ella y la encontró abierta.

Entonces el desgraciado anciano dirigió una ávida mirada hacia el exterior, en el crítico momento en que los escuderos partían, llevándose su tesoro.

Anselmo quiso correr tras ellos.

Sus esfuerzos fueron vanos.

Entonces elevó sus ojos al cielo y cayó de rodillas sobre la tierra.

Recordé en aquel instante la generosa hospitalidad con que nos había recibido en su casa aquel venerable anciano, á quien no debía más que favores y agradecimiento.

Movido de un impulso natural salí de mi escondite y me aproximé á él.

Al sentir el rumor de mis pasos volvió su cabeza para mirarme.

—Mi buen Anselmo,—le dije,—volved á vuestra casa; yo os prometo que haré cuanto pueda para que recobréis á vuestra hija.

—¿Es esta la manera que tenéis de recompensar los servicios que os presté?—me preguntó con acento bronco y desesperado.

—No os comprendo, amigo mío...

—He creído que erais menos loco que vuestro hermano.

—Pero ¿acaso imagináis que he tenido alguna participación en la desgracia que os ocurre?

—¿Que si lo imagino? ¿Puedo dudar ante la evidencia?

—Anselmo, os juro por la salvación del alma de mi madre que mi encuentro en el bosque es puramencasual.

El anciano todavía me dirigió una mirada de desconfianza.

—¿No sabíais lo que iba á hacer vuestro hermano?

—¿Mi hermano?

—¿Acaso me negaréis que él ha sido quien me ha robado á mi hija?

—Sin duda alguna que os lo negaré.

—O sois muy cándido, ó tratáis de engañarme.

—Lo que es en esta ocasión estáis completamente ofuscado.

—¿Quién pudiera tener interés en arrebatarme á mi hija?

—Alguno que no la considere tanto como Juan.

—Si conocéis tan perfectamente al raptor, decidme su nombre. Viejo y todo, me atrevería á arrancarle la vida.

—Precisamente por eso no os lo puedo decir.

—Porque es vuestro hermano y teméis los impulsos de mi cólera.

—Os aseguro que estáis engañado.

—Si es así, voy á pediros un favor.

—Cuantos queráis.

—Conducidme al lado de Juan: yo comprenderé si es inocente.

—Os complaceré.

El anciano hizo un esfuerzo para levantarse.

Aquel había sido un golpe mortal para su salud.

Apoyado en un báculo, emprendió el camino del castillo.

Yo le seguí.

Sin embargo, comprendiendo que podía ocurrir alguna desgracia si el desventurado anciano entraba en el castillo, le advertí que mi padre había llegado el día anterior.

—Nada me importa. Cuando lleguemos á la fortaleza ya habrá nacido el día, y podéis hacer que vuestro hermano os acompañe al bosque donde yo le espero.

—Como gustéis,—le respondí.

Durante el camino, Anselmo no me dirigió una sola palabra.

Gravitaba sobre él el peso de la desesperación.

Pude observar en distintas ocasiones que se limpiaba con el dorso de la mano las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Una palidez mortal cubría su rostro.

Con los primeros albores del día descubrimos la imponente silueta del castillo.

Un escudero aguardaba al otro lado del foso.

—¿Ha salido mi hermano?—le pregunté.

Respondióme negativamente.

Yo dirigí una mirada á Anselmo, como para demostrarle que no había tratado de engañarle.

—Eso me significa muy poco,—dijo el anciano interpretando mi pensamiento.

—¿Todavía dudáis de mí?

—Como comprenderéis, el escudero no ha de descubrir las infamias que cometa su amo. Además, es muy posible que vuestro hermano no haya salido del castillo.

—¿Cómo había entonces de robar á vuestra hija?

—¿Acaso no puede darse una orden que uno mismo no se atravería á poner en práctica?

—He hecho cuanto me ha sido posible para demostraros que estáis en un error. A cualquiera otro que hubiese dudado de mi palabra hubiera procurado castigarle; pero se trata de vos, y voy á concederos la última prueba.

—Llamadle, sí; yo conoceré si es inocente.

Me acerqué al escudero y le di órdenes para que despertase á mi hermano, al que debía rogar que saliera del castillo.

El escudero penetró en el interior.

Un momento después se presentó de nuevo manifestándome que había cumplido mi encargo.

Un sudor frío corría por la frente de Anselmo.

Sus manos se estremecían con una crispación nerviosa.

No pudo menos de soprenderse al ver la tranquilidad que revelaba el rostro de Juan.

Este se acercó á nosotros.

En su fisonomía no podía adivinarse más que la sorpresa de aquella inesperada visita.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

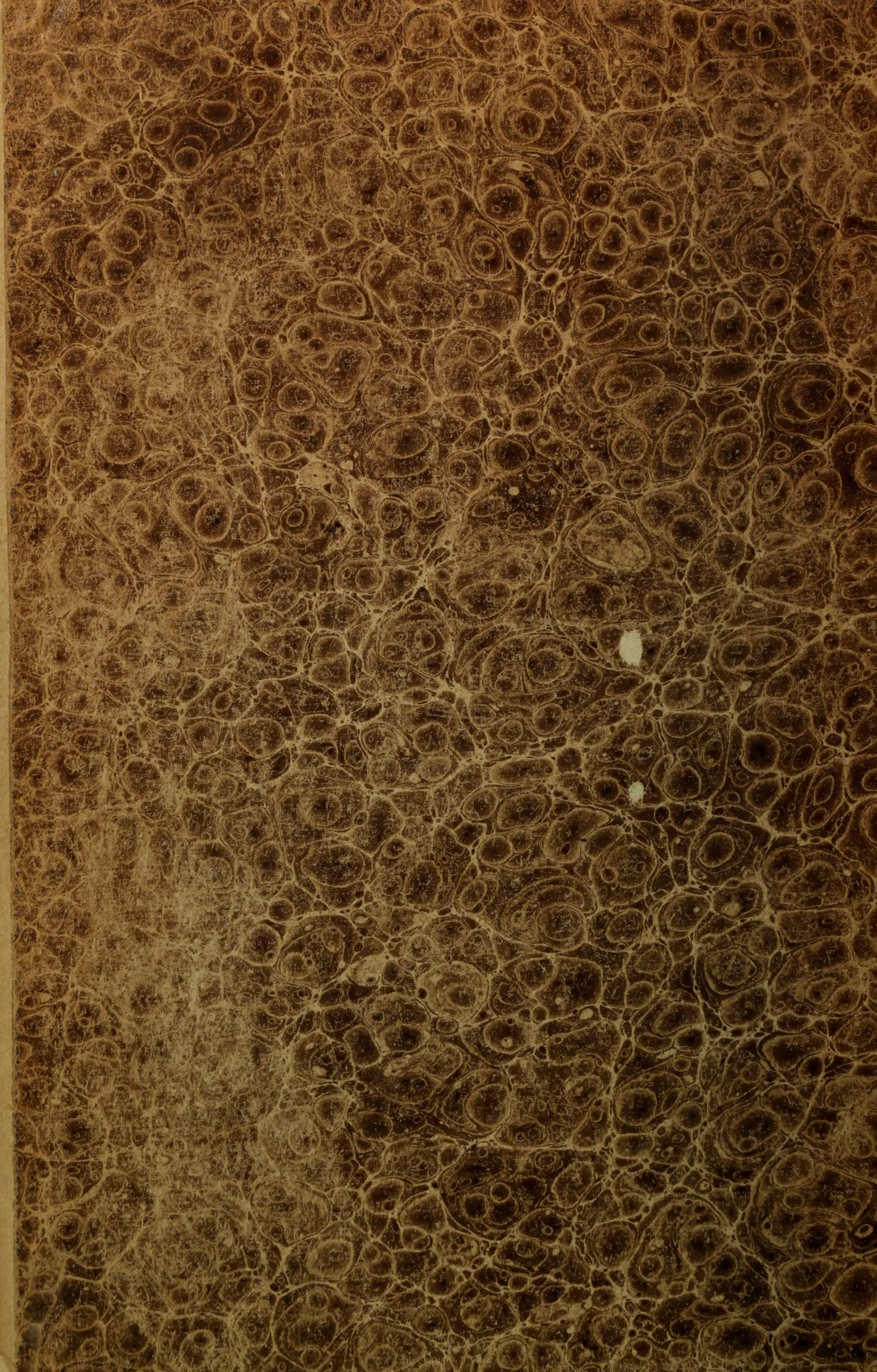
Capítulos.		Páginas.
I	Un idilio que termina en tragedia	5
II	Complicaciones	18
III	La política no tiene entrañas	28
IV	El padre y la hija	36
V	Entre el amor y el deber	46
VI	Dudas y temores	56
VII	De cómo un juez siente miedo delante de un reo.	65
VIII	De cómo el peligro que amenazaba á don César estaba solamente aplazado	80
IX	La hija del verdugo	90
X	En donde se ve que para ciertos asuntos toda precaución es poca	103
XI	La pasión ofusca el entendimiento	114
XII	Intrigas palaciegas	124
XIII	En donde continúa el asunto anterior	137
XIV	Los dos reyes	145
XV	Un golpe en vago	156
XVI	Los dos duques	164
XVII	Dos almas nobles	173
XVIII	De potencia á potencia	182
XIX	Un nuevo crimen	193
XX	En el que se cuenta la historia del paje Picoli	204
XXI	El pradillo de los ajusticiados	218
XXII	El espía espiado	231
XXIII	Locura de amor	247

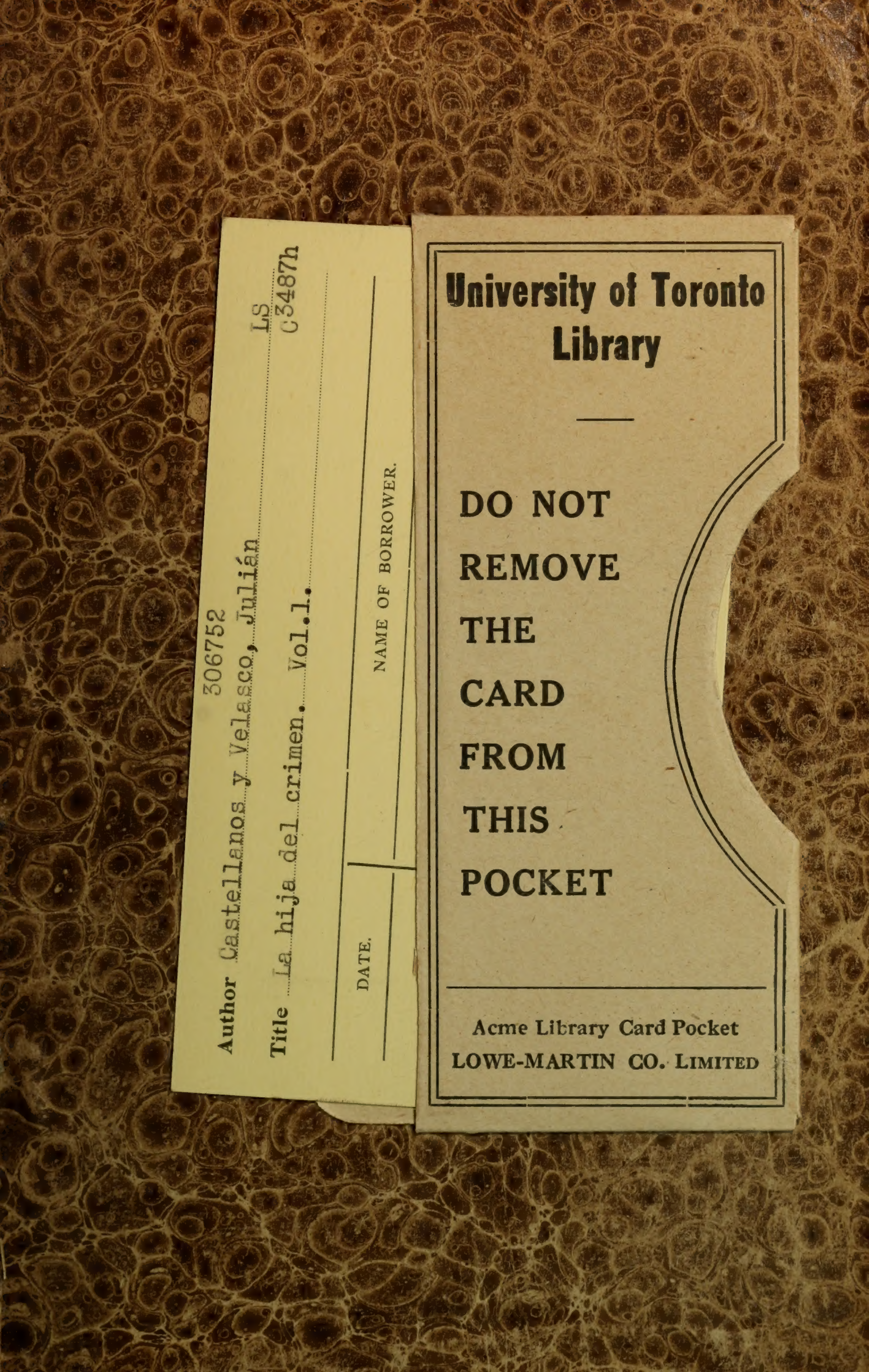
Capítulos.		Página
XXIV......	La vuelta á la vida..........................	255
XXV.......	En donde un alma dolorida siente un momento de verdadera felicidad......................	266
XXVI......	En donde un alma se apena y se alegra á la par por la ausencia de su hijo..............	277
XXVII.....	En donde se da cuenta de la empresa que se propuso realizar una mujer enamorada.........	289
XXVIII....	Una dicha inesperada.........................	301
XXIX......	En donde empieza á verse de lo que es capaz una mujer enamorada......	314
XXX.......	En donde se ve lo duro de corazón que era Picoli el italiano............	329
XXXI......	A un tunante otro mayor.....	346
XXXII.....	Un tigre que se convierte en raposa............	357
XXXIII....	En donde se ve que hasta la casualidad favorecía al primer ministro....................	369
XXXIV....	Un encuentro desagradable...................	377
XXXV.....	Un destello de dicha.........................	389
XXXVI....	Un sacrificio doloroso.......................	400
XXXVII...	El hábito no hace al monje..................	414
XXXVIII..	Donde el paje Picoli corrió por curiosidad un nuevo peligro........	428
XXXIX....	La muerte de la reina........................	441
XL.........	La revelación de un secreto..................	448
XLI........	Entre el amor y el deber.....................	459
XLII......	La profesión...............................	477
XLIII.	La hermosa desconocida........................	494
XLIV.... .	Un rebato nocturno...........................	504
XLV.......	Efectos de una pragmática.....................	514
XLVI......	La elección de rey........	527
XLVII.....	Crueldades de los moriscos....................	536
XLVIII....	Los dos hermanos.............................	547
XLIX......	La revelación.	555
L..........	Una prisión arbitraria........................	564
LI.........	Un corazón de hiena..........................	573
LII........	En Africa....	584
LIII.......	Una imprudencia temeraria....................	594

Capítulos.		Páginas.
LIV	Un nuevo caudillo	610
LV	Asesinato de Aben-Humeya	620
LVI	Un desengaño doloroso	629
LVII	Tío y sobrino	638
LVIII	Sol que muere y sol que nace	649
LIX	El incendio	660
LX	La primera entrevista	670
LXI	La cita	680
LXII	El principio de una historia	691
LXIII	El amor	705
LXIV	Una traición indigna	722
LXV	Borrascas del corazón	738
LXVI	La separación	753
LXVII	Protestas de amistad	764
LXVIII	Dos almas apasionadas	774
LXIX	Temores fundados	784
LXX	La situación se complica	794
LXXI	Un amigo antiguo	805
LXXII	Las complicaciones aumentan	816
LXXIII	El amante espía	827
LXXIV	El marido y el amante	836
LXXV	Al fin felices	847
LXXVI	Amor de madre	855
LXXVII	Una determinación heróica	866
LXXVIII	Donde se cuenta cómo supo Alfar el paradero de su hermana	877
LXXIX	Los fugitivos	887
LXXX	Un compañero de infortunio	897
LXXXI	Encuentro con la gente de Tupi	908
LXXXII	La caza de la hiena	917
LXXXIII	En busca de un oasis	932
LXXXIV	El sabio alfaquí	944
LXXXV	El huracán del desierto	958
LXXXVI	Antes del combate	962
LXXXVII	La persecución	973
LXXXVIII	El espionaje	987
LXXXIX	El esclavo blanco	998

Capítulos.		Páginas.
XC.........	Un triunfo costoso..............................	1009
XCI........	El mercado de esclavos........................	1020
XCII.......	Proyectos de venganza..........................	1028
XCIII......	La venganza de un alma noble................	1036
XCIV......	Donde Lara conoce el paradero de un amigo .	1048
XCV	Los dos amigos..................................	1059
XCVI	Un incidente desgraciado......................	1070
XCVII.....	Dos seres felices...............................	1084
XCVIII....	Crepúsculos de amor...........................	1096
XCIX......	Una confidencia fraternal......................	1109
C...........	Un beso y un juramento.......................	1117
CI..........	Un amor contrariado...........................	1130
CII.........	Complicaciones..................................	1141
CIII........	El rapto..	1154

FIN DEL ÍNDICE




306752
Author Castellanos y Velasco, Julián
LS
C3487h
Title La hija del crimen. Vol.1.
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

